



AMOS OZ

Una historia de amor y oscuridad

CONTEMPORÁNEA

se

Amor y oscuridad son dos de las fuerzas que interaccionan en este libro, una autobiografía en forma de novela, una obra literaria compleja que comprende los orígenes de la familia de Amos Oz, la historia de su infancia y juventud, primero en Jerusalén y después en el kibbutz de Hulda, la trágica existencia de sus padres, una descripción épica del Jerusalén de aquellos años, de Tel Aviv, que es su reverso, entre los años treinta y cincuenta. La narración oscila hacia delante y hacia atrás en el tiempo y refleja más de cien años de historia familiar, una saga de relaciones de amor y odio hacia Europa, que tiene como protagonistas a cuatro generaciones de soñadores, estudiosos, poetas egocéntricos, reformadores del mundo y ovejas negras. Esta amplia galería de personajes prepara un «cocktail genético» del que nacerá un hijo único que descubrirá ser escritor. Amos Oz nos entrega la historia de su infancia y adolescencia, una historia llena de aspiraciones poéticas y afán político: una novela que consigue llegar al corazón del lector.



Amos Oz

Una historia de amor y oscuridad

ePub r1.0
German25 6.4.15

Título original: *Sippur al 'ahavah ve-hoshek*

Amos Oz, 2002

Traducción: Raquel García Lozano

Diseño de cubierta: Depto. Diseño Random House Mondadori

Editor digital: German25

ePub base r1.2



Autor y sus padres



1

Nací y crecí en un piso muy pequeño, de techos bajos y unos treinta metros cuadrados: mis padres dormían en un sofá cama que ocupaba su habitación casi de pared a pared cuando lo abrían por las noches. Por la mañana temprano plegaban el sofá sobre sí mismo, escondían la ropa de cama en la oscuridad del cajón de abajo, daban la vuelta al colchón, cerraban, empujaban, lo cubrían con una funda gris clara y unos cuantos cojines bordados de estilo oriental, ocultando cualquier rastro de su sueño nocturno. Así pues, su habitación servía de dormitorio, estudio, biblioteca, comedor y salón.

Enfrente de esa habitación estaba mi cuarto, era pequeño y verdoso, y la mitad del espacio estaba ocupado por un armario barrigudo. Un pasillo oscuro, estrecho, bajo y algo sinuoso, parecido a un túnel hecho por presidiarios, unía la cocina y el retrete con las dos pequeñas habitaciones. Una débil bombilla encerrada en una jaula de hierro derramaba sobre el pasillo, también durante el día, una luz turbia. Había sólo una ventana en la habitación de mis padres y otra en la mía, las dos protegidas por contraventanas de hierro, las dos guiñaban a su manera para intentar mirar hacia oriente, pero sólo veían un ciprés polvoriento y una tapia de piedra sin tallar. Por una ventanilla enrejada, nuestra cocina y nuestro retrete veían un pequeño patio de presos rodeado de altos muros y con el suelo de cemento, un patio donde, sin un solo rayo de sol, agonizaba un pálido geranio plantado en una lata de aceitunas oxidada. En los alféizares de las ventanas había siempre frascos cerrados con pepinillos en vinagre y también un desdichado cactus dentro de un florero que se había roto y hacía de maceta.

Era un piso soterrado: el bajo del edificio excavado en la ladera de un monte. Ese monte era nuestro vecino, un inquilino recio, introvertido y silencioso, un monte viejo y melancólico que hacía vida de soltero y mantenía siempre un silencio absoluto. Era un monte adormecido, invernial, que nunca arrastraba muebles ni tenía invitados, no alborotaba ni molestaba, pero a través de las dos paredes que compartíamos con él se filtraba siempre, como un ligero y persistente olor a moho, el frío, la oscuridad, el silencio y la humedad de ese melancólico vecino.

Y por eso, a lo largo de todo el verano, un poco de invierno se quedaba en casa.

Las visitas decían: qué bien se está aquí los días de bochorno, está tan fresco y tan tranquilo, ¿pero cómo os las arregláis en invierno? ¿No traspasa la humedad? ¿No es un poco deprimente vivir aquí en invierno?

Las dos habitaciones, el hueco de la cocina, el retrete y sobre todo el pasillo eran oscuros. Los

libros llenaban toda la casa: mi padre sabía leer en dieciséis o diecisiete idiomas y hablar en once (todos con acento ruso). Mi madre hablaba cuatro o cinco lenguas y leía en siete u ocho. Entre ellos conversaban en ruso y en polaco cuando querían que yo no los entendiera (casi siempre querían que no los entendiera. Una vez mi madre se confundió y dijo delante de mí «semental» en hebreo en vez de en algún otro idioma, entonces mi padre la regañó y le gritó en ruso: *Shto se taboy! Videsh maltzik riadom se nami!*). Por cultura leían sobre todo en alemán y en inglés, y por supuesto por la noche soñaban en yiddish. Pero a mí me enseñaron única y exclusivamente hebreo: quizá tenían que si aprendía otros idiomas también yo quedaría expuesto a la seducción de la espléndida y mortífera Europa.

En la escala de valores de mis padres, cuanto más occidental fuera algo, más culto resultaba: Tolstói y Dostoievski eran afines a su alma rusa, pero creo que Alemania –a pesar de Hitler– les parecía más ilustrada que Rusia o Polonia, y Francia más que Alemania. Inglaterra estaba para ellos por encima de Francia. En cuanto a América, no estaban muy seguros: allí disparaban a los indios, saqueaban trenes correo, buscaban oro y cazaban chicas.

Europa era para ellos una tierra segura y prohibida, un lugar anhelado de campanarios y plazas pavimentadas con antiguas baldosas de piedra, de tranvías, puentes y torres de iglesia de pueblos remotos, aguas termales, bosques, nieve y prados.

Las palabras «cabaña», «prado», «pastora de ocas» me fascinaron durante toda mi infancia. Tenían el aroma sensual de un mundo auténtico, alejado de los polvorientos tejados de uralita, de los montones de chatarra, los cardos y los áridos terraplenes de una Jerusalén asfixiada por el yugo del verano abrasador. Bastaba con susurrar «prado» para oír el mugido de las vacas con pequeñas campanas al cuello y la corriente de los arroyos. Con los ojos cerrados veía a la pastora de ocas descalza, que me parecía sexy hasta la locura aun antes de saber nada.

Al cabo de los años supe que la Jerusalén bajo el Mandato Británico, en los años veinte, treinta y cuarenta, era una ciudad culturalmente fascinante; había grandes comerciantes, músicos, intelectuales y escritores: Martín Buber, Gershon Scholem, Agnón y otros muchos investigadores y artistas importantes. A veces, cuando pasábamos por la calle Ben Yehuda o por la avenida Ben Maimón, mi padre me susurraba: «Mira, por ahí va un intelectual de renombre». Yo no sabía a qué se refería. Creía que el renombre tenía que ver con una enfermedad de las piernas, pues muchas veces se trataba de un anciano, cuyo bastón le precedía tanteando la calle y cuyas piernas vacilaban ligeramente, vestido incluso en verano con un grueso traje de lana.

La Jerusalén que mis padres admiraban estaba lejos de nuestro barrio: estaba en la verde Rehavia llena de sonidos de piano, en los tres o cuatro cafés con lámparas doradas de la calle Yafo y Ben Yehuda, en las salas del YMCA y en el hotel Rey David, donde judíos y árabes amantes de la cultura se reunían con británicos amables e instruidos, por donde pululaban señoras fantásticas de largos cuellos vestidas de fiesta del brazo de señores con trajes claros, donde se mezclaban ingleses liberales con judíos cultos y árabes ilustrados, donde se organizaban recitales, bailes, jornadas literarias, recepciones y refinadas charlas artísticas. Es posible que esa Jerusalén de lámparas y recepciones sólo existiera en los sueños de los habitantes de Kerem Abraham, bibliotecarios, maestros, funcionarios y encuadernadores. Sea como fuere, no estaba en nuestro entorno. Kerem Abraham, nuestro barrio, pertenecía a Chéjov.

Al cabo de los años, cuando leí a Chéjov (traducido al hebreo), tuve la certeza de que él era uno de los nuestros: el tío Vania vivía justo encima de nosotros, el doctor Samuilenko se agachaba y me tocaba con sus anchas y fuertes manos cuando tenía anginas o difteria, Ibaski, con sus eternas migrañas, era primo segundo de mi madre, y los sábados por la mañana íbamos a oír a Trigorin en la Casa del Pueblo.

En nuestro barrio había rusos de todo tipo: había muchos tolstoianos. Algunos de ellos hasta parecían el propio Tolstói. Cuando vi por primera vez el retrato de Tolstói en una fotografía sepia en la contracubierta de un libro, estaba seguro de haberlo visto ya muchas veces por el barrio, paseando por la calle Malaquías o por la cuesta de la calle Abdías, con la cabeza descubierta, una barba canosa al viento, solemne como el patriarca Abraham, los ojos centelleantes, un palo en la mano que hacía de bastón y una camisa de campesino por encima de los pantalones anchos, atada con una tosca cuerda a la cintura.

Los tolstoianos del barrio (mis padres los llamaban *tolstoishtzikim*) eran todos vegetarianos fanáticos, querían arreglar el mundo, se preocupaban por la moral, estaban en profunda sintonía con la naturaleza, amaban a toda la humanidad, a cualquier ser vivo, estaban llenos de ardor pacifista y anhelaban la vida pura y sencilla; todos deseaban una vida campestre y volver a trabajar la tierra en el seno de los campos y los huertos. Pero ni siquiera conseguían cuidar bien sus pequeñas macetas: o bien las regaban tanto que las plantas se morían, o bien se olvidaban de regarlas. Puede que fuera culpa del malintencionado Mandato Británico, que solía echar cloro en nuestra agua.

Algunos eran tolstoianos salidos directamente de una novela de Dostoievski: atormentados, charlatanes, agobiados por las pasiones, carcomidos por los ideales. Pero todos, tanto los tolstoianos como los dostoievskianos, trabajaban para Chéjov en Kerem Abraham.

Normalmente llamábamos al mundo «el gran mundo», pero también tenía otros apellidos: Civilizado. Exterior. Libre. Hipócrita. Yo lo conocía casi únicamente por la colección de sellos: Dantzig. Bohemia y Moravia. Bosnia-Herzegovina. Ubangi-Shari. Trinidad y Tobago. Kenia-Uganda-Tanganika. El Mundoentero estaba lejos, era atractivo y enigmático, pero muy peligroso y hostil para nosotros: no quieren a los judíos porque son perspicaces, astutos y sobresalientes pero también escandalosos y jactanciosos. No les gusta lo que hacemos aquí, en Eretz Israel, porque nos envidian hasta por un trozo de tierra cenagosa, pedregosa y desértica. Allí, en el mundo, todas las paredes estaban cubiertas de frases difamatorias, «Judío, vete a Palestina», y nos fuimos a Palestina, y ahora el mundo nos grita: «Judío, sal de Palestina».

No sólo el Mundoentero, también Eretz Israel estaba lejos: en algún lugar, más allá de las montañas, estaba surgiendo una nueva raza de judíos heroicos, una raza bronceada y robusta, silenciosa y eficiente, completamente distinta al judío de la diáspora, completamente distinta a los habitantes de Kerem Abraham. Chicos y chicas pioneros, bronceados, curtidos y silenciosos, que habían logrado convertir la oscuridad de la noche en un aliado, y que también en las relaciones entre el hombre y la mujer habían superado ya todas las inhibiciones. No se avergonzaban de nada. El abuelo Alexander dijo una vez: «Creen que en el futuro será muy fácil, el chico sencillamente podrá acercarse a la chica y pedírselo sin más, y puede que las chicas ni siquiera esperen a que el chico lo pida, puede que ellas mismas se lo pidan a los chicos, como se pide un vaso de agua». El miope tío Betzalel dijo con rabia contenida: «¿Pero no es un acto bolchevique de primer orden acabar así con todo el secreto y el misterio? ¿Anular así cualquier sentimiento?

¿Convertir toda nuestra vida en un vaso de agua templada?». El tío Nehemías, desde su rincón, soltó de repente dos versos que me parecieron un bramido desesperado: «Ay, el camiino me resulta tan laaargo, el sendero se hace sinuoso y huuyee, ay, madre, yo me pongo en marcha pero tú estás leeejos, más cerca de mí está la luuuna...». Y la tía Tzipora, en ruso: «Bueno. Ya está bien. ¿Es que os habéis vuelto todos locos? ¡No veis que el niño os está escuchando!». Y entonces pasaron al ruso.

Esos pioneros vivían más allá de nuestro horizonte, en Galilea, en Sharón, en los valles. Chicos fuertes y con sangre en las venas, pero silenciosos y pensativos, y chicas corpulentas, sinceras y equilibradas, como si lo supieran todo y lo entendieran todo, incluso a ti y tu desconcierto, y a pesar de todo te trataban con cariño, seriedad y respeto, no como a un niño sino como a un hombre como los demás aunque aún de poca estatura.

Esos pioneros y pioneras me parecían fuertes, serios, reservados, capaces de cantar en círculo canciones de pasión y añoranza que partían el corazón, y también canciones bufas y atrevidas, sin ningún pudor ni sonrojo; capaces de bailar frenéticamente hasta perder el sentido, de enfrentarse a la soledad y a la reflexión, a la vida campestre y al trabajo más duro, «¡siempre obedientes!», «la paz de la azada te han otorgado tus jóvenes, hoy te otorgan la paz de los fusiiles», «a donde seamos enviados, allí nos dirigiremos», dispuestos a montar a la grupa de caballos salvajes y a subirse a tractores de anchas ruedas, conocedores del árabe, de túneles y wadis, de pistolas y granadas de mano, y también lectores de poesía y filosofía, eruditos, sensibles, acostumbrados a conversar de madrugada en voz baja, a la luz de una vela en las tiendas, sobre el sentido de nuestra vida y sobre la necesidad de elegir, mordiéndose la lengua, entre el amor y el deber, entre el interés nacional y la justicia.

A veces iba con algunos amigos a la zona de descarga de Tnuva para verlos llegar por las montañas oscuras en el camión cargado de productos de la tierra, «con ropa corriente, bagaje y pesadas botas», y daba vueltas a su alrededor para aspirar el olor a heno y sentir los aromas de la distancia: allí, donde ellos vivían, ocurrían las cosas verdaderamente importantes. Allí se construía el país y se arreglaba el mundo, allí estaba floreciendo una nueva sociedad, allí imprimían su sello en el paisaje y en la historia, araban campos y plantaban viñas, allí se componía una nueva poesía, allí montaban armados a lomos de caballo y respondían con fuego al fuego de los asaltantes árabes, allí recogían desechos humanos y hacían con ellos un pueblo luchador.

Soñaba secretamente que algún día también me llevarían con ellos. Que también harían de mí un pueblo luchador. Que también mi vida se convertiría en una nueva poesía, una vida pura, honesta y sencilla como un vaso de agua fresca en un día bochornoso.

Al otro lado de las montañas oscuras estaba también la Tel Aviv de entonces, un lugar tumultuoso de donde nos llegaban los periódicos, las noticias sobre teatro, ópera, ballet, cabaret y arte moderno, los partidos políticos, ecos de agitadas discusiones y también retazos de vagos chismorreos. Allí, en Tel Aviv, había grandes deportistas. Y también había mar, y todo el mar estaba lleno de judíos bronceados que sabían nadar. ¿Quién sabía nadar en Jerusalén? ¿Quién había oído hablar nunca de judíos nadando? Tenían genes completamente distintos. Una mutación.

«Como el milagro de una mariposa nacida de un gusano».

Había algo mágico, misterioso y especial en la palabra «Telaviv». Cuando alguien decía «Telaviv», de inmediato me imaginaba a un chico fuerte en camiseta de trabajo azul, bronceado, ancho de espaldas, poeta-obrero-revolucionario, un chico sin miedo, del tipo llamado «hebreman», con el pelo rizado, la visera coquetamente ladeada, fumándose un cigarro Matosian, un ciudadano del mundo: durante el día trabajaba duro pavimentando o asfaltando, por la tarde tocaba el violín, por la noche bailaba con las chicas o les cantaba canciones melancólicas sobre la arena, a la luz de la luna y, al amanecer, sacaba del escondrijo una pistola o una ametralladora y se escabullía en la oscuridad para defender los campos y las casas.

¡Qué lejos estaba Tel Aviv! Durante toda mi infancia no estuve allí más de cinco o seis veces: íbamos a pasar las fiestas con las tías, las hermanas de mi madre. En aquella época, no sólo la luz de Tel Aviv era diferente de la de Jerusalén, mucho más de lo que lo es hoy; incluso la ley de la gravedad era completamente distinta. En Tel Aviv se caminaba de otra forma: se saltaba, se flotaba, como Neil Armstrong en la luna.

En Jerusalén se caminaba siempre como en un entierro, o como cuando se llega tarde a un concierto: primero se apoya la punta del zapato y se tantea con cuidado el terreno. Después, cuando ya se ha plantado el pie, se espera un poco antes de volver a levantarlo: después de dos mil años hemos encontrado una pizca de suelo que pisar en Jerusalén y no renunciaremos a ella tan rápidamente. Si levantáramos el pie, al instante vendría alguien y nos quitaría nuestro pedazo de suelo, nuestro bien máspreciado. Por otra parte, si ya has levantado el pie, no debes apresurarte a volver a plantarlo: quién sabe qué nido de víboras habrá allí, al acecho, tramando y conspirando. Además, durante miles de años hemos pagado con sangre nuestra precipitación, una vez tras otra hemos caído en manos del enemigo por haber plantado el pie sin comprobar antes dónde lo poníamos. Ésa, más o menos, era la forma de caminar en Jerusalén. ¡Pero Tel Aviv era otra cosa! Toda la ciudad era un saltamontes. Un constante fluir de personas, casas, plazas, brisa marina, arena, avenidas y hasta de nubes en el cielo.

Una vez fuimos a Tel Aviv a pasar la fiesta de Pésaj y, por la mañana temprano, cuando todos aún dormían, me vestí y me fui a jugar solo a una placita donde había un banco o dos, un columpio, una zona infantil y tres o cuatro árboles jóvenes donde ya cantaban los pájaros. Al cabo de unos meses, en Año Nuevo, volvimos a ir a Tel Aviv y la plaza ya no estaba allí. La habían trasladado, con los pequeños árboles, el columpio, el banco, los pájaros y la zona infantil, al otro lado de la calle. Me quedé desconcertado: no comprendía por qué Ben Gurión y las autoridades competentes permitían hacer algo así. ¿Cómo es posible? ¿Quién puede coger una plaza y cambiarla de sitio? ¿Qué pasa, que mañana van a mover el monte de los Olivos? ¿La Torre de David? ¿El Muro de las Lamentaciones?

Entre nosotros se hablaba de Tel Aviv con una mezcla de envidia y orgullo, con admiración y algo de misterio, como si Tel Aviv fuera una especie de proyecto secreto y trascendental del pueblo judío, un proyecto del que era mejor no hablar demasiado porque las paredes oían, adversarios y agentes enemigos pululaban por todas partes.

Telaviv: mar, luz, azul, arena, andamios, kioscos en las avenidas, una ciudad hebrea blanca y lineal que surgía entre los campos de frutales y las dunas. No era simplemente un lugar al que, tras comprar un billete, se viajaba en un autobús de la compañía Eged, sino otro continente.

Durante años mantuvimos una relación telefónica habitual con los parientes de Tel Aviv. Cada tres o cuatro meses los llamábamos por teléfono, a pesar de que no teníamos teléfono y ellos tampoco. Lo primero que hacíamos era mandar una carta a la tía Haya y al tío Zvi, en la que les comunicábamos que llamaríamos el día 19 de ese mes, que caía en miércoles, pues los miércoles el tío Zvi terminaba de trabajar a las tres en el ambulatorio, y a las cinco telefoneábamos desde nuestra farmacia a su farmacia. La carta era enviada con mucho tiempo de antelación, y esperábamos la respuesta. En la carta de respuesta la tía Haya y el tío Zvi nos aseguraban que el miércoles 19 les iba bien y que, por supuesto, estarían esperando en la farmacia desde antes de las cinco, que no nos preocupásemos si teníamos que llamar un poco más tarde de las cinco, ellos no se moverían de allí.

No recuerdo si nos poníamos nuestras mejores galas para ir a la farmacia a llamar a Tel Aviv, pero no me extrañaría que lo hiciéramos. Era un acto solemne. Ya el domingo anterior, mi padre le decía a mi madre:

–Fania, ¿te acuerdas de que esta semana tenemos que llamar a Tel Aviv?

El lunes mi madre decía:

–Arie, no vuelvas tarde pasado mañana, no vaya a haber algún contratiempo.

Y el martes los dos me decían:

–Amós, no nos des ninguna sorpresa, has oído, no te nos pongas enfermo, has oído, y no te resfríes ni te caigas hasta mañana por la tarde –y la noche anterior me decían–: Vete pronto a dormir para que tengas fuerzas mañana al teléfono, no quiero que piensen que no has comido.

Así se iba construyendo la emoción. Vivíamos en la calle Amós y la farmacia estaba a cinco minutos andando, en la calle Sofonías, pero ya a las tres mi padre le decía a mi madre:

–No empieces a hacer nada ahora, no sea que no te dé tiempo.

–Yo voy perfectamente, pero tú, con tus libros, a lo mejor te olvidas por completo.

–¿Yo? ¿Olvidarme yo? Estoy mirando el reloj todo el rato. Y Amós me lo recordará.

Yo, con sólo cinco o seis años, ya tenía una responsabilidad histórica. No tenía reloj de pulsera y, por tanto, me pasaba todo el rato yendo a la cocina a mirar lo que decía el de pared y, como en una lanzadera espacial, pregonaba: quedan veinticinco minutos, quedan veinte, quedan quince, quedan diez minutos y medio. Y cuando decía quedan diez minutos y medio, nos levantábamos, cerrábamos bien la casa y los tres nos poníamos en camino, a la izquierda hasta la tienda de ultramarinos del señor Auster, a la derecha hacia la calle Zacarías, a la izquierda hacia la calle Malaquías, a la derecha hacia la calle Sofonías, y entrábamos en la farmacia y decíamos:

–Buenas tardes, señor Heinemann, ¿cómo está? Hemos venido a telefonar.

Por supuesto, él sabía que el miércoles iríamos a telefonar a los parientes de Tel Aviv, y también sabía que el tío Zvi trabajaba en un ambulatorio y que la tía Haya tenía un puesto importante en la asamblea de las trabajadoras, que Yigal sería deportista de mayor y que eran buenos amigos de Golda Meyerson y de Misha Kolodny, a quien llamaban Moshé Kol; pero de todos modos le recordábamos:

–Hemos venido para llamar a nuestros parientes de Tel Aviv.

El señor Heinemann decía:

–Sí. Claro. Siéntense, por favor –y nos contaba el mismo chiste de siempre sobre el teléfono: una vez, en el Congreso Sionista de Zurich, se oyeron de repente unos bramidos terribles en una

habitación contigua. Berl Locker le preguntó a Herzfeld qué significaban esos gritos, y Herzfeld le contestó que era el camarada Rubashov hablando con Ben Gurión, con Jerusalén. «Si está hablando con Jerusalén», se sorprendió Berl Locker, «¿por qué no usa el teléfono?».

Mi padre decía: «Voy a marcar». Y mi madre: «Aún es pronto, Arie. Aún quedan unos minutos». Y él decía: «Ya, pero hasta que nos pasen la llamada...» (aún no había línea directa). Y mi madre: «Pero ¿y si por casualidad nos pasan la llamada enseguida y ellos aún no están allí?». Mi padre respondía: «En ese caso, sencillamente lo intentamos de nuevo». Y mi madre: «No, se preocuparán, pensarán que ya no volveremos a llamar».

Mientras discutían ya casi eran las cinco. Mi padre levantaba el auricular, de pie, sin sentarse, y le decía a la telefonista de la centralita: «Buenas tardes, señorita, quería hablar con el 648 de Tel Aviv» (o algo parecido. Entonces vivíamos en un mundo de tres cifras). A veces la telefonista decía: «Señor, espere un momento, por favor, ahora está hablando el jefe de correos». O el señor Stein. O el señor Nashashibi. Y nos poníamos un poco tensos, ¿qué iban a pensar de nosotros allí?

Yo podía ver físicamente ese único hilo que unía Jerusalén con Tel Aviv y, a través de él, con el mundo entero, y esa línea estaba ocupada y, mientras estaba ocupada, nosotros estábamos aislados del mundo. Ese hilo serpenteaba por zonas desérticas y pedregales, escalaba montañas y colinas, y yo pensaba que era un gran milagro. Me estremecía: ¿y si una noche los animales salvajes se comieran el hilo? ¿O si unos árabes malos lo cortasen? ¿O si se mojara con la lluvia? ¿Y si se prendieran las hierbas secas? Quién sabe. Una línea tan débil serpenteando por ahí, vulnerable, sin protección, abrasada bajo el sol. Quién sabe. Estaba muy agradecido a las audaces y hábiles personas que la habían tendido, pues no era tan sencillo tender una línea de Jerusalén a Tel Aviv; sabía por experiencia lo difícil que les habría resultado: una vez tendimos un hilo desde mi habitación hasta la de Elías Friedmann, una distancia de dos casas y un patio en total, un hilo normal y corriente, y vaya historia, árboles en el camino, vecinos, un almacén, una tapia, escaleras, arbustos.

Tras un rato esperando, mi padre calculaba que el jefe de correos o el señor Nashashibi habrían terminado de hablar, y volvía a levantar el auricular y a decirle a la telefonista: «Perdón, señorita, creo que le he pedido hablar con el 648 de Tel Aviv». Ella decía: «Lo tengo anotado, señor. Espere, por favor» (o «tenga paciencia, por favor»). Mi padre decía: «Espero, señorita, por supuesto que espero, pero hay gente esperando también al otro lado de la línea». Y entonces le insinuaba con cortesía que nosotros éramos personas civilizadas, pero que nuestra paciencia y moderación también tenían un límite. Que éramos personas bien educadas, pero no unos primos; no ovejas llevadas al matadero. Eso de que cualquiera pudiera maltratar a los judíos y hacer con ellos lo que se le antojara se había acabado de una vez por todas.

Entonces, de pronto, el teléfono sonaba en la farmacia, era siempre un sonido excitante, estremecedor, un momento mágico, y la conversación era más o menos así:

—¿Zvi?

—Sí, soy yo.

—Soy Arie. De Jerusalén.

—Arie, hola, aquí Zvi, ¿qué tal estáis?

—Estamos bien. Os estamos hablando desde la farmacia.

—Nosotros también. ¿Qué tal todo?

—Como siempre. ¿Qué tal vosotros? ¿Qué te cuentas?

–Estamos bien. Nada del otro mundo. Vamos tirando.

–Eso es bueno. Tampoco nosotros tenemos nada nuevo que contar. Estamos muy bien. ¿Y vosotros?

–También.

–Estupendo. Ahora se pone Fania.

Y otra vez lo mismo: ¿Cómo estáis? ¿Qué tal todo? Y después: Amós también va a deciros algo.

Y ésa era toda la conversación. ¿Cómo estáis? Bien. Bueno, pues pronto volveremos a hablar. Es un placer escucharos. También es un placer escucharos a vosotros. Mandaremos una carta para fijar la próxima llamada. Estaremos en contacto. Sí. Por supuesto. Adiós. Cuidaos mucho. Vosotros también.

Pero no era gracioso: la vida pendía de un hilo. Ahora comprendo que ellos no tenían la seguridad de volver a hablar otra vez, tal vez fuera la última, pues nadie sabía lo que podía suceder: un pogromo, una masacre, un baño de sangre provocado por los árabes para exterminarnos, una guerra, una terrible tragedia; los tanques de Hitler casi habían llegado hasta nosotros por dos lados, desde el norte de África y a través del Cáucaso, quién sabía lo que nos esperaba. Esa conversación insulsa no era en absoluto insulsa, sólo era sencilla.

Sólo ahora comprendo, al pensar en aquellas conversaciones telefónicas, lo difícil que les resultaba –a todos, no sólo a mis padres– expresar sentimientos personales. Para mostrar sentimientos colectivos no tenían ninguna dificultad, eran personas sensibles y sabían hablar. Y cómo hablaban, podían pasarse tres o cuatro horas discutiendo acaloradamente sobre Nietzsche, Stalin, Freud, Jabotinsky, dejarse el alma en ello, llegar a llorar de emoción, cantar sobre el colonialismo, el antisemitismo, la justicia, la «cuestión de la tierra», la «cuestión de la mujer», la «cuestión del arte frente a la vida». Pero, cuando intentaban expresar un sentimiento personal, siempre salía algo contraído, árido, quizás incluso atemorizado, fruto de generaciones y generaciones bajo la represión y la prohibición. Prohibiciones en un doble sentido: la educación burguesa europea multiplicaba las trabas del provincianismo religioso judío. Casi todo estaba «prohibido» o era «inaceptable» o «inadecuado».

Por otra parte, en aquella época había una gran carencia de palabras: el hebreo no era aún una lengua natural, y por supuesto no era una lengua íntima, era difícil saber lo que ibas a decir cuando hablabas hebreo. Nunca podían estar seguros de no hacer el ridículo, y ese miedo al ridículo los atemorizaba día y noche. Tenían un miedo mortal. Incluso personas como mis padres, que sabían bastante bien hebreo, no lo dominaban del todo. Hablaban hebreo con temor a la imprecisión, se repetían frecuentemente, intentando expresar de nuevo lo que acababan de decir: tal vez se sienta así un conductor miope que va de noche por las callejuelas de una ciudad extraña en un vehículo que no conoce.

Una vez vino una amiga de mi madre, una maestra llamada Lilia Bar Samka, a pasar con nosotros el Shabbat. Durante la conversación, la invitada no dejaba de repetir «estoy horrorizada», y una vez o dos dijo también «él se encuentra en una situación horrorosa»; yo me partía de la risa, porque para mí el verbo «horrorizar» significaba «tirarse pedos», y ellos no entendieron la gracia, o la entendieron e hicieron como que no la entendían. Lo mismo ocurría

cuando decían que la tía Clara siempre estropeaba las patatas fritas, pues para mí «estropear» significaba «cagarla», o cuando mi padre hablaba de la carrera armamentística de las superpotencias o se mostraba totalmente contrario a la decisión de la OTAN de armar, un verbo que para mí significaba «joder», a Alemania para disuadir a Stalin.

Mi padre, por su parte, se enfadaba cada vez que yo usaba la palabra «engañar», una palabra completamente inocente; no entendía por qué le irritaba y él, por supuesto, no me lo explicó, y no se podía preguntar. Al cabo de los años supe que antes de nacer yo, en los años treinta, «engañar» significaba dejar a una mujer embarazada, y no sólo eso, sino dejarla embarazada y no casarse con ella. La expresión «engañarla» quería decir en ocasiones, simplemente, acostarse con ella: «Esa noche en el almacén la engañó dos veces y por la mañana, el muy canalla, hizo como que no la conocía». Y, por eso, si yo decía: «Uri ha engañado a su hermana», mi padre hacía una mueca y fruncía la nariz. Obviamente nunca me lo explicó, ¿cómo iba a hacerlo?

En los momentos íntimos ellos no hablaban en hebreo. Y en los momentos más íntimos no hablaban en absoluto. Permanecían callados. La sombra del miedo a parecer o sonar ridículo se cernía sobre todo.

2

Al parecer, en la cima de la escala de valores de aquellos días estaban los pioneros. Pero los pioneros vivían lejos de Jerusalén, en los valles, en Galilea, en el desierto que bordea el Mar Muerto. Nosotros admirábamos de lejos su imagen fuerte y reflexiva que destacaba, entre el tractor y los surcos del arado, en los anuncios del Keren Kayemet que se llamaban «pancartas».

Un escalón por debajo de los pioneros estaba «la comunidad organizada», los lectores de *Davar* en camiseta en las terrazas de verano, los miembros de la Histadrut, la Haganá y el Servicio Sanitario, la gente de caqui, los que pagaban impuestos, los que comían ensaladas, huevos fritos y requesón, los partidarios de la moderación, la responsabilidad y la forma de vida sólida, del producto de la tierra, el *status* de los trabajadores, la disciplina de partido y las aceitunas sin picante en frascos de la cooperativa Tnuva, ¡azul abajo y azul arriba, estamos construyendo aquí un puerto! ¡Un puerto!

Frente a esa comunidad organizada, fuera de los límites, estaban los disidentes terroristas, los ultraortodoxos del Meah Shearim, los comunistas «enemigos de Sión», y también una amalgama de intelectuales, arribistas, artistas egocéntricos del tipo cosmopolita decadente, junto a toda suerte de revolucionarios excéntricos, individualistas, nihilistas dudosos, judíos alemanes que no consiguieron curarse de su germanidad, todo tipo de esnobs anglófilos y ricos sefardíes afrancesados que parecían demasiado educados y serviciales, y yemeníes, georgianos, magrebíes, kurdos y salonicenses, todos eran hermanos nuestros, por supuesto, todos eran material humano garantizado, pero no cabía duda de que aún tendríamos que tener mucha paciencia con ellos y hacer grandes esfuerzos.

Había también refugiados e inmigrantes clandestinos, supervivientes, tizones salvados del fuego con quienes normalmente nos relacionábamos con piedad y algo de aversión: atormentados y afligidos, pobres del mundo, ¿quién tenía la culpa de que con toda su sabiduría se hubiesen quedado sentados esperando a Hitler en vez de venir aquí en el momento oportuno? ¿Y por qué dejaron que los llevarsen como ovejas al matadero en vez de organizarse y luchar? Que dejarasen de una vez por todas de hablar aquí su patético yiddish y que no empezasen a contarnos todo lo que les habían hecho allí, porque aquello no nos dignificaba ni a ellos ni a nosotros. Aquí nos dirigíamos hacia el futuro y no hacia el pasado, y si hubiera que rescatar el pasado, bastaba con el pasado gozoso, hebreo, bíblico, asmoneo, no había necesidad de afearlo con un pasado judío deprimente donde sólo había grandes desgracias (la palabra «desgracias» en casa siempre se decía en yiddish, *tzures*, y con una mueca de disgusto y sarcasmo, para que el niño supiera que esas *tzures* eran una especie de lepra y que tenían que ver con ellos, no con nosotros). Entre los

refugiados supervivientes estaba, por ejemplo, el señor Licht, a quien los niños del barrio llamaban «un millón de niños». Tenía un cuarto alquilado en la calle Malaquías, por las noches dormía en un colchón y durante el día enrollaba el colchón y llevaba allí mismo un pequeño negocio que se llamaba «Limpieza en seco, planchado al vapor». Las comisuras de sus labios siempre estaban caídas hacia abajo, como con desprecio o un profundo desdén. Se sentaba a la puerta de su lavandería esperando a los clientes y, si pasaba por delante algún niño del barrio, siempre escupía hacia un lado y mascullaba entre dientes: «¡Un millón de niños asesinaron! ¡Niños como vosotros! ¡Degollados!». No lo decía con tristeza sino con odio, con repugnancia, como maldiciéndonos.

Mis padres no tenían un lugar definido en esa escala que iba de los pioneros a las *tzures*: tenían un pie en la comunidad organizada (estaban en el Servicio Sanitario y pagaban impuestos) y otro en el aire: mi padre se sentía muy cerca de la ideología de los disidentes y a la vez muy lejos de las bombas y los fusiles. Como mucho, prestaba a la clandestinidad sus conocimientos de inglés y se encargaba de redactar de vez en cuando los panfletos subversivos y las proclamas de protesta contra la traidora Albión, «Perfidious Albion». La intelectualidad de Rehavia atraía de lejos a mis padres, pero los ideales pacifistas de la organización Brit Shalom, los lazos afectivos entre judíos y árabes, la renuncia total al sueño del Estado hebreo a cambio de que los árabes se compadecieran de nosotros, fueran benévolo y nos permitieran vivir aquí a sus pies, esos ideales les parecían desarraigados, humillantes, propios de una pusilánime diáspora.

Mi madre, que estudió en la Universidad de Praga y terminó su carrera en Jerusalén, daba clases particulares a alumnos que preparaban exámenes de historia y literatura. Mi padre era licenciado en literatura por la Universidad de Vilna y también por la Universidad de Jerusalén en Har Hatzofim, pero no tuvo la oportunidad de dar clase en la Universidad Hebrea, pues en aquella época el número de licenciados en literatura era mucho mayor que el de alumnos. Y además la mayoría de esos profesores tenían verdaderas titulaciones, brillantes diplomas de prestigiosas universidades alemanas, no como la desgastada licenciatura polaco-jerosolimitana de mi padre. Por tanto, consiguió un puesto de bibliotecario en la Biblioteca Nacional de Har Hatzofim y, por las noches, escribía sus libros sobre la novela en la literatura hebrea y sobre la historia de la literatura universal. Mi padre era un bibliotecario ilustrado, educado y categórico, pero también cohibido; con corbata, gafas redondas y la chaqueta un poco rozada, hacía una ligera reverencia ante sus superiores, corría a abrirles la puerta a las señoras, se mantenía firme para proteger sus escasos derechos, citaba con emoción versos en diez idiomas, se esforzaba siempre en ser afable y divertido, contaba una y otra vez los mismos chistes (llamados por él anécdotas o bromas). Pero las gracias le salían casi siempre un poco forzadas, no era un humor natural sino una especie de declaración formal de intenciones sobre la obligación de bromear en tiempos revueltos.

Cuando se encontraba frente a un pionero de caqui, un revolucionario, un intelectual convertido en obrero, mi padre se sentía turbado y confuso: en otros lugares, en Vilna, en Varsovia, estaba muy claro cómo había que comportarse con un proletario. Cada uno sabía cuál era su lugar y, a pesar de todo, había que mostrarle a ese obrero hasta qué punto eras demócrata y no te creías superior a él en absoluto. ¿Pero aquí, en Jerusalén? Aquí todo era ambiguo; no invertido, no como con los comunistas en Rusia, sino ambiguo: por una parte, mi padre pertenecía

a la clase media, a la clase media un poco baja, es cierto, pero a la clase media a fin de cuentas, era un hombre ilustrado, autor de artículos y libros, con un puesto humilde en la Biblioteca Nacional, mientras que su interlocutor era un albañil sudoroso con ropa de faena y botas. Por otra parte, aquel obrero podía ser un licenciado en químicas y a la vez un pionero con convicciones, la sal de la tierra, uno de los héroes de la revolución hebrea, alguien que trabajaba con las manos, mientras que mi padre se sentía –al menos en lo más profundo de su corazón– como una especie de intelectual desarraigado y miope a quien no le salía nada a derechas, algo desertor, algo alejado del auténtico campo de la construcción de la patria.

La mayoría de nuestros vecinos eran modestos funcionarios, pequeños comerciantes, cajeros de banco o taquilleros de cine, maestros de escuela o profesores particulares, dentistas. No eran creyentes, sólo iban a la sinagoga en Yom Kippur y alguna vez en Simjat Torá, pero seguían encendiendo velas en Shabbat, para conservar un cierto aroma judío y quizás también por precaución en caso de que ocurriera una desgracia. Todos, en mayor o menor medida, eran cultos, aunque no se sentían muy cómodos con eso. Todos tenían una opinión precisa sobre el Mandato Británico, el futuro del sionismo, la clase obrera, la vida cultural del país, la controversia entre Marx y Dering, las novelas de Knut Hamsun, «la cuestión árabe» y «la cuestión de la mujer». Había todo tipo de pensadores y oradores que pedían, por ejemplo, que se revocase el anatema contra Spinoza o que se explicase a los árabes de la zona que, de hecho, no eran árabes sino descendientes de los antiguos hebreos, o que se amalgamaran de una vez por todas las ideas de Kant y Hegel con la doctrina de Tolstói y con el sionismo práctico, de tal modo que de esa amalgama naciera en Eretz Israel una vida increíblemente sana y pura, o que se incrementara el consumo de leche de cabra, o que se expulsara a los ingleses y se hiciera para ello una alianza con América e incluso con Stalin, o que cada mañana se realizaran ejercicios gimnásticos para alejar la tristeza y purificar el alma.

Esos vecinos, que se reunían en nuestro pequeño patio los sábados por la tarde a tomar té ruso, eran casi todas personas perdidas. Cuando había que cambiar un fusible quemado o la goma de un grifo, o hacer un pequeño agujero en la pared, todos iban corriendo en busca de Baruch, el único en el barrio que sabía obrar esos milagros, y por eso le llamaban Baruch Manos de Oro. Los demás sabían analizar, con arrebatado fervor retórico, lo importante que era para el pueblo judío volver por fin a una vida agrícola y al trabajo manual: intelectuales, decían, tenemos más que de sobra, sin embargo nos faltan trabajadores sencillos y honestos. Pero en nuestro barrio, a excepción de Baruch Manos de Oro, apenas había trabajadores sencillos. Tampoco teníamos intelectuales eminentes: todos leían muchos periódicos y a todos les gustaba hablar. Algunos tal vez eran expertos en todo tipo de materias, otros tal vez tenían una mente aguda, pero la mayoría decían más o menos lo que leían en los periódicos, en los folletos, en los manifiestos y los panfletos políticos. Como el niño que era, yo sólo podía intuir vagamente la gran distancia que había entre sus ansias por arreglar el mundo y la forma en que estrujaban el ala del sombrero cuando se les servía un vaso de té, o el tremendo embarazo que los hacía sonrojarse cuando mi madre se inclinaba (apenas) para endulzarles el té y su discreto escote se abría un poco: provocaba tal turbación en sus dedos que éstos intentaban doblarse hacia dentro y dejar de ser dedos.

Todo eso era chejoviano, al igual que la sensación de pérdida: había lugares en el mundo donde transcurría la vida real, lejos de aquí, en la Europa anterior a Hitler, donde cada tarde se

encendían montones de luces, señores y señoras se reunían a tomar café con nata en salas con artesonados de madera, se sentaban tranquilamente en espléndidos cafés bajo lámparas doradas, iban cogidos del brazo a la ópera o al ballet, veían de cerca la vida de los grandes artistas, los amores tempestuosos, los corazones rotos, cómo la amante del pintor se enamoraba de repente de su mejor amigo, el compositor, y a mitad de la noche huía sola, con la cabeza descubierta bajo la lluvia, al viejo puente cuyo reflejo temblaba en el agua del río.

En nuestro barrio nunca pasaban cosas así: esas cosas sólo ocurrían al otro lado de las montañas oscuras, en lugares donde la gente vivía desmesuradamente. En América, por ejemplo, donde al escarbar se encontraba oro, donde se asaltaban diligencias, se llevaban manadas de ganado a través de grandes praderas, y quien mataba a más indios, al final ganaba una bella muchacha. Así era la América del cine Edison: la bella muchacha era el gran premio que obtenía el que mejor disparaba. ¿Qué se hacía con ese premio? Yo no tenía ni idea. Si nos hubieran mostrado en aquellas películas una América donde, por el contrario, quien disparaba a más chicas ganaba al final un guapo indio como premio, me lo habría creído a pies juntillas. En cualquier caso, así eran las cosas en aquellos mundos lejanos, en América y en otros lugares maravillosos de mi álbum de sellos, en París, en Alejandría, en Rotterdam, en Lugano, en Biarritz, en Saint Moritz, lugares en donde personas nobles se enamoraban, se peleaban con honor, se perdían, renunciaban, deambulaban, se sentaban a beber solos a medianoche en un taburete en la barra de bares oscuros de hoteles, en bulevares de ciudades azotadas por la lluvia, y vivían su vida desmesuradamente.

También en las novelas de Tolstói y Dostoievski, sobre las que todos discutían sin cesar, los protagonistas vivían desmesuradamente y morían de amor. O morían por algún gran ideal. O morían de tuberculosis o de pena. Y aquellos pioneros bronceados de las colinas de Galilea también vivían desmesuradamente. En nuestro barrio nadie moría de tuberculosis, de amor no correspondido o por un ideal. Todos vivían con mesura, no sólo mis padres. Todos.

Teníamos una ley férrea, no comprar nada importado, ningún producto extranjero, mientras se pudiera conseguir otro de producción propia. Pero cuando íbamos a la tienda del señor Auster, en la esquina entre la calle Abdías y la calle Amós, había que elegir entre queso de kibbutz, producido por Tnuva, o queso árabe: el queso árabe del pueblo de al lado, de Lifta, ¿debía considerarse un producto de importación o local? Complicado. La verdad era que el queso árabe era un pelín más barato. Pero comprando queso árabe ¿no se traicionaba un poco al sionismo?: en algún lugar, en un kibbutz o una colonia agrícola, en el valle de Yizrael o en las montañas de Galilea, había una joven pionera desdichada que, tal vez con lágrimas en los ojos, embalaba para nosotros ese queso hebreo, ¿cómo íbamos a darle la espalda y a comprar queso extranjero? ¿No nos temblaría la mano? Por otra parte, si boicoteábamos los productos de nuestros vecinos árabes, con nuestras propias manos estaríamos aumentando y perpetuando el odio entre los dos pueblos, y la sangre que pudiera derramarse también recaería sobre nuestra conciencia. ¡El modesto *falaj* árabe, un sencillo y honesto trabajador de la tierra aún no contaminado por la inmundicia de la gran ciudad, era el hermano moreno del sencillo y generoso *muzik* de los relatos de Tolstói! ¿Íbamos a ser tan crueles como para darle la espalda a su queso de pueblo? ¿Íbamos a castigarle? ¿Por qué? ¿Porque la traidora Inglaterra y los corrompidos efendis instigaban a ese campesino en

nuestra contra y en contra de nuestra industria? No. Esta vez compraríamos queso árabe, que por cierto realmente sabía algo mejor que el de Tnuva y también costaba algo menos. Pero, por otra parte, quién sabe, a lo mejor no lo hacían de un modo muy higiénico. ¿Quién sabía cómo serían sus centrales lecheras? ¿Y si más tarde se descubría que su queso era un foco de microbios?

Los microbios eran una de nuestras peores pesadillas. Como el antisemitismo: nunca podrás ver con tus propios ojos a un antisemita o un microbio, pero sabes perfectamente que te acechan por todas partes sin dejarse ver. De hecho, no es exacto decir que ninguno de nosotros había visto nunca un microbio: yo lo vi. Estuve mirando mucho tiempo, muy concentrado, un pedazo de queso viejo hasta que de repente empecé a ver montones de movimientos diminutos. Al igual que la gravedad en Jerusalén, que antes era mucho mayor que hoy, también los microbios eran mucho más grandes y fuertes. Yo los vi.

Se inició una pequeña discusión entre los clientes de la tienda del señor Auster: ¿comprar o no comprar queso de los campesinos árabes? Por una parte, dice el Talmud, «los pobres de tu ciudad son los primeros», y por eso nuestra obligación era comprar sólo queso Tnuva; por otra parte, dice la Biblia, «una sola ley habrá para vosotros y el extranjero que mora con vosotros», por eso a veces había que comprar el queso de nuestros vecinos árabes, «pues extranjeros fuisteis en el país de Egipto». Además, ¿con qué menosprecio miraría Tolstói a una persona que comprara ese queso y no otro sólo por una diferencia de religión, pueblo o raza! ¿Dónde quedaban los valores universales, el humanismo, la hermandad entre todas las criaturas? Y a pesar de todo, qué ofensa sionista, qué bajeza, qué mezquindad comprar queso árabe, sólo porque costaba dos céntimos menos, en vez de comprar queso de los pioneros, que se dejaban la piel y se afanaban con uñas y dientes en sacar pan de la tierra.

¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! En un caso u otro, ¡qué vergüenza!

La vida entera estaba llena de vergüenza.

Existía, por ejemplo, el siguiente dilema: ¿era correcto o no enviar flores en un cumpleaños? Y si era correcto, ¿qué flores? Los gladiolos eran muy caros, pero eran una flor cultivada, una flor noble, una flor llena de sentimiento, no unos simples hierbajos asiáticos medio salvajes. Anémonas y ciclámenes podíamos cortar todos los que quisiéramos, el ecologista Azariah Alón aún era pequeño en aquella época, pero los ciclámenes y las anémonas no se consideraban flores apropiadas para enviar en un cumpleaños o con ocasión de la publicación de un libro. Los gladiolos tenían la delicada fragancia de los cantantes de ópera, de fiestas palaciegas, del teatro, el ballet y la cultura, de refinados y profundos sentimientos.

Por tanto, se compraban y se enviaban gladiolos. No se reparaba en el precio. La cuestión era: ¿siete gladiolos no era algo exagerado? ¿Cinco no era demasiado poco? ¿Tal vez seis? ¿O siete, a pesar de todo? No se reparaba en el precio. Se envolvían los gladiolos en una selva de esparraguera y se enviaban seis. Por otra parte, ¿no era algo completamente anacrónico? ¿Gladiolos? ¿Quién mandaba hoy gladiolos? ¿Acaso los pioneros se enviaban gladiolos? ¿En Tel Aviv alguien se interesaba aún por los gladiolos? ¿De qué servían? Costaban un dineral y a los cuatro o cinco días iban directamente a la basura. Entonces, ¿qué había que regalar? ¿Tal vez una caja de bombones? No, una caja de bombones no. Una caja de bombones, para nada. Una caja de bombones era aún más ridícula que los gladiolos. Tal vez lo mejor fuera llevar sencillamente unas

servilletas, o un pequeño juego de portavasos, de metal plateado, con filigrana y bonitas asas, donde se pudiera servir té hirviendo: un regalo modesto, estético y práctico al mismo tiempo, que no se estropeaba sino que se usaba durante muchos años, y quizá cada vez que lo usasen nos recordarían por un instante con cariño.

3

Por todas partes podías descubrir pequeños embajadores de Europa, la tierra prometida. Por ejemplo los enanos, es decir, esos pequeños hombrecillos que sujetaban las contraventanas abiertas durante el día, los *mentshelej* esculpidos en metal: cuando uno quería cerrar las contraventanas, los giraba sobre su eje y se quedaban toda la noche colgados con la cabeza hacia abajo. Igual que colgaron al final de la guerra a Mussolini y a su concubina, Clara Petacci. Fue algo horrible, espantoso, no tanto el hecho de que los colgaran, eso por supuesto se lo merecían, sino el que los colgaran cabeza abajo. A mí me daban un poco de pena, aunque estaba prohibido y era algo inimaginable. ¿Es que te has vuelto completamente loco? ¿Has perdido el juicio? ¿Sentir pena por Mussolini? ¡Eso es casi como sentir pena por Hitler! Pero yo hice la prueba, me colgué de los pies, cabeza abajo, de una tubería que estaba pegada a la pared: después de dos minutos toda la sangre se me bajó a la cabeza y sentí que me iba a desmayar. Y a Mussolini y a su concubina los tuvieron colgados así no dos minutos sino tres días y tres noches, ¡y encima después de haberlos matado! Pensé que era un castigo demasiado cruel. Hasta para los asesinos. Hasta para las concubinas.

No es que yo tuviera ni la más remota idea de lo que era una concubina. En todo Jerusalén no había por aquellos tiempos ninguna. Existía la «amiga», la «camarada», la «compañera en ambos sentidos», puede que incluso hubiera algunos romances: con mucha discreción se decía, por ejemplo, que Cherniansky tenía un lío con la compañera de Lupatin, y yo presentía con el corazón palpitante que «un lío» era una expresión misteriosa, fatídica, que ocultaba algo dulce, terrible y vergonzoso. ¡Pero concubina! Eso era algo bíblico. Algo irreal. Inimaginable. A lo mejor en Tel Aviv había cosas así, pensaba, pues allí había muchas cosas que en Jerusalén no existían y estaban prohibidas.

Empecé a leer prácticamente solo, cuando aún era bastante pequeño. ¿Qué más podíamos hacer? Las noches eran entonces mucho más largas, porque la bola del mundo giraba mucho más despacio, porque la gravedad en Jerusalén era mucho más fuerte que hoy. La luz de la lámpara era amarillenta y muchas veces se iba. Aún sigo asociando el olor de las velas humeantes y el de la lámpara de petróleo tiznada con el placer de leer un libro. A las siete de la tarde ya estábamos encerrados en casa debido al toque de queda impuesto por los británicos en Jerusalén. E incluso cuando no había toque de queda, ¿a quién le apetecía en aquella época estar en la calle de noche, en Jerusalén? Todo estaba cerrado y atrancado, la calles de piedra estaban desiertas, cada sombra

que pasaba por aquellas callejuelas arrastraba por el asfalto vacío tres o cuatro sombras más.

Cuando no se iba la luz también estábamos casi en penumbra, porque había que ahorrar: mis padres cambiaron la bombilla de cuarenta vatios por otra de veinticinco, no sólo por el precio sino sobre todo porque la luz intensa era un despilfarro, y el despilfarro era inmoral. En nuestro diminuto piso siempre se colaba la mitad desafortunada del género humano: los niños hambrientos de la India, por los que yo tenía que terminarme todo lo que me ponían en el plato. Los inmigrantes clandestinos salvados de la hoguera hitleriana, a quienes los británicos expulsaron a campos de barracones en Chipre. Los huérfanos que vagaban aún con harapos andrajosos por los bosques nevados de la Europa destruida. Mi padre se quedaba hasta las dos de la madrugada trabajando en su escritorio a la luz de una bombilla anémica de veinticinco vatios que le destrozaba los ojos, porque no le parecía bien utilizar una bombilla más potente: ¿no se pasaban los pioneros de los kibbutzim de Galilea todas las noches en una tienda de campaña escribiendo poemas o tratados filosóficos a la luz de unas velas que temblaban con el viento?, ¿cómo podía uno ignorarlos y sentarse como Rothschild a la luz de una potente bombilla de cuarenta vatios? ¿Y qué dirían los vecinos si de repente viesan la casa iluminada como para una fiesta de gala? Le parecía bien estropearse los ojos con tal de no ser el centro de todas las miradas.

No éramos especialmente pobres: mi padre era bibliotecario en la Biblioteca Nacional y tenía un sueldo modesto pero fijo. Mi madre daba algunas clases particulares. Por un chelín, yo regaba los viernes el jardín del señor Cohen en Tel Arza, y los miércoles metía botellas vacías en cajas detrás de la tienda del señor Auster y ganaba otros cuatro céntimos, y por dos céntimos la clase también enseñaba a leer al hijo de la señora Finster (pero eso era a crédito, y la familia Finster aún no me ha pagado).

A pesar de todos esos ingresos, nos pasábamos el día ahorrando. La vida en nuestro pequeño piso transcurría como la vida en el submarino que había visto una vez en el cine Edison, donde los marineros cerraban siempre la puerta al entrar o salir del camarote: con una mano encendía yo la luz del retrete y al mismo tiempo apagaba con la otra la luz del pasillo para no gastar. Tiraba de la cadena con delicadeza, porque no se podía despilfarrar una cisterna entera de agua por un pis. Había otras necesidades (que en nuestra familia no tenían nombre) para las que en ocasiones estaba justificado usar una cisterna entera. ¿Pero un pis? ¿Toda una catarata, mientras los pioneros del Néguev aprovechaban el agua de lavarse los dientes para regar las plantas? ¿Mientras en los campos de refugiados de Chipre medio cubo tenía que durarle a una familia entera tres días? Y cuando salía del retrete, la mano izquierda apagaba y la mano derecha encendía simultáneamente la luz del pasillo, porque el holocausto apenas acababa de ocurrir, porque los judíos aún se pudrían en las montañas de los Cárpatos y los Dolomitas, en campos de internamiento y en destartalados barcos de inmigrantes clandestinos, destrozados, harapientos, delgados como esqueletos, y porque había penuria y sufrimiento en otras partes del mundo, los *coolies* en China, los pobres recolectores de algodón en el estado de Mississippi, los niños de África, los pescadores de Sicilia. Teníamos que ahorrar.

Y además, ¿quién podía saber lo que nos esperaba? Las desgracias aún no habían terminado y con toda probabilidad lo peor aún estaba por llegar: los nazis tal vez habían sido vencidos, pero el antisemitismo seguía desbocado por todas partes. En Polonia había nuevos pogromos, en Rusia perseguían a los que hablaban hebreo, y aquí los británicos aún no habían dicho la última palabra; mientras, el mufti hablaba de degollar a los judíos, nadie sabía qué nos estaban preparando los

países árabes, y el resto del mundo, con todo su cinismo, apoyaba a los árabes por intereses petrolíferos y comerciales. Obviamente no era el mejor momento.

Lo único abundante en casa eran los libros: había libros de pared a pared, en el pasillo, en la cocina, en la entrada, en los alféizares de las ventanas, en todas partes. Miles de libros en cada rincón de la casa. Se tenía la sensación de que si las personas iban y venían, nacían y morían, los libros eran inmortales. Cuando era pequeño, quería crecer y ser libro. No escritor, sino libro: a las personas se las puede matar como a hormigas. Tampoco es difícil matar a los escritores. Pero un libro, aunque se lo elimine sistemáticamente, tiene la posibilidad de que un ejemplar se salve y siga viviendo eterna y silenciosamente en una estantería olvidada de cualquier biblioteca perdida de Reykjavík, Valladolid o Vancouver.

Si alguna vez, como ocurrió en dos o tres ocasiones, no había suficiente dinero para comprar lo necesario para el Shabbat, mi madre miraba a mi padre, y mi padre comprendía que había llegado el momento de elegir la víctima sacrificial y se acercaba a la vitrina: era una persona de principios y sabía que el pan era más importante que los libros y que el bienestar del niño estaba por encima de todo. Recuerdo su espalda curvada al dirigirse hacia la puerta con tres o cuatro libros queridos bajo el brazo, con el corazón dolorido iba a la tienda del señor Meyer a vender algunos volúmenes tan preciados como un pedazo de su propia carne. Sin duda el mismo aspecto debía tener Abraham cuando salió por la mañana con Isaac a la espalda hacia el monte Moria.

Podía adivinar su dolor: mi padre tenía una relación sensual con los libros. Le gustaba tocarlos, escudriñarlos, acariciarlos, olerlos. Le excitaban los libros, no podía contenerse, enseguida les metía mano, incluso a los libros de personas desconocidas. Es cierto que los libros de antes eran mucho más sexys que los de ahora: tenían qué oler y qué acariciar y tocar. Había libros con letras de oro estampadas sobre las aromáticas pastas de piel, algo ásperas al tacto, pero que hacían que te recorriera un escalofrío como cuando se toca algo íntimo e inaccesible, algo que se estremece y tiembla al contacto de tus dedos. Y había libros que tenían tapas de cartón forradas de tela y pegadas con una cola que tenía un olor asombrosamente sensual. Cada libro tenía un olor propio, secreto y excitante. Algunas veces la tela estaba un poco separada del cartón y se movía como una falda atrevida, era difícil evitar mirar por el espacio oscuro que había entre el cuerpo y la ropa y respirar allí aromas de vértigo.

Por lo general mi padre volvía al cabo de una o dos horas, sin los libros, con bolsas de papel marrón que contenían pan, huevos, queso y, a veces, una lata de carne en conserva. Pero también podía ocurrir que mi padre regresara del sacrificio asombrosamente feliz, con una amplia sonrisa, sin sus amados libros y sin comida: había vendido los libros pero, en su lugar, había adquirido otros, pues en la librería de viejo había descubierto de pronto tesoros maravillosos, de esos que se encuentran quizás una única vez en la vida, y no había podido resistirse. Mi madre le perdonaba y yo también, porque de hecho casi nunca me apetecía comer otra cosa que no fueran mazorcas de maíz y helados. Odiaba las tortillas y la carne en conserva. La verdad es que a veces envidiaba un poco a esos niños hambrientos de la India, a los que nadie obligaba nunca a terminárselo todo.

Cuando tenía unos seis años, llegó un gran día para mí: mi padre me hizo un hueco en una de sus

vitrinas y me permitió trasladar allí mis libros. Para ser exactos, me cedió unos treinta centímetros, más o menos un cuarto de la superficie del estante más bajo. Abracé todos mis libros, que hasta ese día habían estado tendidos en una banqueta junto a mi cama, los llevé en brazos a la vitrina de mi padre y los puse de pie, como es debido, de espaldas al mundo exterior y de cara a la pared.

Fue toda una ceremonia de iniciación: una persona cuyos libros están de pie ya no es un niño, sino un hombre. Yo ya era como mi padre. Mis libros ya estaban de pie.

Pero cometí un terrible error. Mi padre se fue a trabajar y yo podía hacer cuanto quisiese en el hueco de la estantería que me había sido otorgado, pero tenía un concepto completamente infantil sobre cómo hacer las cosas. Por tanto, ordené mis libros por tamaño, y resultó que los más altos eran libros que ya estaban muy por debajo de mi nivel: libros adaptados, rimados, con ilustraciones, es decir, los que me leían cuando era muy pequeño. Lo hice de esa manera porque quería llenar todo el espacio que me había sido concedido en la estantería. Quería que el rincón de mis libros estuviese repleto, abarrotado, a rebosar, igual que la parte de mi padre. Aún estaba eufórico cuando él volvió del trabajo, miró estupefacto a mi estantería y, después, en completo silencio, clavó en mí una mirada que jamás olvidaré: fue una mirada de desprecio, de una desilusión tan amarga que no era posible expresarla con palabras, una mirada de completa decepción genética. Al final masculló entre dientes: «Dime una cosa, por favor, ¿te has vuelto completamente loco? ¿Por tamaño? ¿Acaso los libros son soldados? ¿Los libros son una guardia de honor? ¿Un desfile de la banda de los bomberos?».

Y volvió a callarse. Hubo un prolongado y terrible silencio por parte de mi padre, el silencio de Gregor Samsa, como si ante sus ojos me hubiera convertido en un insecto. Y también por mi parte hubo un silencio de culpabilidad, como si de verdad hubiera sido siempre una especie de miserable reptil y en ese momento saliera a la luz, y todo estuviera perdido para siempre.

Al final de aquel silencio, mi padre empezó a descubrirme durante unos veinte minutos todas las cosas de la vida. No dejó nada por revelarme. Me inició en el secreto de los misterios más ocultos del mundo de la biblioteconomía: me mostró la carretera principal y también los caminos secundarios entre bosques, los paisajes vertiginosos de variaciones, matices, fantasías, avenidas solitarias, tonos atrevidos y caprichos excéntricos: los libros se pueden ordenar por título, por autor, por colección y editorial, por orden cronológico, por idioma, por tema, por género y campo, y hasta por lugar de edición. Depende.

Así aprendí los secretos de la variedad: la vida está hecha de diversos caminos. Cada cosa puede ocurrir de una forma y también de otra, según distintas notas y razonamientos paralelos. Cada razonamiento paralelo es consecuente y coherente a su modo, completo en sí mismo, indiferente a todos los demás.

Durante los días siguientes me pasé horas y horas ordenando mi pequeña biblioteca, veinte o treinta libros que coloqué y barajé como si fueran cartas, y ordené y volví a ordenar de todas las formas posibles, según los más diversos criterios.

Así aprendí de los libros el arte de la composición: no de lo que estaba escrito en ellos sino de los propios libros; de la realidad física de los libros. Los libros me permitieron conocer tierras de nadie vertiginosas, comarcas de sombras entre lo permitido y lo prohibido, entre lo legítimo y lo excéntrico, entre lo normativo y lo bizarro. Esa lección me ha acompañado todos estos años. Cuando llegó la hora del amor, ya no era un completo principiante; ya sabía que hay distintas

opciones, autopistas, carreteras pintorescas y caminos perdidos por los que casi nadie ha pasado. Que hay permitidos que son casi prohibidos y prohibidos que son casi permitidos. Depende.

A veces me dejaban coger libros de las estanterías de mi padre y sacarlos afuera, al patio, para quitarles el polvo: no más de tres libros cada vez, para no desordenarlos, para que cada uno volviera exactamente a su lugar. Era una responsabilidad grande y placentera, porque el polvo de los libros me estimulaba, y a veces olvidaba la misión, la responsabilidad y el amor propio, y me quedaba en el patio hasta que mi madre, preocupada, enviaba a mi padre, en calidad de salvador, a comprobar si había cogido una insolación o me había mordido un perro, y siempre me encontraba encogido en un rincón del patio inmerso en la lectura, con las rodillas dobladas, la cabeza ladeada y la boca un poco abierta, y cuando mi padre preguntaba, en un tono entre arisco y afectuoso, ¿qué te ha pasado esta vez?, necesitaba un buen rato para hacerme volver a este mundo, como si fuera un ahogado semiinconsciente que flotara en una lejanía inimaginable y poco a poco retornara, sin querer, al valle de lágrimas de las obligaciones cotidianas.

Durante toda mi infancia me gustó ordenar cosas, esparcirlas y volverlas a ordenar, pero cada vez de una forma distinta. Tres o cuatro hueveras vacías podían ser para mí todo un sistema defensivo, una flota de submarinos o una convención de altos dignatarios reunidos en Yalta. A veces hacía incursiones en el reino del desorden. Había en ello algo atrevido y excitante: me gustaba esparcir por el suelo el contenido de una caja de cerillas e intentar hacer infinidad de posibles combinaciones.

Durante la guerra, había en la pared del pasillo un gran mapa de los frentes de combate en Europa, con chinchetas y banderines de colores que mi padre movía cada dos o tres días siguiendo las noticias de la radio. Y yo me construí una realidad paralela, privada: me hice encima de la alfombra un frente de combate propio, una realidad virtual donde movía tropas, hacía movimientos en tenaza, emboscadas, asaltaba cabezas de puente, asediaba, asumía retiradas tácticas y las aprovechaba para penetraciones estratégicas.

Era un niño obsesionado por la historia. Se me ocurrió corregir los errores de los jefes militares del pasado: renové, por ejemplo, la gran rebelión judía contra los romanos, salvé Jerusalén de la destrucción a manos de las tropas de Tito, trasladé el frente de batalla al campo enemigo, llevé a las hordas de Bar Kokba hasta las murallas de Roma, conquisté al asalto el Coliseo y puse una bandera hebrea en la colina del Capitolio. Para ello hube de trasladar la brigada judía del ejército británico a la época del Segundo Templo, y disfruté del daño que dos ametralladoras podían infligir a las magníficas legiones de Adriano y de Tito; sus nombres sean borrados. Un avión ligero, un único Piper, puso al arrogante Imperio romano de rodillas. La desesperada batalla de los defensores de Masada la convertí en una total victoria judía con ayuda de un mortero y algunas granadas de mano.

Y, de hecho, ese extraño impulso que tenía de pequeño, el deseo de darle una segunda oportunidad a lo que no tenía ni tendría nunca una segunda oportunidad, es uno de los motores que mueven aún hoy mi mano, cada vez que me pongo a escribir una historia.

Pasaron muchas cosas en Jerusalén. La ciudad fue destruida, reconstruida, destruida y vuelta a reconstruir. Un conquistador tras otro llegó a Jerusalén, gobernó un tiempo, dejó tras de sí muros,

torres y algunas incisiones en la piedra junto a un puñado de óstraca y documentos, y desapareció. Se disipó como la bruma de la mañana a los pies de las montañas. Jerusalén es una vieja ninfómana que exprime hasta el agotamiento antes de desembarazarse con un gran bostezo de un amante tras otro, una mantis religiosa que devora a su pareja mientras la está penetrando.

Al mismo tiempo, en los confines del mundo, las flotas zarpaban hacia lugares remotos y descubrían islas y continentes. Mi madre decía: Es muy tarde, niño, deja eso, Magallanes y Colón han descubierto ya hasta las islas más remotas. Yo discutía con ella. Decía: ¿Cómo puedes estar tan segura? ¿No es cierto que también antes de Colón se creía que todo se conocía ya y que no quedaba nada por descubrir?

Entre la alfombra, las patas de los muebles y el hueco bajo la cama descubría a veces no sólo islas ignotas sino también nuevas estrellas, sistemas solares desconocidos, galaxias enteras. Si me hubieran metido en la cárcel, me habría faltado la libertad y otras cosas, pero no me habría aburrido, siempre y cuando me hubiesen permitido tener en la celda un dominó, una baraja, dos cajas de cerillas, doce monedas o un puñado de botones: habría pasado los días ordenándolos. Los habría reunido y dispersado, los habría apilado, alejado y acercado, formando con todo ello pequeñas composiciones. Tal vez todo se debía a que era hijo único: no tenía hermanos ni hermanas, y muy pocos amigos, que al rato se cansaban de mí, porque querían acción y no podían adaptarse al ritmo épico de mis juegos.

Muchas veces empezaba un juego sobre el suelo el lunes, y el martes me pasaba toda la mañana en el colegio pensando en la siguiente maniobra y, por la tarde, hacía una o dos maniobras más y dejaba la maniobra siguiente para el miércoles y el jueves. Mis amigos se hartaban, me dejaban con mis fantasías y se iban a jugar al escondite por los patios, mientras yo seguía desarrollando mi historia a ras de tierra durante varios días más: movía tropas, sitiaba ciudadelas y capitales, derrotaba, conquistaba, disponía regimientos clandestinos en las montañas, atacaba fortalezas y líneas defensivas, liberaba y volvía a conquistar, alejaba y acercaba fronteras marcadas con cerillas. Si por error uno de mis padres pisaba mi universo, me declaraba en huelga de hambre o en rebelión contra el cepillado de dientes. Hasta que al final llegaba el día del juicio, mi madre no podía soportar por más tiempo la acumulación de pelusas y lo barría todo, flotas, tropas, ciudades, montañas, bahías, continentes enteros. Igual que una catástrofe nuclear.

Una vez, cuando tenía unos nueve años, un anciano tío llamado Nehemías me enseñó un proverbio francés: «En el amor como en la guerra». Del amor yo no sabía entonces nada, salvo la vaga relación que se establecía en el cine Edison entre el amor y los indios muertos. Pero de las palabras del tío Nehemías saqué una conclusión: que no es bueno apresurarse. Al cabo de los años supe que había vivido en un completo error, al menos en lo referente a la guerra: en el campo de batalla la rapidez, eso se decía, era una gran ventaja. Tal vez mi error se debía a que el tío Nehemías era una persona lenta a la que no le gustaban los cambios; cuando estaba de pie era casi imposible hacer que se sentase. Y si ya estaba sentado no había forma de hacerle levantar. Le decían: Levántate, Nehemías, por favor, ¡hombre!, vamos, es tardísimo, levántate de una vez, ¿hasta cuándo piensas seguir sentado? ¿Hasta mañana? ¿Hasta el próximo Yom Kippur? ¿Hasta que venga el Mesías?

Y él les contestaba: Por lo menos.

Y se quedaba pensando un rato en eso, se rascaba, sonreía con picardía, como si hubiese descubierto nuestras intenciones, y añadía: No hay que apagar ningún fuego.

Su cuerpo, como todos los cuerpos por naturaleza, quería seguir siempre en la misma posición.

Yo no me parezco a él. A mí me gustan mucho los cambios, los encuentros, los viajes, pero me gustaba también el tío Nehemías. No hace mucho lo busqué en vano en el cementerio de Guivat Shaul. Es un cementerio tan grande y alargado que dentro de poco llegará deslizándose hasta las orillas del lago Bet Nekofa o las inmediaciones de Motza. Estuve cerca de una hora sentado allí en un banco; entre los cipreses zumbaba una avispa obstinada, un pájaro repitió la misma nota cinco o seis veces seguidas, pero desde donde yo estaba sólo podía ver lápidas, copas de árboles, montañas y nubes.

Después pasó por delante de mí una mujer delgada vestida de negro y con un pañuelo negro en la cabeza, y un niño de cinco o seis años agarrado a ella. Los pequeños dedos del niño agarraban con fuerza su vestido y los dos iban llorando.

4

Solo en casa un día de invierno al atardecer. Eran las cinco o las cinco y media, en la calle ya hacía frío y estaba oscuro, la lluvia azotada por el viento arañaba las contraventanas de hierro, mis padres se habían ido a tomar un té a casa de Mala y Stashek Rodnitzky, en la calle Chancelor esquina Haneviim, y volverían un poco antes de las ocho, me prometieron, o como muy tarde a las ocho y cuarto o y veinte. Y si por casualidad se retrasaban un poco no había de qué preocuparse: Al fin y al cabo estamos en casa de los Rodnitzky, aquí mismo, a un cuarto de hora de casa.

En lugar de hijos, Mala y Stashek Rodnitzky tenían dos gatos de Angora, Chopin y Schopenhauer. Se pasaban el invierno durmiendo, pegados el uno al otro en una esquina del sofá o en un cojín mullido que llamaban puf, como si fueran dos osos hibernando. Y en una jaula, en un rincón del salón, vivía un viejo pájaro, casi desplumado, ciego de un ojo y con el pico siempre un poco abierto. A ese pájaro los Rodnitzky lo llamaban a veces Alma y a veces Mirabelle. Para que Alma-Mirabelle no sufriera la humillación de la soledad, metieron en su celda otro pájaro que Mala Rodnitzky había hecho con una piña pintada y dos cerillas a modo de patas; tenía unas alas de papel de muchos colores, engalanadas con cinco o seis plumas de verdad pegadas aquí y allá. La soledad, decía mi madre, es como un fuerte martillazo: hace añicos el cristal pero templea el acero. Templar, nos explicó mi padre, significa hacer fuerte, fortalecer, de la palabra «fuerza», pero, de hecho, templar tiene en hebreo la misma raíz que amordazamiento, mordaza, y aún hay que comprobar si tiene relación con almacén, el *al-majsan* árabe del que, de alguna forma, deriva también el magazine europeo.

A mi padre le gustaba mucho contarme detalladamente todo tipo de relaciones de parentesco y oposición entre las palabras. Como si las palabras fuesen una familia ramificada procedente del este de Europa donde hubiese un montón de primos segundos y terceros, familia política, cuñados, sobrinos, consanguíneos, nietos, biznietos: «consanguíneos» viene de la palabra «sangre», por eso se dice, explicaba mi padre, «sangre de tu sangre». Por favor trae de la repisa el diccionario grande. Vamos a buscar todas las palabras derivadas de sangre, así aprenderemos algo tú y yo, y de paso, podías dejar tu taza en su sitio.

En los patios y en las calles reinaba un silencio negro, tan profundo que hasta se podía oír el roce de las nubes al pasar entre los tejados y tocar las copas de los cipreses. Se oía un grifo goteando en la cocina y un susurro o un ligero arañazo casi inaudible pero que podía advertirse en el vello erizado de la nuca, un murmullo que llegaba del espacio oscuro entre el armario y la pared.

Yo encendía la lámpara de la habitación de mis padres, cogía del escritorio ocho o nueve clips, un sacapuntas, dos libretas, un tintero de cuello largo lleno de tinta negra, una goma, una caja de chinchetas, y lo utilizaba todo para fundar un nuevo kibbutz-fortaleza. Una muralla y una torre en el corazón del desierto, sobre la alfombra: ordenaba los clips en semicírculo, ponía el sacapuntas y la goma a ambos lados del tintero, que era mi depósito de agua, y lo rodeaba todo con una valla hecha de lapiceros y bolígrafos y defendida por las chinchetas.

La invasión era inminente: una banda de salteadores sedientos de sangre (una veintena de botones) atacaría el lugar desde el este y el sur, pero nosotros lo protegeríamos con una estratagema: les abriríamos la puerta, los dejaríamos entrar hasta el patio central, que sería el campo de la masacre, la puerta se cerraría a sus espaldas para que no pudiesen retroceder y entonces yo daría la orden de disparar; en ese instante, desde cada tejado y desde lo alto del tintero que hacía de depósito de agua, los pioneros, representados por los peones blancos de mi ajedrez, abrirían fuego y con unas cuantas ráfagas serían eliminadas por completo las fuerzas enemigas atrapadas: Alabado sea Aquel que prepara la matanza del enemigo, y entonces todo terminaría con un canto triunfal, promovería la alfombra al rango de mar Mediterráneo, la estantería marcaría la costa europea, el sofá sería África, entre las patas de la silla pasaría el estrecho de Gibraltar, algunas cartas plantadas aquí y allá serían Chipre, Sicilia y Malta, las libretas harían de portaaviones, la goma y el sacapuntas de destructores, las chinchetas de minas marinas y los clips de submarinos.

Hacía frío en casa. En vez de ponerme otro jersey encima del que llevaba, como me habían dicho que hiciera para no gastar electricidad, encendí –sólo diez minutos– la estufa eléctrica. La estufa tenía dos resistencias, pero también un interruptor de ahorro que hacía que se encendiese sólo una, la de abajo. Yo fijaba la vista en esa resistencia para ver cómo se iba calentando. Se encendía progresivamente, despacio, al principio no se veía nada, sólo se oían una serie de pequeñas crepitaciones, como cuando el zapato pisa granos de azúcar, y después del chisporroteo salía por los extremos una especie de fulgor de palidez violácea, luego se iba extendiendo hacia el centro de la resistencia una especie de revoloteo insinuado, rosáceo, como un ligero rubor en una mejilla tímida; y después aparecía un fuerte rubor, como de vergüenza, para liberarse al fin sin ningún pudor, naranja desnudo y rojo pasión, hasta que el ardor llegaba hasta el centro de la resistencia y ardía sin poder extinguirse, y entonces ya era fuego al rojo vivo que se reflejaba como un sol cruel en la concavidad metálica y fulgurante de la concha plateada que devolvía el calor, y en ese momento ya no se podía mirar sin entornar los ojos: la resistencia abrasaba, cegaba, se desbordaba, no podía contenerse más, enseguida entraría en erupción derramándose sobre la alfombra-mar Mediterráneo como un volcán con ríos de lava incandescente, y se tragaría vivas mi escuadrilla de destructores y mi flota de submarinos.

Durante todo ese tiempo su pareja, la resistencia de arriba, estaba apagada, adormecida, fría e indiferente. Cuanto más ardía la resistencia encendida, más indiferente se mostraba la otra, se encogía de hombros, lo veía todo de cerca sin importarle nada. De pronto me estremecí, como intuyendo o sintiendo en mi piel la gran tensión que había entre el calor y el frío, y comprendí que había una forma rápida y sencilla de hacer que a la resistencia indiferente tampoco le quedase más remedio que calentarse, y también tendría que temblar como si fuera a estallar de tanto fuego

incontenible..., pero eso estaba prohibido. Estaba completamente prohibido, estaba tajantemente prohibido encender al mismo tiempo las dos resistencias de la estufa, y no sólo por el escandaloso gasto sino también por el riesgo de sobrecarga, podían saltar los plomos y toda la casa se quedaría a oscuras, y ¿quién iría a medianoche a buscar a Baruch Manos de Oro?

Para encender la resistencia de arriba tendría que haberme vuelto loco, pero de remate. ¿Y si mis padres volvían antes de que pudiera apagarla? ¿O si conseguía apagarla pero no le daba tiempo a enfriarse y hacerse la muerta? ¿Qué habría dicho entonces en mi defensa? Por tanto había que contenerse. No había que encenderla. Y además tenía que empezar a ordenar todo lo que había desparramado por la alfombra.

5

¿Qué es autobiográfico y qué es ficticio en mis relatos?

Todo es autobiográfico: si alguna vez escribiera una historia de amor entre la Madre Teresa y Aba Eban, por supuesto sería autobiográfica, aunque no una confesión. Todas las historias que he escrito son autobiográficas, ninguna es una confesión. El mal lector siempre quiere saber, saber al instante «qué pasó realmente». Cuál es la historia que está detrás del relato, qué pasa, quién está en contra de quién, quién folló con quién realmente. «Profesor Nabokov», preguntó una vez una entrevistadora en directo en la televisión americana, «díganos, por favor, *are you really so hooked on little girls?*».

También yo consigo a veces que los ávidos entrevistadores me pregunten, aludiendo al «derecho del público a saber», si mi mujer fue el modelo para el personaje de Jana en *Mi querido Mijael* o si la cocina de mi casa está tan sucia como la de Fima. Y a veces me dicen: ¿Podría decirnos quién es realmente la joven de *El mismo mar*? ¿No tendrá también usted por casualidad algún hijo que haya desaparecido durante un tiempo en Extremo Oriente? ¿Y qué hay en realidad detrás del lío que tienen Yoel y la vecina, Annemarie, en *Conocer a una mujer*? ¿Y podría decirnos, por favor, con sus palabras, de qué trata *Un descanso verdadero*?

En el fondo, ¿qué quieren esos impúdicos entrevistadores de Nabokov y de mí? ¿Qué quiere el mal lector, el lector perezoso, sociológico, cotilla y mirón?

En el peor de los casos, provistos de un par de esposas de plástico, se acercan a mí para arrebatarme el mensaje, vivo o muerto. Quieren la «última palabra». El «qué quería decir el poeta» quieren arrebatarme. Que les ponga en las manos «con mis palabras» el mensaje subversivo, la lección moral, los bienes inmuebles políticos, la «ideología». En lugar de una novela, sea tan amable de darles algo un poco más concreto, algo con los pies en la tierra, algo tangible, algo como «la ocupación corrompe», «el reloj de arena de las diferencias sociales tictaquea», «el amor triunfa», «las clases dirigentes son corruptas» o «las minorías están discriminadas». En resumen: deles, metidas en bolsas de plástico de cadáveres, las vacas sagradas que degolló usted para ellos en su último libro. Gracias.

Y a veces renuncian también a las ideas y a las vacas sagradas y están dispuestos a conformarse con la «historia que hay detrás del relato». Quieren los chismorreos. Quieren husmear. Que se les diga lo que realmente te ha pasado en la vida y no lo que después has escrito sobre ello en tus libros. Que se les revele de una vez, sin eufemismos ni chorradas así, quién realmente lo hizo con quién, y cómo y cuántas veces. Eso es todo lo que quieren y con eso se quedan satisfechos. Dales Shakespeare enamorado, Thomas Mann rompiendo el silencio, Dalia

Rabikovitch al desnudo, las confesiones de Saramago, la intensa vida amorosa de Lea Goldberg.

El mal lector me exige que le desmenuce el libro que he escrito; pretende que con mis propias manos tire mis uvas a la basura y le dé sólo las pepitas.

El mal lector es una especie de amante psicópata que se abalanza sobre una mujer y le desgarrar la ropa y, cuando ya está desnuda del todo, le arranca la piel, abre su carne con impaciencia, rompe el esqueleto y al final, cuando ya ha roído los huesos con sus ávidos dientes amarillos, sólo entonces se queda satisfecho: ya está. Ahora estoy dentro del todo. He llegado.

¿Adónde ha llegado? De vuelta al viejo, trillado y banal esquema, al conjunto de estereotipos que, como todos, el mal lector conoce desde hace tiempo y por tanto se siente cómodo con ellos y sólo con ellos: los personajes del libro no son más que el escritor en persona, o sus vecinos, y el escritor y sus vecinos, evidentemente, no son ningunos santos, al fin y al cabo son unos degenerados como todos nosotros. Cuando se llega hasta el hueso, se pone de manifiesto que «todos somos iguales». Y eso es precisamente lo que el mal lector busca con ansia (y encuentra) en cualquier libro.

Por otra parte, el mal lector, al igual que el impúdico entrevistador, se relaciona siempre con cierta desconfianza hostil, con cierta animadversión puritano-santona con la obra, con la creación, con los ardides y las exageraciones, con los rituales del cortejo, con la ambivalencia, la musicalidad y la musa, con la propia imaginación: estaría dispuesto a husmear a veces en una obra literaria compleja, pero sólo con la condición de que se le asegurase de antemano la satisfacción «subversiva» que se encuentra en el degüelle de las vacas sagradas, o la satisfacción agrio-puritana a la que son adictos todos los consumidores de escándalos y «exhibicionismos» a la carta que ofrece la prensa amarilla.

Al mal lector le satisface la idea de que el gran Dostoievski en persona fuera sospechoso de una turbia tendencia a robar y asesinar a ancianas, o que William Faulkner estuviera implicado en alguna relación incestuosa, Nabokov mantuviera relaciones sexuales con menores, Kafka fuera sospechoso a los ojos de la policía (y no hay humo sin fuego), y A. B. Yehoshua quemara bosques del Keren Kayemet (hay humo y hay fuego), por no hablar de lo que Sófocles les hizo a su padre y a su madre, ¿cómo si no habría podido describirlo de una forma tan real?, más real incluso que la vida misma.

Sólo de mí he sabido hablar./ Mi mundo es estrecho como el mundo de una hormiga.../

También mi camino –como su camino hacia la cima–/ es un camino de sufrimiento y esfuerzo,/ una mano de gigante maligna y certera,/ una mano burlona lo ha destruido.

Un antiguo alumno me presentó una vez un comentario a este poema:

Cuando la poetisa Rahel era pequeña le gustaba mucho trepar a los árboles pero, cada vez que empezaba a trepar, llegaba un forzudo y de un manotazo la mandaba de vuelta al suelo. Y por eso se sentía desgraciada.

Aquel que busca el corazón del relato en el espacio que está entre la obra y quien la ha escrito se equivoca: conviene buscar no en el terreno que está entre lo escrito y el escritor, sino en el que está entre lo escrito y el lector.

No es que no haya nada que buscar entre el texto y el autor: hay lugar para una investigación biográfica y hay placer en el chismorreo, y tal vez el trabajo de campo biográfico en algunas obras

literarias tenga un moderado valor de chismorreos. Tal vez no haya que menospreciar el chismorreos: es el pariente pobre de la literatura. Es cierto que la literatura normalmente no se digna a saludarlo por la calle, pero no hay que olvidar el parentesco que hay entre ellos, pues es un impulso eterno y universal husmear en los secretos del prójimo.

Quien no haya gozado nunca de los encantos del chismorreos que se levante y tire la primera piedra. Pero el placer del chismorreos es tan sólo algodón de azúcar. El encanto del chismorreos está tan lejos del encanto de un buen libro como un refresco con colorantes del agua fresca y del loado vino.

Cuando era pequeño me llevaron dos o tres veces, para celebrar Pésaj o Año Nuevo, al estudio fotográfico de Edi Rogoznik, en la playa Bugarshov de Tel Aviv. En el estudio había un hombre musculoso, un gigante pintado y recortado en cartón cuya espalda estaba sujeta por dos postes, un diminuto bañador se ajustaba a sus lomos de toro, y tenía montañas de músculos y un formidable pecho velludo y bronceado. Ese gigante de cartón tenía un agujero en lugar de cara y detrás había un taburete con peldaños. Edi Rogoznik te mandaba que te pusieses detrás del héroe, que subieses dos peldaños del taburete, que sacaras tu pequeña cabeza hacia la cámara de fotos a través del agujero de la cabeza de ese Hércules, te pedía que no te movieses ni pestañearas, y apretaba el botón. Al cabo de diez días íbamos a por las fotos, en las que mi cara pequeña, pálida y seria se erguía sobre el cuello de toro lleno de marcados tendones, rodeada por los rizos de Sansón, unida a los hombros de Atlas, al pecho de Héctor, a los brazos de Coloso.

Pues bien, toda buena obra literaria nos invita de hecho a sacar la cabeza por alguna de las criaturas de Edi Rogoznik; en vez de intentar sacar por allí la cabeza del escritor, como hace el lector banal, tal vez convenga sacar la propia cabeza por el agujero y ver lo que pasa.

Es decir: el espacio que el buen lector prefiere labrar durante la lectura de una obra literaria no es el terreno que está entre lo escrito y el escritor sino el que está entre lo escrito y tú mismo. En vez de preguntar: «Cuando Dostoievski era estudiante, ¿de verdad asesinó y robó a ancianas viudas?», prueba tú, lector, a ponerte en el lugar de Raskolnikov para sentir en tus carnes el terror, la desesperación y la perniciosa miseria mezclada con arrogancia napoleónica, el delirio de grandeza, la fiebre del hambre, la soledad, el deseo, el cansancio y la añoranza de la muerte, para hacer una comparación (cuyo resultado se mantendrá en secreto) no entre el personaje del relato y los distintos escándalos en la vida del escritor, sino entre el personaje del relato y tu yo secreto, peligroso, desdichado, loco y criminal, esa terrible criatura que encierras siempre en lo más profundo de tu mazmorra más oscura para que nadie pueda adivinar jamás la esencia de tu existencia, ni tus padres, ni tus seres queridos, no sea que se aparten de ti con espanto igual que se huye ante un monstruo. Mira, cuando lees la historia de Raskolnikov, siempre que no seas un lector chismoso sino un buen lector, puedes interiorizar a ese Raskolnikov, introducirlo en tus sótanos, en tus oscuros laberintos, tras las rejas y en la mazmorra, para que se encuentre allí con tus monstruos más vergonzosos y abominables y podrás compararlos con los de Dostoievski; los monstruos de la vida cotidiana no los podrás comparar nunca con nada pues tú nunca se los mostrarás a ningún ser humano, ni siquiera en voz baja, en la cama, al oído de quien se acuesta contigo por las noches, no sea que en ese mismo instante coja la sábana espantado, se cubra con ella y huya de ti gritando de terror.

Así podría Raskolnikov endulzar algo la vergüenza y la soledad de la mazmorra a la que todos nos esforzamos en condenar a nuestro prisionero interior de por vida. Así los libros podrían

apiadarse de ti por la tragedia de tus abominables secretos: no sólo de ti, amigo mío, quizás todos seamos un poco como tú: nadie es una isla, pero todos somos media isla, una península rodeada casi por todas partes de agua negra y, a pesar de todo, unida a otras penínsulas. Rico Danon, por ejemplo, en el libro *El mismo mar*, piensa en el misterioso hombre de las nieves de las montañas del Himalaya:

Todo aquel nacido de mujer lleva sobre sus hombros a sus padres. No sobre sus hombros. En su interior. Durante toda su vida debe llevarlos, a ellos y a todo su cortejo, a sus padres, a los padres de sus padres, una muñeca rusa preñada hasta la última generación. Vaya a donde vaya lleva padres en sus entrañas cuando se acuesta lleva padres en sus entrañas cuando se levanta lleva padres en sus entrañas tanto si se aleja como si se queda donde está. Noche tras noche comparte su cama con su padre y su lecho con su madre hasta que le llega la hora.

Y tú, no preguntes: ¿Son hechos reales? ¿Es lo que le pasa al autor? Pregúntate a ti mismo. Por tus propias circunstancias. Y la respuesta puedes guardártela para ti.

6

A menudo los hechos amenazan a la verdad. Una vez escribí acerca del verdadero motivo de la muerte de mi abuela: mi abuela Shlomit llegó a Jerusalén directamente desde Vilna un caluroso día de verano del año 1933, lanzó una mirada de asombro a los zocos sudorosos, a los puestos multicolores, a las bulliciosas callejuelas llenas de gritos de buhoneros, rebuznos de burros, balidos de cabras, chillidos de pollos estrangulados y atados por las patas, y cuellos desangrándose de aves degolladas, vio los hombros y los brazos de los hombres mizrajíes y los escandalosos colores de las frutas y verduras, vio las montañas de los alrededores y las cuestas pedregosas, y al instante pronunció la definitiva sentencia: «El Levante está lleno de microbios».

Mi abuela estuvo viviendo en Jerusalén unos veinticinco años, vio momentos difíciles y algunos buenos, pero no suavizó ni cambió su sentencia hasta el último día de su vida. Dicen que al día siguiente de su llegada a Jerusalén le ordenó a mi abuelo lo que le siguió ordenando durante todos los días que vivieron en la ciudad, verano e invierno: levantarse cada mañana a las seis o seis y media, rociar bien con insecticida cada rincón de la casa para acabar con los microbios, rociar debajo de la cama, rociar detrás del armario, y también en el empotrado y entre las patas del aparador, y después sacudir todos los colchones, la ropa de cama y las almohadas. Desde pequeño recuerdo a mi abuelo Alexander en el balcón al amanecer, en camiseta y zapatillas, sacudiendo con todas sus fuerzas la ropa de cama, como Don Quijote atacando los odres de vino: levantaba la raqueta y la dirigía una y otra vez contra la ropa con toda la furia de su desgracia o su desesperación. Mi abuela Shlomit se quedaba unos pasos por detrás de él, era más alta, con una bata de seda estampada abrochada hasta el cuello, el cabello recogido con una cinta verde en forma de mariposa, y, erguida y tiesa como la directora de un distinguido internado para señoritas, supervisaba el campo de batalla hasta alcanzar la victoria diaria.

En el marco de su eterna guerra contra los microbios, mi abuela se habituó sin contar con nadie a hervir frutas y verduras. Frotaba el pan repetidamente con un paño húmedo impregnado de una solución química desinfectante de color rosáceo llamada Kali. Después de cada comida no fregaba los cacharros sino que, como se hacía durante los preparativos de Pésaj, los hervía durante más de una hora. E incluso a sí misma se hervía mi abuela tres veces al día: en verano y en invierno solía tomar tres baños casi hirviendo para eliminar los microbios. Vivió muchos años, los piojos y los virus mantenían las distancias y, nada más verla, se cambiaban de acera; cuando tenía más de ochenta años, tras dos o tres ataques al corazón, el doctor Kromholtz la previno: Querida señora, si no deja sus baños abrasadores no me hago responsable de lo que le pueda ocurrir.

Pero mi abuela no podía prescindir de sus baños. El terror a los microbios era demasiado grande. Murió en la bañera.

Su ataque al corazón fue un hecho.

Pero la verdad es que mi abuela murió de tanta limpieza y no de un ataque al corazón. Los hechos tienden a ocultarnos la verdad. La limpieza la mató. Aunque quizás el lema de su vida en Jerusalén, «El Levante está lleno de microbios», testimonia una verdad anterior, más interior que la obsesión por la limpieza, una verdad ahogada y oculta: pues lo cierto es que mi abuela Shlomit llegó a Jerusalén desde el noreste de Europa, de lugares donde había tantos microbios como en Jerusalén, además de otro tipo de animales dañinos.

Aquí quizás haya un resquicio por donde mirar e imaginar qué escandalizó tanto del Oriente, con sus colores y olores, a mi abuela y tal vez también a otros emigrantes refugiados que llegaron de pueblos grises y otoñales del este de Europa y por qué les impresionó de aquel modo la estremecedora sensualidad del «Levante», hasta el punto de desear construirse un gueto para protegerse de su amenaza.

¿Amenaza? Posiblemente la verdad sea que no era por la amenaza del Levante por lo que mi abuela mortificaba y purificaba su cuerpo con baños hirvientes mañana, tarde y noche durante todo el tiempo que vivió en Jerusalén, sino precisamente por sus sensuales encantos, por su propio cuerpo, por la fuerte atracción de los zocos rebosantes que fluían a su alrededor y hacían que respirase hasta lo más profundo del diafragma, hasta el punto de marearse y flaquearle las piernas con tal abundancia de verduras, frutas y quesos condimentados, con los fuertes olores y esos desconcertantes alimentos, exóticos, raros, que la excitaban, y las ávidas manos que tocaban y rebuscaban en el fondo de los montones de frutas y verduras, y los pimientos rojos, las aceitunas aliñadas y toda esa profusión de carnes lozanas, sanguinolentas, desnudas y enrojecidas, sin piel y sin vergüenza, balanceándose en el gancho, y la embriagante mezcla de especias, perfumes y polvos, toda suerte de incitantes embrujos en un universo amargo, picante y salado, y también el intenso aroma del café invadiendo el estómago, los recipientes de cristal llenos de bebidas de colores con cubitos de hielo y rodajas de limón, y esos fuertes porteadores del zoco, morenos, velludos, desnudos hasta la cintura, con todos los músculos de la espalda moviéndose por el esfuerzo bajo la piel caliente y brillante al reflectarse el sol en los chorros de sudor. Quizás todos los rituales de limpieza de mi abuela sólo fueran una especie de traje espacial hermético y estéril. Un cinturón de castidad antiséptico que, desde aquel primer día en Eretz Israel, mi abuela se puso para protegerse de sus deseos, lo cerró con siete candados y destruyó todas las llaves.

Al final murió de un ataque al corazón; eso es un hecho. Pero no fue el ataque al corazón sino su limpieza lo que la mató. O no fue la limpieza, sino sus deseos secretos. O no fueron sus deseos, sino el terrible terror a los deseos. O no fueron la limpieza ni sus deseos, ni tampoco el terror a los deseos, sino precisamente su rabia eterna e inconfesable hacia ese terror, una rabia reprimida, una rabia perniciosa, como una infección mal curada, rabia contra su cuerpo, rabia contra sus deseos, y también otro tipo de rabia más profunda, rabia por rechazar sus deseos, una rabia turbia, venenosa, rabia contra el aislamiento y la reclusión, años y años de duelo secreto por el tiempo yermo que pasa y por el cuerpo que se seca y por el deseo del cuerpo, ese deseo lavado miles de veces y enjabonado hasta reprimirlo, desinfectado, frotado y hervido, el deseo de ese Levante sucio, sudoroso, feroz y placentero hasta hacer perder el sentido, pero lleno de microbios.

7

Han pasado casi sesenta años desde entonces y aún recuerdo su olor: lo invoco y vuelve a mí, un olor algo burdo, un olor polvoriento, pero fuerte y agradable, un olor que me recuerda el contacto de una tupida tela de saco, y se mezcla en la memoria con el contacto de su piel, sus abundantes rizos, su espeso bigote, que me rozaba la mejilla y me producía una placentera sensación, como estar un día de invierno en una vieja cocina caliente y oscura. Saúl Tchernijovsky murió en el otoño de 1943, cuando yo tenía algo más de cuatro años; por tanto el recuerdo físico sólo se conserva porque ha pasado por varias estaciones de transmisión y amplificación: mi madre y mi padre me recordaban a menudo esos momentos, porque les gustaba jactarse ante sus conocidos de que el niño se había sentado en las rodillas de Saúl Tchernijovsky y había jugado con su bigote. Siempre se volvían hacia mí para que confirmara su historia: «¿A que aún te acuerdas de ese sábado por la tarde cuando el tío Saúl, el poeta, te sentó en sus rodillas y te llamaba “diablillo”? ¿A que sí?». («Diablillo» de forma cariñosa).

 Mi papel era declamar para ellos la misma cantinela: «Sí. Lo recuerdo perfectamente».

 Nunca les dije que la escena que yo recordaba era algo diferente a la suya.

 No quería estropeársela.

La costumbre de mis padres de repetir esa historia y pedirme que la confirmase reforzó y guardó en mí el recuerdo de esos momentos, un recuerdo que, de no haber sido por el orgullo de mis padres, tal vez se hubiera descolorido y borrado. Pero la diferencia entre su historia y la escena que yo recordaba, el hecho de que el recuerdo conservado por mí no sea sólo un reflejo de la historia de mis padres y goce de una vida propia anterior, y el hecho de que la imagen del gran poeta y el niño pequeño, según la puesta en escena de mi padres, sea algo distinta a la imagen grabada en mi interior, son la prueba de que mi historia no es sólo herencia de la suya: para mis padres, el telón se abre y el niño rubio, con pantalones cortos, está sentado en las rodillas del genio de la poesía hebrea tirándole del bigote, mientras el poeta le pone la condecoración de «diablillo» y el niño, por su parte –¡ay, dulce inocencia!–, le paga con la misma moneda diciendo: «¡El diablillo eres tú!», a lo que, según la versión de mi padre, el autor de «Ante la estatua de Apolo» contesta: «A lo mejor los dos tenemos razón», y me besa en la cabeza, un beso que mis padres consideraron una señal de designación, una especie de unción de reyes, como si, dijéramos, Pushkin se hubiera inclinado y besado así la cabeza del pequeño Tolstói.

 Pero en el cuadro de mi memoria, un cuadro que los focos encendidos de mis padres me ayudaron a conservar aunque sin grabarlo en mí claramente, en mi escena, menos idílica que la suya, yo no estaba sentado en las rodillas del poeta ni tiraba de su famoso bigote, sino que tropecé

y me caí en casa del tío Yosef y al caerme me mordí la lengua, me hice sangre y lloré, y el médico, el pediatra, se adelantó a mis padres y se apresuró a levantarme con sus anchas manos: aún recuerdo que me alzó del suelo con la espalda hacia él y la cara chillona hacia la habitación, me dio la vuelta en sus brazos y dijo algo, y luego añadió algo más, aunque no sobre el legado de la corona de Pushkin a Tolstói, y, mientras yo me agitaba en sus brazos, me abrió la boca con fuerza y pidió que le llevaran un poco de hielo, después miró la herida y dijo:

–No es nada, es sólo un rasguño, ahora lloramos pero pronto reiremos.

Tal vez porque el poeta nos incluyó en esas palabras a los dos, o por el contacto áspero y agradable de la piel de su cara en la mía, como el roce de una toalla gruesa y caliente, y sobre todo por su olor intenso, hogareño, que todavía hoy puedo invocar y hacer volver a mí (no un olor a loción de afeitado, ni a jabón, tampoco a tabaco, sino un olor corporal denso y concentrado, como el sabor de una sopa de pollo en un día de invierno), sobre todo por aquel agradable olor me tranquilicé enseguida, pues el dolor, como casi siempre, era más miedo que dolor. El espeso bigote, un bigote nietzscheano, me rozó y me hizo cosquillas, y después –por lo que recuerdo– el doctor Saúl Tchernijovsky me dejó con cuidado, pero sin demasiados miramientos, en el sofá del tío Yosef, el profesor Yosef Klausner, y el poeta-médico o mi madre me pusieron en la lengua un poco de hielo que la tía Tzipora se había apresurado en buscar.

Por lo que recuerdo, ningún epigrama simbólico digno de ser inmortalizado o citado fue intercambiado en esa ocasión entre uno de los más grandes poetas de la generación del renacimiento de nuestra literatura y su delegado, pequeño y llorica, de la generación del Estado.

Desde aquel día aún pasaron dos o tres años hasta que fui capaz de pronunciar el nombre de Tchernijovsky. Cuando me dijeron que era poeta no me sorprendí: en Jerusalén, por aquella época, casi todo el mundo era poeta, escritor, investigador, filósofo, profesor o revolucionario. Cuando dijeron «doctor» no me causó ninguna impresión: en la casa del tío Yosef y la tía Tzipora todos los invitados varones eran catedráticos o doctores.

Pero él no era un doctor o un poeta cualquiera. Él era pediatra, tenía el pelo rizado, desgreñado y un poco ralo, los ojos sonrientes, las palmas de las manos grandes y lanosas, el bigote como un bosque espeso, las mejillas de fieltro, y un olor único y especial, un olor intenso y suave.

Todavía hoy, cada vez que veo al poeta Saúl en una fotografía, en un dibujo o en un busto que lo representa, o eso me parece a mí, a la entrada de la Sociedad de Autores que lleva su nombre, al instante me envuelve, como el abrazo de una buena manta, su querido y reconfortante olor.

Mi padre, siguiendo al admirado tío Yosef, prefería al melencólico Tchernijovsky antes que al calvo Bialik, al que consideraba un poeta demasiado judío, algo diaspórico, «femenino», mientras que en Tchernijovsky veía al poeta hebreo por excelencia, es decir, masculino, un poco gamberro, un poco gentil, sensible y atrevido, un poeta sensual-dionisiaco, «un alegre griego», como lo llamaba el tío Yosef (olvidando completamente el sufrimiento judío de Tchernijovsky y aquel deseo tan judío de helenizarse un poco). Bialik era para mi padre el poeta de la desgracia judía, de los tiempos pasados, el *shtetl*, la humillación, la impotencia y la compasión (excepto en «El libro del fuego», «Los muertos del desierto» y «En la ciudad del exterminio», donde –eso decía mi padre– «Bialik realmente ruge»).

Como muchos judíos sionistas de su época, mi padre tenía en el fondo algo de cananeo: el *shtetl* y todo lo que había en él, así como los representantes de ese mundo en la nueva literatura, Bialik y Agnón, le turbaban y avergonzaban. Su deseo era que todos nacióramos de nuevo, sanos, fuertes, bronceados, europeos-hebreos y no judíos-europeos del Este. El yiddish le produjo aversión durante casi toda su vida, lo llamaba «jerga». Bialik era para mi padre el poeta de la miseria, el poeta de «la agonía histórica», mientras que Tchernijovsky anunciaba el mañana que estaba despuntando para nosotros, el alba de «las estrellas de Canaán». El poema «Ante la estatua de Apolo» nos lo recitaba mi padre de memoria, con gran pasión, sin darse cuenta de que el poeta, en su inocencia, se postra a los pies de Apolo pero de hecho está cantando un himno a Dioniso.

Y a veces mi padre declamaba con un entusiasmo odesano-jabotinskiano pero con entonación askenazí los rayos y truenos de Tchernijovsky: «Música y melodía de tiempos remotos.../ música de sangre y fuego,/ sube al monte y arrasa la pradera, todo lo que verás: miseria», o: «Noche... noche... noche de ídolos,/ sin estrella, sin luz...». Aquella cara pálida de humilde erudito se iluminaba por un instante, como la de un monje que acaricia un pensamiento pecaminoso, cuando intentaba entonar con solemnidad versos como «sangre por sangre derramaré». Pero yo tenía que contener la risa porque mi padre lo pronunciaba con acento askenazí, como estaba escrito en el poema.

Mi padre se sabía de memoria más poemas de Tchernijovsky que cualquier otra persona que yo conociese; por supuesto se sabía de memoria más poemas de Tchernijovsky que el propio Tchernijovsky, y los recitaba con gran emoción y pasión, es un poeta tan músico, tan músico, y pese a todo tan musical, un poeta sin trabas, sin complejos manifiestos, escribe sin vergüenza alguna sobre el amor e incluso sobre las pasiones, decía mi padre, Tchernijovsky nunca chapotea ni se revuelca en penas y suspiros.

Entonces mi madre miraba a mi padre con cierta perplejidad, como si se asombrara de la vulgaridad de sus pasiones pero le pareciera mejor callar.

Mi padre, a quien por cierto le gustaba mucho utilizar la palabra «evidente», tenía un evidente carácter lituano (los Klausner procedían de Odesa, pero eran originarios de Lituania, y antes, al parecer, habían venido de Matersdorf, la Matersburg que está en el oeste de Austria, junto a la frontera con Hungría). Era un hombre sensible y apasionado, pero durante la mayor parte de su vida sintió aversión por la mística y cualquier tipo de magia. Lo sobrenatural le parecía el reino evidente de toda clase de impostores y charlatanes. Los cuentos hasídicos los consideraba folclore, y la palabra «folclore» la pronunciaba siempre con el mismo gesto de desprecio con el que decía, por ejemplo, «jerga», «éxtasis», «hachís» o «intuición».

Mi madre le escuchaba y, en vez de contestar, nos mostraba su triste sonrisa. A veces me decía: «Tu padre es un hombre sabio y racional; es racional hasta cuando está dormido».

Años más tarde, después de morir mi madre, cuando palidieron un poco su optimista alegría y su continua verborrea, también cambió su carácter, y puede que se acercara un poco al de mi madre: en uno de los sótanos de la Biblioteca Nacional, mi padre descubrió un manuscrito desconocido de Y. L. Peretz, un cuaderno de juventud en el que, entre bocetos, garabatos y borradores en verso, había un relato titulado «La venganza». Mi padre se fue a pasar unos años a Londres y allí hizo su tesis doctoral sobre ese descubrimiento, con el que se fue alejando de la

tormenta y turbulencia de Tchernijovsky y empezó a ocuparse de los mitos y las sagas de pueblos remotos y a husmear en la literatura yiddish, hasta que poco a poco fue arrastrado, como si al fin hubiese dejado de agarrarse a una barandilla, por la misteriosa melancolía de los relatos de Peretz en particular y de los cuentos hasídicos en general.

Pero en aquellos años en que íbamos los sábados a casa del tío Yosef, en Talpiot, mi padre aún intentaba educarnos a todos para que fuésemos ilustrados como él: mis padres solían discutir a menudo sobre literatura. A mi padre le gustaban Shakespeare, Balzac, Tolstói, Ibsen y Tchernijovsky. Mi madre prefería a Bialik, Schiller, Turgenev, Chéjov, Strindberg, Gnessin, y también el señor Agnón, que vivía justo enfrente del tío Yosef en Talpiot, aunque a mí me parecía que no eran muy buenos amigos.

Una cortesía polar se respiraba por un instante en el callejón si por casualidad se encontraban el profesor Klausner y el señor Agnón: alzaban sus sombreros y se hacían una ligera reverencia, aunque por supuesto, en lo más profundo de sus corazones se deseaban el uno al otro el olvido eterno en el fondo de los abismos del olvido: el tío Yosef no valoraba a Agnón, su estilo le parecía esotérico, provinciano, modulado con sofisticadas florituras.

El señor Agnón, por su parte, no olvidó su resentimiento hasta que se vengó ensartando al tío Yosef en uno de sus pinchos de ironía, en el ridículo personaje del profesor Beklem de la novela *Poesía*. Afortunadamente el tío Yosef murió a tiempo, antes de que se publicase el libro, y así se ahorró un disgusto, mientras que el señor Agnón, quien por cierto fue muy longevo, ganó el premio Nobel de literatura y alcanzó la gloria, pero a cambio tuvo que soportar que le rechinaran los dientes el día en que quitaron su nombre de su pequeña calle, un callejón sin salida en el barrio de Talpiot, y le pusieron calle Klausner. Desde entonces y hasta su muerte fue condenado a ser el escritor S. Y. Agnón de la calle Klausner.

Y hasta el día de hoy, como para fastidiar, la casa de Agnón está en medio de la calle Klausner.

La casa de Klausner, por el contrario, fue derruida, y en su lugar se construyó, como para fastidiar, un edificio cuadrado y mediocre frente a la casa de Agnón que aún sigue en pie.

8

Cada dos o tres sábados íbamos andando a Talpiot, al pequeño chalet del tío Yosef y la tía Tzipora. Había unos seis o siete kilómetros entre nuestra casa en Kerem Abraham y Talpiot, un barrio judío perdido y algo peligroso. Al sur de Rehavia y Kiriath Shmuel, al sur del molino de Mishkenot Shaananim se extendía la Jerusalén desconocida: los barrios de Talbia, Abu Tor y Katamón, la Colonia alemana, la Colonia griega y Baqah (Abu Tor, nos explicó una vez el maestro, el señor Avishar, se llama así por un héroe apodado «El padre del toro»); Talbia era antes propiedad de un hombre llamado Taleb; Baqah sólo era una vega, una *biqah* o valle de espíritus, mientras que el nombre de Katamón es una distorsión árabe de las palabras griegas *kata mones*, que significan «junto al monasterio»). Y más allá, hacia el sur, al otro lado de todos esos mundos desconocidos, al otro lado de las montañas oscuras, en el fin del mundo, centelleaban lugares judíos aislados, Mekor Hayyim, Talpiot, Arnona y el kibbutz Ramat Rahel, casi pegado a Belén. Desde nuestra Jerusalén sólo se podía ver el barrio de Talpiot como un minúsculo conjunto grisáceo de copas de árboles polvorientos sobre una lejana colina. Una noche, desde la azotea, nuestro vecino arquitecto, el señor Friedmann, señaló un puñado de pálidas luces temblorosas en el horizonte, suspendidas entre el cielo y la tierra, y dijo: Aquello es el Campo Allenby, y quizás aquellas luces sean de Talpiot o de Arnona. Si volviera a haber incidentes, dijo, su situación no sería fácil. Y no digamos una guerra.

Nos poníamos en camino después de comer, a esas horas en que la ciudad se encierra tras las persianas y se sumerge por completo en el sopor de los sábados a mediodía, y hay un silencio absoluto en las calles y en los patios, entre los edificios de piedra con cobertizos de uralita adosados. Como si toda Jerusalén estuviese dentro de una bola de cristal.

Cruzábamos la calle Gueulá, entrábamos en el laberinto de callejuelas del destartalado *shtetl* ultraortodoxo que está más allá del barrio de Ahvah, pasábamos por debajo de tendedores llenos de ropa negra, amarilla y blanca, entre oxidadas barandillas de hierro de balcones descuidados y esqueletos de escaleras exteriores, subíamos por Zikrón Moshé, envuelto siempre en los vapores de los guisos pobres de askenazíes, *tshulent*, *borscht*, sofritos de ajo, cebolla y repollo en vinagre, continuábamos y cruzábamos la calle Haneviim. No se veía un alma por las afueras de Jerusalén a las dos de la tarde del sábado. Desde Haneviim torcíamos y bajábamos por la calle Strauss, sumergida en la constante penumbra de antiguos pinos a la sombra de dos muros, por un lado el muro gris verdoso del hospital protestante de las diaconisas y por otro la melancólica

tapia de piedra del hospital judío Bikur Jolim, con los símbolos de las doce tribus grabados en sus majestuosas puertas de bronce. Un olor a medicinas, vejez y desinfectante salía de esos hospitales. Después cruzábamos la calle Yafó, junto a la famosa tienda de ropa Mein Staub, y nos deteníamos un momento ante el escaparate de la librería Ajiasaf, para permitirle a mi padre engullir con ojos hambrientos el botín de las novedades en hebreo que estaban en la vitrina. Proseguíamos a lo largo de King George, entre elegantes tiendas, cafés con espléndidas lámparas y ricos comercios, todos vacíos y cerrados por el Shabbat, pero cuyos escaparates nos cautivaban a través de las rejas de hierro, atraían con hechizos de otros mundos, centelleos de continentes lejanos y aromas de ciudades iluminadas, bulliciosas, ubicadas sin duda en las riberas de grandes ríos, con damas atractivas y elegantes, y caballeros tranquilos, refinados y acomodados que no vivían entre desórdenes, persecuciones y pogromos ni conocían la penuria, no necesitaban contar cada moneda, estaban libres de la presión de las reglas de los pioneros y los voluntarios, libres del castigo de los impuestos, del Servicio Sanitario y las cartillas de racionamiento, protegidos tranquilamente en espléndidas casas con chimeneas que surgen entre las tejas o en confortables apartamentos de edificios de lujo tapizados de alfombras, donde un portero con uniforme azul vigilaba el vestíbulo y un ascensorista de rojo se encargaba del ascensor, y criadas, cocineros, niñeras y mayordomos les servían mientras las damas y los caballeros disfrutaban de la vida. No como aquí.

Aquí, en King George, así como en la Rehavia judeo-alemana y en la rica Talbia greco-árabe, reinaba otro tipo de silencio, distinto al silencio ultraortodoxo del sábado a mediodía en las estrechas y abandonadas callejuelas askenazíes: un silencio diferente, estimulante, inquietante se posaba sobre la vacía calle King George a las dos y media del sábado, un silencio extranjero, un silencio británico, pues de pequeño la calle King George –y no sólo por su nombre– era para mí como una especie de embajadora de la espléndida ciudad de Londres que aparecía en las películas: tenía hileras de casas altas, impresionantes edificios oficiales a los dos lados de la calle, con una fachada continua, uniforme, sin las brechas de patios miserables, abandonados y afectados por la lepra de la chatarra y la basura, separando una casa de otra como en nuestros barrios. En King George no había terrazas destrozadas ni persianas corroídas en las ventanas abiertas, como la boca desdentada de un anciano, ventanas pobres a través de las cuales se exponían a la mirada de los transeúntes las míseras entrañas de la casa, cojines remendados, trapos de colores chillones, montones de muebles hacinados, sartenes tiznadas, cacharros de barro mohosos, cacerolas de latón deformadas y todo tipo de botes y latas comidos por el óxido. A ambos lados de la calle había una fachada continua, compacta, discreta pero arrogante, cuyas puertas, molduras y ventanas cubiertas por visillos mostraban riqueza, dignidad, voces difusas, buenos tejidos, suaves alfombras, copas delicadas y exquisitos modales.

En la entrada de los edificios había placas negras de despachos de abogados, representantes, médicos, notarios, procuradores y agentes de prestigiosas firmas extranjeras.

Pasábamos por delante de las casas del Talita Kumi (a mi padre le gustaba explicar que ese nombre significaba «niña, levántate», como si no lo hubiera explicado ya cientos de veces, y a mi madre le encantaba replicarle: Basta, Arie, ya lo sabemos, la niña se va a dormir de tantas explicaciones). Pasábamos por el pozo Shiber y por la casa Fromin, que iba a ser la sede

temporal de la Keneset, por Bet Hamaalot, una casa circular que aseguraba a todo el que la visitaba el placer de una belleza rigurosa y austera, una belleza judeo-alemana, y nos deteníamos un momento a mirar las murallas de la Ciudad Vieja al otro lado del cementerio musulmán de Mamila, metiéndonos prisa unos a otros (¡Ya son las tres menos cuarto! ¡Y aún queda un largo camino!), pasábamos por delante de la sinagoga Yeshurun y del edificio en forma de anfiteatro de la Agencia Judía (mi padre comentaba en voz baja, como si me estuviera revelando secretos de Estado, y con exultante veneración: «Aquí está nuestro gobierno, el señor Weizmann, Kaplan, Shertok, y a veces hasta el propio David Ben Gurión. Aquí late el corazón de la autoridad hebrea. ¡Es una lástima que no sea un gobierno nacional más fuerte!», y seguía explicándome lo que era «un gobierno en la sombra» y lo que tendríamos pronto, cuando por fin los británicos se fueran, «¡para bien o para mal se irán!»).

Desde allí bajábamos en dirección al Terra Sancta (en el edificio Terra Sancta trabajó mi padre unos diez años, después de la guerra de la Independencia y después del sitio de Jerusalén, cuando fue cerrada la carretera a los edificios de la Universidad de Har Hatzofim y también la hemeroteca de la Biblioteca Nacional encontró ahí un refugio provisional, en un rincón de la tercera planta).

Desde el Terra Sancta había unos diez minutos hasta Binyam David, un edificio circular donde la ciudad se acababa de golpe y empezaban campos vacíos hacia la estación de tren en Emek Refaim. A nuestra izquierda se veían las aspas del molino del barrio de Yemín Moshé y arriba, a la derecha, en pendiente, estaban las últimas casas del barrio de Talbia. Una tensión muda nos dominaba cuando salíamos del ámbito de la ciudad hebrea: como si cruzásemos un paso fronterizo invisible y entrásemos en una tierra extraña.

Pasadas las tres cruzábamos la carretera que separaba las ruinas del antiguo Khan turco y la iglesia escocesa de la estación de tren cerrada: otra luz reinaba ahí, una luz más nublada, una luz antigua y musgosa. Ese lugar de pronto le recordaba a mi madre una callejuela musulmano-balcánica que había a las afueras de su pueblo del oeste de Ucrania. Mi padre empezaba a hablar de la época turca en Jerusalén, de los decretos de Jamal Pacha, de cabezas decapitadas y flagelaciones que se ejecutaban ante la chusma que se congregaba ahí, en la explanada empedrada que había delante de esa estación de tren, construida a finales del siglo XIX, con licencia otomana, por un judío de Jerusalén llamado Yosef Bey Navón.

Desde la explanada de la estación de tren seguíamos por el camino de Hebrón, pasábamos por delante del complejo fortificado del gobierno inglés y por un área de depósitos cercada sobre la que había un gran cartel en tres idiomas. En letras hebreas ponía algo de lo que mi padre se burlaba: ¿Quién será el necio al que este cartel ordena que se levante? Y sin esperar mi respuesta se contestaba a sí mismo: Debe poner *vacuum oil* en escritura defectiva y parece que pone *vecum evil*, «levántate, necio», otra prueba más de que ha llegado el momento de realizar de una vez una reforma europea, moderna y avanzada, en la pobre grafía hebrea y de introducir vocales, eso dijo, que son como los policías de tráfico de la lectura. Y, por cierto, también sobre las locomotoras de los trenes de Su Majestad ponía en inglés *inflammable*, y en árabe *qabal lililti hab*, mientras que en el hebreo del Mandato Británico estaba escrito en cada locomotora: «Puede inflamarse». Ni más ni menos.

A nuestra izquierda se bifurcaban algunas calles escarpadas que conducían al barrio árabe de Abu Tor, y a nuestra derecha cautivaban y atraían las bellas callejuelas laberínticas de la Colonia alemana, un tranquilo pueblo bávaro cubierto de pájaros cantores, lleno de ladridos de perros y cantos de gallos, con palomares y tejados de tejas rojas que aparecían entre cipreses y pinos, y muchos patios rodeados de muros de piedra a la sombra de espesas copas. Todas las casas tenían bodega y desván, y sólo con evocar esas palabras, tenía un ataque de nostalgia todo aquel que hubiera nacido en lugares donde nadie tenía una bodega oscura bajo sus pies ni un desván en penumbra sobre su cabeza, ni despensa, ni cómoda, ni aparador, ni reloj de pared ni una rueda en el patio.

Seguíamos bajando por el camino de Hebrón y pasábamos por delante de las casonas rosadas de piedra tallada, las viviendas de efendis ricos y de árabes cristianos con profesiones liberales, de altos funcionarios del gobierno del Mandato y de miembros de la alta asamblea árabe, Mardam Bey al-Matnawi, Rashid al-Afifi, el doctor Emil Adwan al-Bustani, el abogado Henry Tawil Tutaj y otros hombres ricos del barrio de Baqah. Ahí todas las tiendas estaban abiertas y de los cafés salían risas y música, como si hubiésemos dejado el Shabbat a nuestras espaldas, detenido con un muro imaginario que le cerraba el paso en alguna parte entre el barrio de Yemín Moshé y la iglesia escocesa.

En la amplia acera, a la sombra de dos viejos pinos, delante de un café, estaban sentados en banquetas de enea, en torno a una mesa baja, tres o cuatro señores mayores con trajes marrones, cada uno llevaba una cadena de oro que pendía de la presilla del pantalón, dibujaba una especie de arco sobre la barriga y desaparecía dentro del bolsillo. Esos señores bebían té en vasos de cristal grueso o sorbían café turco en tazas decoradas y arrojaban dados en el tablero del backgammon que tenían delante. Mi padre les saludaba en un árabe que en sus labios parecía ruso. Los señores se callaban por un instante, le miraban con sorpresa contenida, y uno de ellos murmuraba unas palabras ininteligibles, tal vez una sola palabra, como devolviendo el saludo.

A las tres y media pasábamos junto a las alambradas de espino del Campo Allenby, una fortaleza del gobierno inglés al sur de Jerusalén. Muchas veces había penetrado yo en ese campo, lo había conquistado, sometido y purificado, y había izado en él una bandera hebrea en mis juegos de alfombra. Y desde ahí, desde el Campo Allenby, que había sido conquistado por mis tropas en una incursión nocturna por sorpresa, yo continuaba el asalto hasta el corazón del bando extranjero, enviaba a mis unidades hasta los muros del palacio del gobernador, en la Colina del Mal Consejo, y mis tropas hebreas lo conquistaban con un sorprendente movimiento de tenaza, una columna de blindados abría brecha en el palacio por el oeste y entraba desde el Campo Allenby liberado, mientras el otro brazo de la tenaza se cerraba por sorpresa por el este, desde las colinas desérticas, desde el desierto de Judea.

Cuando tenía algo más de ocho años, durante el último año del Mandato Británico, construí con dos amigos cómplices un cohete terrorífico en el patio trasero de nuestro bloque. Ese cohete apuntaba, según nosotros, al palacio de Buckingham en Londres (encontré un mapa detallado del centro de Londres entre la colección de mapas de mi padre).

Con la máquina de escribir de mi padre redacté un cortés ultimátum para Su Majestad el distinguido rey de Inglaterra George VI de la casa Windsor (lo escribí en hebreo, seguramente tenía a alguien que se lo tradujera): Si no abandonan nuestra tierra en un máximo de seis meses, nuestro Yom Kippur se convertirá en el día del Juicio de Gran Bretaña. Pero al final ese proyecto

no se llevó a cabo, porque no conseguimos desarrollar el sofisticado mecanismo de dirección (pretendíamos dar de lleno en el palacio de Buckingham, pero no sobre los inocentes transeúntes ingleses), y también porque nos resultó difícil aprovisionarnos del combustible necesario para lanzar nuestro cohete desde la calle Amós esquina Abdías, en el barrio de Kerem Abraham, hasta su destino en el corazón de Londres. Seguíamos inmersos en la investigación y el desarrollo tecnológico cuando los ingleses se lo pensaron mejor y se apresuraron a marcharse, y así Londres se salvó de mi furor nacionalista y del ataque de mi cohete, que estaba hecho con restos de un frigorífico roto y de una moto antigua.

Un poco antes de las cuatro girábamos a la izquierda en el camino de Hebrón y entrábamos en el barrio de Talpiot, entre avenidas de cipreses oscuros en los que la brisa de poniente tocaba una suave melodía que me provocaba desconcierto, sumisión y muda veneración. El Talpiot de aquellos días era un tranquilo y verde suburbio, alejado del centro de la ciudad y del bullicio del comercio, al borde del desierto de Judea. Había sido diseñado a imitación de los distinguidos barrios residenciales centroeuropeos concebidos para asegurar la tranquilidad de profesores, médicos, escritores y filósofos. A los dos lados de la calle había pequeñas y agradables casas de una sola planta, rodeadas de hermosos jardines, y en cada una de ellas, así lo imaginábamos con nuestra pobre fantasía, transcurría la apacible vida reflexiva de un gran investigador, un célebre catedrático o un profesor de renombre internacional, como el tío Yosef, que no tenía hijos pero cuya fama se extendía por toda la zona, e incluso en países lejanos se habían traducido algunos de sus libros y se había difundido su saber.

Girábamos a la derecha, subíamos por la calle Kore Hadorot hasta un bosquecillo de pinos, después a la izquierda, y ya estábamos frente a la casa del tío. Mi madre decía: Son sólo las cuatro menos diez, a lo mejor aún están descansando. ¿Por qué no nos sentamos un rato tranquilamente y esperamos aquí, en el banco del jardín? O decía: Hoy nos hemos retrasado un poco, ya son las cuatro y cuarto, seguro que el agua está hirviendo y la tía Tzipora ya ha preparado las frutas en la bandeja.

Dos palmas Washington crecían a ambos lados de la entrada como dos guardianes, y detrás había un sendero de piedra entre dos hileras de setos de tuya. Ese sendero conducía a las amplias escaleras por las cuales subíamos al porche de entrada hasta la puerta, sobre la que estaba grabado en una bella placa de cobre el lema del tío Yosef: JUDAÍSMO Y HUMANISMO.

Sobre la puerta había otra placa de cobre más pequeña, más brillante, donde ponía en letras hebreas y también latinas:

PROFESOR YOSEF KLAUSNER

Y más abajo, con la letra de la tía Tzipora, en una pequeña nota clavada a la puerta con una chincheta ponía:

POR FAVOR, ABSTENERSE
DE VISITAS DE DOS A CUATRO
GRACIAS

9

Ya en el recibidor me entraba un insólito temor reverencial, como si al propio corazón se le pudiese despojarse de los zapatos y andar en calcetines, de puntillas, y respirar con la boca cerrada, como es debido.

A excepción de un perchero de madera marrón con los brazos curvados que estaba junto a la entrada, y a excepción de un pequeño espejo y un tapiz oscuro recamado, no había en el recibidor ni un solo hueco libre entre las hileras de libros: estantes y estantes, desde el suelo hasta lo alto del techo, con libros en idiomas de los que no reconocía siquiera los caracteres, algunos de pie y algunos tumbados encima, gruesos y espléndidos libros en lenguas extranjeras que se estiraban cómodamente y otros desdichados, apretados y hacinados, que te miraban de soslayo como refugiados sobre los bancos de un barco de inmigrantes clandestinos, libros importantes y respetables con pastas de piel y grabados dorados y libros sencillos con tapas blandas, libros ricos, satisfechos y pomposos, y libros pobres, descoloridos y desgastados, y en medio, alrededor y detrás de ellos, un montón de folletos, fascículos, panfletos, revistas, boletines y catálogos, todo el gentío sudado y bullicioso que se congrega siempre en torno a la plaza y el zoco.

En el recibidor había una única ventana que, a través de las rejas de hierro, como el ventanuco de un monje eremita, daba a la espesa vegetación del melancólico jardín. Ahí, como a todos sus invitados, nos recibía la tía Tzipora, una anciana agradable de cara pálida y anchas caderas, con un vestido gris y un chal negro sobre los hombros, muy rusa, tenía el pelo blanco, muy tirante hacia atrás y recogido en un pequeño y canoso moño sobre la nuca, te ponía una mejilla y luego la otra para dos besos, su cara redonda y bondadosa te sonreía con afecto, siempre se adelantaba a preguntar cómo estabas, y casi siempre, sin esperar respuesta, allí mismo en la puerta te ponía al corriente de cómo se encontraba nuestro querido Yosef, que de nuevo no había pegado ojo en toda la noche, o que su estómago por fin se había recuperado después de un largo malestar, o que había recibido una maravillosa carta de un prestigioso profesor americano de Pennsylvania, o que las piedras de la vesícula volvían a amargarle la vida, o que debía terminar al mediodía un importante artículo para la revista *Metzudah* de Ravidovitz, o que también esta vez el tío Yosef había decidido no responder a la gran ofensa que le había causado Yitzhak Silberschlag, o que había resuelto contestar con doble ración a los insultos de uno de los señores de la banda Brit Shalom.

Después de ese resumen de noticias, la tía Tzipora sonreía amablemente y nos pedía que la acompañásemos a ver al tío.

«Yosef os está esperando en el cuarto de estar», nos informaba con su simpática sonrisa, o:

«Yosef está ya en el salón con el señor Krupnik, el matrimonio Netanyahu, el señor Yunitzman y el matrimonio Shóhetman, y hay otros invitados importantes en camino». Y a veces decía: «Desde antes de las seis de la mañana está encerrado en su estudio, le he tenido que llevar allí hasta la comida, pero no hay más que hablar, a pesar de todo entraréis ahora, entrad, entrad, por favor, seguro que se alegra, siempre se alegra mucho de veros, y yo también, además es bueno para él que deje de trabajar un rato, que descanse un poco, se está destrozando la salud. ¡No se preocupa nada de sí mismo!».

Desde el recibidor se abrían dos puertas: una, de cristal tallado con motivos de hojas y flores, conducía al salón. La otra, maciza, pesada y oscura, de aspecto sobrio, llevaba al estudio del profesor, que a veces también se llamaba «biblioteca».

El estudio del tío Yosef me parecía de niño el santuario de la sabiduría: Más de veinticinco mil volúmenes, me susurró un día mi padre, hay reunidos aquí, en la biblioteca privada del tío, libros antiguos de gran valor, manuscritos de nuestros más grandes escritores y poetas, primeras ediciones dedicadas por los autores, volúmenes sacados con astutas artimañas de la Odesa soviética y traídos aquí por caminos tortuosos, joyas bibliográficas raras y difíciles de encontrar, textos seculares y textos religiosos, casi todos los tesoros de la sabiduría de Israel y lo mejor de la sabiduría de otros pueblos, libros que el tío adquirió en Odesa y otros comprados en Heidelberg, libros que descubrió en Berlín o en Varsovia, libros que pidió a América y libros de los cuales sólo existe otro ejemplar en la biblioteca del Vaticano, hebreo, arameo, sirio, griego antiguo y moderno, sánscrito, latín, árabe medieval, ruso, inglés, alemán, español, polaco, francés, italiano y otros idiomas y dialectos de los que no había oído ni el nombre, como ugarítico, eslovaco, cananeo-maltés y antiguo eslavo eclesiástico.

Había algo austero y ascético en aquella biblioteca, en las perfectas líneas negras de las decenas de estanterías que se extendían desde el suelo hasta el techo, incluso sobre los dinteles de puertas y ventanas, un enmudecedor y solemne respeto ante el que no había lugar para la risa ni la ligereza y que nos obligaba a todos, incluso al tío Yosef, a hablar siempre en voz baja.

El olor de la gigantesca biblioteca del tío me acompañará durante toda mi vida: el aroma polvoriento y excitante de la secreta sabiduría, el olor de una vida de estudio muda y aislada, una misteriosa vida de monje, un silencio fantasmal que salía de las profundidades de los pozos del pensamiento y la sabiduría, el murmullo de las sílabas muertas, el susurro de las reflexiones secretas de autores desaparecidos, la caricia fría de antiguas autoridades.

También desde ahí, desde el estudio, a través de tres ventanas estrechas y altas con cortinas oscuras, se veía el melancólico jardín, algo abandonado, y la tapia tras la cual comenzaban a extenderse el desierto de Judea y los declives pedregosos que descendían en ondas hacia el mar Muerto: altos cipreses y pinos susurrantes rodeaban el jardín, y, entre los cipreses y los pinos, había adelfas, malas hierbas, rosales abandonados, setos de tuya polvorientos, senderos de gravilla grisácea, una mesa de madera que se iba pudriendo bajo las intensas lluvias del invierno y también un viejo melia, encorvado y medio seco. Incluso en verano, incluso en los días de más bochorno, había algo invernal, ruso y deprimente en aquel jardín donde el tío Yosef y la tía Tzipora, que no tenían hijos, criaban a sus gatos con las sobras de la comida, pero adonde jamás les vi salir a pasear o sentarse al fresco en uno de sus bancos descoloridos.

Solamente yo deambulaba por allí los sábados por la tarde para huir del horror de las eruditas conversaciones del salón, cazaba tigres entre los arbustos, excavaba bajo las piedras en busca de manuscritos antiguos, soñaba con conquistar las áridas colinas del otro lado de la tapia con mis tropas de asalto.

Las cuatro paredes de la biblioteca estaban cubiertas de arriba abajo de tesoros bibliográficos, libros apretados y comprimidos pero bien ordenados, filas y filas de volúmenes azul oscuro, verde y negro con grabados en oro y plata. En algunos sitios era tal la acumulación que dos filas de libros tenían que apretujarse una detrás de otra en una misma balda repleta. Había grupos de letras góticas ensortijadas como torres de castillos y colecciones de textos sagrados hebreos, ejemplares del Talmud y de la Mishná, libros de oraciones y de textos legales, Midrashim, cuentos y leyendas, un estante de la Sefarad hebrea, un estante de Italia, una zona para la revista *Hameasef* de Berlín y otros testimonios de la Ilustración hebrea, y había un amplio espacio para libros de estudios judaicos, historia de Israel, crónicas del antiguo Oriente, historia de Grecia y Roma, historia del cristianismo antiguo y moderno, todo tipo de culturas paganas, civilización islámica, religiones de Asia e historia de la Edad Media, y una pared entera de libros sobre la historia del pueblo de Israel en la Antigüedad, la Edad Media y la modernidad; había extensas zonas esclavas oscuras para mí y territorios griegos, y también zonas marrón grisáceo de clasificadores y archivadores de cartón repletos de páginas impresas y manuscritos. No quedaba ni un palmo de pared sin libros, y también en el suelo había amontonadas decenas de volúmenes, unos abiertos boca abajo, otros llenos de pequeños marcadores y otros agrupados aquí y allá como un rebaño aturdido y comprimido sobre dos o tres sillas de respaldo alto destinadas a los invitados, o en el alféizar de las ventanas, y una escalera negra conducía a las baldas más altas, las que se besaban con el techo. Esa escalera se podía llevar sobre un raíl metálico a lo largo y ancho de la biblioteca, y en algunas ocasiones hasta me daban permiso para moverla con muchísimo cuidado sobre sus ruedas de goma de sección en sección y de estante en estante por toda la sala. No había ningún cuadro, ninguna maceta ni ningún adorno. Sólo libros y más libros y silencio en toda la habitación, y ese maravilloso olor denso, un olor a pastas de piel, papel amarillento y algo de moho, y una especie de extraño olor a algas, a añeja cola de encuadernar y a sabiduría, secretos y polvo.

En el centro de la biblioteca, como un gran destructor que ha arrojado el ancla en las aguas de un golfo entre las montañas, estaba la mesa de trabajo del profesor Klausner: pilas y pilas de tomos de enciclopedias, diccionarios, cuadernos y libretas, distintos tipos de bolígrafos, azules, negros, verdes y rojos, lápices, gomas y tinteros, cajas de grapas y clips, sobres marrones, sobres blancos y sobres con atractivos sellos de colores, folios y fascículos, notas y fichas, volúmenes en idiomas extranjeros abiertos sobre volúmenes en hebreo también abiertos y, entre las hojas de los volúmenes abiertos, otras hojas arrancadas de un bloc de espiral, entretejidas con la letra de tela de araña de mi tío, llenas de tachaduras y correcciones como moscas muertas e hinchadas, llenas de pequeñas notas, y las gafas de leer con la montura dorada del tío Yosef encima de uno de los montones, como cerniéndose sobre el abismo, y otras gafas, con la montura negra, sobre otra montaña de libros en un carrito junto a su silla, y unas terceras mirándote entre las páginas de un cuaderno abierto sobre un pequeño baúl que estaba junto al oscuro sofá.

En ese sofá, encogido en posición fetal, tapado hasta los hombros con una ligera manta de punto de cuadros rojos y verdes, como la falda de un soldado escocés, con la cara descalza e infantil sin las gafas, estaba tumbado el tío Yosef, flaco y pequeño como un niño; sus almendrados ojos marrones parecían medio alegres, medio perdidos. Nos hizo un gesto débil con su mano blanco transparente, nos lanzó una sonrisa rosada entre su bigote canoso y su puntiaguda barba blanca, y nos dijo más o menos lo siguiente:

—Entrad, por favor, queridos míos, entrad, entrad —aunque ya habíamos entrado y mi madre, mi padre y yo estábamos enfrente de él, cerca de la mesa, apiñados como un pequeño rebaño perdido en un prado que no es el suyo—, y perdonad que no me levante en vuestro honor, no os enfadéis conmigo, por favor, llevo dos noches y tres días sin moverme de la mesa, no he pegado ojo, por favor, preguntadle a la señora Klausner y lo confirmará, no descansaré ni para comer ni para dormir, ni siquiera para ojear la prensa, hasta que no termine este artículo que, cuando se publique, hará mucho ruido aquí, y no sólo aquí, todo el mundo de la cultura seguirá esta polémica sin aliento, y esta vez creo que voy a conseguir cerrarles la boca de una vez por todas a todos los oscurantistas. Esta vez dirán amén muy a su pesar o, al menos, tendrán que confesar que se les han acabado los argumentos y han perdido. ¿Y vosotros? ¿Mi querida Fania? ¿Mi querido Lonia? ¿Y mi queridísimo y pequeño Amós? ¿Cómo estáis? ¿Qué tal os va la vida? ¿Ya le habéis leído al querido Amós algunas páginas de *Cuando una nación lucha por su libertad*? Creo, queridos míos, que de todo lo que he escrito hasta ahora no ha salido de mi mano un libro mejor que *Cuando una nación lucha por su libertad* para servir de alimento espiritual al alma tierna del querido Amós en particular y a las de toda nuestra maravillosa juventud hebrea en general, salvo, tal vez, las descripciones del heroísmo y la rebelión dispersas por las páginas de mi *Historia del Segundo Templo*. Precisamente no hace mucho me escribió un gentil, un sacerdote suizo, erudito, ilustrado y amante de Israel como nadie, diciendo que al leer los capítulos sobre las guerras judías contra el despotismo del helenismo pagano, tal y como aparecen en mi libro *Historia del Segundo Templo*, y también en mis libros *Jesús de Nazaret* y *De Jesús a Pablo*, entendió por primera vez en su vida lo hebreo y judío que era Jesús, lo lejos que estaba tanto de lo helénico como de lo romano, aunque también de los anticuados rabinos de su época, que no eran mucho mejores que los oscuros ortodoxos de nuestros días.

»¿Y vosotros, queridos míos? ¿Habéis venido andando? ¿Habéis venido de muy lejos? ¿Desde vuestro hogar en el barrio de Kerem Abraham? Recuerdo que cuando éramos jóvenes, hace treinta años, cuando aún vivíamos en el pictórico y primitivo barrio de los bújaros, los sábados íbamos andando desde Jerusalén hasta Betel o hasta Anatot, y a veces caminábamos hasta la tumba del profeta Samuel. La querida señora Klausner os ofrecerá algo de beber y de comer si accedéis a acompañarla ahora a sus dominios, yo terminaré este difícil párrafo y me uniré a vosotros enseguida, y es posible que hoy también vengan a vernos los Woislavsky, Uri Zvi, Ben Zahav y el querido Netanyahu y su agradable compañera, pues vienen casi todos los sábados. Venid, queridos, acercaos a mí, acercaos y mirad con vuestros propios ojos, mira también tú, pequeño y adorable Amós, mirad, por favor, las páginas de este borrador que está en mi mesa: cuando yo muera conviene que vengan aquí muchos grupos de estudiantes, una generación tras otra, para que vean con sus propios ojos con cuánto sufrimiento sale la escritura y cuántas fatigas y penalidades tuve durante toda mi vida y, aunque mi estilo sea sencillo, fluido y transparente como el cristal, cuántas correcciones hice en cada línea, cuántos borradores escribí, a veces más de medio millar

de borradores distintos, antes de hacerlos mecanografiar: la bendición sólo mora donde la musa se apoya en el sudor de la frente, y la inspiración surge de la constancia y la precisión. Como está escrito, la bendición del cielo viene de arriba y la bendición del abismo yace abajo. Lo he dicho en broma, por supuesto, con perdón de las señoras. Y ahora, queridos míos, acompañad por favor a la señora Klausner y saciad vuestra sed, yo no tardaré.

De la biblioteca se salía a un pasillo estrecho y largo que eran las entrañas de la casa; desde allí se podía torcer a la derecha, hacia el cuarto de baño o hacia el pequeño trastero, o continuar recto hacia la cocina, la despensa y la alcoba de la sirvienta, que salía de la cocina (había alcoba aunque nunca había habido sirvienta), o torcer a la izquierda, hacia la habitación de invitados, o seguir por el pasillo y llegar por la otra puerta, a la izquierda, al dormitorio blanco y decorado de la tía y el tío, donde había un gran espejo con un marco de cobre tallado y dos palmatorias ornamentadas a ambos lados del espejo.

De tres formas se podía, por tanto, acceder al salón: al llegar a la casa se podía ir desde el recibidor hacia la izquierda. O seguir por el recibidor todo recto hasta el estudio, salir por el fondo de la biblioteca al pasillo, torcer a la izquierda y llegar directamente, como solía hacer el tío Yosef los sábados, al sitio de honor situado en la cabecera de la mesa negra y alargada que ocupaba prácticamente todo el salón. Además, en un rincón de la habitación había otra entrada, baja y abovedada, que conducía al cuarto de estar, un cuarto oval como la torre de un castillo cuyas ventanas daban al jardín delantero, a las palmas Washington, a la silenciosa calle y a la casa del señor Agnón, que estaba justo enfrente, al otro lado de la calle.

El cuarto de estar también se llamaba sala de fumar (en casa del profesor Klausner estaba prohibido fumar antes de que terminara el Shabbat, aunque el Shabbat no siempre le impedía al tío Yosef dedicarse a sus artículos). Allí había varios sillones recios y confortables, así como sofás con un montón de cojines bordados de estilo oriental, una alfombra ancha y suave y un gran cuadro (tal vez de Mauricy Gottlieb), en el que se veía a un viejo judío con las filacterias en el brazo y la cabeza, cubierto por el talit, con un libro sagrado en la mano, pero el anciano judío no estaba leyendo, pues tenía los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta; su rostro expresaba un profundo dolor, espiritualidad atormentada y exaltación. Siempre me pareció que ese judío que rezaba conocía todos mis secretos más vergonzosos, pero no me reprochaba nada sino que me imploraba tácitamente que me enmendara.

El cuarto de estar o sala de fumar volvía a conducir al dormitorio blanco y floreado del tío y la tía, y por eso durante toda mi infancia la casa fue para mí una especie de crucigrama no resuelto que me hacía correr a veces sin descanso por todas partes como un perro inquieto, a pesar de las reprimendas de mis padres, intentando llegar a comprender el plano de la casa, descifrar cómo el pasillo de atrás se unía al dormitorio, desde donde se podía llegar al cuarto de estar contiguo al salón, que por su parte daba al recibidor y a la biblioteca y otra vez al pasillo: cada una de las habitaciones de la casa, incluyendo el estudio y el dormitorio, tenía dos o tres puertas y, por eso, esa casa tenía un carácter tormentoso, laberíntico, como una espesura de callejuelas ensortijadas o un bosque, y podías penetrar y serpentear por tres o cuatro caminos distintos desde el recibidor hasta la alcoba-de-la-sirvienta-sin-sirvienta que estaba detrás de la cocina, en lo más profundo de la casa. En esa alcoba, o tal vez en la despensa anexa a la cocina, había una salida trasera a una

terraza desde la que se podía bajar al jardín. El jardín también era sinuoso, denso y con muchas bifurcaciones y escondrijos oscuros; un algarrobo enfermo, de gran tronco y copa espesa, le daba sombra, y había dos manzanos y también un cerezo, desterrado, melancólico, tísico, que había sido trasladado para desgracia suya hasta los márgenes del desierto.

Y así, mientras el profesor Klausner y su hermano, el discreto periodista revisionista Betzalel Elitzedek, articulista del periódico *Hamashkif*, y otros invitados, entre ellos el erudito Gershon Horgin, el investigador Ben Zion Netanyahu, mis padres y el vecino arquitecto, el señor Kornberg, y los escritores Yohanán Twersky, Israel Zarhi, Hayyim Toren y otros estaban sentados alrededor de la larga mesa negra dilucidando mientras tomaban té los asuntos nacionales e internacionales, yo pasaba como un fantasma de la habitación al pasillo, de la alcoba al jardín y otra vez al recibidor y a la biblioteca y a la sala de fumar y otra vez a la cocina y al jardín, inquieto, excitado, rastreando sin descanso una entrada remota que hasta entonces no hubiese observado y que me llevara a la casa secreta, interior, a la casa oculta, esa que estaba escondida en alguna parte entre las paredes dobles o entre los sinuosos caminos del laberinto, o tal vez debajo, entre los cimientos, y buscando tesoros ocultos, descubría de pronto la existencia de unas escaleras enterradas bajo la vegetación que conducían al parecer al sótano-trastero cerrado que estaba debajo del porche de atrás, encontraba islas desconocidas, marcaba en las esquinas del jardín caminos de tierra para trazar encima una red de vías férreas.

Hoy sé que la casa del tío Yosef y la tía Tzipora era una casa mediana, más pequeña que la mayoría de los chalets de dos y tres plantas del barrio donde vivo en Arad: tenía dos habitaciones grandes, la biblioteca y el salón, un dormitorio mediano y otras dos habitaciones pequeñas, una cocina, un baño, una alcoba y un trastero. Pero de niño, cuando todo Jerusalén estaba comprimido aún en pisos de una o dos habitaciones donde podían vivir dos familias numerosas, el palacio del profesor Klausner me parecía la mansión de un sultán o el palacio de un emperador romano, y más de una vez, en la cama, antes de dormirme, me imaginaba el resurgimiento del reino de David y el palacio de Talpiot con un gran despliegue de tropas hebreas a su alrededor. En el año 49, cuando Menahem Begin presentó en nombre del movimiento de liberación la candidatura del tío Yosef frente a la de Hayyim Weizmann a la presidencia de Israel, me imaginé el palacio presidencial del tío en Talpiot rodeado por todas partes de tropas hebreas, y dos guardias impecables apostados a la entrada bajo el letrero que le aseguraba a los visitantes que el judaísmo y el humanismo nunca se anularían mutuamente sino que serían equivalentes.

—Ese niño loco está otra vez corriendo por toda la casa —decían de mí—, por favor, miradle, todo el rato corriendo, yendo y viniendo, jadeando y resoplando, todo rojo y sudoroso como si hubiese tragado mercurio —y me regañaban—: ¿Qué te pasa? ¿Te has comido una guindilla? ¿Eres un perro sarnoso? ¿Una peonza? ¿Una polilla? ¿Un ventilador? ¿Has perdido a tu bella novia? ¿Tus barcos se han hundido en el mar? De verdad, nos estás poniendo dolor de cabeza. Y también estás molestando a la tía Tzipora. ¿Por qué no te sientas un rato tranquilamente? ¿Por qué no te buscas de una vez un buen libro para leer? O te damos papel y unos lápices, te sientas en silencio y nos haces un bonito dibujo, ¿vale?

Pero yo seguía trotando, entusiasmado, abriéndome paso por el recibidor, el pasillo y la alcoba, irrumpiendo en el jardín, y de nuevo, jadeando y excitado, palpando y golpeando con el puño las paredes para descubrir en ellas espacios ocultos, habitaciones escondidas, pasadizos secretos, catacumbas, túneles, cavernas, grutas o puertas secretas camufladas. Aún hoy no me he

dado por vencido.

10

Tras los cristales del oscuro aparador del salón estaban en exposición una vajilla con motivos florales, cafeteras de cuello largo, un montón de cacharros de porcelana y de cristal, una colección de viejos candelabros y platos especiales para Pésaj. Sobre la cómoda había dos bustos de bronce no muy grandes: Beethoven se agitaba, amargado, furioso y enojado, frente a Zeev Jabotinsky, tranquilo y con los labios cerrados, metálico, brillante, con toda la pompa de su uniforme, una visera de oficial y una correa de piel que le cruzaba el pecho en diagonal.

En la cabecera de la mesa se sentaba el tío Yosef y hablaba con su suave voz, una voz femenina, persuasiva y a veces también sollozante. Hablaba de la situación de la nación, de la posición de los escritores e investigadores, del compromiso de los intelectuales y también de sus colegas, los profesores que no trataban con el suficiente respeto sus investigaciones, sus descubrimientos y su prestigio internacional, pero él ya no se asombraba, si se puede utilizar ese eufemismo, por no decir que le repugnaban la mezquindad provinciana de esos colegas y sus logros insignificantes y egocéntricos.

A veces, observando la política internacional, temía confabulaciones de los agentes de Stalin por todas partes, despreciaba la amable hipocresía de Inglaterra, la traidora Albión, desconfiaba de las maquinaciones del Vaticano, que no aceptaba ni aceptaría nunca el afianzamiento de los judíos en Jerusalén en particular y en Israel en general, tenía puestas ciertas esperanzas en las democracias civilizadas, aunque con reservas, le entusiasmaba América, que en esa época estaba a la cabeza de todas las democracias a pesar de estar contaminada por la vulgaridad y la santificación del dinero y carecer de profundidad cultural y de espiritualidad. Los héroes del siglo XIX fueron grandes liberadores nacionales, hombres magnánimos e ilustrados, Garibaldi, Abraham Lincoln, Gladstone, mientras que este nuevo siglo está aplastado bajo las botas de dos asesinos carniceros, el vulgar hijo del herrero que se sienta en el Kremlin y el puerco loco que se ha adueñado del país de Goethe, Schiller y Kant.

Los invitados le escuchaban en respetuoso silencio o manifestaban su acuerdo en pocas palabras para no interrumpir el ritmo de su discurso. Las conversaciones de sobremesa del tío Yosef no eran conversaciones sino monólogos acalorados: el profesor Klausner, desde su sitio en la cabecera, criticaba y censuraba, recordaba y compartía con su público sus ideas, sus logros y sus deseos en temas como el desprecio plebeyo de la dirección de la Agencia Judía, que se rebaja ante los gentiles; la situación de la lengua hebrea, a punto de ser destruida por la jerga y los idiomas extranjeros; la estrechez de miras de algunos de sus colegas; el poco mundo que tenían los escritores y los poetas jóvenes, sobre todo los nacidos en Eretz Israel, que no sólo no dominaban

ninguna lengua culta europea sino que también flojeaban en hebreo; los judíos europeos, que no supieron comprender la advertencia profética de Zeev Jabotinsky, y los judíos americanos, que incluso después de Hitler seguían apegados a su buena vida.

A veces alguno de los invitados varones hacía una pregunta o una puntualización, como quien echa un tronco a una hoguera. En contadas ocasiones alguno se atrevía a discrepar en algún detalle de lo que decía el dueño de la casa, la mayoría de las veces todos escuchaban con respeto, emitían educadas exclamaciones de asentimiento y satisfacción o se reían cuando el tío Yosef introducía una nota sarcástica o graciosa, y entonces siempre hacía la misma aclaración: Sólo ha sido una broma lo que acabo de decir.

Las mujeres, por su parte, no participaban en la conversación salvo como oyentes pasivas de las que todos esperaban que sonrieran en los momentos apropiados y expresaran con sus gestos el gran placer que les causaban las perlas de sabiduría que el tío Yosef les ofrecía con generosidad. Mientras que la tía Tzipora, a quien no recuerdo haber visto nunca sentada a la mesa, se pasaba todo el rato yendo y viniendo de la cocina y la despensa al salón, poniendo más pastas en el plato de las pastas y añadiendo fruta al frutero, vertiendo agua caliente para el té en la gran tetera plateada, con un pequeño delantal en la cintura, siempre apurada; y cuando no tenía que servir té, cuando no faltaban en la mesa pasteles ni pastas ni fruta, ni tampoco la dulce mermelada que se llamaba *varinyeh*, la tía Tzipora se quedaba junto a la puerta que daba al pasillo, a la derecha del tío Yosef y dos o tres pasos por detrás, con los brazos cruzados, pendiente de si faltaba algo o alguno de los invitados necesitaba cualquier cosa, desde una servilleta húmeda hasta un palillo, o de que el tío Yosef le rogara ir al rincón derecho de la biblioteca, el más alejado del escritorio, en busca de la revista *Leshonenu* o el nuevo libro de poemas de Yitzhak Lamdan, de donde quería citar algo que corroborara sus opiniones.

Así se organizaba el mundo en aquellos días: el tío Yosef se sentaba a la cabecera de la mesa, rebosante de elocuencia, polémica y sarcasmo, y la tía Tzipora estaba a sus pies, con su delantal blanco, sirviendo o esperando a que la necesitasen. Y a pesar de todo, el tío y la tía estaban muy unidos, entregados el uno al otro, llenos de amor; eran dos ancianos que conocían el dolor de no tener hijos, él trataba a su mujer como a una niña pequeña, la colmaba de atenciones y palabras cariñosas, y ella trataba a su marido como si fuera su único hijo, su niño mimado, le cubría siempre con un montón de bufandas y abrigos para que no se enfriase, y le daba huevos pasados por agua mezclados con leche y miel para suavizarle la garganta.

Una vez los vi por casualidad sentados juntos en su cama, los dedos diáfanos de él en la mano de ella y ella tocándole con delicadeza las uñas y susurrándole palabras cariñosas en ruso.

Entre los invitados del sábado del profesor Klausner recuerdo vagamente al pelirrojo y apasionado poeta Uri Zvi Greenberg, quien parecía que, si no se sujetaba bien con las dos manos a los brazos de la silla, hasta que se le pusieran blancos los nudillos, se elevaría y flotaría en el aire por encima de nosotros de tanto ardor y arrebató sacrosanto. Recuerdo también a Shalom Ben Baruch y a su mujer, y al señor Yosef Nedavah y al señor Ben Zion Netanyahu y sus hijos pequeños; a uno de ellos, cuando yo tenía unos trece años, le di una vez una patada todo lo fuerte que pude, porque estaba siempre gateando debajo de la mesa quitándome los cordones del zapato y tirándome de los pantalones (aún no sé si le di la patada al hermano héroe o al hermano

aplicado). Y algunas veces estaban también el señor Baruch Shachtman y su mujer la artista, los profesores Dinur y Tur-Sinai (que antes se llamaban Dinburg y Torczyner), mi abuela Shlomit, la enemiga de los microbios, y mi abuelo Alexander, el apasionado de las mujeres, y el menor de los tres hermanos, el miope tío Betzalel Elitzedek, con Haya, su mujer, quien tras la muerte de la tía Tzipora se fue a vivir, con el consentimiento de su marido, con el tío Yosef («Porque si no se va a echar a perder, no es capaz ni de servirse un vaso de leche o quitarse la corbata por la tarde»).

También iban a tomar el té los sábados por la tarde Baruch Karu, es decir, el amable señor Krupnik, el poeta y traductor Yosef Lichtenbaum, algunos discípulos selectos y admiradores del tío Yosef como Samuel Werses, Hayyim Toren, Israel Zarhi, Zvi Woislavsky, Yohanán Pogravinsky, Yohanán Twersky, y también mi padre, Yehuda Arie Klausner, «mi querido sobrino, a quien quiero como a un hijo», como puso el tío Yosef en la dedicatoria de su libro *Creadores y constructores* que le regaló a mi padre. Le gustaban las dedicatorias emotivas: cada año, desde que cumplí nueve o diez, me regalaba por mi cumpleaños un volumen de la *Enciclopedia para jóvenes*, y en uno de los volúmenes escribió, con letras algo ladeadas, como si retrocediesen:

Para el aplicado e inteligente pequeño Amós
en el día de su cumpleaños
con el deseo de que crezca y sea un orgullo para su pueblo,
del tío Yosef,
Jerusalén, Talpiot, Lag Baomer, 1950.

Ahora, después de más de cincuenta años, contemplo esa dedicatoria y me pregunto qué es lo que sabía de mí el tío Yosef, que solía poner su pequeña y fría mano sobre mi mejilla y preguntarme, con su bigote blanco sonriéndome con dulzura, qué había leído últimamente, cuál de sus libros había leído ya, qué estudiaban los niños de Israel en el colegio por aquella época, cuál de los poemas de Bialik y Tchernijovsky me sabía ya de memoria y a cuál de los héroes de la Biblia admiraba más, y, sin escuchar mis respuestas, me empezaba a contar que en la *Historia del Segundo Templo* había escrito cosas sobre los asmoneos que yo debía saber, mientras que sobre el futuro del país debía leer sus enérgicas palabras en el artículo que se había publicado el día anterior en *Hamashkif* o en la entrevista concedida esa semana a *Haboker*. En la dedicatoria, la efe de Yosef ondeaba como una bandera al viento.

En otra dedicatoria, escrita en el volumen de las traducciones de David Frischmann, me deseaba, en tercera persona:

Para que tenga éxito en el camino de la vida
y aprenda de las grandes palabras traducidas en este libro
que hay que seguir el camino que marca la conciencia
y no el rebaño humano, la mayoría dominante en esta hora,
de alguien que le quiere
el tío Yosef,
Jerusalén, Talpiot, Lag Baomer, 1954.

Cuando tenía unos quince años decidí irme de casa y vivir en un kibbutz. Esperaba convertirme en un bronceado y robusto conductor de tractores, un pionero socialista sin complicaciones y liberado de una vez por todas de las bibliotecas, los estudios y las notas a pie

de página. Sin embargo, el tío Yosef no creía en el socialismo, no le gustaban los kibbutzim y todo eso, y esperaba convencerme de que cambiara de idea: me invitó a una conversación cara a cara en su biblioteca, y no en Shabbat, como siempre, sino un día de diario. Me preparé muy bien esa entrevista, pensé todo tipo de justificaciones, pretendía plantarme delante de él con valentía y rebatir eso de por «el camino que marca la conciencia y no el rebaño humano», pero en casa del tío Yosef me dijeron en el último momento que, muy a su pesar, le había surgido un asunto urgente y por tanto no podía recibirme, pero que pronto volvería a invitarme, etcétera, etcétera.

Y así me fui a vivir una vida de pionero que trabaja la tierra al kibbutz Hulda, sin la bendición del tío Yosef y sin la crucial confrontación en la que yo me había asignado el papel de David frente a Goliat o el del niño en el cuento *El traje nuevo del emperador*.

Solía pedir permiso educadamente para levantarme de la mesa de los arenques, los licores, las tortas, los pasteles de crema y las infusiones de hierbas gobernada con autoridad por el tío Yosef desde la cabecera; entonces me dedicaba a mis entusiastas andanzas por los laberintos de la casa y la espesura del jardín: era el jardín de los caminos que se bifurcan de mi infancia. De todos modos recuerdo parte de los monólogos del tío Yosef: le gustaba zarpar hacia Odesa y Varsovia, rememorar los discursos de Herzl, el conflicto de Uganda y la fracción democrática, la hermosa Heidelberg y las excelsas montañas de Suiza, la revista *Hashiloaj* y sus detractores, su primera visita a Eretz Israel en 1912 y su emigración en el barco *Ruslan* en 1919, los crímenes de los bolcheviques y los peligros del nihilismo, los orígenes del fascismo, los sabios de Grecia y los poetas de Sefarad, los comienzos de la Universidad Hebrea, las chiquilladas de los «helenizados» (así apodaba a veces a las personas a las que despreciaba, al profesor Magnes, rector de la universidad, y al resto de los profesores procedentes de Alemania, que fundaron el grupo Brit Shalom y que pretendían llegar a un acuerdo con los árabes, aunque fuera a costa de renunciar a la reivindicación de la creación de un Estado hebreo), la grandeza de Herzl, Nordau y Zeev Jabotinsky frente a los ultrajes de los supuestos dirigentes que se postraban a los pies de los británicos, todos esos rufianes y demás descarriados que se dejaron engañar por el abracadabra del socialismo. En ocasiones elevaba el ancla y zarpaba hacia el milagro del renacimiento de la lengua hebrea y hacia el peligro de su deterioro y contaminación, hacia la degeneración de los ortodoxos, incapaces de pronunciar ni una frase en hebreo sin cometer un montón de errores, y hacia la desfachatez de los yiddishtas, que se otorgaban a sí mismos el derecho de estar aquí, en Eretz Israel, cuando hicieron todo lo posible por aplastarla e incluso intentaron que nuestro pueblo la olvidara. Una vez expuso incluso ante sus oyentes la urgente necesidad de que los campesinos judíos poblaran también Transjordania y consideró en voz alta la posibilidad de convencer a los árabes de la zona, con amabilidad e incentivos económicos, de que emigraran voluntariamente al rico, fértil y casi despoblado valle de la Alta Mesopotamia.

En casi todos los temas, el tío Yosef solía presentar ante su público dos fuerzas enemigas, los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas, y contaba cómo él mismo había sido uno de los primeros, si no el primero, en establecer la diferencia entre luz y tinieblas, en censurar a los que había que censurar y entablar, solo frente a muchos, la guerra de los justos, y cómo sus amigos le habían recomendado que no pusiera en peligro su nombre y su posición, y cómo él, haciendo oídos

sordos, había ocupado el lugar que le dictaba su conciencia, en el sentido de «aquí estoy y no puedo hacer otra cosa», y cómo le habían pisoteado y denigrado sus adversarios con métodos lícitos e ilícitos y le habían dado a beber copas de veneno y ajeno, pero al final la verdad saldría a la luz, en el sentido de «el tiempo lo dirá», y se pondría de manifiesto por fin que la minoría tenía razón y que no siempre hay que «seguir a la mayoría» sino que la conciencia horadará la montaña: Aquí está el pequeño Amós, un niño inteligente y extraordinario como pocos, que remueve cielo y tierra con sus travesuras, el único hijo de mis queridos Fania y Yehuda Arie, cuyo nombre está tomado del profeta *boles shikmim*, de Tecoá, que tuvo el valor de enfrentarse a todos los que clamaban en Samaria y reprenderlos, en palabras de Bialik, porque «no huirá alguien como yo, a caminar despacio me ha enseñado mi ganado», unas palabras que, además de coraje y nobleza moral, tienen su parte de ironía, una especie de arrogancia pueblerina en la cara de poderosos y déspotas. Y, por cierto, *boles shikmim* quiere decir hendidor de sicomoros, es decir, el que les hace una incisión con un cuchillo para acelerar su maduración, y creo que no exagero si os digo que yo mismo ayudé en su momento a Eliezer Ben Yehuda a relacionar la palabra *boles*, que aparece una sola vez en la Biblia, con la palabra *balus*, que significa sucio, mezclado, impuro, adulterado, amalgamado, y a veces también infectado, ensuciado y lleno de pústulas, *unrein, mixed, unclean, malprope, mede, gemischt*, y en vano se empeñaron los sabios Krauss, Kohut y Levi en buscar aquí una raíz persa o griega, su interpretación es forzada, por no decir artificial. ¿Pero cómo hemos llegado de repente a Krauss y Kohut? Estábamos hablando de Eliezer Ben Yehuda, que vino a mi casa un sábado por la mañana y me dijo: «Escucha, Klausner, lo cierto es que tú y yo sabemos que el secreto de la vida de las lenguas vivas reside en que incorporan palabras y conceptos de casi todo lo nuevo y los asimilan y someten a su propia lógica y morfología, mientras que los puristas cortos de miras salen neciamente a defender nuestro idioma de la penetración de palabras extranjeras, sin darse cuenta o sin acordarse de que nuestra lengua está impregnada de antemano de palabras de media docena de idiomas que no se sabe cómo asimiló»; los baluartes de la vida de cualquier lengua viva, y mucho más de nuestra renaciente lengua, eso le contesté a Ben Yehuda, son precisamente la morfología, la sintaxis, la estructura y el orden de la frase, en resumen: el espíritu de la lengua, su *geist*, la esencia más íntima, lo eterno e inamovible, como ya dije hace varias décadas en mi artículo «Idioma del pasado, idioma vivo», que he vuelto a publicar aquí, en tierra de Israel, revisado y con un nuevo título, «La lengua hebrea es una lengua viva», y ya he oído decir a algunas personas importantes que esta obra mía ha sido la que les ha abierto los ojos y ha puesto en hora «su reloj lingüístico»; eso he oído decir personalmente al propio Jabotinsky, así como a varios intelectuales askenazíes expertos en los tesoros ocultos del hebreo antiguo, antes de que el fascismo y el nacionalsocialismo me impidieran tener cualquier contacto con todo aquello que sonara mínimamente a alemán, no como se comportaron, para desgracia y vergüenza nuestra, algunos de mis colegas de la escuela de Brit Shalom, que trajeron a nuestra universidad un espíritu alemán-pacifista, un espíritu cosmopolita y antinacionalista, y ahora se apresuran a concederle a Alemania el perdón a cambio de un puñado de marcos o el respeto teutónico. También nuestro vecino, el escritor que vive enfrente, se ha unido a esos pacificadores, y es posible que se haya unido a ellos porque, con lo perspicaz que es, ha hecho sus cálculos y ha pensado que su incorporación a la banda Brit Shalom le supondrá el reconocimiento del mundo entero y el aumento de su fama internacional.

«¿Pero cómo nos hemos desviado hasta llegar a Alemania, a Buber, Magnes, Agnón y el

Mapai? Estábamos hablando del profeta Amós, al que voy a dedicar un artículo que acabará con muchas inconsistencias y trivialidades, por no decir falsedades, dichas por los maestros de la tradición, que aún no han conseguido ver en los profetas de Israel...

”Mientras que los sabios que se dedican a los estudios judaicos son las vacas gordas de nuestro tiempo, satisfechas, arrogantes y orgullosas, un gigante del calibre de Peretz Smolenskin, por ejemplo, ¿qué vida tuvo? Vagabundeo y pobreza, dolor y penurias, escribió y luchó hasta su último aliento y al final murió en una terrible y desgarradora soledad, no había nadie a su lado cuando expiró...

”¿Y acaso le fue bien a su compañero y amigo de juventud, el mayor de nuestros poetas en las últimas generaciones, Saúl Tchernijovsky?

”¿No es cierto que aquí, en Eretz Israel, hubo un tiempo en que el gran poeta pasaba hambre, literalmente hambre?

”En general, desde el comienzo de mi andadura literaria y nuestra vida pública, he considerado, y aún lo sigo haciendo, que la fuerza y la grandeza de un escritor están en el *pathos*, en su constante lucha contra todo lo común y aceptado. Es cierto que un bonito relato y un poema hermoso son cosas placenteras que amplían el saber, pero aún no tienen la fuerza de una gran obra. De una gran obra el pueblo exige que tenga mensaje, intuición, una visión del mundo fresca y nueva, y sobre todo que posea una perspectiva moral...

”Al fin y al cabo, una obra sin *pathos* y sin perspectiva moral, en el mejor de los casos, no es más que folclore, ornamento, un trabajo artístico coqueto que ni quita ni pone nada, como los relatos de Agnón, en los que a veces se encuentra algún encanto pero en la mayoría de los casos no hay encanto ni ardor moral, tan sólo cierto artificio, y ni que decir tiene que no hay ninguna espiritualidad, ninguna unión profunda de erotismo trágico y trágica religiosidad, ni emoción moral alguna digna de mención en Agnón y sus semejantes, mientras que en la prosa de Shneur, por el contrario...

”En efecto, se puede decir que en cada gran creador hay una pequeña parte de espiritualidad y otra de profecía: ¿no es cierto que Turguenev, en su magnífica novela *Padres e hijos*, describió el personaje del nihilista Basarov antes de que apareciera el nihilismo en Rusia? ¿Y Dostoievski? ¿Acaso sus *Demonios* no anuncian con absoluta precisión profética la llegada de los bolcheviques?

”Ya no necesitamos una literatura lacrimógena y estamos cansados de las descripciones del *shtetl* de la época de Mendele, estamos saturados de grupos humanos que siempre son mendigos, jóvenes melifluos, traperos y todo tipo de holgazanes sofistas. Ahora necesitamos una literatura realmente nueva, una literatura en la que los protagonistas sean hombres y mujeres activos y no pasivos, personajes que no sean necesariamente estereotipos de anuncio sino personas de carne y hueso, con fuertes instintos, debilidades trágicas e incluso profundas contradicciones internas, personajes con los que nuestra juventud pueda entusiasmarse, aprender de ellos, inspirarse en sus ideas y en sus actos, personajes de nuestro tiempo o épicos y trágicos de la historia de nuestro pueblo con los que nos podamos identificar y que causen respeto en lugar de provocar rechazo y compasión. Ahora necesitamos personajes literarios hebreos y europeos, y no más casamenteros, bufones, mediadores, dirigentes y mendigos diaspóricos y folclóricos».

Una vez el tío Yosef dijo algo así:

—Ya que no tengo descendencia, señoras y señores, mis libros son mis hijos, a ellos he

dedicado lo mejor de mi vida y, cuando muera, ellos y sólo ellos llevarán mi espíritu y mis sueños a las próximas generaciones.

La tía Tzipora advirtió:

–Venga, Osia. Ya está bien. Osinka. Déjalo ya. El médico te ha recomendado que no te excites. Y tu té se ha enfriado, ya está helado. No, querido, no te tomes ese té, enseguida te sirvo otro.

En ocasiones la ira del tío Yosef contra la hipocresía y la vileza de sus adversarios le hacía alzar la voz, pero nunca llegaba a gritar, era más bien una especie de silbido fuerte, como una mujer llorando y no como un profeta encolerizado censurando con sarcasmo. A veces golpeaba con su frágil mano la mesa, pero el golpe era más parecido a una caricia. Una vez, mientras estaba criticando a los bolcheviques o al partido Bund y a los que propagaban la jerga de los judíos askenazíes (así llamaba al yiddish), se derramó en las piernas una jarra de limonada con cubitos de hielo y la tía Tzipora, que estaba con su delantal junto a la mesa, detrás de él, se agachó rápidamente y le secó los pantalones con el delantal, después se disculpó y lo condujo al dormitorio; al cabo de unos diez minutos lo volvió a llevar, cambiado, seco y limpio, junto a sus amigos, que esperaban educadamente sentados alrededor de la mesa y charlando en voz baja sobre sus anfitriones, que vivían como una pareja de palomas: él la trataba como a una hija pequeña y ella a él como a un recién nacido, como a la niña de sus ojos. En ocasiones ella entrelazaba sus dedos regordetes en los dedos diáfanos de él y durante un rato se miraban el uno al otro, luego bajaban la vista y sonreían con pudor.

A veces ella le quitaba la corbata con delicadeza, le ayudaba a desatarse los zapatos y le hacía tumbarse en el sofá para que descansase un rato, la cabeza triste de él apoyada en su pecho y su pequeño cuerpo reclinado sobre el contundente cuerpo de ella. Otras veces mi tía estaba sola en la cocina fregando los cacharros y llorando en silencio, y él se acercaba por detrás, le ponía sus rosadas manos en los hombros y empezaba a hacerle ruiditos con la boca, como intentando calmar a un niño u ofreciéndose a ser su niño.

11

Yosef Klausner nació en 1874 en Ulkeniki, Lituania, y murió en Jerusalén en 1958. Cuando tenía diez años, los Klausner se trasladaron de Lituania a Odesa, donde inició su camino desde la escuela elemental a una academia rabínica reformada, y de allí al grupo de Jibat Zion y al círculo de Ahad Haam. A los diecinueve años publicó su primer artículo, «Nuevas palabras y escritura plena», en el que abogaba por ampliar los límites de la lengua hebrea, incluso con palabras extranjeras, para que pudiese ser una lengua viva. En el verano de 1897 se fue a estudiar a la Universidad de Heidelberg, ya que en la Rusia zarista las universidades no aceptaban a los judíos. Durante los cinco años que estuvo en Heidelberg estudió filosofía con el profesor Kono Fischer y se sintió cautivado por la historia de Oriente en la versión de Ranan Carlyle, quien le influyó profundamente. Esos años de estudio le llevaron de la filosofía y la historia a la literatura y las lenguas semíticas (dominaba unos quince idiomas, entre ellos sánscrito y hebreo, griego y latín, arameo, persa y amhárico), y también cursó allí estudios orientales.

Tchernijovsky, su amigo de la época de Odesa, estudiaba por esos años medicina en Heidelberg, por tanto su amistad se hizo más fuerte y se convirtió en una relación espiritual cálida y fructífera: «Un poeta ardiente», decía el tío Yosef de él, «un poeta-águila hebreo que acaricia con un ala la Biblia y los paisajes de Canaán y extiende la otra sobre toda la Europa moderna». Y a veces decía de Tchernijovsky: «Un alma de niño inocente y puro que habita en un cuerpo fuerte como el de un cosaco».

El tío Yosef fue el representante de los estudiantes judíos en el primer congreso sionista de Basilea, y en congresos posteriores, y en una ocasión incluso cruzó unas palabras con el propio Herzl («¡Era un hombre bello! ¡Bello como un ángel de Dios! ¡Su cutis irradiaba luz! ¡Nos parecía un antiguo rey asirio, con su barba negra y su rostro lleno de espiritualidad y ensoñación! Y sus ojos, sus ojos los recordaré mientras viva, tenía ojos de joven poeta enamorado, unos ojos ardientes y melancólicos que hechizaban a todo aquel que los miraba. ¡Y también su frente ancha le confería majestad!»).

Muy pronto el sionismo espiritual de su maestro Ahad Haam dejó de ser suficiente para Klausner y hasta el final de sus días se unió al sionismo político de Herzl, que en su opinión continuó con Nordau y Jabotinsky, «las águilas», y no con Weizmann, Sokolov y el resto de los «mediadores-conciliadores diaspóricos». A pesar de todo, no dudó en enfrentarse a Herzl en la época del conflicto de Uganda y apoyar a los «sionistas de Sión», y no renunció al sueño del renacimiento cultural y espiritual sin el cual no creía que tuviera ningún sentido el esfuerzo político.

Al volver a Odesa, Klausner se dedicó a la escritura, la enseñanza y las actividades sionistas, hasta que a los veintinueve años tomó el relevo de Ahad Haam en la dirección de *Hashiloaj*, la revista más importante de la nueva cultura hebrea. Para ser exactos, heredó de Ahad Haam la dirección de un «escrito periódico», que el joven Yosef convirtió enseguida en una revista al crear la palabra hebrea «revista».

Cuando era niño, admiraba a mi tío sobre todo por haber creado, según me contaron, y habernos proporcionado algunas palabras cotidianas y sencillas, palabras que parecían haber existido desde siempre, como «revista», y también las palabras hebreas para decir lapicero, iceberg, camisa, invernadero, tostada, cargamento, monótono, multicolor, sensual, palanca y rinoceronte (¿y qué me pondría por las mañanas si el tío Yosef no nos hubiera proporcionado la camisa? ¿Una túnica, tal vez? ¿Y con qué escribiría si no fuera por su lapicero? Por no hablar de la sensualidad, facilitada precisamente por ese tío mío tan puritano).

Alguien que es capaz de crear una nueva palabra y hacer que se integre en el sistema circulatorio de la lengua me parece que sólo está un poco por debajo del creador de la luz y las tinieblas: si uno escribe un libro puede tener la fortuna de que la gente lo lea durante un tiempo, hasta que aparezcan otros libros mejores y ocupen su lugar, pero engendrar una nueva palabra es como tocar la eternidad. Aún hoy, a veces cierro los ojos y veo a ese hombre canoso, menudo y frágil, yendo y viniendo distraído, con su puntiaguda perilla blanca, su bigote mórbido, sus manos delicadas, sus gafas rusas y sus tímidos pasos de porcelana, como un diminuto Gulliver en el país de los gigantes, habitado por una muchedumbre multicolor de inmensos icebergs, altas palancas y rinocerontes corpulentos, y todas las palancas, los rinocerontes y los icebergs le hacen una cortés reverencia.

En Odesa, en la calle Rimislinaya, su casa, la de él y su esposa, Fanny Wiernik (que desde que se casaron se llamó única y exclusivamente «querida Tzipora», y en presencia de invitados era siempre «la señora Klausner»), se convirtió en una especie de centro cultural y lugar de reunión de sionistas y literatos como Mendele y Nahum Slouschz, Lilienblum y Ahad Haam, Ussishkin, Jabotinsky, Bialik y Tchernijovsky. Y cuando los Klausner se trasladaron con la redacción de *Hashiloaj* a Varsovia y se instalaron en la calle Ceglina, «a dos casas de Y. L. Peretz», invitaban a té, pasteles, bizcochos y mermelada casera a Y. L. Peretz, Shalom Asch, Nomberg, Frischmann, Berkowitz, Steinberg, Jacob Fichman y Shneur, como si todas las calles de Tel Aviv, antes de convertirse en calles, hubieran querido reunirse alrededor de la mesa de los monólogos del tío Yosef. (Por cierto, a Zalman Shneur el tío Yosef solía llamarlo, por algún motivo, Zelkind Shneur, y en ocasiones lo apodaba en broma como al protagonista de su novela, el héroe Pandri. Recuerdo a Shneur y su poblada barba negra, asiria: una vez, en el 51 o el 52, mi padre me llevó a la conferencia de Shneur en el edificio Terra Sancta, y el poeta de «La Edad Media se acerca» dijo entre bromas y orgullo triunfante: «¡De los tres grandes astros de la literatura hebrea contemporánea, Bialik, Shneur y Tchernijovsky, quedamos con vida sólo yo!»).

También el tío Yosef rebosaba una alegría casi infantil: incluso cuando hablaba de sus penas, su profunda soledad, sus enemigos, sus dolores y enfermedades, del destino trágico del que va contracorriente, de los ultrajes y ofensas que había sufrido durante toda su vida, siempre brillaba una velada alegría tras sus gafas redondas. Cuando relataba los tormentos del insomnio, sus

gestos, sus ojos claros, sus mejillas sonrosadas de niño mostraban cierta frescura exultante, optimista, enamorada de la vida, casi voluptuosa: «Esta noche tampoco he pegado ojo», les decía siempre a sus invitados, «las preocupaciones por la nación me han atormentado en la oscuridad, el miedo al futuro, la cortedad de miras de los líderes enanos me han perturbado más que mis terribles penalidades, por no hablar del fuerte dolor, la dificultad para respirar y las crueles migrañas, que no me dejan ni de día ni de noche» (si era cierto lo que decía, no pegó ojo ni un instante, al menos desde comienzos de los años veinte hasta que murió en 1958).

Entre 1917 y 1919 Klausner ejerció de docente y, al final, fue catedrático en la Universidad de Odesa, que ya pasaba de mano en mano por las sangrientas luchas entre «blancos» y «rojos» de la guerra civil que siguió a la revolución de Lenin. En 1919, la tía Tzipora, el tío Yosef y su anciana madre, la madre de mi abuelo Rose Keile Levitt Braz, zarparon de Odesa rumbo a Yafó a bordo del *Ruslan*, el *Mayflower* sionista de la tercera oleada migratoria. En la fiesta de Januká se instalaron en el barrio de los bújaros de Jerusalén.

Por el contrario, mi abuelo Alexander y mi abuela Shlomit, con mi pequeño padre y su hermano mayor David, no fueron a Palestina, a pesar de que también eran fervorosos sionistas, pues las condiciones de vida allí les parecían demasiado asiáticas, sino que se dirigieron a Vilna, la capital de Lituania, y no llegaron a Palestina hasta 1933, año en que el antisemitismo en Vilna aumentó hasta el punto de cometerse actos violentos y vejaciones contra los estudiantes judíos.

Mi padre y sus padres se dirigieron finalmente a Jerusalén: el hermano de mi padre, el tío David, su mujer Malka y su hijo Daniel, que había nacido un año y medio antes, se quedaron en Vilna: mi tío David, a pesar de ser judío, consiguió muy joven el puesto de profesor de literatura en la Universidad de Vilna. Era un europeo convencido en una época en que nadie en Europa era europeo, salvo los miembros de mi familia y otros judíos semejantes a ellos. Los demás eran paneslavistas, pangermanistas, o simplemente patriotas lituanos, búlgaros, irlandeses, eslovacos. Los únicos europeos de toda Europa en los años veinte y treinta eran los judíos. Mi padre decía siempre: En Checoslovaquia conviven tres nacionalidades: checos, eslovacos y checoslovacos, que son los judíos. En Yugoslavia hay serbios, croatas, eslovenos y montenegrinos, pero también vive allí un puñado de evidentes yugoslavos. E incluso bajo Stalin hay rusos, ucranianos, chechenos, tártaros y uzbekistaníes, y entre todos ellos también viven nuestros hermanos, los miembros del pueblo soviético.

El tío David era un eurófilo evidente y convencido, especialista en literatura comparada, en literaturas europeas que eran su patria espiritual. No entendía por qué tenía que renunciar a su puesto y emigrar al Asia oriental, un lugar desconocido y extraño para él, sólo para cumplir los deseos de unos antisemitas ignorantes y de unos bandidos nacionalistas sin cerebro. Por tanto, se quedó en su cargo, con el fin de servir al progreso de la cultura, el arte y el humanismo que no tiene límite, hasta que los nazis llegaron a Vilna: los judíos, los intelectuales, los cosmopolitas y los amantes de la cultura no eran de su agrado, y por eso asesinaron a David, a Malka y a mi pequeño primo Daniel, al que sus padres llamaban Danush y también Danushek y del que, en la penúltima carta del 15 de diciembre de 1940, decían: «Hace poco que ha empezado a andar... y tiene una extraordinaria memoria».

Hoy Europa ha cambiado completamente, hoy está llena de europeos de pared a pared. Por cierto, también las cosas que se escriben en las paredes europeas han cambiado radicalmente de forma: cuando mi padre era joven y vivía en Vilna, en todas las paredes de Europa ponía: «Judíos,

marchaos a Palestina». Hace unos cincuenta años, cuando mi padre volvió a visitar Europa, las paredes le gritaron: «Judíos, marchaos de Palestina».

El tío Yosef dedicó muchos años a escribir su libro sobre Jesús de Nazaret, un libro que sorprendió tanto a los cristianos como a los judíos, pues sostenía que Jesús nació judío y murió judío, y que no pretendió fundar una nueva religión. Y más aún: consideraba a Jesús «el representante de la doctrina judía con mayúsculas». Ahad Haam le pidió a Klausner que eliminara esa frase y otras similares para no provocar un terrible escándalo en el mundo judío, algo que, en efecto, ocurrió tanto entre los judíos como entre los cristianos cuando se publicó el libro en Jerusalén en 1921: los ortodoxos judíos acusaron a Klausner de «haber sido sobornado por los misioneros para que ensalzase y exaltase a ese hombre», mientras que los misioneros anglicanos de Jerusalén exigieron al arzobispo que cesase de su ministerio al profesor Danby, el misionero que había traducido al inglés *Jesús de Nazaret*, un libro «venenoso y hereje que presenta a nuestro Salvador como una especie de rabino reformista, como un común mortal y como un judío de los pies a la cabeza que no tiene nada que ver con la Iglesia». La fama internacional del tío Yosef se debió sobre todo a ese libro y a otro que lo siguió años más tarde, *De Jesús a Pablo*.

Una vez el tío Yosef me dijo algo así: «Querido, seguro que en el colegio te enseñan a detestar a ese judío trágico y extraordinario, pero espero que no te enseñen a escupir cuando pases delante de su imagen o de su cruz. Querido, cuando crezcas, a pesar de lo que digan tus maestros, lee el Nuevo Testamento y te darás cuenta de que ese hombre era carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, una especie de *tzadik* o de “taumaturgo”, era un soñador carente de cualquier conciencia política, pero pese a todo tendrá un lugar en el panteón de los grandes de Israel, junto a Baruch Spinoza, quien también fue anatemizado y también merece que le retiremos el anatema: y desde aquí, desde la Jerusalén renovada, debemos alzar la voz y decirles a Jesús y a Baruch Spinoza: “¡Eres nuestro hermano, eres nuestro hermano!”. Y debes saber que los acusadores no son más que judíos del pasado, cortos de miras y con escasa inteligencia, como topos en sus madrigueras. Y tú, cariño, para no ser como ellos debes leer buenos libros, ¡lee, lee y sigue leyendo! Por cierto, mi pequeño libro sobre David Shimoni se lo regalé a tu querido padre con la condición de que también tú lo leyeras. ¡Lee, lee y sigue leyendo! Y ahora, podrías preguntarle a la señora Klausner, a la querida tía Tzipora, dónde está el ungüento para la piel, mi ungüento para la cara. Por favor, pídele el ungüento de siempre, porque el nuevo no sirve ni de comida para perros. Querido, ¿sabías que la diferencia abismal entre el “redentor” en las lenguas de los gentiles y nuestro mesías es que el mesías sólo es alguien ungido con óleo? Todos nuestros sacerdotes son mesías y todos nuestros reyes son mesías. La palabra “mesías” es en nuestro idioma una palabra prosaica y cotidiana, una palabra normal de la misma familia que “ungüento”, no como en las lenguas de los gentiles, en las que al mesías se le llama redentor y salvador. Pero es posible que este tema aún no sea apropiado para tu edad. En todo caso, corre, por favor, a pedirle a la tía lo que te he pedido que le pidieras, ¿pero qué te he pedido? Ya no me acuerdo. ¿Te acuerdas tú? De todos modos, dile que haga el favor de prepararme una taza de té, pues ya dijo rabí Hona en el Talmud de Babilonia, en el tratado *Pesajim*, “Haz todo lo que te diga tu marido, excepto vete”, y yo puntualizo: “excepto muérete”. Es una broma, claro está. Pero date prisa, cariño, y no me robes más tiempo como hace todo el mundo, sin darse cuenta de que mis minutos y

mis horas son el único tesoro que pasa de largo. El filósofo Blaise Pascal fue quien describió en sus reflexiones la terrible sensación del paso del tiempo: el tiempo pasa, los minutos y las horas pasan, la vida pasa sin detenerse y no hay vuelta atrás. Así que corre, cielo, pero ten mucho cuidado de no caerte».

Al llegar a Jerusalén en 1919, el tío Yosef fue secretario de la Academia de la Lengua, antes de ser nombrado catedrático de literatura hebrea en la universidad que se abrió en 1925. Esperaba que le asignasen el departamento de Historia de Israel, o al menos los estudios de Historia del Segundo Templo, pero «los poderosos de la universidad, desde su pedestal germanizado, me despreciaron como hicieron con cualquier idea nacional y con todo lo que no obtuviese el aplauso de los gentiles y de los asimilados enemigos de Sión», y por eso «me desterraron a enseñar literatura hebrea, lejos del crisol de los jóvenes, lejos de cualquier campo en donde hubiera podido sembrar en los corazones jóvenes semillas de amor a nuestro pueblo y a su pasado heroico, y educarlos en el espíritu valeroso y patriótico de los macabeos, de los reyes asmoneos y de los valientes y extraordinarios hombres que se rebelaron contra el yugo de los romanos».

En el departamento de Literatura Hebrea el tío Yosef, por lo que contaba, se sentía igual que Napoleón en la isla de Elba: como le impidieron hacer progresar a todo el continente europeo, se propuso por el momento introducir cambios y reformas ejemplares en su pequeña isla de destierro. Al cabo de unos veinte años se creó la cátedra de Historia del Segundo Templo y el tío Yosef, por fin, consiguió estar al frente de ella, sin renunciar por ello a su puesto como director del departamento de Literatura Hebrea. «Aprehender la cultura del otro hasta asimilarla y convertirla en parte de nuestra propia sangre nacional y humana», escribió, «ése es el ideal por el que he luchado durante tantos años y del que no me apartaré mientras me quede algo de aliento».

Y también: «¡Si queremos ser una nación que gobierne en su tierra, es necesario que nuestros hijos sean de HIERRO!». A veces señalaba los dos bustos de bronce que estaban encima del aparador del salón, el impetuoso Beethoven, lleno de desprecio y ardor, y Jabotinsky, con su espléndido uniforme y los labios apretados con fuerza, y les decía a sus invitados: «El espíritu del individuo y el espíritu de la nación, ambos tienden hacia arriba y ambos se desbocan por falta de visiones».

Un sábado, Baruch Krupnik, es decir Baruch Karu, contó que cuando Jabotinsky compuso el himno del movimiento sionista Beitar no consiguió encontrar una palabra hebrea que rimase con *gueza*, estirpe, y por tanto eligió eventualmente la palabra rusa *jelezo*, que significa «hierro». Y el resultado fue: «Con sangre y *jelezo* será fundada nuestra *gueza* grande, magnánima y feroz», hasta que él mismo, es decir Klausner, sustituyó *jelezo* por *yeza*, sudor: «Con sangre y *yeza* será fundada nuestra *gueza* grande, magnánima y feroz» (pero yo, con traviesa rebeldía les recitaba a mis padres, para enfurecerlos, una especie de parodia burlesca de la primera versión: «Con sangre y *jelezo* será fundado nuestro *guezol* grande, magnánimo y *zeroz*». Mi padre decía: «Ya está bien. Hay cosas de las que uno no debe burlarse». Y mi madre: «Pues yo creo que no existen cosas así»).

El tío Yosef era un nacionalista liberal ilustrado típico del siglo XIX, como Zeev Jabotinsky, hijo de la Ilustración, el romanticismo y la primavera de los pueblos, admirador de Samuel David Luzzatto, Mapu, Peretz Smolenskin y Mika Yosef Lebensohn, de Rousseau, Voltaire, Diderot,

David Hume y Nietzsche, de Turguenev, Belinski, Nekrasov y Dobroljubov, de Carlyle, Ernest Renan, Pushkin, Schiller, Heine y Byron, de Garibaldi y Manzoni, discípulo de Zunz, Graetz y Geiger. Le gustaba mucho utilizar expresiones como «nuestra carne y nuestra sangre», «individuos y naciones», «ideal», «he luchado durante los mejores años de mi vida», «no nos moveremos», «pocos frente a muchos», «solitarios unidos», «las próximas generaciones» y «hasta mi último aliento».

En 1929 tuvo que huir de Talpiot al ser conquistada por los árabes. Su casa, como la de su vecino Agnón, fue saqueada e incendiada, y su biblioteca, como la de Agnón, quedó casi destruida. «Hay que darles a las jóvenes generaciones una nueva educación», escribió en su libro *Cuando una nación lucha por su libertad*, «hay que investirles de un ESPÍRITU HEROICO, un espíritu de energética resistencia, sin renuncias ni acuerdos... La mayoría de nuestros maestros aún no han superado en su interior el exilio a países cristianos o árabes».

Por influencia del tío Yosef, mis abuelos también se volvieron jabotinskianos, y mi padre se acercó a las ideas del Etzel y al partido Jerut de Menahem Begin; aunque Begin despertaba en ellos, los jabotinskianos laicos de Odesa con amplitud de miras, sentimientos encontrados, acompañados de cierto rechazo contenido: por ser originario de un pueblo polaco y por su excesivo sentimentalismo, tal vez Begin les parecía un poco plebeyo, un poco provinciano, pero también leal, valiente y por supuesto nacionalista, aunque quizá no lo suficientemente humanista, no lo suficientemente *charmant*, pues carecía de inspiración poética y de ese carisma mezclado con una pizca de soledad trágica propio de un líder que tiene parte de león y parte de águila. ¿Qué escribió Jabotinsky sobre las relaciones de Israel con las demás naciones tras la creación del Estado? «Como se acerca un león a los leones». Begin no parecía un león. Tampoco mi padre era un león, pese a que su nombre, Arie, significa «león», sino un intelectual de Jerusalén miope que no hace nada a derechas. No fue capaz de luchar en la resistencia, pero contribuyó en la batalla redactando en inglés algunas octavillas donde se criticaba la hipocresía de «la traidora Albión». Esas octavillas se imprimían en imprentas clandestinas y, por las noches, algunos jóvenes diligentes recorrían el barrio pegándolas en las paredes y en los postes de la luz.

Yo también fui un niño de la resistencia: más de una vez expulsé a los británicos con mis tropas, hundí en un arriesgado ataque naval la flota de destructores de Su Majestad, apresé y llevé a juicio al alto comisionado y al mismísimo rey de Inglaterra, y con mis propias manos icé la bandera hebrea (como esos soldados de Ivo Jima dibujados en un sello americano) en lo alto de la torre del palacio del alto comisionado en la Colina del Mal Consejo. Después, cuando los expulsé de nuestra tierra, pacté una alianza con Inglaterra: establecer junto con los británicos el frente de los pueblos civilizados en contra de las oleadas de barbarie oriental de letras y espadas arqueadas, una barbarie encendida y árida que amenazaba con irrumpir desde el desierto para degollarnos, despreciarnos e incendiarnos con maldiciones y gritos guturales que helaban la sangre. Yo quería crecer y ser como el *David* de Miguel Ángel, ese David bello, de cabello rizado y con la boca cerrada que aparecía en la portada del libro del tío Yosef *Cuando una nación lucha por su libertad*: quería ser un hombre fuerte y taciturno con una voz pausada y profunda. No como la voz suave, un poco chillona, del tío Yosef. No quería tener unas delicadas manos de muñeca como las suyas.

El tío Yosef era una persona increíblemente sincera, dada al egocentrismo y a la autocompasión, sutil y ambiciosa de gloria, desbordante de humor infantil, un hombre feliz que se hacía siempre el desgraciado. Con una especie de satisfacción exaltada, le gustaba hablar continuamente de sus logros, de sus descubrimientos, de su insomnio, de sus adversarios, de sus experiencias vitales, de sus libros, artículos y conferencias, que sin excepción hacían siempre «mucho ruido en el mundo», de sus tertulias, sus proyectos, su grandeza, su importancia y su magnanimidad.

Era un hombre bueno, egoísta y mimado, dulce como un recién nacido y arrogante como un niño prodigio.

Allí, en Talpiot, la versión jerosolimitana del barrio ajardinado berlinés, una especie de colina tranquila y boscosa entre cuyos árboles resplandecerían con los años los tejados de tejas rojas y en cuyas casas habitarían en paz y prosperidad intelectuales insignes, escritores famosos o investigadores reconocidos, el tío Yosef salía algunas veces a pasear con el frescor de la tarde por la pequeña calle que, con el tiempo, pasó a ser la calle Klausner. Su delgado brazo entrelazado con el carnoso brazo de la tía Tzipora, su madre, esposa, hija pequeña y escudera. Caminaban con paso precavido hasta detenerse más allá de la casa del arquitecto Kornberg, que algunas veces se utilizaba también como una pequeña pensión para huéspedes educados e instruidos, al final de una calle sin salida que era al mismo tiempo el final de Talpiot, el final de Jerusalén y el final de la tierra poblada: a partir de ahí se extendían las tristes y áridas colinas del desierto de Judea. El mar Muerto brillaba a lo lejos como una placa de acero fundido.

Parece que los estoy viendo allí, en el fin del mundo, al borde del desierto, suaves como dos ositos de peluche, del brazo, con el viento de la tarde de Jerusalén soplando sobre sus cabezas, el murmullo de los pinos, el olor amargo de los geranios flotando en el aire seco y diáfano. El tío Yosef con corbata y chaqueta (a la que él propuso llamar en hebreo *yaacovit*), en zapatillas y con la cabeza canosa expuesta al viento, mientras la tía llevaba un vestido oscuro de seda jaspeada y un chal de lana gris sobre los hombros. Las montañas de Moab, al otro lado del mar Muerto, llenaban el horizonte de azul, con la antigua calzada romana, que llega hasta la muralla de la Ciudad Vieja, a sus pies, y delante de ellas brillaban las cúpulas de las mezquitas, las cruces de las torres de las iglesias y las medias lunas de los minaretes, que resplandecían con los últimos destellos del sol. Las murallas se iban tornando grises y pesadas, y desde el otro lado de la Ciudad Vieja las miraba Har Hatzofim, el monte donde están los edificios de la querida universidad del tío Yosef, y el monte de los Olivos, en cuya ladera la tía Tzipora sería enterrada y donde también él quería ser sepultado aunque no lo logró, porque cuando él murió la zona este de Jerusalén estaba en manos del reino de Jordania.

La luz del atardecer intensificaba aún más el tono sonrosado de su cutis infantil y su alta frente. A esas horas se insinuaba en sus labios una especie de sonrisa confusa, algo aturdida, como la de alguien que llama a la puerta de una casa a la que está acostumbrado a ir y donde le suelen recibir con especial cariño, y resulta que, al abrirse la puerta, un extraño le mira y retrocede perplejo, como preguntando: ¿Quién es usted, señor? ¿Y qué es lo que le ha traído hasta aquí?

Mi madre, mi padre y yo les dejábamos estar allí un rato más, después nos despedíamos en voz baja y nos dirigíamos a la parada del autobús número 7, que llegaría en unos minutos desde Ramat

Rahel y Arnona, porque el Shabbat había terminado. El 7 nos llevaba hasta la calle Yafo, y desde allí, en la línea 3 B, íbamos hasta la calle Sofonías, a cinco minutos de casa. Mi madre decía:

–No cambiará nunca. Siempre las mismas historias y las mismas anécdotas. Lleva repitiéndose cada sábado desde que le conozco.

Mi padre le respondía:

–A veces eres demasiado crítica. Ya no es un chaval, y, además, todos nos repetimos en ocasiones. También tú.

Yo añadía:

–Con sangre y *jelezo* se fundará nuestro *guez*o.

–Ya está bien –decía mi padre. Hay cosas de las que uno no debe burlarse.

–Yo creo que no existen cosas así –protestaba mi madre. No tienen que existir.

Mi padre, en ese punto, zanjaba la conversación:

–Basta. Ya está bien por hoy. Y recuerda que esta noche no te libras de bañarte ni de lavarte la cabeza. No, no te lo voy a consentir. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Me puedes dar una sola razón por la que no debas lavarte la cabeza? ¿No? Pues, entonces, es mejor que de ahora en adelante no intentes iniciar una discusión si no tienes una buena razón o algo parecido. Y recuerda bien, de ahora en adelante, que «quiero» y «no quiero» no están en el ámbito de las razones sino en el de los mimos. Por cierto, la palabra «ámbito» viene de la palabra «definición»: toda definición es siempre delimitar el ámbito que incluye dicha definición y lo que queda fuera de ella. Y también pasa lo mismo en latín, donde la palabra *finis* significa «límite» y también «fin», y la palabra *definire* significa delimitar, defender, limitar o determinar, y de ahí surge al parecer también la palabra «defensa» en varios idiomas occidentales. Y, por favor, córtate las uñas y échalo todo a lavar. Calzoncillos, camiseta y calcetines. Y después, el pijama, un vaso de leche y a dormir, ya hemos tenido bastante por hoy.

12

Algunas veces, después de despedirnos del tío Yosef y de la tía Tzipora, si no era demasiado tarde, nos demorábamos unos diez minutos o media hora para hacerle una visita al vecino de enfrente. Entrábamos como ladrones en la casa de Agnón, sin que el tío y la tía se dieran cuenta de adónde nos dirigíamos, pues no queríamos contrariarles. A veces el señor Agnón coincidía con nosotros al salir de la sinagoga mientras íbamos de camino a la parada del autobús número 7, entonces cogía a mi padre del brazo y le amenazaba con que si se negaba, es decir mi padre, a acercarse a casa de Agnón y honrar la casa de Agnón con el radiante rostro de la señora, ella, es decir la casa de Agnón, se vería privada del radiante rostro de la señora. Así provocaba Agnón una ligera sonrisa en los labios de mi madre, y mi padre aceptaba y decía:

–Pero sólo unos minutos. Por favor, discúlpennos, señor Agnón, no nos quedaremos mucho. Aún tenemos que llegar hasta Kerem Abraham, y el niño está cansado y mañana tiene que madrugar para ir al colegio.

–El niño no está cansado –decía yo.

Y el señor Agnón:

–Escuche, señor: «De la boca de los pequeños y niños de pecho has sacado una alabanza».

La casa de Agnón estaba dentro de un jardín rodeado por una muralla de cipreses y, a pesar de ello, por seguridad, la casa le daba la espalda a la calle y miraba al patio. De la fachada, desde la calle, sólo se veían cuatro o cinco ventanucos estrechos como saeteras. Entrabas por la puerta oculta entre los cipreses, seguías el camino pavimentado que había a un lado de la casa, subías cuatro o cinco peldaños, tocabas al timbre de la puerta blanca y esperabas a que abrieran y te invitaran a dirigirte hacia la derecha y subir las escaleras en penumbra que conducían al despacho del señor Agnón, desde donde se salía a una amplia terraza que daba al desierto de Judea y a las montañas de Moab; o a la izquierda, al pequeño salón, algo recargado, cuyas ventanas daban al jardín vacío.

La luz del día nunca reinaba en la casa de Agnón, siempre había allí una especie de penumbra con un ligero aroma a café y bollos, tal vez porque llegábamos un poco antes de que terminara el Shabbat, al atardecer, y allí no se encendía la luz hasta que aparecieran en la ventana al menos tres estrellas. Y también puede ser que encendieran la luz, pero que fuera una luz jerosolimitana amarillenta y algo tacaña; que el señor Agnón ahorrara electricidad o que por culpa de un corte en el suministro sólo estuviera encendida una lámpara de queroseno que ellos llamaban quinqué. Aún recuerdo esa penumbra, casi puedo tocarla con la yema de los dedos, una penumbra que los barrotes de todas las ventanas parecían encerrar e impedir que escapase. Es difícil saber hoy la

razón de aquella penumbra, y puede que entonces también lo fuese. Sea como fuere, cada vez que el señor Agnón se levantaba e iba a buscar algún libro a una de sus estanterías, que parecían un grupo apretado de personas rezando, vestidas de negro y algo ajadas, su figura no proyectaba a su alrededor una sola sombra sino dos o tres sombras, o incluso más. Así está grabada en mi memoria su figura y así lo recuerdo hasta hoy: un hombre moviéndose en la oscuridad y tres o cuatro sombras distintas moviéndose a su paso, por delante, a la derecha, por detrás, encima y debajo de sus pies.

A veces la señora Agnón hacía alguna observación en tono autoritario, con una voz aguda y cortante, y el señor Agnón le dijo una vez, con la cabeza ligeramente inclinada y la sombra de una sonrisa burlona aflorando en sus labios: «Por favor, permíteme ser el señor de la casa mientras estén aquí los invitados. Cuando se vayan serás tú la patrona». Recuerdo claramente esa frase, no sólo por la rebeldía inesperada que había detrás (ahora diríamos que tenía un tono subversivo), sino sobre todo por la palabra «patrona», con la que me volví a topar al cabo de los años cuando leí su relato *La patrona y el mercader*. Excepto el señor Agnón, no me he encontrado con nadie más que utilice esa palabra con el sentido de «señora». Aunque puede ser que el señor Agnón, al decir «patrona», no pretendiese decir señora sino algo distinto.

Es difícil saberlo: era un hombre con tres sombras o más.

Mi madre se comportaba con el señor Agnón, cómo decirlo, igual que si anduviera de puntillas. Incluso cuando se sentaba allí, lo hacía como de puntillas. El señor Agnón apenas se dirigía a ella, se dirigía casi exclusivamente a mi padre, pero al dirigirse a mi padre parecía que su mirada se posaba en mi madre. Y precisamente en las escasas ocasiones en que se dirigía a ella, sus ojos se apartaban de ella y se volvían hacia mí. O hacia la ventana. O puede que no ocurriera de ese modo pero quedara grabado así en mi imaginación: es cierto que el recuerdo vivo, como las ondas en el agua y los escalofríos que recorren la piel de la gacela un momento antes de huir, llega de pronto y se agita de repente a varios ritmos y en varios focos antes de petrificarse, congelarse y convertirse en el recuerdo de un recuerdo.

En la primavera del año 1965, cuando apareció mi primer libro, *Las tierras del chacal*, se lo envié temblando a Agnón y escribí una nota en la primera página del libro. Agnón, que contestó con una bonita carta, me hizo un comentario sobre el libro y acabó la carta diciendo:

Lo que me has escrito sobre tu libro me ha traído a la memoria la cara de tu madre, que en paz descansa. Recuerdo que una vez, hace quince o dieciséis años, me trajo en nombre de tu padre uno de sus libros. Puede que tú estuvieras con ella. Al llegar se quedó en el umbral de la habitación y sus palabras fueron escasas. Pero su rostro, con ese encanto e inocencia, se me quedó grabado durante muchos años. Atentamente, S. Y. Agnón.

Mi padre, a quien Agnón pidió que le tradujera de la *Enciclopedia polaca* la voz *bocetz* para escribir *Una ciudad y lo que hay en ella*, hacía una mueca y calificaba a Agnón de «escritor diaspórico»: En sus libros no hay inspiración, decía mi padre, no hay visión trágica, no hay siquiera risa sana sino tan sólo sagacidad y sarcasmo. Y cuando hay en su obra alguna bella descripción, no deja quieta su pluma hasta que la hunde por completo en charcos de verborrea burlona y de ingenio galitziano. Creo que mi padre consideraba los relatos de Agnón como una

extensión de la literatura yiddish, y no le gustaba la literatura yiddish: tenía un espíritu de contradicción típicamente lituano. Rechazaba siempre lo sobrenatural, lo mágico y el sentimentalismo exagerado, todo aquello que estuviese envuelto en brumas románticas o místicas y pudiese embotar los sentidos y privar de la razón. Sólo en los últimos años de su vida se produjo un cambio en él y empezó a encontrar cierto consuelo en las leyendas populares, los cuentos hasídicos, los relatos de Y. L. Peretz, en algunos escritores en yiddish y también quizás en algunas de las obras de Agnón. Cosas que en otro tiempo le hacían torcer el gesto y a las que llamaba en tono burlón mística, folclore, *bobe maise*, al final le atraían. Al igual que en el certificado de defunción de su madre, la abuela Shlomit, que murió de tanta limpieza, ponía sólo que falleció de un ataque al corazón, en el currículum de mi padre ponía sólo que su última investigación se había dedicado a un manuscrito desconocido de Y. L. Peretz. Ésos son los hechos. La verdad no la sé, porque sobre la verdad no hablé con mi padre ni una sola vez. Nunca habló conmigo sobre su infancia, sus amores, el amor en general, sus padres, la muerte de su hermano, su enfermedad, su sufrimiento, el sufrimiento en general. Tampoco sobre la muerte de mi madre hablamos nunca. Ni una palabra. Tampoco yo le facilité las cosas, no quise nunca iniciar con él una conversación que quién sabe lo que hubiera sacado a la luz. Si escribiera una lista con todo aquello de lo que no hablamos mi padre y yo, llenaría dos libros. Mi padre me dejó mucho trabajo, y aún sigo trabajando.

Mi madre decía de Agnón:

–Ese hombre ve muchas cosas y entiende muchas cosas.

Y una vez dijo:

–Tal vez no sea muy buena persona, pero al menos sabe lo que está bien y lo que está mal, y también sabe que no tenemos elección.

Ella volvía a leer casi cada invierno los relatos incluidos en el libro *Sobre los picaportes*. A lo mejor encontraba allí un eco de su tristeza y soledad. También yo vuelvo a leer de vez en cuando las palabras de Tirtza Mazal Levitt Mintz en el inicio del relato *En la flor de la vida*:

En la flor de la vida murió mi madre. Unos treinta años tenía mi madre cuando murió. Breves y malas fueron sus dos vidas. Se pasaba todo el día en casa y de casa no salía... Silenciosa estaba nuestra casa en su dolor, sus puertas a extraños no se abrían. Sobre la cama yacía mi madre y sus palabras fueron escasas.

Y casi las mismas palabras me escribió Agnón sobre mi madre: «Al llegar se quedó en el umbral de la habitación y sus palabras fueron escasas».

Yo, por mi parte, cuando escribí hace años en mi libro *La historia comienza* un artículo titulado «¿Quién viene?», dedicado al comienzo de *En la flor de la vida*, resalté la frase «Se pasaba todo el día en casa y de casa no salía», que, aparentemente, es una frase tautológica cuya segunda mitad es sólo una repetición de la primera:

No hay en la segunda parte de la frase ni un mínimo de información que no se nos dé ya en la primera... pero la función de esa frase, y de la mayoría de las frases del inicio de *En la flor de la vida*, es el propio hecho de tener dos partes gemelas. El fundamento de la compensación, del equilibrio, encubre aquí una realidad familiar en la que el equilibrio interior, tras una apariencia de estabilidad, se va desmoronando.

Mi madre no estaba todo el día en casa. De casa salía bastante. Pero también para ella breves y malas fueron sus dos vidas.

«¿Sus dos vidas?». A veces oigo en esas palabras la doble vida de mi madre, la doble vida de Lea, la madre de Tirtza, y también la doble vida de Tirtza Mazal Levitt Mintz. Como si también ellas arrojasen sobre la pared más de una sombra.

Al cabo de los años, cuando la asamblea general del kibbutz Hulda me envió a estudiar literatura a la universidad, ya que el instituto del kibbutz necesitaba un profesor de literatura, me armé de valor y un día llamé a la puerta del señor Agnón (o en lenguaje agnoniano: «tuve coraje y fui a verle»).

–Agnón no está en casa –me respondió la señora Agnón, con buenos modales pero furiosa, como solía contestar a todos los bandidos y ladrones que iban a privar a su marido de su precioso tiempo.

La patrona Agnón no me mintió: el señor Agnón no estaba en casa sino en el jardín de atrás, y de allí surgió de pronto, en zapatillas y con un chaleco, lo que llamaban un *pullover*, me saludó y me preguntó con desconfianza: ¿Y quién es usted? Le dije mi nombre y el de mis padres, tras lo cual, los dos de pie en la puerta de su casa (la señora Agnón desapareció sin decir nada), el señor Agnón recordó lo que las malas lenguas de Jerusalén rumoreaban años atrás; entonces me rodeó los hombros con el brazo y amparado en esa cercanía me dijo: ¿No eres tú ese niño que quedó huérfano de madre, se alejó de su padre y se fue a vivir a un kibbutz? ¿No eres tú ése a quien de pequeño sus padres reñían porque siempre cogía las uvas pasas del pastel? (No me acordaba ni creía haber cogido ninguna pasa, pero decidí no llevarle la contraria). Me invitó a pasar y durante un buen rato me interrogó sobre mi vida en el kibbutz, mis estudios (¿Y qué obras mías se estudian ahora en la universidad? ¿Y qué obras mías te gustan?), y también quiso saber con quién me había casado y de dónde procedía la familia de mi mujer; cuando le dije que por parte de padre mi mujer era descendiente del rabino Isaiah ben Abraham ha-Levi Horowitz, sus ojos se iluminaron y me contó dos o tres cuentos; entre tanto ya había pasado cerca de un cuarto de hora y se estaba impacientando, era evidente que estaba buscando la forma de que me fuera, pero yo, a pesar de estar en su casa como de puntillas, exactamente igual que mi madre, me armé de valor y le conté el motivo de mi visita.

Había ido allí porque Gershon Shaked nos había encargado a los alumnos de primero del departamento de Literatura Hebrea comparar los relatos de Brenner sobre Yafó y los relatos de Agnón sobre Yafó, y yo había leído los relatos y todo lo que había encontrado en la biblioteca sobre la relación de Brenner y Agnón en Yafó durante la época de la segunda oleada migratoria, y me había sorprendido que dos personas tan distintas se hicieran amigas: Yosef Hayyim Brenner era un judío ruso amargado y colérico, grave, indolente e irascible, un espíritu dostoiévskiano que oscilaba siempre entre el entusiasmo y la depresión, entre la compasión y la ira, su figura estaba ya por aquellos días en el centro del panorama literario y del movimiento pionero, mientras que Agnón sólo era por aquel entonces un tímido joven de Galitzia, más joven que Brenner, y estaba apenas en los inicios de su carrera literaria, un pionero convertido en secretario, un muchacho sensible y delicado, elegante en su forma de vestir y muy preciso en su forma de escribir, un chico refinado, soñador y sarcástico: ¿qué les atrajo tanto al uno del otro en el Yafó de la segunda

oleada migratoria como para convertirse casi en una pareja de enamorados? Hoy creo que puedo adivinar algo al respecto, pero ese día en casa de Agnón, con total ingenuidad, empecé a contarle a mi anfitrión el trabajo universitario que me habían mandado hacer y le pregunté –de una forma completamente inocente– si podría desvelarme el secreto de su relación con Brenner.

El señor Agnón entornó los ojos y me miró, o mejor dicho me observó durante un rato de reojo, con satisfacción, con una ligera sonrisa, como sonrío un cazador de mariposas –a esa conclusión he llegado con los años– al ver un pequeño y hermoso ejemplar. Y cuando terminó de observarme dijo:

–Entre Yosef Hayyim, Dios le tenga en su gloria, y yo había en aquella época una relación basada en un amor común.

Agucé el oído porque creía que se me habían revelado misterios mayores que los de la apertura del mar Rojo, que se me había desvelado un detalle íntimo, secreto y picante sobre el que enseguida publicaría un artículo polémico que, de la noche a la mañana, me daría gran fama entre los expertos en literatura hebrea.

–¿Y quién era ese amor común? –pregunté llevado por mi inocente juventud mientras mi corazón palpitaba con fuerza.

–Ése es un gran secreto –el señor Agnón sonrió, no a mí sino a sí mismo, como haciendo un guiño con su sonrisa–, un gran secreto que te desvelaré si prometes no contárselo a nadie.

De tanta emoción se me fue la voz, qué ingenuo, y sólo con los labios le prometí guardar el secreto.

–Pues en secreto te diré que en Yafó, en aquella época, tanto Yosef Hayyim como yo amábamos de todo corazón a Shmuel Yosef Agnón.

Ironía agnioniana, autoironía que muerde a quien la posee y también al inocente huésped que va a tirar de la manga al dueño de la casa. Y pese a todo se ocultaba ahí una pequeña parte de verdad, cierto reflejo velado de la atracción secreta de un hombre tosco e impulsivo hacia un joven refinado y mimado, y también del oculto deseo de un joven delicado de Galitzia por un hombre ardiente y venerado que extendería sobre él un ala paternal y le ofrecería su hombro de hermano mayor.

Pese a todo, no es un amor sino fundamentalmente un odio común lo que acerca los relatos de Agnón a los relatos de Brenner: los imitadores, charlatanes y ampulosos, inflados de pedantería, pertenecientes a la segunda oleada migratoria; los mentirosos y arrogantes de la realidad sionista; la adiposidad doméstica, virtuosa y satisfecha de la vida judía; todos ellos le eran odiosos a Brenner y le repugnaban a Agnón. Brenner los destrozaba en sus escritos con su martillo iracundo, mientras que Agnón los atacaba con ironía, con un fino alfiler para quitarles a las mentiras y apariencias el aire caliente y enmohecido que las llenaba.

Sin embargo, tanto en el Yafó de Brenner como en el Yafó de Agnón, entre tantos embusteros y charlatanes farsantes, brillan a veces los personajes taciturnos de gentes puras e íntegras, los «pobres del mundo, los humildes y los pobres de pensamiento y obra». Mi maestro Dov Sadan fue quien me explicó que los relatos de Brenner se sienten atraídos por la magia de los «misterios». También en los relatos de Agnón los pobres del mundo a veces aparecen en silencio y en muda turbación, por lo que tal vez al final sí que haya cierto amor común por esos taciturnos, esos

hombres-niños que, cuando aparecen en los relatos de Agnón y Brenner, consiguen que Brenner aplaque algo su ira y que Agnón suavice la ironía y el sarcasmo.

Agnón era observante, respetaba el Shabbat, llevaba kipá, era temeroso de Dios, en el sentido literal de la expresión: «miedo» es una palabra hebrea sinónima de «fe». En los textos de Agnón hay lugares donde, indirecta y camufladamente, se describe el temor de Dios como un gran terror: Agnón creía en Dios y le temía pero no le amaba. «Soy una persona sencilla», dice Daniel Bach en la novela *Huésped por una noche*, «y no creo que el Señor nuestro Dios desee el bien de sus criaturas». Es una posición teológica paradójica, trágica e incluso desesperanzadora, Agnón nunca le dio una expresión discursiva sino que dejó que se oyera en boca de los personajes secundarios de sus obras y en los reveses del destino de sus protagonistas. Al cabo de los años traté con detalle este tema en mi libro *El silencio del cielo: Agnón se sorprende ante Dios*. Decenas de creyentes, la mayoría ultraortodoxos, entre ellos jóvenes, mujeres y también estudiantes, me escribieron cartas personales tras la publicación del libro, algunas eran confesiones, y me contaron, cada uno a su manera, que ellos sentían en su interior lo que yo había intuido en Agnón. Pero lo que vi en las obras de Agnón lo vi también, por un instante, en el propio Agnón, en su incisivo cinismo, que llegaba casi al nihilismo burlesco y desesperanzado: «El Señor se apiade de mí», dijo en una ocasión, en medio de una de sus continuas quejas sobre los autobuses, «y si el Señor no se apiada, tal vez se apiade la asamblea de vecinos del barrio, pero me temo que la empresa de “transportes” es más fuerte que ambos».

Y en otra ocasión dijo algo así: «Parece que durante años el Señor nuestro Dios se ha equivocado al pensar que Jerusalén era la ciudad de su reino, y aún no ha oído que Jerusalén en su totalidad pertenece a los políticos, y si el Señor nuestro Dios enviara a su Mesías le harían ir de un lado a otro y le darían cita para la semana siguiente o el mes siguiente, y se enfadarían con el Señor nuestro Dios por pretender entrar en una propiedad ajena, y le dejarían sin aliento hasta que se desesperase, se encogiera de hombros y se fuera a buscar otra ciudad en la que reinar».

Durante los dos años que estudié en la Universidad de Jerusalén me acerqué a Talpiot dos o tres veces más. Mis primeros relatos aparecieron en el suplemento semanal de *Davar* y en la revista trimestral *Keshet*; yo pretendía dejarlos en manos del señor Agnón y escuchar su veredicto, pero el señor Agnón se disculpó y me dijo: «En estos días no estoy en condiciones de leer», y me pidió que se los llevara en otra ocasión. En esa otra ocasión fui con las manos vacías, pero en la tripa, debajo del jersey, como un embarazo molesto, llevaba la revista *Keshet* con mi relato. Al final no me atreví a parirlo allí, tenía miedo de ser una carga para él, y me fui de su casa igual que había llegado, con el estómago lleno. O con el jersey hinchado. Sólo al cabo de algunos años, cuando mis relatos se recopilaron en el libro *Las tierras del chacal* (1965), me armé de valor y se lo envié. Durante tres días y tres noches revoloteé por el kibbutz Hulda como bailando, ebrio de alegría, cantando y gritando de felicidad sin emitir ningún sonido, llorando sin lágrimas, cuando me llegó la carta del señor Agnón donde me decía, entre otras cosas: «Cuando nos veamos te diré personalmente más cosas de las que digo aquí. Si Dios quiere, durante la fiesta de Pésaj leeré el resto de los relatos, ya que me gustan los relatos como los tuyos, donde los protagonistas aparecen en toda su esencia».

Una vez, durante la época de la universidad, apareció en una revista extranjera un artículo de uno de los mayores expertos en literatura comparada (puede que fuera el suizo Emil Steiger). El autor del artículo opinaba que los tres escritores más importantes que había dado la literatura centroeuropea en la primera mitad del siglo XX eran Thomas Mann, Robert Musil y S. Y. Agnón. Eso se escribió unos años antes de que Agnón ganase el premio Nobel, y a mí me impresionó tanto que robé la revista de la sala de lectura (en la universidad aún no había fotocopiadoras) y me fui corriendo a Talpiot para darle una agradable sorpresa al señor Agnón. Se alegró tanto que devoró el artículo con avidez, de pie, en el umbral de su casa, de un tirón, antes de invitarme a pasar, y cuando lo leyó y lo volvió a leer, tal vez relamiéndose los labios, me miró como solía mirarme a veces y me preguntó como con ingenuidad: «¿También tú opinas que Thomas Mann es un escritor tan importante?».

En otra ocasión le pregunté con malicia qué pensaba de Bialik, de Uri Zvi Greenberg, de Alterman, Hazaz y Shlonsky: quería sacarle un poco de veneno y deleitarme con su sutil maldad.

«Bialik», dijo, y su voz y sus palabras se llenaron de pronto de humildad y modestia, «era el príncipe de la lengua y la poesía. Desde los textos sagrados no ha habido nadie en Israel que supiera hebreo como Bialik. Era el príncipe de nuestra lengua: ni siquiera yo he podido encontrar en sus obras más de dos errores». Y también de Uri Zvi Greenberg dijo Agnón: «¡El príncipe de la lengua y la poesía! ¡El paladín de nuestra poesía! En ninguna nación y en ningún idioma ha habido un poeta que supiera hacer lo que hizo Uri Zvi; ni siquiera el gran Goethe supo hacer lo que hizo Uri Zvi, escribir pancartas y vocalizarlas, escribir pancartas y vocalizarlas». Cuando le pregunté qué opinaba de Shlonsky, sonrió, casi hizo una mueca y dijo: «El Señor nuestro Dios en persona rimó la palabra *tohu* con la palabra *bohu* para definir el caos. Llegó Shlonsky y perfeccionó la creación rimando *bohu*, *kamohu*, *halo hu*, *yavohu*, etcétera, etcétera. Cuando el Creador del mundo vaya a estudiar con Shlonsky los secretos de la creación, es posible que toda la creación se convierta en rimas y más rimas, docenas de rimas a dos centavos».

Al decir eso, el rostro del señor Agnón no expresó malicia ni arrogancia sino una pícaro satisfacción, como un niño travieso que ha conseguido arrojar a la basura a todos los mayores y sabe que aunque se enfaden con él les resultará muy difícil reprimir el afecto que le tienen, la admiración ante sus travesuras y lo orgullosos que están de él. En aquel momento, el premio Nobel de literatura parecía un niño prodigio privado de amor y sediento de amor, abundantes aguas no podrían apagar su sed de amor ni numerosos ríos saciarla. Y yo salí de su casa contento, como alguien a quien se le revela un gran secreto y descubre que ya lo conocía de antemano. Que siempre lo había conocido.

Un día perdí el último autobús de Rehovot a Hulda y tuve que ir en taxi. En la radio hablaban todo el tiempo del premio Nobel compartido por Agnón y la poeta Nelly Sachs, y el taxista me preguntó si había oído hablar alguna vez de ese escritor, Egnón (así pronunció Agnón): «Fíjate», dijo el taxista asombrado, «nunca habíamos oído hablar de él y, de pronto, nos ha puesto en la cima del mundo. La pena es que al final haya habido un empate con una mujer».

También el señor Agnón lamentaba ese «empate». Pensaba, e incluso discutía sobre ello con absoluta seriedad, con una pasión casi infantil, que el jurado volvería a reunirse en dos o tres años y le otorgaría el premio Nobel completo, sin tener que compartirlo con nadie y sin ninguna

reserva. Una vez, como burlándose de su amor propio y del afán de gloria que le corroía, dijo: «Mirad lo grande que es la gloria; por ella, la gente está dispuesta a rebajarse hasta el suelo».

Durante unos años me esforcé por liberarme de la sombra de Agnón, luché por alejar mis escritos de su influencia, de su lenguaje pleno, elegante, casero a veces, de su ritmo bien ponderado, de ese placer midrásico mezclado con cálidos ecos de lenguaje sinagoga, melodías en yiddish y ondulaciones de succulentos cuentos hasídicos. Tenía que liberarme de la influencia de sus sátiras y su ironía, de su simbología recargada y barroca, de sus juegos laberínticos y enigmáticos, de sus dobles sentidos y de su insuperable sarcasmo literario.

Después de tanto esfuerzo y tanta lucha por alejarme y liberarme de él, los ecos de cuanto aprendí de Agnón resuenan aún en los libros que he escrito.

Pero, en el fondo, ¿qué aprendí de Agnón?

Tal vez esto: a proyectar más de una sombra. A no coger pasas de la tarta. A dominar y limar el dolor. Y algo que mi abuela decía con más agudeza que todo lo que he leído de Agnón: «Si ya no te quedan más lágrimas, no llores. Ríe».

13

A veces me quedaba a dormir en casa de mis abuelos. Mi abuela señalaba de repente un mueble, una prenda de vestir o una persona y me decía:

–Es tan feo que casi es hermoso.

Y a veces decía:

–Ese intelectual se ha vuelto tan intelectual que ya no comprende nada.

O también:

–Duele tanto, tanto, tanto que hasta empieza a ser gracioso.

Se pasaba el día tarareando canciones que había traído de lugares donde, al parecer, había vivido sin miedo a los microbios y sin la vulgaridad de la que siempre se quejaba, que aquí lo infectaba todo:

–Como animales –mascullaba de pronto con desprecio, sin ninguna razón aparente, sin provocación ni sentido alguno, y también sin molestarse en explicarnos quiénes le parecían animales. Incluso cuando me sentaba a su lado en un banco del parque al atardecer, y el parque estaba vacío y una suave brisa rozaba las puntas de las hojas agitándolas levemente sin tocarlas siquiera con la yema de su dedo diáfano, incluso entonces era capaz mi abuela de espetar, temblorosa, estremecida de repugnancia y horror:

–¡De verdad! ¡Cómo es posible! ¡Son peores que los animales!

Y al cabo de un rato volvía a tararear agradables canciones que yo no conocía.

Siempre estaba tarareando, en la cocina, frente al espejo, en su silla de la terraza, e incluso por la noche.

A veces, después de bañarme, cepillarme los dientes y limpiarme las orejas con un bastoncillo, me acostaba junto a ella en su amplia cama (la cama de matrimonio que mi abuelo abandonó para siempre, o de la que le echaron, antes de que yo naciera). Mi abuela me contaba un cuento o dos, me acariciaba las mejillas, me besaba en la frente y enseguida me la frotaba con un pequeño pañuelo empapado en perfume, un pañuelo que siempre llevaba metido en la manga izquierda y que utilizaba para eliminar o aplastar microbios, y apagaba la luz. Después de apagar la luz también seguía tarareando en la oscuridad; no es que tarareara, tampoco murmuraba, cómo describirlo: de su interior salía una especie de voz lejana, onírica, una voz de color nuez, un sonido oscuro y agradable que poco a poco se iba convirtiendo en un eco, en una tonalidad, en un olor, en una delicada aspereza, en una oscura calidez, en un tibio líquido amniótico. Toda la noche.

Pero todos esos placeres nocturnos, la aspereza, la calidez y el líquido de la placenta, los tenía que frotar con rabia por la mañana temprano para desprenderlos de la piel; era lo primero que hacía, antes incluso del vaso de cacao sin nata. Me despertaba en su cama con el sonido de los golpes del abuelo en sus batallas al alba: siguiendo las órdenes de la abuela, él se levantaba todos los días antes de las seis y salía a la terraza para sacudir con pasión quijotesca los cobertores y los colchones.

Aun antes de abrir los ojos ya te estaba esperando la bañera llena de agua humeante mezclada con una solución antiséptica que olía a hospital. En la repisa de la bañera acechaba un cepillo de dientes con un gusano de pasta blanquecino y retorcido sobre las cerdas. Tu deber era mojarlo, enjabonarlo bien, frotarlo con un ovillo rizado, un estropajo al que se llamaba *lipa*, y volverte a mojar, entonces llegaba la abuela y te ponía de rodillas en la bañera, te agarraba con fuerza del brazo y con sus propias manos te restregaba de arriba abajo y de abajo arriba con una especie de cepillo de crin terrorífico, como los peines de hierro del malvado Imperio romano, esos peines de hierro que desollaron a rabí Aquiba y al resto de las víctimas del Imperio, hasta que tu piel se ponía rosada como la carne cruda, y entonces la abuela te ordenaba cerrar bien los ojos, te enjabonaba la cabeza y te frotaba el cuero cabelludo con las uñas, como Job mortificando su cuerpo con el casco de una vasija, y mientras tanto te explicaba con su voz marrón, agradable, el estercolero de inmundicias que segregaban las glándulas corporales cada noche al dormir, como un sudor pegajoso y todo tipo de materia grasa expulsada por el cuerpo y porquería de escamas de la piel y caída del pelo y restos de un montón de células muertas y toda clase de turbios flujos que es mejor no nombrar, y mientras duermes y no sientes nada todas esas sustancias corporales se impregnan en tu cuerpo, se mezclan e invitan, literalmente, a los microbios, a los bacilos y a los virus a que se reproduzcan en él, por no hablar de todo lo que la ciencia aún no ha descubierto, todo lo que aún no se puede ver siquiera con el microscopio más potente, pero aunque no se vean, están toda la noche andando por tu cuerpo con trillones y trillones de patitas peludas, sucias y repugnantes, con patas idénticas a las de las cucarachas aunque mucho más pequeñas, tan pequeñas que no se ven, ni siquiera los científicos las han podido ver aún, y con esas patas llenas de fibras asquerosas reptan y entran de nuevo en el cuerpo a través de la nariz y la boca y a través de, no tengo que decirte a través de qué otra cosa entran, porque en esos sitios feos la gente no se lava nunca como es debido pues secarse no es lo mismo que lavarse, es sólo extender los fluidos inmundos en los millones de orificios diminutos que tenemos en la piel, y todo se vuelve más y más inundo, sudado y asqueroso, sobre todo cuando la suciedad interior del cuerpo que segregamos día y noche se mezcla con la suciedad externa que se nos pega de cosas poco higiénicas que quién sabe lo que habrán tocado antes. Como, por ejemplo, dinero, periódicos, la barandilla de una escalera, el picaporte de la puerta o incluso la comida que compramos, pues vete tú a saber quién habrá estornudado antes sobre lo que estás tocando, o quién, perdona que te lo diga, se ha limpiado la nariz cerca o se la ha sonado justo encima del papel de plata que tú recoges en la calle y luego pones en la cama donde después dormirá alguien, por no hablar de los tapones que coges directamente de la basura y de la mazorca de maíz caliente que tu madre, Dios le conserve la salud, te compra y que toma de la mano de ese hombre que tal vez ni se ha lavado ni secado las manos después de hacer, con perdón, y además ¿cómo podemos saber si es una persona sana? ¿Que no tiene por casualidad tuberculosis? ¿O cólera? ¿O tifus, ictericia o disentería? ¿O tal vez una úlcera, infección intestinal, eccema o psoriasis en la piel, que es una especie de lepra? ¿Y

si ni siquiera es judío? ¿Tienes idea de cuántas enfermedades hay aquí? ¿Cuántas epidemias orientales? Y estoy hablando sólo de las enfermedades conocidas, no de las enfermedades desconocidas que ni los expertos conocen, no pasa un solo día en que la gente no caiga aquí, en Levante, como moscas a causa de algún parásito, bacilo, microbio o bacteria que los médicos aún no conocen, sobre todo aquí, que hace tanto calor y todo está lleno de moscas, mosquitos, insectos, hormigas y cucarachas, y quién sabe qué más, y la gente suda continuamente y todo el rato se está rozando uno con las infecciones y el pus de otro, con el sudor y todos los fluidos que salen del cuerpo, unos fluidos infecciosos que a tu edad es mejor que aún no conozcas, y uno puede impregnar al otro sin que éste ni siquiera se dé cuenta de qué le ha contagiado, basta con un apretón de manos para que te transmitan todo tipo de epidemias, y hasta sin tocarte, sólo con inspirar el aire que antes alguien ha exhalado de sus pulmones con los microbios y los bacilos de la tña, la conjuntivitis o la disentería. Y la sanidad aquí no tiene nada que ver con la europea, la mitad de las personas ni han oído hablar de lo que es la higiene, y todo el aire está lleno de bichos asiáticos, de asquerosos insectos con alas llegados directamente desde los pueblos árabes y hasta de África, y quién sabe qué enfermedades raras, infecciones y pústulas traen continuamente de allí esos insectos, lo cierto es que el Levante está lleno de microbios. Ahora te secarás bien tú solo, como un niño grande, no te dejes ningún lugar húmedo, y después, con mucho cuidado, ponte tú solo un poco de talco donde ya sabes y también en el otro sitio donde ya sabes, todo alrededor, y después quiero que te untes bien el cuello con la crema que está ahí, y luego te pones la ropa que te dejo aquí, es la ropa que te ha preparado tu madre, pero le he pasado la plancha caliente, que desinfecta y mata todo lo que pulula por ahí, mejor que el lavado. Y después ven a la cocina, bien peinado, y te daré un vaso de cacao y después te tomarás el desayuno.

Al salir del cuarto de baño iba relatando, sin rabia pero con una especie de profunda tristeza:
–Como animales. Incluso peor que animales.

Una puerta de cristal opaco, un cristal con flores escarchadas geométricas, separaba la habitación de la abuela del pequeño cuarto al que llamaban «el gabinete del abuelo Alexander». Desde ese cuarto el abuelo tenía una salida privada a la terraza, y de allí al jardín, y de allí al exterior, a la ciudad, a la libertad.

En un rincón de ese cuarto estaba el sofá de Odesa, estrecho y duro como una tabla, donde el abuelo dormía por las noches. Debajo del sofá, como reclutas en formación, había una línea recta de ocho o nueve pares de zapatos, todos negros y relucientes como un espejo: al igual que la abuela Shlomit había reunido un montón de sombreros en tonos verde, marrón y burdeos y los cuidaba como a la niña de sus ojos en una sombrerera, al abuelo Alexander le gustaba dirigir toda una flota de zapatos que lustraba hasta que quedaban brillantes como el cristal: los había rígidos y de suela gruesa, chatos, con punta y perforados, con cordones, cerrados o con hebilla.

Enfrente del sofá estaba su pequeño escritorio, siempre ordenado, y encima había un tintero y un tampón secante de madera de olivo. El tampón me parecía un tanque o un barco con una gran chimenea saliendo del muelle, que estaba formado por tres botes plateados y brillantes: uno repleto de clips, el otro lleno de grapas y en el tercero, como áspides agitándose, se retorcián un montón de gomas. En el escritorio del abuelo había además un fichero rectangular de bronce con un apartado para las cartas recibidas, otro para las cartas por enviar, otro para los recortes de

prensa, otro para los recibos del ayuntamiento y del banco y otro más para la correspondencia de la facción de Jerusalén del movimiento Jerut. Había también una caja de madera de olivo llena de sellos de distinto valor y en ella un compartimiento especial para las etiquetas donde ponía «urgente», otro para las de «certificado» y otro para las de «por avión». Y detrás de los apartados de sobres y postales, relucía una especie de pedestal plateado con la forma de la torre Eiffel que daba vueltas. Ese pedestal estaba cargado de bolígrafos y lápices de colores, entre ellos uno maravilloso con una punta roja por un lado y azul por el otro.

En una esquina del escritorio del abuelo, junto al clasificador, había siempre una botella alta y oscura de un licor extranjero, y al lado tres o cuatro copas verdosas que parecían mujeres de hermosa figura. Mi abuelo amaba la belleza, le disgustaba la fealdad, y a veces, en privado, también le complacía fortalecer su corazón tempestuoso y solitario con un trago de licor: el mundo no le comprendía. Su mujer no le comprendía. Nadie le comprendía realmente. Él aspiraba siempre a lo sublime, pero todos decidieron cortarle las alas, su mujer, sus amigos, sus compañeros, todos conspiraron para hundirlo en las infinitas obligaciones cotidianas, la limpieza, el orden, la compraventa y mil preocupaciones y cosas que hacer. Era una persona tranquila, fácil de alterar y fácil de complacer. Siempre que veía alguna obligación en el suelo, una obligación familiar, social o moral, al instante se agachaba y se la cargaba a la espalda. Pero luego suspiraba y se lamentaba del pesado yugo y de que el mundo entero, con la abuela a la cabeza, se aprovechaba de su bondad y le echaba encima mil asuntos que apagaban su chispa poética, y para colmo lo utilizaban como al chico de los recados.

Por el día, el abuelo Alexander era agente comercial de prendas de vestir, el representante jerosolimitano de la fábrica textil Lodzia y de otras marcas importantes. En las numerosas maletas que se amontonaban en los anaqueles que llenaban la pared tenía siempre muestras de telas de colores, camisas y pantalones de punto y de tela de gabardina, calcetines, toallas, manteles y cortinas de todo tipo. Me dejaban utilizar algunas de esas maletas, sin abrirlas, para construir fortalezas, torres y murallas defensivas. Mi abuelo se sentaba en su silla de espaldas al escritorio, con las piernas estiradas, y su cara sonrosada, casi siempre resplandeciente de bondad y calma, me sonreía con agrado como si la torre de maletas que yo estaba construyendo en el suelo fuese a ensombrecer las pirámides, los jardines colgantes de Babilonia y la muralla china a la vez. El abuelo Alexander fue quien me habló de la Gran Muralla china, de las pirámides, de los jardines colgantes y de las demás maravillas del mundo como el Partenón y el Coliseo, como el canal de Suez y el de Panamá, el Empire State, las iglesias del Kremlin, los canales de Venecia, la Puerta de la Victoria y la torre Eiffel.

Por la noche, en la soledad de su gabinete, junto a su escritorio, con una copa de licor dulce, el abuelo Alexander era un poeta sensible que daba al mundo desconocido rimas de amor, conmoción, ardor y melancolía en lengua rusa. Su amigo Yosef Cohen Tzedek traducía sus poemas al hebreo: «Veinticinco años después de la muerte, despiértame, Dios mío,/ abre mis ojos con mano amorosa/ para vivir tres días,/ y de Dan a Beer Sheva/ atravesaré la patria,/ exploraré cada valle y cada loma/ y veré su gloria,/ cada uno sentado seguro bajo la viña y la higuera,/ abundantes frutos en el suelo/ y mi tierra llena de cánticos...», y en otro poema: «Cuando la oscuridad abra sus fauces abismales/ y con sus sombras me rodee la noche/ pediré a gritos la venganza de Dios,/ la venganza, la venganza pediré...», o: «Un día entero, hasta que llegue la tarde,/ desde Beer Sheva a Dan/ romperemos rocas sin descanso,/ con un martillo golpearemos

sobre el yunque,/ un pueblo está construyéndose una patria,/ un pueblo ha vuelto a su oasis/ y erigirá con mano trabajadora/ un refugio y una morada...».

Escribía poemas laudatorios que describían las figuras de Zeev Jabotinsky, Menahem Begin y su famoso hermano, el tío Yosef, y también poemas exaltados contra los alemanes, los árabes, los británicos y el resto de los enemigos de Israel. Entre todos ellos encontré también tres o cuatro poemas sobre la soledad y la tristeza: «En sueños, en el triste silencio,/ envuelta en el claro de luna/ te vi frente a mí,/ tu mirada radiante de belleza...», o: «Pensamientos de duelo, pena y dolor/ envuelven el final de mis días/ de frío otoño y lluvia, miles de nubes/ llorarán, se lamentarán por la pérdida de la juventud...».

Pero por lo general no le rodeaban nubes otoñales y lluvia: era un hombre nacionalista, patriota, amigo de los ejércitos, las victorias y las conquistas, un halcón impetuoso e ingenuo que creía que si nosotros, los judíos, nos armábamos de fuerza, coraje, gallardía y vigor, si por fin nos levantábamos contra todas las naciones, podríamos abatir a nuestros enemigos y restaurar el reino de David desde el Nilo hasta el Éufrates, y todas las naciones malvadas y crueles vendrían a postrarse a nuestros pies. Tenía debilidad por lo sublime, lo épico y resplandeciente: el ejército, las trompetas bruñidas, las banderas y las lanzas brillando al sol, los palacios reales y los escudos. Pertenece al siglo XIX, aunque vivió para ver más de tres cuartos del siglo XX.

Le recuerdo con un traje de franela de color crema o con un traje de rayas con vuelta, y a veces se ponía debajo un chaleco de piqué con una fina cadena de plata que le cruzaba el vientre hasta el bolsillo (él llamaba al chaleco «corpiño», y yo tenía que ahogar una risa compulsiva que amenazaba con estallar). En la cabeza llevaba en verano un sombrero de paja claro y de rejilla y en invierno, un sombrero borsalino con una cinta de seda oscura alrededor. Era tremendamente colérico y temible, capaz de soltar de repente rayos y truenos, pero enseguida se disculpaba, se arrepentía, algo desconcertado, como si su ira sólo hubiese sido una especie de ataque de tos pasajero. De lejos se podía saber siempre cuál era su estado de ánimo, pues el color de su cara cambiaba como un semáforo, rosa-blanco-rojo-y-rosa de nuevo: casi todo el tiempo sus mejillas estaban rosadas y relajadas, a veces palidecían de desprecio o se ruborizaban de ira, y al cabo de un rato volvían a ser de color rosa y anunciaban a todo el mundo que la tempestad se había calmado, que el invierno había pasado, que los retoños se veían ya en la tierra; entonces la constante alegría del abuelo volvía a brillar y a fluir de él tras una pequeña tregua, olvidaba por completo quién o qué le había enfurecido y por qué había estallado en cólera, como un niño que llora un momento y enseguida se tranquiliza, se ríe y vuelve contento a sus juegos.

14

Rabí Alexander Ziskind, de Horodno, que murió en 1794, era conocido en la tradición rabínica con el nombre de Yavshah, el acrónimo de su famoso libro *Yesod veshoresh haavodah* (*Fundamento y raíz del trabajo*). Era un místico, «un cabalista», un asceta, un diligente creador de algunos textos edificantes de gran repercusión. Decían que «se pasaba todo el día encerrado en una pequeña habitación estudiando la Torá, que nunca besaba a sus hijos, que no les tomaba en sus brazos ni tenía con ellos una conversación distendida». Su mujer se ocupaba sola de la economía familiar y de la educación de los niños. A pesar de todo, ese eminente asceta predicaba «el cumplimiento de los preceptos divinos con gran alegría y entusiasmo» (rabí Nahman de Bretzlav dijo de él que «era un hasid aun antes de existir el hasidismo»). Pero la alegría y el entusiasmo no impidieron a rabí Alexander Ziskind dejar escrito en su testamento que, tras su muerte, «la compañía de pompas fúnebres ejecute en mi cuerpo las cuatro penas capitales decretadas por la ley» hasta hacer pedazos todos sus miembros. Por ejemplo: «Que varios hombres me levanten hasta el techo y me lancen con fuerza contra el suelo sin ninguna amortiguación de tela o paja, y lo hagan siete veces, una tras otra, y ordeno... a la compañía de pompas fúnebres que cumpla en mí ese ritual sin reparar en mi vergüenza, pues mi vergüenza es mi gloria, para liberarme en cierta medida del gran juicio universal». Todo ello como expiación de sus pecados o como purificación, «por el alma y el espíritu de Alexander Ziskind, nacido de Rebeca». Asimismo, se sabe que vagó por las ciudades de Alemania recaudando dinero para los colonos de Eretz Israel y que por eso fue encarcelado. Sus descendientes fueron llamados con el patronímico Braz, es decir, el acrónimo de Bene rabí Alexander Ziskind, Hijos de rabí Alexander Ziskind.

Su hijo, rabí Yosla Braz, uno de aquéllos a los que su padre no abrazaba ni tomaba en sus brazos, era considerado un hombre piadoso e íntegro que se dedicaba todo el día a recitar la Torá y no salía de la escuela rabínica en los seis días laborables, ni siquiera para dormir: cada noche se permitía echar un sueño de cuatro horas sentado, con la cabeza encima del brazo y el brazo encima de la mesa, y con una vela encendida entre los dedos para que, al extinguirse, la llama lo despertase. La frugal comida también se la llevaban a la escuela rabínica, de la que salía sólo cuando iba a empezar el Shabbat y a la que volvía nada más terminar. Era un asceta igual que su padre. Su mujer, que dirigía una tienda de telas, le mantuvo a él y a sus descendientes durante toda la vida, al igual que había hecho la madre de él en su momento, ya que, por humildad, rabí Yosla rechazó ser rabino y se dedicó a enseñar gratuitamente la Torá a los hijos de los pobres. También se negó a dejar libros tras él, pues se consideraba muy pequeño como para decir algo que no hubiese sido dicho ya.

El hijo de rabí Yosla, rabí Alexander Ziskind Braz (el abuelo de mi abuelo Alexander), era un acomodado comerciante que trataba con cereales, lino y hasta con cerdas de cochino, y sus mercancías llegaban hasta Königsberg, Dantzig y Lipsia, es decir Leipzig. Observaba estrictamente los preceptos religiosos pero, al parecer, se alejó del fanatismo de su padre y de su abuelo: no le dio la espalda al mundo, no vivió del sudor de la frente de su mujer y no desdeñó los nuevos aires de la Ilustración: permitió a sus hijos que estudiaran ruso, alemán y algo de «cultura extranjera», e incluso animó a su hija, Rose Keile Braz, a que aprendiera a leer y se instruyera. Por supuesto no hizo jurar a la compañía de pompas fúnebres que destrozaran su cuerpo después de su muerte.

Menahem Mendel Braz, el hijo de Alexander Ziskind, el nieto de rabí Yosla, el biznieto de rabí Alexander Ziskind, autor de *Fundamento y raíz del trabajo*, se instaló en Odesa a comienzos de los años ochenta del siglo XIX y, junto a su esposa Perla, dirigió una pequeña fábrica de vidrio. Antes, de joven, había sido funcionario público en Königsberg. Menahem Braz era un hombre guapo, rico, sediento de vida, osado e inconformista incluso con las ideas más tolerantes de la Odesa judía de finales del siglo XIX: era un ateo declarado, un hedonista convencido, detestaba la religión y a los fanáticos religiosos con el mismo fervor y la misma convicción con que su abuelo y su bisabuelo se habían dedicado a cada letra y a cada tilde de la Torá. Menahem Braz era libre en sus opiniones hasta rayar en el exhibicionismo, fumaba en Shabbat delante de todos, devoraba con avidez alimentos prohibidos, buscaba placeres llevado por la oscura visión de la brevedad de la vida y la ferviente negación de la retribución, el castigo y el más allá. Admiraba a Epicuro y a Voltaire, y como ellos creía que el hombre debe alargar el brazo y tomar a manos llenas cuanto le ofrece la vida y disfrutar sin reparos de todo aquello que desee, aunque sin causarle daño al prójimo, sin perjudicarlo y sin hacerle sufrir.

La hermana de Menahem Mendel, Rose Keile, la hija de rabí Alexander Ziskind Braz, fue entregada en matrimonio a un judío sencillo del pequeño pueblo de Olkeniki, en Lituania (no muy lejos de Vilna); se llamaba Yehuda Leib Klausner, el hijo de un aparcerero llamado Yehezkel Klausner, descendiente de rabí Abraham Klausner, autor de *El libro de las costumbres*, que vivía en Viena a finales del siglo XIV^[1].

Los Klausner del pueblo de Olkeniki, que no eran como sus instruidos primos hermanos de la vecina ciudad de Trakai, eran unos judíos de pueblo sencillos, robustos, testarudos e ingenuos. Yehezkel Klausner criaba vacas y ovejas y cultivaba árboles frutales y hortalizas, primero en el pueblo de Popishok (o Papishki) y después en el pueblo de Rodnik y al final en Olkeniki, todos en los alrededores de Vilna. Yehuda Leib, como su padre Yehezkel, estudió algo de la Torá y unas páginas del Talmud con un maestro de pueblo, observaba los preceptos pero aborrecía la casuística de los exegetas. Amaba la vida al aire libre y detestaba estar encerrado.

Después de probar suerte en el comercio de cereales y fracasar, ya que los otros comerciantes descubrieron enseguida lo ingenuo que era y consiguieron sin ninguna dificultad despojarle de todo y dejarle sin medio de sustento, Yehuda Leib se compró con el dinero que le quedaba un caballo y un carro, y se dedicó a llevar pasajeros y equipaje de un pueblo a otro. Era un carretero

paciente, benévolo y alegre, amante del buen comer, de las canciones de Shabbat y de los tragos de aguardiente las noches de invierno, jamás fustigó a su caballo ni retrocedió ante los peligros. Le gustaba viajar solo, a paso lento y tranquilo, en su carro cargado de leña o de sacos de cereales, por los bosques oscuros, por estepas desiertas, en medio de tormentas de nieve y sobre la fina capa de hielo que cubría el río en invierno. En una ocasión (al abuelo Alexander le gustaba contar esto una y otra vez en las tardes de invierno) se rompió la capa de hielo bajo las ruedas del carro de Yehuda Leib, entonces saltó, cogió con sus fuertes manos las riendas del caballo y sacó al caballo y el carro del agua helada.

Tres hijos y tres hijas le dio Rose Keile Levitt Braz a su marido el carretero. En 1884 Rose Keile cayó gravemente enferma, y los Klausner decidieron dejar el perdido Olkeniki en Lituania e instalarse en Odesa, la ciudad donde vivía el hermano rico y poderoso de la enferma: Menahem Mendel Braz los ayudó y se ocupó de que su hermana tuviera los mejores médicos.

A su llegada a Odesa, en 1885, el tío Yosef, el primogénito de los Klausner, era un pequeño «genio» de unos once años, muy aplicado, que tenía un gran interés por el hebreo y sed de cultura. Se parecía más a sus primos, los Klausner instruidos e ingeniosos de la ciudad de Trakai, que a sus antepasados campesinos y carreteros de Olkeniki. Su tío, el epicureo-voltairiano Menahem Braz, le presagió enseguida un gran futuro y le ayudó en los estudios. Por el contrario su hermano, Alexander Ziskind, que en la época del traslado a Odesa era un niño impetuoso y sensible de unos cuatros años, muy pronto demostró que se parecía más a los Klausner del pueblo, a su padre y a su abuelo: no le atraían los estudios y, desde pequeño, le gustaba pasar mucho tiempo al aire libre, observar las cosas que hacía la gente, oler y tocar el mundo, perderse en el campo o en el bosque y soñar. A pesar de todo, emanaba una gracia, una alegría, una generosidad y un buen corazón que conquistaban a todo aquel que lo miraba. Por eso todos le llamaban con el cariñoso apelativo de Zisia, o Zisel.

También estaban el tío Betzalel y las tres hermanas que nunca llegaron a Eretz Israel: Sofía, Ana y Daria. Por lo que he conseguido averiguar, después de la revolución, Sofía fue profesora de literatura y después directora de un instituto de Leningrado. Ana murió antes de la Segunda Guerra Mundial, mientras que DariaDébora y su marido, Misha, intentaron huir tras la revolución a Palestina, pero «se quedaron bloqueados» en Kiev debido al embarazo de Daria^[2].

A pesar de la ayuda del acomodado tío Menahem y de otros familiares de Odesa del clan Braz, los Klausner se arruinaron poco tiempo después de su llegada: el padre, Yehuda Leib, un hombre robusto y paciente pero a quien le gustaba divertirse y gozar de la vida, se fue apagando tras tener que invertir los pocos ahorros que había llevado del pueblo lituano en la adquisición de una pequeña y asfixiante tienda de ultramarinos con la que los Klausner se mantenían a duras penas. Sentía nostalgia de la estepa, los bosques, los campos nevados, el caballo y el carro, las posadas y el río que había dejado atrás en su pueblo de Lituania. Al cabo de unos años enfermó, se extinguió y murió en la penumbra de su pequeña tienda cuando apenas tenía cincuenta y siete años. Su viuda, Rose Keile, siguió viviendo otros veinticinco años. Murió en el barrio de los bújaros de Jerusalén en 1928.

Mientras el tío Yosef continuaba con sus estudios en Odesa y después en la Universidad de Heidelberg, convirtiéndose así en un brillante erudito, el abuelo Alexander abandonó la escuela con poco menos de quince años y empezó a dedicarse a todo tipo de pequeños negocios, compraba algo aquí y lo vendía allá, por las noches garabateaba exaltados poemas en ruso, miraba

con avidez los escaparates, las montañas de melones, uvas y sandías, y también a las sensuales mujeres del sur, luego corría a casa y volvía a componer ardientes poemas, y de nuevo vagaba por las calles de Odesa montado en su bicicleta pero encorbatado y vestido lo mejor que podía, a la más provocativa última moda. Debía de parecer uno de esos chicos atractivos, seductores y emperifollados del barrio de Moldavanka de los relatos de Isaak Babel, fumando como un adulto y con el bigote negro humedecido y encerado. De vez en cuando bajaba al puerto a sumergir los ojos en los barcos, los fardos y las chicas baratas, se quedaba mirando emocionado el desfile de un grupo de soldados al ritmo de una marcha militar, o pasaba una o dos horas en la biblioteca, leyendo con avidez todo lo que caía en sus manos y decidiendo de nuevo que intentaría competir con su sabio hermano mayor. Mientras, aprendía a bailar con muchachas de buena familia, a beber dos o tres copas fuertes sin perder la cabeza, a entablar relaciones en los cafés, a decirle algún cumplido al perrito para iniciar una conversación con la señora.

En sus idas y venidas por las afueras de Odesa, una sensual ciudad portuaria inundada de sol y rebosante de distintas minorías, hacía amistad con unos y otros, cortejaba a las chicas, compraba y vendía, ganaba algo, se sentaba en un rincón de un café o en un banco del parque, sacaba su libreta, componía un poema (cuatro estrofas, ocho versos) y volvía a correr de un lado a otro con su bicicleta haciendo recados como voluntario para los líderes del movimiento Jibat Zion de la Odesa anterior al teléfono: llevaba un mensaje urgente de Ahad Haam a Mendele Mojer Sefarim, de Mendele Mojer Sefarim al señor Bialik, amante de la retórica sagaz, o al señor Menahem Ussishkin y de éste al señor Lilienblum, y entre tanto, mientras esperaba la respuesta en el salón o en el recibidor, recitaba para sus adentros, en ruso, poemas inspirados en el espíritu de Jibat Zion: Jerusalén, con sus calles empedradas de jaspe y ónice, un ángel en cada esquina y el cielo resplandeciendo sobre ella iluminado por la luz de siete firmamentos.

También escribía poemas que ensalzaban la lengua hebrea, alababa su belleza, exaltaba su tonalidad y le prometía fidelidad eterna, todo en ruso (incluso después de llevar viviendo en Jerusalén más de cuarenta años, el abuelo no consiguió aprender un hebreo correcto: hasta el último día habló un hebreo particular, indiferente a todas las reglas, y escribió con faltas terribles. En la última postal que nos envió al kibbutz Hulda poco antes de su muerte, en el año 1977, nos decía: «Queridísimos nietos y viznietas, os hecho muchísimo de menos. ¡Tengo muchas ganas de beros a todos!»).

En 1933, cuando por fin llegó a Jerusalén con la abuela Shlomit, obsesionada por sus temores, abandonó la poesía y se dedicó a los negocios: durante varios años vendió con éxito a las señoras de Jerusalén deseosas de lujo europeo vestidos importados de Viena de dos temporadas atrás. Pero al cabo de unos años apareció otro judío, más diligente que el abuelo, y empezó a importar vestidos de París de la temporada anterior, y el abuelo, con sus vestidos vieneses, fue derrotado, tuvo que dejar el negocio y su amor por los vestidos, y se vio suministrando a Jerusalén calcetines Lodzia de Jolón y toallas de la pequeña firma Shtzufek e Hijos de Ramat Gan.

La ruina y las estrecheces le devolvieron la musa que había abandonado durante su época de prosperidad. Volvió a encerrarse por las noches en su «gabinete» a componer exaltados poemas en ruso sobre la belleza de la lengua hebrea y los encantos de Jerusalén, no sobre la ciudad pobre, polvorienta, abrasada y fanática, sino sobre la Jerusalén cuyos suburbios están perfumados de

incienso y mirra, y donde sobre cada plaza se cierne un ángel de Dios. Pero ahí entré yo en escena, en el papel del niño valiente del cuento del traje nuevo del emperador, y con furor realista ataqué al abuelo por sus poemas: Llevas viviendo aquí muchos años y sabes muy bien con lo que de verdad está pavimentada Jerusalén y lo que en realidad se cierne sobre la plaza de Sión, entonces ¿por qué siempre escribes sobre lo que no existe? ¿Por qué no escribes algo sobre la verdadera Jerusalén?

Al oír esas insolentes palabras, el abuelo Alexander se puso furioso y su agradable color rosado se convirtió al instante en un rojo ardiente, dio un puñetazo en la mesa y me gritó:

–¿La verdadera Jerusalén? ¿Qué sabe una pequeña sabandija como tú de la verdadera Jerusalén? ¡La verdadera Jerusalén es precisamente la de mis poemas!

–¿Y hasta cuándo vas a escribir en ruso, abuelo?

–¿Qué pasa?, *ti durak*, sabandija, ¡yo cuento en ruso! ¡Me maldigo en ruso! ¡En ruso sueño por la noche! ¡En ruso incluso... –pero la abuela Shlomit, que sabía perfectamente lo que venía después de la palabra «incluso», se apresuró a interrumpirle gritando:

–*Shto se tabo? Ti ni normalni? Videsh maltzik ridom se nami!*

–¿Te gustaría volver alguna vez a Rusia, abuelo? ¿De visita?

–Ya no existe. *Propadi*.

–¿Qué no existe?

–¿Qué no existe? ¿Qué no existe? ¡Rusia no existe! ¡Rusia está muerta! Está Stalin. Hay *dazrazneskim*. Hay *izuv*. Está Beria. Hay una gran cárcel. Está el Gulag. *Jevsekim! Apartashkim!* ¡Asesinos!

–Pero aún quieres un poco a Odesa, ¿no?

–Querer o no querer, qué más da, qué importa ya, *tzort iovo zenayet*.

–¿No te gustaría volver a verla?

–Bueno, basta, sabandija, cállate ya. *Tztob ti propal*. Cállate.

Un día, en su «gabinete», tomando té y pastas, después de destaparse uno de los escándalos de fraude y corrupción que conmocionaron a todo el país, el abuelo me contó que cuando tenía unos quince años, en Odesa, «e iba en mi bicicleta a toda velocidad, un día pedaleaba con un despacho hacia la casa del señor Lilienblum, del comité de Jibat Zion (además de ser un famoso escritor hebreo, Lilienblum trabajaba como voluntario para el movimiento en Odesa y hacía de tesorero). De hecho él, Lilienblum, fue nuestro primer ministro del Tesoro», me explicó el abuelo.

Mientras esperaba a que el señor Lilienblum escribiese una respuesta, aquel mocoso de quince años sacó del bolsillo el paquete de tabaco y, sin darse cuenta, actuando como un hombre, cogió el cenicero y la caja de cerillas que estaban sobre la mesa del salón. El señor Lilienblum se apresuró a poner la mano sobre los dedos del abuelo, le detuvo, salió rápidamente de la habitación, volvió al cabo de un rato, le dio al abuelo otra caja de cerillas que había cogido de la cocina y le explicó que las cerillas que estaban sobre la mesa del salón habían sido compradas con el presupuesto del comité de Jibat Zion, y que sólo se podían usar en las reuniones del comité y únicamente para los cigarros de los miembros del comité. «En suma, los bienes públicos eran bienes públicos, no algo disponible para cualquiera. No como aquí, en este país, donde después de dos mil años hemos fundado por fin un Estado para que haya a quién robar. En aquella época hasta un niño sabía qué estaba permitido y qué estaba prohibido, qué estaba disponible y qué no, qué era mío y qué no».

En realidad no siempre. No del todo: una vez, hacia finales de los años cincuenta, entró en vigor un nuevo billete de diez liras con el retrato de Bialik. Cuando llegó a mis manos el primer billete de Bialik, me fui corriendo a casa del abuelo para mostrarle cómo el Estado de Israel ensalzaba y honraba a su amigo de la juventud de la época de Odesa. El abuelo se emocionó, sus mejillas se ruborizaron de satisfacción, miró el billete por un lado y por el otro, lo observó a contraluz, acarició con la mirada a Bialik (quien de repente me pareció que le devolvía al abuelo un guiño travieso, una especie de «¿y ahora qué?» familiar y complacido). En los ojos del abuelo brilló en ese momento una pequeña lágrima, pero sus dedos, llevados por el entusiasmo, doblaron el billete nuevo y lo metieron rápidamente y sin dudarlo en el bolsillo interior de su chaqueta.

En aquel tiempo diez liras eran una cantidad muy respetable, sobre todo para alguien de un kibbutz como yo. Me quedé pasmado:

–Abuelo, ¿qué haces? Te lo he traído sólo para que lo vieras y te alegrases, seguro que dentro de un día o dos también llegará a tus manos un billete como éste.

–¿Qué pasa? –el abuelo se encogió de hombros–, Bialik me sigue debiendo veintidós rublos.

15

Precisamente en Odesa, siendo un joven con bigote de unos diecisiete años, el abuelo se enamoró de una gran señora llamada Shlomit Levin, amante del lujo y seducida por la alta sociedad; deseaba ser una dama admirada y respetable, recibir en su salón a personas famosas, trabar amistad con artistas y «vivir de forma civilizada».

Fue un amor temerario: ella tenía ocho o nueve años más que el pequeño casanova. A lo que se añadía el hecho de que, casualmente, era prima del temperamental pretendiente.

Al principio la conmocionada familia no quiso ni oír hablar de relaciones matrimoniales entre la señorita y el jovenzuelo: como si no bastase con la diferencia de edad y el parentesco, para colmo el chico no era ilustrado, no tenía oficio ni beneficio y sus únicos ingresos procedían de algún comercio esporádico, una compra aquí, una venta allá. Por si todas esas catástrofes fueran pocas, las leyes de la Rusia zarista prohibían expresamente el matrimonio entre familiares directos, como primos hermanos por parte de madre.

A juzgar por las fotografías, Shlomit Levin –la sobrina de Rose Keile Klausner Levitt Braz– era una chica robusta y ancha de espalda, no muy guapa pero elegante, altiva, vestida con rigor y sencillez, llevaba un sombrero de fieltro llamado fedora colocado oblicuamente sobre su frente: el ala derecha sobre el pelo recogido y la oreja mientras que el ala izquierda se curvaba hacia arriba como la popa de un barco. El sombrero llevaba delante un racimo de frutas reluciente sujeto con una horquilla brillante y, en el lado alzado, una gran pluma se elevaba orgullosa sobre el racimo de frutas, sobre el sombrero, sobre todo, como una arrogante cola de pavo real.

El brazo izquierdo de la señora, que terminaba en un magnífico guante de piel, sujetaba el asa de un bolso de piel rectangular. El otro brazo se agarraba con fuerza del brazo del joven abuelo Alexander, y sus dedos –también en un guante de piel– flotaban sobre la manga del abrigo negro del abuelo, casi tocándola.

Él estaba a su derecha, elegante, tenso y resplandeciente, las gruesas suelas le daban casi un palmo más de estatura, y a pesar de todo era algo más bajo y mucho más delgado que ella, parecía su hermano pequeño, tampoco le servía de nada el bombín negro que llevaba en la cabeza. Su joven cara estaba seria, rígida, casi desconsolada. Su bigote bien cuidado se esforzaba en vano por hacer aparecer en su cara restos de frescura infantil. Sus ojos eran almendrados y soñadores. Llevaba un elegante abrigo con solapa y grandes hombreras, una camisa blanca almidonada y una corbata estrecha de seda, en el brazo izquierdo parecía columpiarse un lujoso bastón con empuñadura de madera y punta plateada. Esa punta brillaba en la vieja fotografía como la hoja de una espada.

La conmocionada Odesa renegó de ese Romeo y esa Julieta. Entre la madre de Romeo y la madre de Julieta, que eran hermanas, estalló una guerra que comenzó con un intercambio de acusaciones y terminó con un absoluto silencio mutuo. El abuelo gastó por tanto sus escasos ahorros, vendió una cosa aquí y otra allá, reunió algunos rublos, es posible que, aunque sólo fuera para evitar el escándalo, las dos familias les ayudasen en algo, y así mi abuelo y mi abuela, dos primos embriagados de amor, zarparon en un barco hacia Nueva York, igual que hicieron por aquellos años otros cientos de miles de judíos de Rusia y del resto de los países de la Europa del Este. Su intención era casarse en Nueva York y conseguir la nacionalidad para que yo pudiera nacer en Brooklyn o en Newark, Nueva Jersey, y escribir sofisticadas novelas en inglés sobre las aspiraciones y frustraciones de los emigrantes cubiertos con sombreros y sobre los traumas neuróticos de sus sufridos descendientes.

Pero en el barco, en algún lugar entre Odesa y Nueva York, en el mar Negro, frente a las costas de Sicilia o al cruzar de noche el estrecho de Gibraltar, iluminado por miles de luces, o quizás cuando su barco de amor pasó por la Atlántida perdida, volvió a producirse un drama, un vuelco absoluto, el amor volvió a alzar su terrible cabeza de dragón: Tienes un corazón joven, las penas y el amor no te dejarán descansar.

En resumen, mi abuelo, el novio que aún no había cumplido los dieciocho años, volvió a enamorarse apasionada, perdida y desesperadamente en la cubierta, en cualquier rincón de popa o en lo más oscuro de una escalera, de otra mujer –una de las pasajeras del barco– que, por lo que sabemos, también era unos diez años mayor que él.

Pero a la abuela Shlomit, eso se decía en casa, ni se le pasó por la cabeza renunciar a él: le agarró por el lóbulo de la oreja con fuerza y no lo soltó ni de día ni de noche hasta que salieron del despacho del rabino neoyorquino que los casó según la ley de Moisés y de Israel («De la oreja», decían en casa en tono de broma, «de la oreja lo arrastró todo el camino, no le soltó la oreja hasta después de la boda». Y también se decía: «¿Cómo que hasta después de la boda? ¿Qué es eso de hasta después de la boda? Ella no le soltó nunca. Hasta el último día, e incluso después, siguió agarrándole de la oreja, y a veces le daba un tirón y todo»).

Pero qué gran misterio: no pasó más de un año o dos y la extraña pareja volvió a comprar un billete de barco, o tal vez sus padres volvieron a ayudarles, y de nuevo subieron a un barco de vapor y, sin mirar atrás, zarparon de vuelta a Odesa.

Fue algo insólito: unos dos millones de judíos emigraron desde el este hacia el oeste y se asentaron en América en menos de cuarenta años, entre 1880 y 1917. Para todos esos emigrantes fue un camino unidireccional, nadie volvía, salvo mi abuelo y mi abuela, que zarparon en dirección contraria: es de suponer que en esa ocasión eran los únicos pasajeros del barco, por lo que mi impetuoso abuelo no tendría de quién enamorarse y su oreja quedaría libre durante todo el camino de vuelta a Odesa.

¿Por qué volvieron?

Nunca conseguí obtener una respuesta clara.

–Abuela, ¿qué es lo que era tan malo en América?

–No era malo. Lo que pasa es que estaba atestado de gente.

–¿Atestado de gente? ¿En América?

–Demasiada gente en una tierra tan pequeña.

–Abuelo, ¿quién decidió volver? ¿Lo decidiste tú? ¿O lo decidió la abuela?
–Pero bueno, ¿qué pasa? ¿Qué clase de pregunta es ésa?
–¿Y por qué decidisteis volver? ¿Qué es lo que no os gustaba de allí?
–¿Qué no nos gustaba? ¿Qué no nos gustaba? No nos gustaba nada. Estaba lleno de caballos y de indios.
–¿Indios?
–Indios.
Nunca conseguí sacarle más que eso.

Así tradujo Yosef Cohen Tzedek un poema titulado «Invierno» que el abuelo Alexander escribió, como era habitual, en ruso:

*Viento de tormenta, mi alma se ensombrece
y han abandonado mi corazón la alegría y el regocijo.
La primavera se marcha, llega el invierno,
quisiera llorar pero mi llanto agoniza.*

*Ya se ha puesto el sol, las tinieblas me envuelven,
mi alma desfallece y mi espíritu se entristece.
Mis días no verán más la luz y no volverá
el goce de mi primavera con regocijo de amor.*

En 1972, cuando fui a Nueva York por primera vez, busqué a una mujer que me pareciera india, y puede que la encontrase, por lo que recuerdo, en la esquina de Lexington con la calle 53 repartiendo propaganda a los transeúntes. No era joven ni vieja, tenía prominentes pómulos, llevaba un abrigo usado de hombre y una especie de chal marrón para protegerse del viento frío, me tendió un papel y sonrió, yo lo cogí y le di las gracias. «El amor te está esperando» –eso se me aseguraba debajo de la dirección de un bar para solitarios—. «No te demores más. Ven ahora».

En la fotografía que le hicieron en Odesa en 1913 o 1914, mi abuelo llevaba pajarita, un sombrero gris adornado con una cinta de seda brillante y un traje de tres piezas; debajo de la chaqueta desabrochada, a lo largo del chaleco bien abotonado, se veía una fina cadena de plata que al parecer conducía directamente al reloj que llevaba en el bolsillo. Sobre su camisa blanca lucía una pajarita de seda oscura, sus zapatos negros brillaban, su elegante bastón colgaba como siempre de su brazo, un poco por debajo del codo, con la mano izquierda tenía cogido a un niño de unos seis años y con la derecha a una hermosa niña de unos cuatro. El niño tenía la cara redonda y un recto y gracioso flequillo despuntaba por debajo del sombrero. Llevaba un magnífico abrigo de cadete con dos filas de enormes botones blancos. Por debajo del abrigo asomaban unos pantalones cortos que dejaban al descubierto la piel blanca de las piernas, que enseguida era engullida por unos largos calcetines blancos, al parecer sujetos con ligas.

La niña sonreía al fotógrafo. Parecía conocer perfectamente sus encantos y los irradiaba a propósito hacia la lente de la cámara. Su cabello largo y liso, que le caía sobre los hombros y descansaba en su vestido, estaba peinado con una raya perfecta en el lado derecho. Su cara era

redonda, regordeta y alegre, sus ojos almendrados y rasgados, casi chinos, y en sus gruesos labios había un atisbo de sonrisa. Sobre el vestido claro llevaba una diminuta chaqueta de cadete, idéntica en todo al abrigo de su hermano aunque más pequeña y por eso también mucho más graciosa. Ella también llevaba unos calcetines que le llegaban hasta las rodillas. Y calzaba unos zapatos con unas preciosas hebillas en forma de mariposa.

El niño de la fotografía era mi tío David, al que todos llamaban Ziuzia o Ziuzanka. Y esa niña, esa muñeca elegante y encantadora, esa niña era mi padre.

Desde que nació hasta los siete u ocho años (a veces nos contaba que eso continuó al menos hasta los nueve), la abuela Shlomit le ponía única y exclusivamente vestidos con cuellos de organdí, o pequeñas faldas plisadas y almidonadas que ella misma cortaba y cosía, y zapatos rojos de niña. Sus espléndidos cabellos le llegaban hasta los hombros y se los recogía con lazos rojos, amarillos, celestes o rosas. Cada noche su madre le frotaba el cabello con una solución aromática y, a veces, se lo volvía a frotar por la mañana, ya que la grasa de la noche era un enemigo del cabello que robaba el brillo y la frescura y servía de invernadero a la caspa. Su madre le ponía en los dedos hermosas sortijas y le adornaba los regordetes brazos con pulseras. Cuando iban a bañarse al mar de Odesa, Ziuzanka –mi tío David– iba con el abuelo Alexander al vestuario de los hombres, mientras la abuela Shlomit y la pequeña Lionichka, es decir mi padre, iban a los baños de las mujeres y se enjabonaban y lavaban bien: Enjabónate también ahí y ahí, y sobre todo ahí, por favor, ahí enjabónate dos veces.

Después de tener a Ziuzanka, la abuela Shlomit deseaba una niña. Cuando se quedó embarazada y dio a luz lo que parecía no ser una niña, decidió al instante que a ese recién nacido, carne de su carne, por derecho natural e inapelable, lo criaría como le viniera en gana, y nada ni nadie osaría inmiscuirse y decirle cuál debía ser la educación, la ropa, el sexo o la conducta de su Lonia o Lionichka: ¿Con qué derecho?

El abuelo Alexander, al parecer, no veía ningún motivo para rebelarse: tras la puerta cerrada del gabinete, dentro de su cáscara de nuez, el abuelo gozaba de una relativa autonomía y podía dirigir algunos de sus asuntos. Como a las princesas de Mónaco o Liechtenstein, no se le pasaba por la cabeza ser tan insensato como para poner en peligro su frágil autoridad por meter las narices en los asuntos privados de la vecina potencia, cuyos ámbitos de autoridad estaban cerrados por los cuatro costados a su liliputiense ducado de San Marino.

Mi padre, por su parte, nunca se quejó. Casi nunca nos hizo partícipes de sus recuerdos en los baños de mujeres y del resto de sus experiencias femeninas, salvo cuando intentaba hacernos reír.

Pero casi siempre sus chistes parecían más una declaración de intenciones: Observad, mirad y ved cómo un hombre serio como yo se entusiasma por vosotros y se ofrece a entreteneros.

Mi madre y yo le sonreíamos con cariño, como agradeciéndole el esfuerzo que hacía, pero él, excitado, exultante y casi conmovedor, interpretaba nuestra sonrisa como una invitación a continuar con sus bromas, y al momento nos regalaba dos o tres chistes más, chistes que ya le habíamos oído mil veces, de un judío y un gentil en un tren o de Stalin y su encuentro con la zarina Caterina, y entonces llorábamos de risa, y mi padre, resplandeciente de orgullo por haber conseguido hacernos reír, arremetía contra Stalin, que una vez iba sentado en el autobús enfrente de Ben Gurión y Churchill, y contra Bialik, cuando se encuentra en el paraíso con Tchernijovsky, y

contra Tchernijovsky, cuando se encuentra con una chica. Hasta que mi madre le recordaba con delicadeza:

–¿No querías trabajar un rato esta noche?

O:

–Recuerda que has prometido pegar sellos con el niño antes de irnos a dormir.

En una ocasión él le dijo a sus invitados: «¡El corazón de la mujer! Los más grandes poetas han intentado en vano descifrar sus secretos. Schiller escribió en alguna parte que no hay en la creación un secreto más grande que las meditaciones del corazón de una mujer, y ninguna mujer del mundo ha revelado ni revelará nunca a ningún hombre todo el secreto femenino. Schiller podría haberme preguntado a mí: yo he estado allí».

A veces bromeaba sin ninguna gracia: «Pues claro que me gustan las faldas, como a la mayoría de los hombres, incluso algo más, porque antes tenía faldas a montones y de repente me las han quitado todas».

Una vez dijo algo así: «Si hubiéramos tenido una hija, seguro que habría sido guapísima», y añadió: «En el futuro, en las próximas generaciones, puede que se cierre el abismo que separa a los dos sexos. Ese abismo se entiende normalmente como una tragedia, pero puede que un día todos nos demos cuenta de que sólo es una comedia de enredo».

16

La abuela Shlomit, una mujer importante, una dama amante de los libros y conocedora del alma de los escritores, fue quien convirtió su casa de Odesa en un salón literario, posiblemente el primer salón literario hebreo. Con sus agudos sentidos, la abuela asimiló una agria mezcla de soledad y sed de fama, timidez y arrogancia, profunda inseguridad y ebria autoestima, esa mezcla que impulsa a poetas y escritores a dejar sus habitaciones y salir a buscarse los unos a los otros, a rozarse, fundirse, frivolar, ensalzarse, tocar al prójimo, a poner una mano en un hombro o un brazo alrededor de una cadera, a conversar y discutir con un ligero encogimiento de hombros, a espiar un poco, a olisquear lo que se cuece en la cazuela de los demás, a adular, pelear, discutir, llevar la razón, ofenderse, disculpase, reconciliarse, a escabullirse los unos de los otros y volver a anhelar la sombra del prójimo.

Era una anfitriona de gusto refinado y recibía a sus invitados sin boato pero con dignidad y elegancia: les ofrecía a todos un oído atento, un hombro en que apoyarse, unos ojos curiosos y respetuosos, un corazón amable, los mejores pescados del lugar, platos de sopa sabrosa y humeante en las noches de invierno, pasteles de amapola que se deshacían en la boca y ríos de té hirviendo del samovar.

El abuelo, por su parte, servía con destreza los licores y ofrecía montones de chocolatinas y pastas a las señoras, y a los señores unos cigarrillos fuertes (que en aquella época se llamaban «papiros»). El tío Yosef, a quien siendo un joven de unos veintinueve años Ahad Haam había transferido la dirección de *Hashiloaj*, la primera revista de la nueva cultura hebrea (el mismísimo Bialik era el jefe de la sección literaria), era ya uno de los jueces supremos de la literatura hebrea en Odesa y su juicio podía encumbrar o hundir a cualquiera. La tía Tzipora llevaba al tío Yosef a las «fiestas» en casa de su hermano y su cuñada, ocupándose siempre de envolverlo con bufandas de lana y cubrirlo bien con abrigos y orejeras acolchadas. Menahem Ussishkin, pomposo, ostentoso, sacando pecho como un búfalo y con la voz grave de un gobernador ruso entrado en erupción como el agua hirviendo en un samovar, dejaba todo en silencio con su llegada, cuantos estaban reunidos se callaban con respeto y alguien saltaba al instante de su asiento para dejarle sitio; Ussishkin cruzaba la habitación con paso marcial, se sentaba cómodamente con las piernas abiertas, golpeaba dos veces el suelo con su bastón y así daba permiso para que las conversaciones se reanudaran. También el rabino Chernoviz (apodado «pequeño rabino») era uno de los habituales de la casa, así como un joven historiador regordete que en varias ocasiones había cortejado a la abuela Shlomit («pero no era fácil para una mujer educada estar a su lado: era muy inteligente, era interesante, sólo que siempre llevaba la pechera llena de lamparones

repugnantes y los puños renegridos, y a veces se veían migas en las vueltas de sus pantalones, era un completo desastre, un puerco, ¡ajj!»). Entre los asistentes estaban también Hana Rabnitzki, Ben-Zion Dinburg, Shemaryahu Levin y Yosef Sapir, no faltaba nadie, incluso algunos estudiantes y autodidactas, y chicos de academias talmúdicas echados a perder, entre ellos poetas y líderes en ciernes, todos con corbata y cuellos almidonados, y todos ellos pensadores desbordantes de signos de exclamación.

A veces Bialik se dejaba caer por allí al atardecer, pálido de angustia o temblando de frío y de rabia, o al contrario: ¡también sabía ser alegre y divertido! ¡Pues claro que sí! ¡Igual que un chaval! ¡Igual que un vándalo descarriado! ¡Sin inhibiciones! ¡Era mordaz! A veces bromeaba en yiddish hasta hacer que las señoras se ruborizaran, y Hana Rabnitzki le reprendía: «¡Basta! ¡Bialik, cállate! ¡Qué te pasa! ¡Ajj! ¡Ya está bien!»). A Bialik le gustaba comer y beber, le gustaba mimarse, engullía pan con distintos tipos de queso, de postre comía pastas a dos carrillos y se tomaba una taza de té hirviendo y una copita de licor, y entonces empezaba con sus serenatas en yiddish sobre las maravillas de la lengua hebrea y sobre el amor que le tenía.

Tchernijovsky irrumpía en el salón, impetuoso pero tímido, temperamental y delicado a un tiempo, conquistador, enternecedor por su inocencia infantil, vulnerable como una mariposa pero también agresivo, ofendiendo a diestro y siniestro sin percatarse de ello. ¿La verdad? Nunca pretendió ofender, ¡era tan inocente!, ¡tan bueno! ¡Un corazón puro de niño que no ha probado el sabor del pecado! ¡No era como un niño judío triste, no! ¡Era como un niño gentil! ¡Lleno de alegría vital, desenfreno y rebeldía! ¡A veces era realmente un potrillo! ¡Un potrillo feliz! ¡Saltaba! ¡Se comportaba como un insensato delante de nosotros! Pero sólo a veces. En ocasiones llegaba muy triste y eso hacía que al instante todas las mujeres quisieran mimarlo. ¡Todas! Viejas, jóvenes, libres, casadas, guapas, no guapas, todas sentían un deseo oculto de mimarlo. Tenía ese poder. Y él ni siquiera lo sabía, ¡si lo hubiera sabido, sencillamente de ningún modo nos hubiera causado ese efecto!

Tchernijovsky se entusiasmaba con ayuda de una «copita» de vodka, o dos, y a veces empezaba a leer sus poemas, que se desbordaban de tanto júbilo y pasión, y todos los que estaban en la casa se conmovían con él y por él: la libertad en sus modales, sus abundantes rizos, su bigote anárquico, las jóvenes que llegaban con él, que no siempre eran muy cultas y no siempre eran judías, pero que siempre eran tan guapas que alegraban la vista, provocaban no pocas habladurías ácidas y aumentaban la envidia de los demás escritores: Como mujer te lo digo, las mujeres nunca se confunden en esas cosas, Bialik estaba allí sentado mirándole... y mirando a las chicas gentiles que iban con él... ¡Bialik habría dado un año de vida por poder ser durante un mes Tchernijovsky!

Se discutía sobre la renovación de la lengua y la literatura hebreas, sobre los límites de esa renovación, sobre la relación entre la herencia cultural de Israel y la de los demás pueblos, sobre el partido Bund y el grupo de los yiddishtas (el tío Yosef, durante la polémica, llamaba al yiddish «jerga», y cuando se calmaba lo llamaba «judeo-askenazí»), sobre las nuevas colonias agrícolas de Judea y Galilea, sobre los viejos traumas de los judíos de la región de Kharson y Kharkow, sobre Knut Hamsun y Mufsan, sobre las superpotencias y el socialismo, sobre la cuestión de la mujer y la cuestión agraria.

Una vez, en Varsovia, el socialista Y. L. Peretz le dijo al tío Yosef, que estaba muy lejos del socialismo político: «¿Piensas que soy tan ingenuo como para creer que el socialismo resolverá todos los problemas del mundo? Aún queda, por ejemplo, la cuestión de “las solteronas”. Hay

prestigiosos socialistas que creen que se trata sólo de una cuestión económica: si hubiera pan para todos, habría también un novio para cada muchacha. No se dan cuenta de que ahí hay un trauma que ningún socialismo puede solucionar». Y en una ocasión el tío Yosef le dijo a Bialik: «Te voy a explicar con un ejemplo cuál es la diferencia entre tú y yo. Si hoy viniera un emperador Adriano que dictara un duro edicto para destruir la Biblia o el Talmud, tú, Bialik, llorarías por la Biblia y elegirías... que permaneciera el Talmud, mientras que yo lloraría por el Talmud y elegiría salvar la Biblia». Y Bialik, eso contó el tío Yosef, se quedó inmerso en sus pensamientos y al cabo de un rato dijo: «¡Llevas razón!» (pero todas las historias sobre polémicas del tío Yosef terminaban siempre con su victoria en la discusión y con su interlocutor confesando: ¡Llevas razón!)[3].

La abuela Shlomit seguramente sabía dulcificar aquellas controversias en Odesa, al igual que la vi hacerlo en Jerusalén. Diría, por ejemplo: «Perdonadme los dos, estas dos argumentaciones, estos dos puntos de vista, no se contradicen en absoluto sino que se complementan: en vuestra pesadilla sobre los nuevos edictos de Adriano, en el fondo, los dos os uniríais como hermanos y juntos lloraríais por la Biblia y el Talmud, tan queridos para vosotros, y juntos os rebelaríais contra esos terribles edictos, pero, por favor, después de probar la compota. Es un delito mezclar una compota así con lamentos y lágrimas».

En 1921, cuatro años después de la revolución de Octubre, después de que la ciudad de Odesa pasara de mano en mano en sangrientas batallas entre «blancos» y «rojos», dos o tres años después de que mi padre por fin dejara de ser una niña y se convirtiera en un niño, mis abuelos y sus dos hijos huyeron de Odesa con destino a Vilna.

El abuelo sentía aversión por los comunistas: «A mí que no me hablen de los bolcheviques», refunfuñaba siempre, «¿qué pasa?, yo he conocido bien a los bolcheviques, los conocía incluso antes de que llegaran al poder, antes de que se instalaran en casas que les robaron a los demás y antes incluso de que soñaran con ser *aparatshikim*, *jevsekim*, *politrukim*, comisarios. Los recuerdo cuando aún eran unos simples *hooligans*, el hampa del barrio del puerto de Odesa, bandidos, rateros, borrachos y proxenetes. ¿Qué pasa?, casi todos eran judíos, o pseudojudíos, qué se le va a hacer. Pero eran judíos de las familias más humildes: familias de pescaderos del mercado, directamente de la costra que queda pegada en la olla, como se decía en casa. Lenin y Trotsky—cómo que Trotsky, qué Trotsky va a ser, Leibele Bronstein, el hijo loco de Davidele Ganf de Janovka— pusieron a ese populacho el uniforme de la revolución, con guantes de piel, con revólveres en el cinto, como una puerca vestida con una túnica de seda. Y así rondaban por las calles, detenían a gente, confiscaban bienes, y en un pispás asesinaban a todo aquel que tuviera una casa o una joven que les apeteciera, ¿qué pasa?, toda esa sucia banda de criminales, Kameniev era de hecho Rozenfeld, Maksim Litvinov era Meir Valak, Karl Radek no era otro que Sobelsohn, Leizer Kaganovitz era un zapatero hijo de carniceros. ¿Qué pasa?, por supuesto que también había algunos gentiles que iban con ellos, también del fondo de la olla, del puerto, del fango, ¿qué pasa?, eran el populacho, el populachoapestoso».

No abandonó esa opinión sobre el comunismo y sobre los comunistas ni siquiera cincuenta años después de la revolución bolchevique: unos días después de que el ejército israelí tomara la

Ciudad Vieja, en la guerra de los Seis Días, el abuelo propuso que las demás naciones ayudaran a Israel a devolver a todos los árabes de Levante, «con dignidad, sin tocarles ni un solo pelo y sin robarles ni una gallina», a su patria histórica, que él llamaba «Arabia Saudí»: «Igual que nosotros, los judíos, volvemos ahora a la patria de nuestros antepasados, también les ha llegado a ellos la hora de volver con dignidad a casa, a Arabia Saudí, de donde partieron todos».

Para que la discusión no se prolongase, le pregunté qué proponía en el caso de que Rusia nos atacara para evitarles a los miembros de la Liga Árabe las penalidades del viaje a Arabia Saudí.

Las mejillas sonrosadas del abuelo enrojecieron al instante de ira, se infló, estalló y me gritó:

–¿Rusia? ¿Qué Rusia? ¡Ya no hay ninguna Rusia, pequeño chinche! ¡Nada! ¡No existe! ¿O te estás refiriendo a los bolcheviques? ¿Eh? Dime. Conozco a los bolcheviques desde que eran los chulos de... los proxenetas del barrio del puerto de Odesa. ¡Ésa era la mercancía de los ladrones y los *hooligans*! ¡Populacho de lo más bajo! ¡Todo ese bolchevismo no era otra cosa que un inmenso bluf! Ahora que tenemos los maravillosos Samalot hebreos, los aviones, los tanques, hay que enviar a esos chicos y a nuestros Samalot a que lancen sobre Petersburgo, unas dos semanas de ida y otras dos de vuelta, un bombardeo como Dios manda (algo que hace tiempo se merecen de nuestra parte), ¡un fuerte pummm y al instante todo el bolchevismo se irá al infierno volando como algodón sucio!

–Abuelo, ¿estás proponiendo que Israel bombardee Leningrado? ¿Qué estalle una guerra mundial? ¿Es que no has oído hablar de las bombas atómicas? ¿De las bombas de hidrógeno?

–Todo depende de los judíos, ¿qué pasa?, tanto en tierras americanas como en tierras bolcheviques esas nuevas bombas están en manos de los expertos judíos, y ellos sabrán lo que hay que hacer.

–¿Y la paz? ¿Hay alguna forma de conseguir la paz?

–La hay: debemos vencer a todos nuestros enemigos. Hay que darles tan fuerte que sean ellos quienes vengan a pedirnos la paz, y entonces seguro que les daremos la paz. ¿Acaso nos opondríamos? ¿Por qué habríamos de oponernos? Nosotros somos un pueblo que ama la paz. Tenemos incluso como precepto buscar la paz: entonces, busquémosla, busquemos la paz hasta Bagdad si es necesario, busquémosla hasta El Cairo, ¿qué? ¿Que no? ¿Por qué no?

Consternados, arruinados, censurados y espantados por la revolución de Octubre, la guerra civil y el gobierno rojo, los escritores hebreos y los líderes sionistas de Odesa se dispersaron por todas partes. El tío Yosef y la tía Tzipora, y con ellos la mayoría de sus amigos, emigraron a Eretz Israel a finales de 1919 a bordo del *Ruslan*, cuya llegada al puerto de Yafó anunció el comienzo de la tercera oleada migratoria. Otros huyeron de Odesa y se dirigieron a Berlín, Lausana y América.

El abuelo Alexander, la abuela Shlomit y sus dos hijos no fueron a Eretz Israel: a pesar del fervor sionista que resonaba en los poemas rusos del abuelo, aquella tierra les parecía demasiado asiática, salvaje, atrasada, carente de la más mínima higiene y privada de la necesaria cultura. Por tanto, se dirigieron a Lituania, el país que habían dejado los Klausner, los padres del abuelo, del tío Yosef y del tío Betzalel, hacía más de veinticinco años. Vilna pertenecía en aquella época a Polonia, y el antisemitismo, brutal y sádico, que siempre había flotado en el ambiente se agravaba de año en año: en Polonia y Lituania fecundaron los nacionalismos y el odio a los extranjeros. Para los sometidos y oprimidos lituanos, la gran minoría judía era como un agente de las fuerzas extranjeras opresoras. Por la frontera, desde Alemania, penetró el nuevo tipo de odio, el frío y

asesino odio nazi hacia los judíos.

En Vilna el abuelo se dedicaba al pequeño comercio, compraba y vendía, y entre compra y compra a veces obtenía algún beneficio, y envió a sus dos hijos primero a un colegio hebreo y después a un instituto «clásico» (es decir, humanista). Los hermanos David y Arie, o Ziuzia y Lonia, habían llevado de Odesa tres idiomas: en casa hablaban ruso y yiddish, en la calle, ruso, y en la guardería sionista habían aprendido a hablar hebreo. En el instituto clásico de Vilna aprendieron también latín y griego, polaco, alemán y francés. Más tarde, en el departamento de Literatura Europea de la universidad, aprendieron inglés e italiano, y en el departamento de Filología Semítica mi padre aprendió además árabe, arameo y escritura cuneiforme. El tío David se convirtió enseguida en profesor de literatura, y mi padre, Yehuda Arie, que terminó la diplomatura en la Universidad de Vilna en 1932, iba a seguir sus pasos, pero el antisemitismo llegó a niveles insostenibles. Los estudiantes judíos eran obligados a aguantar humillaciones, golpes, discriminación y abusos.

—¿Pero qué os hacían exactamente? —le pregunté a mi padre—, ¿qué tipo de abusos? ¿Os pegaban? ¿Os rompían los cuadernos? ¿Por qué no os quejábais?

—Tú no podrías entenderlo de ninguna manera. Y es mejor que no lo entiendas. Me alegro, aunque tampoco puedes entender eso, es decir, por qué me alegro de que no entiendas lo que pasó allí: no quiero que lo entiendas. Porque no hay ninguna necesidad. Simplemente ya no hay ninguna necesidad. Porque ya ha acabado. Ha acabado de una vez por todas. Es decir, aquí eso nunca ocurrirá. Vamos a hablar de otra cosa, de tu álbum de planetas, por ejemplo. Por supuesto que aún tenemos enemigos. Y hay guerras. Y hay asedio y muerte. Por supuesto. No se puede negar. Pero no persecuciones. Eso no. No hay persecuciones, ni humillaciones ni pogromos. Ni el sadismo que sufrimos allí. Eso no volverá a ocurrir nunca. Aquí no. Si nos atacaran devolveríamos el golpe con creces. Creo que has pegado en el álbum Marte entre Saturno y Júpiter. Te has confundido. No, yo no te digo nada. Tú solo puedes encontrar el error y corregirlo.

De la época de Vilna queda un viejo álbum de fotos: en una fotografía están mi padre y su hermano David cuando aún iban al instituto, los dos muy serios, pálidos, sus grandes orejas dentro de viseras, los dos con traje, corbata y camisas de cuello duro. En otra está el abuelo Alexander, ya con principio de calvicie, con bigote aún, muy arreglado y elegante, se parecía un poco a un pequeño diplomático de la Rusia zarista. Y hay algunas series, tal vez fotos de cuando terminaron el instituto. ¿Mi padre o su hermano David? No es fácil distinguirlo: la cara está un poco borrosa. Todos llevan la cabeza cubierta, los chicos con viseras y las chicas con boinas. Casi todas con el pelo negro, algunas con un amago de sonrisa burlona, una sonrisa de Mona Lisa que sabe algo que te mueres por saber pero que no sabrás nunca porque no está destinado a ti.

¿Entonces a quién? Seguro que casi todos los chicos y chicas de esa serie de fotos fueron desnudados y obligados a correr, azotados y perseguidos por perros, esqueléticos y congelados, hacia las grandes fosas del bosque de Ponar. ¿Quién se salvaría además de mi padre? Observo la fotografía bajo la luz potente de una lámpara e intento descifrar algo que quizá se aprecie en la expresión de sus caras: astucia o determinación, una dureza interior que pudo haber empujado al chico de la segunda fila empezando por la izquierda a adivinar lo que le espera, a sospechar de todas las palabras tranquilizadoras, a bajar a tiempo a las cloacas del gueto, a ponerse a salvo con

los partisanos de los bosques. O esa chica tan guapa del centro de la foto, con una expresión cínica y pícaro: No, queridos, a mí no me vais a engañar, es verdad que aún soy muy joven pero ya lo sé todo, incluso sé cosas que jamás sospecharíais que sé. ¿Se salvaría? ¿Huiría al campamento de los combatientes del bosque de Rodnik? ¿Se ocultaría, gracias a su «aspecto ario», en un barrio fuera del gueto? ¿Le darían asilo en algún convento? ¿O se escaparía en el preciso momento y conseguiría zafarse de los alemanes y de sus sirvientes lituanos, escabullirse por la frontera y llegar a Rusia? ¿O emigraría a tiempo a Eretz Israel y viviría hasta los setenta y seis años como una pionera taciturna, trabajando en las colmenas o en el gallinero de algún kibbutz del valle?

Y mi padre de joven, en ésta se parece a mi hijo Daniel (que también lleva su nombre, Yehuda Arie), es un retrato estremecedor, mi padre con diecisiete años, delgado y largo como una caña pero engalanado con una pajarita, sus inocentes ojos me miran desde detrás de sus gafas redondas, medio perplejo medio orgulloso, un gran charlatán pero, sin duda, también muy tímido, el pelo negro peinado con esmero hacia atrás, en su cara se refleja un alegre optimismo: No os preocupéis, amigos, todo se arreglará, todo se superará, sea como sea todo pasará, qué más puede ocurrir, todo irá bien.

En esa foto mi padre es más joven que mi hijo. Si fuera posible, entraría en la fotografía y le avisaría, a él y a sus alegres compañeros. Intentaría contarles lo que les espera. Seguro que no me creerían y se reirían y burlarían de mí.

Aquí está otra vez mi padre, vestido como de fiesta, con un sombrero ruso, un *shapka*, en una barca de remos junto a dos chicas que le sonríen con coquetería. En esta otra lleva unos pantalones *nickerboker* un poco ridículos, se le ven los calcetines, está inclinado con esfuerzo y abrazando por detrás a una chica sonriente peinada con raya en medio. La chica está metiendo una carta en un buzón donde pone (la fotografía es muy nítida y se puede leer sin problemas). «Skrzynka Poczтова». ¿Para quién será la carta? ¿Qué le habrá ocurrido al destinatario? ¿Qué suerte habrá corrido la otra chica de la foto, la bella joven con vestido de rayas, calcetines y zapatos blancos, que lleva bajo el brazo una pequeña cartera negra y rectangular? ¿Cuánto tiempo duraría esa espléndida belleza en su sonrisa?

En otra foto está mi padre, sonriente, recuerda un poco a la niña en que le convirtió su madre cuando era pequeño, en una excursión de cinco chicas y tres chicos. Están en el bosque pero vestidos con sus mejores ropas. Los chicos se han quitado las chaquetas y lucen camisa blanca y corbata. Su postura es distendida, atrevida, provocativa con el destino y con las chicas. Están haciendo una pequeña torre humana, dos chicos sostienen en los hombros a una chica regordeta, el tercero la sujeta por las piernas con un gesto casi grosero y las otras dos chicas están de pie partiéndose de risa. También el cielo claro sonríe, también la barandilla del puente sobre el río. Sólo el bosque de los alrededores no sonríe: espeso, circunspecto, oscuro, ocupa todo el fondo de la foto y mucho más. Un bosque de Vilna: ¿el bosque de Rodnik? ¿El bosque de Ponar? ¿O tal vez el bosque de Popishok o el de Olkeniki, los bosques cuya opresión le gustaba sentir al abuelo de mi padre, Yehuda Leib Klausner, durante las noches oscuras sobre su carro, seguro de su caballo, de la fuerza de sus brazos y de su buena suerte en el corazón de esa densa oscuridad, incluso en las lluviosas y tormentosas noches de invierno?

El abuelo anhelaba un Eretz Israel levantado de sus ruinas, Galilea y los valles, Sharón, Guilad y

Guilboa, las montañas de Samaria y de Edom: «Adelante, Jordán, adelante, corre, bramaraaán tus olas», hacía donaciones al Keren Kayemet, pagaba el *shekel* sionista, devoraba con avidez cualquier noticia de Palestina, se entusiasmaba hasta la ebriedad con los discursos de Jabotinsky, que de cuando en cuando pasaba por la Vilna judía y arrebatava los corazones. El abuelo apoyaba con toda su alma la política nacionalista, arrogante y carente de compromiso, de Zeev Jabotinsky y se consideraba un sionista militante. A pesar de todo, cuando la tierra de Vilna se estaba incendiando bajo sus pies y los de su familia, aún tendía –o quizás la abuela Shlomit le arrastraba a ello– a buscar una nueva patria que fuera algo menos asiática que Palestina y algo más europea que la Vilna que se estaba cubriendo de tinieblas: en los años 1930-1932 los Klausner pidieron los permisos para emigrar a Francia, a Suiza, a América (a pesar de los indios), a uno de los países escandinavos y a Inglaterra. Ninguno de esos países los quiso: en todos ellos, por aquellos años, había demasiados judíos («One is too many», decían por entonces los ministros de Canadá y de Suiza, y los demás países se comportaban exactamente igual que éstos, aunque sin proclamarlo).

Un año y medio antes de la subida de los nazis al poder en Alemania, mi abuelo sionista estaba tan ciego que, llevado por su amarga desesperación ante el antisemitismo lituano, pidió la ciudadanía alemana. Por suerte también ellos se negaron a aceptarlo. A lo largo y ancho de Europa eran muchos los que deseaban en esa época librarse de una vez de todos esos apasionados eurófilos, conocedores de muchas lenguas europeas, recitadores de sus poemas, creyentes en su superioridad moral, reverenciadores de su ballet y su ópera, amantes de su tradición, soñadores con su unidad transnacional y apasionados de sus modales, su forma de vestir y su carácter, amantes de Europa ilimitada e incondicionalmente durante decenas de años; desde el comienzo de «la época de la Ilustración» judía habían hecho todo lo humanamente posible por agradarla, por contribuir en todos los ámbitos y de todas las formas, por insertarse en ella, por horadar su fría hostilidad con sus apasionadas atenciones, por hacerse querer, ser aceptados, apreciados, formar parte de ella...

En 1933, por tanto, Shlomit y Alexander Klausner, los desengañados enamorados de Europa, con su hijo menor, Yehuda Arie, que había terminado su diplomatura en literatura polaca y universal, emigraron casi a la fuerza al Asia asiática, a la Jerusalén que añoraban los poemas sentimentales del abuelo desde que era joven.

Zarparon en el *Italia* desde Trieste hacia Haifa y, durante la travesía, se fotografiaron con el capitán, que se llamaba, eso ponía en el margen de la foto, Benyamino Umberto Steindler, ni más ni menos.

En el puerto de Haifa, según la leyenda familiar, les esperaba un médico con una bata blanca (o puede que fuera un enfermero), por orden del gobierno del Mandato Británico, que rociaba con una solución desinfectante las ropas de los que llegaban. Cuando le llegó el turno al abuelo Alexander, eso se contaba en casa, el abuelo se encolerizó, le quitó el fumigador al doctor y lo destrozó con violencia: le habría hecho lo mismo a cualquiera que se hubiese atrevido a comportarse con nosotros en nuestra patria como si aún estuviéramos en el extranjero. Durante dos mil años lo soportamos todo en silencio. Durante dos mil años fuimos como ovejas llevadas al matadero. Pero ahora de ningún modo íbamos a permitir que nuestra tierra fuera una nueva

diáspora. Nuestro honor no volvería a ser pisoteado.

El hijo mayor, David, se quedó en Vilna: allí, siendo aún muy joven, llegó a ser profesor en la universidad. Tenía presente la brillante carrera del tío Yosef, al igual que la tuvo mi padre durante toda su vida. Allí, en Vilna, el tío David se casó, y allí, en 1938, nació su hijo Daniel, a quien yo no he visto nunca: no he conseguido encontrar ni una fotografía suya. Sólo quedan unas pocas postales y cartas escritas en polaco por la tía Malka, Matzia, la mujer de David: «10 de febrero de 1939: La primera noche Danush ha estado durmiendo desde las nueve de la tarde hasta las seis de la mañana. Duerme muy bien por la noche. Durante el día está tumbado con los ojos abiertos moviendo todo el rato los brazos y las piernas. A veces también grita...».

El pequeño Daniel Klausner vivió menos de tres años. Pronto llegaron y le mataron para proteger a Europa de él, para prevenir «la pesadilla de que cientos y miles de chicas sean seducidas por repulsivos bastardos judíos, patizambos..., con alegría satánica en la cara acecha el joven judío de pelo negro a la chica..., a la que vuelve impura con su sangre..., el objetivo de los judíos es quebrar la unidad nacional... creando bastardos en otras naciones y degradando la raza de las [naciones] superiores... con la secreta finalidad... de acabar con la raza blanca..., si lleváramos a cinco mil judíos a Suecia, en poco tiempo ocuparían allí todos los puestos de relevancia..., el veneno mundial de todas las razas es el judaísmo internacional...»^[4].

Pero el tío David pensaba de otra forma: sentía desprecio y desdén hacia esa ideología repugnante aunque muy extendida, el ceremonioso antisemitismo de la Iglesia católica que resonaba en las bóvedas de piedra de las imponentes catedrales, el antisemitismo protestante frío y pernicioso, el racismo alemán, la violencia asesina austríaca, el odio polaco a los judíos, la crueldad lituana, húngara, francesa, la pasión ucraniana, rumana, rusa y croata por los pogromos, el aborrecimiento belga, holandés, británico, irlandés, escandinavo hacia los judíos. Todo eso no era para él más que restos oscuros de épocas salvajes e incultas, restos del ayer a los que les había llegado la hora de desaparecer.

El tío David se consideraba un hombre de su tiempo: un europeo arquetípico, multicultural, políglota, desenvuelto, capacitado, ilustrado, una persona ante todo moderna. Despreciaba los prejuicios y los odios étnicos oscurantistas, no se le pasaba por la cabeza doblegarse ante todos esos racistas descerebrados, ante los instigadores, los demagogos y los lóbregos antisemitas llenos de creencias banales, cuyas voces estridentes prometían «muerte a los judíos» y gritaban desde las paredes «judío, vete a Palestina!».

¿A Palestina? Por supuesto que no: un hombre como él no empujaría a su joven mujer y a su hijo recién nacido para huir del frente de batalla, escapar y esconderse de la violencia de la chusma agitada en una provincia desierta del Levante, donde algunos judíos desesperados se empeñaban en establecer un nacionalismo segregacionista y armado que, irónicamente, habían aprendido de sus peores enemigos.

No: el tío David sin duda se quedaría ahí, en Vilna, en su puesto, en una de las antiguas trincheras más importantes de la Ilustración europea, racional, de amplias miras, tolerante y liberal que entonces se defendía de las olas de barbarie que amenazaban con ahogarla. Permanecería ahí porque no podía hacer otra cosa.

Hasta el final.

Mi abuela lanzó a su alrededor una mirada de consternación y al instante soltó esa famosa frase que se convertiría en su eslogan durante los veinticinco años que vivió en Jerusalén: El Levante está lleno de microbios.

Y desde entonces el abuelo tenía que levantarse a las seis o seis y media de la mañana, darles con la raqueta unos golpes mortales a los colchones y la ropa de cama, ventilar cada día colchas y almohadas, rociar toda la casa con desinfectante, ayudarla a hervir constantemente verduras, frutas, ropa, toallas, cacharros. Cada dos o tres horas tenía que desinfectar con lejía el retrete y las pilas. Los desagües de las pilas estaban siempre tapados, y siempre había un poco de agua con lejía o lisol, como un foso alrededor de los muros de una fortaleza medieval. Ese foso estaba destinado a impedir el paso a cucarachas y otros bichos que día y noche entraban por las tuberías. Hasta los orificios de las pilas –esos pequeños agujeros que están casi en el borde para facilitar el desagüe en el caso de que se llenen demasiado– estaban obstruidos con tapones improvisados hechos de jabón, para que el astuto enemigo no penetrara a través de ellos. Las mosquiteras de las ventanas olían siempre a D.D.T. Toda la casa rezumaba continuamente desinfectante. Una densa nube de alcohol, jabón, cremas, cebos, insecticidas y polvos de talco flotaba durante todo el día en las habitaciones y puede que algo de eso emanara también de la piel de la abuela.

Y a pesar de todo, de vez en cuando, invitaban por la tarde a algunos escritores en ciernes, a dos o tres comerciantes cultos y algunos jóvenes investigadores muy prometedores. Se acabaron Bialik y Tchernijovsky, se acabaron las cenas festivas con muchos comensales. La pobreza, el poco espacio y las dificultades de la vida obligaron a la abuela a conformarse con unos pocos: Hana y Hayyim Toren, Ester e Israel Zarhi, Tzarta y Yacob-David Abramsky, y a veces también uno o dos de sus conocidos refugiados de Odesa o Vilna, el señor Scheindelvitiz de la calle Isaías, el señor Kazlaski, propietario de un comercio en la calle David Yalin, cuyos dos jóvenes hijos ya eran considerados reputados científicos y desempeñaban tareas secretas en la Haganá, o el matrimonio Bar-Yitzhar (Itzlevitiz) del barrio de Mekor Baruch, él era un buhonero de cara triste y ella hacía pelucas y corpiños por encargo, y ambos eran unos fanáticos revisionistas que odiaban al partido Mapai con toda su alma.

La abuela preparaba el convite como un brillante desfile militar en la mesa de la cocina y la encimera, enviaba continuamente al abuelo al frente cargado de bandejas, para ofrecer a los invitados sopa fría de remolacha con un iceberg de nata flotando encima, una fuente con clementinas frescas peladas, frutas de temporada, nueces, almendras y pasas e higos secos, y también cáscaras de naranja escarchadas, mermelada, compota y otras confituras, pasteles de

amapola y pasteles rellenos de mermelada, *strudel* de patata o un delicioso pastel de hojaldre.

Los contertulios hablaban de la actualidad y del futuro del pueblo y del mundo, criticaban al corrompido Mapai y a sus dirigentes, mediadores derrotistas sometidos a los corruptos gentiles. Por lo que respecta a los kibbutzim, les parecían peligrosas células bolcheviques, anarquistas nihilistas, libertinos y licenciosos que profanaban lo más sagrado de la nación, y también parásitos que engordaban a costa del erario público, saqueadores de los fondos nacionales: mucho de lo que algún día dirían sobre los kibbutzim sus adversarios de Hakeshet Hamizrajit lo sabían ya entonces, por aquellos años, los invitados del abuelo en Jerusalén. Esas conversaciones de sobremesa no parecían divertir a los contertulios, si no ¿por qué se apresuraban a callarse cuando me veían, o empezaban a hablar en ruso, o cerraban la puerta que separaba el comedor de mi fortaleza de maletas en el gabinete del abuelo?

Así era el pequeño piso de la calle Praga: había un salón, muy ruso, abigarrado, lleno de muebles macizos, atestado de objetos, efectos personales, maletas, un fuerte olor a pescado, zanahoria y pudín mezclado con olor a desinfectante y a lisol; alrededor de las paredes repletas había cómodas, taburetes, un armario negro imponente, una mesa de gruesas patas, un aparador lleno de adornos y recuerdos. Toda la habitación estaba saturada de tapetes de batista blancos, cortinas de encaje, cojines bordados, adornos y figuritas que abarrotaban cualquier superficie libre, incluso el alféizar de la ventana, como un cocodrilo de plata al que se le podía levantar la cola de escamas, meter una nuez entre sus mandíbulas, apretar y cascarla, y un pequeño caniche blanco a tamaño natural, muy bien hecho, con el hocico negro y unos tristes ojos de cristal, que estaba siempre tumbado con sumisión y abatimiento a los pies de la cama de la abuela, que nunca ladraba ni pedía permiso para salir por la puerta de la casa hacia los arrabales del Levante, de donde quién sabe lo que podría haber traído a la casa, insectos, chinches, pulgas, garrapatas, bacterias, piojos, sarna, bacilos y demás plagas.

Ese ser delicado, que se llamaba Stak, Stashek o Stashinka, era el más obediente y dócil de todos los perros del mundo, ya que estaba hecho de lana y relleno de ropa y calcetines viejos. Había acompañado fielmente a los Klausner en todos sus periplos, de Odesa a Vilna y de Vilna a Jerusalén. Por su salud, el pobre perro era obligado a tragarse cada dos o tres semanas unas fuertes bolas de naftalina. Cada mañana tenía que soportar con sumisión las descargas del fumigador del abuelo. De vez en cuando, en verano, lo sentaban en el alféizar de la ventana para ventilarlo, para que cogiera un poco de sol y algo de luz.

Stak se pasaba mucho tiempo tumbado en la ventana sin moverse, con los ojos de cristal negros y deprimidos acechando la calle con nostalgia infinita, su negro hocico bordado olfateaba en vano el olor de las perras de la callejuela, sus orejas de lana aguzadas al máximo para captar los ruidos del barrio, el lamento de un gato enamorado, el trino de los pájaros, chillonas reprimendas en yiddish, el grito del trapero que helaba la sangre, el ladrido de los perros libres más afortunados que él. Stak tenía la cabeza ligeramente inclinada, estaba pensativo y triste, su pequeña cola estaba metida con pena entre sus patas traseras, sus ojos eran trágicos. Nunca había ladrado a los viandantes, nunca había pedido auxilio a sus hermanos, los perros de la callejuela, nunca había aullado, pero su cara, apoyada así en la ventana, expresaba una tácita desesperación que partía el alma, una desesperación muda más incisiva que cualquier grito de auxilio, más

penetrante que los terribles aullidos.

Una mañana la abuela se levantó y, sin pensárselo dos veces, envolvió a su Stashinka en papel de periódico y lo tiró al cubo de la basura, porque de repente había sospechado que tenía polvo o moho. El abuelo seguro que lo sintió, pero no se atrevió ni a rechistar. Y yo no se lo perdoné.

Ese salón recargado, de color y hasta de olor marrón oscuro, era también el dormitorio de la abuela, y desde allí se pasaba al cuarto del abuelo, el gabinete, su celda monacal, con el duro sofá, las repisas de las mercancías, el montón de maletas, el estante de los libros y el pequeño escritorio siempre ordenado y cuidado como un desfile matutino de una compañía de radiantes húsares de los tiempos del emperador Francisco José.

Aquí, en Jerusalén, los dos subsistían gracias al exiguo comercio del abuelo: volvía a comprar aquí y a vender allá, se proveía en verano para vender en otoño, rondaba con su maleta de «muestras» las puertas de las tiendas de ropa de las calles Yafo, King George y Agripas, el callejón Lontz y Ben Yehuda. Una vez al mes solía ir a Jolón, a Ramat Gan, a Netania, a Petaj Tikva, a veces se alejaba hasta Haifa, allí trataba con fabricantes de toallas, regateaba con fabricantes de ropa interior y con importadores de prendas confeccionadas.

Cada mañana, antes de salir a hacer la ronda, el abuelo preparaba paquetes de ropa y telas para mandarlos por correo. A veces le daban, le quitaban y le volvían a dar un puesto de agente de ventas local en una firma mayorista de corte y confección o en un taller de impermeables. No le gustaba el comercio y nunca triunfó en él, a duras penas le quedaba algo para salir adelante y sacar adelante a la abuela, pero le gustaban muchos las largas rondas por las calles de Jerusalén, siempre elegante con su traje diplomático ruso, con el triángulo de su pañuelo blanco asomando por el bolsillo de la chaqueta y los gemelos de plata en los puños de la camisa, y le gustaba sentarse durante horas en los cafés, aparentemente por los negocios, pero sobre todo por las conversaciones, las discusiones, el té hirviendo y los periódicos y revistas que hojeaba. También le gustaba deleitarse en los restaurantes. Siempre se comportaba con los camareros como un señor estricto y exigente pero también comprensivo:

—Perdón. El té está frío. Le agradecería mucho que me trajese enseguida un té caliente: té caliente quiere decir que también las hierbas estén muy calientes. Muchas gracias.

Lo que más complacía al abuelo eran los largos viajes fuera de la ciudad y las reuniones de negocios en las ciudades costeras. Tenía una tarjeta de visita ostentosa, con el borde dorado y un anagrama en forma de rombos cruzados como un montón de pequeños diamantes. En la tarjeta ponía: «Alexander Z. Klausner, importador, encargado mercantil, agente general y representante mayorista, Jerusalén y alrededores». Entregaba su tarjeta y son reía justificándose, como un niño:

—¿Qué pasa? De algo hay que vivir.

Pero no atendía a los negocios sino a sus inocentes y secretos enamoramientos, a sus emociones, como un adolescente de setenta años, a sus nebulosos anhelos y a sus sueños: si hubiera podido vivir su vida de nuevo, según sus preferencias y su verdadera inclinación, seguro que habría elegido amar a las mujeres, ser amado, conocer bien sus corazones, divertirse con ellas en campamentos de verano en el seno de la naturaleza, navegar con ellas en un barco por lagos a los pies de montañas nevadas, escribir poemas ardientes, ser atractivo, tener el pelo rizado, ser delicado pero viril, ser amado por la multitud, ser Tchernijovsky. O Byron. O mejor aún, ser Zeev

Jabotinsky: un eminente poeta, un apuesto líder con una extraordinaria personalidad.

Durante toda su vida había anhelado un mundo de amor y generosidad. Ansiaba dignificar a las mujeres y recibir a cambio su admiración y su amor eterno (al parecer nunca distinguió entre amor y admiración: deseaba saciarse de ambas cosas al igual que disfrutaba dando ambas en abundancia a una u otra mujer, o a todo el género femenino).

A veces tiraba con desesperación de sus cadenas, mordía el freno con los dientes, se bebía en la soledad de su gabinete dos copas de coñac, y en las noches en blanco, unas noches especialmente amargas, se bebía un vaso de vodka y se fumaba con pena varios cigarrillos. A veces, cuando ya había anochecido, salía solo a dar vueltas por las calles vacías. No le resultaba fácil salir: la abuela tenía un sofisticado y sensible radar con el que nos controlaba a todos: en todo momento sentía la obligación de hacer el inventario, saber siempre con irritante precisión dónde estaba cada uno de nosotros, Lonía en su mesa de la Biblioteca Nacional en la cuarta planta del edificio Terra Sancta, Zisia en el café Atara, Fania en la biblioteca del Bne Brit, Amós jugando con su buen amigo Eliahu en casa del vecino, el arquitecto, el señor Fridman, en el primer edificio a la derecha. Sólo en un extremo del radar de la abuela, detrás de una galaxia extinguida, en el ángulo donde debían aparecer su hijo Ziuzia, Ziuzanka, con Malka y el pequeño Daniel, al que no había visto ni bañado nunca, tan sólo ahí se captaba día y noche un terrible agujero negro.

El abuelo paseaba una media hora por la calle de los Etiópes, con el sombrero puesto, escuchando el eco de sus pasos y respirando el aire seco de la noche, saturado de pinos y piedra. Cuando volvía se sentaba en su escritorio, bebía un poco, se fumaba un cigarro o dos y escribía en soledad un poema sentimental en ruso. Desde aquel día en que dio un vergonzoso paso en falso y se enamoró de otra en la cubierta de un barco de camino a Nueva York, y la abuela se vio obligada a arrastrarlo a la fuerza al matrimonio, no se le volvió a ocurrir rebelarse: estaba ante su mujer como un siervo ante su ama, y trabajaba para ella con humildad, veneración, respeto, entrega y paciencia infinita.

Ella le llamaba Zisia, y en los escasos momentos de profunda ternura, compasión y benevolencia le llamaba Zisel, entonces la cara del abuelo se iluminaba de pronto, como si se le hubieran abierto las puertas del séptimo cielo.

18

Fue longevo y vivió otros veinte años después de que la abuela Shlomit muriera en la bañera.

Durante unas semanas o unos meses siguió levantándose al despuntar el sol, arrastraba los colchones y las colchas hasta la barandilla de la terraza y allí les daba unos golpes tremendos para quitar los microbios y los demás parásitos que se habían colado por la noche en la cama. A lo mejor le resultaba difícil cambiar esa costumbre. A lo mejor honraba así el recuerdo de la difunta. A lo mejor expresaba así la nostalgia de su reina. O temía que se apareciera su espíritu amenazante con los batallones de la muerte si dejaba de hacer eso.

Tampoco dejó enseguida de desinfectar frenéticamente el inodoro y las pilas.

Pero poco a poco, cuando fueron pasando los días, las sonrientes mejillas del abuelo adquirieron un tono rosado que jamás habían tenido. Una constante alegría le cubrió. Es verdad que hasta el último día de su vida cuidó mucho la limpieza y el orden, era un hombre pulcro por naturaleza, pero la violencia se apaciguó: se acabaron los golpes resonantes de raqueta, se acabaron las ráfagas enfurecidas de lisol y lejía. Unos meses después de la muerte de la abuela comenzó a reverdecer la vida amorosa de mi abuelo, tempestuosa y espléndida. Y al mismo tiempo, eso creo, mi abuelo de setenta y siete años descubrió el placer del sexo.

Aún no se había quitado el polvo del entierro de la abuela de los zapatos cuando la casa se llenó de mujeres dispuestas a consolar, ayudar, repeler la soledad y ser comprensivas. No le dejaban solo ni un instante, le reconfortaban con guisos calientes, le reanimaban con pasteles de manzana, y a él, al parecer, le gustaba no permitirles que le dejaran solo: durante toda su vida había deseado a las mujeres, fueran cuales fueran. Deseaba a todas las mujeres, a las guapas y a las que tenían una belleza que los demás hombres no sabían apreciar: «Las señoras», algo así sentenció una vez mi abuelo, «son todas guapas. Todas sin excepción. Pero los hombres», sonrió, «están ciegos. ¡Completamente ciegos! Sólo se ven a sí mismos, ni siquiera a sí mismos. ¡Están ciegos!».

Con la muerte de la abuela, el abuelo redujo su actividad comercial. Aún hablaba de vez en cuando, resplandeciente de orgullo y satisfacción, de «un viaje de negocios muy importante a Tel Aviv, a la calle Grozenberg», o de «una reunión importantísima en Ramat Gan, con todos los directores de la firma». Aún le gustaba ofrecer a todo el que se encontraba en su camino su pomposa tarjeta de visita, «Alexander Z. Klausner, telas, ropa, confección, importador, representante comercial autorizado, agente general e intermediario», etcétera, etcétera. Pero,

desde entonces, la mayor parte del tiempo se ocupaba de sus asuntos del corazón: invitaba y era invitado a una taza de té, comía a la luz de una vela en un restaurante selecto pero no demasiado caro («¡con la señora Tzitrin, *ti durak*, con la señora Tzitrin, no con la señora Shaposnik!»).

Pasaba horas en su mesa de la discreta segunda planta del café Atara, en la calle Ben Yehuda, con un traje azul oscuro, una corbata de lunares, sonrosado, sonriente, pulcro, bien arreglado, oliendo a champú, talco y perfume, cautivador con su camisa blanca almidonada como una tabla, con su impecable pañuelo en el bolsillo de la chaqueta, con sus gemelos de plata en los puños, rodeado siempre de un séquito de mujeres bien conservadas de unos cincuenta o sesenta años: viudas con corsés apretados y medias de nailon con costura, divorciadas bien maquilladas, damas elegantes llenas de sortijas, pendientes y pulseras que se hacían la manicura, la pedicura, la permanente y se marcaban el cabello, matronas que hablaban un hebreo macarrónico con acento húngaro, polaco, rumano o balcánico. Al abuelo le gustaba su compañía y ellas se derretían con sus encantos: era un conversador fascinante y divertido, un *gentleman* del siglo XIX, les besaba la mano, se apresuraba a abrirles las puertas, ofrecía su brazo en las escaleras y en las cuestas, recordaba las fechas de los cumpleaños, enviaba ramos de flores y bombones, las escuchaba atentamente, elogiaba con sutileza el corte del vestido, el cambio de peinado, los elegantes zapatos o el nuevo bolso, bromeaba con ocurrencias y buen gusto, recitaba un poema en el momento preciso, conversaba con pasión y buen humor. Una vez abrí una puerta y vi a mi abuelo de noventa años arrodillado delante de la viuda morena, oronda y risueña de un notario. La señora me guiñó el ojo por encima de la cabeza de mi abuelo enamorado y sonrió enseñando las dos filas de dientes demasiado completas para ser auténticas. Me fui y cerré despacio la puerta, sin que el abuelo me viera.

¿Cuál era el secreto del atractivo viril del abuelo? Es posible que sólo lo empezara a comprender al cabo de los años. Tenía una cualidad muy rara en los hombres, posiblemente la cualidad más sexy para muchas mujeres: sabía escuchar.

No simplemente hacía que escuchaba, por educación, esperando con impaciencia a que terminaran y se callaran de una vez.

No interrumpía las frases de su interlocutora y las terminaba en su lugar llevado por la impaciencia.

No la interrumpía ni se inmiscuía en lo que estaba diciendo para concluir y pasar a otro tema.

No dejaba que ella le hablase al vacío mientras él preparaba su respuesta para cuando por fin terminase.

No fingía que le interesaba o disfrutaba sino que le interesaba y disfrutaba de verdad. En suma: era un curioso infatigable.

No era impaciente. No aspiraba a llevar la conversación de los insignificantes argumentos de ella a los importantes de él.

Todo lo contrario: le gustaban mucho esos argumentos. Le agradaba esperarla y, aunque se alargase, la esperaba y se deleitaba mientras tanto con sus rodeos.

No metía prisa. No apremiaba. Esperaba a que terminase e incluso cuando acababa no se precipitaba, sino que le gustaba seguir esperándola: a lo mejor tenía algo más que añadir. A lo mejor se le ocurría otra feliz idea.

Le gustaba dejar que ella le cogiese de la mano y, a su ritmo, le condujese a sus sitios favoritos. Le gustaba acompañarla como una flauta acompaña una melodía.

Le gustaba conocerla. Le gustaba comprender. Saber. Le gustaba llegar al fondo de su mente, e incluso más allá.

Le gustaba entregarse, deseaba entregarse más que deleitarse con la entrega de ella.

Nu, shto: ellas hablaban y hablaban con él hasta que no podían más, hablaban incluso de las cosas más íntimas, secretas y sensibles, y él escuchaba con sutileza, con ternura, con empatía e indulgencia.

No, no con indulgencia sino con placer y sentimiento.

Hay un montón de hombres a los que les gusta muchísimo el sexo, incondicionalmente, pero odian a las mujeres.

A mi abuelo, eso creo, le gustaban ambas cosas.

Y con delicadeza: sin echar cuentas, sin pedir nada a cambio. Nunca apremiaba. Le gustaba zarpar y no apresurarse a echar el ancla.

Tuvo muchos romances en sus veinte años de luna de miel después de la muerte de la abuela, desde los setenta y siete hasta el final de su vida. A veces se iba con su amada de turno a pasar dos o tres días en un hotel de Tiberiades, en una pensión de Hadera o en un «centro de veraneo» junto a la playa de Netania (con la palabra «centro de veraneo», el abuelo estaba traduciendo al parecer un concepto ruso con sabor chejoviano, las *dacas* de la costa en la península de Crimea). Dos o tres veces le vi paseando por la calle Agripas o la calle Betzalel con una señora del brazo y no me acerqué a ellos. No se esforzaba en ocultarnos sus amores pero tampoco se jactaba de ellos. Nunca trajo a sus amigas a casa ni nos las presentó, y casi no hablaba de ellas. Pero a veces nos parecía enamorado como un adolescente, con la cabeza ida, los ojos velados, un ensimismamiento plácido, una sonrisa distraída vagando por sus labios. Y a veces estaba decaído, su cara perdía el infantil color sonrosado como un sol nublado en otoño, se quedaba en su habitación planchando con rabia una camisa tras otra, el abuelo tenía la costumbre de planchar la ropa interior y rociarla con perfume de un frasco que tenía un pequeño pulverizador, y a veces, mientras tanto, se decía a sí mismo cosas severas e indulgentes en ruso o tarareaba una triste melodía ucraniana, y así podíamos deducir que se le había cerrado alguna puerta o que, por el contrario, también en esa ocasión, como en el maravilloso viaje a Nueva York cuando era novio de la abuela, volvía a estar envuelto hasta la desesperación en las penas de dos amores simultáneos.

En una ocasión, cuando tenía ya unos ochenta y nueve años, nos dijo que tenía intención de emprender «un viaje importante» de un día o dos, y que no nos preocupásemos por él en absoluto. Pero, cuando al cabo de una semana vimos que no volvía, empezamos a inquietarnos: ¿Dónde estaría? ¿Por qué no llamaba por teléfono? ¿Y si le había pasado algo? Una persona tan mayor...

Dudamos mucho: ¿Debíamos llamar a la policía? Si estaba enfermo en algún hospital, o le había ocurrido alguna desgracia, jamás nos perdonaríamos no haberle buscado. Pero, por otra parte, si avisábamos a la policía y resultaba que volvía sano y salvo, ¿cómo soportaríamos su estallido de ira? Después de un día entero dudando decidimos que, si el abuelo no había vuelto el viernes al mediodía, tendríamos que llamar a la policía. No quedaba más remedio.

Apareció el viernes al mediodía, una media hora antes de que expirase el ultimátum, satisfecho, alegre, divertido y contento como un niño.

–Abuelo, ¿dónde te habías metido?

–¿Qué pasa?, he estado viajando un poco.

–¿No dijiste que volverías en dos o tres días?

–Y qué si lo dije. Bueno, he estado con la señora Hershkovitz, nos lo hemos pasado muy bien. No nos hemos dado cuenta de lo deprisa que pasaba el tiempo.

–¿Y adónde habéis ido?

–Ya lo he dicho: a divertirnos. Encontramos una pensión tranquila. Una pensión muy civilizada. Una pensión como las de Suiza.

–¿Una pensión? ¿Dónde?

–En un monte de Ramat Gan.

–¿No has podido al menos llamarnos por teléfono para que no nos preocupásemos?

–No había teléfono en la habitación. ¿Qué pasa?, ¡era una pensión extraordinariamente civilizada!

–¿Pero no has podido llamarnos desde una cabina? ¿No te di yo mismo fichas?

–Fichas, fichas. *Nu, shto takoyeh*, ¿qué fichas?

–Fichas para las cabinas de teléfono.

–Ah, tus *gettoni*. Aquí están. Vamos, cógelos, sanguijuela, cógelos y coge también los agujeros que tienen en el centro, cógelos, cógelos, pero cuéntalos bien. Nunca cojas nada de nadie sin antes contarle como es debido.

–¿Por qué no los has utilizado?

–¿Los *gettoni*? *Gettoni!* No confío en ellos.

Y cuando tenía unos noventa y tres años, unos tres años después de la muerte de mi padre, el abuelo decidió que había llegado el momento, que yo ya era lo suficientemente mayor como para tener conmigo una conversación de hombre a hombre. Me pidió que fuera a su gabinete, cerró las ventanas, cerró la puerta con llave, se sentó con aire ceremonioso y formal detrás de su escritorio, me indicó que me sentara al otro lado, enfrente de él, no me llamó sanguijuela, cruzó las piernas, apoyó la barbilla en la mano, reflexionó y dijo:

–Ha llegado el momento de que hablemos de las mujeres.

Y enseguida se explicó:

–Bueno, de la mujer en general.

(Yo tenía unos treinta y seis años, llevaba quince casado y era padre de dos hijas adolescentes).

El abuelo suspiró, tosió tapándose la boca, se estiró la corbata, carraspeó y dijo:

–Bueno, las mujeres siempre me han interesado. Siempre quiere decir siempre. Y no lo interpretes mal. Lo que estoy diciendo es algo completamente distinto, bueno, sólo estoy diciendo que siempre me han interesado las mujeres. No, no la cuestión femenina. Las mujeres como personas.

Entonces se rió y se corrigió:

–Bueno, me han interesado en todos los sentidos. Me he pasado toda mi vida mirando a las mujeres, incluso cuando no era más que un niño, no, no, nunca he mirado a las mujeres como un baboso, no, siempre las he mirado con respeto. Mirar y aprender. Bueno, esto es lo que he

aprendido, esto es lo que ahora quiero enseñarte a ti también. Ahora, por favor, presta mucha atención.

Entonces dejó de hablar y miró a un lado y a otro, como volviendo a comprobar que estábamos completamente solos en la habitación, sin ningún extraño que pudiera escuchar.

–Las mujeres –dijo el abuelo–, bueno, en algunos sentidos son exactamente igual que nosotros. Exactamente igual. Del todo. Pero en otros sentidos –dijo– las mujeres son completamente distintas. Muy, muy diferentes.

En ese punto dejó de hablar y volvió a reflexionar sobre eso, tal vez se le vinieron a la memoria algunas imágenes, su rostro se iluminó con una sonrisa infantil, y concluyó así su enseñanza:

–¿Pero en qué sentido las mujeres son exactamente igual que nosotros y en qué sentido son muy, muy diferentes? Bueno, en eso –concluyó levantándose de su asiento–, en eso aún estoy trabajando.

Tenía noventa y tres años, y quizás siguió «trabajando» en esa cuestión hasta el fin de sus días. También yo sigo trabajando en ello.

El abuelo Alexander tenía un hebreo propio, un hebreo personal, no permitía que le corrigieran y no quería que le hicieran ninguna observación: al barbero, *sapar*, se empeñaba en llamarle marinero, *sapan*, y a la barbería, *misparah*, astillero, *mispanah*. Una vez al mes, regularmente, se dirigía al astillero de los hermanos Ben Yakar, se sentaba en el puesto de mando y le daba al marinero órdenes concretas y estrictas. A veces también me reñía: «¡Ve al marinero de una vez! ¡Mira qué pinta tienes! ¡Pareces un pirata!». A los anaqueles los llamaba «aquenales», aunque un anaquel en singular podía seguir siendo un anaquel. Yo era o *haroshi maltzik* o *ti durak*, a la ciudad portuaria de Hamburgo la llamaba Gamburgo, a la pregunta «abuelo, ¿qué tal has dormido?» contestaba siempre y sin excepción, «¡perfectamente!», y como no estaba muy seguro del hebreo añadía bromeando: *Harasho! Otzen harasho!* Al samovar lo llamaba *tzainik*, al gobierno, *partatz*, al pueblo, *oilem goilem*, y al partido en el gobierno, el Mapai, lo llamaba a veces con desprecio *gestank*.

Y una vez, unos dos años antes de su fallecimiento, me habló de su muerte:

–Si muere en el campo de batalla un soldado joven, un chico de diecinueve, de veinte años, es una desgracia terrible, pero no una tragedia. Morir a mi edad es una tragedia. Una persona como yo de noventa y cinco años, casi cien, se ha levantado durante mucho tiempo todos los días a las cinco, ha tomado una *douche* fría cada mañana desde hace casi cien años, incluso en Rusia, incluso en Vilna, lleva cien años comiendo cada mañana su rebanada de pan con arenque, tomando una taza de *chai* y saliendo todas las mañanas a pasear durante media hora, sea verano o invierno, ¡es por la *mozion!* ¡Es muy bueno para la circulación! Y nada más volver, todos los días lee el periódico mientras se toma otra taza de *chai*, bueno, en resumen, a ese chico de diecinueve años, si por desgracia muere, no le ha dado tiempo a tener hábitos fijos: ¿cómo habría podido? Pero a mi edad ya es muy difícil dejarlos, muy, muy difícil: pues caminar por la calle cada mañana es para mí un viejo hábito. Y una *douche* fría también es un hábito. También vivir es para mí ya un hábito, en suma, después de cien años, ¿quién puede de repente cambiar todos sus hábitos? No levantarse más a las cinco de la madrugada, no más *douche* ni pan con arenque. No más

periódicos, paseos ni tazas de *chai* calientes. ¡Una tragedia!

19

En 1845 llegaron a Jerusalén, que estaba bajo el poder de los turcos otomanos, el cónsul británico James Finn y su compañera Elisabet Anne. Los dos sabían hebreo y el cónsul había escrito incluso sobre la historia del pueblo judío, con el que había simpatizado durante toda la vida. Formaba parte de la Asociación londinense de difusión del cristianismo entre los judíos, pero por lo que se sabe no se dedicaba en Jerusalén a una actividad misionera directa. El cónsul Finn y su compañera creían con fervor que la vuelta del pueblo judío a su patria anticiparía la redención del mundo. Muchas veces el cónsul defendió a los judíos de Jerusalén ante la conspiración de los gobernantes turcos. Así mismo, James Finn creía en la necesidad de iniciar «la productividad del pueblo judío» y les ayudó a prepararse para las tareas de construcción y a acostumbrarse al trabajo de la tierra. Para ello, en 1853 el cónsul adquirió, por 250 libras esterlinas, una colina pedregosa y desierta a unos cuantos kilómetros de la Jerusalén habitada intramuros, al noroeste de la Ciudad Vieja, un terreno deshabitado y sin cultivar que los árabes llamaban Kerem al-Jalil. James Finn tradujo el nombre al hebreo, Kerem Abraham, allí levantó su casa y la empresa Colonia Industrial, destinada a dar a los judíos pobres puestos de trabajo y a posibilitarles una vida productiva gracias a la artesanía y la agricultura. La finca ocupaba unos cuarenta *dunam* (que son unos diez acres). James y Elisabet Anne Finn levantaron su casa en la cima de la colina, y alrededor extendieron la explotación agrícola y construyeron los edificios destinados a la actividad artesanal. Las gruesas paredes de la casa de dos plantas eran de piedra tallada, con techos de estilo oriental, en forma de bóvedas de crucería. Detrás de la casa, en el patio rodeado por un muro, excavaron pozos de agua y edificaron establos, un corral, un granero, almacenes, una bodega, un lagar y una almazara.

Unos doscientos judíos fueron empleados en la Colonia Industrial de la hacienda de Finn, encargados de desempedrar, vallar, plantar huertos, cultivar frutas y verduras, abrir una pequeña cantera y trabajos relacionados con la construcción. Con los años, tras la muerte del cónsul, su viuda fundó una fábrica de jabón y en ella trabajaron también obreros judíos. Muy cerca de Kerem Abraham, y casi por los mismos años, el misionero alemán Johan Ludwig Schneller, originario de Herping, en Wuttemberg, fundó una escuela para huérfanos árabes cristianos, refugiados de guerra y supervivientes de la matanza de cristianos en el Líbano. Era un gran terreno rodeado de muros de piedra. El orfanato sirio Schneller, al igual que la Colonia Industrial del cónsul y la cónsul Finn, se basaban en el deseo de procurar educación para una vida productiva artesanal y agrícola^[5]. Finn y Schneller, cada uno a su modo, eran cristianos devotos conmovidos por la pobreza, el sufrimiento y el atraso de los judíos y los árabes en Tierra Santa. Los dos pensaban

que la preparación de los habitantes para una vida productiva, en la artesanía, la construcción y la agricultura, salvaría a «Oriente» de las garras del deterioro, la desesperación, la debilidad y la apatía. Tal vez esperaran también, cada uno a su modo, que su altruismo mostrara a judíos y musulmanes el camino hacia el seno del cristianismo.

Al pie de la hacienda Finn se fundó en 1920 el barrio de Kerem Abraham, cuyas pequeñas casas, pegadas unas a otras, fueron construidas entre la vegetación y los huertos de la hacienda y fueron comiendo progresivamente el terreno. La casa del cónsul, por su parte, tras la muerte de la viuda, Elisabet Anne Finn, sufrió muchas transformaciones: primero se convirtió en una institución británica para jóvenes delincuentes, después fue un área gubernamental del gobierno inglés, y después una comandancia militar.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, el patio de la casa Finn fue cercado por una alta alambrada y oficiales italianos, prisioneros de guerra, fueron encarcelados en el edificio y en el patio de alrededor. Nosotros nos colábamos allí al atardecer para provocar a los prisioneros y burlarnos de ellos con muecas y gestos: *Bambino! Bambino! Buongiorno, bambino!*, nos gritaban los italianos con alegría, y nosotros les contestábamos: *Bambino! Bambino! Il duce morte! Finito il duce!* A veces les gritábamos: «¡Viva Pinocho!», y a través de las vallas y a través de los abismos de la lengua extranjera, la guerra y el fascismo, volvía siempre a nosotros, como la segunda parte de una antigua consigna, el grito: «¡Geppetto! ¡Geppetto! ¡Viva Geppetto!».

A cambio de los caramelos, los cacahuets, las naranjas y las galletas que les arrojábamos por encima de la alambrada, como a los monos en el zoológico, algunos nos daban sellos italianos o nos enseñaban de lejos fotografías familiares con mujeres sonrientes y niños muy pequeños momificados dentro de trajes, niños con corbata, niños con chaqueta, niños de nuestra edad con el pelo moreno bien peinado y con un flequillo resplandeciente de tanta brillantina que llevaban.

Un prisionero me enseñó una vez, desde detrás de la alambrada, a cambio de un chicle envuelto en papel amarillo, una foto de una mujer gorda desnuda, sin nada de ropa salvo unas medias de nailon y un ligero. Estuve un rato mirándola sin moverme, como alcanzado por un rayo, con los ojos como platos, mudo de espanto, como si en Yom Kippur, en la sinagoga, de repente alguien se levantara y gritara el Nombre Inefable, y al rato me di la vuelta y huí de allí corriendo como un loco, consternado, afectado, acongojado. Tenía cinco o seis años y salí corriendo como perseguido por los lobos, corrí sin parar y no pude escapar de aquella imagen hasta los once años y medio más o menos.

Tras la creación del Estado, la casa del cónsul se utilizó como puesto de la guardia nacional, de la guardia de fronteras y protección civil; también fue academia militar, hasta que se convirtió en una institución educativa para chicas ultraortodoxas llamada Casa de Bendición. Con frecuencia doy una vuelta por Kerem Abraham, desde la calle Gueulá, que ha pasado a ser la calle Malke Israel, me dirijo a la calle Malaquías, giro a la izquierda hacia la calle Zacarías, deambulo un poco por la calle Amós, subo por la calle Abdías hasta llegar a la entrada de la casa del cónsul Finn, y entonces me detengo unos minutos junto a la puerta. El viejo edificio se ha encogido con los años, como si de un mazazo le hubieran aplastado la cabeza entre los hombros, como si se hubiera convertido al judaísmo. Los árboles y las plantas han sido arrancados y el patio asfaltado. Pinocho y Geppetto se han desvanecido. También la academia militar parece no haber existido.

Restos de una cabaña derruida de la fiesta de Sukkot se amontonan en el patio delantero. Dos o tres mujeres con cofias y hábitos oscuros están a veces junto a la puerta: se callan cuando las miro. No me devuelven la mirada. Murmuran cuando me alejo.

Al llegar a Palestina, en 1933, mi padre se matriculó para obtener la licenciatura en la Universidad Hebrea de Har Hatzofim en Jerusalén. Al principio vivió con sus padres en un pequeño piso alquilado del barrio de Kerem Abraham, en la calle Amós, a unos doscientos metros al este de la casa del cónsul Finn. Después sus padres se mudaron a otro piso. Al piso de la calle Amós se trasladó el matrimonio Zarhi, pero en la habitación a la que se entraba por la terraza siguió viviendo de alquiler el joven estudiante en el que sus padres tenían puestas grandes esperanzas.

Kerem Abraham era aún un barrio nuevo, la mayoría de las calles no estaban pavimentadas, y el viñedo, el *kerem*, que le dio el nombre todavía brotaba en algunos patios de los nuevos edificios: parras y granados, higueras y moreras cuyas copas susurraban a cada ráfaga de viento. A comienzos del verano, si se abrían las ventanas, el olor de la floración llenaba las pequeñas habitaciones. Por encima de los tejados y al final de las calles polvorientas se veían las montañas que rodean Jerusalén.

Uno tras otro se fueron construyendo edificios de piedra cuadrangulares, sencillos, de dos o tres plantas divididas en un montón de pisos agobiantes con dos habitaciones diminutas. Los patios y las barandillas de los balcones tenían verjas de hierro que se oxidaban enseguida. En las puertas de las casas soldaron estrellas de David o la palabra «Sión». Poco a poco los cipreses y los pinos aplastaron a los granados y las parras. Por algunos sitios florecían granados silvestres, pero los niños los destrozaban antes de que el fruto madurara. Entre los árboles descuidados y las manchas de piedra de los patios a veces plantaban adelfas o geranios. Pero rápidamente esos arriates caían en el olvido: se ponían tendedores encima de ellos y eran pisoteados o se llenaban de cardos y cristales rotos. Si no morían de sed, las adelfas y los geranios crecían salvajes como la maleza. Se construyeron muchos trasteros en los patios, barracones con techumbre de latón, cabañas inestables hechas con las tablas de los baúles en los que los habitantes habían traído sus cosas, como si quisieran construir aquí una copia de sus pueblos de Polonia, Ucrania, Hungría o Lituania.

Algunos ataban una lata de aceitunas vacía a un palo, levantaban un palomar y esperaban a que fueran las palomas hasta que desistían. A veces alguien intentaba criar en su patio algunas aves, otro se esforzaba por cultivar un pequeño huerto de rábanos, cebollas, coles, perejil. Casi todos deseaban marcharse a lugares más civilizados, a Rehavia, a Kiriat Shmuel, a Talpiot o a Bet Hakerem. Todos procuraban creer que los malos tiempos pasarían, que el Estado hebreo se fundaría pronto y todo mejoraría: el vaso del dolor ya estaba lleno. Shneur Zalman Rubashov, que después pasó a llamarse Zalman Shazar y fue elegido presidente del Estado, escribió en esa época en un periódico: «Cuando por fin se funde el Estado hebreo libre, nada será igual que antes. Ni siquiera el amor volverá a ser igual que antes».

Y mientras tanto, en Kerem Abraham nacieron los primeros niños y casi era imposible explicarles de dónde habían venido sus padres, por qué habían venido y qué era lo que todos esperaban al llegar. En Kerem Abraham vivían modestos funcionarios de la Agencia Nacional

Judía, maestros, enfermeras, escritores, conductores, oficinistas, revolucionarios, traductores, dependientes, filósofos, bibliotecarios, cajeros de banco, taquilleros de cine, ideólogos, propietarios de tiendas pequeñas, ancianos sin hijos que vivían de sus escasos ahorros. A las ocho de la tarde se cerraban los balcones, las puertas de las casas y las persianas y sólo la farola de la calle proyectaba para sí misma un charco amarillo y desolado en la esquina de la calle vacía. Por las noches se podía oír el penetrante reclamo de las aves nocturnas, el ladrido de los perros lejanos, algunos disparos esporádicos, el viento en las copas de los árboles del huerto: porque al caer la noche Kerem Abraham volvía a ser un viñedo. En todos los patios sonaban las hojas de las higueras, los fresones y los olivos, de los manzanos, las parras y los granados. Los muros de piedra recibían la luz de la luna y la devolvían a los árboles traducida a un blanco pálido, espectral.

La calle Amós aparecía en dos o tres fotos del álbum de mi padre como un boceto inacabado de calle: edificios cuadrados de piedra tallada con persianas de hierro y rejas de hierro en los balcones. En el alféizar de algunas ventanas había macetas con geranios pálidos entre un montón de frascos cerrados donde se conservaban pepinillos o pimientos en agua, ajo e hinojo. En el centro, entre los edificios, aún no había una calle sino una especie de solar provisional, un camino polvoriento con materiales de construcción, grava, bloques de piedra semitallada, sacos de cemento, bidones, baldosas, montones de arena, bobinas de alambre de espino, un cúmulo de andamios de madera desmontados. Entre esa mezcla de materiales de construcción aún crecía algún arbusto espinoso cubierto de polvo blanquecino. En el suelo, en medio del camino, había canteros descalzos, con el torso desnudo, con pañuelos cubriéndoles la cabeza y pantalones anchos; el ruido de los martillos golpeando los escarpelos y haciendo incisiones en la piedra llenaba el barrio entero como un tambor que acompaña una melodía extraña, repetitiva y atonal. De vez en cuando se oían al fondo de la calle agudos gritos de aviso, «¡Vaaa! ¡Vaaa!», y después el mundo era desgarrado por el ruido de las rocas al estallar.

En otra fotografía, más ceremoniosa, como si estuviera hecha antes de una fiesta, aparecía justo en medio de la calle Amós, en medio de esa caótica construcción, un automóvil negro y rectangular como un ataúd. ¿Un taxi o un coche privado? Por la foto no se sabe. Es un automóvil reluciente de los años veinte, los neumáticos son estrechos como los de una motocicleta y las ruedas están llenas de radios metálicos, en el capó cuadrado hay una barra de níquel plateado en relieve. A un lado del capó se ven las ranuras para la ventilación, como persianas, y justo en el morro del automóvil sobresale como una pequeña verruga el brillante tapón de níquel del radiador. Dos faros redondos cuelgan de una especie de percha plateada, y también los propios faros son plateados y brillan con el sol.

Junto a ese automóvil aparece fotografiado el agente comercial Alexander Klausner, va de punta en blanco con un traje color crema, corbata y un sombrero Panamá de rejilla, recuerda un poco al actor Errol Flynn en una película sobre aristócratas europeos en el África ecuatorial o en Birmania. A su lado, más robusta, más alta y ancha que él, está su elegante esposa Shlomit, su prima y señora, una gran dama resplandeciente como un buque de guerra, con un vestido veraniego de manga corta, un collar de perlas, un sombrero Fedora con una redecilla cubriéndole el rostro, como si fuera un velo semitransparente, y que le cruza sin ningún sentido el cuidadoso peinado;

lleva también un paraguas o una hermosa sombrilla que ella llama parasol. Su hijo Lonia, Lionitzka, está al lado de los dos como un novio el día de su boda. Resulta algo cómico, con la boca medio abierta, las gafas redondas en la punta de la nariz, los hombros caídos hacia delante, completamente embutido y comprimido dentro de un traje estrecho y un sombrero negro y rígido. El sombrero parece estar incrustado en su cabeza: le llega hasta la mitad de la frente, como una cacerola al revés, y da la impresión de que sólo las orejas, demasiado grandes, impiden que ese sombrero se deslice hasta el mentón y se trague todo la cabeza.

¿Cuál sería el acontecimiento por el que los tres se engalanaron así y por el que pidieron un taxi especial o fueron recogidos en un automóvil privado? No se sabe. Por las otras fotos pegadas en la misma hoja del álbum, la fecha debía de ser 1934, un año después de su llegada, cuando los tres aún vivían en el piso de los Zarhi en la calle Amós. Puedo leer sin ninguna dificultad la matrícula del coche, pues se distingue bien en la foto: M-1651. Mi padre tenía entonces veinticuatro años, pero en esa fotografía parece un chico de quince que se ha disfrazado de señor respetable de mediana edad.

Al llegar de Vilna, los tres Klausner vivieron cerca de un año en un piso de dos habitaciones y media de la calle Amós. Al cabo de un año, los abuelos encontraron cerca de allí un apartamento en alquiler con una habitación y un cuarto que le servía al abuelo de «gabinete» y de refugio ante las tormentas de furia de su mujer y la flameante espada higiénica de su guerra contra los microbios. El apartamento estaba en la calle Praga, entre la calle Isaías y la calle Chanselor, llamada también calle Strauss.

La habitación de la entrada del piso de la calle Amós se convirtió entonces en la habitación de estudiante de mi padre: ahí puso su primera estantería con los libros que había traído de su época de estudiante en la Universidad de Vilna, y la vieja mesa de contrachapado de finas patas que hacía de escritorio, ahí colgó su ropa en un cajón alargado tapado con una cortina que hacía de armario. Ahí invitaba a sus compañeros y amigos a eruditas conversaciones sobre el sentido de la vida, sobre literatura y política internacional y local.

En otra foto mi padre me mira. Está sentado detrás del escritorio, satisfecho, delgado, joven y tenso, peinado hacia atrás, con unas gafas redondas y serias, de montura negra, y una camisa blanca de manga larga. Está sentado cómodamente, en diagonal, con las piernas cruzadas y de espaldas a la ventana, que tiene una de las hojas abierta hacia dentro, pero con la persiana metálica bajada, sólo unos finos dedos de luz penetran a través de las ranuras. En la foto mi padre está inmerso en el estudio de un grueso libro que tiene levantado delante de los ojos. Sobre el escritorio hay otro libro abierto y también un objeto que parece un despertador, está de espaldas al objetivo, es un despertador de latón con unas pequeñas patas torcidas. A la izquierda de mi padre hay una pequeña estantería repleta de libros, a uno de los estantes le ha crecido una especie de panza hacia abajo debido al peso de los gruesos volúmenes que tiene que soportar, deben de ser libros en idiomas extranjeros que llegaron desde Vilna y parece que, por la falta de espacio y el calor, no están cómodos.

En la pared, encima de la estantería, hay una foto enmarcada del tío Yosef con aire autoritario, imponente, casi profético con su perilla blanca acabada en punta, con su pelo ralo, parece estar mirando desde arriba a mi padre sin quitarle ojo para que no descuide sus estudios, para que no se

deje seducir por los dudosos placeres de la vida de estudiante, no olvide la posición histórica del pueblo ni la esperanza de las generaciones, y no se pierda en los pequeños detalles que, a fin de cuentas, conforman el cuadro completo.

Debajo del tío Yosef, colgada de un clavo, hay una hucha del Fondo Nacional con una gran estrella de David. Mi padre parece tranquilo y contento, pero también serio y aplicado como un asceta: todo el peso del libro abierto recae sobre su mano izquierda, mientras que la derecha sujeta las páginas de la derecha, las páginas que ya ha leído, por lo que se puede deducir que está leyendo un libro en hebreo, cuyas páginas se pasan de derecha a izquierda. Y en el lugar donde su mano sale de la manga de su camisa blanca, distingo el vello negro y poblado que le cubría el brazo desde el codo hasta la muñeca.

En esta fotografía mi padre parece un chico que conoce sus obligaciones y tiene intención de cumplirlas. Está decidido a seguir el camino de su gran tío y de su hermano mayor. Allí, tras la persiana bajada de su habitación, los obreros están haciendo una zanja en el camino para instalar tuberías. En algún sótano de uno de los viejos edificios judíos de las callejuelas tortuosas de Shaare Jesed o de Najalat Shivá se están entrenando en secreto los chicos de la Haganá de Jerusalén, desmontando y montando otra vez una Parabellum obsoleta. Por las sinuosas carreteras de montaña, entre pueblos árabes intrigantes, los conductores de Egued y Tnuva conducen sus vehículos con las manos curtidas firmes sobre el volante. Por los wadis que descienden hasta el desierto pasan en silencio, con pantalones cortos color caqui, con calcetines caqui, con bagaje y kefiyas árabes, los jóvenes patrulleros hebreos que han aprendido a reconocer con los pies los secretos senderos de la patria. En Galilea y en los valles, en la vega de Bet Shean y en el valle de Yizrael, en Sharón y en Emek Jefe, en la llanura de Judea, en el Néguev y en las estepas del mar Muerto, pioneras y pioneros trabajan la tierra, musculosos, taciturnos, bronceados y curtidos por el sol. Mientras él, el estudiante serio y profundo de Vilna, labra su propio surco: algún día él también será profesor en la Universidad de Har Hatzofim, abrirá amplios horizontes de erudición y sabiduría, secará los pantanos de la diáspora de los corazones: al igual que los pioneros de Galilea y del valle de Yizrael hacen florecer el desierto, también él participará con todas sus fuerzas, con entusiasmo y entrega, en la labor de arar los surcos del espíritu y hacer florecer la nueva cultura hebrea. Decididamente.

20

Yehuda Arie Klausner iba cada mañana en el autobús número 9 desde la parada de la calle Gueulá, pasando por el barrio de los bújaros, el Profeta Samuel, Simón el Justo, la Colonia americana y el barrio de Sheij Jarrah, hasta la Universidad de Har Hatzofim, donde estaba haciendo la licenciatura: historia con el profesor Richard Mikael Kavner, quien nunca había conseguido aprender hebreo, filología semítica con el profesor Hayyim Jakob Polotzky, Biblia con el profesor Umberto Moshé David Cassuto y literatura hebrea con el tío Yosef, el profesor Yosef Klausner, el artífice de la frase «Judaísmo y Humanismo».

Es verdad que el tío Yosef cuidó de cerca a mi padre, que era uno de sus mejores alumnos, pero llegado el momento no lo nombró profesor ayudante para que no lo calumniaran las malas lenguas. Era muy importante para el profesor Klausner evitar que su nombre y su integridad se pusieran en tela de juicio y, tal vez por eso, sin mostrar integridad alguna, llegó a discriminar a su sobrino, que era sangre de su sangre.

En uno de sus libros, el tío Yosef, que no tenía hijos, escribió la siguiente dedicatoria: «A mi sobrino Yehuda Arie, tan querido para mí como un hijo, de su tío Yosef que tanto le quiere». Un día mi padre bromeó en tono triste: «Si no fuera su pariente, si me quisiera un poco menos, quién sabe, tal vez ya sería también profesor del departamento de Literatura y no bibliotecario».

Eso fue siempre como una herida abierta en el alma de mi padre, que de verdad podía haber sido profesor como su tío y como su hermano David, que enseñó literatura en Vilna. Mi padre era extraordinariamente culto, un genio, y tenía una memoria formidable, era experto en literatura universal y en literatura hebrea, estaba familiarizado con muchísimos idiomas, conocía perfectamente la Tosefta, los Midrashim y la poesía de Sefarad, también a Homero, Ovidio, Utnapishtim, Shakespeare, Goethe y Mickiewicz como autodidacta, era tenaz y perseverante como una abeja obrera en una colmena, recto y preciso como una regla, un maestro de gran talento que explicaba de maravilla, con sencillez y precisión, el nomadismo de los pueblos, el «crimen y el castigo», el funcionamiento de un submarino o los órdenes del sistema solar. Y jamás consiguió ponerse al frente de una clase ni formar alumnos, y acabó sus días como bibliotecario y bibliógrafo, escribió tres o cuatro ensayos y colaboró en la Enciclopedia Judaica con algunas voces eruditas, casi todas del ámbito de la literatura comparada y la literatura polaca.

En 1936 encontró un modesto puesto en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, donde estuvo trabajando unos veinte años, primero en Har Hatzofim y después en el edificio Terra Sancta, al principio como ayudante de bibliotecario y al final como mano derecha del director del departamento, el señor Feferman. En una Jerusalén llena de refugiados de Polonia y Rusia y de

quienes habían escapado de Hitler, entre ellos ilustres figuras de famosas universidades, por aquel tiempo había muchos más profesores que alumnos, muchos más investigadores y eruditos que estudiantes.

A finales de los años cincuenta, después de que su tesis doctoral fuera aprobada con mención de honor en la Universidad de Londres, mi padre intentó en vano encontrar un modesto sustento, aunque fuera como profesor contratado, en el departamento de Literatura de la universidad: el profesor Klausner, en su momento, tuvo miedo de lo que se comentaría si contrataba a su sobrino. Después de Klausner llegó el profesor y poeta Simon Halkin, que quería pasar página en el departamento de Literatura y alejarse de una vez por todas de la herencia de Klausner, de los métodos de Klausner, de la estela de Klausner, y por supuesto no quiso al sobrino de Klausner. Mi padre probó suerte a comienzos de los años sesenta en la nueva Universidad de Tel Aviv, pero tampoco allí se le abrieron las puertas.

El último año de su vida aún luchó por un puesto de profesor de literatura en un instituto que se iba a fundar en Beer Sheva, el instituto que con los años se convertiría en la Universidad Ben Gurión. Dieciséis años después de morir mi padre yo entré como profesor contratado de literatura en la Universidad Ben Gurión, al cabo de un año o dos me hicieron profesor titular y después me asignaron la cátedra que lleva el nombre de Agnón. Con los años, tanto la Universidad de Jerusalén como la de Tel Aviv me hicieron generosas propuestas para que enseñara literatura: a mí, que no soy estudioso, ni culto, ni instruido, ni erudito; a mí, que nunca me he ocupado de investigar y que me entra una especie de sudor frío al ver una nota a pie de página^[6]. La uña del dedo meñique de mi padre era más profesional que diez «profesores improvisados» como yo.

El piso de la familia Zarhi tenía dos habitaciones y media en el bajo de un edificio de tres plantas. En la parte de atrás del piso vivía Israel Zarhi con Ester, su mujer, y sus ancianos padres. La habitación de la entrada, la habitación donde vivió mi padre, primero con sus padres, después solo y al final con mi madre, tenía una salida propia a la terraza y desde allí, bajando dos o tres peldaños, al pequeño jardín de delante del edificio y a la calle Amós, que aún era un camino polvoriento, sin asfaltar y sin acera, salpicado de montones de materiales de construcción y trozos de andamios desmontados entre los que pululaban una multitud de gatos muertos de hambre y un puñado de palomas perdidas. Tres o cuatro veces al día pasaba por allí un carro tirado por un burro o una mula cargado con barras de hierro, el carro del queroseno, el carro del repartidor de hielo, el carro del lechero, el carro del traperero, cuyos gritos roncocos me helaban la sangre: cuando era pequeño creía que me prevenían así de la enfermedad, la vejez y la muerte que, aunque todavía lejanas, se iban acercando lentamente, día y noche, con insistencia, reptando como una víbora por la negra espesura y moviendo sus fríos dedos hasta tocarme de pronto la espalda y agarrarse a mi garganta. En ese grito penetrante en yiddish, *alte zaaaken*, «trapeeero», yo oía siempre las amenazantes palabras en hebreo *al tezaaaqen*, «no envejeeezcas». Ese grito me sigue produciendo escalofríos.

En los árboles frutales de los patios anidaban golondrinas y por las grietas de las rocas entraban y salían lagartijas, salamandras, escorpiones, y a veces también se veía por allí una

tortuga. Los niños cavaban debajo de las tapias y tendían una red de túneles y atajos que se extendía por todo el barrio. O trepaban a las azoteas para mirar a hurtadillas lo que hacían los soldados británicos entre los muros del campo Schneller o para ver de lejos los pueblos árabes ubicados en las laderas de las montañas de alrededor: Isawiya, Shuaft, Bet Iksa, Lifta, Nebi Samuel.

Hoy casi nadie recuerda el nombre de Israel Zarhi, pero en aquella época Zarhi era un joven escritor conocido y prolífico de cuyos libros se hacían grandes tiradas. Era más o menos de la edad de mi padre, pero en 1937, cuando tenía unos veintiocho años, Zarhi ya había publicado al menos tres libros. También él estudió literatura hebrea con el profesor Klausner en Har Hatzofim, pero él llegó a Palestina unos años antes que mi padre y trabajó dos o tres como bracero en las colonias agrícolas de la zona de Sharón. Después se ganaba la vida trabajando en la secretaría de la universidad. Era un hombre delicado, distraído, tímido, bastante melancólico, con la voz y los andares suaves, de complexión tan delgada y fina que no podía imaginármelo con un pico o una azada, empapado en sudor un día sofocante en una de las colonias de Sharón. Alrededor de su pequeña calva tenía un anfiteatro de cabello negro. Su enjuto rostro soñador estaba pálido. Al andar parecía no fiarse del suelo que pisaba, o todo lo contrario, que temía hacerle daño. Nunca me miraba al hablar conmigo: su cálida y reflexiva mirada estaba casi siempre fija en el suelo.

Lo admiraba porque en casa me decían que no era un escritor como los demás: toda Jerusalén escribía libros eruditos, libros creados a partir de notas, de otros libros, de todo tipo de catálogos y fascículos, de léxicos, de los gruesos volúmenes en lenguas extranjeras, de las fichas manchadas de tinta de los escritorios, pero el señor Zarhi era un escritor que escribía «historias de su cabeza» (mi padre decía: «Si robas tu sabiduría de un solo libro, eres muy criticado, eres un plagiador, un ladrón literario. Pero si la robas de diez libros, te llaman investigador, y si lo haces de treinta o cuarenta libros, gran investigador»).

A los siete u ocho años intenté leer algo de Israel Zarhi, pero su lenguaje era muy difícil para mí. En casa, en el dormitorio de mis padres que también era el salón, la biblioteca, el cuarto de invitados, el estudio y el comedor, había un estante –más o menos a la altura de mis ojos– con la mitad del espacio dedicado a los libros de Zarhi: *La casa de la abuela destruida*, *La aldea de Shiloaj*, *Har Hatzofim*, *Llama oculta*, *Una tierra sin sembrar*, *Los malos tiempos*, y otra novela cuyo extraño título atraía más mi curiosidad: *El petróleo fluye hacia el Mediterráneo*. Zarhi tenía unos treinta y ocho años cuando murió, y le dio tiempo a escribir unas cinco docenas de libros de relatos y novelas después de su jornada de trabajo en la secretaría de la universidad, y tradujo otra media docena del polaco y el alemán.

Algunas tardes de invierno se reunían en nuestra casa o en la de enfrente, en la de los Zarhi, algunos amigos: Hayyim y Hana Toren, Samuel Werses, el matrimonio Breimann. El impetuoso y sorprendente señor Sharon Shvadron, el pintoresco y pelirrojo señor Hayyim Schwarzbaum, Israel Hanani, que trabajaba en las oficinas de la Agencia Judía, y su esposa Ester Hanani. Venían después de cenar, a las siete o siete y media, y se retiraban a las nueve y media, lo que se consideraba ya tarde. Durante ese tiempo los invitados tomaban té hirviendo, eran agasajados con pastas de miel o de frutas de temporada, discutían con educada pasión de todo tipo de cuestiones

que yo no entendía, pero sabía que algún día entendería y discutiría con ese grupo, e incluso expresaría tajantes conclusiones que ellos no habían pensado, y puede que hasta lograra sorprenderlos, tal vez también yo algún día escribiera libros de mi cabeza, como el señor Zarhi, o poemas como Bialik, o como el abuelo Alexander, Levin Kipnis y Saúl Tchernijovsky, cuyo olor nunca olvidaré.

Los Zarhi no eran sólo los dueños de la casa, los que nos alquilaban la habitación, sino también buenos amigos, a pesar de las continuas discrepancias entre mi padre, el revisionista, y Zarhi, «el rojo»: a mi padre le gustaba mucho hablar y argumentar y al señor Zarhi le gustaba escuchar. Mi madre intervenía de vez en cuando con una o dos frases mesuradas y algunas veces sus palabras hacían que, inadvertidamente, la conversación derivase hacia otro tema o cambiase completamente de tono. Ester Zarhi, por su parte, solía hacer preguntas a las que mi padre contestaba encantado con detalladas explicaciones. En ocasiones Israel Zarhi se dirigía a mi madre, bajando la mirada, y le preguntaba qué opinaba ella, como pidiéndole en secreto que se pusiera de su lado y le ayudara en la discusión: mi madre sabía infundir una nueva luz en todo. Lo hacía con pocas palabras y, después de hablar ella, a veces la discusión adquiría un tono relajado y tranquilo, una especie de calma renovada, de prudencia o de cierta duda. Hasta que, al cabo de un rato, los ánimos se encendían de nuevo y se volvían a alzar las voces con furia civilizada aunque agitada por signos de exclamación.

En 1947 se publicó en la editorial Yehoshua Czeczik de Tel Aviv el primer libro de mi padre, *La novela en la literatura hebrea: desde sus inicios hasta el final de la Haskalá*. El libro estaba basado en el trabajo de licenciatura que mi padre presentó a su maestro y tío, el profesor Klausner. En las páginas preliminares figura una nota: «Este libro ha sido galardonado con el premio Klausner del Ayuntamiento de Tel Aviv y ha sido publicado con la ayuda de dicho ayuntamiento y de la fundación en memoria de Tzipora Klausner». El propio profesor Yosef Klausner escribió el prólogo del libro:

Es para mí una doble satisfacción ver publicado un libro escrito en hebreo sobre la novela, una obra que me fue presentada, en calidad de profesor de literatura de nuestra única universidad hebrea, como trabajo de licenciatura en literatura hebrea moderna por un alumno veterano, mi sobrino Yehuda Arie Klausner. No se trata de un trabajo corriente... Es una investigación exhaustiva y completa... El estilo del libro es rico y claro al mismo tiempo, acorde con la importancia del contenido... Por tanto, no puedo dejar de expresar mi satisfacción... El Talmud dice: «Los discípulos son como hijos»... Espero que gracias a este libro se amplíe y profundice el conocimiento de nuestra literatura nacional en estrecha relación con la literatura universal, y que el autor sea alabado por el fruto de su trabajo, un trabajo que no ha sido fácil...

Y un poco más adelante, tras el título, mi padre dedica su libro a la memoria de su hermano David:

A mi primer maestro de historia de la literatura,
a mi único hermano,
David,
que se me perdió en las tinieblas de la diáspora.
¿Dónde?

Durante diez o quince días, al volver del trabajo en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional en Har Hatzofim, mi padre iba corriendo a la oficina de correos más cercana, al final de la calle Gueulá, justo antes de empezar el barrio de Meah Shearim, con la esperanza de que hubieran llegado los ejemplares de su primer libro, que, por lo que le habían dicho, alguien había visto ya en una librería de Tel Aviv. Por tanto, mi padre iba corriendo cada día a la oficina de correos, cada día volvía con las manos vacías y cada día se prometía a sí mismo que, si al día siguiente tampoco llegaba el paquete de libros enviado por el señor Gruber con el sello Sinaí, iría a la farmacia, llamaría a Tel Aviv y hablaría con firmeza con el señor Yehoshua Czezik: ¡Realmente esto es intolerable! ¡Si no han llegado los libros el lunes, a mitad de semana o como muy tarde el viernes!... Pero el paquete llegó, no por correo sino con una mensajera, una chica yemení sonriente que se lo llevó a casa, no desde Tel Aviv sino directamente desde la imprenta Sinaí (Jerusalén, teléfono 2892).

El paquete contenía cinco ejemplares de *La novela en la literatura hebrea*, recién impresos, vírgenes, envueltos en varias capas de papel blanco (sobre el que se habían impreso las pruebas de otro libro, ilustrado) y bien atados con cuerdas. Mi padre le dio las gracias a la chica, y a pesar de su alegría desbordada no olvidó darle un chelín (una cantidad muy respetable en aquella época, suficiente para una comida vegetariana en el comedor de la central lechera Tnuva). Después, mi padre nos pidió a mi madre y a mí que nos acercáramos a su escritorio y permaneciéramos a su lado en el momento de abrir el paquete.

Recuerdo cómo dominó sus ansias y no cortó con un cuchillo ni con unas tijeras las cuerdas del paquete, sino que, jamás olvidaré eso, fue deshaciendo los fuertes nudos, uno a uno, con una paciencia infinita, utilizando alternativamente sus fuertes uñas, la punta de un abrecartas y la punta de un clip torcido. Cuando terminó, no se precipitó sobre su nuevo libro sino que enrolló lentamente la cuerda, retiró el revestimiento de papel cromado que hacía de embalaje, rozó con la yema de los dedos las tapas del primer ejemplar del paquete, lo acarició como un amante tímido, lo tomó en sus manos y se lo acercó con delicadeza a la cara, lo abrió un poco haciendo pasar las páginas, cerró los ojos y las olió, aspiró profundamente el olor a tinta fresca, la delicia del papel nuevo, el aroma embriagante de la cola de encuadernar. Después empezó a hojear el libro, primero miró el índice, observó atentamente la página de correcciones y añadidos, volvió a leer el prólogo del tío Yosef y su propia introducción, se deleitó con los preliminares y volvió a acariciar la cubierta, y de repente temió que mi madre fuera a burlarse de él:

–Un libro recién impreso –le dijo como justificándose–, el primer libro, es casi como si acabara de tener otro hijo.

–Cuando tengas que cambiarle los pañales –dijo mi madre–, seguro que me llamarás.

Seguidamente mi madre se fue, pero al poco tiempo volvió de la cocina con una botella de vino dulce Tocai, vino de Shabbat, y tres pequeñas copas de licor, no de vino, entonces dijo que brindáramos por el primer libro de mi padre. Sirvió dos copas para ellos y una gota para mí, y puede que también le pusiese un dedo humedecido en la frente, como si fuese un niño, y él le acariciara la cabeza.

Por la tarde mi madre puso en la mesa de la cocina un mantel blanco, como si fuese Shabbat u otra fiesta, sirvió la comida que más le gustaba a mi padre, sopa de remolacha caliente con un iceberg de nata flotando encima, y dijo «enhorabuena». El abuelo y la abuela también vinieron esa tarde para participar en la modesta celebración, y la abuela le dijo a mi madre que todo había

estado muy bien, hasta demasiado bueno, Dios la librera de dar ningún consejo, pero todo el mundo sabía, desde las niñas pequeñas a las cocineras gentiles que trabajaban en las casas judías, que el *borscht* tenía que estar ácido y sólo una pizca dulce, y de ninguna manera dulce y un poquito ácido, como solían hacer los polacos, que lo endulzaban todo sin medida y sin criterio y, si no se les vigilaba, eran capaces de meter un arenque en azúcar y sumergir en mermelada un rábano picante.

Mi madre, por su parte, le agradeció a la abuela que la hubiera hecho partícipe de su experiencia y le aseguró que desde ese día se preocuparía de que sólo probase en nuestra casa las cosas amargas y ácidas que tanto le gustaban. Mi padre estaba demasiado contento y animado como para darse cuenta de aquellas estocadas. Les regaló un ejemplar dedicado a sus padres, otro al tío Yosef, otro a sus buenos amigos Ester e Israel Zarhi, otro ya no recuerdo a quién, y el último lo guardó en su biblioteca, en un estante destacado, apoyado en la serie de obras de su tío, el profesor Yosef Klausner.

La alegría de mi padre duró tres o cuatro días, después decayó. Del mismo modo que antes de la llegada del paquete iba todos los días corriendo a la oficina de correos, ahora iba todos los días a la librería de Shakna Ajiasaf en la calle King George, donde había tres ejemplares de *La novela* a la venta. Pero al día siguiente los tres ejemplares seguían todavía allí, ninguno se había vendido. Y lo mismo al cabo de dos y tres días.

—Tú —le dijo mi padre con una triste sonrisa a su amigo Israel Zarhi— escribes en seis meses una nueva novela y, enseguida, un montón de chicas guapas te agarran en las estanterías y te llevan directamente a la cama. En cambio nosotros, los investigadores, nos pasamos años para darle consistencia a cada detalle, para ser precisos en cada una de las citas, cuidamos al máximo cada punto de una nota a pie de página, ¿y quién se molesta en leerlo? Como mucho nosotros mismos, es decir tres o cuatro apasionados de la materia que se dignan leerse unos a otros antes de despedazarse; y a veces ni siquiera eso. Somos ignorados.

Pasó cerca de una semana y ninguno de los tres ejemplares se vendió en la librería de Ajiasaf. Mi padre no siguió hablando de su pena, pero su pena llenó toda la casa como un olor que lo impregna todo: ya no bramaba con terribles falsetes mientras se afeitaba o mientras se inclinaba sobre el fregadero y lavaba los platos cantando *Los campos del valle* o *El rocío debajo y la luna encima/ desde Bet Alfa hasta Nahalal*. Ya no me contaba de memoria la historia de Gilgamesh o del capitán Nemo y el ingeniero Ciro Smith de *La isla misteriosa*, sino que con rabia se quedaba inmerso en sus papeles y en sus léxicos esparcidos por la mesa, entre los que despuntaba su próximo ensayo.

Y de pronto, pasados otros dos o tres días, un viernes por la tarde, mi padre volvió a casa feliz, entusiasmado y temblando como un joven a quien la chica más guapa de la clase ha besado delante de todo el mundo:

—¡Los han vendido! ¡Los han vendido todos! ¡En un día! ¡No un ejemplar! ¡Ni dos! ¡Han vendido los tres! ¡Todos! ¡Mi libro se ha agotado! ¡Y Shakna Ajiasaf va a pedirle a Czeczik más ejemplares! ¡Qué digo va a pedir! ¡Ya los ha pedido! ¡Esta mañana! ¡Por teléfono! ¡No, no otros tres ejemplares, sino otros cinco! ¡Y Shakna cree que esto no ha hecho más que empezar!

Mi madre volvió a salir de la habitación en busca de otra botella de vino dulce Tacai y tres pequeñas copas de licor, no de vino. Pero en esa ocasión decidió prescindir de la sopa de remolacha con nata y del mantel blanco. En vez de eso, propuso ir al cine Edison al estreno de una

famosa película en la que actuaba Greta Garbo, una actriz que les gustaba a los dos.

A mí me dejaron con los Zarhi, tenía que cenar con ellos y comportarme como un niño modélico hasta que volvieran, a las nueve o nueve y media. Como un niño modélico, ¿has entendido? ¡Que no oigamos ni la más mínima queja! Cuando pongan la mesa, acuérdate de preguntar a la señora Zarhi si necesita ayuda. Después de cenar, pero sólo cuando todos se hayan levantado de la mesa, coge tu plato y tus cubiertos y déjalos con cuidado en la encimera junto al fregadero. Con cuidado, ¿has entendido? No vaya a ser que rompas algo. Y coge un paño, igual que en casa, y seca bien el hule cuando no quede nada en la mesa. Y habla sólo cuando te pregunten. Si el señor Zarhi está trabajando, ¡tú te buscas un juguete o un libro y te sientas bien calladito! Y si la señora Zarhi vuelve a quejarse de dolor de cabeza, ¡no la molestes bajo ningún concepto! ¡Bajo ningún concepto!, ¿has entendido?

Y se marcharon. La señora Zarhi debió de encerrarse en el dormitorio o irse a casa de la vecina, y el señor Zarhi me invitó a ir con él a su estudio, que, como en nuestra casa, también era el dormitorio, el salón y todo lo demás. Era la misma habitación en la que había vivido mi padre de estudiante, la misma habitación que después había sido la de mis padres y donde al parecer me engendraron, porque vivieron allí desde que se casaron hasta casi un mes antes de nacer yo.

El señor Zarhi me pidió que me sentara en el sofá y habló un rato conmigo, no recuerdo de qué, pero jamás olvidaré cómo descubrí de pronto, en una mesa pequeña que estaba a los pies del sofá, al menos cuatro ejemplares idénticos de *La novela en la literatura hebrea*, uno encima de otro, como en una tienda, un ejemplar que yo sabía que mi padre le había regalado al señor Zarhi, dedicado, «Para mi querido amigo y compañero», y otros tres que no entendía qué hacían ahí. Estuve a punto de preguntárselo al señor Zarhi, pero en el último momento recordé los tres ejemplares que justo ese día se habían vendido por fin, después de haber perdido toda esperanza, en la tienda de Ajiasaf en la calle King George, y me embargó un sentimiento de gratitud y emoción que casi me hizo llorar. Al percatarse de todo, el señor Zarhi no sonrió sino que me miró de reojo, guiñando un poco los ojos, como haciéndome partícipe de su secreta conspiración; no dijo una palabra, tan sólo se agachó, cogió de la mesa tres de los cuatro ejemplares y los escondió en un cajón de su escritorio. Yo tampoco dije nada, ni a él ni a mis padres. No se lo conté a nadie hasta después de la muerte de Zarhi, que falleció en la flor de la vida, y la de papá, a nadie excepto, años después, a Nurit Zarhi, a quien no pareció impresionarla lo que le estaba contando.

Hay dos o tres escritores que se cuentan entre mis mejores amigos, somos íntimos desde hace decenas de años, pero no estoy seguro de que yo fuera capaz de hacer por alguno de ellos algo parecido a lo que hizo Israel Zarhi por mi padre. Quién sabe si una idea tan astuta y generosa como la de Zarhi se me pasaría alguna vez por la imaginación. Como todos en aquella época, él vivía al día. Y tres ejemplares de *La novela en la literatura hebrea* debieron de costarle al menos lo mismo que una prenda de ropa necesaria para el invierno.

El señor Zarhi salió de la habitación y volvió con una taza tibia de cacao sin nata, porque se acordó de que en casa bebía cada noche cacao. Le di las gracias educadamente, como me habían enseñado, y tenía muchas ganas de decirle otra cosa que era para mí muy importante decirle, pero no supe qué decir y me quedé sentado en el sofá de su habitación sin hacer ni un solo ruido para no molestarle mientras trabajaba, aunque el señor Zarhi no trabajó esa tarde, simplemente estuvo

hojeando el periódico *Davar* hasta que volvieron mis padres del cine, les dieron las gracias a los Zarhi, se despidieron rápidamente y me llevaron a casa, porque era muy tarde y había que cepillarse los dientes e irse enseguida a dormir.

A esa misma habitación seguramente llevó mi padre por primera vez, una tarde del año 1936, a una estudiante introvertida, muy guapa, de piel oscura y ojos negros, parca en palabras pero con una presencia que inducía a los hombres a hablar y hablar hasta no poder más.

Unos meses antes había dejado la Universidad de Praga y había llegado sola a Jerusalén, para estudiar historia y filosofía en la Universidad de Har Hatzofim. No sé cómo, cuándo ni dónde conoció Arie Klausner a Fania Mussman, que se matriculó con su nombre hebreo, Rivka, aunque en algunos documentos se llamaba Tzipora y en uno ponía Fayge, pero sus amigas la llamaban siempre Fania.

A él le gustaba mucho hablar, dar explicaciones y analizar, ella sabía escuchar e incluso leer entre líneas. Él era culto y distinguido, ella era aguda y perspicaz. Él era un hombre honesto, meticuloso, correcto y diligente, ella siempre observaba para comprender por qué alguien que sostenía una determinada opinión con firmeza sostenía precisamente ésta y no otra, y por qué quien discrepaba con quien sostenía esa opinión tenía tanta necesidad de defender la opinión contraria. La ropa le interesaba sólo como una ventana para mirar el interior de quien la llevaba. Cuando estaba en casa de algún conocido, se fijaba atentamente en la tapicería, las cortinas, los sofás, en los recuerdos diseminados sobre el alféizar de la ventana y en los adornos de las estanterías, mientras los demás estaban inmersos en alguna discusión: como si tuviera alguna misión entre manos. Los secretos de las personas le fascinaban, pero cuando la conversación pasaba al cotilleo, casi siempre escuchaba con una ligera sonrisa, una sonrisa dubitativa, como a punto de interrumpirse, y callaba. En muchas ocasiones permanecía en silencio. Pero cuando dejaba su silencio y decía algo, la conversación no volvía a ser igual.

Cuando mi padre hablaba de ella, a veces se apreciaba en su voz una mezcla de cobardía, distancia, afecto, respeto y temor: como si tuviese en casa a una adivina con una falsa identidad. O a una nigromante.

21

Tres taburetes de enea trenzada había alrededor de la mesa de la cocina, cubierta con un hule de flores. La cocina era estrecha, baja y oscura, el suelo estaba algo hundido, las paredes ennegrecidas a causa del infiernillo, su único ventanuco daba al patio semisubterráneo, rodeado de paredes de cemento gris. Algunas veces, cuando mi padre se marchaba a trabajar, yo iba a la cocina y me sentaba en su taburete para estar frente a mi madre, que me contaba historias mientras pelaba y cortaba verduras o desmotaba lentejas, apartando las negras en un plato.

Eran extrañas las historias que contaba mi madre, no se parecían a los cuentos infantiles que se contaban por aquel entonces en todas las casas, no se parecían a los cuentos que yo le contaba a mis hijos, estaban envueltas en una especie de neblina: parecía que sus historias no empezaban por el principio ni acababan por el final, sino que salían de pronto de la espesura, se quedaban un momento al descubierto suscitando extrañeza o una punzada de miedo, se acercaban a mí unos instantes como sombras distorsionadas en la pared, asombrosas, a veces escalofrantes, y luego volvían al interior del bosque antes de darme tiempo a saber lo que había sucedido. Aún recuerdo algunas de esas historias de mi madre, casi palabra por palabra. Por ejemplo, su historia sobre el viejo Alleluyev:

Tras las altas montañas, al otro lado de ríos profundos y llanuras desérticas, había una vez un pueblo, un pueblo pequeño y remoto de cabañas a punto de caerse. En el extremo del pueblo, a la sombra de un negro bosque de abetos, vivía un anciano pobre, mudo y ciego, vivía allí sin amigos ni parientes, se llamaba Alleluyev. El viejo Alleluyev era el más antiguo de todos los ancianos del pueblo y de todos los ancianos del valle y de la llanura. No era simplemente de edad avanzada, era ancestral. Era tan antiguo que en su curvada espalda le había empezado a brotar un ligero musgo. En vez de pelo le crecían en la cabeza todo tipo de hongos negros y en vez de mejillas tenía unos huecos donde se entremezclaban helechos y líquenes. En las plantas de los pies de Alleluyev habían empezado a despuntar y a retorcerse raíces negras, y en las cuencas de los ojos se habían instalado unas brasas resplandecientes. El anciano Alleluyev era más viejo que el pueblo, más viejo que la nieve, más viejo que el propio tiempo. Un día se corrió la voz de que en lo más profundo de su cabaña, donde las contraventanas siempre estaban cerradas, vivía otro anciano, Chernichortin, aún más antiguo que el viejo Alleluyev, más ciego aún que él, más pobre, más mudo, más encorvado, más sordo y más paralítico, borrado como una moneda etrusca. En el pueblo, durante las noches de nieve, se contaba que el viejo Alleluyev mantenía en secreto al antiguo anciano Chernichortin, que lo limpiaba y lavaba sus heridas, le ponía la mesa y le preparaba el lecho, le alimentaba con bayas del bosque, le calmaba la sed con agua del pozo o con agua del deshielo, y a veces por las noches le cantaba como se canta a un niño: ío, ío, ío, no tengas miedo tesoro mío, ío, ío, ío, no te asustes, cariño mío. Así se quedaban los dos dormidos, abrazados, el anciano y su anciano, y en la calle sólo había viento y nieve. Si aún no se los han comido los lobos, seguirán viviendo los dos en la humilde cabaña, y el lobo aullando en el bosque y el viento silbando en la chimenea.

En la cama, antes de dormirme, solo, temblando de miedo y emoción, repetía de memoria en voz baja las palabras «anciano», «viejo», «antiguo», «edad avanzada», «ancestral». Cerraba los ojos y me imaginaba con espanto el musgo brotando poco a poco en la espalda de ese anciano, cómo serían los hongos y los líquenes, cómo se ramificarían en la oscuridad las raíces negras y voraces. E intentaba imaginarme con los ojos cerrados qué significaría «borrado como una moneda etrusca». Así, me dormía con los sonidos del viento que silbaba en una chimenea que no había ni podía haber en nuestra casa, unos sonidos que jamás había oído, una chimenea que nunca había visto salvo en las fotografías de los libros para niños, donde todas las casas tenían tejados de teja y chimenea.

Yo no tenía hermanos ni hermanas, mis padres casi no se podían permitir comprarme juguetes, y la televisión y el ordenador aún no existían. Durante los primeros años de mi infancia viví en el barrio de Kerem Abraham, en Jerusalén, pero no vivía allí sino en los márgenes de un bosque, junto a las cabañas, las chimeneas, los prados y la nieve de las historias de mi madre y de los libros ilustrados que se apilaban en un mueble bajo junto a mi cama: yo estoy en Oriente y mi corazón en los confines de Occidente. O «en el extremo norte», como se decía en aquellos libros. Vagaba sin cesar, perdido, sonámbulo, por aquellos bosques virtuales, por aquellos bosques de palabras, cabañas de palabras, prados de palabras. La realidad de las palabras dejaba a un lado los patios azotados por el sofocante calor, los curvados cobertizos de uralita adosados a las casas de piedra, los balcones repletos de bidones y tendederos. Lo que me rodeaba no me interesaba. Todo lo que me interesaba estaba hecho de palabras.

En la calle Amós también había vecinos ancianos, pero su forma lenta y dolorida de andar cuando pasaban delante de nuestra casa sólo era una copia descolorida, una copia burda y bastante pobre de la realidad conmovedora, estremecedora, del anciano Alleluyev de avanzada edad, muy viejo, antiguo y ancestral de las historias de mi madre. Del mismo modo que Tel Arza era sólo un mísero boceto diletante de los espesos y perennes bosques. Las lentejas que hacía mi madre sólo eran una pálida y decepcionante alusión a los hongos y líquenes del bosque, a las cerezas y moras de sus historias. Toda la realidad no era más que un esfuerzo vano, un flaco intento de imitar el poder del mundo de las palabras. Ésta es la historia que me contó mi madre sobre una mujer y unos herreros, no me explicó las palabras sino que puso delante de mis ojos, sin tener en cuenta mi corta edad, la vastedad de las lejanas y variopintas provincias de la lengua, por donde casi ningún niño había caminado nunca, lugares habitados por los pájaros lingüísticos del paraíso:

Hace muchos años vivían en un tranquilo pueblo de Enularia, en la zona de los valles interiores, tres hermanos herreros, Misha, Eliosha y Antosha. Los tres eran robustos y velludos, osunos, dormían durante todo el invierno y sólo al llegar el verano forjaban arados, herraban caballos, afilaban cuchillos, hacían dagas, templaban hojas afiladas y fundían viejos timones de arado. Un día, Misha, el mayor de los hermanos, se fue a la región de Troshiban. Desapareció durante mucho tiempo, y cuando volvió, no lo hizo solo sino que llevaba con él a una mujer muy joven y sonriente llamada Tatiana, Tania, Tanitzka. Era la más guapa de las mujeres, no había otra más guapa que ella en toda Enularia. Los dos hermanos pequeños de Misha apretaron los dientes y no dijeron nada en todo el día. Cada vez que uno de ellos la miraba, Tanitzka se reía de forma tan estridente que éste tenía que bajar la vista. Y si era ella la que miraba a alguno de los dos, también el hermano al que había decidido mirar se estremecía y apartaba la mirada. Sólo había una estancia en la cabaña de los hermanos herreros, que compartían Misha y Tanitzka, la fragua, el fuelle y los herrajes, y el hermano salvaje Eliosha y el hermano taciturno Antosha, entre pesados martillos, hachas, cinceles, varas,

cadena y cilindros metálicos. Así sucedió que un día Misha fue empujado a la fragua y Eliosha tomó a Tanitzka. Durante siete semanas la bella Tanitzka fue la mujer del hermano salvaje Eliosha, hasta que un martillo para laminar cayó sobre él con todo su peso golpeándole y aplastándole el pecho, y Antosha, el hermano taciturno, le enterró y le substituyó; pero al cabo de siete semanas, mientras ella y él comían un pastel de setas, Antosha se puso pálido, luego azul, se ahogó y murió. Desde entonces hasta hoy a veces van a aquella cabaña jóvenes herreros, herreros ambulantes de todas las zonas de Enularia, pero ningún otro herrero se ha atrevido a quedarse allí siete semanas enteras: uno llega y se queda una semana, otro sólo dos noches, ¿y Tania? Todos los herreros de Enularia saben ya que a Tanitzka le gustan los herreros que van a pasar una semana, los herreros de dos o tres días, los herreros de un día y una noche que trabajan para ella medio desnudos, herrando, fundiendo y forjando, pero no tiene ni tendrá nunca paciencia para aguantar a un huésped al que se le olvide marcharse. Una semana o dos bastan, ¿cómo es posible llegar a siete?

Hertz y Sara Mussman, que vivían a comienzos del siglo XIX en un pequeño pueblo llamado Trupe o Tripe, cerca de Rovno, en Ucrania, tenían un hijo muy guapo de nombre Efraim. Desde pequeño –eso se decía en nuestra casa–^[7], a Efraim le gustaba hacer girar ruedas y jugar en las corrientes de agua. Cuando Efraim Mussman tenía trece años, diez días después de su fiesta de bar mitzvá, volvieron a invitar a mucha gente y, en esa ocasión, casaron a Efraim con una niña de doce años llamada Haya Duba: por aquel entonces casaban a niños con niñas, se hacían matrimonios sobre papel para que los chicos no fueran arrancados a la fuerza para servir en el ejército del zar y evitar que no se volviera a saber de ellos.

La tía Haya Shapira (que se llamaba Haya como su abuela Haya Duba, la novia de doce años) me contó hace mucho tiempo lo que ocurrió en esa boda: al final de la ceremonia y el banquete que se celebraron al atardecer en el patio de la casa del rabino de Trupe, los padres de la pequeña novia se levantaron para llevarla de vuelta a casa y meterla en la cama. Era tarde, y la niña, que estaba muy cansada por el jaleo de la boda, y un poco confusa porque le habían dado unos sorbos de vino, apoyó la cabeza en las piernas de su madre y se quedó dormida. El novio estaba todo sudado alborotando entre los invitados y jugando al escondite o a hacer carreras con sus compañeros de escuela. Por tanto, los invitados empezaron a despedirse de los anfitriones, también las dos familias se despidieron y los padres del novio apremiaron a su hijo a que subiera al carro para emprender el camino a casa.

Sin embargo el novio tenía unos planes completamente distintos: el pequeño Efraim se plantó en medio del patio, se hinchó «como un gallito al que le está saliendo la cresta», pataleó e insistió enérgicamente en que quería a su mujer: no tres años más tarde, no tres meses más tarde, sino de inmediato. En ese instante. Aquella misma noche.

Cuando todos los invitados a la boda empezaron a reírse a carcajadas, el apasionado novio se ofendió, les dio la espalda, cruzó impetuosamente la callejuela, volvió a llamar a la puerta del rabino, y allí, cara a cara con el maestro, que se estaba burlando de él, empezó a citar versículos de la Torá y el Talmud y adujo leyes y sentencias rabínicas que demostraban que el niño se había cargado de municiones y se había aprendido bien sus deberes para ese día. Le exigió al rabino que en ese instante juzgara entre él y el mundo y sentenciara a favor de uno o de otro: ¿Qué decía la Torá? ¿Qué decían el Talmud y las leyes rabínicas? ¿Tenía derecho o no? ¿Ella era su mujer o no? ¿Estaba casado legalmente o no? Una de dos: o le daban enseguida a la novia o le devolvían al instante el contrato matrimonial.

El rabino, según cuentan, gritó, carraspeó, se tocó el bigote lleno de embarazo, se rascó la

cabeza, se mesó los papillotes, tal vez hasta se mordió la punta de la barba, y al final suspiró y decretó que no había nada que hacer, que ciertamente el niño no sólo era un experto y sabía defender lo que decía sino que además llevaba razón: la única decisión posible era que la joven esposa se fuese con él, pues no le quedaba otro remedio que obedecerle.

Por tanto, despertaron a la pequeña novia y, a media noche, cuando terminaron las discusiones, tuvieron que llevar a la pareja a casa de los padres del novio. La novia se pasó todo el camino llorando de miedo. Su madre la abrazaba y lloraba con ella. También el novio se pasó todo el camino llorando a lágrima viva a causa de las burlas y las risotadas de los invitados. En cuanto a la madre del novio y el resto de sus familiares, también ellos lloraban: de vergüenza.

Cerca de hora y media duró la sonámbula procesión nocturna, una mezcla de cortejo fúnebre lacrimógeno y bufonada bulliciosa, pues algunos miembros del cortejo disfrutaron con el escándalo, se mofaron en voz alta con la historia del polluelo que ataca a la polluela y con la historia de cómo se mete un hilo en el ojo de una aguja, se deleitaron con el aguardiente y durante todo el camino atronaron con bufidos, voces y gritos impúdicos.

Mientras tanto el coraje del pequeño novio se iba derritiendo y puede que hasta se arrepintiera de su victoria. Y así, asustados, insomnes y llorando amargamente, fueron conducidos como ovejas al matadero a la improvisada cámara nupcial y, poco antes del amanecer, los familiares se vieron obligados a meter casi a la fuerza a los dos niños, a la consternada novia Haya Duba y al asustado novio Efraim, en el lecho. Según cuentan, les cerraron la puerta por fuera. Después los acompañantes se alejaron de puntillas y permanecieron el resto de la noche en otra habitación, tomando un té tras otro, devorando las sobras del convite e intentando consolarse los unos a los otros.

Y por la mañana, quién sabe, puede que las madres irrumpiesen en la habitación pertrechadas de toallas y palanganas, ansiosas por comprobar si los niños habían sobrevivido a la batalla y qué se habían hecho mutuamente.

Pero al cabo de unos días ya se veía al marido y a su mujer correteando alegremente y jugando juntos en el patio, descalzos y armando jaleo. El marido hizo para su mujer una pequeña casa de muñecas entre las ramas de un árbol y él, como de costumbre, volvió a sus juegos con las ruedas y las corrientes de agua, que canalizaba por todo el patio para formar ríos, lagos y pequeñas cascadas.

Hasta los dieciséis años mantuvieron los padres, Hertz y Sara Mussman, a la joven pareja, Efraim y Haya: *kest-kinder* se llamaba por entonces a las jóvenes parejas que vivían a expensas de sus padres. Al hacerse mayor, Efraim Mussman unió su pasión por las ruedas y por las corrientes de agua y construyó en Trupe un pequeño molino de harina cuyas ruedas se movían impulsadas por una corriente de agua. Sus negocios nunca prosperaron: era soñador, inocente como un niño, vago, despilfarrador, polémico y también indulgente. Le gustaba enzarzarse en conversaciones banales que se alargaban de la mañana a la tarde. Haya Duba y Efraim Mussman llevaban una vida muy humilde. La pequeña esposa le dio a Efraim tres hijos y dos hijas. Estudió para ser matrona y enfermera particular. Solía cuidar gratis, en secreto, a los enfermos pobres. Al final murió de tisis en la flor de la vida. La madre de mi abuelo tenía veintiséis años cuando murió.

El bello Efraim se repuso rápidamente y se casó con otra niña, de unos dieciséis años, que también se llamaba Haya, igual que la anterior. La nueva Haya Mussman se apresuró a echar de casa a sus hijastros. El pusilánime marido ni siquiera intentó detenerla: todo el valor y el coraje que le habían acompañado durante toda su vida se perdieron de golpe, al parecer, la tarde que con gran valentía llamó a la puerta del rabino y exigió en nombre de la Torá y de las leyes rabínicas consumir su matrimonio. Desde aquella noche sangrienta y hasta el final de sus días se comportó siempre con cobardía: era manso como un corderillo con su mujer, cedía fácilmente ante todo aquel que se oponía con fuerza a sus deseos, pero, a pesar de todo, con el paso de los años adoptó con los extraños un cierto aire de persona enigmática que bebía de fuentes ocultas y sagradas. En su comportamiento se apreciaba cierta autoestima con apariencia de humildad, como un curandero pueblerino o un viejo santón pravoslavo.

Mi abuelo Naftalí Hertz fue enviado a los doce años a Volchov, cerca de Rovno, para trabajar de aprendiz. Volchov pertenecía a una extraña princesa soltera, Kanizna Ravzova. En tres o cuatro años la princesa se dio cuenta de que el joven judío que le habían proporcionado casi regalado no sólo era diligente, sino también listo, amable y divertido, y además, durante su infancia, había aprendido algo en el molino de su padre sobre el arte de moler harina. Pero tenía algo más, había algo en su carácter que despertaba en la marchita princesa sin hijos cierto sentimiento maternal.

Por tanto decidió comprar un terreno a las afueras de Rovno, frente al cementerio, al final de la calle Dubinska, y construir allí un molino. La princesa puso al frente del molino a uno de sus herederos, su sobrino el ingeniero Constantin Semionovich Stiletzky. Y nombró a Hertz Mussman, con sólo dieciséis años, ayudante de Stiletzky. Mi abuelo mostró enseguida su capacidad de organización, su sutil tacto y su extraordinaria empatía, que fascinaban a cuantos le conocían, así como una aguda capacidad de observación del prójimo, que durante toda su vida le ayudó a adivinar los pensamientos y deseos de las personas.

Hacia los diecisiete años mi abuelo ya dirigía de hecho el molino («¡enseguida llegó a tener una importante posición en casa de esa princesa! Igual que José en Egipto en casa de, ¿cómo se llamaba? ¿La señora Putifar? ¿No? El ingeniero ése, Stiletzky, estropeaba y destrozaba todo lo que intentaba arreglar. ¡Era un alcohólico terrible! Aún lo recuerdo golpeando a muerte a un caballo y llorando al mismo tiempo de pena por los animales, llorando a lágrima viva, con ríos de lágrimas, pero sin dejar de pegar al caballo. Cada día inventaba una máquina nueva, un mecanismo, ruedas de transmisión, como Stevenson. Tenía una especie de chispa genial. Pero nada más inventar algo se enfurecía, perdía los estribos y lo destruía todo»).

Por tanto el joven judío era quien solía revisar y reparar las máquinas, tratar con los campesinos que le suministraban el trigo y la cebada, pagar a los obreros sus jornales, fijar el precio con los comerciantes y los clientes. Así también él se convirtió en molinero, como Efraim, su padre. Pero, a diferencia de su padre, holgazán e infantil, mi abuelo, Naftalí Hertz, era una persona sensata y decidida. Y llegó muy alto.

En cuanto a la princesa Ravzova, con los años se volvió devota hasta la locura, sólo vestía de negro, hacía votos y ayuno, guardaba luto día y noche, hablaba con Jesús, iba de convento en convento pidiendo la iluminación, dilapidaba sus bienes a fuerza de donaciones a iglesias y a toda clase de lugares de recogimiento («y una vez, sencillamente cogió un gran martillo y se clavó un

clavo en la palma de la mano porque quería sentir lo mismo que había sentido Jesús. Y entonces la ataron, le curaron la mano, le raparon la cabeza y la confinaron hasta el fin de sus días en un convento cercano a la ciudad de Tula»).

El desafortunado ingeniero, el sobrino de la princesa Ravzova, Constantin Stiletzky, se abandonó al alcohol cuando su tía se extinguió. En cuanto a su mujer, Irina Matveivna, un día le dejó y se fue con Antón, el hijo de Philip el carretero («¡también ella era una buena *pianitza!*, ¡una borracha! ¡Pero fue él, Stiletzky, quien hizo de ella una borracha! A veces la perdía jugando a las cartas. Es decir, la perdía cada noche y se la devolvían por la mañana, y a la noche siguiente la perdía de nuevo»).

Por tanto el ingeniero Stiletzky curaba sus penas con vodka y cartas («pero también escribía unos poemas muy bellos, unos poemas preciosos, llenos de sentimiento, arrepentimiento y compasión. Y hasta escribió un tratado filosófico en latín. Conocía de memoria las obras de los grandes filósofos, Aristóteles, Kant, Soloviev, y a menudo vagaba solo por el bosque. Para mortificarse solía disfrazarse a veces de mendigo, dar vueltas al amanecer por las calles y rebuscar por los basureros, en medio de la nieve, como un pobre hambriento»).

Poco a poco Stiletzky fue convirtiendo a Hertz Mussman en su mano derecha en el molino y después en su socio, su agente y su sustituto. Cuando mi abuelo tenía unos veintitrés años, unos diez años después de haber sido «vendido como siervo» a la princesa Ravzova, le compró a su sobrino Stiletzky su parte del molino.

Muy pronto los negocios de Hertz Mussman se ampliaron y absorbieron, entre otros, el pequeño molino de su padre.

El joven hacendado no estaba resentido por haber sido expulsado de la casa de sus padres, al contrario: perdonó a su padre Efraim, que entre tanto también había enviudado de su segunda esposa, se lo llevó con él y lo instaló en el despacho, al que llamaban *kontor*, e incluso le dio hasta el fin de sus días un digno sueldo mensual. Allí, en el *kontor*, estuvo el bello Efraim muchos años, sin hacer otra cosa que dejarse crecer una larga y fascinante barba blanca: sus días pasaban despacio, tomando té y conversando larga y placenteramente con los comerciantes y agentes que iban al molino. Le gustaba mucho disertar con ellos extensamente sobre el secreto de la longevidad, el carácter ruso en comparación con el polaco o el ucraniano, los misterios del judaísmo, la creación del mundo y sus originales ideas sobre la mejora de los bosques y los hábitos del sueño, la conservación de los cuentos populares o los métodos naturales para fortalecer la vista.

Mi madre recordaba a su abuelo Efraim Mussman como un patriarca de aspecto impresionante: su rostro le parecía sublime, con su blanca barba profética cayéndole majestuosamente y las espesas cejas, blancas como la nieve, que le conferían cierta solemnidad bíblica. Desde el valle de esos paisajes nevados de crines, barba y cejas, sus ojos azules, como dos lagos transparentes, te miraban con una sonrisa infantil y feliz: «El abuelo Efraim parecía el mismísimo Dios, es decir, era como los niños se imaginan a Dios. Poco a poco realmente se fue acostumbrando a aparecer ante el mundo entero como un santo eslavo, como mago de pueblo, una especie de mezcla entre la reencarnación del viejo Tolstói y el retrato de Papá Noel».

A los cincuenta años, Efraim Mussman era un anciano fascinante e impresionante, aunque

estaba algo confuso. Por aquellos años al parecer ya no distinguía bien entre un hombre de Dios y el mismísimo Dios: empezó a leer el pensamiento, a predecir el futuro, a dar consejos morales, a interpretar sueños, a absolver, a repartir amor y compasión. Se pasaba el día, de la mañana a la noche, sentado con una taza de té a la mesa de la oficina del molino, apiadándose. Excepto apiadarse casi no hacía nada en todo el día.

Un olor a perfume caro le acompañaba siempre y sus manos eran suaves y cálidas. («Pero a mí», decía la tía Sonia, de ochenta y cinco años, en un tono de triunfo contenido, «¡a mí el abuelo Efraim me quería mucho más que al resto de sus nietos! ¡Yo era su favorita! Porque yo era una pequeña *krasavitsa*, una princesita, una coqueta, una francesita, y sabía cómo tenerlo en el bote – aunque de hecho cualquiera podía tenerlo en el bote, estaba tan confuso y era tan afectuoso, tan infantil y sensible, por cualquier cosa le brotaban lágrimas de los ojos–, me pasaba horas y horas sentada en sus rodillas peinándole su espléndida barba blanca, y tenía paciencia para escuchar todas esas tonterías que a él le gustaba decir. Y además me pusieron el nombre de su madre, Sara, Shurka. Por eso el abuelo Efraim me quería más que a las demás y a veces me llamaba pequeña *mamaíta*»).

Era tranquilo y de buen carácter, un hombre delicado y amable, parlanchín, tal vez un poco tonto, pero a la gente le gustaba mirarle por su agradable y divertida sonrisa infantil, una sonrisa fascinante que casi siempre bailaba entre las arrugas de su cara («El abuelo Efraim era así, ¡con sólo mirarle inspiraba una sonrisa! Todo el mundo, quisiera o no, sonreía en el mismo instante en que el abuelo Efraim entraba en la habitación. ¡Hasta los retratos de la pared empezaban a sonreír en el preciso instante en que el abuelo Efraim aparecía!»). Afortunadamente su hijo Naftalí Hertz le amaba sin condiciones, y le perdonaba y hacía como que no se enteraba cuando el anciano confundía a los acreedores con los deudores o abría sin permiso la caja de la oficina y cogía algunos billetes que, como el Señor nuestro Dios en sus buenas obras, le gustaba dar a los pobres agradecidos después de predecirles el futuro y darles consejos morales.

Días enteros se pasaba el anciano sentado en la oficina del molino de su hijo, mirando todo el tiempo por la ventana, siguiendo con agrado la actividad del molino y el trabajo de los operarios. Tal vez, como parecía «el mismísimo Dios», también él se consideraba en los últimos años el soberano del mundo: era pobre pero altivo, quizás sus facultades mentales habían menguado un poco con la vejez (que había comenzado ya a los cincuenta años). A veces le daba a su hijo todo tipo de consejos, ideas e indicaciones para la gestión y ampliación del negocio, pero casi siempre, al cabo de media hora o una hora, el anciano olvidaba sus propuestas y proyectos, y se embarcaba en nuevos pensamientos. Se tomaba un té tras otro, miraba distraído los libros de cuentas, conversaba afablemente con los forasteros, que le tomaban por el director de la fábrica, sin sacarles de su error, sobre la riqueza de los Rothschild y el terrible sufrimiento de los *coolies* en China, a los que él llamaba *cathai*. Sus conversaciones podían durar siete horas, e incluso diez.

Su hijo, Hertz Mussman, no se enfadaba: fue ampliando sus negocios con inteligencia, prudencia y moderación, abrió filiales aquí y allá, se enriqueció moderadamente, casó a su hermana Sara, a la que nosotros llamábamos Shureke, se llevó con él a su hermana Jenny y al final consiguió casarla a ella también («¡con un carpintero llamado Yasha! ¡Un buen chico, aunque muy simple! ¿Pero qué otra cosa se podía hacer con Jenny? ¡Tenía ya casi cuarenta años!»). También contrató con un buen sueldo a su primo Shimshon, y al carpintero Yasha de Jenny, tomó bajo su protección a todos sus hermanos, hermanas y parientes, sus negocios crecieron, sus clientes

ucranianos y rusos empezaron a llamarle, con respeto, cierta veneración y quitándose el sombrero, Gercz Yefremovitz^[8]. Tenía incluso un ayudante ruso, un joven devorado por una úlcera, de una familia noble arruinada. Con su ayuda, mi abuelo aumentó su comercio de harina y sus mercancías llegaron hasta Kiev, Moscú y Petersburgo.

En 1909 o 1910, cuando tenía unos veintiún años, Naftalí Hertz Mussman se casó con Itta Gedalieвна Schuster, la caprichosa hija de Gedalia Schuster y Pearl Levitt Gibor. Sobre Pearl, la madre de mi abuela, la tía Haya me contó que era una mujer enérgica, «pícara como siete comerciantes», con un agudo instinto para las intrigas políticas del pueblo, de lengua afilada, ávida de dinero y poder, y avara hasta la locura («en casa decían que estuvo toda su vida guardando rizos y mechones de pelo para rellenar cojines. Con un cuchillo dividía cada terrón de azúcar en cuatro partes iguales»). En cuanto a Gedalia, el padre de mi abuela Itta, su nieta Sonia lo recuerda como alguien gruñón, corpulento, afónico, siempre con apetito. Su barba era negra y desgreñada; sus modales, burdos y despóticos. Decían que sabía eructar e hipar tan fuerte «que los cristales vibraban en las ventanas» y que su voz sonaba «como un barril vacío rodando» (pero tenía un miedo mortal de todos los animales, de los perros, de los gatos domésticos y hasta de las cabras o los terneros).

La hija de Pearl y Gedalia, mi abuela Itta, se comportaba siempre como una mujer para quien la vida no había sido tan buena como ella se merecía: de joven había sido guapa, cortejada y, al parecer, muy mimada. Siempre trató a sus tres hijas con mano dura, pero esperaba que se comportasen con ella como si fuese su hermana o su hija pequeña. Incluso de anciana continuó dando pequeñas muestras de corrupción, coquetería y favoritismo infantiles hacia sus nietos: como esperando que también nosotros la mimásemos, nos asombrásemos con sus encantos y la cortejáramos. Y, pese a todo, a veces era capaz de comportarse con refinada crueldad.

El matrimonio de Itta y Hertz Mussman duró, con la boca sellada, unos sesenta y cinco años de ofensas, injusticias, humillaciones, reconciliaciones, injurias, abstinencia y una ácida cortesía mutua: mis abuelos maternos eran dos almas diferentes y distantes entre sí hasta la desesperación, pero esa desesperación se quedaba siempre en lo más recóndito de la casa, encerrada con llave y candado. Nadie hablaba de esa historia en casa, y de niño, tan sólo pude intuirlo vagamente, como un olor sofocado a carne que va asándose lentamente al otro lado de la pared.

Sus tres hijas, Haya, Fania y Sonia, percibían ese abismo de dolor y buscaban el modo de aliviar el sufrimiento de la vida matrimonial de sus padres. Las tres estuvieron siempre sin dudar del lado de su padre y en contra de su madre. Las tres se apartaban de ella, la temían, se avergonzaban de ella y la consideraban pendenciera, vulgar y despótica. Cuando discutían, se acusaban mutuamente diciendo: «¡Pero mírate! ¡Te estás volviendo exactamente igual que mamá!».

Sólo cuando sus padres se hicieron viejos, y también ella había llegado casi a la vejez, la tía Haya logró por fin separar a sus ancianos padres, meterlo a él en una residencia de Givatayim y a ella en una clínica de los alrededores de Nes Ziona. Lo hizo en contra de la voluntad de la tía Sonia, para quien esa separación decidida de forma unilateral era un grave pecado. Pero por

aquella época el enfrentamiento, la escisión, entre la tía Haya y la tía Sonia había llegado a su punto más álgido: estuvieron casi treinta años sin hablarse, desde finales de los años cincuenta del siglo XX hasta el día en que murió la tía Haya (la tía Sonia, pese a todo, fue al entierro de su hermana y allí nos dijo con tristeza: «Yo ya le he perdonado toodo. Y deseo de corazón que también Dios la perdone, pero no le resultará fácil, ¡porque tiene muuucho muuucho que perdonarle!». Un año antes de su muerte, la tía Haya me dijo casi lo mismo sobre su hermana Sonia).

De hecho las tres hermanas Mussman, cada una a su manera, estaban enamoradas desde pequeñas de su padre: un hombre cariñoso, paternal, afectuoso y hasta fascinante como el abuelo Naftalí Hertz, a quien todos, hijas, yernos, nietos, llamábamos Papá. Tenía la piel muy oscura, la voz cálida, los ojos azules y límpidos los debió de heredar de su padre Efraim: unos ojos perspicaces y penetrantes pero que también ocultaban una sonrisa. Cuando te hablaba siempre tenías la impresión de que llegaba sin ninguna dificultad al fondo de tus emociones, que leía entre líneas, que captaba rápidamente lo que decías y por qué decías lo que decías, pero también adivinaba lo que en vano intentabas ocultarle. Algunas veces sonreía con una especie de sonrisa inesperada, una sonrisa astuta y pícara, acompañada de un guiño del ojo: como para avergonzarte al tiempo que se avergonzaba por ti, pero perdonándote porque, al fin y al cabo, una persona no es más que una persona.

En efecto, para él las personas sólo eran niños imprudentes que se causaban unos a otros, y a sí mismos, desilusiones y sufrimientos, todos atrapados en una comedia interminable, una burda comedia que normalmente acababa muy mal. Todos los caminos sin excepción conducían al sufrimiento. Por tanto, según Papá, las personas estaban necesitadas de compasión y casi todos sus actos le parecían dignos de cierta dosis de indulgencia: las intrigas, las travesuras, los engaños, las ligerezas, las fanfarronerías, las pretensiones vanas y las apariencias. Todo eso te lo perdonaba con su sonrisa sutil y pícara, como diciendo (en yiddish): ¿qué pasa?

Sólo ante la crueldad papá dejaba a un lado su amable tolerancia. Aborrecía la perversidad. Sus alegres ojos azules se volvían sombríos cuando oía cosas infames: «¿Mala bestia? ¿Pero qué es una mala bestia?», así reflexionaba en yiddish, «ninguna bestia es mala. Ninguna bestia es capaz de ser mala. Las bestias aún no han descubierto la maldad. La maldad es monopolio nuestro, de los reyes de la creación. ¿Es posible entonces que allí, en el paraíso, comiéramos de la manzana equivocada? Tal vez entre el árbol de la vida eterna y el árbol de la ciencia del bien y del mal hubiera en el paraíso otro árbol, un árbol venenoso del que no se habla en la Biblia, el árbol del mal» (él lo llamaba: «Árbol de la perversidad»), «y que comiéramos de él por error. Que la astuta serpiente engañara a Eva, asegurándole que era el árbol de la ciencia y la llevara directamente al árbol de la perversidad. Tal vez si de verdad hubiéramos comido sólo del árbol de la vida y del árbol de la ciencia no habríamos sido expulsados del paraíso».

Después sus ojos volvían a ser azules y lanzaban destellos de alegría, entonces proseguía hablando con su voz lenta, cálida, y formulaba con claridad, en un yiddish colorido y fluido, lo que Jean-Paul Sartre descubriría años más tarde: «¿Pero qué es el infierno? ¿Qué es el paraíso? ¿Acaso no está todo dentro? ¿En casa? Tanto el infierno como el paraíso pueden estar en cualquier habitación. Detrás de cualquier puerta. Debajo de cualquier sábana conyugal. De eso se trata: un

poco de perversidad y el hombre es un infierno para el hombre. Un poco de generosidad y el hombre es un paraíso para el hombre.

”He dicho un poco de compasión y generosidad, pero no he dicho amor: en el amor universal no creo demasiado. El amor de todos hacia todos tal vez es mejor dejárselo a Jesús: el amor es algo completamente diferente. No se parece en nada a la generosidad ni a la piedad. Al contrario. El amor es una especie de mezcla de una cosa y su contrario, una mezcla entre el egoísmo más egoísta y la entrega más absoluta. ¡Paradójico! Además, el mundo entero se pasa el día hablando del amor, el amor, pero el amor no se elige, nos contagia, nos atrapa, como una enfermedad, como una desgracia. ¿Entonces qué es lo que elegimos? ¿Entre qué cosas estamos obligados a elegir casi a cada instante? O generosidad o perversidad. Es cierto que eso lo sabe hasta un niño pequeño pero, a pesar de todo, la perversidad no desaparece. ¿Cómo se explica eso? Evidentemente todo es por culpa de la manzana que comimos allí: comimos una manzana envenenada».

La ciudad de Rovno^[9], un importante nudo ferroviario, creció alrededor del palacio y los jardines rodeados de lagos de los príncipes Levitt Lubomirski. Un río llamado Ustiya atraviesa Rovno de sur a norte. Entre el río y el pantano se elevaba la fortaleza de la ciudad, y en la época rusa aún había allí un hermoso lago con cisnes. El horizonte de Rovno lo dibujaban la fortaleza, el palacio de los príncipes Lubomirski y algunas iglesias católicas y protestantes, entre las que se encontraba una con dos torres gemelas. Unos sesenta mil habitantes tenía la ciudad antes de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría judíos, y una minoría de ucranianos, polacos, rusos, un puñado de checos y otro de alemanes. Unos cuantos miles de judíos más vivían en los pueblos cercanos y en las aldeas diseminadas por los alrededores. Las aldeas estaban rodeadas de frutales, huertos, pastos y campos de trigo y centeno que el viento a veces hacía estremecer o dibujaba ondas en su superficie. El pitido de una locomotora perforaba de cuando en cuando la quietud de los campos. Y en ocasiones se podía oír entre los frutales el canto de las campesinas ucranianas. De lejos, ese canto parecía un lamento.

Sólo se veían extensas llanuras, planas, arqueadas de vez en cuando por ondas de suaves colinas sorteadas por ríos y canales, salpicadas de pantanos y bosques. En la ciudad había tres o cuatro calles «europeas» donde se mantenían en pie un puñado de edificios de oficinas de estilo neoclásico y una fachada casi continua de pisos donde vivía la clase media. Eran casas de dos plantas con hileras e hileras de balcones de hierro. Pequeñas tiendas ocupaban la planta baja de esas casas. Pero la mayoría de las calles secundarias sólo eran caminos de tierra, fangosos en invierno y polvorientos en verano. A lo largo de algunas de aquellas bocacalles había inestables aceras de madera. Bastaba con salir de la calle principal hacia una de las secundarias para encontrarse rodeado de casas eslavas, bajas, anchas, toscas, de gruesos muros y tejados planos, circundadas por parcelas de cultivo, y también había un montón de cabañas de madera, endebles y deformes, algunas de las cuales, ennegrecidas, estaban hundidas en la tierra hasta las ventanas y tenían los tejados cubiertos de paja.

En 1919 se abrió en Rovno un instituto hebreo, una escuela elemental y unas cuantas guarderías de la organización Tarbut (Cultura). Según el sistema de educación Tarbut estudiaron mi madre y sus hermanas. En los años veinte y treinta se publicaban en Rovno periódicos en hebreo y en yiddish, diez o doce partidos judíos pugnaban entre sí y florecieron círculos hebreos de literatura, judaísmo, ciencias y educación de adultos. Cuanto más aumentaba el odio hacia los judíos en Polonia, a lo largo de los años veinte y treinta, más fuerte se hacía la corriente sionista y más se reforzaba la educación en hebreo, y al mismo tiempo –sin contradicción alguna– se

reforzaba también el laicismo y aumentaba la atracción por las culturas no judías^[10].

Todos los días, a las diez en punto, salía el rápido nocturno de la estación de Rovno hacia Zdolvonov, Lvov, Lublino y Varsovia. Los domingos y en las festividades cristianas repicaban las campanas de todas las iglesias. Los inviernos eran oscuros y nevaba, y en verano caía una lluvia caliente. El dueño del cine de Rovno era un alemán llamado Brandet. Uno de los farmacéuticos era un checo llamado Macek. El cirujano jefe del hospital era judío, el doctor Segel, sus enemigos le llamaban Segel el loco. Con él trabajaba también en el hospital un ortopeda, el doctor Yosef Kupieka, un revisionista convencido. Moshe Rotenberg y Shimja Hertz Majafit eran los rabinos de la ciudad. Los judíos comerciaban con miel y cereales, molían harina, se ocupaban de la industria textil, el menaje del hogar, la orfebrería, la peletería, la imprenta, las prendas de vestir, el comercio minorista, la mercería y la banca. Algunos jóvenes judíos se hacían obreros proletarios por convicción, trabajadores de imprenta, aprendices, jornaleros. La familia Pishuk producía cerveza. Los miembros de la familia Twischor eran famosos artesanos. La familia Strauch hacía jabón. La familia Gondlberg arrendaba bosques. La familia Steinberg tenía una fábrica de cerillas. En junio de 1941 los alemanes ocuparon Rovno y usurparon el poder a los soviéticos, que llevaban dos años gobernándola. En dos días, el 7 y 8 de noviembre de 1941, los alemanes y sus ayudantes asesinaron a más de veintitrés mil judíos. Los cinco mil restantes fueron asesinados el 13 de julio de 1942.

Mi madre me hablaba a veces con nostalgia, con su voz comedida que se alargaba un poco al final de las palabras, del Rovno que dejó atrás: con seis o siete frases podía dibujármelo. He rechazado una y otra vez ir a Rovno, para que las imágenes que me transmitió mi madre siguiesen estando en su lugar.

Lebedevsky, el peculiar alcalde de Rovno durante el segundo decenio del siglo XX, un hombre que nunca tuvo familia, vivía en una gran casa rodeada de un terreno de cinco *dunam*, con un jardín, un huerto y un campo de árboles frutales, en la calle Dubinska 14. Vivía allí con una sirvienta no muy joven y la hija pequeña de ésta, de quien en la ciudad se rumoreaba que era hija suya. También vivía allí una pariente lejana de Lebedevsky, Liubov Nikititzna, una noble rusa sin un céntimo que, según ella, era pariente lejana de la familia real Romanov. Vivía en casa de Lebedevsky con dos hijas nacidas de dos maridos diferentes, Tasia, es decir Anastasia Sergievna, y Nina, Antonina Boloslovna. Las tres se apiñaban en un cuarto que de hecho era el fondo del pasillo separado por un cortinón. A ese cuarto, además de aquellas tres nobles, había sido relegado un inmenso aparador, viejo y recargado, un mueble tallado del siglo XVIII de madera rojo oscuro y decorado con flores y molduras. Dentro del mueble y detrás de las vitrinas se amontonaban gran cantidad de antigüedades, objetos de plata, porcelana y cristal. También tenían allí una cama grande, adornada con un montón de cojines de colores bordados, en la que debían dormir siempre las tres juntas.

La casa tenía una sola planta, aunque muy espaciosa, y debajo se extendía un inmenso sótano que servía de taller, despensa, almacén, depósito de barricas de vino y de olores intensos: una extraña mezcla, inquietante pero también seductora, de olores a fruta seca, mermelada, mantequilla, salchichas, licor, cereales, miel, medicamentos como *varinya* y *pobidlo*, tinajas

llenas de coliflor y pepinillos en vinagre, especias de todo tipo... Había ristras de verduras y frutas secas ensartadas en cuerdas a lo ancho del sótano, y varios tipos de legumbres dentro de sacos y barricas de madera, y olor a brea, petróleo, pez, carbón y leña, e incluso un ligero hedor a moho y putrefacción. Un ventanuco pegado al techo dejaba entrar un haz de luz oblicuo y polvoriento que, en lugar de disipar la oscuridad del sótano, la acentuaba. Por las historias de mi madre conocí tan bien ese sótano que ahora, mientras estoy escribiendo, cierro los ojos, desciendo hasta allí y aspiro esa mezcla de olores hasta casi perder el sentido.

En 1920, poco antes de que las tropas polacas del mariscal Pilsudski vencieran a los rusos y conquistaran Rovno y toda Ucrania occidental, la posición del alcalde Lebedevsky vaciló y fue destituido. Su lugar lo ocupó un tal Boyarsky, un bandido vulgar y bebedor que para colmo odiaba a muerte a los judíos. La casa Lebedevsky de la calle Dubinska la adquirió, a precio de saldo, Naftalí Hertz Mussman. Allí se trasladó con su mujer Itta y sus tres hijas, Haya, o Niosia, la mayor, que nació en 1911, RivkaFayge, o Fania, que nació dos años después, y la pequeña Sara, o Sonia, que nació en 1916. La casa, según me contaron no hace mucho, aún sigue en pie.

A un lado de la calle Dubinska, a la que los polacos cambiaron el nombre y llamaron calle Kazarova («calle del cuartel»), había grandes casas donde vivían los ricos de la ciudad. Al otro lado se extendían los cuarteles militares, los *kazarmi*. Un aroma a jardines y campos de frutales en flor llenaba la calle en primavera, y a veces se mezclaba con olor a ropa recién lavada y a pan caliente, bollos, pastas y empanadas, olores a manjares especiados que salían de las cocinas de las casas.

En aquella casa de tantas habitaciones continuaron viviendo todo tipo de inquilinos que los Mussman «heredaron» de Lebedevsky. Papá no fue capaz de echarlos: en la parte trasera de la cocina siguieron viviendo por tanto la anciana sirvienta, Kasnia Dimitriovna, Kasnutzka, y su hija Dora, que quizá también lo era del propio Lebedevsky: todos la llamaban simplemente Dora, sin ningún patronímico. Al fondo del pasillo, en el cuarto que estaba tras el cortinón, seguían instaladas sin molestar la noble dama arruinada Liuba, Liubov Nikititzna, que según ella tenía cierto parentesco con la familia real, Tesia y Nina, las tres muy delgadas, erguidas, altivas, ataviadas siempre «como pavos reales».

Así mismo vivía allí, pagando un alquiler mensual, en una habitación amplia y luminosa que daba a la calle y a la que llamaban «gabinete», un oficial polaco, un *polkovnik*^[11] arrogante, vago y sentimental. Se llamaba Jan Zakashevski, era un hombre de unos cincuenta años, robusto, viril, de espalda ancha, no era feo. Las chicas lo llamaban Señor coronel: todos los viernes Itta Mussman mandaba a una de sus hijas, con una bandeja de aromáticas pastas de amapola recién sacadas del horno, a que llamara educadamente a la puerta del Señor coronel, le hiciera una ligera reverencia doblando una rodilla y le deseara en nombre de toda la familia *Shabbat shalom*. El señor coronel, por su parte, se inclinaba y acariciaba la cabeza de la niña y, a veces, también su espalda y sus hombros, las llamaba a todas «gitanillas», y prometía a cada una de ellas esperarla hasta que se hiciera mayor para casarse sólo y exclusivamente con ella.

Boyarsky, el alcalde antisemita que había heredado el cargo de Lebedevsky, iba algunas veces a jugar a las cartas con el coronel retirado Zakashevski. Bebían juntos y fumaban «hasta que el aire se volvía negro». Según iban pasando las horas sus voces se apagaban hasta hacerse roncadas y

graves, mientras sus risas se llenaban de carraspeos y toses. Durante las visitas del alcalde, enviaban a las chicas detrás de la casa, o al jardín, para que sus oídos no captasen lo que unas niñas educadas no debían oír de ninguna manera. De vez en cuando, la sirvienta les llevaba a los señores tazas de té hirviendo, salchichas, arenques, o una bandeja con zumo de frutas, bizcochos y nueces. En cada ocasión la sirvienta les transmitía humildemente a los señores la petición de la señora de la casa de que bajaran un poco la voz, porque la señora de la casa tenía un dolor de cabeza «infernial». Lo que le respondían los dos señores a la anciana sirvienta no se sabe, porque era «sorda como una tapia» (a veces decían de ella: «Está aún más sorda que el mismísimo Dios»). Ella se santiguaba atemorizada, se inclinaba ante los señores y salía del gabinete arrastrando los pies enfermos y cansados.

Un domingo antes del amanecer, cuando todos estaban aún durmiendo en sus camas, el coronel Zakashevski decidió comprobar el estado de su pistola. Primero disparó dos balas y atravesó la ventana cerrada. Por casualidad, o de forma misteriosa, consiguió darle completamente a oscuras a una paloma que encontraron al día siguiente en el patio, herida pero viva. Después, por alguna razón, le disparó a la botella de vino que había sobre la mesa, luego a su muslo, dos veces a la lámpara del techo, errando el disparo, y la última bala se la metió en la frente y murió. Era un hombre sensible, un hablador apasionado, tenía roto el corazón, a menudo cantaba entre lamentos o lloraba, le apenaba la tragedia histórica de su pueblo, le apenaba el tierno cochinitillo que el vecino había matado a bastonazos, le apenaba el amargo destino de los pájaros cantores al llegar el invierno, la dolorosa agonía de Jesús clavado en la cruz, le apenaban mucho incluso los judíos, perseguidos desde hacía cincuenta generaciones y que aún no habían conseguido ver la luz, le apenaba su propia vida, que pasaba sin pena ni gloria y también le apenaba profundamente Vasilissa, una muchacha a la que años atrás había dejado marchar, y hasta el día de su muerte maldijo su necedad y su vida vacía y carente de valor: «Dios mío, Dios mío», citaba en su latín polaco, «¿por qué me has abandonado? ¿Y por qué nos has abandonado a todos?».

Aquella mañana sacaron a las tres niñas de la casa por la puerta de atrás, atravesando el huerto y el portón de la cuadra, y cuando volvieron la habitación de delante ya estaba vacía, limpia, ordenada y ventilada, y todas las cosas del coronel habían sido metidas en bolsas y llevadas a otro lugar. Sólo un ligero olor a vino vertido de la botella que una bala había roto, así lo recordaba la tía Haya, permaneció allí unos cuantos días más.

Una vez, la niña en que se convertiría mi madre encontró un pedazo de papel entre las ranuras del armario, escrito en un polaco muy elemental y con letra de mujer: en él alguien le decía a su querido lobato que en toda su vida nunca, jamás, había conocido a un hombre mejor y más generoso que él, y que ella no era digna ni de besar las suelas de sus zapatos. En la palabra polaca «suelas» Fania encontró dos faltas de ortografía. El papel estaba firmado con la letra N. y debajo había dibujados dos labios carnosos preparados para besar. «Nadie», dijo mi madre, «nadie sabe nada de nadie. Ni siquiera del vecino de al lado. Ni siquiera del cónyuge. Ni siquiera de tu progenitor o de tu hijo. Nada. Y tampoco se sabe nada de uno mismo. Nada de nada. Y si alguna vez parece que se sabe algo, es mucho peor, porque es preferible vivir sin saber que vivir en un error. ¿Pero quién sabe? Pensándolo bien, a lo mejor es mucho más fácil vivir en un error que vivir en las tinieblas».

Desde un agobiante piso de dos habitaciones, oscuro, limpio y ordenado, atestado de muebles y siempre con las persianas bajadas en la calle Wiesel de Tel Aviv (mientras fuera se iba

hinchando un húmedo y sofocante día de septiembre), la tía Sonia me llevó a visitar las casas señoriales del barrio de Vóllya, al noroeste de Rovno. La casa estaba en la calle Dubinska, que tras la entrada de los polacos se llamó calle Kazarova («Dubinska» significa «el camino al pueblo de Duvno», mientras que «Kazarova» viene, como se ha mencionado ya, de «cuartel»). La calle se cruza con la calle principal de Rovno, que se llamó Shosienaya y después, con la entrada de los polacos, calle Czechiego Maya, «calle del 3 de mayo», en honor a la fiesta nacional de Polonia.

Al girar hacia la casa, así me lo describió la tía Sonia con toda precisión y detalle, se atravesaba primero un pequeño jardín que adornaba la fachada, se llamaba *polosiadnik*, donde crecían jazmines bien cuidados («Aún recuerdo uno pequeño, a la izquierda, que desprendía un olor especialmente fuerte y turbador, y por ello lo llamábamos “el enamorado”»). Y había *margaritki*, a las que ahora llaman margaritas, y también rosales, *rozotzki*, de cuyas flores en casa hacían una especie de confitura, una mermelada aromática y tan dulce que parecía que se fuese a relamer ella misma. Las rosas crecían en dos arriates circulares rodeados de pequeñas piedras, o ladrillos, dispuestas en diagonal y encaladas, como un cortejo de cisnes blancos apoyados unos en otros.

Detrás de las plantas teníamos un banco de madera verde, y desde allí se giraba a la izquierda hacia la entrada principal: cuatro o cinco peldaños amplios, y una gran puerta de color marrón, con adornos y relieves, un vestigio del gusto por lo recargado del alcalde Lebedevsky. La entrada principal nos conducía a un pasillo con algunos muebles de caoba. Caoba se dice en hebreo *tolanah*, ¿no? Algún día podrás explicarme por qué precisamente *tolanah*. ¿Es que tiene *tolaim*, gusanos? ¡Precisamente la caoba es casi inmune a los gusanos! ¡Ojalá fuéramos nosotros inmunes a los gusanos como la caoba!

Y en el pasillo también había un ventanal con largas cortinas bordadas que llegaban hasta el suelo. La primera puerta a la derecha era la del gabinete, es decir, la habitación del coronel Jan Zakashevski. Delante de su puerta, en el pasillo, sobre un colchón que por el día doblaban y ocultaban, dormía por las noches el escudero del oficial, su sirviente, su *dienshik*, un chico de pueblo con la cara ancha y roja como una remolacha, destrozada por espinillas y granos de esos que salen por culpa de los malos pensamientos. Ese *dienshik* nos miraba a las chicas con unos ojos tan saltones que parecía que se iba a morir de hambre. Al decir hambre no me refiero a hambre de pan, pues le llevábamos pan de la cocina siempre que quería. El coronel le daba a su *dienshik* unas palizas de muerte y, después, se arrepentía y le daba unas monedas.

Desde el jardín también se podía entrar en la casa por el lateral, por la derecha: allí había un camino pavimentado con piedras rojas, muy resbaladizo en invierno, y a lo largo del camino había seis árboles que en ruso se llaman *siren* y en hebreo no lo sé, puede ser que ni siquiera existan aquí. Aquellos árboles tenían a veces flores moradas muy pequeñas con un olor tan mareante que solíamos detenernos allí a propósito a aspirar profundamente, algunas veces parecía que volábamos y, de repente, empezábamos a ver círculos de colores girando, de unos colores que no tienen nombre. De hecho yo creo que hay muchos más colores y olores que palabras. El camino lateral llevaba a seis peldaños por los que se subía a un pequeño porche con un banco: en casa lo llamaban el banco del amor, debido a un asunto algo turbio que no querían contarnos, pero sabíamos que de algún modo estaba relacionado con los criados. En ese porche estaba la puerta

de servicio, a la que llamábamos *tzorni jod*, es decir, la entrada negra.

Si no se entraba por la entrada principal ni por la *tzorni jod*, se podía continuar por el camino que rodeaba la casa y llegar hasta el jardín. Era inmenso: al menos como desde aquí, desde la calle Wiesel, hasta Diezengoff. O incluso como desde aquí a Ben Yehuda. En el centro del jardín había un paseo, y a los dos lados, un montón de árboles frutales: ciruelos de todo tipo, dos cerezos cuya floración parecía un vestido de novia, de cuyos frutos se hacía *vishniak* y *piroshki*. Manzanos reineta y *popirovki*, y también *grushi*, enormes y jugosos perales, perales *pontovki* a los que los chicos daban unos nombres que resulta feo repetir. Al otro lado también había árboles frutales, melocotoneros con frutas rebosantes de jugo y otros manzanos casi únicos, y pequeños perales verdes de los que también los chicos decían cosas, mientras nosotras, las chicas, nos apresurábamos a ponernos las manos en las orejas para no escuchar ni una palabra. Y había ciruelos agrídulces y otros con ciruelas alargadas para hacer mermelada, y arbustos de frambuesas y moras, cardos y zarzamoras, sabes lo que es el cardo, ¿no? Es lo que nosotros llamábamos *tzinarah*. Y teníamos manzanos especiales para el invierno, daban unas manzanas verdes y duras que se ponían debajo de la paja en el *tzerdak* —una especie de desván— para que maduraran lentamente y estuvieran a punto en invierno. También se ponían allí las peras, envueltas en paja, para que continuaran durmiendo unas semanas más y despertaran con la llegada del invierno, y así, mientras los demás sólo tenían patatas para comer, y no siempre, nosotros teníamos buena fruta durante todo el invierno. Papá decía que la riqueza era un pecado y la pobreza un castigo, pero al parecer Dios quería que entre el pecado y el castigo no hubiese ninguna conexión. Uno peca y el otro es castigado. Así funciona el mundo.

Papá, tu abuelo, era casi comunista. Siempre dejaba a su padre, el abuelo Efraim, comiendo con cuchillo y tenedor, con mantel blanco, a la mesa de la oficina del molino. Papá se sentaba con sus obreros, abajo, junto al horno de leña, y comía con las manos pan de centeno con arenque, un pedazo de cebolla con sal y una patata con piel. Comían encima de un papel de periódico extendido en el suelo y pasaban la comida con un trago de vodka. Cada día de fiesta, papá repartía a cada trabajador un saco de harina, una botella de vino y unos cuantos rublos. Señalaba el molino y les decía: ¡Bueno, esto no es mío, es nuestro! Tu abuelo era como un personaje de Schiller, como Guillermo Tell, aquel presidente social que siempre bebía vino con los soldados rasos.

Y por eso, en el 19, cuando los comunistas entraron en la ciudad y pusieron contra el muro a los capitalistas y los fabricantes, a todos los propietarios de fábricas, los obreros de Papá abrieron la tapa de esa gran máquina, ya no recuerdo cómo se llamaba, el motor principal que daba energía para moler el trigo, lo escondieron dentro y la cerraron, después formaron una delegación para ir a ver al *pobodir*, el gobernador rojo, y le dijeron: ¡No le toquéis ni un pelo! ¡Hertz Mussman *on nash batka!*, que en ucraniano significa: ¡es nuestro padre!

Y, en efecto, el gobierno soviético de Rovno nombró a tu abuelo *upravelaiushi*, director, del molino y su autoridad no se vio disminuida, al contrario, le dijeron: Querido camarada Mussman, por favor, presta atención, de ahora en adelante, si por casualidad aparece por aquí algún obrero holgazán o saboteador, sólo tienes que señalarlo con el dedo y de inmediato lo llevaremos al paredón. Tu abuelo, por supuesto, hizo todo lo contrario: protegió con astucias y artimañas de todo tipo a sus obreros, incluso ante ese poder de los trabajadores. Y al mismo tiempo suministró

harina a todo el ejército rojo de nuestra región.

En una ocasión el gobernador soviético recibió una partida muy grande de trigo completamente rancio y sintió pánico de que por eso pudieran ponerlo contra el paredón, pues lo había aceptado sin comprobación alguna. ¿Y qué hizo entonces el gobernador para salvar el pellejo? A altas horas de la noche mandó triturar toda la partida en el molino de Papá y le indicó, o mejor dicho le ordenó, que antes de las cinco de la madrugada tuviera lista la harina.

Papá y sus obreros no se dieron cuenta en la oscuridad de que el trigo estaba completamente rancio, lo molieron todo durante toda la noche, y por la mañana se encontraron con una harina apesosa llena de gusanos marrones. Papá comprendió enseguida que esa harina era responsabilidad suya, y lo único que podía hacer era aceptar la responsabilidad o acusar sin ninguna prueba al gobernador soviético, que le había mandado el trigo rancio: tanto una cosa como otra significaba el pelotón de fusilamiento.

¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Hacer recaer toda la responsabilidad en sus obreros? Simplemente tiró toda esa harina rancia, junto con los gusanos, y sacó de sus almacenes ciento cincuenta sacos de flor de harina, no harina del ejército, sino harina blanca, harina de repostería y, por la mañana, sin decir ni una palabra, envió esa harina al gobernador. Tampoco el gobernador dijo nada, aunque en su interior tal vez hasta se avergonzara por haber intentado echarle la culpa a tu abuelo. ¿Pero qué habría podido hacer? Lenin y Stalin jamás aceptaban ningún tipo de explicación o justificación: de inmediato le ponían a uno contra el paredón y disparaban.

Obviamente, el gobernador comprendió que lo que Papá le había dado no era su trigo rancio ni su tosca harina, y que de ese modo había salvado a ambos: a él mismo y al propio general. Y de paso había salvado también a sus obreros.

Esta historia continúa: Papá tenía un hermano, Mijail, Mijael, que afortunadamente era sordo como Dios. Digo afortunadamente porque el tío Mijael tenía una mujer terrible, perversa, chillona, Rajil, que se pasaba el día y la noche gritándole e insultándole, pero él no oía nada: vivía en silencio y en paz como la luna en el cielo.

Mijail estaba siempre danzando por el molino de Papá sin hacer nada, tomando té con el abuelo Efraim en el *kontor* y rascándose la barriga, y a pesar de eso Papá le pagaba un sueldo mensual bastante digno. Un día, unas semanas después de lo de la harina rancia, los soviéticos lo cogieron de repente y le enrolaron en el ejército rojo. Pero esa misma noche Mijail vio en sueños a Haya, su madre, y ésta le dijo: Deprisa hijo mío, levántate y escapa, mañana te van a matar. Por tanto se levantó temprano y se escapó del cuartel militar como si hubiese un incendio: *dezertir, rastralki*, es decir, desertor. Pero los rojos lo apresaron enseguida, le hicieron un consejo de guerra y lo mandaron al paredón. ¡Igual que le había prevenido su madre en sueños! Pero en el sueño se le había olvidado decirle lo contrario, que de ninguna manera huyese ni desertase.

Papá fue a la plaza a despedirse de su hermano, ya no había nada que hacer y, de pronto, en medio de la plaza, cuando los soldados ya habían metido las balas para Mijail en las escopetas, el gobernador de la harina rancia se acercó y le preguntó al condenado a muerte: Dime una cosa, *ti brat di Gertz Yefremovitz*? ¿No serás el hermano de Hertz, hijo de Efraim? Y Mijail le contestó: ¡Da, camarada general! Entonces el gobernador se dirigió a Papá y le preguntó: ¿Es tu hermano? Y Papá también le contestó: ¡Sí, sí, camarada general! ¡Es mi hermano! ¡Por supuesto que es mi

hermano! Entonces el general simplemente se dio la vuelta y le dijo al tío Mijail: *Nu, idi damoi! Pashol!* ¡Vete a casa! ¡Corre! Y se inclinó hacia Papá, para que no le oyesen, y le dijo en voz baja: «¿Qué pasa, Gertz Yefremitz?, ¿pensabas que eras el único que sabía convertir el estiércol en oro puro?».

Tu abuelo era comunista de corazón, pero no bolchevique rojo. Stalin le parecía otro Ivan el Terrible. Era, cómo decirlo, una especie de comunista-pacifista, un *narodnik*, un comunista-tolstoiano contrario al derramamiento de sangre. Le daba miedo el mal que se oculta en el alma de personas de toda condición: siempre nos decía que llegaría un día en el que habría un gobierno popular compartido por las gentes honestas del mundo. Y que lo primero que había que hacer era eliminar poco a poco los países, los ejércitos y las policías secretas, y sólo después, poco a poco, se podría ir pensando en la igualdad entre ricos y pobres: pedirles impuestos a unos y dárselos a otros, pero no de repente, para que no hubiera derramamiento de sangre, sino poco a poco. Decía: *Mit arapapalendiker*. Progresivamente. Aunque hagan falta siete u ocho generaciones, de tal modo que los ricos casi no se den cuenta de que lentamente van siendo menos ricos. En su opinión, lo importante era empezar por fin a convencer al mundo de que la injusticia y la explotación eran la enfermedad de la humanidad y de que la justicia era la única medicina: Es cierto que es una medicina amarga, eso nos decía siempre, una medicina peligrosa, una medicina que hay que tomar gota a gota hasta que el cuerpo se habitúe. Y quien intente tomarla de golpe sólo provocará desgracias y ríos de sangre: ¡sólo hay que ver lo que Lenin y Stalin le han hecho a Rusia y al mundo entero! Es cierto que Wall Street es un vampiro que chupa la sangre al mundo, pero derramando sangre jamás se ahuyenta al vampiro, todo lo contrario, sólo se le hace más grande y fuerte, sólo se le alimenta y se le da a beber más y más sangre inocente.

Lo malo de Trotski, Lenin, Stalin y sus camaradas, eso pensaba tu abuelo, era que intentaron enseguida regular de nuevo la vida según lo que decían los libros, los libros de Marx, de Engels y de otros grandes pensadores como ellos que tal vez conocían muy bien la literatura pero que no tenían ni idea de la vida, ni de la maldad, la envidia, el egoísmo, la perversidad y la alegría por el mal ajeno. ¡Nunca, nunca se podrá regular la vida por lo que dice un libro! ¡Ningún libro! ¡Ni nuestro *Shuljam Aruj*, ni las palabras de Jesús ni el *Manifiesto* de Marx! ¡Jamás! Además, nos decía siempre, sería mejor regular menos y ayudar más al prójimo e incluso algo de compasión. Tu abuelo creía en dos cosas: en la compasión y en la justicia, *derbaremen un gerechtikeit*. Pero opinaba que siempre había que unir las dos cosas: La justicia sin compasión es un matadero, no justicia. Por otra parte, la compasión sin justicia tal vez esté bien para Jesús, pero no para los hombres sencillos que comieron de la manzana del mal. Así veía él las cosas: menos orden y más piedad.

Enfrente de la «entrada negra», la *tzorni jod*, había un espléndido castaño, un viejo árbol majestuoso que recordaba algo al rey Lear; Papá mandó poner debajo un banco para nosotras tres, «el banco de las hermanas», se llamaba. En los días agradables solíamos sentarnos allí y soñar despiertas: ¿qué seríamos de mayores? ¿Cuál de nosotras sería ingeniero, cuál poetisa y cuál una gran inventora como Marie Curie? Con esas cosas soñábamos. No soñábamos, como las demás chicas de nuestra edad, con novios ricos y famosos, porque ya éramos ricas y no nos atraía nada la

idea de casarnos con chicos que fuesen más ricos que nosotras.

Si hablábamos de amor, no lo hacíamos pensando en un conde o un actor famoso sino en un hombre con nobles sentimientos, un gran artista, por ejemplo, aunque no tuviese ni un céntimo. No importaba. ¿Qué sabíamos nosotras entonces? ¿Cómo íbamos a saber lo depravados y canallas que pueden ser los grandes artistas? ¡No sabíamos nada! ¡Nada de nada! Ahora sé que los nobles sentimientos y todo eso no es lo más importante de la vida. En absoluto. Los sentimientos son sólo fuego en un campo de hierba seca: arden un instante y después sólo queda tizne y ceniza. ¿Sabes qué es lo más importante? ¿Lo que una mujer tiene que buscar en su hombre? Debe buscar una cualidad nada fascinante pero más excepcional que el oro: honradez. Y puede que también bondad. Pero debes saber que ahora considero la honradez mucho más importante que la bondad: la honradez es la rebanada de pan. La bondad es la mantequilla. O la miel.

En el huerto, en medio del paseo, había dos bancos, uno enfrente del otro, y era muy agradable ir allí cuando te apetecía estar sola y pensar en silencio, entre el canto de los pájaros y el susurro del viento murmurando con las ramas.

Abajo, al final de la parcela, había una pequeña casa a la que llamábamos oficina, y allí, en la primera habitación, había una gran caldera negra para hervir la ropa. Allí jugábamos a que éramos prisioneras de una bruja mala, Baba Yaga, que cocinaba a los niños en la caldera. Después había otro cuarto pequeño donde vivía el *storoz*, el vigilante del jardín. Detrás de la oficina estaba nuestra cuadra, donde se guardaba el *faeton*, el coche de caballos de Papá, y también vivía allí un gran caballo pardo. Al lado esperaba una carroza de invierno que en vez de ruedas tenía dos hojas de hierro y en la que Philip, el cochero, o Antón, su hijo, nos llevaban al colegio cuando nevaba y helaba. A veces venía con nosotras Hemi, el hijo de Ruja y Arie Leib Fisiuk. Los Fisiuk eran ricos, producían cerveza y fermentos para toda la región. Tenían una fábrica muy grande que dirigía el abuelo de Hemi, Hertz Meir Fisiuk. A la casa de la familia Fisiuk estaban invitadas siempre las personalidades que visitaban Rovno: Bialik, Jabotinsky, Tchernijovsky. Creo que ese niño, Hemi Fisiuk, fue el primer amor de tu madre. Fania tendría trece años, tal vez quince, y siempre quería ir en el coche de caballos o en el trineo con Hemi pero sin mí, y yo me metía a posta en medio, tendría nueve o diez años, no les dejaba solos, era una tontorróna, así me llamaban en casa. Cuando quería fastidiar a Fania, la llamaba delante de todos Hemutzka, que viene de Hemi. Es decir Nehemías. Hemi Fisiuk se fue a estudiar a París y allí lo mataron. Los alemanes.

Papá, tu abuelo, quería al cochero, a Philip, quería mucho a los caballos, hasta quería al herrero que le engrasaba los ejes del coche, pero sabes, sólo había una cosa que no le gustaba nada, nada en absoluto, y era viajar en el coche de caballos, envuelto en un abrigo de piel con cuello de zorro como una terrateniente, detrás de su cochero ucraniano, eso a tu abuelo no le gustaba nada: prefería ir andando. Por alguna razón no le agradaba ser un señor. En coche de caballos o en un sillón, entre manjares, bajo candelabros de cristal, casi siempre se sentía como un comediante.

Muchos años más tarde, cuando lo perdió todo, cuando llegó a Palestina con las manos casi vacías, estaba convencido de que no era algo tan terrible. No echaba de menos la riqueza. Al contrario: incluso se sentía aliviado. No le iba nada mal con una camiseta gris, sudando bajo el

sol y con un saco de harina de treinta kilos a la espalda. Sólo mamá sufría terriblemente, maldecía, le gritaba y le ofendía, ¿cómo había podido caer tan bajo! ¿Dónde estaban los sillones, la cristalería y las lámparas de araña? ¿Por qué tenía que vivir ella a su edad como los *muzik*, como una campesina, sin cocinera, sin peluquera y sin modista? ¿A qué esperaba para reaccionar de una vez y construir ahí, en Haifa, un nuevo molino de harina de modo que volviéramos a alcanzar la posición que merecíamos? Mamá era igual que la mujer del pescador del cuento. Pero yo le he perdonado todo. Que Dios también la perdone, ¡y tendrá muuucho que perdonarle! Y que Dios me perdone también a mí por hablar así de ella, que en paz descance. Que descance en paz, no como Papá, a quien ella no dejó descansar ni un minuto de su existencia. Durante los cuarenta años que vivieron aquí, se pasaba día y noche amargándole la vida. Encontraron en un espinar detrás de Kiriát Motzkin una mísera barraca de una habitación sin agua ni retrete, cubierta de tela asfáltica. ¿Recuerdas aún el barracón de Papá y mamá? ¿Sí? El único grifo estaba fuera, entre los cardos, el agua tenía óxido y el retrete era un agujero en la tierra, dentro de un cobertizo de tablas que Papá construyó detrás.

Tal vez mamá no era culpable de amargarle la vida. Allí era muy desgraciada. ¡Terriblemente! Era una mujer desgraciada. Así había nacido: desgraciada. Con las lámparas de araña y la cristalería también era bastante desgraciada. Pero era una de esas personas que además tienen que hacer desgraciadas a las demás, y ése fue el destino de tu abuelo.

Nada más llegar a Eretz Israel, Papá encontró trabajo en Haifa, en una panificadora. Después fue carretero en el golfo de Haifa: vieron que entendía de trigo, de harina y de pan, y entonces no le permitieron moler ni hornear, sólo llevar sacos de harina y repartir el pan con su carreta. Después trabajó muchos años para la fundición Vulcan, donde transportaba hierros de construcción redondos y largos.

A veces te llevaba con él en el carro por el golfo de Haifa, ¿te acuerdas? ¿Sí? Ya anciano, tu abuelo se ganaba la vida llevando durante todo el día de un lado a otro tablones para hacer andamios o arena de la playa para edificios en construcción.

Aún te recuerdo sentado a su lado, tan pequeño y delgado, tenso como una goma, Papá te dejaba sujetar las riendas. Todavía veo esa imagen con toda claridad: tú eras un niño blanco, pálido como una hoja de papel, y tu abuelo estaba siempre muy bronceado, era robusto, incluso a los setenta años seguía siéndolo, moreno como un indio, parecía un príncipe hindú, un marajá de ojos azules que irradiaban destellos de alegría. Tú te sentabas en el pescante de la carreta, llevabas una pequeña camiseta blanca, y él se ponía a tu lado con su camiseta de trabajo gris, sudada. Él era feliz, estaba contento, le gustaba el sol y el trabajo físico, le agradaba ese empleo de carretero; siempre había tenido ideas proletarias y en Haifa se sintió bien al ser de nuevo proletario, como en sus comienzos, cuando sólo era aprendiz en la hacienda de Viljov. Puede que como carretero disfrutara más de la vida que siendo un rico propietario de molinos en Rovno. Y tú eras un niño serio, un niño que no se adaptaba a los rayos del sol, demasiado serio para tener siete u ocho años, tenso de arriba abajo en el asiento de la carreta a su lado, temeroso de las riendas, sufriendo por el calor y las moscas, inquieto a cada latigazo de la cola del caballo. Pero ¿sabes?, te controlabas heroicamente y no te quejabas. Lo recuerdo como si fuese hoy. La camiseta grande y gris y la camiseta pequeña y blanca: entonces pensé que serías mucho más Klausner que Mussman. Ahora ya no estoy tan segura.

23

Recuerdo que discutíamos mucho con nuestras amigas, con los chicos, con los profesores del instituto y también en casa, entre nosotras, sobre temas como la justicia, el destino, la belleza, Dios. Ese tipo de discusiones eran muy habituales en nuestra generación, mucho más que ahora. Por supuesto, también discutíamos sobre Eretz Israel, la asimilación, los partidos políticos, la literatura, el socialismo y los males del pueblo judío. Las que más discutían eran Haya, Fania y sus amigas y amigos. Yo discutía menos, porque era la hermana pequeña y siempre me decían: Tú escucha y calla. Haya era instructora, o secretaria, de las Juventudes Sionistas. Tu madre pertenecía al Hashomer Hatzair, y también yo, tres años más tarde, me inscribí. Los Klausner no querían ni oír hablar de ese nombre, por temor a que pudiéramos adquirir un cierto tono rojo.

En una ocasión, creo que fue en invierno, en la fiesta de Januká, tuvimos una gran discusión, que duró varias semanas ininterrumpidas, sobre la predeterminación frente al libre albedrío. Recuerdo como si fuera hoy que de repente tu madre nos sorprendió con una frase extraña, dijo que si le abrieran a una persona la cabeza y le sacaran el cerebro, de inmediato se vería que nuestro cerebro es tan sólo una coliflor. Incluso el cerebro de Chopin o de Shakespeare: tan sólo una coliflor.

No sé a propósito de qué dijo algo así, pero recuerdo que nos partimos de risa, no podíamos dejar de reírnos, yo lloraba de risa, pero ella ni siquiera sonrió. A veces Fania tenía esa costumbre, solía decir con toda seriedad algo que nos hacía reír a todos, y sabía que nos reiríamos, pero ella no se unía a las risas que había provocado. Fania se reía sólo cuando a ella le parecía, ella sola, no con los demás; precisamente cuando nadie encontraba nada gracioso en lo que se estaba diciendo, tu madre se mondaba de risa. Era algo muy peculiar en ella. Pero, cuando Fania se reía de algo, de inmediato todos caíamos en la cuenta de aquello que era tan gracioso y comenzábamos a reírnos con ella.

Tan sólo una coliflor, dijo, y con las dos manos nos indicó el tamaño de la coliflor, y qué maravilla, dijo, dentro de esta coliflor caben el cielo, la tierra, el sol y las estrellas, caben las ideas de Platón, la música de Beethoven, la Revolución Francesa, las novelas de Tolstói, el infierno de Dante, y el desierto y los océanos, hasta para los dinosaurios y los monstruos marinos hay sitio, todo entra fácilmente en esta coliflor, las esperanzas de la humanidad, los deseos, errores y fantasías, hay sitio para todo, hasta para esa verruga hinchada con pelos negros que tiene en la barbilla Bashka Durashka. En el momento en que Fania introdujo la repugnante verruga de Bashka al lado justo de Platón y Beethoven, todos volvimos a partirnos de risa, excepto tu madre, que sólo nos miró con sorpresa como si lo gracioso no fuera su coliflor sino nosotros.

Fania me escribió desde Praga una carta filosófica, yo tendría unos dieciséis años y ella ya era una estudiante de diecinueve, puede que me escribiera las cartas con cierto aire de superioridad, pues yo siempre fui considerada una tontorrón, pero aún recuerdo que aquella era una carta larga y detallada sobre la predeterminación frente al entorno y al libre albedrío.

Voy a intentar contarte lo que decía, pero por supuesto con mis palabras, no con las de Fania: lo que mi hermana Fania era capaz de expresar con palabras no conozco a muchos capaces de hacerlo. Fania me escribió algo así: la predeterminación y el entorno en el que nos educamos, así como el estatus social son como cartas que nos reparten a ciegas antes de empezar a jugar. En eso no hay ninguna libertad: el mundo da y tú simplemente tomas lo que te viene dado, sin ninguna posibilidad de elegir. Pero, eso me escribió tu madre desde Praga, la cuestión es qué hace cada uno con las cartas que le han tocado. Hay quien juega extraordinariamente con cartas no muy buenas y hay quien lo echa todo a perder incluso con cartas estupendas. Ésa es toda nuestra libertad: la libertad es cómo jugar con las cartas que nos han tocado. Pero la libertad también es, irónicamente, cómo jugar, escribió Fania, dependiendo de la suerte de cada uno, de la paciencia, el ingenio, la intuición, el coraje. ¿Y en el fondo no son todas esas cosas tan sólo otras cartas que nos tocan o no antes de jugar sin contar con nosotros? ¿Y entonces qué nos queda al final para ejercer la libertad de elección?

No mucho, escribió tu madre, no mucho, tal vez sólo nos queda la libertad de reírnos de nuestra situación o de lamentarnos por ella, de participar en el juego o dejarlo, de intentar comprender más o menos lo que hay y lo que no hay o renunciar y no intentar comprenderlo; en resumen, la elección está en pasar por la vida despiertos o medio dormidos. Éstas son, aproximadamente, las reflexiones de Fania, tu madre, pero con mis palabras. No con las suyas. Soy incapaz de repetir sus palabras.

Y ya que estamos hablando del destino frente a la libertad de elección, ya que estamos hablando de las cartas, tengo otra historia para ti: Philip, nuestro *kutsher*, el cochero ucraniano de la familia Mussman, tenía un hijo, un bellissimo muchacho moreno llamado Antón: ojos negros y brillantes como azabaches, las comisuras de los labios ligeramente caídas, que le daban a un tiempo un aire de desprecio y altivez, los hombros anchos, y una voz grave, como de toro, que hacía que los cristales de la cómoda vibraran cuando Antón levantaba la voz. Siempre que una chica pasaba delante de él por la calle, Antón empezaba a propósito a andar más despacio, mientras que la chica, sin ser consciente, aceleraba el paso y también la respiración. Recuerdo que entre nosotras, las hermanas, y entre nuestras amigas, nos burlábamos unas de otras: «¿Quién se ha puesto una camisa en honor de Antón? ¿Quién se ha puesto una flor en el pelo en honor de Antón? ¿Quién iba a salir de paseo con una falda plisada almidonada y unos calcetines cortos y blancos como la nieve sólo para que la viera Antón?».

Al lado de nuestra casa, en la calle Dubinska, vivía el ingeniero Steletzky, el sobrino de la princesa Ravzova, con la que mandaron a tu abuelo a trabajar a los doce años. Era el mismo desdichado ingeniero que construyó el molino de harina con el que Papá empezó a trabajar como obrero, después le dirigió el negocio y al final se lo compró. Aún recuerdo su nombre completo, con el patronímico: ingeniero Constantin Semionovich Steletzky. Su mujer se llamaba Ira, Irina

Matveivna, y un día le abandonó a él y a sus dos hijos, que se llamaban Senia y Kira, sencillamente huyó con una pequeña maleta azul directamente a la cabaña de enfrente, la cabaña que Antón, el hijo de Philip el cochero, se hizo detrás de nuestro patio, fuera, al final del terreno, o mejor dicho, del campo donde pastaban las vacas. Es cierto que tenía motivos para huir de su marido: puede que fuera medio genio, pero un genio borracho, charlatán y llorón que en más de una ocasión había perdido a su mujer a las cartas, es decir, la ofrecía por una noche a modo de pago, ¿entiendes a lo que me refiero?, la ofrecía por una noche a los que le habían ganado a las cartas.

Recuerdo que una vez le comenté eso a mi madre, ella se quedó aterrorizada, palideció y me dijo: ¡Sonitshka! ¡Dios mío! ¡Debería darte vergüenza! ¡De inmediato, has oído, deja de inmediato de pensar en esas cosas tan feas y empieza a pensar sólo en cosas bonitas! ¡Sonitshka, todo el mundo sabe que si una chica tiene malos pensamientos, aunque no los diga en voz alta, enseguida le empiezan a salir pelos negros por todo el cuerpo y empieza a tener una voz grave y fea como la de un hombre, y después nadie querrá casarse con ella!

Así nos educaban antes. Pero la verdad es que yo no quería pensar en cosas así, en una mujer que tiene que ir por las noches como premio a un barracón sucio, con algún perverso borracho. No quería pensar en el destino de muchas mujeres cuyos maridos las perdían a las cartas. Hay otras formas de perder a una mujer. ¡No sólo a las cartas! Pero ¿sabes una cosa?, los pensamientos no son como la televisión, que cuando algo no te gusta basta con apretar el botón y cambiar a otros programas. ¡No! ¡Los malos pensamientos son más bien como gusanos en la coliflor!

La tía Sonia recordaba a Ira Steletzky como una mujer delicada, una miniatura, con una cara agradable, algo atónita o sorprendida: «Siempre parecía que acababan de decirle que Lenin la estaba esperando en el patio y que quería hablar con ella».

Estuvo viviendo en la cabaña de Antón unos meses, quizás medio año, y su marido, el ingeniero, no permitía a los niños acercarse a ella ni contestarle cuando intentaba dirigirse a ellos, pero podían verla todos los días de lejos y también ella les podía ver. El marido, Steletzky, también la veía todo el rato enfrente, de lejos, en casa de Antón. A Antón le gustaba levantar a Ira por los aires, después de dos partos aún tenía un cuerpo fino y bonito como el de una joven de dieciséis años, la tomaba en brazos, como a un perrillo, y le daba vueltas, la lanzaba al aire y la recogía, up, up, upa, Ira gritaba de miedo y le pegaba unos puñetazos que apenas le hacían cosquillas. El tal Antón era fuerte como un toro: sólo con las manos, sin ayuda de nada, nos enderezaba el tiro del coche de caballos cuando se torcía un poco. Era una tragedia indescriptible, cada día Ira Steletzkaya veía enfrente la casa, a los niños y al marido, y cada día ellos la veían a ella de lejos.

Una vez la pobre mujer, que ya bebía demasiado, bebía desde por la mañana, se escondió cerca de la puerta de la casa y vio a su hija pequeña, Kira, que volvía del colegio. Por casualidad yo estaba en la calle y vi de cerca cómo Kirotzka no dejó que su madre la cogiera en brazos, porque el padre no le permitía ningún contacto. La pequeña tenía miedo de su madre, tenía miedo hasta de cruzar unas palabras con ella, la rechazó, le dio patadas, pidió socorro, hasta que Kazimir, el asistente del ingeniero Steletzky, oyó los gritos y salió a las escaleras. Enseguida empezó a agitar los brazos y a emitir unos sonidos como para ahuyentar a las gallinas. Jamás

olvidaré cómo se alejó Ira Steletzkaya de allí, llorando, no lloraba en silencio, no lloraba como lo hacen las señoras, no, lloraba como una sirvienta, como una campesina, con alaridos terroríficos, no eran alaridos humanos, eran aullidos como los de una perra a la que le han quitado su cachorro y lo están matando ante sus ojos.

Aparece algo así en Tolstói, seguro que lo recuerdas, en *Ana Karenina*, cuando Ana se cuela en su casa, aprovechando que Karenin está en el despacho, en el gobierno, y consigue entrar en la casa que antes fue suya, y hasta consigue ver un momento a su hijo, pero las criadas la echan de allí. La diferencia es que, en Tolstói, la escena se desarrolla de una forma algo menos cruel que en este caso: mientras Irina Matveivna escapaba del asistente Kazimir, pasó a mi lado, tan cerca como estás tú ahora, no en vano éramos vecinas, pero no me saludó, y yo oí sus alaridos de dolor, oí el aliento de su boca y vi en su cara que ya no estaba del todo cuerda. En su mirada, en su llanto, en su forma de andar, vi claramente el principio de la muerte.

Y en efecto, al cabo de unas semanas o unos meses, Antón la echó, o puede que en vez de echarla se fuera él a algún pueblo, e Irina volvió a casa, se puso de rodillas delante de su marido y al parecer el ingeniero Steletzky, a pesar de todo, se apiadó de ella y la aceptó de nuevo, pero no por mucho tiempo: la llevaban continuamente al hospital hasta que, al final, llegaron unos enfermeros, le taparon los ojos, le ataron las manos y se la llevaron a la fuerza al manicomio de Kovel. Recuerdo sus ojos como si fuera ayer, parece que los estoy viendo, y es extraño, han pasado casi ochenta años desde entonces y han ocurrido muchas cosas, el holocausto, las guerras, nuestra tragedia y las enfermedades, todos excepto yo han muerto, y a pesar de todo sus ojos aún me hieren como dos agujas.

Después de aquel día Irina siguió volviendo a casa, con Steletzky, estaba más calmada, cuidaba de sus hijos, hasta plantó rosales en el jardín, daba de comer a los pájaros y a los gatos, pero un día huyó de nuevo al bosque y, unos días después de que la encontraran, cogió una lata de gasolina y se fue a la cabaña que Antón se había hecho en la pradera, una cabaña cubierta de tela asfáltica, Antón no estaba allí desde hacía tiempo, entonces encendió una cerilla y quemó la cabaña con todos los trastos de él y a sí misma. Recuerdo cómo en invierno, cuando todo estaba cubierto de nieve blanca, las vigas negras de la cabaña quemada parecían salir de la nieve y apuntar a las nubes y al bosque como dedos carbonizados.

Al cabo de algún tiempo el ingeniero Steletzky perdió completamente el rumbo, enloqueció, se casó otra vez, se arruinó y al final le vendió a Papá su parte del molino. Tu abuelo había conseguido comprar la parte de la *knizna* (es decir, de la princesa) Ravzova tiempo atrás. En esa casa había empezado de ayudante, de sirviente suyo, cuando era un niño pobre de doce años y medio que había quedado huérfano de madre y a quien su madrastra había echado de casa.

Y ahora observa qué extrañas vueltas nos depara el destino: tú también te quedaste huérfano de madre justo a los doce años y medio. Igual que tu abuelo. Aunque a ti no te mandaron a casa de una terrateniente medio loca. A ti te enviaron a un kibbutz como externo. No creas que no sé lo que es ser un niño externo en un kibbutz: allí no te espera ningún paraíso. A los quince años tu abuelo dirigía prácticamente solo el molino de la princesa Ravzova, y tú a esa misma edad escribías poemas. Al cabo de unos cuantos años todo el molino fue propiedad de Papá, quien en su fuero interno siempre despreció un poco la riqueza. No sólo la despreciaba: también en cierta forma le

asfixiaba. A mi padre, tu abuelo, le sobraban perseverancia y amplitud de miras, magnanimidad y una especial sabiduría de la vida. Sólo le faltó suerte.

24

Alrededor del jardín teníamos una cerca de madera que una vez al año, en primavera, pintaban de blanco. También los troncos de los árboles los pintaban todos los años de blanco para repeler a los gusanos. En la cerca había una pequeña *kalitka*, un portillo a través del cual se accedía a la *plashadka*, una especie de explanada o plaza. Todos los lunes llegaban a la explanada los *tziganki*, los gitanos. Ponían allí su carro de colores con grandes ruedas y a un lado de la explanada preparaban una gran carpa de lona. Hermosas gitanas iban descalzas por las casas, iban a las cocinas a echar las cartas, limpiaban los retretes, cantaban por unas monedas y, cuando nadie se daba cuenta, también robaban algo. Entraban en nuestra casa por la puerta de servicio, la *tzorni jod*, que como ya te he contado estaba en un lateral.

Esa puerta daba directamente a la cocina, que era inmensa, más grande que todo este piso, con una mesa para comer en el centro y sillas para dieciséis personas. Había doce fogones de diversos tamaños y armarios con puertas amarillas y un montón de cacharros de porcelana y cristal. Recuerdo que teníamos una fuente enorme, alargada, donde se podía servir un pez entero envuelto en hojas y rodeado de arroz y zanahorias. ¿Qué habrá pasado con esa fuente? Quién sabe. A lo mejor aún sigue adornando la cómoda de la casa de algún *hohol* gordinflón. Y había también un rincón con una pequeña tarima, una especie de podium sobre el que se balanceaba una mecedora con tapicería bordada, y al lado una pequeña mesa con una bandeja en la que siempre había un vaso con zumo de frutas dulce: era el trono de mamá, tu abuela: allí se sentaba, o a veces se quedaba de pie con las manos apoyadas en el respaldo de la silla, como un capitán en el puente de mando, y desde allí daba órdenes e indicaciones a la cocinera, a la sirvienta y a todo el que entraba en la cocina. Y no sólo en la cocina: esa tarima estaba dispuesta de tal forma que tenía buena perspectiva desde la izquierda, a través de la puerta, hacia el pasillo y las entradas de todas las habitaciones, y desde la derecha, a través de la ventana, hacia la zona lateral, el comedor y la habitación de servicio, donde vivían Kestia y su hermosa hija Dora. Desde ese punto podía dirigir todos y cada uno de los frentes de batalla y por eso lo llamábamos la colina de Napoleón.

A veces mamá se ponía allí a cascar huevos en una fuente y nos obligaba a Haya, a Fania y a mí a comernos cruda la parte amarilla del huevo –eso que se llama... ¿clara?–, teníamos que tragar gran cantidad de esa cosa amarilla y pegajosa a pesar de que la odiábamos y nos daba asco, ya que por entonces existía la convicción de que lo amarillo del huevo te hacía inmune a todas las enfermedades. Y de hecho, ¿quién sabe?, puede que sea verdad. El caso es que estuvimos enfermas muy pocas veces. En aquella época nadie había oído hablar aún del colesterol. Fania, tu madre, era quien más yemas de esas tenía que tragarse, porque siempre fue la más débil y pálida.

De las tres, tu madre era quien más hacía sufrir a nuestra madre, que era una mujer mandona y algo marcial, una especie de *feldfebel*, un sargento. Se pasaba de la mañana a la noche dando sorbos a su zumo de frutas y dando órdenes, indicaciones e instrucciones. Tenía una forma de ser avariciosa que molestaba mucho a Papá, era realmente una avara enfermiza, pero casi siempre él cedía ante ella por prudencia, y eso era lo que más nos molestaba a nosotras: nosotras estábamos del lado de Papá, porque la razón estaba de su lado. Mamá tapaba siempre los sillones y los espléndidos muebles con sábanas, con lo que nuestro salón parecía estar lleno de espíritus. Le aterraba la más mínima mota de polvo. Tenía siempre la misma pesadilla, que unos niños entraban en casa y le pisaban sus sillones con los zapatos sucios.

La cristalería y la vajilla de porcelana estaban siempre guardadas, y sólo cuando iban huéspedes importantes, o en Pésaj y Año Nuevo, las sacaba y quitaba las sábanas de los muebles del salón. Nosotras odiábamos todo eso. Sobre todo tu madre detestaba esa hipocresía, eso de que medio se come comida kosher medio no, medio se va a la sinagoga medio no, medio se jacta uno de la riqueza medio se la cubre con sudarios blancos. Fania, más que ninguna otra, estaba del lado de Papá y se enfrentaba al poder de mamá. Creo que también Papá quería a Fania de una manera especial. Es cierto que no puedo demostrarlo, pues jamás mostró signos de favoritismo, era una persona con mucho sentido de la justicia y del agravio. En mi vida he conocido a una persona que odiase más que tu abuelo agraviar a alguien. Hacía grandes esfuerzos por no ofender ni siquiera a los más villanos. El judaísmo considera las ofensas más graves que el derramamiento de sangre, y él de ninguna manera hubiera ofendido a nadie. Nunca. Jamás.

Mamá discutía con Papá en yiddish: en la vida cotidiana hablaban entre sí en una mezcla de ruso y yiddish, pero sólo discutían en yiddish. A nosotras, al socio de Papá, a los inquilinos, a la sirvienta, a la cocinera y al cochero nos hablaban sólo en ruso. Con la autoridad polaca hablaban en polaco. Tras la anexión de Rovno a Polonia, la nueva autoridad exigió que todo el mundo empezara a hablar polaco.

En el instituto Tarbut los alumnos y los profesores hablábamos casi únicamente en hebreo. En casa, entre nosotras hablábamos hebreo y ruso, sobre todo hebreo para que nuestros padres no entendiesen lo que decíamos. Nunca nos hablábamos en yiddish. No queríamos ser como mamá: para nosotras el yiddish estaba relacionado con sus gritos, reprimendas y órdenes. Todo el beneficio que nuestro padre obtenía con el sudor de su frente del molino de harina se lo quedaba ella para gastarlo en modistas caras que le hacían vestidos lujosos. Pero casi nunca se ponía esos espléndidos vestidos, por pura tacañería los guardaba en el fondo del armario e iba siempre por casa con una bata vieja color rata. Sólo dos veces al año mamá se engalanaba como la carroza del zar e iba así a la sinagoga o a alguna fiesta benéfica, para que toda la ciudad la viera y se muriera de envidia. Pero a nosotras nos decía a gritos que estábamos arruinando a Papá.

A Fania, tu madre, le gustaba que le hablaran en voz baja y razonando, y no con gritos y reproches. Le gustaba dar explicaciones y que se las diesen a ella. No podía soportar que le dieran órdenes. No le gustaba ni darlas ni recibirlas. Incluso en su habitación tenía un orden propio —era una niña muy ordenada—, y si alguien perturbaba ese orden se molestaba mucho, aunque se contenía. Se contenía demasiado: no recuerdo ni una sola vez que Fania levantara la voz. O se enfadara. Pasaba por alto, sin decir nada, incluso cosas que, en mi opinión, no debían ser pasadas por alto.

En un rincón de la cocina teníamos un gran horno y a veces nos dejaban que, jugando, cogiésemos la *lopata* (la pala) y metiésemos el pan de Shabbat en el horno: jugábamos a que echábamos al fuego a Baba Yaga, la bruja mala, y a Tzorni Tzort, el demonio negro. También había allí cocinas más pequeñas con cuatro fogones y dos *dujovki* para hornear pastas y asar carne. A través de los tres grandes ventanales de la cocina se veían el jardín y los árboles frutales, y esas ventanas casi siempre estaban cubiertas de vaho o vapor que se formaba con el calor de los fogones y el horno. Por la cocina se accedía al cuarto de baño: casi nadie en Rovno tenía por aquel entonces cuarto de baño en casa. Los ricos tenían una especie de barraca en el patio, detrás de la casa, con una cuba de madera, una tina que se usaba tanto para la colada como para el baño. Sólo en nuestra casa había una bañera y nuestras amigas nos envidiaban por eso. Esas niñas llamaban a nuestra bañera «los placeres del sultán».

Cuando uno se quería bañar, se metían en la boca abierta que había debajo de la gran caldera algunos troncos y un poco de viruta, se encendían y se esperaba una hora, u hora y media, a que la caldera se calentase lo suficiente. Había bastante agua caliente para seis o siete baños. ¿De dónde venía el agua? En el patio vecino había una especie de *koloditz*, un pozo, y para llenar nuestra caldera se cerraba el *koloditz* y Philip, Antón o Vasía, con una bomba de mano, sacaban el agua y llenaban nuestra caldera.

Recuerdo que una vez, después de la última comida antes de Yom Kippur, dos minutos antes de que comenzara el ayuno, Papá me dijo: Shurele, *mein tokterl*, por favor, tráeme un vaso de agua del pozo. Echó en el agua que le llevé tres o cuatro terrones de azúcar, lo removió con el dedo meñique, no con una cuchara, se lo bebió y me dijo: Ahora, gracias a ti, Shurele, el ayuno me resultará algo más llevadero. Mamá me llamaba Sonitshka, los profesores Sara, y para Papá siempre fui Shurele.

A veces a Papá le gustaba remover así, con el meñique, o comer con las manos, como cuando aún era proletario. Sus ideas habían seguido siendo proletarias, y también sus modales. Entonces yo era pequeña, tendría unos cinco o seis años. No puedo explicarte, no puedo explicarme ni siquiera a mí misma, qué alegría, qué felicidad produjeron en mí esas sencillas palabras, que gracias a mí el ayuno le resultaría algo más llevadero: el caso es que todavía ahora, cuando ya han pasado ochenta años, me siento feliz, exactamente igual que aquel día, cada vez que lo recuerdo.

Pero al parecer hay en el mundo una felicidad opuesta, una especie de felicidad malsana, que surge de hacer el mal a los demás; al parecer uno también se puede sentir bien así. Papá decía que nos expulsaron del paraíso no porque comiéramos del árbol de la ciencia del bien y del mal sino porque comimos del árbol de la maldad. Si no, ¿cómo se explica la felicidad malsana? ¿Que nos alegremos no por lo que tenemos sino por lo que tenemos y no tienen los demás, porque los demás nos envidien, porque les vaya mal? Papá decía que toda tragedia tiene algo de comedia y que toda desgracia produce cierto alivio en aquel que la contempla. Dime una cosa, ¿es cierto que en inglés ni siquiera existe una expresión como «alegrarse de la desgracia ajena»?

Enfrente del cuarto de baño, al otro lado de la cocina, a la izquierda, había una puerta que daba a la habitación de Kesnia y su hija Dora, la niña que al parecer tuvo Kesnia con el anterior dueño de la casa, el alcalde Lebedevsky. Creo que cuando mi padre le compró la casa a Lebedevsky había una cláusula en el contrato que prohibía echar de la casa a Kesnia Demitriovna y a Dora, así como

a Liubov Nikititzna, la noble que vivía con sus dos hijas tras la cortina al fondo del pasillo. Cuando yo aún vivía con vosotros en Jerusalén, en la calle Amós, pared con pared, a lo mejor aún te acuerdas, trabajaba de enfermera en Hadassah, y Buma venía todos los viernes de Tel Aviv a visitarme, también yo tenía una especie de cuarto oscuro sin ventana y, acordándome de la cortina de la condesa, me hice con un armario y una cortina, una cocinilla con un pequeño hornillo, una tetera y un cesto para el pan.

La tal Dora era guapísima, tenía la cara de una Virgen, un cuerpo redondeado pero una cintura muy fina, como de avispa. Tenía los ojos castaños, grandes, unos ojos de gacela, pero estaba un poco desquiciada: a los catorce, o a los dieciséis años, se enamoró de un hombre mayor llamado Krinsky, quien al parecer estaba enamorado a su vez de su madre, de Kesnia. El señor Krinsky vivía en la calle principal, la calle Czechiego Maya esquina Niamitzki, junto a la oficina de correos, frente al negocio de la familia Fisiuk.

Kesnia le preparaba a su Dora una sola comida al día, al atardecer, y entonces le contaba el capítulo de la historia del día, nosotras tres íbamos corriendo a escucharlas, pues Kesnia sabía contar extrañas historias que a veces te ponían los pelos de punta, en mi vida he conocido a nadie que contara historias como ella. Aún recuerdo una historia que contó Kesnia Demitriovna: érase una vez el tonto de un pueblo, Yanushka, Yanushka Dorachuk, a quien su madre mandaba cada día al otro lado del puente a llevar la comida a sus hermanos mayores que trabajaban en el campo. Para Yanushka, que era tonto y haragán, su madre ponía sólo un pedazo de pan para todo el día. Una vez se hizo un agujero en el puente, o mejor dicho en la presa, y el agua empezó a salir y a amenazar con inundar todo el valle. Yanushka, que estaba justo allí, cogió el único pedazo de pan que su madre le había dado y tapó con él el agujero de la presa, para que no se inundase todo el valle. Por casualidad pasaba por allí el anciano rey, quien, al verlo, se sorprendió y le preguntó a Yanushka por qué había hecho eso. Yanushka le contestó: ¿qué quiere decir Su Majestad? Lo he hecho para que no haya una inundación, si no la gente se hubiese ahogado. ¿Era el único pan que tenías?, preguntó el anciano rey, ¿entonces, que vas a comer hoy? Bueno, Su Majestad, si no como hoy no pasa nada, comerán los demás y yo comeré mañana. El anciano rey no tenía hijos y le sorprendió tanto lo que había hecho Yanushka y también su respuesta que, en ese mismo momento, decidió nombrarle heredero al trono –un rey *durak*, es decir, un rey tonto–, e incluso cuando Yanushka subió al trono todos siguieron riéndose de él, todo su país se reía de él, y hasta él se reía de sí mismo: se pasaba todo el día sentado en el trono haciendo todo tipo de muecas. Pero poco a poco reconocieron que bajo el reinado del rey tonto Yanushka no había estallado ninguna guerra, pues simplemente no sabía lo que era sentirse ofendido, ni vengarse ni guardar rencor. Por supuesto al final los generales lo asesinaron y tomaron el poder y, por supuesto, de inmediato se sintieron ofendidos por el olor a establo que llegaba por la frontera del país vecino y le declararon la guerra, y todos murieron en la guerra, y también hicieron saltar por los aires la presa que el rey Yanushka Dorachuk había taponado una vez con un pedazo de pan, y todos, felices y contentos, se ahogaron en la inundación y los dos países perecieron.

Fechas: mi abuelo, Naftalí Hertz Mussman, nació en 1889. Mi abuela Itta nació en 1891. La tía Haya nació en 1911. Fania, mi madre, nació en 1913. La tía Sonia nació en 1916. Las tres hijas de la familia Mussman estudiaron en el instituto Tarbut de Rovno. Después, Haya y Fania, una tras

otra, fueron a estudiar durante un año a un instituto privado polaco que otorgaba el título de bachiller. Ese título les permitió a las dos ser aceptadas en la Universidad de Praga, ya que en la Polonia antisemita de finales de los años veinte casi no aceptaban a ningún judío en la universidad. Mi tía Haya llegó a Palestina en 1933 y logró alcanzar una buena posición en el partido Haoved Hatzioni y en la delegación de Tel Aviv de la organización Irgun Imahot Ovdot. Así conoció Haya a algunas personalidades del momento. Tenía apasionados pretendientes, entre ellos algunos que empezaban a despuntar en el firmamento del comité de trabajadores, pero ella se dejó llevar por su corazón y se casó con un obrero alegre y bondadoso originario de Polonia, Zvi Shapira, que después trabajó como administrador en un ambulatorio y con el tiempo se convirtió en el director administrativo del hospital gubernamental Tzahalon de Yafó. Una de las dos habitaciones del piso en la planta baja de Haya y Zvi Shapira, en la calle Ben Yehuda 175 de Tel Aviv, fue alquilada en la segunda mitad de los años cuarenta a altos oficiales de la organización Haganá. Durante los meses que duró la guerra de la Independencia vivió allí el general Yigal Yadin, que era entonces el responsable de las operaciones y el comandante del Estado Mayor. Allí hubo reuniones nocturnas: Israel Galili, Yitzhak Sadeh y Yaakov Dori, dirigentes de la Haganá, se reunían y tomaban decisiones. Tres años más tarde, en esa misma habitación, mi madre puso fin a su vida.

Incluso después de que la pequeña Dora se enamorase del amante de su madre, el señor Krinsky, Kesnia siguió preparándole la comida al atardecer y contándole historias, pero la comida que le preparaba estaba empapada en lágrimas y también las historias. Las dos se sentaban al atardecer, una lloraba y comía, la otra lloraba y no comía, no discutían, al contrario, a veces se abrazaban y lloraban juntas, como si ambas tuvieran la misma enfermedad incurable. O como si la madre, sin querer, hubiese contagiado a la hija y la cuidase con amor, arrepentimiento, gran compasión y entrega infinita. Algunas noches oíamos chirriar el portillo, la pequeña *kalitka* de la cerca del jardín, entonces sabíamos que Dora había vuelto y que pronto su madre iría a hurtadillas a la misma casa de la que volvía Dora. Todo era exactamente como decía Papá: toda tragedia tiene algo de comedia.

Kesnia se cuidó mucho de que su Dora no se quedase embarazada. Le explicaba una y otra vez, haz esto y no aquello, y si él te dice así tú le dices asá, y si él quiere así tú haces así y asá. De ese modo también nosotras oíamos algo y aprendíamos, porque a nosotras nunca nos explicaban cosas tan feas. Pero no sirvió de nada, pese a todo la pequeña Dora se quedó embarazada, en casa decían que Kesnia fue a pedirle dinero al señor Krinsky, y que él no quiso dárselo e hizo como que no sabía quiénes eran Kesnia y Dora. Así nos creó Dios: la riqueza es un pecado y la pobreza un castigo, pero el castigo no se le impone al culpable sino a quien no tiene dinero para librarse del castigo. La mujer, por su naturaleza, si está embarazada no puede negarlo, no puede hacerlo de ninguna manera. En cambio el hombre puede negar lo que quiera, ¿y qué se puede hacer? Dios le dio a los hombres el placer y a nosotras el castigo. Al hombre le dijo: ganarás el pan con el sudor de tu frente, que es un premio y no un castigo, quítale el trabajo a un hombre y de inmediato perderá la cabeza, y a nosotras las mujeres nos permitió oler de cerca durante toda la vida el sudor de la frente de los hombres, que es un placer bien pequeño, y nos dijo: parirás a los hijos con dolor. Ya sé que se puede ver de forma algo diferente.

Cuando la pobre Dora estaba casi de nueve meses se la llevaron a un pueblo, a casa de una prima de Kesnia. Creo que papá les dio algo de dinero. Kesnia fue con Dora al pueblo y volvió unos días más tarde enferma y pálida. Kesnia. No Dora. Dora volvió al cabo de un mes, ni enferma ni pálida sino roja y lustrosa como una manzana jugosa, volvió sin ningún niño y no parecía triste, tan sólo más infantil de lo que era antes del parto. Y eso que también antes era ya muy infantil. Pero al volver del pueblo Dora empezó a hablarnos con un lenguaje infantil y a jugar con muñecas, y cuando lloraba lo hacía como una niña de tres años. También empezó a dormir tantas horas como un bebé: veinte horas diarias dormía esa chica, se levantaba sólo para comer algo, beber e ir a donde ya sabes.

¿Y qué pasó con el niño? Quién sabe. Nos dijeron que no preguntásemos y nosotras éramos unas niñas muy obedientes, no hicimos preguntas y nadie nos contó nada. Sólo una vez, una noche, Haya nos despertó de pronto a las dos, a Fania y a mí, y dijo que había oído claramente en el oscuro jardín, era una noche lluviosa con mucho viento, el llanto de un niño. Queríamos ponernos algo de ropa y salir pero nos dio miedo. Cuando Haya fue a despertar a papá ya no se oía ningún niño pero, a pesar de todo, Papá cogió una gran linterna, salió al jardín y miró en cada rincón. Cuando volvió dijo en un tono algo triste: Hayunia, creo que lo has soñado. No discutimos con nuestro padre, ¿de qué habría servido discutir?, pero las tres sabíamos perfectamente que Haya no lo había soñado sino que de verdad había un niño llorando en el jardín, la prueba era que no sólo Haya, sino también Fania y yo habíamos oído ese llanto que todavía recuerdo: fino y agudo, penetrante, estremecedor, no como el de un niño hambriento que quiere mamar, no como el de un niño que tiene frío, sino como el de un niño a quien le duele mucho algo.

Después la bella Dora contrajo una extraña enfermedad de la sangre y Papá les volvió a dar dinero para que la reconociera un importante doctor de Varsovia, tan famoso como Louis Pasteur. Nunca más volvió. Kesnia Demitriovna siguió contando historias al atardecer, pero sus historias eran cada vez más salvajes, es decir, incivilizadas, y a veces hasta decía palabras feas que nosotras no queríamos oír. O puede que sí quisiéramos, pero nos refrenábamos porque éramos tres niñas educadas como se educaba antes a las chicas, no como se hace hoy.

¿Y la pequeña Dora? Nunca más volvimos a hablar de ella entre nosotras. Tampoco Kesnia Demitriovna mencionaba su nombre, como si la hubiese perdonado que le quitara a su amante pero no que desapareciera en Varsovia. En su lugar, Kesnia crió dos preciosos pájaros en el porche, en una jaula, y hasta el invierno se mantuvieron muy bien, pero en invierno se le congelaron. Los dos.

25

Menahem Gelerter, el autor del libro sobre el instituto Tarbut de Rovno, fue profesor en ese instituto de Biblia, literatura e historia de Israel. Entre otras cosas aparece en su libro, «citando de memoria», parte de lo que estudiaban mi madre, sus hermanas y sus compañeras según el sistema de estudios hebreo de los años veinte, «a pesar de la carencia crónica de libros de texto en hebreo»:

...relatos, una selección de poemas de la Edad de Oro de Sefarad, la filosofía judía de la Edad Media, antologías de H. N. Bialik y Saúl Tchernijovsky, y también selecciones de obras de Shneour, Yaakov Cohen, Berdichevsky, Frischmann, Peretz, Shalom Asch, Brenner (todos en la editorial Toshiyah), Mendele, Shalom Aleijem, Berkovitz, Kebek y Burla. Asimismo –la mayoría traducciones publicadas en las editoriales Shtibel y Umanut–, en el instituto Tarbut se estudiaban selecciones de obras de Tolstói, Dostoievski, Pushkin, Turguenev, Chéjov, Mickiewicz, Sankevitz, Krasinsky, Maeterlinck, Flaubert, Romain Rolland, Schiller, Goethe, Heine, Gerhart Hauptmann, Wasserman, Schnitzler, Peter Altenberg, Shakespeare, Byron, Dickens, Oscar Wilde, Jack London, Tagore, Hamsun, *La epopeya de Gilgamesh* en traducción de Tchernijovsky, etcétera. Y también: *Historia de Israel* de Y. N. Shimhoni, *Historia del Segundo Templo* de Yosef Klausner, *Libro de fango del abismo* de Natán Hannover, *La tribu de Judá*, de Yehudah Ibn Verga, *El libro de las lágrimas* de Shimon Bernfeld e *Israel en el exilio* de B. Z. Dinburg.

Todos los días, me cuenta la tía Sonia, por la mañana temprano, antes de que empiece a hacer calor, a las seis o antes, bajo despacio las escaleras para tirar la basura. Antes de volver a subirlas tengo que descansar un rato, sentarme unos minutos en la tapia junto a los cubos de basura, porque las escaleras me sofocan. A veces me encuentro allí con una emigrante de Rusia, Varia, que barre todas las mañanas las aceras de la calle Wiesel. Allí, en Rusia, era una directora importante. Aquí barre las calles. Casi no sabe hebreo. Algunas veces nos quedamos un rato junto a los cubos de basura y hablamos un poco en ruso.

¿Por qué trabaja de barrendera? Para pagarles la universidad a sus dos hijas; las dos tienen mucho talento, una estudia química y la otra odontología. Marido no tiene. Parientes en Israel, tampoco. Ahorran en la comida. Ahorran en la ropa. Viven las tres en una habitación. Todo sacrificio es poco con tal de que no les falte para los estudios y los libros. Siempre ha sido así en las familias judías: se creía que los estudios eran una inversión de futuro, lo único que nadie podía arrebatarnos nunca a tus hijos; aunque hubiera otra guerra, otra revolución, otro éxodo, otros edictos, siempre podrían esconder el diploma apresuradamente bajo el dobladillo de la ropa, y huir a algún lugar donde los judíos aún pudieran vivir.

Los gentiles nos decían: el diploma es la religión de los judíos. No la riqueza o el oro. El diploma. Pero detrás de esa fe en el título había algo más complejo, más íntimo, y era que a nosotras, las chicas de aquella época, incluso a las chicas modernas como nosotras, chicas que habían estudiado en el instituto y después en la universidad, nos enseñaban que la mujer tiene derecho a ser culta y a participar en la vida pública, pero sólo hasta que tiene hijos. Tu vida te pertenece durante poco tiempo: desde que sales de casa hasta que te quedas embarazada. Desde ese momento, desde el primer embarazo, debemos empezar a vivir única y exclusivamente para los hijos. Igual que nuestras madres. Incluso barrer las calles por los hijos, pues tu hijo es el polluelo y tú no eres más que la clara del huevo, tú sólo eres lo que el polluelo devora para crecer y hacerse fuerte. Y cuando tu hijo crece tampoco vuelves a pertenecerte a ti misma, porque simplemente dejas de ser madre para ser abuela, que no es otra cosa que la ayudante de sus hijos en la cría de los niños.

Es cierto que por aquellos años también había bastantes mujeres que hicieron carrera y entraron a formar parte de la vida pública. Pero todo el mundo hablaba de ellas a sus espaldas, mira qué egoísta, todo el día de reuniones y sus pobres hijos, que están creciendo literalmente en la calle, son los que pagan el pato.

Ahora el mundo ha cambiado. Ahora por fin se les permite a las mujeres vivir un poco más su vida. O tal vez sea sólo apariencia. Es posible que también las mujeres de las jóvenes generaciones se pasen las noches llorando sobre la almohada, cuando los maridos se han dormido, porque se sienten forzadas a elegir entre una cosa u otra. Yo no quiero juzgar: éste ya no es mi mundo. Para poder juzgar tendría que haber ido de puerta en puerta comprobando cuántas lágrimas de madres se vertieron en aquellos tiempos, en la oscuridad de la noche, sobre la almohada cuando el marido dormía, y tendría que comparar aquellas lágrimas con las lágrimas de ahora.

A veces veo en la televisión, y otras veces incluso desde aquí, desde la terraza, cómo las parejas jóvenes comparten las tareas después de una jornada de trabajo: lavan, tienden, cambian pañales, cocinan, una vez incluso le oí decir a un chico joven en la tienda que al día siguiente su mujer y él iban..., así lo dijo: Mañana vamos a que nos hagan la prueba de la amniocentesis. Cuando le oí decir eso se me hizo un nudo en la garganta: ¿será posible que, a pesar de todo, el mundo haya cambiado algo?

La maldad no se ha apartado de la política, sigue estando presente en las religiones, los pueblos y las clases sociales, pero tal vez se haya apartado un poco de las parejas, de las familias jóvenes. Tal vez sólo esté fantaseando. Tal vez sea todo una comedia y, en el fondo, el mundo siga siendo igual: la gata amamanta a los cachorros y el señor gato con botas se relame, mueve los bigotes y corre al patio en busca de placeres.

¿Recuerdas lo que dice el libro de Proverbios? Dice así: el hijo sabio alegra al padre y el hijo necio apena a la madre. Si el hijo sale inteligente, el padre lo celebra, se enorgullece de él y le atribuyen todo el mérito. Pero si el hijo tiene algún defecto, es tonto, problemático, o un delincuente, por supuesto toda la culpa es de la madre, y los cuidados y el sufrimiento recaerán sobre ella. Una vez tu madre me dijo: Sonia, que sepas que sólo hay dos cosas... No. Otra vez se me hace un nudo en la garganta. Hablaremos de eso en otra ocasión. Ahora hablemos de otra cosa.

A veces ya no estoy completamente segura de acordarme bien, aquella princesa, Liubov Nikititzna, que vivía con nosotros detrás de la cortina con sus dos hijas, Tasia y Nina, y que dormía con ellas en la misma vieja cama, ya no estoy completamente segura, ¿era su madre de verdad? ¿O era sólo la *gubernantka* (la niñera) de las dos niñas, que seguramente eran de padres distintos? Pues Tasia se llamaba Anastasia Serguievna, y Nina, Antonina Boloslovna. Había cierta confusión. Algo de lo que no se hablaba mucho en casa, o se hacía con cierto embarazo. Recuerdo que las dos niñas llamaban a la princesa «mamá» o *maman*, pero quizás era porque ya no recordaban a su verdadera madre. No te lo puedo decir con certeza, ya entonces era un misterio. En aquellos tiempos se ocultaban muchas cosas. Hoy puede que se oculten menos. O puede que sólo se oculten cosas distintas. Que se hayan inventado nuevas cosas que ocultar.

No sé si es bueno o malo. No puedo juzgar los nuevos tiempos y las nuevas costumbres porque, tal vez, a mí y a todas las chicas de mi generación nos lavaran el cerebro. A pesar de todo, a veces creo que entre él y ella, lo que se llama..., seguro que entiendes a lo que me refiero con la expresión entre él y ella, bueno, entre él y ella tal vez en esta época algo se haya vuelto más sencillo. Cuando yo era una muchacha, lo que se llamaba una chica de buena familia, eso estaba lleno de peligros, de veneno, de una oscuridad aterradora. Como bajar descalza a oscuras a un sótano repleto de escorpiones. Se ocultaba todo. No se hablaba.

Pero se contaban chismes sin parar, había muchas maldades y envidias, se hablaba de dinero, de enfermedades, de triunfar en la vida, de las buenas familias y de las familias dudosas, esos discursos se repetían machaconamente en casa, y del carácter también se hablaba sin parar, es su carácter, no es su carácter. ¡Y las ideas! ¡Cuánto se hablaba antes de las ideas! ¡Hoy es imposible imaginarlo! Se hablaba del judaísmo, del sionismo, del Bund y del comunismo, se hablaba del anarquismo y el nihilismo, de América, de Lenin, se hablaba hasta de la cuestión femenina, tu tía Haya era la más atrevida de las tres al hablar de la emancipación de la mujer –claro que su atrevimiento se quedaba sólo en palabras–, Fania también era sufragista pero con ciertas reservas. Y yo era una tontorrón a la que siempre decían: Sonia, no hables, Sonia, no molestes, cuando crezcas lo entenderás. Por tanto, cerraba la boca y escuchaba.

En aquella época, la gente joven se pasaba el día entero enarbolando la bandera de la libertad: libertad por aquí y libertad por allá. Pero en aquello que sucede entre él y ella no había ninguna libertad. Sólo había pies descalzos en la oscuridad dentro de un sótano lleno de escorpiones. Eso es lo que realmente había. Es decir, que no pasaba una semana sin que oyéramos rumores terribles sobre una chiquilla a la que le había pasado lo que les pasa a las chiquillas imprudentes, o sobre una mujer respetable que se había enamorado y había perdido el juicio, o sobre una sirvienta a quien alguien había seducido, o una cocinera que había huido con el hijo de los señores y había vuelto sola con un recién nacido, o una profesora casada, culta, con una buena posición, que de pronto se había enamorado de uno y lo había puesto todo a sus pies, y luego se vio rechazada y escarnecida. ¿Se dice escarnecida? ¿No? Pero tú entiendes a lo que me refiero cuando digo escarnecida. Cuando nosotras éramos jóvenes, el decoro era una jaula, pero también la única barandilla que te separaba del abismo. El decoro presionaba el pecho de las chicas como una piedra de treinta kilos. Incluso en sueños el decoro permanecía vigilante junto a nuestra cama, advirtiéndonos de lo que estaba bien soñar y lo que era feo que una chica soñara, pues tendría que

avergonzarse al despertar por la mañana, aunque nadie lo supiera.

Puede que, hoy día, todo el asunto de entre él y ella sea menos oscuro, algo más sencillo. En la oscuridad que rodeaba antes esa cuestión, a los hombres les resultaba más cómodo aprovecharse de las mujeres. Por otra parte, el hecho de que ahora todo sea tan fácil ¿es bueno? ¿No resulta demasiado vulgar?

Hasta me sorprende estar hablándote de este tema. Cuando era joven, las chicas hablábamos a veces en voz baja de esas cosas. ¿Pero con un chico? Jamás en la vida he hablado de estos temas con un chico. Ni siquiera con Buma, y eso que, si Dios quiere, pronto hará sesenta años que nos casamos. ¿Pero de qué estábamos hablando? ¿No hablábamos de Liubov Nikititzna, de Tasia y Nina? Si alguna vez vas a Rovno, podrías hacer una investigación secreta: podrías intentar comprobar si aún tienen allí, en el ayuntamiento, documentos que pudiesen esclarecer el misterio, explicar si esa condesa, o princesa, era o no la madre de sus dos hijas. Y si era de verdad princesa o condesa. Puede que Lebedevsky, el alcalde, el anterior dueño de la casa, fuera también el padre de Tasia y de Nina, como al parecer lo era de la pobre Dora.

Aunque, pensándolo bien, todos los documentos que hubiera podido haber allí habrán sido quemados ya más de diez veces, cuando entraron los polacos, cuando entró el ejército rojo, y después cuando entraron los nazis, que sencillamente nos cogieron a todos, nos mataron, nos echaron a un foso y lo taparon con tierra. Después volvió Stalin con el NKVD, Rovno ha ido pasando de mano en mano, igual que un cachorro torturado por un grupo de vándalos: Rusia-Polonia-Rusia-Alemania-Rusia. Y ahora no pertenece a Polonia ni a Rusia sino a Ucrania, o puede que a Bielorrusia. O tal vez a alguna banda local. No sé a quién pertenece ahora. Y tampoco me importa mucho saberlo: lo que existió ya no existe y lo que hay ahora, dentro de unos años ya no estará.

El mundo, basta con mirarlo un poco de cerca, no durará mucho. Dicen que un día el sol se apagará y todo volverá a la oscuridad. ¿Entonces por qué los seres humanos se han masacrado unos a otros a lo largo de la historia? ¿Qué es tan importante, qué gobierno habrá en Cachemira, o en la tumba de los patriarcas en Hebrón? En lugar de comer una manzana del árbol de la vida eterna y del árbol de la ciencia del bien y del mal, al parecer la serpiente nos dio una manzana envenenada del árbol de la maldad y nos la comimos con apetito. Así se terminó el paraíso y empezó este infierno.

Aquella princesa, o condesa, Liubov Nikititzna, era la madre o la niñera de las dos niñas. Era pariente del anterior alcalde, Lebedevsky, o él era su acreedor. Ella y el oficial polaco, el *polkovnik*, el señor Zakashevski, eran compañeros de cartas o entre ellos había una relación completamente distinta, seguro que entiendes a qué me refiero.

Hay tantas alternativas: se sabe bien poco incluso de quien vive bajo el mismo techo. Uno cree que sabe mucho y al final no sabe nada. Tu madre, por ejemplo, no, perdona, aún no soy capaz de hablar abiertamente de ella. Sólo de su entorno. Si no, la herida comenzará a doler. No hablaré de Fania. Sólo de lo que la rodeaba. Lo que rodeaba a Fania puede que también fuera Fania en cierta medida. Cuando de verdad se ama a alguien, teníamos un dicho así, se ama hasta su pañuelo. Traducido no queda muy bien, pero entiendes lo que quiere decir, ¿no?

Por favor, mira esto. Tengo algo que puedo enseñarte y que tú puedes tocar, para que sepas que todo lo que te he dicho no son sólo cuentos. Por favor, mira esto: no, no es una servilleta, es un mantel, un mantel bordado como los que aprendíamos a hacer las niñas de buena familia. Lo bordó para mí la princesa, o la condesa, Liubov Nikititzna. La cabeza bordada aquí, eso me dijo ella misma, es el contorno de la cabeza del cardenal Richelieu. Lo que no recuerdo es quién era ese tal cardenal Richelieu. Puede que nunca lo supiera, yo no soy tan culta como Haya y Fania: a ellas las enviaron a hacer el bachiller y después, a Praga, a estudiar en la universidad. Yo era un poco tonta. Todos decían de mí: Sonitshka es encantadora pero un poco tonta. A mí me enviaron a un hospital militar polaco para que me diplomara en enfermería. Pero a pesar de todo recuerdo perfectamente que, antes de que me fuera de casa, la princesa me dijo que ésta era la cabeza del cardenal Richelieu.

Tú a lo mejor sabes quién era el cardenal Richelieu. Da igual. En otra ocasión me lo cuentas, o no. A mi edad no me importa nada acabar mis días sin el gran honor de saber quién era o qué era el cardenal Richelieu. Hay muchos cardenales, y casi todos odian a nuestro pueblo.

En el fondo yo también era un poco anarquista. Como Papá. Tu madre también era anarquista en el fondo. Aunque, claro, entre los Klausner no podía decirlo bajo ningún concepto: incluso así pensaban que era un poco rara, aunque siempre la trataron con bastante educación. Para los Klausner la educación estaba por encima de todo. Tu otro abuelo, el abuelo Alexander, me besaba la mano si yo no me apresuraba a retirarla. Había un cuento así, *El gato con botas*, ¿no? Tu madre vivía entre los Klausner como una pájaro encerrado en una jaula colgada en el salón de una familia de gatos con botas.

Yo era un poco anarquista por una razón muy sencilla, que nada bueno había salido aún de ningún cardenal Richelieu. Sólo Yanushka Dorachuk, ¿te acuerdas?, el tonto del pueblo de la historia de nuestra criada Kasniutzka, el Yanushka Dorachuk que se apiadó del pueblo llano y no pensó en el único pedazo de pan que tenía para comer, simplemente lo cogió y obstruyó con él el agujero del puente y por eso se convirtió después en rey: sólo alguien como él se compadece de vez en cuando de nosotros. Todos los demás –los reyes y príncipes– no se compadecen de nadie. Y de hecho, tampoco nosotros nos compadecemos mucho de los demás: no nos compadecemos de la pequeña niña árabe que murió en un puesto de control de camino al hospital porque, al parecer, había allí un soldado sin corazón como el cardenal Richelieu. Un soldado judío, pero como el cardenal Richelieu. Lo único que quería era cerrar e irse a casa, y por eso murió esa niña, cuyos ojos deberían taladrarnos el alma e impedirnos dormir, aunque yo no vi sus ojos, porque en el periódico muestran sólo fotografías de nuestras víctimas y nunca muestran los ojos de sus víctimas.

¿Crees que el pueblo llano es un gran hallazgo? ¡En absoluto! El pueblo llano es necio y cruel como sus reyes. Ésa es la auténtica enseñanza moral del cuento de Andersen del traje nuevo del emperador, que el pueblo llano es tan tonto como el rey y los ministros, y como el cardenal Richelieu. Pero a Yanushka Dorachuk no le importaba que se rieran de él todo lo que quisieran, lo único que le importaba es que todos siguieran vivos. Sentía compasión por las personas, pues todos sin excepción necesitamos algo de compasión. Incluso el cardenal Richelieu, incluso el Papa, seguro que has visto en la televisión lo enfermo y débil que está, y aquí, en Israel, le

hicieron permanecer horas de pie bajo el sol sin ninguna compasión. No se apiadaron de un anciano enfermo, cuando hasta en la televisión podía apreciarse que se mantenía en pie con gran esfuerzo, pero él aguantó y permaneció inmóvil en el Yad Vashem durante media hora, con un calor sofocante, sólo para no ofendernos. Me resultó duro ver aquello. Sentí pena por él.

Nina era muy amiga de Fania, tu madre, eran de la misma edad, y yo me hice amiga de la pequeña, de Tasia. Estuvieron muchos años viviendo en nuestra casa con su *maman*, la princesa, la llamaban *maman*, en francés, pero quién sabe si de verdad era su mamá o sólo su *nanny*. Eran muy pobres, creo que no nos pagaban ni un céntimo de alquiler. Al parecer las heredamos, junto con Kesnia y Dora, del alcalde Lebedevsky, y a pesar de todo se les permitía entrar en casa, no por la puerta de servicio, la *tzorni jod*, sino por la entrada principal, la *paradnia jod*. Eran tan pobres que la princesa, la *maman*, se pasaba las noches delante de un quinqué haciendo faldas de papel pinocho para las niñas ricas que iban a clases de ballet. Era un papel arrugado sobre el que pegaba muchas estrellas brillantes de papel de plata.

Hasta que un día la princesa, o la condesa, Liubov Nikititzna dejó a las dos niñas y se fue de repente a Túnez a buscar a una pariente perdida llamada Elizaveta Franzovna. ¡Y ahora fíjate en cómo se burla de mí la memoria! No consigo acordarme de dónde acabo de dejar el reloj, pero que esa mujer a la que jamás he visto se llamaba Elizaveta Franzovna y que, hará unos ochenta años, nuestra princesa Liubov Nikititzna fue a buscarla a Túnez, eso sí que lo recuerdo con absoluta claridad. A lo mejor mi reloj también se ha perdido en Túnez.

En nuestro comedor había un cuadro con un marco dorado, era de un *judoznik* (un pintor) muy prestigioso: recuerdo que en el cuadro se veía a un joven muy guapo con el pelo claro y rizado, un joven que parecía más una niña mimada que un chico: era algo intermedio entre niño y niña. No recuerdo su cara pero me acuerdo perfectamente de que llevaba una camisa bordada con las mangas abombadas y un gran sombrero amarillo sobre los hombros –puede que de verdad fuese una niña–, y se le veían tres faldas, una debajo de otra, porque un lado estaba un poco levantado y por debajo asomaba primero la puntilla de unas enaguas de un amarillo intenso, como el de Van Gogh, y después otras enaguas blancas de encaje, y debajo, cubriéndole las piernas, llevaba unas terceras enaguas azul celeste. Era un cuadro muy sobrio pero no realmente sobrio. Estaba pintado a tamaño real. Esa niña que tanto se parecía a un niño estaba ahí, en medio del campo, rodeada de hierba y ovejas blancas, en el cielo había algunas nubes y a lo lejos se veía un pedazo de bosque.

Recuerdo que una vez Haya dijo que una belleza así no debía salir a pastorear al campo sino quedarse entre los muros de un palacio, y yo dije que las terceras enaguas y el cielo estaban pintados del mismo color, como si las enaguas fuesen un pedazo de firmamento. Y de repente Fania, muy enfadada con nosotras, dijo: Callaos las dos de una vez, qué tonterías estáis diciendo, es un cuadro engañoso que encubre una gran corrupción moral. Esas palabras, más o menos, utilizó, pero no exactamente, yo no puedo reproducir el lenguaje de tu madre, nadie puede reproducir el lenguaje de Fania. ¿Te acuerdas aún de cómo hablaba Fania?

No puedo olvidar ese ataque de ira ni tampoco su cara en ese momento. Ella tendría, no lo podría decir con exactitud, unos quince o dieciséis años. Lo recuerdo bien precisamente porque era muy raro que ella se enfadase así: Fania jamás alzaba la voz, jamás, aunque la molestasen y le

hiciesen daño, ella tan sólo se encerraba en sí misma. Y en general había siempre que adivinar lo que realmente sentía, lo que no le gustaba. Y de repente –hasta recuerdo que fue un sábado por la tarde, o al final de alguna fiesta, Sukkot quizá, o Shavuot–, de repente se enfada y nos regaña, vale que me regañara a mí, yo sólo era una tontorrón, ¡pero regañar así a Haya! ¡Nuestra hermana mayor! ¡La jefa de toda la pandilla! ¡Con su carisma! ¡A Haya, a quien todo el instituto admiraba!

Pero tu madre, como si de pronto hubiese decidido rebelarse, empezó a criticar con desprecio esa obra de arte que llevaba tantos años colgada en nuestro comedor. La criticó porque embellecía la realidad. Porque la falseaba. Porque en la vida real los pastores llevan harapos y no ropas de seda, y tienen la cara ajada por el frío y el hambre, y no una cara de ángel, y tienen el pelo sucio, con piojos y pulgas, y no rizos de oro como éstos. Y porque ignorar así el sufrimiento es tan malo como causarlo, porque ese cuadro transforma la vida en un camino de rosas.

A lo mejor tu madre se enfureció con ese cuadro que estaba en el comedor porque el *judoznik* que lo pintó lo hizo de tal modo que pareciera que en el mundo ya no había desgracias. Creo que fue eso lo que la irritó. Por aquella época al parecer era más infeliz de lo que nadie podía imaginar. Perdona que esté llorando. Era mi hermana y me quería mucho y los escorpiones la devoraron. Bueno, ya basta. Lo siento. Cada vez que me acuerdo de aquel cuadro recargado, cada vez que veo una obra con tres enaguas y nubes, aparecen ante mis ojos los escorpiones que devoraron a mi hermana y empiezo a llorar.

26

Siguiendo los pasos de su hermana mayor, también Fania fue enviada en 1931, a los dieciocho años, a estudiar a la Universidad de Praga, ya que las universidades de Polonia estaban cerradas para los judíos. Mi madre estudió en Praga historia y filosofía. Sus padres, Itta y Hertz, como todos los judíos de Rovno, fueron testigos y víctimas del odio hacia los judíos cada vez más arraigado entre sus vecinos polacos, ucranianos y alemanes. Antisemitismo católico, antisemitismo ortodoxo, actos infames por parte de los vándalos ucranianos y crecientes conspiraciones por parte del gobierno polaco. Y como truenos lejanos llegaron hasta Rovno los ecos de la provocación venenosa y las persecuciones de judíos en la Alemania de Hitler.

También los negocios de mi abuelo entraron en crisis y la inflación de comienzos de los años treinta acabó casi de la noche a la mañana con todos sus ahorros. La tía Sonia me habló de «la cantidad de billetes polacos de millones y trillones que Papá me daba y con los que yo sólo podía empapelar las paredes. La dote que durante diez años había estado ahorrando para las tres se esfumó en dos meses». También Haya y Fania se vieron obligadas enseguida a interrumpir sus estudios en Praga porque el dinero, el dinero de su padre, casi se había acabado.

Por tanto, en una transacción precipitada y desastrosa, fue vendido el molino de harina, fueron vendidos el huerto y la casa de la calle Dubinska, el coche, los caballos y el trineo. Itta y Hertz Mussman llegaron casi sin nada a Eretz Israel en 1933. Alquilaron un mísero barracón, cubierto con tela asfáltica, al lado de Kiriath Motzkin. Papá, a quien siempre le había gustado estar cerca de la harina, consiguió encontrar trabajo de operario en una panificadora. Después, cuando tenía unos cincuenta años, compró una carreta y un caballo y se ganaba la vida primero repartiendo pan y, después, transportando material de construcción por los alrededores del golfo de Haifa. Lo recuerdo, un hombre de piel morena, pensativo, con ropa de faena y una camiseta gris sudada, su sonrisa era algo tímida pero sus ojos azules irradiaban alegría, y las riendas descansaban en sus manos, como si desde el pescante de la carreta encontrara el lado agradable y divertido de las vistas del golfo de Haifa, el monte Carmelo, las refinerías, las grúas del puerto a lo lejos y las chimeneas de las fábricas.

Siempre se había considerado un proletario. Y ahora que había dejado de ser rico y había vuelto al trabajo físico, de repente parecía haber vuelto a ser joven. Le envolvió una constante y contenida felicidad, una especie de alegría de vivir no carente de una chispa de anarquismo. Igual que a Yehuda Leib Klausner de Olkeniki en Lituania, el padre de mi abuelo Alexander, a mi abuelo Naftalí Hertz Mussman también le gustaba el oficio de carretero, el ritmo de la soledad y la calma de sus lentos y continuos viajes, el contacto con el caballo y su fuerte olor, la cuadra, el

forraje, los arreos, la vara, el saco de cebada, las riendas y el freno.

Sonia, que tenía unos dieciséis años cuando sus padres emigraron a Eretz Israel y sus hermanas estaban estudiando en Praga, permaneció en Rovno unos cinco años más, hasta que se diplomó en enfermería en la escuela cercana al hospital militar polaco de la ciudad. Llegó al puerto de Tel Aviv, donde la esperaban sus padres, sus dos hermanas y Zvi Shapira, el «reciente» marido de Haya, dos días antes de que terminara el año 1938. En Tel Aviv, unos años después, se casó con el que había sido su instructor en las Juventudes Sionistas de Rovno, un chico honesto, puntilloso y razonable llamado Abraham Gendelberg. Buma.

En 1934, un año después que sus padres y su hermana mayor, Haya, y cuatro años antes que su hermana pequeña, Sonia, también Fania llegó a Eretz Israel. Algunos de sus amigos contaban que en Praga había vivido una amarga historia de amor, pero no supieron darme detalles. Cuando estuve en Praga, anduve durante varias tardes por el laberinto de callejuelas empedradas que rodean la universidad dibujándome imágenes e imaginándome historias.

Un año después de su llegada, mi madre se matriculó en la Universidad de Har Hatzofim para continuar sus estudios de historia y filosofía. Cuarenta y ocho años más tarde, y sin tener la menor idea de lo que había estudiado su abuela en su juventud, mi hija Fania decidió estudiar en la Universidad de Tel Aviv historia y filosofía.

No sé si mi madre dejó a medias sus estudios en la Universidad de Praga sólo porque el dinero de sus padres se había acabado. ¿Hasta qué punto la empujaría hacia Eretz Israel el violento odio hacia los judíos que invadía a mediados de los años treinta las calles de Europa y que también llegó a los campus, y en qué medida se vería influida por la educación recibida en el instituto Tarbut y en las Juventudes Sionistas? ¿Qué esperaba mi madre encontrar aquí, que encontraría, qué no encontraría? ¿Cómo serían Tel Aviv y Jerusalén para alguien que había crecido en una casa señorial de Rovno y llegaba directamente del seno de la belleza gótica de Praga? ¿Cómo sonaría el hebreo hablado en esta tierra al oído refinado de la joven que traía consigo un hebreo impecable, aprendido en los libros en el instituto Tarbut, y que estaba dotada de gran sensibilidad lingüística? ¿Qué le dirían a mi joven madre las colinas de arena, los motores de las bombas de agua en los huertos, los pedregales, las excursiones arqueológicas, las ruinas de los lugares bíblicos y los restos de los asentamientos del Segundo Templo, los titulares del periódico *Davar*, los productos lácteos de Tnuva, los wadis, los vientos del desierto, las cúpulas de los monasterios rodeados de murallas, el agua fresca de las jarras, los recitales de acordeón y armónica, los conductores de autobús con pantalones cortos color caqui, el sonido del inglés, lengua de los gobernantes, los huertos sombríos, los minaretes de las mezquitas, las caravanas de camellos cargados de grava, los vigilantes hebreos, los bronceados pioneros de los kibbutzim, los albañiles con viseras viejas? ¿Sentiría rechazo o atracción por las tempestuosas noches de discusiones, divisiones, cortejos, por las excursiones de los sábados, el entusiasmo de la vida política, las conspiraciones de los miembros de la resistencia y sus simpatizantes, el reclutamiento de voluntarios para labores agrícolas, las noches azul oscuro salpicadas de aullidos de chacales y ecos de disparos lejanos?

Cuando tuve la edad suficiente para que mi madre me pudiera hablar de su infancia, su juventud y sus primeros años en Eretz Israel, su mente estaba ya lejos de todo eso y ocupada en

otras cosas. Los cuentos que me contaba por las noches estaban poblados por gigantes, hadas, magos, mujeres de campesinos, hijas de molineros, cabañas perdidas en medio del bosque. Cuando hablaba del pasado, de la casa de sus padres, del molino de harina, de la perra Frima, a veces se percibía en su voz cierta amargura y desesperación, algo ambiguo, vagamente sarcástico, cierta ironía contenida, algo demasiado complejo o velado como para que yo pudiese comprenderlo, algo desafiante e inquietante.

Tal vez por eso no me gustaba que hablara de esas cosas y siempre le pedía que me contara cualquier cosa más clara y más cercana a mí, la historia de las seis mujeres hechizadas de Matvey, el aguador, o la del caballero muerto que continuaba atravesando continentes y ciudades bajo la forma de un esqueleto con armadura, yelmo y espuelas de fuego.

No sé casi nada del día en que mi madre llegó a Haifa, de sus primeros tiempos en Tel Aviv y sus primeros años en Jerusalén. A modo de sucedáneo, voy a contar algo de lo que me dijo mi tía Sonia: cómo y por qué vino aquí, qué esperaba encontrar y qué encontró.

En el instituto Tarbut no sólo aprendíamos a leer, escribir y hablar un hebreo muy bueno, que la vida se ha encargado de estropear, estudiábamos también Biblia, Mishná y poesía medieval, pero además estudiábamos biología, polonística, es decir literatura e historia polacas, arte del Renacimiento e historia de Europa. Pero lo más importante que aprendíamos en el instituto Tarbut era que más allá del horizonte, más allá del río y el bosque, había una tierra a la que pronto deberíamos dirigirnos, porque el tiempo de los judíos en Europa, y sin duda nuestro tiempo, el de los judíos que vivíamos en Europa del Este, estaba llegando a su fin.

Nuestros padres advertían con mucha más claridad que nosotros que el tiempo se acababa: incluso los que se habían enriquecido, como nuestro padre y otras familias que fundaron en Rovno fábricas modernas o se dedicaban a la medicina, las leyes y la ingeniería, incluso aquellos que tenían muy buenas relaciones sociales con las autoridades y los intelectuales de la ciudad, incluso ellos sentían que vivíamos sobre un volcán: estábamos justo en la tensa frontera entre Stalin, Grajewski y Pilsudsky. Ya sabíamos que Stalin quería borrar por completo, a la fuerza, todo vestigio de existencia judía, para que sólo quedaran buenos *komsomolniks* que se delataran entre sí. Por otra parte, Polonia trataba a los judíos con repugnancia, como alguien que se ha metido en la boca un trozo de pescado podrido y ni se lo traga ni lo vomita. No habría sido correcto vomitarnos en presencia de los países de la conferencia de Versalles, en el ambiente de los derechos nacionales, Wilson, la Sociedad de Naciones, en los años veinte los polacos aún sentían cierto pudor: querían tener una buena imagen. Como un borracho que intenta caminar recto para que nadie vea que se va tambaleando. Los polacos aún esperaban mostrarse más o menos como una familia de pueblos. Sólo bajo cuerda nos oprimían, humillaban y vejaban para que poco a poco nos fuéramos todos a Palestina y desapareciésemos para siempre de su vista. Por eso estimularon en cierta medida una educación sionista y la creación de institutos hebreos: para que todos nos convirtiéramos en un pueblo, claro, por qué no, lo importante era que nos fuéramos de una vez a Palestina y adiós muy buenas.

El miedo que reinaba en todas las casas judías, el miedo del que casi nunca se hablaba pero que nos habían metido en el cuerpo como un veneno, gota a gota, era el miedo terrible a no ser

realmente personas lo bastante limpias, a que de verdad fuéramos demasiado molestos y engreídos, demasiado astutos y avaros. A lo mejor era cierto que nuestros buenos modales desentonaban. Había un miedo mortal, el miedo a causarles mala impresión a los gentiles y que entonces se enfadasen y nos volvieran a hacer cosas terribles en las que era mejor ni pensar.

Mil veces les repetían a los niños judíos que se comportaran bien con ellos, con educación, aunque fueran groseros o estuviesen borrachos, que de ninguna manera les hicieran enfadar, no había que discutir ni regatear con un gentil bajo ningún concepto, que estaba prohibido irritarles, mostrarse altivos, que siempre había que hablarles en voz baja y sonriendo, para que no dijeran que éramos escandalosos, y hablar siempre en un polaco correcto, para que no dijeran que corrompíamos su lengua, pero que tampoco había que hablar polaco muy culto, para que no dijeran que queríamos llegar demasiado lejos, para que no dijeran que éramos ambiciosos y para que de ningún modo dijeran que teníamos manchas en la ropa. En resumen, que debíamos hacer todo lo posible por causarles una buena impresión y que ningún niño podía estropear esa buena impresión, porque bastaba con que un niño, uno sólo, no se lavase bien la cabeza y tuviese piojos para crearle mala fama a todo el pueblo judío. Ni siquiera así nos soportaban, así que estaba completamente prohibido darles más motivos para no soportarnos.

Vosotros, los que habéis nacido aquí, jamás podréis comprender cómo ese goteo va poco a poco distorsionando los sentimientos, como una herrumbre inexorable que fuera comiéndose poco a poco tu humanidad, convirtiéndote en un hipócrita, un mentiroso y un pícaro, igual que un gato. A mí no me gustan mucho los gatos. Los perros tampoco. Pero si tengo que elegir, prefiero a los perros. Los perros son como los gentiles, enseguida ves lo que piensan y lo que sienten. El judío de la diáspora era un gato, en el peor sentido, ¿entiendes a lo que me refiero?

Pero lo que más miedo daba era la chusma. Lo que podía pasar entre un gobierno y otro, por ejemplo, si los polacos eran expulsados y los comunistas ocupaban su lugar: se temía que en ese intervalo volvieran a aparecer las bandas de ucranianos o de bielorrusos o la muchedumbre polaca instigada o, más al norte, los lituanos. Era un volcán en constante y lenta erupción y siempre olía a humo. «En la oscuridad afilan los cuchillos», se decía sin precisar quién, pues podían ser tanto los unos como los otros. La muchedumbre. También aquí, en Eretz Israel, se ha podido apreciar que la muchedumbre judía puede ser un monstruo.

A los únicos que no temíamos mucho era a los alemanes. Recuerdo que en el 34 o el 35 yo era la única de la familia que seguía en Rovno, para terminar mis estudios de enfermería, en el 35 aún había bastantes entre nosotros que esperaban que llegase Hitler, decían que con él al menos habría leyes y disciplina, y cada uno sabía dónde estaba su sitio, que no importaba mucho lo que Hitler dijera, lo importante era que allí, en Alemania, había impuesto un orden alemán ejemplar y que la chusma temblaba ante él. Lo importante era que con Hitler al menos no habría tumultos callejeros ni anarquía; entre nosotros aún se pensaba entonces que la anarquía era la peor situación posible: la mayor pesadilla era que los sacerdotes empezaran un día a instigar en las iglesias diciendo que la sangre de Jesús volvería a ser derramada por culpa de los judíos y comenzasen a repicar sus pavorosas campanas, y los campesinos lo escucharan, se llenaran la barriga de aguardiente, cogieran las hachas y las horcas y empezara todo.

Nadie imaginaba lo que realmente iba a suceder, pero en los años veinte casi todo el mundo sabía

que los judíos no tenían futuro ni con Stalin, ni en Polonia ni en ningún lugar de la Europa del Este y, por tanto, fue tomando fuerza la idea de marchar en dirección a Eretz Israel. Por supuesto no todos pensaban así, los ultraortodoxos se oponían tajantemente, y los bundistas, los yiddishtas, los comunistas y los asimilados, que se consideraban más polacos que Paderevsky y Moycechovsky, pero muchas personas normales de Rovno en los años veinte se preocupaban de que sus hijos estudiaran hebreo y fueran al instituto Tarbut. Los que tenían dinero mandaban a sus hijos a estudiar a Haifa, a la Universidad Politécnica, o al instituto de Tel Aviv, o a las escuelas agrícolas, y los ecos que nos llegaban de vuelta de Eretz Israel eran sencillamente maravillosos: los jóvenes sólo esperábamos que nos llegara el turno. Mientras tanto, todos leíamos periódicos en hebreo, discutíamos, cantábamos canciones de Eretz Israel, recitábamos poemas de Bialik y Tchernijovsky, nos dividíamos en montones de partidos y grupos, confeccionábamos uniformes y banderas, había una gran pasión por todo lo nacional. Se parecía mucho a lo que ocurre hoy con los palestinos, pero sin el derramamiento de sangre que ellos provocan. En el pueblo judío hoy apenas se aprecia un espíritu nacional así.

Por supuesto conocíamos las duras condiciones de vida en Eretz Israel: sabíamos que hacía mucho calor, que había desierto y pantanos, que faltaba trabajo, y sabíamos que había árabes pobres en los pueblos, pero veíamos en el gran mapa que colgaba en la pared de la clase que los árabes no eran muchos, habría entonces aproximadamente medio millón, con seguridad menos de un millón, y existía la total certeza de que había sitio para unos cuantos millones de judíos más, y que a los árabes tal vez se les instigaría contra nosotros, como al pueblo llano de Polonia, pero podríamos explicarles y convencerles de que de nosotros sólo obtendrían beneficios, beneficios económicos, sanitarios, culturales y otros muchos. Creíamos que pronto, en unos pocos años, los judíos serían mayoría en Eretz Israel y entonces le mostraríamos al mundo entero una conducta ejemplar con la minoría árabe: nosotros, que siempre habíamos sido una minoría oprimida, nos comportaríamos con la minoría árabe con honestidad y justicia, con generosidad, participaríamos con ellos en la construcción de la patria, compartiríamos todo con ellos y de ningún modo los convertiríamos en gatos. Era un bonito sueño.

En todas las aulas de las guarderías Tarbut, los colegios de primaria Tarbut y los institutos Tarbut había colgado un gran retrato de Herzl, un gran mapa que abarcaba desde Dan hasta Beer Sheva, donde se destacaban especialmente los asentamientos de los pioneros, una hucha del Keren Kayemet, fotos de pioneros trabajando y fragmentos de poemas que se habían convertido en eslóganes. Bialik visitó dos veces Rovno y Tchernijovsky otras dos, y también Asher Brash, eso creo, o puede que fuera algún otro escritor. También los dirigentes de Eretz Israel venían casi todos los meses, Zalman Rubashov, Tabankin, Yacob Zerubabel, Zeev Jabotinsky.

Preparábamos grandes desfiles en su honor, con tambores y banderas, con adornos y farolillos de papel, con entusiasmo, eslóganes, brazaletes y canciones, el alcalde polaco en persona salía en su honor a la plaza, y así, a veces, teníamos la sensación de que también nosotros éramos un pueblo, no sólo una inmundicia. Quizá te resulte difícil entenderlo, pero por aquellos años los polacos estaban ebrios de polonicidad, los ucranianos estaban ebrios de ucranidad, y los alemanes, los checos, todos, incluso los eslovacos, los lituanos y los letones, y nosotros simplemente no teníamos sitio en ese carnaval, nosotros no estábamos incluidos y no éramos

queridos. ¿Qué tiene de extraño que también nosotros deseáramos con todas nuestras fuerzas ser un pueblo como todos? ¿Qué alternativa teníamos?

Pero la educación no era chovinista. La educación del Tarbut era humanista, progresista, democrática, y también artística y científica. Intentaban dar a los chicos y las chicas los mismos derechos. Nos enseñaban a respetar a los otros pueblos: todo ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, aunque lo olvide constantemente.

Desde muy pequeños estábamos mentalmente en Eretz Israel, conocíamos de memoria la ubicación de las colonias agrícolas, lo que crecía en los campos de Beer Tuvia y cuántos habitantes tenía Zikron Yacob, quién había asfaltado la carretera Tiberias-Tzemaj y cuándo habían subido al monte Gulboa. Sabíamos incluso lo que se comía allí y cómo se vestía.

Es decir, creíamos saberlo. La verdad es que los profesores no lo sabían y, por tanto, aunque hubieran querido contarnos el lado malo, no habrían podido: no tenían ni idea. Todos los que llegaban de Eretz Israel, delegados, instructores, dirigentes, y todos los que iban y volvían, nos hacían un retrato fascinante. Y si alguna vez volvía alguien contando cosas no tan buenas, no estábamos dispuestos a escucharlo. Simplemente le hacíamos callar. Lo tratábamos con desprecio.

El director de nuestro instituto era un hombre encantador, un *charmant*, un estupendo educador, tenía una inteligencia aguda y un corazón de poeta. Se llamaba Rais, señor Rais, Isacar Rais. Llegó desde Galitzia y rápidamente se convirtió en un ídolo para la juventud. Todas las chicas estaban enamoradas de él en secreto, también mi hermana Haya, que en el instituto destacaba por su activismo y su tendencia natural al liderazgo, y también Fania, tu madre, sobre la que el señor Rais ejercía una influencia mística y a quien arrastró suavemente hacia la literatura y el arte. Era un hombre muy guapo y viril, un poco a lo Valentino o Navarro en las películas, lleno de calidez y empatía, casi nunca estaba enfadado y, si se enfadaba, no dudaba después en llamar al alumno en cuestión y pedirle disculpas.

La ciudad entera estaba fascinada con él. Creo que las madres soñaban con él por las noches y las hijas se derretían al verlo por el día. Y también los chicos, no menos que las chicas: intentaban imitarle. Hablar como él. Toser como él. Pararse a mitad de una frase, como él, e ir a asomarse un momento por la ventana para reflexionar. Habría podido tener muchísimo éxito como seductor. Pero no: por lo que sé, estaba casado, aunque no felizmente, con una mujer que no le llegaba a la suela de los zapatos, pero se comportaba como un marido ejemplar. También podría haber triunfado como líder, era de esa clase de personas por las cuales los demás están dispuestos a ir al fin del mundo y a hacer cualquier cosa por provocarles una sonrisa de aprobación o una palabra de elogio. Sus ideas eran compartidas por todos. Su humor se convirtió en el sello de identidad de todos. Y él creía que sólo en Eretz Israel los judíos podrían curarse de sus trastornos mentales y demostrarse a sí mismos y al mundo que también ellos tenían buenas cualidades.

Había otros profesores estupendos, estaba Menahem Gelerter, que nos enseñaba Biblia como si hubiese estado presente en el valle de Elá, en Anatot o en el santuario de los filisteos en Gaza. También enseñaba literatura hebrea y literatura universal, y recuerdo que una vez en clase, contrastando los poemas, nos demostró que Bialik no tenía nada que envidiarle a Mickiewicz. Menahem Gelerter nos llevaba cada semana de excursión por Eretz Israel, una vez a Galilea, otra a las colonias agrícolas de Judea, otra al valle de Jericó, otra por las calles de Tel Aviv: traía

mapas y fotografías, recortes de periódicos, fragmentos de poemas y novelas, páginas de la Biblia y de geografía, historia y arqueología, hasta que al final sentías un agradable cansancio, como si de verdad hubieras estado allí, no sólo con el pensamiento sino andando bajo el sol y el polvo, entre los cítricos y los viñedos, entre las chumberas y las tiendas de campaña de los pioneros en los valles. Y así llegué a Eretz Israel mucho antes de llegar.

En Rovno, Fania tenía un amigo, un pretendiente, un licenciado, un chico delicado y profundo que se llamaba Terle o Terlo. Había una especie de pequeño sindicato de estudiantes sionistas del que formaban parte tu madre, Terlo, mi hermana Haya, Esterika Ben Meir, Fania Weissman, y puede que también Fania Zonder, Lilia Kalish, que después se llamó Lea Bar Samka, y varios más. Haya era la líder natural hasta que se fue a estudiar a Praga. Hacían todo tipo de planes, cómo vivirían en Eretz Israel, cómo trabajarían por el desarrollo de la vida artística y cultural, cómo mantendrían la relación con los naturales de Rovno. Después de que las chicas se marcharan de Rovno, unas a estudiar a Praga y otras a Eretz Israel, Terlo empezó a cortejarme. Me esperaba todas las tardes a la salida del hospital militar polaco. Yo iba con un vestido verde y una cofia blanca, y paseábamos por la calle Czecziego Maya, por la calle Topoliova, que pasó a ser la calle Pilsudsky, por el jardín del palacio, por el monte Gravni, a veces nos dirigíamos hacia el río Ustiya, al barrio antiguo, a los alrededores de la fortaleza donde estaban la gran sinagoga y la iglesia católica. Lo único que hacíamos era hablar. Como mucho puede que dos o tres veces nos cogiéramos de la mano. ¿Por qué? Me resulta difícil explicártelo, porque vosotros no podéis comprenderlo. Hasta os burlaríais de nosotros: en aquella época debíamos guardar un recato tremendo. Estábamos sepultados bajo una montaña de vergüenza y temor.

El tal Terlo era ideológicamente un auténtico revolucionario, pero se ruborizaba por todo: si por casualidad se le escapaba la palabra «mujeres», «lactancia», «falda», o incluso la palabra «piernas», al instante se ponía rojo hasta las orejas, como si tuviera una hemorragia, y empezaba a disculparse y balbucir. Conmigo sólo hablaba sin parar de tecnología y ciencia, si suponían una bendición o una maldición para la humanidad, o las dos cosas al mismo tiempo. Y hablaba apasionadamente sobre el futuro, decía que pronto dejaría de existir la pobreza, la injusticia, las enfermedades y hasta la muerte. Era un poco comunista, pero eso no le sirvió de gran ayuda: cuando llegó Stalin en el 41, sencillamente fue detenido y desapareció.

De todo el Rovno judío no quedó con vida casi nadie: sólo aquellos que se vinieron aquí a tiempo, los pocos que huyeron a América y los que lograron salir indemnes de los cuchillos de los bolcheviques. Al resto los asesinaron los alemanes, a excepción de aquéllos a los que asesinó Stalin. No, no me gustaría volver allí: ¿para qué? ¿Para volver a añorar desde allí un Eretz Israel que ya no existe y que posiblemente nunca existió salvo en nuestros sueños juveniles? ¿Para condolerme? Para condolerme no necesito moverme de la calle Wiesel y puede que ni de casa. Todos los días me paso varias horas condoliéndome en el sillón o mirando por la ventana. No, no me conduelo por lo que ya no existe sino por lo que nunca existió. No tengo por qué condolerme

por Terlo, han pasado casi setenta años, de todos modos hoy ya no estaría vivo, habría muerto a manos de Stalin o si no aquí, en una guerra o en un atentado, y si no de cáncer o diabetes. ¡No! Me conduelo sólo por lo que nunca existió. Por los bellos cuadros que nos hacíamos y que ya se han borrado.

Me embarqué en un carguero rumano, se llamaba *Constanza*, y recuerdo que, a pesar de no ser creyente, no quise comer cerdo: no por temor de Dios, pues Él mismo lo creó sin aversión, y cuando se raja a un cochinitillo y éste grita e implora con la voz de un niño maltratado, Dios lo ve y lo oye y se apiada del atormentado cerdo más o menos del mismo modo en que se apiada de las personas. Siente la misma piedad por el cerdo que por sus rabinos y sus hasidim, que respetan todos sus preceptos y le sirven durante toda su vida.

No fue por temor de Dios sino porque, precisamente de camino a Eretz Israel, no me parecía apropiado llevar al barco cerdo ahumado, cerdo salado y embutido de cerdo. Por eso durante todo el trayecto estuve comiendo un estupendo pan blanco, un pan fino y sabroso. Por las noches conseguí dormir en tercera clase, bajo techo, en un dormitorio al lado de una chica griega que llevaba con ella a una niña de no más de seis semanas. Todas las tardes la acunábamos entre las dos en una sábana, como si fuera una hamaca, para que dejara de llorar y se durmiera. Hablar no hablábamos ni una palabra, pues no teníamos ningún idioma en común y tal vez por eso nos despedimos con gran afecto.

Incluso recuerdo que por un momento me pregunté el motivo de mi viaje a Eretz Israel, ¿por qué iba allí?, ¿sólo para vivir entre judíos? La verdad era que esa chica griega, que posiblemente ni siquiera supiese lo que era un judío, estaba más cerca de mí que todo el pueblo judío. El pueblo judío me pareció por un instante una gran masa sudorosa que intentaba hacerme entrar en sus entrañas para digerirme con sus jugos gástricos, y me dije: Sonia, ¿de verdad es eso lo que quieres? Es interesante el hecho de que en Rovno nunca tuviera ese temor a ser digerida por los jugos gástricos del pueblo. Tampoco aquí volví a sentirlo. Sólo allí, por un momento, en el barco, durante el trayecto, cuando la niña griega dormía sobre mis piernas y yo la sentía a través del vestido como si realmente fuese sangre de mi sangre, a pesar de que no era judía, a pesar del malvado Antíoco, y a pesar de esa canción de Januká tan fea, «Roca de mi salvación», en cuya letra nazi era mejor ni pensar. Puede que no haya que llamarla nazi, pero lo que sí es cierto es que es una letra muy fea.

Una mañana temprano, puedo decirte hasta la fecha y hora exactas, tres días antes de que acabara el año 38, el miércoles 28 de diciembre de 1938, poco después de la fiesta de Januká, un día muy claro, casi sin nubes, a las seis de la mañana me puse un jersey y una cazadora, subí a la cubierta y miré la línea gris de nubes del horizonte. Debí de estar casi una hora mirando y sólo vi unas cuantas gaviotas. Y de repente, de golpe, sobre la línea de nubes apareció el sol invernal y bajo la línea de nubes despuntó la ciudad de Tel Aviv: filas y filas de casas cuadradas, blancas, completamente distintas a las casas de ciudad y a las casas de pueblo polacas y ucranianas, completamente distintas a Rovno, Varsovia y Trieste, pero muy parecidas a los cuadros que había en todas las aulas del Tarbut, desde las guarderías a los institutos, y también a los dibujos y fotos que el profesor Menahem Gelerter nos enseñaba. Por tanto me quedé sorprendida pero al mismo tiempo no.

No puedo describir la alegría que de repente me inundó la garganta, de pronto sólo quería gritar y cantar, ¡es mío!, ¡todo esto es mío! ¡De verdad es todo mío! Es extraño, nunca antes, ni en nuestra casa, ni en nuestro jardín de árboles frutales, ni en el molino de harina, jamás tuve una sensación tan fuerte de completa pertenencia, la alegría de la posesión, ¿entiendes a lo que me refiero? Nunca en la vida, ni antes de esa mañana ni después, sentí una alegría así: por fin aquí estaría mi casa, por fin aquí podría correr las cortinas, olvidarme de los vecinos y hacer lo que quisiera. Aquí no tendría que ser educada, no tendría que avergonzarme de nadie, no tendría que preocuparme por lo que pensarán o dijeran de nosotros los campesinos, ni por lo que los intelectuales sintieran hacia nosotros, ni tendría que esforzarme por causar buena impresión a los gentiles. Ni siquiera cuando compramos el primer piso en Jolón, o éste, en la calle Wiesel, sentí de una forma tan intensa la satisfacción de estar en mi propia casa. ¡Ésa fue la sensación que me embargó cerca de las siete de la mañana, ante una ciudad donde nunca había estado, ante una tierra que ni siquiera había pisado, ante unas extrañas casas blancas distintas a las que había visto siempre! A lo mejor no eres capaz de comprenderlo. Te parece un poco ridículo, un poco estúpido, ¿verdad?

A las once de la mañana bajamos con las maletas a una lancha a motor; el marinero que la pilotaba era una especie de ucraniano grande y velludo, todo sudado y un poco temeroso, pero cuando le dije gracias en ucraniano y quise darle una moneda se rió y me contestó en un hebreo impecable: Pero muñeca, no es necesario, en vez de eso podías darme un besito.

Hacia un buen día, algo frío, y lo primero que recuerdo es un olor bastante agradable, un poco embriagador, un intenso olor a alquitrán hirviendo, y en medio del denso humo de los bidones de alquitrán –al parecer estaban asfaltando una plaza o un muelle–, en medio del humo negro, apareció de repente la cara de mi madre, sonriendo, y detrás Papá, con lágrimas en los ojos, y mi hermana Haya con su marido, Zvi, al que aún no conocía aunque nada más verle pensé: ¡Vaya chico se ha buscado aquí mi hermana! ¡Guapo, bueno, simpático! Y sólo después de abrazar y besar a todos vi que también estaba mi hermana Fania, tu madre. Estaba a un lado, no muy lejos de los bidones humeantes, llevaba una falda larga y un jersey azul, estaba en silencio, esperando a abrazarme y besarme después de los demás.

Enseguida advertí que, mientras mi hermana Haya había florecido, estaba exultante, sonrosada, esbelta, vigorosa, Fania no parecía encontrarse muy bien: la noté muy pálida y más callada de lo normal. Había ido expresamente desde Jerusalén a recibirme, se disculpó en nombre de Arie, su marido, tu padre, a quien no le habían dado el día libre, y me invitó a ir a visitarla.

Sólo al cabo de un cuarto de hora, o media hora tal vez, me di cuenta de que no le hacía bien estar tanto tiempo de pie. Antes de que ella o alguien de la familia me lo contara, descubrí que no llevaba bien el embarazo, es decir a ti. Sólo estaba de unos tres meses, pero tenía las mejillas hundidas, los labios blancos y la frente como nublada. No había perdido su belleza, al contrario, pero parecía cubierta por un velo gris del que no se desprendió hasta el final.

Haya fue siempre la más brillante e impresionante de las tres, la más interesante y fascinante, pero si uno miraba bien, si tenía cierta capacidad de observación, podía apreciar que la más guapa de nosotras era Fania. ¿Yo? Apenas contaba: yo sólo era la tontorróna. Creo que nuestra madre admiraba más a Haya, y se enorgullecía de ella, mientras que Papá casi no podía ocultar la

verdad, que sentía devoción por Fania. Yo no era la preferida ni de mi padre ni de mi madre, puede que sólo de mi abuelo Efraim y, a pesar de eso, les quería mucho a todos: no tenía envidia ni les guardaba rencor. Puede que precisamente quien menos querido es, si no es envidioso ni rencoroso, tenga en su interior más amor que dar. ¿No? No estoy muy segura de lo que acabo de decir. Tal vez sólo sea un cuento que me cuento a mí misma antes de dormir. Tal vez todos nos contemos cuentos antes de dormir para tener menos miedo. Tu madre me abrazó y me dijo: Sonia, qué bien que hayas venido, qué bien que volvamos a estar todos juntos, aquí tenemos que ayudarnos mucho unos a otros, y sobre todo tenemos que apoyar a nuestros padres.

El piso de Haya y Zvi estaba a un cuarto de hora del puerto y Zvi, el héroe, llevó él solo casi todo mi equipaje. Por el camino vimos a unos obreros construyendo un gran edificio, era el seminario que todavía sigue existiendo en la calle Ben Yehuda, un poco antes de la esquina con la avenida Nordau. Esos obreros me parecieron en un primer momento gitanos o turcos, pero Haya me dijo que eran judíos bronceados por el sol. Jamás había visto judíos así excepto en fotografías, y entonces se me cayeron las lágrimas, por lo fuertes y alegres que eran esos obreros pero también porque entre ellos vi a dos o tres niños, tendrían como mucho doce años. Llevaban colgada a la espalda una especie de escalera de madera y en la escalera un montón de pesados ladrillos. Cuando vi aquello me eché a llorar de alegría, de humillación o de pena. No me resulta fácil explicarlo.

En Ben Yehuda, al lado de Jabotinsky, en el apartamento de Haya y Zvi, nos esperaban Yigal y la vecina que se había quedado cuidándole. No tendría más de medio año, era un niño despierto y alegre como su padre, y lo primero que hice fue lavarme las manos, ponerme un paño en el pecho, coger a Yigal en brazos y abrazarle con ternura, en ese momento no sentí deseos de llorar, ni tampoco una alegría desatada como en el barco, tan sólo sentí la absoluta certeza, una certeza que me salía de dentro, de lo más profundo de mi interior, como del fondo de un pozo, de que era bueno que todos estuviéramos aquí y no en la casa de la calle Dubinska. Y también sentí de repente que había sido una pena no darle a aquel marinero insolente y sudoroso el beso que me había pedido. ¿A qué venía eso? Ni hoy mismo lo sé, pero así me sentía en aquel momento.

Por la tarde, Zvi y Haya me llevaron a ver algo de Tel Aviv, es decir, fuimos a la calle Allenby y la avenida Rothschild, ya que la calle Ben Yehuda aún no se consideraba realmente Tel Aviv; la zona norte de la calle Ben Yehuda era por aquella época la periferia. Y recuerdo lo limpio y bonito que me pareció todo a primera vista, por la tarde, con los bancos en la calle, las farolas y todos los letreros en hebreo: como si toda la ciudad de Tel Aviv fuese una hermosa exposición en el patio del instituto Tarbut.

Fue en diciembre del 38, y desde entonces no he salido de aquí, excepto tal vez con el pensamiento. Y ya no saldré. Y no porque piense que Eretz Israel es una maravilla, sino porque ahora creo que todos los viajes son una soberana tontería: el único viaje del que no se vuelve con las manos vacías es el interior. En el interior no hay fronteras ni aranceles, se puede llegar hasta las estrellas más lejanas. O ir a lugares que ya no existen y visitar a personas que ya no están. Incluso entrar en lugares que jamás existieron y que tal vez nunca pudieron existir, pero donde me siento bien. O al menos, no me siento mal. ¿Y tú? ¿Te hago en un momento un huevo frito? ¿Con un poco de tomate, queso y un pedazo de pan? ¿O con aguacate? ¿No? ¿También hoy tienes prisa? ¿No te vas a tomar, por lo menos, otro vaso de té?

En la Universidad de Har Hatzofim, o tal vez en una de las estrechas habitaciones del barrio de Kerem Abraham, de la calle Gueulá, de Ahvah, donde en aquella época se hacían los estudiantes pobres de dos en dos y de tres en tres, se conocieron Fania Mussman y Yehuda Arie Klausner. Fue en el 35 o el 36. Sé que mi madre vivía entonces en una habitación alquilada en la calle Sofonías 24 con dos amigas de Rovno, también estudiantes, Esterika Wiener y Fania Weissman. Sé que tenía muchos pretendientes. Y, por lo que le oí decir a Esterika Wiener, tuvo algunos flirteos más o menos serios.

En cuanto a mi padre, eso me contaron, estaba ansioso de compañía femenina, hablaba mucho, era brillante con las palabras, era divertido, llamaba la atención y también provocaba alguna risita. «La enciclopedia andante», le llamaban los estudiantes. Si alguien necesitaba saber algo, y aunque no lo necesitase, a él le gustaba impresionar a todos demostrando que sabía quién era el presidente de Finlandia, cómo se decía «torre» en sánscrito, dónde se mencionaba la nafta en el Talmud.

A las estudiantes que le gustaban las ayudaba con gran entusiasmo a hacer los trabajos, por las tardes paseaba con las chicas por las callejuelas del Meah Shearim y por los caminos de Sanhedria, las invitaba a gaseosa, se apuntaba a las visitas de los lugares santos y a las excavaciones arqueológicas, le gustaba mucho participar en las discusiones intelectuales, leer en voz alta y con gran sentimiento poemas de Mickiewicz o de Tchernijovsky. Pero al parecer sus relaciones con las chicas, o con la mayoría de ellas, no iban más allá de conversaciones profundas y paseos nocturnos: parece ser que las chicas sólo sentían por él una atracción teórica. En el fondo, en eso su suerte no fue distinta a la de la mayoría de los chicos de aquella época.

No sé cómo ni cuándo se acercaron mis padres el uno al otro, y no sé si antes de yo conocerles aún había amor entre ellos. Se casaron un día de principios de 1938 en la azotea del rabinato en la calle Yafó, él con un traje negro a rayas blancas muy finas, corbata y un pañuelo blanco en el bolsillo de la chaqueta, y ella con un vestido blanco largo que resaltaba su piel oscura y su hermoso cabello negro. Fania se trasladó con sus escasas pertenencias de la habitación de la calle Sofonías que compartía con sus amigas a la habitación de Arie en el piso de la familia Zarhi, en la calle Amós.

Unos meses más tarde, cuando mi madre ya estaba embarazada, se fueron a vivir a un edificio que estaba casi enfrente, a la planta baja, un semisótano de dos habitaciones. Allí nació su único hijo. A veces mi padre, con su deslucida forma de gastar bromas, decía que por aquellos años por supuesto el mundo no era el lugar más idóneo para que nacieran niños en él (mi padre utilizaba mucho las palabras «por supuesto», «de cualquier forma», «ciertamente», «en cierto sentido», «evidentemente», «de inmediato», «por otra parte» y «qué vergüenza»). A lo mejor al decir que el mundo no era el lugar más idóneo para los niños pretendía reprocharme, implícitamente, el haber nacido de forma precipitada e irresponsable, en contra de sus planes y expectativas, puesto que yo había nacido, por supuesto, antes de que él consiguiera todo lo que esperaba de la vida y por mi culpa había llegado tarde. Pero a lo mejor no pretendía insinuar nada sino tan sólo bromear a su manera: muchas veces mi padre empezaba a bromear sólo para que el silencio no imperara en la habitación. Creía que cada silencio se dirigía contra él. O que él era el culpable.

28

¿Qué comían los askenazíes pobres en Jerusalén en los años cuarenta? En casa comíamos pan negro con cebolla y aceitunas y, a veces, con pasta de anchoas; comíamos pescado ahumado y salado procedente de las profundidades de las olorosas cajas que había en un rincón de la tienda del señor Auster; muy de vez en cuando comíamos sardinas, que se consideraban un manjar. Comíamos pepinos, calabazas y berenjenas estofadas, berenjenas fritas o ensalada de berenjenas con aceite, ajo y cebolla picada.

Por las mañanas había pan negro con mermelada, y a veces pan negro con queso (cuando llegué a París por primera vez, directamente desde el kibbutz Hulda, en 1969, les dije a mis asombrados anfitriones que en Israel había sólo dos tipos de queso: queso fresco y queso curado). Por las mañanas me solían dar una papilla de avena quaker con sabor a miel, y cuando me negué a seguir comiéndola empezaron a darme papilla de sémola con canela espolvoreada por encima. Mi madre se tomaba todas las mañanas un vaso de té caliente con limón y a veces mojaba en el té un bizcocho oscuro de la marca Frumin. Mi padre desayunaba una rebanada de pan negro con una pringosa mermelada amarilla, medio huevo duro (nosotros lo llamábamos «huevo cocido»), aceitunas, unos trozos de tomate, pimiento y pepino pelado y también yogur de Tnuva en tarro de cristal.

Mi padre se levantaba siempre muy temprano, una hora u hora y media antes que mi madre y que yo: a las cinco y media de la mañana estaba ya frente al espejo del cuarto de baño removiendo y espesando con una brocha la nieve que tenía en las mejillas, afeitándose y cantando en voz baja canciones patrióticas con unos gorgoritos que ponían los pelos de punta. Después de afeitarse se tomaba un vaso de té en la cocina y leía el periódico. En la temporada de los cítricos, cada mañana exprimía unas naranjas con un pequeño exprimidor manual y nos llevaba a mi madre y a mí un zumo de naranja a la cama. Y, como la temporada de los cítricos cae en invierno y en aquella época se creía que las bebidas frías en días fríos provocaban resfriados, mi solícito padre encendía el infiernillo antes de hacer el zumo, ponía encima una cacerola con agua y, cuando el agua estaba a punto de hervir, metía con cuidado los dos vasos de zumo en la cacerola del agua caliente y removía bien con una cuchara para que el zumo que estaba cerca del cristal no estuviera más caliente que el zumo del centro del vaso. Y así, afeitado, vestido y encorbatado, con el delantal de cuadros de mamá atado a la cintura encima de su traje barato, iba a despertar a mi madre (a la biblioteca) y a mí (al cuarto del final del pasillo) y nos daba a cada uno un vaso de zumo de naranja tibio. Mientras yo me tomaba ese zumo templado como si fuese una medicina, mi padre permanecía a mi lado, con el delantal de cuadros, la discreta corbata y el traje gastado por

los codos, esperando a que le devolviese el vaso vacío. Mientras yo me tomaba el zumo, mi padre pensaba qué decir: siempre se sentía culpable de cada silencio. Por eso bromeaba conmigo a su manera, sin ninguna gracia: «Hijito,/ tómate el zumito,/ yo esperaré/ y no te apremiaré».

O: «Si cada día te tomas un vaso templado/ crecerás y serás un valiente soldado».

O también: «Cada sorbo dado/ reconstituye el alma y el cuerpo cansado».

Y a veces, cuando se sentía menos lírico y más discursivo: «¡Los cítricos son el orgullo de nuestra tierra! ¡Hoy día las naranjas de Yafo son apreciadas en el mundo entero! Por cierto, el nombre Yafo, como el de Yefet, deriva seguramente de la palabra *yofi*, belleza, una palabra muy antigua cuyo origen puede ser asirio, *faya*; en árabe ha dado la forma *wafi* y en amhárico *tawafa*, eso creo. Y ahora, bellísimo jovencito –y sonreía con modestia, satisfecho por el juego de palabras que se le había ocurrido–, ahora, joven caballero, acábate el vaso entero y podré irme ligero».

Esas chanzas y juegos de palabras alegraban y divertían a mi padre: creía que podían disipar cualquier pena y cualquier preocupación, y crear a su alrededor un clima de placentera serenidad. Si mi madre decía, por ejemplo, que el vecino, el señor Lemberg, de quien se decía que tenía una enfermedad incurable, había vuelto el día anterior de Hadassah, en Har Hatzofim, y parecía aún más consumido que antes de que lo hospitalizaran, mi padre suspiraba y hacía algún razonamiento sobre lo similares que eran en hebreo las palabras «incurable», *anush*, y «hombre», *enosh*, y citaba un versículo de Jeremías, «engañoso es el corazón, e incurable, quién lo conoce», y otro de los Salmos, «como el heno son los días del hombre». Mi madre se horrorizaba, ¿cómo era posible que todo, hasta la grave enfermedad del señor Lemberg, despertara en él ese impulso infantil de bromear? ¿De verdad creía que la vida era una especie de fiesta de colegio o una reunión de solteros con bromas y cuchufletas? Mi padre sopesaba sus reproches, se arrepentía, se excusaba por el chiste (que él llamaba gracia), lo había dicho con la mejor intención, ¿y de qué le serviría al señor Lemberg que empezásemos a lamentarnos por él en vida? Mi madre le decía: Hasta cuando lo dices con la mejor intención, consigues hacerlo con muy mal gusto: o te haces el importante o te pones en ridículo, en cualquier caso siempre estás bromeando. Y entonces pasaban a hablar en ruso con un guachi guachi contenido.

Al mediodía, a la vuelta de la guardería de la señora Penina, mi madre batallaba conmigo, con sobornos, súplicas y cuentos de princesas y demonios, intentaba distraerme para que comiese un poco de calabaza viscosa o pepinos blandengues (a los que en casa llamábamos con el nombre árabe, *kusa*), y bolas de pan mezclado con un poco de carne picada (con ajo picado se intentaba evitar que esas bolas supieran prácticamente sólo a pan).

A veces me obligaban a comer, entre lágrimas de asco y rabia, bolas de espinacas y espinacas verdes y remolacha y repollo en vinagre y zanahorias crudas y cocidas. A veces era condenado a atravesar desiertos de sémola y trigo, a mascar insípidas montañas de coliflor cocida y todo tipo de deprimentes legumbres como judías, guisantes, habas y lentejas. En verano mi padre hacía un picadillo de tomate, pepino, pimiento, cebolla y perejil aliñado con aceite de la fábrica Yitzhar.

De tarde en tarde, cuando había algún invitado, despuntaba también un trozo de pollo, hundido en arroz o fondeado en un banal de puré de patata, con el mástil y la vela de perejil y alrededor de la cubierta una fina borda de zanahorias cocidas con pepinillos raquíuticos. Dos pepinillos en

vinagre eran la popa del destructor, y quien conseguía acabar con él recibía como premio de consolación un pudín rosa hecho con polvo de pudín o una gelatina amarilla hecha con polvo de gelatina, que en casa llamábamos con el nombre francés, *gelée*, que no está muy lejos del nombre de Julio Verne y del misterioso submarino *Nautilus*, gobernado por el capitán Nemo, quien desencantado de toda la humanidad se retiró a su misterioso reino bajo los océanos, al que pronto, ya está decidido, me uniré.

Para el Shabbat y las demás fiestas mi madre compraba ya a mitad de semana una carpa. La carpa prisionera se pasaba el día nadando con insistencia de un lado a otro de la bañera, intentando encontrar incansablemente algún pasadizo submarino que la condujese al mar abierto. Yo le daba de comer migas de pan. Mi padre me enseñó que en nuestro idioma secreto, sólo de los dos, ese pez se llamaba Nuni. Enseguida me hacía amigo de Nuni: de lejos distinguía mis pasos, se dirigía al borde de la bañera y sacaba del agua una boca que me recordaba cosas en las que era mejor no pensar.

Me levantaba varias veces a oscuras para comprobar si de verdad mi amiga se pasaba la noche durmiendo en el agua fría, algo que me parecía extraño y hasta antinatural, o si después de que se apagaran las luces acababa la actividad diaria de Nuni, salía, se arrastraba lentamente sobre su vientre hasta la cesta de la ropa y se acurrucaba y dormía hasta por la mañana en el cálido seno de las toallas y la ropa interior de franela, y sólo al alba volvía a meterse en silencio en la bañera para cumplir con sus obligaciones en la marina.

Una vez que me dejaron solo en casa decidí enriquecer la aburrida vida de la carpa con islas, istmos, arrecifes y bancos de arena hechos con cacharros de la cocina que sumergí en la bañera. Paciente y perseverante como el capitán Ahab, estuve mucho tiempo persiguiendo con ayuda de un cazo a mi Moby Dick, que consiguió retorcerse y escabullirse una y otra vez en los escondrijos submarinos que yo mismo le había diseminado por el fondo del mar. Por un instante toqué de pronto sus cortantes y frías escamas y me estremecí de asco y de miedo, y también a causa de un descubrimiento escalofriante: hasta aquella mañana, todo lo que estaba vivo, un pollo, un niño, un gato, era blando y estaba caliente; sólo lo que estaba muerto se ponía frío y duro. Y de repente la paradoja de la carpa, fría y dura pero viva, húmeda, lisa, grasienta y cartilaginosa, con escamas y branquias, moviéndose y agitándose, dura y fría, entre mis dedos, esa paradoja me hizo sentir tal punzada de espanto que rápidamente solté mi presa y corrí a enjabonarme, frotarme y aclararme tres veces las manos. Así terminó mi cacería. En vez de perseguir a Nuni estuve bastante tiempo intentando ver el mundo con los ojos redondos y gélidos de un pez, sin párpados, sin pestañas y sin movimiento.

Así me encontraron mi padre, mi madre y mi castigo, cuando al llegar a casa se colaron en el cuarto de baño sin que los oyera y me pillaron, petrificado como un Buda, sentado en la tapa del váter, con la boca medio abierta, la cara como la de un muerto y los dos ojos vidriosos fijos en un punto indeterminado y sin pestañear, como dos bolas de cristal. Enseguida descubrieron también los cacharros que el niño loco había depositado en el fondo del agua de la carpa a modo de archipiélago o de defensas submarinas de Pearl Harbour. «Su Alteza», advirtió mi padre con tristeza, «también esta vez deberá usted cargar con las consecuencias de sus actos. Lo lamento».

Un día vinieron a la cena de Shabbat mi abuelo y mi abuela, también vino Lilienka, la amiga de mi madre, con su marido, el rechoncho señor Bar Samka, que tenía la cara cubierta por una barba blanca, espesa y rizada como un estropajo de aluminio para fregar cacerolas. Tenía las orejas muy raras, no eran del mismo tamaño, parecía un perro pastor con una oreja levantada y la otra caída (yo me confundía a propósito y, en lugar de Mar Bar Samka, señor Bar Samka, lo llamaba Bar Mar Samka, siguiendo los pasos de mi padre, que varias veces se había burlado llamándolo, a sus espaldas, Mar Bar Bar Hana).

Después de una sopa de pollo con bolitas de harina sin levadura, mi madre puso encima de la mesa el cadáver de mi Nuni, entera, desde la cabeza hasta la cola, pero cortada con crueles incisiones de cuchillo en siete pedazos unidos, y engalanada como el cadáver de un rey sobre la carroza fúnebre de camino al panteón. El cadáver real, en una rica salsa color crema sobre un lecho de arroz blanco, estaba adornado con ciruelas cocidas y rodajas de zanahoria y unos granos verdes espolvoreados por encima. Pero la mirada del ojo abierto, acusador e insumiso de Nuni estaba clavada en sus verdugos con un triste y gélido reproche, con un último grito de dolor.

Cuando mis ojos se toparon con esa mirada aterradora, mientras su ojo perforado me llamaba nazi traidor y asesino, empecé a llorar en silencio, con la cabeza inclinada sobre el pecho, esforzándome para que no se me notase. Pero Lilienka, la amiga y confidente de mi madre, un alma de maestra en un cuerpo de muñeca de porcelana, se asustó y se compadeció de mí: primero me tocó la frente y dijo: No, no tiene fiebre. Después me acarició el brazo varias veces y añadió: Pero sí que tiene escalofríos. Luego se inclinó hacia mí hasta que su respiración sofocó la mía y dijo: Parece que es algo psicológico, no físico. Entonces se volvió hacia mis padres y concluyó con satisfacción que ya hacía tiempo que les había dicho que el niño, como todos los futuros artistas, vulnerables, complejos, sensibles, parecía estar entrando en la adolescencia mucho antes que los demás, y lo mejor era dejarlo tranquilo.

Mi padre se quedó un rato pensativo, evaluó la situación y sentenció:

—Sí. Pero antes cómete el pescado como todo el mundo, por favor.

—No.

—¿No? ¿Por qué no? ¿Qué pasa? ¿Su Alteza tiene por casualidad la intención de despedir a su grupo de matarifes?

—No puedo.

En ese momento Barmarsamka, sin poder contener sus buenos deseos de mediar, salió en mi ayuda y empezó a rogarme con su voz delicada, conciliadora:

—¿Qué tal si te comes sólo un poquito, un trocito de nada, un bocado simbólico? Por mamá, papá y el Shabbat.

Pero Lilienka, su mujer, una persona espiritual y sensible, salió en mi defensa:

—¡No tiene ningún sentido obligar al niño! ¡Después de todo, tiene un bloqueo emocional!

Lea Bar Samka, es decir Lilienka, Lilia Kalish^[12], fue amiga de la familia durante casi toda mi infancia en Jerusalén: era una mujer pequeña, triste, pálida, frágil y de hombros caídos. Fue durante muchos años maestra y educadora en una escuela elemental, y también escribió dos libros muy útiles sobre psicología infantil. Por detrás Lilienka parecía una niña delgada de doce años. Mi madre y ella se pasaban horas hablando de sus cosas, sentadas en taburetes de enea en la

cocina o en sillas que sacaban a un rincón del patio, conversaban en voz baja o inclinaban la cabeza sobre un libro abierto o un álbum de obras de arte que sujetaban entre las dos.

Normalmente Lilienka venía cuando mi padre estaba trabajando: creo que entre mi padre y ella había esa mutua, cortés y bien disimulada aversión que impera a veces entre los maridos y la mejor amiga de sus esposas. Si yo me acercaba a mi madre y a Lilienka cuando estaban hablando de sus cosas, las dos se callaban a la vez, y sólo reanudaban la conversación cuando yo había salido de la zona de audición. Lilia Bar Samka me miraba amablemente con su sonrisa melancólica, llena de una sensibilidad que lo comprendía y lo perdonaba todo, y mi madre me preguntaba qué quería y me pedía que las dejara solas. Compartían un montón de secretos.

Una vez vino Lilienka y mis padres no estaban en casa, se pasó un buen rato mirándome con comprensión y tristeza, movió la cabeza de arriba abajo como si estuviera completamente de acuerdo consigo misma y entonces empezó a hablar: de verdad, pero de verdad, me quería mucho desde que era pequeño y se interesaba mucho por mí. Se interesaba no como lo hacen los adultos normales y corrientes, esos que siempre preguntan si eres un buen estudiante, si te gusta jugar al baloncesto, si aún coleccionas sellos, qué quieres ser de mayor y otras tonterías por el estilo. ¡No! ¡A ella le interesaban mis pensamientos! ¡Mis sueños! ¡Mi vida interior! ¡Me consideraba un niño muy especial, muy original! ¡Un alma de artista en ciernes! Su intención era llegar alguna vez –no precisamente en esa ocasión– al lado más íntimo y más delicado de mi joven personalidad (yo tenía unos diez años): por ejemplo, ¿qué pensaba cuando estaba completamente solo?, ¿qué se me pasaba por la imaginación?, ¿qué era lo que de verdad me alegraba y lo que de verdad me entristecía?, ¿qué me entusiasmaba y qué me daba miedo?, ¿qué me producía rechazo?, ¿qué paisaje me atraía?, ¿había oído hablar alguna vez de Janusz Korzack?, ¿había leído ya el libro *El mago Yotam*?, ¿tenía ya pensamientos inconfesables en el buen sentido? Le hubiera gustado mucho, cómo se dice, ser toda oídos, mi confidente, mi destinataria, a pesar de la diferencia de edad y todo eso.

Yo era un niño carcomido por la buena educación. A su primera pregunta, en qué estaba pensando, contesté con educación: En muchas cosas. A su ráfaga de preguntas qué-me-entusiasmaba-qué-me-daba-miedo, contesté: Nada en especial. Y a su amistosa propuesta le respondí con delicadeza:

–Gracias, tía Lilia, es muy bonito por tu parte.

–Si alguna vez sientes la necesidad de hablar de algo que te resulta violento contarles a tus padres, no lo dudes, ven a mí, cuéntamelo a mí, ¿de acuerdo? Y, por supuesto, yo te guardaré el secreto. Podremos aconsejarnos mutuamente, ¿de acuerdo?

–Gracias.

–Cosas que no tengas con quien hablar. Pensamientos que puedan hacerte sentir un poco solo, ¿vale?

–Gracias. Gracias, de verdad. ¿Quieres que te traiga un vaso de agua? Seguro que mamá vuelve enseguida. Está en la farmacia de Heinemann. ¿O prefieres mientras tanto leer el periódico, tía Lilia? ¿O te pongo el ventilador?

29

Veinte años más tarde, el 28 de julio del 71, unas semanas después de que se publicara mi libro *Hasta la muerte*, recibí una carta de esa amiga de mi madre, que ya tenía unos sesenta años: «... siento que no me he comportado bien contigo desde la muerte de tu padre, que en paz descance. Estoy muy angustiada y no soy capaz de nada. Me he encerrado en casa (nuestro piso me espanta..., no tengo fuerzas para cambiar nada) y me da miedo salir, tal y como suena. En el hombre de tu relato *Amor tardío* he encontrado varios puntos en común: me parece tan conocido, tan cercano. *Hasta la muerte*: oí una lectura en la radio y tú mismo leíste algunos fragmentos en una entrevista en televisión. Fue una maravillosa sorpresa verte de repente en el televisor que está en un rincón de mi habitación. Me pregunto cuáles serán las fuentes de ese relato tan especial. Me resulta difícil imaginar qué tendrías dentro cuando escribiste esas descripciones de horror y espanto. Es aterrador. Las descripciones de judíos: personajes fuertes, de ningún modo víctimas..., me impresionaron. Y también la descripción del agua que poco a poco va erosionando el hierro... y la imagen de una Jerusalén irreal que no está al final del camino, que tan sólo es el anhelo y la nostalgia de algo que no tiene un lugar en el mundo. La muerte me parece, por las páginas de tu relato, algo que nunca he imaginado y que he anhelado no hace mucho tiempo... Ahora recuerdo más que nunca las palabras de tu madre, que desde el principio intuyó mi fracaso en la vida. Y me enorgullecía de mi aparente debilidad, de ser débil. Ahora siento que me desintegro... Es extraño, durante muchos años soñé con volver a Israel y, cuando ese sueño se ha materializado, vivo aquí como en una pesadilla. No hagas caso de lo que he dicho. Se me ha escapado. No me contestes a eso. Cuando te vi por última vez, en medio de una acalorada conversación con tu padre, no sentí en ti al hombre triste... Toda la familia os manda saludos. ¡Pronto seré abuela! Con amistad y amor, Lilia (Lea)».

Y en otra carta, del 5 de agosto de 1979, Liliénka me escribe:

«...pero dejemos eso ahora, si alguna vez nos vemos puede que te hable del estupor que me han causado tus palabras. ¿A qué aludes ahora, en la “nota sobre mí mismo” de tu libro..., cuando hablas de una madre que se suicidó “por desilusión y nostalgia”? ¿Algo no iba bien? Perdóname, estoy hurgando en la herida. En la herida de tu padre, que en paz descance, y en especial en la tuya, e incluso en la mía. No sabes cuánto echo de menos a Fania, y sobre todo en los últimos tiempos. Me he quedado muy sola en mi pequeño y estrecho mundo. La añoro. También a otra amiga nuestra, Stefa, que dejó este mundo con dolores y sufrimientos en el año 1963... Era pediatra y su vida fue un desengaño tras otro, tal vez porque creía en los hombres. Stefa sencillamente se negaba a entender de lo que son capaces algunos hombres (por favor, no te lo

tomes como algo personal). Las tres éramos muy amigas en los años treinta. Yo soy el último mohicano de todos los amigos y amigas de entonces. Intenté suicidarme dos veces, en el 71 y en el 73, pero no lo conseguí. No lo intentaré más... Aún no ha llegado el momento de hablar contigo de las cosas que atañen a tus padres..., han pasado muchos años..., no, aún no estoy preparada para expresar por escrito todo lo que quisiera. Y eso que antes sólo sabía expresarme por escrito. Tal vez nos veamos algún día, para entonces muchas cosas pueden haber cambiado... Por cierto, quiero que sepas que tu madre y yo, y otras chicas del grupo Hasho mer Hatzair de Rovno, considerábamos a la pequeña burguesía lo peor que podía haber en el mundo. Todas procedíamos de casas así. Tu madre nunca fue “de derechas”..., sólo cuando entró a formar parte de la familia Klausner simuló que era uno de ellos: en casa del “tío Yosef” estaban siempre todos los periódicos, excepto *Davar*. El más fanático de todos era el hermano Betzalel Elitzedek, ese hombre tan amable cuya esposa cuidó del profesor cuando éste enviudó. De todos ellos, sólo a tu abuelo Alexander, que en paz descanse, le tenía yo cariño...».

Y en una carta del día 28 de septiembre de 1980:

«...tu madre salió de su familia destrozada y destrozó la vuestra. Pero ella no tuvo la culpa... Recuerdo que una vez, en 1963, estabas en nuestra casa... y te prometí que alguna vez te escribiría hablándote de tu madre... pero es muy difícil cumplirlo. Hasta escribir una carta me resulta difícil... Si supieras cuánto deseaba tu madre ser artista, ser una persona creativa, desde que era pequeña. ¡Si pudiera verte ahora!, ¡leerte! ¿Y por qué no pudo? A lo mejor en una conversación cara a cara contigo me atrevería a contar cosas que no me atrevo a decir por escrito. Con afecto, Lilia».

Mi padre llegó a leer antes de morir (en el año 1970) mis tres primeros libros, que no le gustaron del todo. A mi madre, por supuesto, no le dio tiempo a ver nada más que las redacciones del colegio y algunos versos infantiles que compuse con la esperanza de atraer a las musas, de cuya existencia a ella tanto le gustaba hablarme (mi padre no creía en las musas, al igual que siempre había despreciado a las hadas, las brujas, los rabinos milagrosos, los duendes nocturnos, los santones, la fantasía, los milagros y los espíritus. Se consideraba «una persona de libre pensamiento», creía en la mente racional y en el trabajo intelectual).

Si mi madre hubiera leído los dos relatos de *Hasta la muerte*, ¿habría dicho unas palabras similares a las de su amiga Lilienka Kalish, «horror y espanto de algo que no tiene un lugar en el mundo»? Es difícil saberlo: un fino velo de melancolía soñadora, de emociones secretas y penas románticas cubría a aquellas chicas de buena familia de Rovno, como si sus vidas se hubieran pintado, entre las paredes de su instituto, con pinceles que conocían sólo tonalidades mórbidas y solemnes. Aunque a veces mi madre se rebelaba contra esos colores.

Algo del programa de aquel instituto en los años veinte, o tal vez una especie de profundo musgo romántico absorbido por el corazón de mi madre y sus amigas durante su juventud, una espesa niebla sentimental ruso-polaca, algo entre Chopin y Mickiewicz, entre las penas del joven Werther y Byron, algo en el terreno de las sombras entre lo sublime y lo tormentoso, la ensoñación y la soledad, engañosas luces de un pantano de «horror y espanto» se burlaron de mi madre durante casi toda su vida y la sedujeron hasta que la cautivaron y la llevaron al suicidio en el año 1952. Tenía treinta y nueve años cuando murió. Yo, doce y medio.

Durante las semanas y meses posteriores a la muerte de mi madre no pensé ni por un momento en su dolor. Me negué a escuchar el inaudible grito de socorro que dejó tras ella y que probablemente estuvo siempre flotando en las habitaciones de la casa. No tuve ni una pizca de compasión. Tampoco nostalgia. Tampoco lloré la muerte de mi madre: estaba tan ofendido y tan furioso que no me quedaba sitio para ningún otro sentimiento. Cuando veía, por ejemplo, el delantal a cuadros que siguió colgado unas cuantas semanas más después de su muerte en un clavo detrás de la puerta de la cocina, me llenaba de furia, como si ese delantal soltara sal. Las cosas de aseo de mi madre, la polvera, el cepillo sobre la repisa verde del cuarto de baño, me herían como si hubiesen sido dejados ahí a propósito para que se burlaran de mí. El rincón de sus libros. Sus zapatos vacíos. Su olor, que siguió algún tiempo dándome en la cara cada vez que abría la puerta de la-parte-de-mamá del armario, todo me provocaba una furia impotente. Como si su jersey, que de alguna manera se había colado entre mi ropa, se riera de mí alegrándose de la desgracia ajena.

Me enfadé con ella por haberse ido sin despedirse, sin un abrazo, sin una explicación: ni al más completo desconocido, ni al cartero o un vendedor ambulante que llamara a la puerta era mi madre capaz de despedirlo sin ofrecerle un vaso de agua, una sonrisa, una breve disculpa, dos o tres palabras agradables. De niño jamás me dejaba solo en una tienda, en un patio ajeno o en un parque. ¿Cómo había podido? Me enfadé con ella también en nombre de mi padre, cuya mujer le había avergonzado abandonándolo como un trasto viejo, igual que en las películas, se había ido de repente, como si se hubiera fugado con un desconocido. De niño, si desaparecía aunque sólo fuese un rato, me regañaban y me castigaban: era una ley inmutable en casa, cuando alguien se iba tenía que decir siempre adónde iba, cuánto tiempo iba a estar fuera y cuándo volvería. O al menos dejar una nota en el lugar convenido, debajo del jarrón.

Todos nosotros.

¿Qué era eso de irse de forma tan grosera en medio de una frase? ¿Ella que tanto se cuidaba de comportarse con tacto, amabilidad, buenos modales, con un constante esfuerzo por no herir ni ofender, pensando en el prójimo, con delicadeza! ¿Cómo había podido?

La odiaba.

Al cabo de unas semanas la furia se decoloró. Y con la furia perdí una especie de escudo defensivo, una especie de capa de polvo que durante los primeros días me había protegido del trauma y del dolor. Desde ese momento estaba desnudo.

Cuanto menos odiaba a mi madre más me aborrecía a mí mismo.

Aún no existía en mi corazón un hueco donde acoger el sufrimiento de mi madre, su soledad, la asfixia que la fue atrapando, el terror desesperado de las últimas noches de su vida. Seguía viviendo solo mi tragedia, no la suya. Pero ya no estaba enfadado con ella sino que, por el contrario, me culpaba a mí mismo: si hubiera sido un niño mejor, más abnegado, si no hubiera dejado la ropa tirada por el suelo, si no la hubiese molestado e importunado, si hubiera hecho los deberes a su debido tiempo, si hubiera sacado la basura todas las tardes sin protestar, sin necesidad de que me riñeran, si no le hubiese amargado la vida ni hubiera hecho tanto ruido, si no hubiese olvidado apagar la luz, si no hubiese vuelto con la camisa rota, si no hubiese andado por la cocina con los zapatos llenos de barro. Si hubiese pensado un poco más en su migraña. O si al

menos me hubiese esforzado en cumplir sus deseos y hubiese sido algo menos débil y pálido, si hubiese comido todo lo que cocinaba y me servía sin darle tantos problemas, si para agradarle hubiese sido un niño un poco más sociable y menos solitario, un poco menos delgado y enclenque y más bronceado y atlético, como ella quería que fuera.

O todo lo contrario. ¿Y si hubiese sido mucho más débil, enfermizo, un inválido en silla de ruedas, tísico o ciego de nacimiento? ¿No es cierto que entonces su generosa naturaleza no le habría permitido de ninguna manera abandonar a un niño tan desafortunado, dejarlo solo con su desgracia y marcharse? Si hubiese sido un niño sin piernas, si me hubiese metido a tiempo bajo las ruedas de un coche, me hubiese atropellado y me hubiesen amputado las dos piernas, a lo mejor mi madre habría tenido compasión, no me habría abandonado y habría seguido cuidando de mí.

Si mi madre me abandonó así, sin mirar atrás, era señal de que nunca me quiso: cuando se quiere a alguien, eso me enseñó ella misma, cuando se quiere a alguien se le perdona todo salvo la traición. Se le perdonan las molestias, el sombrero perdido y los pepinos dejados en el plato.

Abandonar es traicionar. Y ella... a los dos, tanto a mi padre como a mí. Yo jamás la habría dejado así, a pesar de sus migrañas, a pesar de que ahora sé que nunca nos quiso, jamás la hubiera dejado, a pesar de sus largos silencios, sus encierros en la habitación a oscuras y sus estados de ánimo. A veces me habría enfadado, tal vez hasta habría dejado de hablarle durante un día o dos, pero no la habría abandonado para siempre. Jamás.

Todas las madres quieren a sus hijos: es una ley natural. Hasta una gata. O una cabra. Hasta las madres de los delincuentes y asesinos. Hasta las madres de los nazis. Hasta las madres de los retrasados babeantes. Hasta las madres de los monstruos. El hecho de que sólo a mí no hubiera modo de amarme, el que mi madre huyera de mí, demostraba que a mí no había motivo para quererme. Que no merecía ser querido. Que había algo en mí, algo terrible, algo espantoso, algo verdaderamente horrible, algo más repulsivo aún que la deformidad, el retraso o la locura. Había en mí algo irremediablemente repugnante, algo tan terrible que hasta mi propia madre, una mujer delicada y sensible, una mujer capaz de dar amor hasta a un pájaro, a un mendigo por la calle, a un cachorro perdido, no pudo seguir soportándome y se vio obligada al final a huir de mí tan lejos como pudo. En árabe hay un proverbio que dice *kul qird bein emo razal*, cualquier mono es un cervatillo a los ojos de su madre. Excepto yo.

Si yo también hubiera sido dulce, al menos un poco, como todos los niños del mundo son dulces para sus madres, hasta los niños más feos y malos, hasta los perturbados violentos que son expulsados para siempre del colegio, hasta Bianca Schor, que le clavó un cuchillo de cocina a su abuelo, hasta el deforme Yani, que tenía elefantiasis y, en medio de la calle, se abría la bragueta, se la sacaba y se la enseñaba a las chicas... Si hubiera sido bueno... Si me hubiera comportado como miles de veces me pidió que me comportase, y yo, tonto de mí, me empeñaba en no hacerle caso... Si no le hubiese roto, la noche de Pésaj, el plato azul que había heredado de la madre de su abuela... Si me hubiera cepillado bien los dientes cada mañana, de arriba abajo y por todos los rincones de la boca, sin engañarla... Si no hubiese robado la media lira de su monedero, mintiendo y negando con desfachatez que lo había hecho... Si hubiese dejado de tener pensamientos feos y nunca le hubiese permitido a mi mano meterse por la noche en los pantalones del pijama... Si hubiese sido como todos, digno de tener también una madre.

Al cabo de un año o dos, cuando me marché de casa y fui a vivir como externo al kibbutz Hulda, poco a poco empecé a pensar también en ella. Al atardecer, después de las clases, después del trabajo y la ducha, cuando todos los niños del kibbutz, duchados, limpios y bien vestidos, iban a pasar un rato a las casas de sus padres y a mí me dejaban solo como un bicho raro entre las casetas vacías, me retiraba a un banco de madera de la hemeroteca, que estaba en el barracón hundido detrás del almacén de ropa.

Sin encender la luz, me sentaba allí media hora, o una hora, y veía pasar ante mis ojos, una imagen tras otra, el final de su vida. Por esa época intenté por primera vez adivinar por mí mismo aquello de lo que jamás se hablaba en casa, ni entre mi madre y yo, ni entre mi padre y yo, y al parecer tampoco entre ellos dos.

Cada vez que releo el inicio de *En la flor de la vida* de Agnón, esas líneas me devuelven el último año de vida de mi madre:

En la flor de la vida murió mi madre. Unos treinta años tenía mi madre cuando murió. Breves y malas fueron sus dos vidas. Se pasaba todo el día en casa y de casa no salía. Sus amigas y vecinas no iban a verla y a mi madre tampoco le gustaban las visitas. Silenciosa estaba nuestra casa en su dolor, sus puertas a extraños no se abrían. Sobre la cama yacía mi madre y sus palabras fueron escasas... Cuánto me gustaba su voz. Muchas veces abría la puerta sólo para que preguntase quién era. Yo era una niña. A veces se levantaba de la cama y se sentaba junto a la ventana.

(Estas líneas las estoy copiando de la edición de bolsillo de la editorial Schoken que S. Y. Agnón dedicó a mi madre y a mi padre: cuando murió mi padre también cogí de su biblioteca este librito). Desde que descubrí *En la flor de la vida* –tendría unos quince años–, me he comparado con Tirtza. En el libro *Comienza una historia* escribí algo sobre Tirtza y algo, implícitamente, sobre el niño que era yo al final de la vida de mi madre:

...la relación de Tirtza con su madre era una relación de culto. Desde el inicio del relato ella adora su figura, la ceremonia de sentarse junto a la ventana, su ropa blanca... El misterio que envuelve la discreta y definitiva partida de la madre provoca en Tirtza una fuerte conmoción que al final decide su destino: tras la muerte de la madre, Tirtza desea fundirse con su imagen hasta el punto de anularse a sí misma. La relación cultural impide cualquier acercamiento real entre la hija y la madre –o tal vez sea la falta de acercamiento lo que lleva a Tirtza, *a priori*, a una relación cultural con su madre–. La madre, enferma e inmersa en su tristeza melancólica, no muestra ninguna cercanía hacia Tirtza, no parece saber siquiera que existe, y no responde a los esfuerzos de la niña por llamar su atención... La voz de Tirtza, casi el único sonido que oye la madre, es el sonido de una puerta que se abre «muchas veces» (en una casa cuyas «puertas no se abrían a extraños»). Es una voz infantil, burlona: la madre agoniza y la hija juega... Tirtza está descrita al comienzo del relato como una niña abandonada: su padre está totalmente entregado a la madre, la madre está concentrada en su amor y sus ceremonias de despedida, los familiares y amigos casi no prestan atención a Tirtza.

Treinta y nueve años tenía mi madre cuando murió: más joven que mi hija mayor y algo mayor que mi hija pequeña el día en que se están escribiendo estas líneas. Diez, o puede que veinte años después de terminar sus estudios en el instituto Tarbut, cuando a mi madre, a Lilienka Kalish y otras cuantas amigas les golpeó la realidad de una Jerusalén de vientos sofocantes, pobreza y habladurías, cuando esas sensibles jóvenes se encontraron de repente en el áspero suelo de una vida banal de pañales, maridos, migrañas, colas, olor a naftalina y fregaderos, parece que se puso en evidencia que el sistema educativo del instituto de Rovno en los años veinte no les resultó útil.

Sólo fue una carga.

Y puede que fuera otra cosa, no byroniana ni chopiniana sino más cercana al velo de soledad y melancolía que cubría a las introvertidas chicas de buena familia en las obras de Chéjov y Gnessin: una seguridad infantil, una seguridad que la propia vida, la vida devastadora, se encargaría de destruir, pisotear y ridiculizar. Mi madre creció en el seno de un encantamiento espiritual de belleza cubierta de niebla, un encantamiento cuyas alas se golpea rían al final contra el suelo de piedra desnudo, caliente y polvoriento de Jerusalén. Creció como la bella y delicada hija del molinero en una casa señorial de la calle Dubinska, una casa con jardín, criadas y cocinera: puede que la educaran igual que a la pastora del cuadro que ella tanto odiaba, esa pastora engalanada, de mejillas sonrosadas y con tres enaguas.

Ese mismo desahogo que la tía Sonia recordaba con asombro al cabo de setenta años, el desahogo de Fania con dieciséis años, que de repente criticó con una rabia encendida impropia de ella hasta casi llegar a escupir el cuadro de la joven y delicada pastora con mirada soñadora y enaguas de seda, tal vez ese escupitajo fuera un espasmo de la energía vital con que mi madre intentaba liberarse de la tela de araña que se estaba tejiendo a su alrededor.

Al otro lado de los cristales de la ventana cubiertos con cortinas bordadas que protegían la infancia de Fania Mussman, una noche el señor Zakashevski se disparó una bala en el muslo y otra en la cabeza. La princesa Ravzova cogió un martillo y se clavó un clavo oxidado en la palma de la mano para sentir parte del dolor del Mesías y soportarlo en su lugar. Dora, la hija de la asistenta, se quedó embarazada del amante de su madre. Steletzky, el borracho, se jugaba cada noche a su mujer a las cartas y ella, Ira, la mujer de Steletzky, acabó muriendo en el incendio que ella misma provocó en el barracón vacío del guapo Antón. Pero todo eso ocurrió fuera, al otro lado de los cristales dobles, fuera del círculo luminoso y placentero de la vida del instituto Tarbut. Nada de eso pudo penetrar y dañar de verdad la tierna infancia de mi madre, que al parecer estaba sazónada con una pizca de melancolía que no oscurecía su encanto sino que lo matizaba y lo endulzaba.

Al cabo de algunos años, en el barrio de Kerem Abraham, en la calle Amós, en el semisótano asfixiante y húmedo, debajo de los Rosendorf y al lado de los Lemberg, entre barreños metálicos, pepinillos en vinagre y adelfas que se iban marchitando en latas oxidadas de aceitunas, rodeada todo el día por olores a repollo, colada, pescado cocinado y orines secos, mi madre empezó a consumirse. Tal vez fuera capaz de apretar los dientes y enfrentarse a una tragedia y a una pérdida. A la pobreza. Al desengaño de la vida matrimonial. Pero creo que de ningún modo pudo soportar el deterioro.

Y en el año 43 o 44, si no antes, ella ya sabía que todos habían sido asesinados allí, junto a Rovno. Algunos habían llegado ya contando cómo los alemanes, los lituanos y los ucranianos, bajo la amenaza de las ametralladoras, habían obligado a toda la ciudad, jóvenes y ancianos incluidos, a dirigirse al bosque de Sosenki: el bosque al que solían ir de excursión en los buenos tiempos, a jugar a los exploradores, a cantar alrededor de una hoguera, a pasar la noche en sacos de dormir al borde del río bajo las estrellas. Y allí, en el bosque de Sosenki, entre ramas, pájaros, setas, grosellas y bayas, los alemanes, en dos días, mataron al borde de las fosas a unas veinticinco mil personas^[13]. Entre ellos estaban casi todos los compañeros de clase de mi madre.

Y los padres de sus compañeros y todos los vecinos y todos los conocidos y todos los rivales y adversarios. Entre ellos estaban los terratenientes y los proletarios, los ultraortodoxos, los asimilados y los convertidos al cristianismo, los intermediarios, los recaudadores de impuestos, los cantores de sinagoga y los jefes de comunidad, los matarifes, los vendedores ambulantes y los aguadores, los comunistas y los sionistas, los pensadores, los artistas y los tontos del pueblo, entre ellos había unos cuatro mil recién nacidos. Y también los profesores de mi madre de la época del Tarbut, Isacar Rais, el director, con su personalidad carismática y sus ojos penetrantes, hipnóticos, cuya mirada atravesaba los sueños de las alumnas adolescentes, y Yitzhak Berkowsky, siempre adormilado y despistado, y el irascible Eliezer Buslik, que enseñaba cultura de Israel, y Panka Zeidmann, que daba clases de geografía, biología y gimnasia, y su hermano Shmuel, el pintor, y el amargado y severo Moshé Bergman, que enseñaba, casi con la boca cerrada, historia universal y polaca. Todos.

Poco tiempo después, en el año 48, en el ataque de la artillería de la Legión de transjordania sobre Jerusalén, una tarde de verano, murió de repente, alcanzada por un proyectil, otra amiga de mi madre, Piroshka, Piri Yanai, que había salido un momento al patio a coger una bayeta y un cubo.

Tal vez algo de aquellas promesas de la infancia estaba cubierto de antemano por una costra maligna, una costra romántica y venenosa compuesta por una mezcla de inspiración y muerte. Algo del programa demasiado refinado del instituto Tarbut. O quizás una nota eslavo-burguesa, una nota melancólica que pocos años después de la muerte de mi madre volví a encontrar entre las páginas de Chéjov y Turguenev, en los relatos de Gnessin y también en cierta medida en los poemas de Rahel. Algo que hizo que mi madre, viendo que la vida no había cumplido ninguna de las promesas de su juventud, se imaginase la muerte como un amante temperamental pero también protector y tranquilizador, el último amante, un amante poeta que curaría por fin las heridas de su solitario corazón.

Llevo muchos años tras las huellas de ese viejo asesino, seductor, pícaro y decrepito, de ese anciano culpable e inmundo, deformado por la edad pero manifestándose una y otra vez como un vigoroso príncipe azul. Ese astuto cazador de corazones rotos, ese pretendiente vampiro de voz agridulce como el sonido de la cuerda grave del violonchelo en noches de soledad: un impostor aterciopelado, delicado, un artista del engaño, un flautista mágico que atrae hacia su capa de seda a los desesperados y solitarios. Un decrepito asesino en serie de almas desencantadas.

30

¿Dónde comienza mi memoria? Mi primer recuerdo es un zapato: un zapato pequeño, marrón, nuevo y oloroso, con cordones gemelos y una lengüeta cálida y suave. Por supuesto sería un par y no sólo un zapato, pero en mi recuerdo se salvó sólo uno de los dos. Un zapato nuevo, un poco rígido todavía. Me gustaba tanto el olor, el agradable efluvio de la piel nueva, brillante, casi viva, y la cola de las suelas, tan fuerte y mareante que al parecer al principio intenté calzarme aquel zapato nuevo en la cara, en la nariz, como si fuera una especie de pico, para embriagarme con el olor.

Mi madre entró en la habitación seguida de mi padre y de un montón de tíos, o quizás sólo fueran conocidos. Les debí de parecer gracioso aunque extraño, con mi pequeña cara metida en el zapato, porque todos empezaron a reírse y a señalarme con el dedo, y alguien berreó y se golpeó las rodillas con las manos, y algún otro gritó con voz ronca: ¡Deprisa, deprisa, traed una cámara de fotos!

En casa no había cámara de fotos, pero parece que estoy viendo a aquel niño: dos años, o dos años y tres meses, el pelo de lino y los ojos grandes, redondos y sorprendidos. Pero justo debajo de los ojos, en lugar de nariz, en lugar de boca y barbilla, le salía el tacón de un zapato y una suela nueva y clara, una suela todavía virgen, brillante, que aún no había empezado a andar. De los ojos para arriba era un niño pálido, y de las mejillas para abajo parecía un pez martillo o un pájaro prehistórico con un gran buche.

¿Qué sentía el niño? De eso puedo dar un testimonio bastante preciso porque he heredado de aquel niño lo que sintió en ese momento: un placer penetrante, un placer desatado, mareante, causado por el hecho de que, por un instante, todo el público estuviese concentrado sólo en él, sorprendido de él, divertido con él, señalándole a él. Y a pesar de todo —y sin contradicción alguna— el chiquillo estaba atemorizado y aturdido por esa atención tan exagerada que le costaba asimilar, y también, algo avergonzado por las risas, estaba a punto de echarse a llorar, porque sus padres y los desconocidos berreaban-se-reían-le-señalaban-a-él-y-a-su-pico, y volvían a reírse de él mientras se gritaban unos a otros: Una cámara, rápido, traed una cámara.

También se sentía desilusionado, porque le habían estropeado, justo en el mejor momento, el embriagador placer de aspirar el olor a piel fresca y el aroma mareante de la cola que estremece los pulmones y el corazón.

En la siguiente imagen no hay público. Sólo mi madre poniéndome un calcetín suave y grueso

(porque hace frío en aquella habitación), y después diciéndome: Empuja, empuja fuerte, más fuerte, como si estuviese trayendo al mundo al pequeño feto-pie a través del cuello del útero virgen del zapato nuevo y oloroso.

Hasta hoy, cada vez que meto el pie en un calcetín o en un zapato y empujo, incluso ahora, mientras estoy escribiendo estas líneas, vuelvo a sentir en mi piel el placer del pie entrando y tocando el interior de aquel primer zapato: el temblor de la carne empujando y entrando por primera vez en una gruta secreta cuyos bordes, rígidos y suaves, envuelven y se ciñen dulcemente a mi carne, que se va abriendo paso y presiona y es presionada, mientras mi madre, delicada y paciente, me anima: Empuja, empuja un poco más.

Con una mano me presiona el pie hacia dentro y con la otra sujeta por debajo, por la suela, y empuja suavemente contra mí, parece que se opone a mis movimientos pero la verdad es que me está ayudando hasta el final, hasta el dulce momento en el que, como conquistando la última fortificación, de pronto mi talón vence y con una embestida final se desliza suavemente y llena por fin todo el espacio del zapato, y desde ese momento estás dentro, cubierto, envuelto y protegido, y mamá tira de los cordones y los ata, y por fin, como un último lametazo de placer, el estiramiento de la lengüeta cálida debajo de los cordones y del nudo: un gesto que me produce siempre un ligero cosquilleo que me recorre el empeine. Y ya estoy allí. Dentro. Abrazado, comprimido, envuelto y deleitándome con la caricia de la piel del primer zapato de mi vida.

Aquella noche pedí que me dejaran dormir con los zapatos puestos: no quería que se acabase. O al menos que me dejaran mis zapatos nuevos junto a la cabeza, sobre la almohada, para poder dormirme con los efluvios de la piel y la cola. Sólo después de una larga negociación bañada en lágrimas accedieron a dejar los zapatos encima de una silla cerca de la cabecera de la cama, con la condición de que ni los roces hasta por la mañana, porque esta noche ya te has lavado las manos, sólo puedes mirarlos, observar todo el rato las fauces oscuras que te sonríen y respirar profundamente su olor hasta que te duermas delante de ellos, sonriendo también tú con placer. Como si te estuviesen acariciando.

En mi segundo recuerdo estoy encerrado, solo, en una cabaña oscura.

Cuando tenía tres años y medio, casi cuatro, me dejaban varias veces a la semana, durante unas horas, al cuidado de una vecina viuda no muy joven que no tenía hijos, una mujer que olía a lana mojada, a jabón de lavar la ropa y a sartén. Se llamaba señora Ghat, pero nosotros la llamábamos tía Grete, excepto mi padre, que a veces le pasaba el brazo por encima de los hombros y la llamaba Greteshen, o Greta, y bromeaba en verso, como solía hacer, con la alegría de un bachiller adolescente de otros tiempos: «Charlar un poco con Greta/ es una buena receta» (ésta debía de ser su forma de cortejar a las mujeres). La tía Grete se ruborizaba y, como le daba mucha vergüenza ruborizarse, al instante se ponía el doble de colorada, de un rojo sangre oscuro y profundo, un rojo casi morado.

El cabello rubio de la tía Grete estaba recogido en una gruesa trenza que solía ponerse como una cuerda alrededor de su redonda cabeza. En las sienes ya le habían empezado a salir canas, maleza gris en la linde de un campo amarillo. Sus gordos y flácidos brazos estaban salpicados de pecas marrón claro. Debajo de los vestidos de algodón de aire campestre que solía usar, la tía Grete tenía unos muslos gordos y anchos que recordaban a los de una mula. Una sonrisa tímida que

traslucía cierto embarazo se esbozaba a veces alrededor de sus labios, como si acabaran de sorprenderla haciendo algo muy feo, o mintiendo, y se sorprendiera de sí misma. Siempre llevaba dos dedos vendados, o uno, o a veces tres, porque se había cortado con el cuchillo de la ensalada, se había pillado una uña con un cajón o se había aplastado un dedo con la tapa del piano: a pesar de esos continuos infortunios en los dedos, era profesora particular de piano. Y a veces también cuidaba niños.

Después del desayuno, mi madre me sentaba en un taburete de madera delante del lavabo del cuarto de baño, me limpiaba con una toalla húmeda los restos de huevo cocido de los labios, las mejillas y la barbilla, me humedecía el pelo, me hacía con un peine una raya a un lado perfecta y me daba una bolsa de papel marrón con un plátano, una manzana, un trozo de queso curado y unas galletas. Y así, limpio, peinado y desconsolado, mi madre me llevaba al patio de detrás de la cuarta casa a la derecha. Por el camino tenía que prometerle que sería bueno, que obedecería a la tía Grete, que no molestaría, y sobre todo que de ninguna manera me rascaría la costra marrón que me había salido encima de la herida de la rodilla, porque esa costra, que en hebreo se llama *guellet*, era señal de que se estaba curando y pronto se caería sola, pero si la tocaba podía empezar a infectarse y entonces no se curaría y habría que volver a ponerme una inyección.

Junto a la puerta, mi madre nos deseaba a mí y a la tía Grete que lo pasáramos bien juntos y se iba. La tía Grete me quitaba enseguida los zapatos y me sentaba en calcetines a jugar en completo silencio sobre la alfombra, donde, en una esquina, me esperan cada mañana cubos, cucharas, cojines, servilletas, un tigre de fieltro, fichas de dominó y una princesa ajada que olía un poco a moho.

Con ese inventario tenía suficiente para varias horas de batallas y gestas heroicas: la princesa estaba cautiva, un malvado mago (el tigre) la había encerrado en una cueva (debajo del piano). Las cucharas eran la escuadrilla de aviones que sobrevolaban las montañas (los cojines) en busca de la princesa hasta ultramar (la alfombra). Las fichas de dominó eran los terribles lobos que el mago había diseminado alrededor de la cueva de la princesa cautiva.

O al contrario: las fichas de dominó eran tanques, las servilletas, las tiendas de los árabes, la muñeca blandengue se convertía en el alto comisionado británico, con los cojines construía las murallas de Jerusalén, mientras que las cucharas, a las órdenes del tigre, eran elevadas al rango de macabeos o tropas de Bar Kojba.

Más o menos a media mañana, la tía Grete me daba un zumo de frambuesa espeso, pringoso, en una taza mucho más pesada que las de casa. A veces se recogía con cuidado el bajo del vestido y se sentaba a mi lado en la alfombra: me hacía todo tipo de ruiditos, muecas y mimos que siempre acababan con un montón de besos pegajosos de mermelada. A veces me dejaba aporrear un poco – ¡con cuidado!– el piano. Si me terminaba todo lo que mi madre me había preparado en la bolsa, la tía Grete me recompensaba con dos onzas de chocolate o dos figuritas de mazapán. Las persianas de su habitación estaban siempre bajadas para evitar los rayos del sol. Las ventanas estaban cerradas por las moscas. Y las cortinas de flores estaban corridas, pegadas la una a la otra como un par de piernas recatadas, para proteger la intimidad.

A veces la tía Grete me ponía los zapatos y una pequeña gorra caqui con una visera dura como la de un policía inglés o un conductor de autobuses. Luego me miraba de arriba abajo, me

abrochaba bien los botones de la camisa, se chupaba un dedo y me quitaba los restos de chocolate o mazapán de la boca, luego se ponía su sombrero redondo de paja, que le tapaba media cara pero resaltaba la redondez de su cuerpo. Y después de todos esos preparativos salíamos dos o tres horas «a ver cómo está el mundo».

31

Desde el barrio de Kerem Abraham se podía llegar al gran mundo en el autobús 3A, que paraba en la calle Sofonías, al lado de la guardería de la señora Jasia, o también en el autobús 3B, que paraba al otro extremo de la calle Amós, en la calle Gueulá esquina Malaquíás. El gran mundo se extendía a lo largo de la calle Yafo, King George en dirección Ratisbona y la sede de la Agencia Judía, en Ben Yehuda y alrededores, en la calle Hillel, la calle Shamai, en torno al cine Studio y el cine Rex, que estaban al final de la calle Princesa Mary, y subiendo la calle Julian que llevaba al hotel Rey David.

En el cruce donde se unen las calles Julian, Mamila y Princesa Mary, había siempre un diligente policía con pantalones cortos y brazaletes blancos. Ese policía reinaba con mano firme en una diminuta isla de cemento cubierta por una especie de gran paraguas de latón. Encima de la isla el policía dirigía el tráfico, era una divinidad omnipotente armada con un agudo silbato, su izquierda paraba y su derecha ponía en marcha. Desde ese cruce el gran mundo se ramificaba y continuaba hacia el centro del comercio judío, a los pies de las murallas de la Ciudad Vieja, y a veces sus ramificaciones llegaban hasta las zonas árabes de los alrededores de la Puerta de Damasco, a la calle Sultán Sulimán e incluso al mercado de intramuros.

En cada viaje, la tía Grete me arrastraba a tres o cuatro tiendas de ropa de mujer, y en cada una le gustaba probarse y quitarse y volverse a probar en la penumbra del probador varios vestidos elegantes, y todo tipo de faldas, blusas, magníficos camiones y batas de colores que ella llamaba *negligées*. Una vez también se probó una piel, y los ojos atormentados del zorro muerto me aterraron. La cara del zorro me impresionó, porque me pareció intrigante y perversa, pero al mismo tiempo desgraciada y desgarradora.

La tía Grete se ocultaba una y otra vez en el seno del probador, de donde, al cabo de lo que me parecían siete años de escasez, salía de nuevo radiante. Esa Afrodita culona resurgía de la espuma de las olas una y otra vez, aparecía tras la cortina con una nueva reencarnación aún más abigarrada y resplandeciente que la anterior. En honor a mí, al vendedor y al resto de los presentes, la tía Grete daba unas vueltas sobre sí misma frente al espejo: a pesar de sus pesados muslos, disfrutaba ofreciéndonos piruetas coquetas y delicadas, y nos preguntaba a cada uno por separado si le sentaba bien, si le favorecía, si hacía juego con el color de sus ojos, si era adecuado para ella, si no la hacía gorda, si no era vulgar o un poco escandaloso. Y se ruborizaba, y como le daba vergüenza ruborizarse se ponía el doble de roja, hasta que las mejillas y el cuello adquirían un tono casi morado. Al final le aseguraba al vendedor, con promesas de todo tipo, que volvería con toda seguridad ese mismo día, enseguida, por la tarde, al atardecer, después de echar

un vistazo a las otras tiendas. O como muy tarde al día siguiente.

Por lo que recuerdo, jamás volvió a ninguna de esas tiendas. Todo lo contrario: tenía mucho cuidado de no volver a una tienda hasta que no hubiesen pasado al menos unos meses desde su anterior visita.

Y jamás compró nada: todos esos viajes en los que le serví de acompañante, consejero y confidente, todos sin excepción acababan con las manos vacías. Puede que no tuviera suficiente dinero. Puede que los probadores cubiertos con cortinas en las tiendas de ropa de mujer diseminadas por las calles de Jerusalén fueran para la tía Grete, a fin de cuentas, lo que para la princesa ajada era el palacio encantado que yo le construía con cubos en un extremo de la alfombra.

Hasta que una vez, un día invernal de ventisca que arremolinaba montañas de hojas secas sobre un velo de luz gris, la tía Grete y yo llegamos de la mano a una tienda grande y elegante, puede que estuviera en algún barrio árabe cristiano. Como siempre, la tía Grete se amparó, provista de olas de camiones de algodón y vestidos estampados, en el secreto del probador. Antes de ocultarse me dio un beso gelatinoso y me pidió que la esperara sentado en un taburete enfrente de su celda de aislamiento, que estaba cubierta por una gruesa cortina oscura: Y prométeme que no te moverás de aquí, espera aquí tranquilo, y no hables por nada del mundo con ningún extraño hasta que la tía salga aún más guapa, y si eres bueno, la tía te dará una pequeña sorpresa, ¿adivinas lo que es?

Mientras estaba sentado esperándola, triste pero sumiso y obediente, de pronto pasó delante de mí, taconeando a paso rápido, una niña pequeña disfrazada como para la fiesta de Purim o simplemente de tiros largos: era más pequeña que yo, que tenía tres años y medio (o puede que ya casi cuatro). Y por un engañoso instante me pareció que los labios de esa niña estaban pintados con carmín, ¿pero cómo era posible? Le habían puesto pechos de mujer, pechos de verdad, con canal. La forma de sus caderas no era de niña sino de violín. Sobre sus pequeñas piernas se podían ver unas medias de nailon con costura. Esas medias semitransparentes terminaban en un par de zapatos rojos de tacón y con punta. Nunca había visto a una niña-mujer así: demasiado pequeña para ser una mujer y demasiado arreglada para ser una niña. Por tanto, me levanté aturdido y fascinado y empecé a andar detrás de esa niña, hechizado y alucinado, para ver lo que había visto, o mejor dicho, lo que apenas había entrevisto, pues la niña había salido de entre las perchas de las faldas que estaban detrás de mí y pasado muy deprisa. Quería verla de cerca. Quería que ella me viera. Quería hacer o decir algo que la impresionara: ya tenía ensayadas en mi repertorio dos o tres actuaciones con las que conseguía sacar a los adultos exclamaciones de admiración, y una o dos más que funcionaban bien con los niños, y sobre todo con las niñas pequeñas.

La niña disfrazada revoloteaba ligera entre los estantes repletos de rollos de telas y se dirigió hacia uno de los pasadizos, semejantes a túneles cerrados por ambos lados por altos troncos llenos de vestidos. Eran troncos muy cargados cuyas ramas casi se inclinaban por el peso del multicolor follaje textil. A pesar de su peso, esos grandes troncos eran capaces de girar sobre su eje con un ligero toque.

Era un mundo femenino: una espesura de caminos cálidos, oscuros, olorosos y densos, un profundo laberinto aterciopelado, sedoso y cautivador que se ramificaba en innumerables

senderos atestados de ropa. Un olor a lana, a naftalina y franela se mezclaba allí con un tenue eco de esquivos efluvios de perfume que flotaban en las profundidades de una selva de vestidos, jerséis, camisas, faldas, fulares, pañuelos, chales, lencería, albornoces, corpiños, ligeros, enaguas, camisones, chaquetas, guardapolvos, abrigos, abrigos de piel y un susurro de seda que sonaba como una suave brisa marina.

Aquí y allá, por el camino, se abrían ante mis ojos pequeñas alcobas oscuras tapadas por oscuras cortinas. Aquí y allá, en un extremo de los tortuosos túneles, hacía guiños una débil bombilla de sombras. Aquí y allá, de los pasadizos, salían senderos dobles sombríos, hornacinas, estrechos y sinuosos caminos selváticos, nichos, cámaras selladas y todo tipo de armarios, anaqueles y repisas. Y también había muchos ángulos inaccesibles con cortinajes y gruesos biombos.

Los pasos de la niña de los tacones eran muy rápidos y seguros, tac tac tac tac (y yo, enfervorecido, oía: «ataca ataca ataca», y también con sarcasmo: «vas en tacatata, en tacatata»), no eran pasos de una niña pequeña y, a pesar de todo, habría podido asegurar, al verla de espaldas, que sin duda era más baja que yo. Deseaba encontrarla. Anhelaba con todas mis fuerzas, a cualquier precio, hacer que sus ojos se abrieran como platos de admiración.

Aceleré el paso. Casi corrí tras ella. Con la cabeza llena de cuentos sobre princesas a las que caballeros como yo iban al galope a salvar de las fauces de un dragón o de los encantamientos de malvados hechiceros. Debía alcanzarla: ver de cerca esa cara de ninfa de los bosques, quizás salvarla un poco, matar por ella a un dragón o dos, ganarme su eterna gratitud. Temía perderla para siempre en la oscuridad del laberinto.

Pero no tenía forma alguna de saber si la niña que se retorcía con agilidad en ese bosque de árboles de ropa se había percatado o no de que un valiente y decidido caballero iba tras ella, siguiéndole los pasos, alargando cada vez más sus pequeñas zancadas para no quedarse atrás. Si se había percatado, no daba ninguna muestra de ello: ni una sola vez se volvió hacia mí. Ni una sola vez miró atrás.

Y de repente la pequeña hada se sumergió, se dio la vuelta, se agachó bajo un árbol de impermeables lleno de ramas, se la oyó durante un instante y de pronto desapareció de mi vista dentro de la penumbra del espeso follaje.

En ese mismo instante me inundó una ola de valor impropio de mí, el coraje caballeresco me electrizó todos los miembros del cuerpo y, sin ningún temor, me lancé tras ella, alcancé el final del camino impulsándome entre las ramas de ropa. Con los movimientos largos y potentes del que nada contracorriente caí directamente dentro de la espesura y tracé un tortuoso sendero entre los crujientes tejidos. Y así, sin aliento y emocionado, irrumpí —casi de bruces— en una especie de claro opaco. Allí decidí que esperaría cuanto hiciera falta a la pequeña ninfa de los bosques, cuyo movimiento cercano e incluso la dulzura de su aliento me pareció sentir entre el follaje. Arriesgaría mi vida por ella y saldría con las manos vacías a enfrentarme al hechicero que la tenía prisionera en su sótano. Vencería al monstruo, cortaría la cadena de hierro de sus manos y sus pies, la pondría en libertad y me mantendría a distancia, inclinando la cabeza con muda humildad y esperando mi recompensa, que no tardaría en llegar: sus lágrimas de gratitud, tras las cuales no sabía lo que ocurriría, pero sabía que ocurriría algo y me desbordaría.

Diminuta, un polluelo, una espalda frágil de cerilla, casi una recién nacida: tenía unos rizos castaños, abundantes, saltarines. Y unos zapatos de tacón rojos. Y un vestido de mujer con un escote que dejaba ver un pecho de mujer con un auténtico canal en el centro. Y unos labios carnosos, unos labios algo abiertos, pintados de rojo chillón.

Cuando por fin me atreví a levantar la vista hacia su rostro, apareció de repente entre sus labios una grieta malvada, burlona, una especie de sonrisa venenosa y sarcástica que dejó al descubierto unos dientes pequeños y afilados entre los que, de pronto, brilló una muela de oro. Una espesa capa de polvos con islas rojizas le cubría la frente y le blanqueaba las terroríficas mejillas, algo horadadas, hundidas como las de una vieja bruja malvada: parecía haberse puesto de pronto la cara del zorro muerto, una cara que me pareció intrigante y perversa, pero al mismo tiempo desgraciada, desgarradora.

Porque la niña escurridiza, el hada esquiva de piernas ligeras, la ninfa mágica a la que había perseguido como hechizado por las profundidades del bosque, no era una niña: no era un hada ni una ninfa de los bosques, sino una mujer grotesca, casi una anciana. Una enana. Un poco jorobada. De cerca recordaba a un cuervo de pico curvado y ojos gélidos. Era deforme, terrorífica, minúscula, arrugada, su viejo cuello estaba estriado y sus manos se abrieron de par en par dirigiéndose a mí, lanzando una especie de risa grave y aterradora, intentando tocarme para persuadirme y hacerme prisionero con aquellos dedos secos, huesudos, parecidos a las garras de un ave de presa.

En ese instante me di la vuelta y huí de ella sin aliento, espantado, sollozando, corrí, estaba demasiado petrificado como para alzar la voz, corrí sin detenerme, lanzando por dentro un grito sofocado, socorro, socorro, corrí a oscuras como enloquecido entre los túneles susurrantes, confundíendome, perdiéndome y enredándome en las profundidades del laberinto. Jamás en mi vida, ni antes ni después, he sentido un terror semejante: había descubierto su terrible secreto, que no era una niña sino una bruja disfrazada de niña, y ahora nunca me dejaría salir con vida de su oscuro bosque.

Durante la carrera fui a dar de repente a una pequeña entrada, una especie de puerta de madera que no estaba cerrada ni abierta, y que de hecho no era una puerta de la altura de una persona sino sólo una puerta baja, como la entrada de la caseta de un perro: me deslicé hasta allí con mi último aliento y allí me escondí de la bruja, tan sólo me maldije por no haber cerrado la puerta de mi refugio, pero estaba paralizado por el miedo, demasiado aterrado como para salir ni un instante de mi escondite, demasiado petrificado como para alargar el brazo y cerrar la puerta.

Por tanto me acurrugué en el rincón de aquella caseta, que tal vez fuera sólo un desván, un hueco triangular cerrado bajo la escalera. Allí, entre tuberías de cobre oxidadas, maletas destrozadas y montones de telas apolilladas, encogido y acurrucado como un feto, con el brazo cubriéndome la cabeza y la cabeza metida entre las rodillas, deseando dejar de existir, intentando introducirme hacia dentro, hacia un útero propio, allí permanecí temblando, empapado en sudor, temiendo respirar, atento a no emitir el menor sonido, petrificado de miedo porque mi acelerada respiración me iba a delatar, pues era seguro que mi respiración se oía también desde fuera.

A cada momento me parecía oír el sonido de sus tacones, «muerte muerte muerte», acercándose a mí, ahí está, me persigue con su cara de zorro muerto, ahí está, ya está ahí y me atrapa, se agacha, me hace salir a la fuerza, me toca con esos dedos cuyo contacto es como el de una rana, me palpa, me hace daño, y de repente se lanzará sobre mí riéndose con esas muelas y me

introducirá en la sangre un encantamiento terrible con el que también yo me convertiré de repente en un zorro muerto. O en una piedra.

Mil años después pasó alguien por allí. ¿Algún dependiente de la tienda? Contuve la respiración y apreté los puños temblorosos. Pero aquel hombre no oyó los latidos de mi corazón. Pasó de largo por delante de mi caseta y, sin darse cuenta, cerró por fuera la puerta del desván (que, de hecho, no era mucho más grande que un cajón grande), esa misma puerta que yo no tuve el coraje de cerrar desde dentro, alargando la mano y tirando de ella.

Ahora estaba encerrado. Para siempre. En un abismo de absoluta oscuridad. En el fondo del océano Pacífico.

En una oscuridad y un silencio así no había estado antes en toda mi vida, ni he vuelto a estar en todos los años transcurridos desde entonces. Porque no era la oscuridad de la noche, que normalmente es de un negro azulado oscuro y casi siempre se ven en ella resplandores que la perforan o la puntean, y hay estrellas, y hay luciérnagas, y hay faros lejanos que pasan, y hay una ventana de una casa en algún lugar, y hay todo lo que se ve en la oscuridad de la noche, donde siempre puedes deambular de un bloque de oscuridad a otro con ayuda de esos resplandores, esos bailes y esos centelleos, y siempre se puede intentar tocar una oscuridad de sombras, que son algo más negras que la propia noche.

Ahí no: ahí era el fondo de un mar de tinta.

Tampoco el silencio era el normal de la noche, ese tipo de silencio en cuyas profundidades siempre suena una bomba de agua lejana y los grillos hacen temblar la quietud, y hay coros de ranas y ladridos y el zumbido ronco de un motor y de mosquitos, y de cuando en cuando te taladra el llanto de un chacal.

Pero ahí estaba encerrado no en una noche viva y vibrante de color morado oscuro, sino en la oscuridad de la oscuridad. Y el silencio del silencio me envolvía, un silencio que tan sólo puede encontrarse en el fondo de un mar de tinta.

¿Por cuánto tiempo?

Hoy ya no hay a quién preguntar: Grete Ghat murió durante el asedio de la Jerusalén judía, en el año 1948. Un francotirador de la Legión jordana, un francotirador con un cinto negro de piel cruzado sobre el pecho y una kefia de cuadros rojos y blancos le disparó una bala certera desde la academia de policía que estaba en la línea de alto el fuego. La bala, eso contaban en el barrio, entró por el oído izquierdo de la tía Grete y le salió por el ojo. Hasta hoy, cuando intento imaginarme su cara, ese ojo saltado me espanta.

Tampoco tengo hoy ninguna forma de saber en qué parte de Jerusalén estaba aquella tienda de ropa, llena de laberintos, grutas, nichos y caminos forestales, de hace unos sesenta años. ¿Sería una tienda árabe? ¿O armenia? ¿Y qué habrá allí ahora? ¿Qué habrá sido de los bosques y los túneles sinuosos? ¿Y de los nichos de detrás de los biombos, de las estanterías y los probadores? ¿De la caseta donde fui enterrado en vida? ¿De la bruja disfrazada de ninfa de los bosques, aquélla a la que perseguí y de la que huí aterrado? ¿Qué habrá sido de mi primera seductora, que me arrastró hasta la red del laberinto y me condujo al escondrijo donde accedió a mostrarme su cara, que al contacto con mi mirada se convirtió para mí en una monstruosidad?: una cara de zorro

muerto, una cara perversa e intrigante, pero al mismo tiempo desgraciada, desgarradora.

Es posible que la tía Grete, cuando se dignó por fin a salir de nuevo de su crisol, con un vestido de flores deslumbrante, se asustara al no encontrarme esperándola en el lugar donde me había dejado, en el taburete de mimbre frente al probador. Seguro que se estremeció y se puso roja y más roja hasta adquirir una tonalidad casi morada: ¿Qué le ha pasado al niño? Casi siempre es responsable y obediente, es un niño muy prudente, no es ningún aventurero ni muy valiente que digamos.

Es de suponer que al principio la tía Grete intentó encontrarme por sus propios medios: tal vez pensó que el niño había esperado, que se había aburrido y estaba jugando al escondite con ella para castigarla por haber desaparecido durante tanto rato. ¿Se habrá escondido, el pilluelo, detrás de las estanterías? ¿No? ¿Entre los abrigos? ¿O estará mirando fijamente los maniqués de chicas medio desnudas? ¿Se habrá escabullido para observar desde el escaparate a los viandantes? ¿O sencillamente habrá ido él solo a buscar los servicios? ¿O un grifo para beber agua? Es un niño inteligente, un niño muy responsable, no se puede negar, pero..., algo despistado, desorientado, inmerso en sueños de todo tipo, siempre soñando con las historias fantásticas que le cuento yo y que se cuenta a sí mismo. ¿Habrá salido solo a la calle? ¿Se habrá asustado pensando que me he olvidado de él y ahora estará vagando desesperado, buscando el camino de vuelta a casa? ¿Y si ha llegado un desconocido, le ha tendido la mano y le ha ofrecido todo tipo de maravillas? ¿Y si el niño se ha dejado convencer? ¿Y se ha ido? ¿Con un desconocido?

Cuando la preocupación de la tía Grete fue en aumento, ya no se puso roja sino todo lo contrario, palideció y empezó a temblar como si tuviese escalofríos. Al final seguro que alzó la voz, empezó a llorar amargamente y todas las personas de la tienda, dependientes y clientes, acudieron en su ayuda y empezaron a peinar la zona y a buscarme. Puede que gritaran mi nombre, rastrearán los caminos del laberinto, examinarán en vano los senderos del bosque. Y como al parecer era una tienda árabe, es de suponer que un montón de niños algo mayores que yo fuesen enviados a explorar por los alrededores, por las callejuelas, los pozos, el olivar vecino, el patio de la mezquita, el pastizal de la ladera, los pasadizos que conducían al zoco.

¿Habría teléfono allí? ¿Telefonaría la tía Grete a la farmacia del señor Heinemann en la esquina de la calle Sofonías? ¿Conseguiría sobresaltar a mis padres con la terrible noticia? Parece ser que no, porque en ese caso mis padres me lo habrían recordado continuamente, durante años me lo habrían estado recordando, al menor signo de desobediencia habrían blandido delante de mí el breve pero terrible momento de dolor y la angustia que el niño loco les había hecho pasar, y cómo en una o dos horas sus cabellos se habían vuelto casi blancos.

Recuerdo que no grité en aquella total oscuridad. No emití ningún sonido. No intenté mover la puerta cerrada ni la golpeé con mi pequeño puño: puede que aún temblara de miedo por si la bruja con cara de zorro muerto seguía olfateando mis huellas. Recuerdo que ese miedo se fue transformando allí, en el fondo de aquel mar silencioso de tinta, en una extraña dulzura: estar allí era un poco como estar acurrucado junto a mamá bajo una cálida manta mientras ráfagas de frío y oscuridad tocaban el cristal de la ventana por fuera. Y un poco como jugar a ser un niño sordo y ciego. Y un poco como estar liberado de todos. Del todo.

Esperaba que pronto me encontraran y me sacaran de allí. Pronto, pero no de inmediato.

E incluso tenía allí un objeto pequeño y sólido, una especie de caracola redonda de metal, pulida y agradable al tacto, cuyo tamaño se adaptaba perfectamente a mi mano y cuyo contacto causaba placer y alegría a mis dedos cerrados sobre ella: tocaban, acariciaban, presionaban y se relajaban un poco, y a veces tiraban –sólo un poco– de la punta del fino y flexible inquilino que se ocultaba dentro, parecía la cabeza de un caracol que se asomaba un momento, curiosa, serpenteaba y volvía a introducirse enseguida en el refugio de su caparazón.

Era una tira fina y flexible de metal enrollada por completo dentro de una caja metálica (una cinta métrica). Me entretuve con esa caracola durante bastante tiempo en la oscuridad, tirando, extendiendo, alargando, soltando de repente y haciendo así que la serpiente de acero saltara como un rayo de vuelta a su escondite, entonces la caja la absorbía por completo dentro de su panza, acogéndola y recibéndola con un ligero estremecimiento final, la vibración de un clic que tanto agradaba a mi mano cerrada sobre la caracola.

Y de nuevo sacar, liberar, tensar, y en esa ocasión lancé a la serpiente metálica, todo lo larga que era, hacia el abismo del espacio oscuro, tocaba con ella los confines de las tinieblas, oía el crujir de sus delicadas articulaciones mientras se iba tensando y su cabeza se iba alejando del caparazón. Al final dejé que volviera a casa lentamente, soltando un poco y deteniéndola, soltando un poco más y volviendo a detenerla, intentando adivinar –porque no veía nada, absolutamente nada– cuántos débiles pak pak más se oirían hasta el tlak definitivo de la cerradura final que señalaría la desaparición de la serpiente, desde la cabeza hasta la punta de la cola, en lo más recóndito del vientre del que le había permitido salir.

¿Cómo había llegado de pronto a mis manos esa buena caracola? Ya no recuerdo si la había capturado por el camino, durante mi viaje caballeresco, en algún recodo del laberinto, o si la había encontrado a tientas dentro de aquella caseta, después de haber sido sellado el sepulcro.

Es de suponer que la tía Grete sopesó la situación y decidió que, desde todos los puntos de vista, era preferible no informar a mis padres. Seguramente pensó que ya no tenía ningún sentido preocuparlos, cuando todo había terminado bien y sin desgracias. Puede que temiera que la consideraran una niñera irresponsable, y perder así una fuente de ingresos modesta pero segura y necesaria.

La tía Grete y yo nunca volvimos a mencionar, ni siquiera con alusiones, la historia de mi muerte y resurrección en la tienda de ropa árabe: ni una sola palabra. Ni un guiño de complicidad. A lo mejor esperaba que con el tiempo se desvaneciera el recuerdo de aquella mañana y ambos acabásemos pensando que ni siquiera había sucedido, que había sido un mal sueño. Es posible que también se avergonzara un poco de sus extravagantes excursiones a las tiendas de ropa: desde aquella mañana invernal no volvió a hacerme partícipe de sus pecados. Incluso puede que, gracias a mí, consiguiera desengancharse un poco de su pasión por los vestidos. Al cabo de unas semanas o de unos meses fui separado de la tía y enviado a la guardería de la señora Penina Shapira, en la calle Sofonías. Sólo las notas del piano de la tía Grete siguieron oyéndose durante años, a lo lejos, al atardecer, graves, persistentes y solitarias, por encima de los demás sonidos de la calle.

No fue un sueño: los sueños se desvanecen con el paso del tiempo y dejan su lugar a otros sueños, mientras que aquella bruja enana, la niña vieja, la cara de zorro muerto, aún se ríe de mí con sus dientes afilados y su muela de oro.

Y no sólo la bruja: también la caracola que hallé en el bosque, la caracola que oculté a mi

padre y a mi madre y que a veces, cuando estaba solo, me atrevía a sacar para jugar con ella bajo la manta, haciendo que la cinta saliera y se metiera otra vez como un rayo en la más profundo de su guarida.

Un hombre moreno con dos grandes bolsas bajo sus ojos bondadosos, un hombre ni joven ni viejo, con un metro verde y blanco de sastre en el cuello que le caía a ambos lados sobre el pecho. Sus movimientos parecían algo cansados. Su cara morena y ancha estaba adormecida, y una sonrisa tímida se encendía por un instante y de inmediato se ocultaba bajo el bigote canoso y mórbido. Aquel hombre se inclinó hacia mí y me dijo algo en árabe, algo que no entendí pero que, a pesar de todo, traduje en mi interior: Niño, no tengas miedo, ahora ya no tengas miedo.

Recuerdo que llevaba, el hombre que me salvó, unas gafas cuadradas para vista cansada con la montura marrón, unas gafas que no le pegaban a un dependiente de una tienda de ropa femenina sino, tal vez, a un carpintero corpulento y entrado en años que camina refunfuñando y arrastrando los pies, con una colilla apagada entre los labios y un metro viejo asomándole por el bolsillo de la camisa.

Aquel hombre me miró un instante, no a través de las lentes de las gafas, que se le habían deslizado por la nariz, sino por encima de las gafas. Y después de estudiarme bien y de ocultar otra sonrisa u otro esbozo de sonrisa tras su bigote recortado, asintió dos veces, o tal vez tres, alargó el brazo y con su cálida mano envolvió mi mano fría de miedo, como calentando a un polluelo a punto de congelarse, y así me sacó de aquel cajón de oscuridad y de pronto me levantó por los aires y me apretó con fuerza contra su pecho, y yo empecé a llorar.

Cuando aquel hombre vio mis lágrimas acercó mi mejilla a su mejilla ancha y flácida y dijo con su voz grave, polvorienta y agradable, una voz que recordaba un camino de tierra sombrío en medio del campo al atardecer, en el hebreo de los árabes, pregunta, respuesta y conclusión:

–¿Todo bien? Todo bien. Estupendo.

Me llevó en brazos hasta la oficina, al fondo de la tienda, donde el aire estaba impregnado de un fuerte y penetrante olor a café, tabaco y tejidos de lana y también del olor de la loción de afeitar del hombre que me había encontrado, distinto al de mi padre, mucho más amargo y pleno, un olor como el que me habría gustado que tuviera también mi padre. El hombre que me encontró empezó a decir a todos los presentes unas palabras en árabe, pues en la oficina había personas de pie y sentadas entre nosotros y la tía Grete, que estaba llorando en un rincón de la habitación, y también le dijo una frase a la tía Grete, que se ruborizó mucho, y mientras, con movimientos largos, lentos y responsables, como un médico que palpa para descubrir el lugar exacto del dolor, mi hombre me llevó hasta los brazos de la desconsolada tía.

A pesar de que yo no quería estar en sus brazos. Aún no. Sólo quería seguir un rato más pegado al pecho del hombre que me había salvado.

Después siguieron hablando durante un rato, los demás, no mi hombre, mi hombre no habló más, sólo me acarició la mejilla, me dio dos palmadas en el hombro y se fue. Quién sabe cómo se llamaba. ¿Estará aún vivo? ¿En su casa? ¿O en el polvo y la miseria de algún campo de refugiados?

Después volvimos en el autobús 3A. La tía Grete se lavó la cara y también me la lavó a mí, para que no se notara que habíamos llorado. Me dio una rebanada de pan con miel, arroz blanco en un

plato hondo y un vaso de leche templada, y para terminar, dos figuritas de mazapán. Luego me quitó la ropa, me acostó en su cama, me hizo un montón de cariñitos que terminaron con besos pegajosos, me tapó y dijo: Duerme, duerme un poco, mi querido niño. Puede que pretendiera borrar así las huellas de lo ocurrido. Puede que esperara que me durmiera y me despertara de la siesta pensando que todo lo que me había pasado había sido sólo un sueño y no se lo contara a mis padres, o, si se lo contaba, poder sonreír y decir que al mediodía siempre tenía sueños fantásticos, sueños que alguien debería escribir y publicar en un libro con bonitas ilustraciones en color, un libro con el que todos los niños disfrutarían.

Pero no me dormí, me quedé en silencio bajo la manta jugando con mi caracola metálica.

Jamás les conté a mis padres lo de la bruja ni lo del fondo del mar de tinta, tampoco lo del hombre que me salvó: no quería que me prohibieran tener la caracola. Tampoco sabía cómo explicarles de dónde la había sacado. ¿Qué podía hacer, decirles que era un recuerdo del sueño que había tenido? Y si les contaba la verdad se enfadarían muchísimo con la tía Grete y conmigo: ¡Cómo es posible! ¡Su Alteza! ¡Un ladrón! ¿Es que Su Excelencia ha perdido el juicio?

Y de inmediato me llevarían allí y me obligarían a devolver mi caracola y a pedir perdón.

Y después vendría el castigo.

Por la tarde vino mi padre a recogerme a casa de la tía Grete. Al llegar dijo, como de costumbre: «Su Excelencia parece algo pálido hoy. ¿Ha tenido un día difícil Su Excelencia? ¿Sus barcos se han hundido en el mar? ¿O sus palacios han caído en manos del enemigo?».

No respondí, a pesar de que por supuesto tenía con qué humillarle: por ejemplo, podía haberle revelado que, además de él, desde esa mañana tenía otro padre. Árabe.

Mientras me ataba los zapatos bromeó un poco con la tía Grete, según su forma habitual de cortejar a las mujeres sirviéndose de palabras ingeniosas o hablando sin parar para evitar cualquier atisbo de silencio momentáneo. Durante toda su vida mi padre tuvo terror a los silencios. Se consideraba responsable de que la conversación se mantuviera viva, y siempre se sentía culpable, incluso un fracasado, si la conversación languidecía aunque sólo fuera un instante. Por tanto, empezó a recitarle a la tía Grete lo siguiente, más o menos:

«Debo jurar/ que no es ninguna treta/ querer con Greta/ coquetear».

Incluso llegaba más lejos y le decía:

«Greta, Greta querida,/ por ti en mi corazón/ hay una herida».

La tía Grete se ruborizaba al instante y, como le daba vergüenza ruborizarse, se ponía el doble de roja, su cuello y sus mejillas se llenaban de sangre morada como una berenjena, pero a pesar de todo lograba murmurar:

–De verdad, de verdad, vale ya, señor Klausner –pero sus piernas asentían ligeramente, como si anhelaran hacer una pequeña pirueta en su honor.

Esa tarde mi padre me llevó a hacer una larga y detallada visita a los vestigios de la cultura inca: entusiasmados y sedientos de saber devoramos juntos mares y montañas, atravesamos ríos y estepas sobre el gran atlas alemán. Con nuestros propios ojos vimos las ciudades misteriosas y los restos de los templos y santuarios en la enciclopedia y también en las páginas de un libro ilustrado. Mi madre estuvo toda la tarde leyendo en el sillón, sentada sobre las piernas dobladas. En la estufa de queroseno ardía una llama silenciosa de un color azul intenso.

Y de vez en cuando el silencio de la habitación era acentuado por el ligero murmullo de las burbujas de aire al pasar por las venas de la estufa.

El jardín no era propiamente un jardín, tan sólo un modesto rectángulo de tierra apelmazada y compacta como un bloque de cemento: ni los cardos eran capaces de brotar allí. La sombra del muro de cemento caía sobre él durante todo el día, como en el patio de una cárcel. Y también la sombra de los altos cipreses que se elevaban al otro lado de la tapia, en el patio de la familia Lemberg. En un rincón crecía pertinaz un pimentero tullido cuyas hojas me gustaba triturar entre los dedos para aspirar su excitante aroma. Enfrente de ese pimentero, junto a la tapia, sobrevivía un árbol que daba granadas, o mejor dicho un arbusto, un desdichado vestigio de la época en que Kerem Abraham aún era un campo de frutales y no un barrio, y ese arbusto se obstinaba pese a todo en florecer de nuevo cada año. Los niños no esperaban a las granadas, sino que sin piedad arrancaban los brotes verdes con forma de jarrón. Les clavábamos un palo de un dedo o dedo y medio de largo y los convertíamos en pipas, como aquéllas en las que fumaban los británicos y también algunos pudientes del barrio que querían asemejarse a los británicos. Cada temporada abríamos en una esquina del patio una tienda de pipas. Por el color de los brotes de las granadas, a veces parecía que en la punta de cada una de nuestras pipas brillaba un destello rojizo.

Unos invitados aficionados al campo, Mala y Stashek Rodnitzky, de la calle Chancellor, me regalaron una vez tres saquitos con semillas de rábano, tomate y pepino. Mi padre propuso entonces que intentásemos cultivar un pequeño huerto:

—¡Seremos agricultores! —dijo entusiasmado—, ¡fundaremos un pequeño kibbutz en el terreno que está detrás del granado y con nuestras propias fuerzas sacaremos pan de la tierra!

Ninguna familia de la calle Amós tenía palas, picos, azadones ni horcas. Tampoco azadas ni rastrillos. Esas cosas eran para los judíos recién llegados y bronceados que vivían al otro lado de las montañas oscuras: en las colonias agrícolas, en los kibbutzim, en Galilea, en Sharón y en los valles. Con las manos casi vacías nos movilizamos por tanto mi padre y yo para conquistar el desierto y hacer un jardín verde.

El sábado al alba, mientras mi madre y todo el barrio seguían durmiendo, nos escabullimos hacia el patio, con camisetas blancas, pantalones cortos de color caqui y unos sombreros ridículos; enclenques, sin músculos, urbanos hasta la punta de nuestros delicados dedos, pálidos como dos hojas de papel, pero bien protegidos por una gruesa capa de crema que nos habíamos untado mutuamente en los hombros (la crema se llamaba Velveta y su función era prevenir cualquier maquinación del sol primaveral).

Mi padre caminaba delante, calzado con zapatos y armado con un martillo, un destornillador, un tenedor de la cocina, un carrito de cuerda, un saco de yute vacío y también un cuchillo que

había cogido de su escritorio, el abrecartas. Yo iba detrás, emocionado, excitado e imbuido de alegría agrícola, llevaba en las manos una botella de agua, dos vasos, una cajita que contenía esparadrapo, un frasco de yodo y un bastoncito para untar el yodo, y también unas gasas y una venda: primeros auxilios por si ocurría cualquier desgracia.

En primer lugar, mi padre blandió el abrecartas con un movimiento solemne, definitivo, como si estuviese marcando fronteras, después se inclinó y dibujó en la tierra cuatro líneas. Así trazó para siempre los límites de nuestro terreno, de unos dos metros cuadrados, sólo algo más grande que el mapamundi que teníamos colgado en la pared del pasillo, entre las puertas de las dos habitaciones. Luego me ordenó que me pusiera de rodillas y sujetara bien, con las dos manos, el palo afilado que él llamaba estaca: tenía la intención de clavar cuatro estacas en los cuatro ángulos del terreno y rodearlo todo con una cerca de cuerdas tensas. Pero la tierra del jardín, apelmazada y compacta como cemento armado, se mantenía impenetrable a los golpes de mi padre y se negaba a acoger las estacas. Entonces dejó el martillo, se quitó con rabia las gafas, las puso con cuidado en el alféizar de la ventana de la cocina, volvió a la escena y siguió golpeando con más fuerza, le chorreaba el sudor, luchaba, sin las gafas estuvo a punto de darme más de una vez con el martillo en los dedos, que sujetaban la estaca cada vez más aplastada.

Con mucho esfuerzo conseguimos por fin resquebrajar la costra externa y penetrar superficialmente: las estacas se clavaron como medio dedo en la costra de tierra y allí se quedaron, obstinadas como bestias tercas a las que ningún golpe es capaz de mover. Se negaron a clavarse ni un milímetro más. Por tanto tuvimos que sujetar cada estaca con dos o tres piedras grandes y transigir un poco también en el asunto de las cuerdas, pues cada vez que intentábamos tensarlas corríamos el riesgo de tirar las estacas tan superficialmente clavadas. El terreno quedó cercado al final por cuatro líneas de cuerdas flojas. Cada cuerda, al carecer de tensión, tenía una especie de pequeña curva de la felicidad. Y a pesar de todo conseguimos erigir de la nada una nueva entidad en el mundo: desde aquí hasta aquí estaría el adentro, nuestro huerto, y desde aquí para allá el afuera, el resto del mundo.

—Ya está —dijo mi padre con humildad, moviendo la cabeza de arriba abajo cuatro o cinco veces, como en total acuerdo consigo mismo y ratificando su acción.

Y yo repetí, imitando sin darme cuenta su movimiento de cabeza:

—Ya está.

Entonces mi padre anunció un breve paréntesis. Me mandó secarme el sudor, beber agua y sentarme en las escaleras para descansar un rato. Él no se sentó a mi lado en las escaleras sino que volvió a ponerse las gafas, se quedó de pie junto a nuestro rectángulo de cuerda, observó los resultados obtenidos hasta el momento, reflexionó sobre ellos, calculó la batalla que aún había que librar, analizó mentalmente los errores, sacó conclusiones y me ordenó que, de momento, quitara las estacas y las cuerdas a la vez y las dejara ordenadamente junto a la tapia: era conveniente remover primero la tierra y después volver a demarcar los límites, si no las cuerdas nos estorbarían al cavar. Por tanto, se decidió echar cuatro o cinco cubos de agua al terreno, esperar unos veinte minutos a que el agua se filtrara y ablandara un poco la coraza de hierro y después volver al ataque.

Hasta el sábado por la tarde estuvo mi padre luchando estoicamente y con las manos casi vacías

contra las fortificaciones de la tierra apelmazada: encorvado, con la espalda dolorida, sudoroso, jadeando y resoplando como quien se está ahogando, con aquellos ojos sin gafas que me parecían descalzos y desencantados, una y otra vez dejaba caer su martillo sobre el suelo obstinado. Pero era un martillo demasiado ligero, un martillo casero, un evidente martillo de ciudad que no servía para derribar murallas fortificadas sino tan sólo para cascar nueces o clavar un clavo pequeño detrás de la puerta de la cocina. Como atacando con una honda la coraza de Goliat, el filisteo, levantaba mi padre una y otra vez su pobre martillo, o como si pretendiera echar abajo con una sartén las murallas de Troya. El otro lado del martillo, el lado en forma de Y que sirve para sacar clavos, lo usaba como pico, horca y azada.

Enseguida le empezaron a salir grandes ampollas en la suave palma de la mano, pero mi padre apretó los dientes y no les prestó atención, y siguió sin prestarles atención cuando las ampollas se abrieron, derramaron su suero y se convirtieron en llagas. También en sus dedos de intelectual, en las yemas suaves y delicadas, le salieron ampollas ante las que se negó a doblegarse: una y otra vez levantaba el martillo, lo dejaba caer, embestía y golpeaba y volvía a levantarlo, y mientras luchaba así contra las fuerzas de la naturaleza y contra el desierto primordial, le lanzaba a la obstinada tierra enérgicas maldiciones en voz baja, en griego o en latín, o quizás en amhárico o en algún dialecto del eslavo antiguo o en sánscrito.

Hasta que una vez dejó caer el martillo con todas sus fuerzas sobre la punta de su zapato: sollozó de dolor, se mordió el labio inferior, descansó un instante, utilizó la palabra «evidente» o «por supuesto» para reprocharse su imprudencia, se secó el sudor, bebió un trago de agua, limpió con un pañuelo la boca de la botella, insistió en que yo bebiera también y volvió al campo de batalla, cojeando pero completamente decidido a retomar heroicamente su incansable serie de golpes. No se rindió.

Por fin la tierra apelmazada se apiadó de mi padre, o tal vez se pulverizó asombrada ante tanta abnegación, y empezó a resquebrajarse a lo largo y a lo ancho. Mi padre se apresuró a meter en esas grietas la punta de su destornillador, como temiendo que el terco suelo se arrepintiera y volviera a apelmazarse y endurecerse. Hurgó en las heridas, las hizo más grandes y profundas, y con las uñas y los dedos, que estaban blancos y temblorosos del esfuerzo, empezó a sacar gruesos terrones de tierra y a arrojárselos a los pies, como si fueran dragones abatidos tumbados panza arriba. Raíces cortadas se enredaban y sobresalían de las glebas, retorciéndose y curvándose como nervios cortados saliendo de la carne.

A mí me tocaba seguir adelante tras el asalto inicial, romper con la punta del abrecartas las gruesas glebas que mi padre había conseguido someter, arrancarles las raíces y echarlas al saco, separar las piedras y la grava, deshacer y desmenuzar una a una las glebas y, al final, usar el tenedor que habíamos cogido de la cocina como horca o rastrillo y peinar suavemente los cabellos de la tierra deshecha.

Y así llegó el momento de abonar: no teníamos estiércol de bestias ni aves, y los excrementos de paloma del tejado no se podían usar por el peligro de infección. Por tanto, mi padre había estado todo el día preparando una cacerola llena de sobras de comida. Se trataba de una bazofia de cereales, peladuras de frutas y hortalizas, calabaza pasada, posos cenagosos de café con hojas de té usadas flotando encima, restos de puré, remolacha y verduras cocidas, escamas de pescado y aceite sucio de freír, leche agria y todo tipo de líquidos grasientos y desperdicios del estercolero de la cocina, donde grumos y partículas sospechosos flotaban de forma repugnante en una especie

de sopa pastosa echada a perder.

–Esto va a enriquecer nuestra debilitada tierra –me explicó mi padre mientras descansábamos en las escaleras con las camisetas sudadas, sintiéndonos un par de auténticos currantes, y le dábamos un poco de aire con las gorras color caqui a nuestros rostros abrasados–, debemos nutrir las glebas con toda la basura que pueda convertirse poco a poco en un mantillo rico en materiales orgánicos y darles a nuestros esquejes los componentes energéticos, el abono y los elementos nutritivos específicos sin los cuales sólo brotarán hortalizas débiles y enfermizas.

Evidentemente adivinó el aterrador pensamiento que se me pasó por la cabeza y se apresuró a tranquilizarme:

–Pero no te confundas, no creas que, a través de las hortalizas que cultivemos aquí, vamos a comer eso que ahora te parecen desperdicios nauseabundos. ¡No! ¡De ninguna manera! La basura no es inmundicia sino un gran tesoro: generaciones y generaciones de agricultores comprendieron pronto esta misteriosa verdad. El propio Tolstói habla en algún sitio de la alquimia mística que se produce constantemente en el vientre de la tierra, de la maravillosa metamorfosis que transforma la putrefacción y la podredumbre en mantillo, el mantillo en abono y el abono en cereales, verduras, frutas y todo tipo de productos del campo, del jardín y del huerto.

Mientras volvíamos a clavar las cuatro estacas en las cuatro esquinas del terreno y tensábamos con cuidado las cuerdas de demarcación, mi padre me explicó muy bien, con sencillez, precisión y por orden: podredumbre y descomposición. Putrefacción. Abono. Orgánico. Místico. Alquimia. Metamorfosis. Productos. Tolstói. Misterio.

Cuando mi madre salió a avisarnos de que la comida estaría lista en media hora, ya estaba terminada la operación conquista del desierto: nuestro nuevo huerto se extendía de estaca a estaca y de cuerda a cuerda, rodeado por todas partes de la tierra árida del patio pero bien diferenciado por el color oscuro de la tierra trabajada, cultivada y ahuecada. Escardado y rastrillado, como peinado con pulcritud, estaba nuestro terreno verde, labrado, sembrado, abonado y regado, dividido en tres ondas o colinas de la misma longitud, una para los tomates, otra para los pepinos y otra para los rábanos. Y, como los letreros eventuales que se suelen fijar al pie de una tumba donde aún no se ha puesto una lápida, clavamos pequeños palos al pie de los bancales y en cada uno atamos su correspondiente saco de semillas vacío. Así, de momento, al menos hasta que brotaran las hortalizas, teníamos un huerto virtual a todo color: una imagen en vivo de un tomate rojo pasión con dos o tres gotas de rocío transparentes cayéndole por las mejillas. Una imagen de unos pepinos frescos y brillantes de un verde estimulante. Y una imagen apetitosa de un manojo de rábanos, limpios y frescos, rebosantes de salud, en tonos rojo, blanco y verde.

Después de abonar y sembrar, regamos y volvimos a regar delicadamente cada montículo grávido con una improvisada regadera hecha con una botella de agua y un pequeño colador de cocina, un colador que en su vida de ciudad estaba en la boca de la tetera para retener las hojas de té sobre las que se vierte el agua hirviendo.

Mi padre dijo:

–Desde ahora, cada mañana y cada tarde regaremos nuestros bancales, sin exagerar ni escatimar, y tú seguro que todas las mañanas, nada más levantarte, corres a comprobar si ya hay signos de germinación, pues dentro de unos días los diminutos brotes comenzarán a erguirse y a

quitarse de encima la tierra, igual que un granuja que agita su gorra sobre su cabeza. Cada planta y cada esqueje, eso pensaban los antiguos rabinos, tiene su propio ángel encima golpeándole la cabeza y ordenándole: ¡Crece!

Y después añadió:

–Ahora conviene que Su Excelencia sudorosa y polvorienta coja del armario ropa interior, una camiseta y unos pantalones limpios y vaya al cuarto de baño, y Su Alteza debe recordar enjabonarse bien también en esas partes. Y no se nos duerma en el agua como suele hacer, porque también su humilde siervo está esperando pacientemente su turno.

En el baño, después de quedarme en calzoncillos, me subí descalzo al váter y miré hacia fuera por el ventanuco, ¿se veía ya algo? ¿La primera germinación? ¿Un brote tierno? ¿Aunque sólo fuera como una cabeza de alfiler?

Y al mirar por el ventanuco del cuarto de baño vi a mi padre. Se quedó un rato más junto a nuestro nuevo huerto, parecía desvalido y humilde, aunque feliz como un artista fotografiado al pie de su obra, estaba cansado y cojeaba por el martillazo que se había dado en los dedos del pie, pero, a pesar de todo, se le veía orgulloso como un conquistador.

Mi padre era un hablador infatigable, sus dichos y refranes no tenían límite, disfrutaba explicando y citando, estaba ávido de compartir contigo sus amplios conocimientos y de regalarte generosamente los tesoros de su erudición y las riquezas de sus recuerdos: ¿Has pensado alguna vez en la evidente relación que la lengua hebrea establece entre arrancar y desgarrar? ¿Entre despedregar y expulsar? ¿Entre escardar y desaparecer? ¿Entre plantar y recoger? ¿Entre tierra, rojo, hombre, sangre y silencio? Así salía de él un aluvión de menciones, nexos, connotaciones, adivinanzas, juegos de palabras, expresiones, bosques repletos de evidencias y silogismos, montones de interpretaciones, réplicas y argumentaciones, cualquier cosa para intentar desesperadamente divertir a los presentes, entretener, alegrar o incluso hacer el ridículo, con tal de que no reinara el silencio. Aunque fuera un leve silencio. Aunque fuera sólo un instante.

Una figura frágil y tensa con una camiseta empapada en sudor y unos pantalones cortos color caqui demasiado anchos que le llegaban casi a las rodillas. Sus piernas y sus brazos enjutos estaban muy pálidos y cubiertos por un espeso vello negro. Mi padre parecía un estudiante de religión aturdido al que de pronto habían expulsado de la oscuridad de la escuela, habían puesto un disfraz caqui de pionero y habían arrojado sin piedad a la luz cegadora del mediodía. Su sonrisa pensativa parecía suplicante, como si te tirase de la manga implorando que le quisieras un poco. Sus ojos castaños te miraban de forma distraída pero atemorizada desde detrás de sus gafas redondas: como si en ese mismo instante acabara de recordar que había olvidado algo, pero el qué, había olvidado lo más importante y urgente para él, había olvidado algo evidentemente serio que de ninguna manera podía olvidar.

¿Pero qué era lo que había olvidado? Era incapaz de recordarlo. Perdona, a lo mejor tú, por casualidad, sabes lo que he olvidado. Algo urgente. Que no puede esperar. ¿Podrías recordarme lo que era? ¿Si no te molesta?

Durante los días siguientes iba corriendo cada dos o tres horas hasta nuestros bancales, acalorado, excitado, impaciente por ver si nuestro esfuerzo había dado fruto, a comprobar de cerca si había signos de germinación, aunque sólo fuera un minúsculo movimiento en la capa de tierra ahuecada. Regaba continuamente el huerto, hasta que los surcos se convirtieron en un barrizal. Cada mañana saltaba de la cama y corría descalzo, en pijama, a ver si durante la noche

se había producido el milagro añorado. Hasta que al cabo de unos días, por la mañana temprano, vi que los rábanos habían sido los primeros en sacar un montón de diminutos periscopios.

Estaba tan contento que me apresuré a regarlos una y otra vez.

Y clavé un espantapájaros cubierto con una combinación vieja de mi madre cuya cabeza era una lata de conservas vacía en la que pinté una boca, un bigote, una frente con un flequillo negro cayendo en diagonal, como la de Hitler, y dos ojos, uno me salió un poco torcido, como si hiciera un guiño o se estuviera burlando.

Unos días después brotaron también los pepinos, asomaron la cabeza, pero lo que vieron los rábanos y los pepinos les debió de ofender o atemorizar tanto que se arrepintieron y palidieron, en una noche sus espaldas se inclinaron como con un profundo abatimiento, sus pequeñas cabezas tocaron la tierra y se arrugaron, se marchitaron y se pusieron grises, hasta convertirse en poco más que miserables hilos de paja. En cuanto a los tomates, no germinaron nunca: analizamos las condiciones reinantes en el patio, lo pensamos mucho y decidimos darnos por vencidos. Es posible que *a priori* en nuestro patio no pudiera crecer nada, pues era como un sótano, rodeado de muros por todas partes y oscurecido por la sombra de los grandes cipreses: no entraba ni un rayo de sol. Y puede que abusásemos del riego. O del abono. Es posible que mi espantapájaros-Hitler, que a los pájaros no les causaba ninguna impresión, diera un susto de muerte a los tiernos esquejes. Así terminó el intento de fundar un pequeño kibbutz en Jerusalén y comer con el tiempo del fruto de nuestro trabajo.

—De aquí —dijo mi padre con tristeza— se deduce la grave e inevitable conclusión de que nos hemos equivocado en algo. Nos hemos equivocado de principio a fin. Y por tanto tenemos ahora la evidente obligación de trabajar incansablemente y sin concesiones para averiguar en qué nos hemos equivocado: puede que hayamos exagerado con el abono. O que nos hayamos pasado con el agua. O todo lo contrario, que hayamos escatimado algo vital. A fin de cuentas no somos agricultores descendientes de agricultores, sólo somos unos aficionados amantes de la tierra, amantes inexpertos que aún no están versados en todos los secretos de la justa medida.

Ese mismo día, cuando volvió de su trabajo en la Biblioteca Nacional de Har Hatzofim, mi padre trajo dos gruesos volúmenes tomados en préstamo sobre jardinería y horticultura (uno estaba en alemán) y los estuvo consultando un rato. Enseguida desvió su atención a otros asuntos y a otros libros completamente distintos: el declive de algunas lenguas minoritarias de los Balcanes, la influencia de la poesía caballeresca de la Edad Media en los orígenes de la novela, las palabras griegas en la Mishná, la interpretación de la escritura ugarítica.

Pero una mañana, al marcharse a trabajar con su cartera negra algo ajada, mi padre me vio tendido, con lágrimas en los ojos, sobre los retoños agonizantes, dedicado en cuerpo y alma al último y desesperado intento de salvarlos con unas gotas para la nariz o para los oídos que había cogido sin permiso del armario de las medicinas del cuarto de baño, vertiendo unas gotas en cada retoño marchito. En ese momento mi padre se compadeció de mí. Me cogió en brazos y me abrazó, pero enseguida volvió a dejarme en el suelo. Estaba confuso, avergonzado, casi fuera de sí. Antes de irse, como huyendo del campo de batalla, movió el mentón de arriba abajo tres o cuatro veces, mientras murmuraba pensativo, más dirigiéndose a sí mismo que a mí:

—Veremos qué más se puede hacer.

En Rehavia, en la calle Ibn Gabirol, había un edificio llamado Casa de las Pioneras, o tal vez era Finca de las Trabajadoras o Granja de las Emigrantes y las Emprendedoras. Detrás de ese edificio se extendía una pequeña reserva agrícola, una especie de comuna, una granja de mujeres, una decárea o decárea y media de árboles frutales, un huerto, gallineros y colmenas. A comienzos de los años cincuenta se erigiría en esa finca el famoso barracón gubernamental del presidente Yitzhak Ben Zvi.

A esa granja experimental fue mi padre después del trabajo: seguro que le contó a Rahel Yanait, o a alguna de sus subalternas, toda la historia de nuestro desastre agrícola, pidió orientación y consejo y, al final, se fue y volvió a casa en dos autobuses con una pequeña caja de madera que contenía tierra con veinte o treinta esquejes recién cortados. Introdujo ese botín en casa y lo ocultó de mi vista detrás del cesto de la ropa o bajo el armario de la cocina, esperó a que me durmiera y entonces salió a hurtadillas, astuto e intrigante, armado con su linterna, su destornillador, su heroico martillo y su abrecartas.

Cuando me levanté por la mañana mi padre se dirigió a mí en un tono práctico, neutro, como haciéndome notar que tenía suelto el cordón de un zapato o un botón desabrochado. Sin apartar la vista del periódico me dijo:

–Bueno, creo que tu medicina de ayer les ha hecho efecto a nuestras plantas enfermas. ¿Podría ir Su Alteza a ver con sus propios ojos si hay algún indicio de un comienzo de recuperación? O puede que sólo me parezca a mí que hay indicios de recuperación. Podría ser tan amable de comprobarlo y volver a contarme qué le parece, así sabremos si los dos vemos la situación más o menos igual.

Mis diminutos retoños, que el día anterior estaban abrasados de muerte y tan amarillos que no eran más que unos pobres hilos de paja, se habían convertido de repente, en una noche, como por arte de magia, en unos esquejes erguidos, robustos y llenos de savia, rebosantes de salud, lozanos, de un verde vivo e intenso. Me quedé estupefacto, con el corazón lleno de temor y júbilo: ¡qué extraordinario poder el de veinte o treinta gotas para la nariz o los oídos!

Cuanto más observaba, mayor me parecía el milagro: los tallos de los rábanos habían saltado por la noche al bancal de los pepinos, mientras que en el bancal de los rábanos había ahora unos esquejes que no conocía, a lo mejor eran berenjenas. O zanahorias. Y lo más extraordinario de todo: en la hilera de la izquierda, donde enterramos las semillas de tomate y no germinó nada, esa hilera a la que ni siquiera había considerado necesario echar una sola de mis gotas mágicas, habían brotado a pesar de todo tres o cuatro plantas muy ramificadas, con yemas anaranjadas entre las hojas de arriba.

Al cabo de una semana volvió la enfermedad y atacó nuestro huerto, volvieron los tormentos de la agonía: los esquejes inclinaron la cabeza, perdieron el color, otra vez se abrasaron y enfermaron como judíos perseguidos en la diáspora, las hojas se cayeron, los tallos se marchitaron y amarillaron, y en esa ocasión no sirvieron de nada las gotas de la nariz ni el jarabe para la tos: nuestro huerto estaba secándose y agonizando. Durante dos o tres semanas más siguieron creciendo allí, en vano, las cuatro estacas unidas por cuerdas polvorientas, y al cabo de dos o tres semanas también ellas se marchitaron. Sólo mi espantapájaros-Hitler siguió germinando por un

tiempo. Mi padre, por su parte, se consoló investigando las fuentes de la romanza lituana o el origen de la novela en la poesía trovadoresca. Yo me dediqué a dispersar por todo el patio polvoriento una multitud de galaxias repletas de estrellas desconocidas, lunas, soles, cometas y planetas, y emprendí un viaje interestelar lleno de dificultades y peligros: puede que en algunos de esos planetas encontrase signos de vida.

33

Un atardecer de verano. Al acabar primero, tal vez al comenzar segundo, o en el verano entre un curso y otro. Estoy solo en el patio. Todos se han ido sin mí, Denush, Elik, Uri, Lulik, Eitan y Ami se han ido a buscar cosas de ésas entre los árboles del monte de Tel Arza y no me han aceptado en el grupo La Mano Negra porque no lo he inflado. Denush encontró uno entre los árboles, lleno de cola maloliente y reseca, y lo lavó bien debajo del grifo, y todo aquel que no tiene el coraje de inflarlo no es digno de ser admitido en La Mano Negra, y todo aquel que no tiene el coraje de ponérselo y mear un poco dentro como un soldado británico no puede ser un miembro de La Mano Negra. Denush explicó cómo funciona. Los soldados británicos llevan chicas todas las noches al monte de Tel Arza y allí, en la oscuridad, la cosa es así: primero están mucho tiempo besándose en la boca. Luego la toca por todas partes, incluso debajo de la ropa. Después le quita las bragas y se baja los calzoncillos, se pone uno de ésos, se echa encima de ella y al final moja. Y eso se ha inventado para que ella no se moje del todo de él. Y eso es lo que pasa cada noche en el monte de Tel Arza y eso es lo que pasa cada noche en todas las casas, hasta el marido de la maestra Sessmann le hace eso por la noche a la maestra Sessmann. Hasta vuestros padres. También los tuyos. Y los tuyos. Todos. Y eso le da mucho placer al cuerpo y te fortalece los músculos y te limpia la sangre.

Todos se han ido sin mí y mis padres tampoco están en casa. Estoy tumbado boca arriba en el suelo de cemento al fondo del patio, detrás de las cuerdas de tender la ropa, mirando lo que queda del día. El cemento está duro y frío bajo mi cuerpo en camiseta. Pienso, aunque no en profundidad, que todo lo que es duro y frío permanece duro y frío para siempre, y sólo lo que es blando y cálido es blando y cálido sólo momentáneamente. Por tanto, todo debe pasar al final al lado frío y duro, al lado donde no hay movimiento ni pensamiento ni sentimientos ni calidez. Para siempre.

Tumbado boca arriba. Los dedos encuentran una pequeña piedra y la meten en la boca, sabe a polvo y cal y a algo como salado pero no salado exactamente. La lengua toca pequeñas protuberancias y pequeños huecos, como si ese guijarro fuese un mundo como el nuestro, con montes y valles. ¿Y si nuestra bola del mundo, o incluso todo nuestro universo, no fuese más que un pequeño guijarro en el suelo de cemento de un patio de gigantes? ¿Qué pasaría si también los amigos de un niño enorme, tan enorme que es imposible imaginárselo, se hubieran burlado de él y se hubiesen ido sin él y el niño enorme sencillamente cogiera con los dedos nuestro universo y se lo metiera en la boca y empezara a tocarnos con la lengua? ¿Y si también él pensara que esa piedra que tiene en la boca es un universo completo, con vías lácteas, soles y cometas, y con niños, gatos y ropa tendida? Quién sabe, tal vez el universo de ese niño enorme, ese niño para el

que sólo somos un pequeño guijarro en su boca, sólo sea una piedra en el suelo del patio de un niño más enorme aún, y tanto él como su universo, y así hasta el infinito, como una muñeca rusa, un universo dentro de un guijarro dentro de un universo dentro de un guijarro, y puede que sea así tanto para lo grande como para lo pequeño. ¿Todo universo es un guijarro y todo guijarro es un universo? Hasta que se empieza a sentir un cierto mareo, y mientras tanto la lengua toca esa piedra como un caramelo y la propia lengua tiene ya cierto sabor a tiza. Denush, Elik, Uri, Lulik, Ami y toda La Mano Negra dentro de sesenta años estarán muertos, y después todo aquel que aún los recuerde morirá, y después también quien recuerde a quien recordaba que les recordaba. Los huesos se convertirán en piedras como la piedra que ahora está en la boca: tal vez también la piedra que ahora está en la boca sea de niños que murieron hace trillones de años. Niños que también fueron a buscar cosas de éstas al monte y entre los que también había uno del que se burlaron porque no tuvo el coraje de inflarlo y ponérselo. Y también le dejaron solo en su patio y también él se tumbó boca arriba y también él se metió en la boca una piedra que una vez fue un niño que una vez fue piedra. Qué mareo. Y entre tanto la piedra recibe algo de vida y ya no es del todo dura y fría, se ha vuelto húmeda y cálida e incluso comienza suavemente a devolver a la boca el cosquilleo que recibe de la punta de la lengua.

Detrás de los cipreses, detrás de la tapia de los Lemberg, han encendido de pronto una luz y desde aquí, desde esta posición, no se ve quién está en la habitación, la señora Lemberg, Shula o Eva, ni quién ha encendido la luz, pero se ve la corriente amarilla derramarse hacia fuera como un flujo de pegamento tan espeso que le cuesta derramarse, que le cuesta moverse de lo espeso que es, y que con gran dificultad se traza un camino perezoso, un camino de líquido viscoso, amarillo, turbio y lento que avanza como un denso lubricante a través de la tarde, azul grisácea ya, y al que el viento lame por un instante. Y cincuenta y cinco años después, sentado y escribiendo acerca de aquella tarde en el cuaderno, en la mesa de jardín de Arad, vuelve exactamente el mismo viento y de la ventana de los vecinos también aquí, esta tarde, sale un líquido amarillento de corriente eléctrica, espesa y perezosa como un viscoso lubricante conocido, conocido desde hace tiempo, parece que no hay sorpresas. Pero sí las hay. La tarde de la piedra en la boca en el patio de Jerusalén no ha venido a Arad para hacer recordar lo olvidado o para traer la emoción de la nostalgia, sino todo lo contrario: aquella tarde ha descendido para atacar a ésta. Es como una mujer que conociste hace tiempo, que ya no te hace ni fu ni fa, que siempre que os encontráis te dice más o menos lo mismo y que siempre te regala una sonrisa o como mucho te da las habituales palmaditas en el pecho, pero en esta ocasión, sorprendentemente, no, esta vez no, de repente alarga el brazo y te toca y te agarra de la camisa no de una forma delicada sino con las uñas con deseo y desesperación con los ojos cerrados con fuerza con un gesto como de dolor en la cara insiste no puede evitarlo no cede y ya no le importas y le da igual lo que te pase, si quieres o no quieres no le importa ahora no puede evitarlo ahora no puede más ahora alarga el brazo y su mano se clava en ti como un arpón de pescar y comienza a tirar y tira y te desgarras pero no es ella la que comienza a tirar ella sólo te clava las uñas y tú eres quien tira y escribe tira y escribe como un delfín que tiene la punta del arpón clavada en la carne y tira con todas sus fuerzas para escapar y tira y arrastra tras de sí con fuerza el arpón y con él la cuerda sujeta al arpón y arrastra también el reflector unido a la cuerda y arrastra también la barca de sus perseguidores a la que el reflector

está atornillado, tira y avanza, tira para escapar, tira y se revuelve en el agua, tira y se sumerge en las negras profundidades, tira y escribe y sigue tirando, si tira una sola vez más con toda la fuerza de su desesperación puede que se libere de lo que tiene clavado en la carne de lo que te desgarras y te traspasa y no cede, tiras y eso te desgarras la carne, tiras otra vez y eso se clava más y más y nunca podrás pagar con el mismo dolor a ese infortunio que va hundiéndose e hiriendo pues él es quien atrapa y tú el atrapado él es el arponero y tú el delfín él es quien da y tú quien toma él es aquella tarde en Jerusalén y tú estás en la tarde de ahora en Arad. Él es tus padres muertos y tú tiras y escribes.

Todos se han ido sin mí al monte Tel Arza y yo, que no he tenido el coraje de inflarlo, estoy tumbado boca arriba en el suelo de cemento al fondo del patio detrás de las cuerdas de tender la ropa. Veo cómo la luz del día va cediendo. Enseguida será de noche.

Una vez, desde la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones que tenía entre el armario y la pared, vi cómo mi abuela, la madre de mi madre, que vino a Jerusalén desde el barracón cubierto de tela asfáltica a la salida de Kiriath Motzkin, se enfadaba muchísimo con mi madre: la amenazó con la plancha, y echando chispas por los ojos le espetó cosas terribles en ruso o en polaco mezclado con yiddish. Ninguna de las dos se imaginaba que yo estaba acurrucado allí, conteniendo la respiración, observando, viéndolo y oyéndolo todo. Mi madre no contestó ni una palabra a las ensordecedoras imprecaciones de su madre, se sentó en la silla dura, esa silla sin tapicería y sin respaldo que estaba en un rincón de la habitación, se sentó bastante erguida, con las piernas estiradas y juntas y las dos manos inmóviles apoyadas en las piernas, también su mirada se dirigía a las piernas, como si todo dependiera de ellas. Parecía una niña reprendida, y cuando su madre le lanzó una pregunta envenenada tras otra, preguntas húmedas, bullentes de sonidos *zets shtzetz*, no contestó ni una palabra, tan sólo concentró aún más su mirada en las piernas. Ese silencio encolerizó a mi abuela mucho más que el anterior silencio de mi madre, y de repente, como si hubiera perdido completamente la cabeza, echando chispas por los ojos, con cara de loba furiosa, saliva en la comisura de los labios abiertos y los dientes afilados, mi abuela lanzó con fuerza, como para derribar la pared, la plancha caliente que tenía en la mano, dio una patada, tiró la tabla de planchar y salió dando tal portazo que todos los cristales de la ventana, así como el jarrón y las tazas, vibraron y tintinearón por todas partes.

Y mi madre, que no sabía que yo estaba observando, se levantó de pronto de la silla y empezó a castigarse a sí misma, se golpeó las mejillas, se arrancó cabellos, cogió una percha y se dio con ella en la cabeza y en la espalda hasta que se le saltaron las lágrimas, y también yo, dentro de la cueva entre la pared y el armario, empecé a llorar en silencio y a mordermelas con fuerza las manos hasta que unos dolorosos relojes quedaron marcados en ellas. Esa tarde comimos pescado relleno que mi abuela había traído del barracón con tela asfáltica que estaba al final de Kiriath Motzkin, pescado con salsa dulce y zanahorias dulces, y todos hablaron de los especuladores y del mercado negro, de la constructora Solel Boné, de la libre iniciativa y de la empresa textil Ata, y terminamos con una macedonia de fruta cocida que llamábamos compota, también la preparó mi abuela, la madre de mi madre, y también le salió dulce y empalagosa como el sirope. Mi otra abuela, la de Odesa, la abuela Shlomit, se terminó educadamente la compota, se limpió los labios con una servilleta blanca de papel, volvió a limpiarse con otra servilleta, sacó de su bolso de piel

repujada un pintalabios y un espejo de mano redondo y dorado y empezó a dibujarse el contorno de los labios; después, mientras volvía a introducir la rojiza erección canina del pintalabios en su vaina, le pareció conveniente comentar:

—¿Qué os voy a decir? Manjares más dulces que éstos no los he probado jamás en la vida. Al Señor del universo debe de gustarle mucho y por eso la baña en miel: hasta vuestro azúcar es mucho más dulce que el nuestro, aquí la sal es dulce, y la pimienta, y hasta la mostaza en Vohlynia sabe a mermelada, y hasta el *crein*, lo que llamáis rábanos, el vinagre, el ajo, las hierbas amargas, aquí todo es tan dulce que se podría endulzar al mismísimo ángel de la muerte.

Y de pronto se calló, como si de repente hubiese sentido miedo de la ira del ángel cuyo nombre había pronunciado en vano con peligrosa ligereza.

A lo que mi otra abuela, la madre de mi madre, reaccionó con una sonrisa amable, no una sonrisa polémica o maliciosa, sino una sonrisa bondadosa, inocente y pura como el canto de los ángeles, y a la queja de que su cocina era tan dulce como para endulzar con ella el vinagre, las hierbas amargas e incluso al ángel de la muerte, la abuela Ita respondió a la abuela Shlomit entonando cinco palabras:

—¡Pero no a ti, consuegra!

Aún no ha vuelto nadie del monte de Tel Arza y yo sigo aún boca arriba en el suelo de cemento que parece cada vez menos frío y duro. La luz de la tarde se está enfriando y volviéndose más gris sobre las puntas de los cipreses. Como si alguien estuviera cediendo allí, en las terribles alturas sobre las copas de los árboles, sobre los tejados y sobre todo lo que se mueve en la calle, en los patios traseros y en las cocinas, por encima del olor a polvo, repollo y basura, por encima del canto de los pájaros, a una distancia similar a la que media entre el cielo y la tierra, por encima de las oraciones lacrimógenas que llegan a retazos desde la sinagoga del final de la calle.

Alto, diáfano e indiferente se va expandiendo ahora sobre los calentadores de agua y la ropa tendida en las azoteas y sobre la chatarra y los gatos callejeros y sobre la nostalgia y sobre los cobertizos de uralita de los patios y sobre las intrigas y las tortillas y las mentiras y los cestos de ropa sucia y los panfletos pegados por los miembros de la resistencia y sobre la remolacha en vinagre y los jardines abandonados y los restos de árboles de la época en que aquí había un campo de frutales, y ahora se va alargando y se va extendiendo y crea la calma de una tarde igualmente diáfana, va creando la paz en las alturas sobre los cubos de basura y sobre las notas vacilantes, angustiosas, de un piano que, una y otra vez, intenta tocar una niña no muy guapa, Menujele Schtich, esa Menujele a la que nosotros llamábamos Nemujele, «pequeñaja», que en vano se esfuerza sin descanso en hacer una sencilla escala, y una y otra vez tropieza, y siempre en el mismo punto, tropieza y tropieza y vuelve a intentarlo. Y un pájaro, a su lado, le responde siempre con las cinco primeras notas de *Para Elisa*, de Beethoven. Un cielo vacío y extenso de un horizonte a otro al final de un día caluroso de verano. Hay tres nubes pluma y dos aves oscuras. El sol ya se ha puesto por detrás de los muros del campo Schneller, pero el firmamento no ha renunciado al sol, se ha agarrado a él con las uñas hasta conseguir arrancarle su estela de colores y ahora está probando su botín, utiliza dos o tres nubes pluma como maniqués, las cubre con un vestido de luz, las desnuda y comprueba cómo le sientan las gargantillas de resplandores verdosos, la camisa de rayas con destellos anaranjados y un brillo violeta azulado, y cómo

serpentean como láminas de plata fragmentadas que se agitan como líneas rotas que trazara bajo el agua un rápido banco de peces. Y también hay destellos de rosa violáceo y verde limón, y se desnuda y se pone un manto de gloria rojizo del que se van vertiendo ríos completos de resplandor púrpura pálido, y al cabo de un rato se lo quita y se pone otra capa del tono de la carne viva, y esa carne de pronto está perforada, herida y marcada con cuatro enormes moratones y sus bordes oscuros van desapareciendo entre los pliegues del terciopelo negro, ahora ya no es alto sobre alto sino al contrario, profundo sobre profundo, como un valle tenebroso que se va abriendo en los firmamentos, como si ya no estuvieran arriba y el que está tumbado boca arriba estuviera debajo sino al revés, todo el firmamento es un abismo y el que está tumbado boca arriba ya no está tumbado sino flotando y se precipita rápidamente y cae como una piedra al fondo de terciopelo. Jamás olvidarás aquella tarde: tienes sólo seis años o como mucho seis y medio, pero por primera vez en tu pequeña vida has descubierto algo inmenso y terrible, algo serio, grave, severo, algo que se extiende desde el infinito hasta el infinito y viene a ti y es gigantesco y mudo y penetra y te abre de pronto, te abre de tal modo que también tú por un instante eres más ancho y profundo que tú mismo, y con una voz que no es tu voz pero que a lo mejor es la voz que tendrás dentro de treinta o cuarenta años, con una voz donde no hay risa ni frivolidad, te ordena que no olvides nunca ni el más mínimo detalle de esa tarde: recuerda y conserva su olor recuerda su cuerpo y su luz recuerda sus pájaros las notas del piano el graznido de los cuervos y todas las rarezas del cielo que ocurrieron ante tus ojos de un horizonte a otro y todo en tu honor y todo únicamente destinado a ti. Y no olvides nunca a Denush ni a Ami ni a Lulik ni a las chicas con los soldados en el monte ni lo que le dijo tu abuela a tu otra abuela ni el pescado dulce que flotaba, muerto y condimentado, en salsa de zanahoria. No olvides nunca las rugosidades de la piedra húmeda, ha pasado más de medio siglo desde que estuvo en tu boca pero el eco de su sabor gris, un sabor a tiza con algo de cal y algo de sal aún parece gritar en la punta de tu lengua. Y no olvides nunca todos los pensamientos de aquella piedra, un universo dentro de un universo dentro de un universo. Recuerda el vértigo del tiempo-dentro-del-tiempo-dentro-del-tiempo y los ejércitos celestes que prueban mezclan y hieren los innumerables colores de la luz después de la puesta de sol, amaranto y celeste y amarillo oro y resplandor y púrpura y escarlata y carmesí y azul y oro y rojo con chorros de sangre y por encima de todo va descendiendo lentamente un azul grisáceo opaco e intenso cuyo color era el color del silencio y cuyo olor era el olor de las notas del piano repitiéndose y repitiéndose en vano una y otra vez como subiendo y tropezando subiendo y tropezando en una escalera rota, y un pájaro responde con las cinco notas que abren *Para Elisa*:
Ti da di da di.

34

Mi padre tenía debilidad por lo sublime, mientras que a mi madre le fascinaban la melancolía de la resignación y la nostalgia. Mi padre sentía una ferviente admiración por Abraham Lincoln, Louis Pasteur y los discursos de Churchill, «sangre, sudor y lágrimas», «nunca tantos han debido tanto», «lucharemos por las costas». Mi madre se identificaba con una ligera sonrisa con los versos de Rahel, «no te he cantado, tierra mía, ni he ensalzado tu nombre con hechos heroicos, sólo un camino han conquistado mis pies...». Mi padre se enfervorizaba de repente junto al fregadero y empezaba a declamar con gran *pathos*, sin previo aviso: «Y en la tierra se levantará una generación,/ sus grilletes de hierro serán eliminados/ y los ojos verán la luz», y a veces también: «¡Yodfat, Masada,/ Beitar cautiva/ se levantarán con fuerza y grandeza!/ Hebreo –noble también en la pobreza,/ esclavo y errante/ de estirpe real,/ con la corona de David será laureado». Cuando estaba de buen humor, empezaba a bramar con unos gorgoritos que asustaban a los muertos: «¡Oh, tierra mía, patria mía, monte pedregoso y ralo!», hasta que mi madre tenía que recordarle que los vecinos, los Lemberg, y hasta los Bijovsky y los Rosendorf, estarían oyendo su recital y chupándose los dedos, y entonces mi padre se desanimaba, se callaba al instante, avergonzado y ofendido, y sonreía confuso como si le hubiesen pillado robando golosinas.

A mi madre le gustaba pasar la tarde sentada en una esquina de la cama que estaba disfrazada de sofá, con los pies desnudos ocultos debajo de los muslos, la espalda arqueada y la cabeza inclinada sobre el libro que tenía en las rodillas, se pasaba horas perdida por los deshojados senderos otoñales de los relatos de Turguenev, Chéjov, Iwaszkiewicz, André Malraux y Gnessin.

Los dos llegaron a Jerusalén directamente desde los paisajes del siglo XIX: mi padre creció con una dieta concentrada de romanticismo nacionalista-teatral, un romanticismo sanguíneo y batallador: la primavera de los pueblos, el *Sturm und Drang*, sobre cuyas colinas de mazapán se derramó, como un chorro de champán, algo de la locura viril de Nietzsche. Mientras que mi madre vivió siguiendo un canon romántico diferente, un menú introvertido, melancólico, infecundo, menor, sazonado con el dolor de solitarios con el corazón roto y sentimientos desgarrados, lleno de opacos aromas otoñales de decadencia y de «el ocaso del siglo».

El barrio de Kerem Abraham, con sus vendedores ambulantes, sus tenderos, sus pequeños comercios y sus comerciantes hablando yiddish, con sus ultraortodoxos entonando cánticos sinagogales, su pequeña burguesía desplazada, sus excéntricos intelectuales revolucionarios, no tenía nada que ver con ella ni con él. En casa flotaba siempre el incierto sueño de ir a vivir a un barrio más civilizado, a Bet Hakerem, por ejemplo, o a Kiriath Shmuel, o a Talpiot o Rehavia: no de inmediato, algún día, en el futuro, cuando se pudiese, cuando ahorrásemos un poco, cuando el

niño creciera un poco, cuando mi padre consiguiese abrirse paso en su carrera académica, cuando mi madre tuviese un puesto fijo en la enseñanza, cuando mejorase la situación, cuando el país progresase, cuando se fueran los ingleses, cuando se creara el Estado hebreo, cuando se supiese lo que iba a pasar, cuando por fin las cosas nos resultasen algo más fáciles.

«Allí, en la amada tierra de los antepasados», cantaban mis padres en su juventud, ella en Rovno y él en Odesa y Vilna, y del mismo modo cantaban miles de jóvenes más en la Europa del Este en las primeras décadas del siglo XX, «allí, en la amada tierra de los antepasados/ se cumplirán todas las esperanzas,/ allí viviremos y allí crearemos/ una vida pura, una vida libre».

¿Pero cuáles eran todas las esperanzas? ¿Qué tipo de vida pura y libre esperaban encontrar mis padres aquí?

De una forma vaga, tal vez creían que en el Eretz Israel que se estaba renovando iban a encontrar un lugar algo menos judío-burgués y más europeo-moderno; menos vulgar-material y más espiritual; menos febril-charlatán y más sensato, tranquilo y moderado.

Mi madre soñaba tal vez con llevar una vida de maestra de pueblo refinada y culta que, en sus horas libres, escribe poemas líricos e incluso relatos llenos de sentimientos velados. Creo que esperaba establecer contactos cordiales y tranquilos, relaciones emotivas y sinceras con buenos artistas, y así poderse deshacer por fin de las garras del griterío depredador de su madre y librarse de una vez por todas de la asfixia del puritanismo enmohecido, del mal gusto y del vil materialismo que al parecer estaban tan extendidos en los lugares de donde venía.

Mi padre, por su parte, se veía a sí mismo como alguien que algún día sería aquí, en Jerusalén, un culto investigador original, un enérgico pionero de la renovación del humanismo hebreo, un digno heredero del profesor Yosef Klausner, un valiente oficial del ejército intelectual de los hijos de la luz en lucha con los hijos de las tinieblas, un merecido sucesor del largo y glorioso linaje de investigadores que se iniciaba con el tío Yosef, que no tenía hijos, y continuaría con su sobrino, que le era fiel como un hijo. Al igual que su célebre tío, y seguramente influenciado por él, mi padre llegó a leer en dieciséis o diecisiete idiomas. Estudió en las Universidades de Vilna y Jerusalén y, cuando tenía unos cincuenta años, presentó en la Universidad de Londres su tesis doctoral, dedicada a la vida y la obra de Y. L. Peretz. Los vecinos y desconocidos siempre se dirigían a él llamándole «señor doctor» o «disculpe, señor doctor Klausner», pero fue poco antes de cumplir cincuenta años cuando consiguió ser doctor de verdad, y nada más y nada menos que por la Universidad de Londres. También estudió, sobre todo de forma autodidacta, historia antigua, historia moderna, historia de la literatura, filología hebrea y filología general, estudios bíblicos y judaicos, arqueología, literatura medieval, algo de filosofía, estudios eslavos y románicos e historia del Renacimiento: con todo ese bagaje, debería haber sido ayudante y profesor interino y profesor titular y catedrático y emérito e investigador de vanguardia, y también debería haberse sentado a la cabecera de la mesa cada sábado por la tarde y emitido, como su venerado tío, un monólogo tras otro ante sus fieles y devotos admiradores.

Pero no le quisieron: aquí nadie tenía interés por él ni por su gran sabiduría. Tal vez porque a su tío le espantaba pensar lo que habrían dicho sus enemigos de la universidad si no le hubiera avergonzado nombrar a su sobrino su sucesor y su mano derecha, tal vez porque otros candidatos eran mejores que mi padre, tal vez porque mi padre nunca supo abrirse camino a codazos y tal vez por ninguna razón, simplemente porque entonces sólo había una universidad pequeña en todo el país y sólo había un puñado de alumnos en un modesto departamento de literatura hebrea, en una

época en que docenas de profesores refugiados luchaban por cualquier mísero puesto de ayudante a tiempo parcial, todos titulados todos hambrientos y desesperados todos expertos en toda la sabiduría del mundo. Y además, la mayoría tenían títulos de universidades alemanas mucho más prestigiosas que la de Vilna.

Por tanto, Trepliov se vio obligado a ir tirando con dificultad con el sueldo de un humilde bibliotecario de la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, y a escribir por las noches, con las fuerzas que le quedaban, sus libros sobre historia de la novela e historia de la literatura, mientras su hija de la gaviota^[14] se pasaba el día en el semisótano, cocinando, lavando, limpiando, horneando pan y cuidando del niño enfermizo, y cuando no leía novelas se levantaba y miraba por la ventana con un vaso de té frío en la mano. Y, si tenía la oportunidad, daba alguna clase particular.

Era hijo único, y los dos echaron todo el peso de su desilusión sobre mis pequeños hombros: lo primero de todo, tenía que comer bien y dormir mucho y lavarme a fondo y sin contemplaciones porque así habría más posibilidades de crecer, impresionar y hacer realidad por fin alguna de las promesas de juventud en las que mis padres habían creído. Esperaban de mí que aprendiese a leer y a escribir antes de empezar el colegio: competían entre ellos con incentivos y regalos a cambio de que aprendiese las letras (que incluso sin regalos ni incentivos me fascinaron y se me mostraron con facilidad, como espontáneamente). Y cuando empecé a leer, a los cinco años más o menos, los dos se preocuparon de darme menús de lectura sabrosos pero también nutritivos y ricos en vitaminas culturales.

Con frecuencia me hacían participar en conversaciones sobre temas en los que en otras casas no intervenían los niños. Mi madre me colmaba de cuentos de magos, duendes de la noche, diablillos, cabañas encantadas en medio de un bosque, pero también hablaba conmigo con serenidad de actos criminales, de sentimientos, de la vida y el sufrimiento de los artistas geniales, de las enfermedades mentales y de la vida interior de los animales («Si observas bien, podrás ver que cada persona tiene algún rasgo destacado que la asemeja a alguna criatura, a un gato, un oso, un zorro o un cerdo. También en la forma de la cara y en la complexión del cuerpo se ve en cada persona a su animal afín»). Mientras que mi padre me iniciaba en los secretos del sistema solar, la circulación sanguínea, el *Libro blanco* británico, la evolución, la extraordinaria vida de Herzl, las aventuras de Don Quijote, la historia de la escritura y la imprenta y los fundamentos del sionismo («En la diáspora, la vida de los judíos fue muy penosa, aquí, en Eretz Israel, todavía no nos resulta fácil, pero pronto se creará el Estado hebreo y todo será bueno y fresco. El mundo entero vendrá a admirar todo lo que el pueblo judío está haciendo aquí»).

Mis padres, mi abuelo y mi abuela, entrañables amigos de la familia, buenos vecinos, tías acicaladas rebosantes de abrazos de oso y rezumantes de besos grasientos, todos se quedaban admirados de cada palabra que salía de mi boca: el niño es extraordinariamente inteligente, el niño es original, el niño es sensible, el niño es tan especial, el niño está muy desarrollado para su edad, el niño es un filósofo, el niño lo comprende todo, el niño tiene ojos de artista.

Yo, por mi parte, me admiraba tanto de su admiración que a la fuerza me llenaba de admiración por mí mismo: ellos son adultos, es decir, criaturas que lo saben todo y siempre tienen razón, y todos dicen siempre que soy muy inteligente, por tanto lo soy. Todos dicen que soy muy

interesante, y por supuesto también en eso estoy de acuerdo con ellos. Y que soy un niño sensible y creativo y también un poco así y un poco asá (las dos cosas en alguna lengua extranjera), y a pesar de todo, un niño original y desarrollado e inteligente y racional y también un cielo y etcétera, etcétera.

Al estar lleno de veneración hacia el mundo de los adultos y los valores del orden establecido, y al no tener hermanos ni hermanas o amigos que contrapesasen un poco el culto a la personalidad que me rodeaba, me vi obligado a unirme, con modestia pero con serenidad, a la opinión general que los adultos tenían de mí.

Y así, sin darme cuenta, a los cuatro o cinco años me convertí en un pequeño arrogante de cuya soberbia sus padres y todo el mundo adulto habían dado amplias garantías y un generoso crédito.

En las noches de invierno charlábamos los tres alrededor de la mesa de la cocina después de cenar. Hablábamos en voz baja, porque la cocina era estrecha y baja como una celda, y sin interrumpir nunca al otro (mi padre lo consideraba una condición necesaria para cualquier conversación). Charlábamos, por ejemplo, de cómo un ciego o un extraterrestre podían percibir nuestro mundo. Puede que básicamente todos nos pareciésemos a un alienígena ciego. Hablábamos de los niños chinos e hindúes, de los niños beduinos y de los campesinos árabes, de los niños del gueto, de los niños de los inmigrantes ilegales, y también de los niños de los kibbutzim, que no pertenecían a sus padres sino que ya a mi edad empezaban a vivir una vida comunitaria autónoma de la que ellos mismos eran responsables, limpiaban por turnos sus habitaciones y decidían por sí mismos, por votación, a qué hora apagaban la luz y se iban todos a dormir.

Una pálida luz amarillenta reinaba incluso de día en la angosta cocina. Fuera, en la calle, que se quedaba siempre vacía antes de las ocho de la tarde, por el toque de queda impuesto por los británicos o por costumbre, en las noches de invierno silbaba un viento famélico. El viento atormentaba las tapas de los cubos de basura que estaban junto a las puertas de las casas, espantaba a los cipreses negros y a los perros callejeros y ponía a prueba con sus dedos negros los barreños metálicos que colgaban de las barandillas de los balcones. A veces el eco de un disparo lejano o el tenue sonido de una explosión llegaba hasta nosotros desde la densa oscuridad.

Después de la cena nos levantábamos y nos poníamos en fila, como en formación, mi padre, después mi madre y después yo, de cara a la pared, negra a causa del infiernillo, y de espaldas a la cocina: mi padre se inclinaba sobre la pila, fregaba y aclaraba un cacharro tras otro y los iba poniendo con cuidado en el escurrerplatos, de donde mi madre iba cogiendo los platos goteantes y los vasos mojados, los secaba y los ponía en su sitio. La tarea de secar los tenedores, las cucharas y las cucharillas me tocaba a mí, y también los colocaba y los metía yo solo en el cajón. Cuando cumplí unos seis años me dejaron secar también los cuchillos de mesa, pero de ninguna manera el cuchillo del pan, ni los cuchillos de las verduras y de la carne.

No les bastaba con que fuera inteligente, racional, bueno, sensible, creativo y un filósofo con ojos soñadores de artista, además de todo eso debía ser vidente y adivino, un oráculo familiar, un soñador asalariado, el profeta del patio: por todos es sabido que los niños aún están cerca de la naturaleza, del seno mágico de la creación, no están corrompidos por la mentira ni envenenados por el interés.

Y por tanto me tocaba también hacer el papel de la pitonisa de Delfos o el personaje del santón loco: mientras yo trepaba al tísico granado del patio o corría de pared a pared sin pisar las líneas de las baldosas, me llamaban para que les mandara a ellos y a sus invitados una señal desde las alturas que les ayudara a zanjar la discusión y decidir si ir o no ir a visitar a unos amigos al kibbutz Kiriath Anavim, si comprar o no comprar (en diez plazos) una mesa marrón redonda y cuatro sillas, si poner o no en peligro la vida de los supervivientes en los endeble barcos de los emigrantes clandestinos, si invitar o no al matrimonio Rodnitzky a la cena de Shabbat.

Mi función era expresar algún razonamiento complejo y nebuloso impropio de mi edad, alguna frase vaga formada por retazos de ideas que les había oído alguna vez a los mayores y que había mezclado y removido bien, algo ambiguo, algo abierto a todo tipo de interpretaciones. Era deseable que mis ocurrencias incluyeran alguna comparación enigmática, y me convenía que aparecieran las palabras «en la vida». Algo más o menos así: «Todo viaje es como abrir un cajón». «En la vida hay mañana y hay tarde, hay verano y hay invierno». «Hacer pequeñas concesiones es como no pisar a las pequeñas criaturas».

Mis padres no cabían en sí de gozo al oír esas frases, les brillaban los ojos, «de boca de los chicos y los niños de pecho se obtiene el coraje», y daban vueltas y vueltas a esos balbuceos oscuros, infinitas caras tiene la Torá, y descubrían en ellos, como en un oráculo, la esencia oculta, profunda y desconocida de la propia naturaleza.

Mi madre me apretaba cálidamente contra su pecho después de esos aforismos que yo debía repetir, o inventar otros similares, en presencia de familiares sorprendidos o de invitados atónitos. Enseguida aprendí a producir oscuras ocurrencias de éstas en serie, de acuerdo con los deseos y los gustos de los exaltados consumidores. Y así obtenía no una sino tres satisfacciones por cada profecía. La primera satisfacción: ver a todo mi público pendiente de mis palabras, esperando con respeto lo que saliera de mi boca y sumiéndose al instante en misteriosas interpretaciones, ¿qué habrá querido decir el poeta? La segunda satisfacción: el vértigo de mi sabiduría salomónica, mi posición como autoridad suprema entre los mayores («¿No has oído lo que nos ha dicho sobre el secreto de las pequeñas concesiones? ¿Aún sigues empeñado en no ir mañana a Kiriath Anavim?»). Y la tercera satisfacción era la más secreta e importante de todas: mi generosidad. Para mí no existía en el mundo un placer comparable a la satisfacción de dar, al gozo de regalar. A ellos, a los mayores, les faltaba algo y sólo yo era capaz de procurarles lo que les faltaba. Ellos estaban sedientos y yo les saciaba. Ellos necesitaban y yo les proveía. ¡Menos mal que había nacido! ¿Qué habrían hecho sin mí?

35

De hecho yo resultaba un niño muy cómodo: era obediente, aplicado, inconscientemente respetuoso con el orden social establecido (mi madre y yo estábamos subordinados a mi padre, mi padre besaba el suelo que pisaba el tío Yosef, y el propio tío Yosef –a pesar de su manifiesta oposición– obedecía como todos las órdenes de Ben Gurión y de las instituciones oficiales). Además, buscaba sin descanso el elogio de los adultos, de mis padres y sus invitados, de las tías, los vecinos y los conocidos.

A pesar de todo, una de las representaciones más demandadas del repertorio familiar, una comedia popular con una trama fija, giraba en torno a una transgresión tras la cual era necesaria una seria conversación para aclarar las cosas, seguida de un castigo ejemplar. Después del castigo llegaba el remordimiento, el arrepentimiento, el indulto, la reducción de la mitad o de casi toda la pena y, como desenlace, una escena lacrimógena y estremecedora de perdón y reconciliación, acompañada de abrazos y mutua compasión.

Un día, movido por el deseo de saber, vierto pimienta negra, supongamos, en el café de mi madre.

Mi madre da un sorbo al café. Se ahoga. Escupe en la servilleta. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Ya estoy profundamente arrepentido, pero me callo: sé muy bien que es a mi padre a quien le toca replicar.

Mi padre, en su papel de investigador imparcial, se inclina y prueba con cuidado el café de mi madre. Puede que sólo se moje los labios. Al instante diagnostica:

–Alguien se ha dignado a especiarte un poco el café. Alguien ha echado pimienta. Me temo que ha sido obra de alguna importante personalidad.

Silencio. Con educación cojo una cucharada de sémola de mi plato y me la llevo a la boca, me limpio los labios con la servilleta, espero un poco y me vuelvo a comer otras dos o tres cucharadas más: poco a poco. Bien erguido. Como siguiendo al pie de la letra un libro de protocolo. Hoy me terminaré toda la sémola. Como un niño modélico. Hasta que brille el plato.

Mientras tanto, mi padre continúa inmerso en sus pensamientos, como si trazara ante nosotros unos bosquejos de los misterios de la química. No me mira. Le habla única y exclusivamente a mi madre. O a sí mismo:

–¡Podía haber ocurrido una desgracia! ¡Como todo el mundo sabe, existen no pocas sustancias que, aunque por separado son completamente inofensivas y comestibles, mezcladas pueden poner en peligro la vida de quien las ingiere! Quien ha puesto hoy en el café lo que ha puesto podía haber hecho cualquier otra mezcla. ¿Y entonces? Envenenamiento. Hospital. Incluso peligro de

muerte.

Un silencio mortal reina en la cocina. Como si la desgracia ya hubiese ocurrido.

Mi madre, sin darse cuenta, aparta con el dorso de la mano el vaso envenenado.

—¿Y entonces? —añade mi padre pensativo, moviendo la cabeza varias veces de arriba abajo, como si supiera muy bien lo que ha estado a punto de pasar, pero evitando razonablemente llamar al horror por su nombre.

Silencio.

—Propongo, por tanto, que quien haya hecho esta travesura, seguramente por error, seguramente sólo como una broma de mal gusto, demuestre ahora su valor y se levante de inmediato. ¡Para que todos sepamos que, si ya tenemos en casa a un insensato, al menos no tenemos a un evidente cobarde! ¡Al menos no a una persona carente de honestidad y amor propio!

Silencio.

Ha llegado mi turno.

Entonces me levanto y digo en tono adulto y con la misma inflexión de voz que mi padre:

—He sido yo. Lo siento. Ha sido una evidente estupidez. No volverá a pasar.

—¿No?

—Por supuesto que no.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—La confesión, el arrepentimiento y la promesa nos llevan a la reducción del castigo. Por esta vez nos conformaremos con que te dignes a tomártelo. Sí. Ahora. Por favor.

—¿El qué? ¿El café? ¿Con la pimienta negra?

—Así es.

—¿Qué? ¿Que me lo beba?

—Por favor.

Pero tras el primer sorbo titubeante interviene mi madre. Propone que baste con eso: no hay que exagerar. El niño tiene un estómago muy sensible. Y seguro que ya ha aprendido la lección.

Mi padre no oye su propuesta. O simula que no la oye. Pregunta:

—¿Qué le parece a Su Alteza su bebida? Sabe a gloria, ¿no?

Hago una mueca de desesperación fruto de las náuseas. Mi rostro expresa tormento, arrepentimiento, tristeza conmovedora. Entonces mi padre sentencia:

—Bueno, está bien. Basta. Por esta vez nos conformaremos con esto. Su Excelencia ya lo ha reconocido. ¿Por qué no damos por zanjado el asunto y que no se repita más? E incluso podemos sellarlo con una onza de chocolate, para pasar el mal sabor anterior. Después, si quieres, podemos sentarnos juntos al escritorio y clasificar algunos sellos nuevos. ¿Vale?

A cada uno de nosotros le gustaba mucho su papel en la comedia: a mi padre le agradaba interpretar a un dios vengativo y rencoroso que castigaba los pecados, una especie de Todopoderoso casero furibundo y atronador, pero también misericordioso y piadoso, paciente y bueno.

Pero a veces le inundaba una ola ciega de auténtica furia, no de ira teatral (sobre todo si yo hacía algo que pudiera ponerme en peligro), y entonces, sin ningún ensayo previo, me propinaba

dos o tres bofetadas asombrosamente rápidas.

Algunas veces, después de jugar con un enchufe o subirme a lo alto de un árbol, me ordenaba bajarme los pantalones y preparar el trasero (a lo que él denominaba única y exclusivamente «¡las posaderas, por favor!»), levantaba sin piedad su cinturón y me propinaba seis o siete correazos abrasadores que desgarraban la piel y destrozaban el corazón.

Pero normalmente los enfados de mi padre no se manifestaban con pogromos sino que se cubrían con el venenoso y sarcástico manto de unos distinguidos modales cortesanos:

–Su Alteza se ha vuelto a dignar esta tarde a llenarnos de barro el pasillo: al parecer es una deshonra para Su Eminencia limpiarse los zapatos a la entrada, como nosotros, el populacho, le pedimos que haga los días de lluvia. Pero esta vez me temo que Su Excelencia deberá bajar un poco de su trono y limpiar con sus delicadas manos las huellas de sus reales pisadas. Y después Su Eminencia se dignará a encerrarse durante una hora a oscuras en el cuarto de baño, así tendrá tiempo de reflexionar sobre sus actos, sopesar sus acciones y meditar sobre su conducta en el futuro.

Mi madre protestaba contra un castigo tan severo:

–Media hora es suficiente. Y nada de a oscuras. ¿Qué te pasa? ¿También le vas a prohibir respirar?

Mi padre decía:

–Por suerte, Su Alteza siempre tiene un ferviente e incondicional defensor.

Y mi madre:

–Si en esta casa se castigara también la falta de sentido del humor... –pero nunca terminaba ese tipo de frases.

Pasado un cuarto de hora llegaba el momento de la escena final: mi padre en persona venía a sacarme del baño, me daba un abrazo rápido y desconcertado y murmuraba una especie de disculpa:

–Sé perfectamente que por supuesto lo del barro no ha sido a propósito sino por un evidente despiste. Y tú sabes perfectamente que te hemos castigado única y exclusivamente por tu bien: para que no te conviertas tú también en una especie de profesor despistado.

Lo miraba directamente a los ojos castaños, ingenuos y algo avergonzados, y le prometía que desde ese momento siempre tendría cuidado de limpiarme los zapatos a la entrada. Además, mi papel fijo en la función era decir en ese momento, con una expresión seria y demasiado adulta para mi edad y con frases tomadas directamente del arsenal de mi padre, que yo, por supuesto y sin ningún género de duda, comprendía que el castigo era única y exclusivamente por mi bien. Mi guión incluía dirigirme a mi madre, pedirle que no se apresurara tanto en apiadarse de mí porque, por supuesto, yo aceptaba las consecuencias y estaba absolutamente dispuesto a soportar el castigo que merecía. Aunque fueran dos horas en el cuarto de baño. Aunque fuera a oscuras. No me importaba.

Y de verdad no me importaba, porque entre la soledad del castigo en el cuarto de baño, encerrado con llave por fuera, y mi soledad habitual, en mi habitación, en el patio o en la guardería, apenas había diferencia: la mayor parte de mi infancia la pasé solo, sin hermanos y casi sin amigos.

Un puñado de bastoncillos, dos pastillas de jabón, tres cepillos de dientes y un tubo medio

vacío de pasta, junto con un cepillo del pelo, cinco horquillas de mi madre, el neceser con las cosas de afeitarse de mi padre, un taburete, la caja de aspirinas, esparadrapo y un rollo de papel higiénico me bastaban para un día entero de guerras, viajes, grandes construcciones y aventuras remotas en las cuales yo era, alternativamente, Su Alteza, siervo de Su Alteza, cazador, presa, acusado, adivino, juez, marinero e ingeniero abriendo el canal de Panamá y el canal de Suez a través de tortuosos caminos de montaña para unir todos los mares y lagos del estrecho cuarto de baño y mandar de un extremo al otro del mundo navíos mercantes, submarinos, buques de guerra, barcos piratas, pesqueros, balleneros y carabelas de descubridores de islas y continentes remotos donde nadie había puesto el pie.

Y si me condenaban también a la oscuridad de las mazmorras, no me asustaba: bajaba la tapa del váter a oscuras, me sentaba encima y hacía todas mis guerras y mis viajes con las manos vacías. Sin pastillas de jabón, sin peines, sin horquillas y sin moverme. Sentado con los ojos cerrados, encendía dentro de mi mente cuantas luces deseaba, dejando fuera la oscuridad mientras el interior de mi cabeza se iluminaba con una valiosa luz.

Podría decirse que me gustaban esos castigos a la soledad y el aislamiento. «Quien no necesita al prójimo», decía mi padre citando a Aristóteles, «es un animal o un dios». Y a mí, durante largas horas, me agradaba ser tanto una cosa como la otra. No me importaba.

Cuando mi padre se burlaba de mí llamándome Su Alteza o Su Excelencia, no me sentía ofendido. Todo lo contrario: en el fondo estaba de acuerdo con él. Adopté esos títulos y los hice míos. Pero no decía nada. No le daba ninguna muestra de mi satisfacción. Era como un rey desterrado que consigue cruzar clandestinamente la frontera, infiltrarse en su ciudad y caminar por las calles disfrazado de una persona normal y corriente. Entonces uno de los súbditos, sorprendido, me reconoce de pronto, se postra ante mí y me llama Su Alteza, en la cola del autobús o en medio de la multitud en la plaza, pero yo no hago caso de la reverencia ni del tratamiento. No me doy por aludido. Puede que haya decidido actuar así porque mi madre me enseñó que a los auténticos reyes y nobles se les reconoce por el desprecio que aparentemente muestran hacia sus títulos y porque saben que su dignidad les obliga a comportarse con la gente sencilla con sencillez y modestia, como uno de ellos.

Y no sólo como uno de ellos, también como una persona complaciente que se esfuerza por ser amable y cumplir los deseos de sus súbditos: ¿que al parecer les agrada vestirme y calzarme?, que lo hagan: con mucho gusto les acerco mis cuatro extremidades. ¿Que al cabo del tiempo de repente cambian sus gustos? ¿Que ahora prefieren que me vista y me calce sin su ayuda? Con gran placer me deslizo entonces por mí mismo en mis ropas disfrutando con su indecisa fluctuación, a veces me confundo con los botones o les pido amablemente que me ayuden a atarme los cordones de los zapatos.

Casi se pelean por el derecho a arrodillarse a los pies del pequeño rey y atarle los cordones, porque él suele recompensar a sus súbditos con un abrazo. Ningún otro niño sabe mejor que él cómo agradecerles sus servicios con gran pompa. Una vez incluso les promete a sus padres (que se miran el uno al otro con los ojos empañados de orgullo y felicidad, acariciándole y derritiéndose en silencio) que algún día, cuando sean tan mayores como el vecino, el señor Lemberg, él les atará los cordones de los zapatos y les abotonará la camisa, a cambio de todas las

cosas buenas que ellos hacen siempre por él.

¿Les gusta cepillarme el pelo? ¿O explicarme cómo se mueve la luna? ¿Enseñarme a contar hasta cien? ¿Ponerme un jersey encima de otro? ¿O incluso hacerme tragar todos los días una cucharada de aceite de hígado de bacalao repugnante? Con mucho gusto les dejo que me hagan todo lo que les apetezca, que se diviertan conmigo de todas las formas que se les ocurran, yo disfruto del continuo placer que mi pequeña existencia les causa. El aceite de hígado de bacalao, por ejemplo, me da náuseas, con mucho esfuerzo consigo no echar la primera papilla aun antes de que mis labios hayan rozado ese líquido detestable, pero precisamente por eso me gusta olvidar el asco que me da y bebérmelo todo de un trago, e incluso agradecerles que se preocupen porque crezca sano y fuerte. E incluso disfrutar de su asombro: ¡Es evidente que no es un niño normal! ¡Este niño es muy especial!

Y así la expresión «niño normal» se ha convertido para mí en algo aún peor que el desprecio: es mejor crecer como un perro callejero, es mejor estar tullido o ser retrasado mental, es mejor incluso ser una chica, con tal de no ser de ninguna manera «un niño normal» como todos y seguir siendo siempre y a cualquier precio «¡muy, muy especial!» o «¡un niño fuera de lo normal!».

Puesto que no tengo hermanos, puesto que desde mi más tierna infancia mis padres han hecho con total entrega el papel de público admirador, no me queda más remedio que subir al escenario, ocuparlo por completo yo solo y cautivar al auditorio. Y así, a los tres o cuatro años, si no antes, ya soy una obra con un único actor. Un monodrama. Un espectáculo sin descanso. Una estrella solitaria obligada constantemente a improvisar a fascinar a emocionar a maravillar y a divertir a su público. De la mañana a la noche debo ser el centro de atención. Si vamos el sábado por la mañana a visitar a Mala y Stashek Rodnitzky, a la calle Chancellor esquina con Haneviim, por el camino me recuerdan que de ninguna manera, pero de ninguna manera, debo olvidar que el tío Stashek y la tía Mala no tienen hijos y es muy triste para ellos no tener hijos, por tanto debo procurar alegrarles, y que por nada del mundo se me ocurra preguntarles, por ejemplo, cuándo van a tener un niño. En resumen, que debo comportarme de un modo ejemplar: los tíos tienen desde hace tiempo una buena opinión de mí, una muy buena opinión, por lo que no debo hacer nada, pero nada de nada, que pueda estropear la buena opinión que tienen de mí.

Efectivamente, la tía Mala y el tío Stashek no tienen hijos, pero en compensación tienen dos gatos de angora con mucho pelo, perezosos, gordos, de ojos azules, que se llaman Chopin y Schopenhauer, como el compositor y el filósofo (entonces, mientras subimos la enorme cuesta de la calle Chancellor, se me dan dos breves explicaciones, Chopin por parte de mi madre y Schopenhauer por parte de mi padre. Cada una de esas explicaciones tiene más o menos la extensión de una breve entrada de una enciclopedia). Los dos gatos están casi siempre dormidos, acurrucados uno junto al otro en un rincón del sofá o en un puf, como si en vez de gatos fuesen dos osos polares. Y en una jaula colgada en una esquina, encima del piano negro, los Rodnitzky tienen un viejo pájaro, casi sin plumas, un pájaro algo enfermo y ciego de un ojo. Su pico parece estar siempre medio abierto, como sediento. Mala y Stashek lo llaman a veces Alma y a veces Mirabelle. Para mitigar su soledad, metieron en la jaula otro pájaro, un pájaro que la tía Mala hizo con una piña pintada encima de dos palos y que tiene un pico hecho con un palillo pintado de rojo intenso. Al nuevo pájaro le pegaron unas alas con plumas auténticas: puede que fueran plumas

caídas o arrancadas de las alas de Alma-Mirabelle y pintadas de turquesa y púrpura.

El tío Stashek está fumando. Tiene siempre una ceja, la izquierda, levantada, como dudando, como expresando cierto sarcasmo: ¿Es eso cierto? ¿No has exagerado un poco? Y le falta un diente, como a un vándalo apaleado. Mi madre casi no habla. La tía Mala, una mujer rubia con el pelo recogido en dos trenzas, que a veces le caen con gracia sobre los hombros y a veces le rodean la cabeza como una guirnalda, ofrece a mis padres un vaso de té y tarta de manzana. Pela las manzanas en una tira entera que se riza sobre sí misma como el cable del teléfono. Los dos, Stashek y Mala, soñaban con ser agricultores. Vivieron dos o tres años en un kibbutz, y un año o dos más probaron suerte en una colonia agrícola, hasta que comprendieron que la tía Mala era alérgica a casi todas las plantas del campo, mientras que el tío Stashek era alérgico al sol (o, como decimos nosotros, el mismísimo sol era alérgico a él). El tío Stashek trabaja, por tanto, en la oficina central de correos, y la tía Mala ayuda a un renombrado dentista en días alternos durante la semana. Cuando nos ofrece un vaso de té, mi padre, como de costumbre, bromea con ella:

–Ya dijo rabí Huna en el Talmud: haz todo lo que diga el señor de la casa, excepto vete, y yo opino, excepto té. Pero como el ofrecimiento no viene del señor de la casa sino de la señora de la casa, por supuesto no podemos rechazarlo.

Y de la tarta de manzana dice:

–Tu tarta, Mala, no lo dudes, sube hasta las nubes.

Mi madre interviene:

–Arie, basta ya.

Y para mí –a condición de que me coma, como un niño bueno, el enorme pedazo de tarta– la tía Mala tiene una gran sorpresa: limonada casera. Es una gaseosa con pocas burbujas (la botella al parecer ha recibido un castigo divino por haber estado demasiado tiempo con la cabeza descubierta), pero tiene mucho sirope rojo, y es tan dulce como el néctar.

Por tanto, me acabo educadamente la tarta de manzana (bastante buena), con cuidado de masticar con la boca cerrada, de usar sólo el tenedor, no ensuciarme los dedos, no manchar, no echar migas y no llenarme demasiado la boca, clavando cada pedazo de tarta en los dientes del tenedor y moviéndolo por el aire con mucha precaución, atento a que ningún avión enemigo pueda interceptar la carga en el trayecto desde el plato hasta la boca. Mastico despacio, con la boca cerrada, y trago sin relamerme los labios. Entre tanto añado a mis medallas de aviador las miradas de asombro de los Rodnitzky y el orgullo de mis padres. Y al final también consigo el prometido premio: un vaso de limonada casera con pocas burbujas pero dulcísima.

Tal dulce que decididamente, de ninguna manera, por nada del mundo se puede beber. Ni un trago. Ni una gota. Su sabor es más horrible aún que el del café con pimienta de mi madre: nauseabundo, viscoso, como el jarabe para la tos.

Entonces me acerco el cáliz de aflicción a la boca aparentando mojar me los labios, pero a la tía Mala, que dirige la mirada hacia mí –junto a todo el público que espera mis palabras–, me apresuro a asegurarle (en un tono y con unas palabras parecidas a las de mi padre) que sus dos obras, la tarta de manzana y el sirope, son «de verdad extraordinarias».

La tía Mala resplandece de arriba abajo:

–¡Hay más! ¡Hay mucho más! ¡Ahora mismo te sirvo otro vaso! ¡He hecho una botella entera!

Mi padre y mi madre me lanzan una muda mirada de amor. Con los oídos de la mente puedo oír el sonido de sus aplausos, y con la espalda de la mente le hago a mi público una profunda reverencia.

¿Qué se puede hacer ahora? Primero, para ganar tiempo, debo distraerles. Debo decir algo ingenioso, algo profundo impropio de mi edad, algo que les guste:

–Las cosas buenas que hay en la vida es mejor beberlas a pequeños sorbos.

El uso de las palabras «en la vida» ha sido providencial: la pitonisa de Delfos ha hablado. El oráculo ha hablado. La voz clara y nítida de la propia naturaleza es la que ha salido de mi boca: hay que beberse la vida despacio. A sorbos lentos y meditados.

Y así, con ayuda de una frase ditirámica, he conseguido distraerles. He logrado que no se percaten de que aún no me he bebido su cola de ebanista. Entre tanto, mientras todos son presa del entusiasmo, el cáliz de terror está en el suelo a mi lado, porque hay que beberse la vida a pequeños sorbos.

Yo permanezco sumido en mis pensamientos, con los codos en las rodillas y las manos bajo el mentón: soy una perfecta reproducción en miniatura de *El pensador*, esa estatua cuya fotografía me enseñaron una vez en un álbum o en una enciclopedia. Al cabo de un rato dejan de prestarme atención, bien porque no es correcto fijar en mí la vista mientras mi mente vaga por mundos superiores, bien porque otros invitados se han unido a ellos y la conversación se ha animado y gira en torno a los inmigrantes ilegales, la represión y el Alto Comisionado.

Entonces aprovecho rápidamente la oportunidad y, sin que me vean y con la poción en la mano, me escabullo hacia el recibidor y acerco el vaso a la boca de uno de los gemelos de angora, el músico o el filósofo. Ese oso polar cebado olfatea, retrocede un poco, guiña los ojos como ofendido, realmente está horrorizado, agita un poco la punta de sus bigotes, no, gracias, de ninguna manera, y así se retira hastiado hacia la puerta de la cocina. Mientras que su hermano, un ser igual de gordo, no se molesta ni en abrir los ojos mientras le ofrezco la bebida, sólo encoge la nariz, como diciéndome qué pesadez, y mueve una oreja rosada. Como para ahuyentar una mosca.

Podría echar ese veneno mortal, por ejemplo, en el recipiente del agua de la jaula de Alma-Mirabelle, el pájaro ciego y desplumado, y de su pareja, la piña alada. Sopeso los pros y los contras: la piña podría denunciarme, mientras que la maceta del filodendro no abrirá la boca ni me entregará aunque la interroguen bajo tortura. Mi elección recae por tanto en la maceta y no en la pareja de pájaros (que, como la tía Mala y el tío Stashek, tampoco tienen hijos, y tampoco se les puede preguntar bajo ningún concepto cuándo pondrán un huevo).

Al cabo de un rato, la tía Mala ve mi vaso vacío: es evidente que la he hecho muy, pero que muy feliz al disfrutar de su bebida. Sonrío y digo, como los mayores, y con la delicadeza que los mayores imprimen a esas palabras, «gracias, tía Mala, gracias, estaba exquisito». Y sin preguntar ni esperar confirmación, se apresura a llenarme el vaso y me recuerda que recuerde que aún hay más, que ha preparado una botella entera. Puede que su limonada no sea muy espumosa, ¿pero verdad que es dulce como el chocolate? ¿A que sí?

Yo lo confirmo, vuelvo a dar las gracias y de nuevo espero el momento oportuno, y de nuevo me escabullo sin que nadie lo note, como un luchador de la resistencia de camino a las instalaciones de radares fortificadas del gobierno británico, y les enveneno también el cactus que

está en la otra maceta.

Pero en ese instante me asalta una fuerte tentación, como un estornudo difícil de reprimir, como una carcajada que se te escapa en clase, una especie de deseo repentino de confesar: levantarme y decir en voz alta que su limonada es tan apesetosa que hasta a sus gatos y a sus pájaros les repugna, y que la he tirado toda en sus dos macetas, y que ahora las plantas se están muriendo.

Y ser castigado y aceptar el castigo como un héroe. Sin remordimientos.

Por supuesto no lo voy a hacer: mi deseo de fascinarles es mucho más fuerte que las ganas de perturbarles. Soy un sabio, no Gengis Kan.

De vuelta a casa mi madre me miró a los ojos y, con una sonrisa cómplice, dijo:

–No creas que no lo he visto. Lo he visto todo.

Y yo, puro e inocente, pero con el corazón culpable saltando en el pecho como un conejo asustado:

–¿Lo has visto todo? ¿Qué has visto?

–He visto que te has aburrido muchísimo. Pero has conseguido sobreponerte, y eso me ha hecho muy feliz.

Mi padre dijo:

–Hoy el niño se ha comportado realmente de forma ejemplar, pero ha sido generosamente recompensado, le han dado tarta y dos vasos de limonada de la que nosotros nunca le compramos a pesar de que siempre nos la pide, pues quién sabe si los vasos del kiosco están limpios de verdad o sólo aparentemente limpios.

Y mi madre:

–No estoy muy segura de que de verdad esa bebida te haya gustado tanto, pero me he dado cuenta de que, para no ofender a la tía Mala, te la has bebido toda, y nosotros estamos orgullosos de ti.

–Tu madre –dijo mi padre– sondea la mente y el corazón. Es decir que sabe al instante no sólo lo que has dicho y lo que has hecho, sino también lo que crees que no sabe nadie. Pero no siempre es tan fácil vivir día y noche al lado de una persona que sondea la mente y el corazón.

–Y cuando la tía Mala te ha servido otro vaso de limonada –continuó mi madre–, me he dado cuenta de que se lo has agradecido y te lo has vuelto a beber todo para hacerla feliz. Quiero que sepas que no son muchos los niños de tu edad, y en general las personas, capaces de semejante delicadeza.

En ese mismo instante estuve a punto de confesar que eran las macetas de la familia Rodnitzky y no yo las capaces de semejante delicadeza, y que habían sido ellas las que se habían bebido todo ese lubricante.

¿Pero cómo iba a quitarme y a arrojar a los pies de mi madre todas las condecoraciones que me acababa de poner en el pecho? ¿Cómo iba a herir a mis padres en su ingenuidad? Hacía tan sólo un momento había aprendido de mi madre que si hay que elegir entre mentir y ofender, es conveniente elegir no la verdad sino la delicadeza. Entre hacer feliz a alguien y decir la verdad, entre no hacer daño y no mentir, siempre es preferible la generosidad a la justicia y la sinceridad. Al actuar así te elevas por encima del populacho sudoroso y polvoriento y consigues el más alto

honor: ser un niño muy especial. Un niño fuera de la normal.

Mi padre, como de costumbre, terminó aclarándonos todo con una de sus sosegadas disertaciones etimológicas:

–La palabra *josek*, carente, en la expresión «carente de hijos» tiene relación con la palabra *joshek*, oscuridad, mientras que el antiguo significado era ausencia, ausencia de hijos o ausencia de luz. Además, *josek* también significa escatimar: «Quien escatima la vara, odia a su hijo», está escrito en Proverbios, y yo estoy completamente de acuerdo con ese versículo. Y por cierto, la palabra *joshek*, oscuridad, en arameo es *jashuka*, y en árabe *ashak*, pero con metátesis existe también en árabe la raíz *shajak*, por lo que tal vez se pueda pensar en una posible relación, una relación muy interesante, entre *jashak*, oscurecer, y *shakaj*, olvidar, entre *jashekah*, tinieblas, y *shikjah*, olvido. En cuanto a tu gaseosa, es una palabra que nos ha llegado directamente del francés. Mientras que *itztrubal*, piña, es una derivación del *estrombos* griego, que significa peonza. Y *estrombos* viene de *estrofao*, que en griego significa girar en círculo, rodar, y de ese *estrofao* viene también estrofa, ciclo, y también catástrofe, que significa transformación, cambio, vuelco, «le ha cambiado la suerte». Anteayer vi un tanque que volcó al subir a Har Hatzofim, los heridos rodaban cuesta abajo, es decir: *estrofao* y catástrofe. En cuanto lleguemos a casa, Su Excelencia, por tanto, se dignará a recoger todos los juguetes que al irnos quedaron volcados sobre la alfombra y a poner cada cosa en su sitio.

36

Todo lo que no consiguieron en la vida, todo lo que no les fue dado, lo cargaron mis padres sobre mis espaldas. En el año 1950, al declinar el día en que se conocieron por casualidad en las escaleras del edificio Terra Sancta, Jana y Mijael se volvieron a encontrar (en la novela *Mi querido Mijael*) en el café Atara de la calle Ben Yehuda, en Jerusalén. Jana anima al desconcertado Mijael a hablar de sí mismo, pero él le habla de su padre viudo:

[Él] alimentaba grandes esperanzas, no estaba dispuesto a reconocer que su hijo era un chico del montón. Por ejemplo, solía leer con veneración los ejercicios que hacía Mijael para los cursos de geología, y alabarlos siempre con las mismas palabras: «Es un trabajo científico, un trabajo muy riguroso». El deseo de su padre era que Mijael fuese catedrático en Jerusalén, ya que su difunto abuelo, el padre de su padre, había sido profesor de ciencias naturales en la escuela hebrea de magisterio de Grodno. Un célebre profesor. Estaría bien, pensaba el padre de Mijael, que la cadena generacional continuase. Yo dije [cuenta Jana]:

–Una familia no es una carrera de relevos y una profesión no es una antorcha.

–Pero no puedo decirle eso a mi padre –dijo Mijael–, es una persona sensible y utiliza las expresiones hebreas como antes se usaban las delicadas y valiosas vajillas^[15]....

Durante muchos años mi padre no perdió la esperanza de que, con el tiempo, recayera sobre sus hombros la toga del tío Yosef, que tal vez lograra dejarme en herencia llegado el momento, si seguía los pasos de la familia y también yo me convertía en un estudioso. Y si esa toga se le escapaba por culpa de las tiránicas preocupaciones económicas, que le ataban cada día a un estéril trabajo de oficina que sólo le dejaba para sus investigaciones la mitad de la noche, tal vez su único hijo lo lograra.

Mi madre, eso creo, quería que creciera y expresara en su lugar todo aquello que ella no había podido expresar.

Durante los años siguientes me recordaban constantemente, con una sonrisa mezclada con una oculta satisfacción me recordaban, en presencia de sus invitados me recordaban, delante de los Zarhi, los Rodnitzky, los Hanani, los Bar Yitzhar y los Abramsky me recordaban que, cuando tenía sólo cinco años, a las dos o tres semanas de aprender las letras, escribí detrás de una ficha de mi padre «Amos Klausner, escritor», y la clavé con una chincheta en la puerta de mi cuarto.

Ya antes de aprender a leer aprendí cómo se hacían los libros: entraba de puntillas y espiaba por detrás a mi padre inclinado sobre su escritorio, con los hombros caídos, la cabeza cansada como flotando en el círculo de luz amarillenta que salía de la lámpara, abriéndose paso, despacio

y con esfuerzo, por los sinuosos wadis que serpenteaban en medio del escritorio, entre dos colinas de libros amontonados delante de él, recopilando, reuniendo, examinando a contraluz, analizando, anotando y copiando en pequeñas fichas detalles de todo tipo de enormes libros que estaban abiertos y apilados frente a él, y escribía e insertaba con cuidado y de forma responsable cada detalle en el sitio justo, como engarzando piedras preciosas para hacer un collar.

De hecho, también yo trabajo más o menos como él. Trabajo como un relojero o un joyero de otros tiempos: un ojo cerrado, el otro ojo metido en una lente de relojero semejante a una torre, unas pinzas finas en los dedos; encima de la mesa, delante de mí, no hay fichas, sino un puñado de pedazos de papel donde he anotado diversas palabras, verbos, adjetivos y adverbios, y también montones y montones de frases inacabadas, y retazos de expresiones, esbozos de descripciones y todo tipo de experimentos de combinaciones de palabras. De vez en cuando cojo cuidadosamente con las pinzas una de esas partículas, minúscula molécula de un texto, la levanto y la examino bien a contraluz, le doy la vuelta, me inclino, limo y pulo un poco, y vuelvo a levantarla y vuelvo a analizarla a contraluz, pulo de nuevo una finísima arruga y me inclino e inserto con cuidado la palabra o la expresión en el lugar que le corresponde en el entramado. Y espero. Lo miro desde arriba, desde un lado, con la cabeza algo inclinada, del derecho y del revés. Aún no estoy del todo satisfecho, vuelvo a sacar la partícula que acabo de insertar e intento poner otra en su lugar, o ubicar la palabra anterior en otro hueco de la misma frase, y la saco y raspo un poco más, e intento fijar de nuevo la palabra que había elegido, ¿tal vez en otro ángulo? ¿En un contexto ligeramente distinto? ¿Tal vez al final de la frase? ¿O al principio de la frase siguiente? ¿O no sería mejor subdividir y hacer una frase independiente de una sola palabra?

Me levanto. Doy vueltas por la habitación. Vuelvo a la mesa. Me concentro en eso otro rato, borro toda la frase o arranco, arrugo y rompo la hoja en trocitos. Me desespero. Me maldigo en voz alta y maldigo la escritura y la lengua, y sin embargo comienzo de nuevo a componerlo todo.

Escribir una novela, dije en una ocasión, es como construir con un mecano todas las cadenas montañosas de Europa. O como hacer París entero, con sus edificios, sus plazas, sus bulevares, sus torres y arrabales, hasta el último banco de la calle, con cerillas.

Para escribir una novela de ochenta mil palabras debo tomar algo así como un cuarto de millón de decisiones: no sólo decisiones sobre el boceto de la trama, quién vivirá y quién morirá, quién amará y quién traicionará, quién se hará rico o se volverá loco, cuáles serán los nombres de los personajes, cómo serán sus caras y cuáles sus costumbres y ocupaciones, cómo dividirla en capítulos, cuál será el título del libro (ésas son las decisiones sencillas, las decisiones más burdas); y no sólo cuándo contar y cuándo silenciar, qué va antes y qué va después, qué revelar al detalle y qué sólo con alusiones (también éstas son decisiones bastante burdas), sobre todo se deben tomar miles de decisiones sutiles, como, por ejemplo, si poner ahí, en la tercera frase hacia el final del párrafo, azul o azulado. O celeste. O celeste oscuro. O tal vez azul ceniza. ¿Y poner ese azul ceniza al comienzo de la frase? ¿O mejor que estalle al final de la frase? ¿O en medio? ¿O que sea una frase breve independiente, un punto delante, un punto y una nueva línea detrás? ¿O no? ¿O es mejor que ese azul se sumerja en la arrastradora corriente de una frase compuesta y tortuosa, con muchos miembros y abundantes subordinaciones? O tal vez lo mejor sería escribir sencillamente cuatro palabras, «luz de la tarde», y no teñir esa luz de la tarde de ningún gris azulado ni ningún celeste polvoriento.

Desde mi más tierna infancia fui, de hecho, víctima de un profundo y sistemático lavado de cerebro: el santuario de libros del tío Yosef en Talpiot, los grilletes de libros de mi padre en el piso de Kerem Abraham, el refugio de libros de mi madre, los poemas del abuelo Alexander, la serie de novelas que escribió nuestro vecino, el señor Zarhi, las fichas y los juegos de palabras de mi padre, y también los abrazos aromáticos de Saúl Tchernijovsky y las uvas pasas del señor Agnón, que proyectaba a su alrededor muchas sombras a la vez.

Pero la verdad es que de forma encubierta yo renegaba totalmente de aquella ficha que había clavado en la puerta con una chincheta: durante varios años no dejé de soñar en secreto que algún día abandonaría todos aquellos laberintos de libros y me haría bombero: el fuego y el agua, el uniforme, el heroísmo y el reluciente casco plateado, el sonido de la sirena, la admiración de las chicas y el fulgor de las luces de emergencia, la confusión en la calle, el movimiento alegre y rápido del coche de bomberos rojo que, como la hoja de una espada, corta el mundo en dos mientras la trágica sirena atemoriza a todos, y se abre paso ululando entre el tumulto, dejando tras de sí una estela de piernas paralizadas y sangre helada.

Y también las escaleras y las mangueras desplegándose y tensándose hasta el límite. Y la imagen de las llamas que centellea como sangre derramada al reflejarse en la superficie metálica de los rojos carros de fuego. Y al final –el punto culminante– la chica o la mujer desmayada llevada en los brazos de su impávido salvador: momentos de peligro, la piel, las pestañas y el pelo quemados, el infierno del humo asfixiante. E inmediatamente después la gloria, ríos de amor lacrimoso de mujeres mareadas que se derriten por ti de admiración y agradecimiento, y sobre todo la más guapa de todas, aquella a la que con tu coraje y tus brazos salvaste de las llamas.

¿Pero quién era aquella a quien en mi imaginación, durante casi toda mi infancia, salvaba siempre de un horno de fuego y a cambio conseguía su amor? Tal vez no haya que hacer así la pregunta, sino así: ¿qué espantosa e increíble predicción le advertía a aquel corazón, al corazón arrogante de un niño loco y visionario, sin revelárselo del todo, a través tan sólo de señales que no permitían descifrar a tiempo la velada alusión de aquello que le ocurriría una noche de invierno a su madre?

Pues ya con cinco años me veía siempre a mí mismo como un bombero extremadamente valiente, como un bombero impasible, engalanado con uniforme y casco, saltando, solo y decidido, al corazón de las llamas descontroladas, arriesgando la vida, rescatándola, desmayada, del fuego (mientras su débil y discursivo padre permanecía inmóvil, aturdido y sin salvación, mirando el fuego con terror).

Y así, encarnando la esencia de la virilidad templada a fuego del nuevo hombre hebreo (tal y como lo describía su padre), se lanza y le salva la vida, y al salvarle la vida arranca a su madre para siempre del dominio de su padre y extiende sus alas sobre ella.

¿Pero con qué oscuros hilos pude tejer aquella fantasía edípica que no se apartó de mí durante varios años? ¿Puede que, como un lejano olor a humo, aquella mujer, Irina, Ira, penetrara en mi fantasía de bombero salvador? ¿Ira Steletzkaia? ¿La mujer del ingeniero de Rovno que se la jugaba cada noche a las cartas? ¿La pobre Ira Steletzkaia que se enamoró de Antón, el hijo del cochero, perdió a sus hijos, y un día cogió una lata de gasolina y se prendió fuego en la cabaña de él, que estaba cubierta de tela asfáltica? Pero todo eso ¿no había ocurrido unos quince años antes

de que yo naciera? ¿Y en un país que jamás había visto? ¿Y mi madre estaría tan loca como para contarle algo tan espantoso a un niño de cuatro o cinco años?

Cuando mi padre no estaba en casa, mientras yo esmotaba lentejas junto a la mesa de la cocina y ella lavaba las verduras, exprimía naranjas o hacía unas albóndigas sobre la encimera, mi madre me contaba, dándome la espalda, extrañas historias, a veces aterradoras. Tal vez fuese igual que yo el pequeño Peer, el hijo huérfano de Jon, el nieto de Rasmus Gynt, que se pasaba largas tardes con su pobre madre viuda, Aase, solos en su cabaña de montaña durante las noches de viento y nieve, asimilando y absorbiendo sus historias místicas, casi locas, sobre el palacio Soria Moria más allá del fiordo, el rapto de la novia, los trolls en el reino de la montaña y diablas verdes, sobre el fundidor de botones, espíritus y Boyeg el Terrible.

La cocina era estrecha y baja como una celda, el suelo estaba hundido y las paredes negras a causa de los quemadores y el infiernillo. Junto a los fogones teníamos dos cajas de cerillas: una de cerillas nuevas y otra para las cerillas usadas, que, para ahorrar, usábamos para encender un fuego con otro o el infiernillo.

Eran extrañas las historias de mi madre, aterradoras pero al mismo tiempo cautivadoras, pobladas de cuevas y torres, de pueblos abandonados y puentes mutilados, partidos por la mitad sobre un precipicio. Sus historias no se parecían a las que se contaban por aquellos días en otras casas. No se parecían a las historias de los demás adultos. No se parecían a las historias que yo les contaba a mis hijos ni a las que les cuento ahora a mis nietos. Las historias de mi madre se movían en círculo y estaban como cubiertas de niebla: no comenzaban por el principio y no terminaban bien, sino que oscilaban en el ocaso, giraban alrededor de sí mismas, irrumpían por un instante de entre la niebla, maravillaban, estremecían y volvían a ser engullidas por la oscuridad antes de que pudieras ver lo que pasaba ante tus ojos. Así era la historia de mi madre sobre el distinguido anciano Alleluyev, así era su historia sobre Tanitzka y sus tres maridos herreros, los hermanos que se mataron entre sí, así era su historia sobre el oso que adoptó a un niño muerto, sobre el diablo de las cuevas que se enamoró de la mujer del guardabosque, sobre el espíritu de Nikita, el carretero, que volvió de entre los muertos para hechizar y conquistar a la hija del asesino.

Sus historias estaban siempre llenas de moras y bayas silvestres, de fresones y grosellas, de trufas, setas y cardos. Sin pensar en mi corta edad, mi madre me conducía a lugares casi nunca pisados por un niño y por el camino me abría un gran abanico de palabras, era como si me cogiera en brazos, me elevara cada vez más arriba y me mostrara vertiginosas alturas de palabras: sus campos estaban repletos de sol o regados de rocío, el bosque era una selva o un bosque frondoso, los árboles del bosque eran altos, las praderas se volvían verdes, el monte, un monte antiguo, se elevaba, los palacios y fortalezas se extendían, los torreones se alzaban, las llanuras se adormilaban en su madriguera, los valles se llamaban vegas y por las vegas corrían constantemente ríos y arroyos, fuentes caudalosas y albercas.

Mi madre llevaba una vida solitaria, casi siempre estaba encerrada en casa. Aparte de sus amigas Liliénka, Esterika y Fania Weissman, que habían coincidido con ella en el instituto Tarbut de Rovno, mi madre no encontró en Jerusalén ninguna razón de ser: los lugares santos y los famosos

enclaves antiguos no le gustaban. Las sinagogas, las escuelas rabínicas, las iglesias, los monasterios y las mezquitas le parecían lugares casi idénticos, malolientes, con ese agrio olor corporal de hombres fanáticos que se lavan muy de vez en cuando. Hasta bajo una espesa nube de incienso, su sensible nariz captaba con repulsión los efluvios de los cuerpos sin lavar.

Mi padre tampoco sentía ningún afecto por la religión: los sacerdotes de todas las confesiones le parecían algo dudosos, ignorantes, instigadores de antiguos odios, propagadores del miedo, falsificadores de sermones engañosos y derramadores de lágrimas de cocodrilo, mercaderes de falsos objetos sagrados, de aparentes antigüedades, de todo tipo de creencias banales y prejuicios. De alguna manera todos los «hombres santos» que vivían de la religión le hacían sospechar de toda clase de engañosas maquinaciones. Solía citar con satisfacción a Heinrich Heine, que afirmó que tanto el rabino como el cura huelen mal (según la versión suavizada de mi padre: «¡Ninguno de ellos huele bien! ¡Y por supuesto tampoco el gran muftí musulmán Haj Amin, el amigo de los nazis!»). Por el contrario, mi padre creía algunas veces en la vaga providencia de un «príncipe de la nación» o un «protector de Israel», en los prodigios del «genio creativo judío», y por tanto puso sus esperanzas en la fuerza de salvación y resurrección contenida en el arte: «...Sacerdotes de la belleza y el pincel», citaba extasiado unos versos de Tchernijovsky, «sacerdotes de la belleza y el pincel,/ misterios de gracia y versos de poesía/ salvarán al mundo con canto y melodía». Pensaba que los artistas son mejores que el resto de las personas, más agudos y honestos, y libres de toda mancha. El hecho de que algunos de ellos, a pesar de todo, pudieran seguir a Stalin, e incluso a Hitler, era algo que lo turbaba y entristecía. Muchas veces discutía consigo mismo sobre ese asunto: los artistas que se dejaban seducir por los tiranos, y se ponían al servicio de la opresión y del mal, ya no eran dignos para él de ser llamados «sacerdotes de la belleza». A veces intentaba encontrar una explicación: Satanás, como en *Fausto*, había comprado su alma.

El entusiasmo sionista de los constructores de los nuevos barrios, de los redentores de la tierra y los peones camineros provocaba en mi padre una ligera embriaguez, pero a mi madre no le impresionaba. Normalmente dejaba el periódico después de echar un vistazo a los titulares. La política la consideraba sólo una desgracia. Los cotilleos la aburrían. Cuando teníamos invitados, cuando íbamos a tomar un té a casa del tío Yosef y la tía Tzipora en Talpiot, a casa de los Zarhi, de los Abramsky, de los Rodnitzky, del señor Agnón, de los Hanani, o de Hana y Hayyim Toren, mi madre participaba poco en la conversación. De hecho, su presencia provocaba que los hombres hablasen y hablasen enérgicamente mientras ella permanecía callada y observándoles con una ligera sonrisa, como intentando descifrar durante sus discusiones por qué el señor Zarhi sostenía precisamente esa opinión y el señor Hanani precisamente la contraria. ¿Habría cambiado en algo la discusión si de repente el señor Zarhi y el señor Hanani hubiesen intercambiado sus posturas, si cada uno hubiese decidido defender la opinión del otro y rebatir con energía su opinión anterior?

Las ropas, los objetos, los peinados y los muebles interesaban a mi madre sólo como ventanillas a través de las cuales atisbar el interior de las personas: en todas las casas a las que entrábamos, e incluso en las salas de espera de las oficinas, mi madre se sentaba siempre erguida y con las piernas estiradas en un rincón de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho como una alumna obediente de un antiguo internado para chicas de la nobleza, y observaba atentamente, sin precipitación, las cortinas, la tapicería, los cuadros de la pared, los libros, el mobiliario, los adornos de las estanterías; como un detective a la busca de indicios cuya

combinación podría cerrar el caso.

Los secretos de los demás la estimulaban y cautivaban, pero no por cotilleo –quién desea a quién, quién sale con quién, quién se ha comprado tal cosa– sino como si se dedicara sin descanso a encajar con precisión las teselas de un complicado mosaico, o a resolver un puzzle de muchas piezas. Escuchaba con atención las conversaciones pero, al mismo tiempo, mientras una sutil y benevolente sonrisa se dibujaba involuntariamente en sus labios, se pasaba todo el rato observando a quien estaba hablando, mirándole los labios, el movimiento de las arrugas en su cara, lo que hacían sus manos, lo que decía su cuerpo y lo que intentaba ocultar, adónde se dirigían sus ojos, cuándo cambiaba ligeramente de posición en la silla y si sus pies estaban tranquilos o nerviosos dentro de los zapatos. Participaba poco en la conversación, y sólo de vez en cuando. Pero cuando salía de su mutismo y decía una frase o dos, normalmente, tras las palabras de mi madre, la conversación no volvía a ser igual que antes.

O tal vez fuese algo distinto: en las conversaciones de aquella época las mujeres tenían casi siempre el papel de público. Si una mujer de repente decía una frase o dos, causaba un cierto estupor.

Mi madre daba algunas clases particulares. Muy de vez en cuando iba a una conferencia en Har Hatzofim o a una lectura en el Bet Haam. Permanecía casi todo el tiempo en casa. No se sentaba, trabajaba duramente, en silencio y con eficacia. Nunca la oí canturrear o refunfuñar mientras hacía las tareas domésticas. Cocinaba, hacía pan, lavaba la ropa, organizaba las compras racionalmente, planchaba, limpiaba, ordenaba, doblaba, fregaba, cortaba y hervía. Pero cuando la casa estaba realmente ordenada, cuando en la cocina todos los cacharros estaban fregados y la ropa doblada y colocada en ángulo recto sobre los estantes de los armarios, entonces mi madre se acurrucaba en su rincón y leía. Relajada, respirando despacio y suavemente, se sentaba en el sofá y leía. Metía los pies descalzos debajo de las piernas y leía. Se inclinaba hacia el libro que tenía sobre las rodillas y leía. La espalda encorvada, el cuello inclinado, los hombros caídos, con todo su cuerpo semejante a una media luna, y leía. La cara cubierta a medias por la cortina de pelo negro que caía sobre la página, y leía.

Leía por las tardes, cuando yo estaba jugando en el patio y mi padre sentado a su mesa escribiendo sus artículos en fichas repletas, y leía también después de cenar y fregar los cacharros, y leía cuando mi padre y yo nos sentábamos juntos a su escritorio, mi cabeza inclinada rozando su hombro, y clasificábamos sellos y los pegábamos en el álbum según indicaba el catálogo, y leía también cuando yo me había ido a dormir y mi padre volvía a rellenar sus fichas, y leía cuando las persianas estaban bajadas y el sofá dejaba al descubierto la cama de matrimonio oculta en él, y seguía leyendo cuando la luz del techo ya estaba apagada y mi padre ya se había quitado las gafas, le había dado la espalda y dormía con el sueño tranquilo de quienes están seguros de que pronto todo irá bien, y seguía leyendo: tenía un insomnio cada vez más acuciante, y en su último año de vida varios médicos creyeron conveniente recetarle pastillas más fuertes y todo tipo de brebajes y pócimas para dormir; también le recomendaron dos semanas de reposo absoluto en un centro de Safed o en una residencia del Servicio Sanitario en Arza, cerca de Motza.

Por eso mi padre pidió prestadas unas liras a sus padres, se responsabilizó de cuidar solo del niño y la casa, y mi madre se fue sola a descansar a una residencia de Arza. Pero tampoco allí dejó de leer, todo lo contrario, leía casi día y noche. Pasaba toda la mañana sentada en una hamaca en el pinar, en la falda del monte, leyendo; por la tarde leía en la terraza iluminada

mientras otros huéspedes bailaban, jugaban a las cartas o participaban en todo tipo de actividades. Y por las noches bajaba a la pequeña sala que estaba junto a la oficina, se sentaba en una esquina del banco y leía en silencio durante casi toda la noche para no turbar el sueño de su compañera de cuarto: leía a Maupassant y a Chéjov, leía a Tolstói, Gnessin, Balzac, Flaubert, Dickens, Samito, Thomas Mann, Iwaszkiewicz, Knut Hamsun, Kleist, Moravia, Hermann Hesse, Mauriac, Agnón y Turguenev, y también a Somerset Maugham, Stephen Zweig y André Malraux, apenas alzó la vista de los libros durante todos sus días de reposo. Y cuando volvió a casa, a Jerusalén, parecía cansada, estaba pálida, tenía manchas oscuras debajo de los ojos, como si hubiese estado de juerga todas las noches. Cuando mi padre y yo le pedimos que nos contara qué tal se lo había pasado durante las vacaciones, sonrió y nos contestó: «No he pensado en eso».

Una vez, cuando tenía siete u ocho años, mientras íbamos sentados en la penúltima fila del autobús de camino a la clínica o a una zapatería infantil, mi madre me dijo que es cierto que los libros pueden cambiar con los años igual que la personas cambian con el tiempo, pero que la diferencia está en que casi todas las personas al final te abandonan a tu suerte, cuando llega un día en que no obtienen de ti ningún provecho o ningún placer o ningún interés o al menos algún buen sentimiento, mientras que los libros jamás te abandonan. Tú los abandonas a ellos a veces, y a algunos incluso los abandonas durante muchos años, o para siempre. Pero ellos, los libros, aunque los hayas traicionado, jamás te dan la espalda: en completo silencio y con humildad te esperan en la estantería. Te esperan incluso decenas de años. No se quejan. Hasta que una noche, cuando de pronto necesitas uno, aunque sea a las tres de la madrugada, aunque sea un libro que has rechazado y casi has borrado de tu mente durante muchos años, no te decepciona y baja de la estantería para estar contigo en ese duro momento. No echa cuentas, no inventa excusas, no se pregunta si le conviene, si te lo mereces y si aún tienes algo que ver con él, sencillamente acude de inmediato cuando se lo pides. Jamás te traiciona.

Cuando le llegaba a Blume la hora de estudiar, su padre la hacía sentarse a su lado y leía libros con ella. Hayim Necht decía: Ya sé, hija mía, que no te dejo en herencia riquezas ni bienes, pero te enseño a leer libros.

Cuando el mundo de una persona es oscuro, lee un libro y ve otro mundo. A Blume le resultaba fácil aprender. Aun antes de conocer perfectamente las letras ya conseguía leer cuentos, relatos y dramas^[16].

¿Cómo se titulaba el primer libro que leí yo solo? Es decir, mi padre me lo leyó muchas veces antes de dormir, hasta que al parecer me lo aprendí de memoria, palabra por palabra, y una vez que mi padre no pudo contármelo, me llevé el libro a la cama y lo recité entero, desde la primera hasta la última palabra, haciendo que leía, imitando a mi padre, pasando la página justo entre esas dos palabras entre las que mi padre pasaba la página todas las noches.

Al día siguiente le pedí a mi padre que acompañara la lectura con el dedo, y seguí atentamente el recorrido de su dedo mientras leía, y así cinco o seis veces, hasta que al cabo de unos días ya sabía identificar cada palabra por su forma y por el lugar que ocupaba en la frase (igual que se distinguen los dibujos de las fichas de dominó aunque se cambien de orden).

Y entonces llegó el momento de dejarles perplejos: un día, un sábado por la mañana, aparecí en la cocina en pijama y, sin decir nada, abrí el libro encima de la mesa en medio de los dos, mi dedo iba señalándome una palabra tras otra y yo las recordaba y las identificaba, e iba

pronunciando cada palabra en el momento que el dedo la tocaba. Mis padres, ebrios de orgullo, cayeron en la trampa sin poderse imaginar el calibre del engaño, estaban completamente convencidos de que el niño especial había conseguido aprender a leer él solo.

Y realmente aprendí solo: descubrí, por ejemplo, que en la palabra **וֶרֶב**, oso, se ve (de derecha a izquierda) una estaca, un clavo y una cueva. **סוּס**, caballo, tiene dos alforjas repletas colgadas a ambos lados de la silla. **יָרֵד**, jardín, es un hombre que se ha ido de paseo junto a un muro que le bloquea el paso; **סָבָא**, mancha, es una fila de jaulas, dos abiertas y la última cerrada. Así conseguí leer líneas y hasta páginas completas.

Al cabo de dos o tres semanas empecé a familiarizarme con las letras propiamente dichas: la letra **ל** de la palabra **לִדְבָר**, bandera, parecía una bandera ondeando al final de la palabra. La letra **שׁ** era un tridente que se podía tocar, un tridente que aparecía siempre justo en medio de la palabra **וְשֵׁלֶט**, tridente. **אָבִי**, papá, y **אִמִּי**, mamá, se parecían en casi todo, sólo que papá tenía en medio una gran puerta, como dos brazos tendidos para abrazarme, mientras que mamá tenía en medio una especie de perrito sin cola sentado educadamente y esperando.

El primer libro que recuerdo, quizás desde que estaba en la cuna, era un cuento ilustrado sobre un oso grande, gordo y muy contento consigo mismo, un oso vago y dormilón, un oso que se parecía un poco a nuestro señor Abramsky, un oso al que le gustaba muchísimo chupar miel sin permiso. Y no sólo chuparla, sino devorarla sin tino. El libro tenía un final triste y un final muy triste, y sólo después del final triste y del muy triste llegaba por fin el final feliz: al oso dormilón y vago le picaban montones de abejas furiosas y, como si no bastara con eso, era castigado con un terrible dolor de muelas, su mejilla en el dibujo estaba hinchada como una pequeña colina y alrededor de su pobre cara, que rompía mi pequeño corazón, le habían puesto una venda blanca que terminaba en un gran nudo encima de la cabeza de ese oso insaciable, justo entre las orejas. La moraleja estaba escrita en grandes letras rojas:

¡NO ES BUENO COMER MUCHA MIEL!

En el mundo de mi padre no ocurría ninguna desgracia que al final no tuviese arreglo: ¿los judíos han sufrido en la diáspora? Pronto se creará el Estado hebreo y todo mejorará. ¿El sacapuntas se ha perdido? Mañana compraremos uno nuevo, mucho mejor que el otro. ¿Hoy me duele un poco la tripa? Para tu boda se te habrá pasado. ¿Y el oso picoteado, afligido, el oso cuyos ojos parecen tan desventurados que hasta mis ojos se llenan de lágrimas? Pero renace en la otra página y vuelve a estar sano y feliz, y desde ahora será ejemplar porque ha aprendido la lección: con las abejas, por ejemplo, el oso ha firmado un tratado de paz ventajoso para ambas partes, en él hay una cláusula que le otorga una cuota fija de miel, una cuota prudente y mesurada, pero para la eternidad.

Por tanto, en el último dibujo se veía al oso, feliz y contento, haciéndose una casa, como si después de sus desenfrenadas aventuras también él hubiese decidido aburguesarse un poco, unirse al final a la clase media. En el último dibujo del libro el oso se parecía un poco a mi padre cuando estaba de buen humor: parecía que, de un momento a otro, ese oso apaciguado nos iba a recitar un verso o un juego de palabras llamado calambur, o a llamarme («¡en broma!»). Su

Alteza.

Y, de hecho, todo eso estaba escrito allí, en una única línea en la última página, tal vez la primera línea que leí en mi vida no por las formas de las palabras sino letra por letra, como es debido, y desde entonces cada letra ya no es un dibujo sino un sonido único y especial:

¡EL OSO DUBI ESTÁ MUY CONTENTO!
¡EL OSO DUBI ES TODO ALEGRÍA!

Sin embargo, al cabo de una semana o dos, la alegría se convirtió en bulimia: a pesar de sus esfuerzos, mis padres no consiguieron apartarme de los libros. De la mañana a la tarde e incluso más.

Fueron ellos quienes me apremiaron a aprender a leer, no yo, ellos eran el aprendiz de brujo; yo era el agua que no se puede detener, como las aguas que cubren el mar. Yo era el golem de Praga a quien nadie puede arrebatarse la nota que le pusieron debajo de la lengua: Por favor, ve a verlo, tu hijo vuelve a estar sentado medio desnudo en medio del pasillo leyendo. El niño está escondido debajo de la mesa leyendo. Ese niño loco ha vuelto a encerrarse en el cuarto de baño y está sentado en la taza del váter leyendo, si es que no se ha metido en la bañera y se ha ahogado con su libro. El niño sólo se hace el dormido, está esperando a que lo deje solo y al rato, cuando me haya ido, encenderá la luz sin permiso, y ahora debe de estar sentado con la espalda contra la puerta para que ni tú ni yo podamos entrar, y adivina lo que está haciendo. Este niño ya lee fluidamente incluso sin vocales. ¿De verdad quieres saberlo? Pues mira: ahora el niño pretende sentarse ahí a esperar a que yo acabe parte del periódico. Desde ahora tenemos en casa otro evidente lector de periódicos. Este niño no se levanta el sábado en todo el día de la cama, excepto para ir al servicio. Y también allí se lleva el libro. De la mañana a la tarde está tumbado devorándolo todo, sin criterio alguno, relatos de Asher Barash y Schofmann, una novela de Pearl Buck sobre China, un libro de tradiciones judías, los viajes de Marco Polo, las aventuras de Magallanes y De Gama, una guía para ancianos con gripe, el boletín vecinal de Bet Hakerem, los reyes de la casa de David, el diario de los acontecimientos de 1929, fascículos de los asentamientos agrícolas, números de *Davar Hapoelet*, pronto empezará a comerse las tapas y a beberse la tinta. Tenemos la obligación de intervenir. Debemos poner fin a esto: realmente está empezando a ser bastante extraño e incluso algo preocupante.

En el edificio del final de la calle Zacarías había cuatro casas. La casa del matrimonio Najlieli estaba en el segundo piso, en la parte de atrás del edificio. Las ventanas daban a un patio abandonado, en parte pavimentado y en parte cubierto por toda clase de hierbajos que crecían allí cada invierno y que, con los primeros calores del verano, se convertían en una maraña de cardos. En ese patio también había tendederos con las cuerdas aflojadas, cubos de basura, huellas de hogueras, un baúl viejo, un cobertizo de uralita, restos de una cabaña de la fiesta de Sukkot y una tapia con flores azules de una pasionaria trepadora.

En la casa había una cocina, un baño, un pasillo de entrada, dos habitaciones y ocho o nueve gatos. Por las tardes, la primera habitación servía de cuarto de estar a la maestra Isabel y a su marido, el cajero Najlieli, mientras que la segunda habitación, la estrecha, por las noches servía de dormitorio a los Najlieli y a todo su ejército de gatos. Todas las mañanas, los Najlieli madrugaban y amontonaban todos sus muebles en el pasillo, y del pasillo arrastraban a cada habitación tres o cuatro pequeños pupitres y tres o cuatro bancos, cada uno para dos niños.

Así, su casa se convertía cada día, desde las ocho de la mañana a las dos de la tarde, en una escuela privada casera llamada La Patria del Niño.

Dos clases y dos maestras había en La Patria del Niño, todo lo que cabía en la pequeña casa, ocho alumnos de primero y seis de segundo. La maestra Isabel Najlieli era la dueña de la escuela y hacía de directora, encargada del almacén, tesorera, coordinadora del programa de estudios, sargento mayor de la disciplina, enfermera del colegio, bedel, limpiadora, profesora de primero y nuestra maestra de todas las materias. La llamábamos Maestraisabel, todo junto.

Era una mujer gruesa de unos cuarenta años. Alegre, risueña, con una verruga peluda que parecía una cucaracha extraviada encima de su labio superior. Se enfurecía enseguida, era sensible, aunque también impetuosa y muy cálida. Con sus vestidos de algodón, sencillos, anchos, llenos de bolsillos y cuajados de lunares blancos, la Maestraisabel parecía una experimentada casamentera de un *shtetl*, una casamentera astuta, de fuertes brazos y vista aguda, que te escudriñaba, por fuera y por dentro, con una sola mirada incisiva y tres o cuatro preguntas pícaras y aparentemente inocentes. En un momento te descifraba de arriba abajo, conocía tu forma de ser y llegaba hasta el fondo de tus secretos. Te examinaba minuciosamente y hacía un mapa de ti, de tu corazón y tu mente, mientras sus manos rojas, como sin piel, hurgaban y rebuscaban sin descanso en sus numerosos bolsillos, como si en ese instante fuera a sacar de las profundidades de alguno de ellos la novia perfecta para ti, o un cepillo del pelo, o un frasco con gotas para la nariz, o al menos un pañuelo limpio para quitarte una gota verde que se te había secado y petrificado en la

punta de la nariz.

La Maestraisabel también era pastora de gatos: rebaños de gatos admiradores la seguían y corrían entre sus piernas fuera a donde fuera, siempre pegados al bajo de su vestido y estorbándola al andar, les daba con el pie y ellos no se apartaban, casi la hacían tropezar con su entrega y dedicación. Los gatos trepaban con las uñas por su vestido, grises y blancos, pelirrojos, a rayas, negros, moteados, y se tumbaban encima de sus anchos hombros, se acurrucaban en su cesta de libros, empollaban en sus zapatos, luchaban entre sí con maullidos desesperados por el derecho a estar en su regazo. En todas sus clases había en el aula más gatos que alumnos, todos callados con gran respeto para no perturbar el desarrollo de la clase, todos domesticados como perros, todos bien educados, como internas de buena familia, encima de su mesa, en sus rodillas, en sus piernas, en nuestras pequeñas rodillas, en nuestras carteras, en el alféizar de la ventana, en la caja de los aparatos de gimnasia, del material de dibujo y manualidades.

A veces la Maestraisabel los regañaba o les daba órdenes. Agitando un dedo amenazaba a uno u otro con arrancarle las orejas y cortarle la cola si no cambiaba inmediatamente de actitud. Los gatos la obedecían siempre, al instante, sin condiciones ni protestas: «¡Debería darte vergüenza, Zorobabel!», gritaba de repente. Al instante ese pobre se levantaba, salía del grupo tendido en la alfombra a los pies de la mesa de la maestra y empezaba a caminar, cabizbajo, avergonzado, rozando casi el suelo con su panza, con el rabo entre las patas y, las orejas tensas hacia atrás, rastreando él solo su desdichado camino hacia el rincón. Todos los ojos –tanto los de los niños como los de los gatos– se clavaban en él y eran testigos de su deshonrosa humillación. El culpable se alejaba así, como arrastrándose sobre su panza, hacia el rincón, humillado, despreciado, admitiendo su bajeza, avergonzado de su pecado y profundamente arrepentido, pero quizás también esperando con humildad, hasta el último momento, el milagro del benevolente perdón, ese perdón que llegaría, si llegaba, sólo después de la desesperación.

Desde el rincón de la habitación, el infeliz nos lanzaba una dulce mirada parpadeante, conmovedora, una mirada culpable e implorante, llena de un profundo dolor, como diciendo: no valgo nada.

–¡Eres un despojo! –le espetaba la Maestraisabel con un hastío que iba más allá del desprecio, y después le perdonaba levantando la mano–: Bueno. Vale. Ven aquí. Pero recuerda bien que si vuelves a...

No tenía necesidad de terminar la frase, porque el culpable, que había logrado el perdón divino, se dirigía ya contoneándose hacia ella con pasos de baile, como flirteando con ella, como jurando que en esa ocasión la cautivaría hasta el desmayo, conteniendo con esfuerzo su felicidad, la cola levantada, las orejas erguidas, saltando hacia nosotros sobre las blandas almohadillas de sus patas, dulce y, como buen conocedor del secreto poder de su dulzura, utilizándola para conquistar, los bigotes impecablemente lustrosos, el pelo brillante y un poco erizado, y en los ojos una chispa de pícaro santurronería felina, como haciéndonos un guiño mientras juraba que desde ese momento no habría en el mundo un gato más bueno y encantador que él.

Los gatos de la Maestraisabel estaban educados para una vida productiva, y por tanto eran gatos útiles: les había enseñado a darle un lápiz, una tiza o un par de medias del armario, a sacar de debajo de los muebles una cucharilla perdida que intentaba en vano esconderse allí. A estar en

la ventana y a maullar de una forma determinada si se acercaba a la casa un conocido, y a hacerlo de otra forma si aparecía un desconocido (la mayoría de aquellos prodigios no los vimos con nuestros propios ojos, pero la creíamos. Y la habríamos creído también si nos hubiera contado que sus gatos hacían crucigramas).

En cuanto a Najlieli, el pequeño marido de la Maestraisabel, casi nunca le veíamos: normalmente Najlieli se iba a trabajar antes de que llegásemos y, si se quedaba en casa, debía permanecer en silencio en la cocina durante las horas de clase y hacer allí lo que tuviera que hacer. Si no nos hubieran dado permiso de arriba, a nosotros y a él, para ir alguna vez al servicio, nunca habríamos descubierto que el señor Najlieli no era más que Getzel, el joven y pálido cajero de la tienda de ultramarinos. Era casi veinte años más joven que su mujer: si hubiesen querido, habrían podido ir por la calle haciéndose pasar sin ningún problema por madre e hijo.

Y efectivamente, dos o tres veces que se vio obligado o tuvo la osadía de llamarla para algo urgente durante la clase, bien porque las albóndigas se le habían quemado o porque se había echado encima agua hirviendo, no la llamó Isabel sino mamá, como seguramente la llamaba también su manada de gatos. Ella, por su parte, llamaba a su joven marido con algún nombre tomado del mundo de las aves, curruca, gorrión, jilguero o incluso periquito. Cualquier cosa menos Najlieli.

A una media hora a paso de niño de nuestra casa había dos escuelas primarias, una demasiado socialista y la otra demasiado religiosa. La primera era el Colegio Berl Katznelson para los Hijos de los Trabajadores, al norte de la calle Haturim, en cuyo tejado ondeaba, junto a la bandera nacional, la bandera roja de la asamblea de los trabajadores. Allí se celebraba, con desfiles y ceremonias, el Primero de Mayo. Tanto los profesores como los alumnos llamaban al director «camarada». Los profesores llevaban en verano pantalones cortos de color caqui y sandalias de estilo bíblico. En el huerto del patio, los alumnos se preparaban para la vida agrícola y la realización personal mediante el trabajo de la tierra. En los talleres aprendían oficios productivos como carpintería, cerrajería, mecánica, forjado y otra cosa poco conocida pero atractiva que se llamaba mecánica de precisión.

En las aulas los niños podían sentarse donde quisieran, incluso un chico al lado de una chica. Casi todos iban con camisetas azules adornadas con cordones rojos o blancos. Los chicos usaban pantalón corto arremangado hasta la ingle, mientras que los pantalones de las chicas, también escandalosamente cortos, se ceñían a los muslos con gomas. Los alumnos se dirigían a los profesores llamándoles única y exclusivamente por su nombre, Nadav, Elijin, Edna o Jaguit (por supuesto siempre con acento agudo). Allí se estudiaba matemáticas, geografía local, literatura e historia, pero también materias como la historia del asentamiento en Eretz Israel y del movimiento obrero, los principios del trabajo de la tierra y la evolución de la lucha de clases. Y se cantaban a voz en grito todo tipo de himnos proletarios, empezando por la *Internacional* y terminando por *Seremos todos pioneros y pioneras* o *Una camisa azul que vale más que todas las joyas*.

La Biblia se estudiaba en el Colegio para los Hijos de los Trabajadores como una serie de artículos de actualidad: los profetas luchaban por el progreso, por la justicia y el bienestar de los pobres, mientras que los reyes y los sacerdotes eran los representantes de toda la injusticia social vigente. El joven David, un pastor de ovejas, era un valiente guerrero que luchaba en las filas de

un movimiento para la liberación nacional del yugo de los filisteos, pero, cuando envejeció, ese mismo David se convirtió en un rey colonialista-imperialista, un conquistador de tierras, un opresor de pueblos, un ladrón de ovejas del pobre y un indigno explotador de la clase obrera.

A unos cuatrocientos metros de ese colegio rojo, justo en la calle paralela, estaba la escuela tradicional-nacional Tajkemoní, del movimiento religioso Hamizrají, donde estudiaban única y exclusivamente chicos que se sentaban en las aulas con las cabezas cubiertas. La mayoría de los chicos eran de familias pobres, excepto algunos que pertenecían a la antigua burguesía sefardí de Jerusalén, que había sido marginada con la intrusión de los eruditos askenazíes. A los alumnos se les llamaba sólo por sus apellidos, Bozo, Valero, Danon, Cordovero, Saragosti, Alfasi, y a los maestros se les llamaba señor Neiman, señor Alkalai, señor Mijaeli, señor Abishar, señor Benvenisti y señor Opher. Al director se le llamaba «ilustrísimo director». Cada mañana la primera clase empezaba con la oración «Doy gracias», a la que seguían las clases de Pentateuco con los comentarios de Rashi, clases en las que los alumnos repetían, cubiertos con kipá, el *Pirque Abot* y el resto de las enseñanzas de los rabinos, clases de Talmud, leyendas y leyes e historia de las oraciones y la poesía litúrgica, todo tipo de preceptos y obras edificantes, secciones del *Shuljam Aruj*, los ciclos de las festividades, la historia de los exilios del pueblo de Israel, la biografía de los sabios de Israel, algunas leyendas moralizantes e instructivas, una antología de Yehudah Ha-Levi y otra de Bialik, y entre unas cosas y otras se enseñaban también algunos rudimentos de gramática hebrea, matemáticas, inglés, canto e historia, y se echaba un ligero vistazo a la geografía. Los maestros llevaban chaqueta incluso en verano, y el ilustrísimo señor director Ilan aparecía siempre con un traje de tres piezas.

Mi madre hubiese querido que estudiara ya desde primero en el Colegio para los Hijos de los Trabajadores, porque no aprobaba la rígida separación religiosa entre chicos y chicas, porque el viejo Tajkemoní, con sus edificios de piedra construidos en la época del dominio turco, le parecía diaspórico, anticuado y deprimente en comparación con el Colegio para los Hijos de los Trabajadores, que tenía grandes ventanales, aulas luminosas, frondosos bancales y cierta efervescencia juvenil. Puede que ese colegio le recordara en algo su época del instituto Tarbut de Rovno.

Sin embargo mi padre tenía bastantes dudas al respecto: su deseo era que estudiara con los hijos de los catedráticos de Rehavia, o al menos con los hijos de los médicos, profesores y funcionarios que vivían en el barrio de Bet Hakerem, pero aquellos días eran días de incidentes y disparos, y tanto Rehavia como Bet Hakerem estaban a dos autobuses de distancia de nuestra casa en Kerem Abraham. El Tajkemoní le resultaba extraño a su corazón laico-nacionalista y a su espíritu ilustrado y escéptico. El Colegio para los Hijos de los Trabajadores, por otra parte, era para él una turbia fuente de adoctrinamiento comunista y de lavado de cerebro proletario. No le quedó otro remedio que sopesar el peligro negro con el peligro rojo y elegir al final el menor de los males.

Después de serias dudas y en contra de la opinión de mi madre, mi padre decidió enviarme al Tajkemoní: creía que no había motivos para temer que ese colegio me convirtiera en un niño religioso, pues el fin de la religión estaba cerca, el progreso la estaba dejando atrás con gran celeridad, y aun suponiendo que consiguieran hacer de mí por algún tiempo un pequeño clérigo,

enseguida saldría al mundo y me quitaría de encima todo ese polvo arcaico, y la observancia de los preceptos se me pasaría sin dejar rastro, del mismo modo que desaparecerían en pocos años los creyentes y sus sinagogas, y pronto no quedaría de ellos más que un pálido recuerdo folclórico.

En el Colegio para los Hijos de los Trabajadores estaba agazapada, según mi padre, una peligrosa amenaza espiritual: la ola roja estaba inundando nuestra tierra, se estaba extendiendo por todo el mundo, y el adoctrinamiento socialista era un abismo del que era imposible salir. Si les enviamos al niño, al instante le lavarán el cerebro y le llenarán la cabeza con todas esas patrañas de Marx, y enseguida le convertirán en un bolchevique, en un pequeño soldado de Stalin, lo arrojarán a uno de sus kibbutzim, y de allí no hay vuelta atrás («quien entra no vuelve a salir», decía mi padre).

Pero el camino desde nuestra casa a la escuela Tajkemoní, que era también el camino al Colegio para los Hijos de los Trabajadores, pasaba a los pies del campo Schneller. Desde las garitas que estaban en lo alto de los muros, fortificadas con sacos de arena, a veces algunos soldados ingleses nerviosos, o que odiaban a los judíos, o que simplemente estaban borrachos, disparaban a la gente que pasaba por la calle. En una ocasión empezaron a disparar con una ametralladora y mataron al burro del lechero, porque temían que las cántaras de leche contuvieran material explosivo, como había ocurrido en el hotel Rey David. Una o dos veces los conductores ingleses también habían atropellado con las ruedas de sus potentes *jeeps* a varios transeúntes que no se habían apresurado a dejarles libre la carretera.

Eran los días posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los días de la clandestinidad y el terrorismo, de la voladura de las comandancias británicas, de las cargas que los miembros del Etzel pusieron en los bajos del hotel Rey David, los ataques a la jefatura de policía en la calle Mamila y a las instalaciones del ejército y de la policía.

Mis padres decidieron, por tanto, retrasar otros dos años la frustrante elección entre el oscurantismo medieval y la trampa stalinista, entre el Tajkemoní y el Colegio para los Hijos de los Trabajadores, y enviarme de momento a hacer primero y segundo a La Patria del Niño, dirigida por la maestra Isabel Najlieli: la gran ventaja de esa escuela casera llena de gatos radicaba en que estaba a escasa distancia de nuestra casa: se salía del patio, se giraba a la izquierda, se pasaba por la puerta de la familia Lemberg y por la tienda del señor Auster, se cruzaba con cuidado la calle Amós frente a la terraza de la familia Zarhi, se bajaban unos treinta metros más por la calle Zacarías, se volvía a cruzar con cuidado y se llegaba: una tapia repleta de pasionarias trepadoras y un gato blanco y gris, el gato de guardia, maullándote desde la ventana para anunciar tu llegada. Veintidós escalones y ya podías colgar la cantimplora en el gancho de la entrada de la escuela más pequeña de Jerusalén, dos aulas, dos maestras, una docena de alumnos y nueve gatos.

Cuando terminé primero pasé de repente del dominio trepidante de la Maestraisabel, la pastora de gatos, a las manos frías y mudas de la Maestrazeldadesegundo (también todo junto, pero sin gatos. Irradiaba una especie de halo de autoridad azul ceniza que de inmediato me atrajo hacia ella).

La Maestrazelda hablaba en un tono tan bajo que, si queríamos oírla, no bastaba con que nos callásemos, teníamos que inclinarnos hacia delante sobre las mesas. Por tanto, permanecíamos inclinados hacia delante todo el tiempo, desde la mañana hasta el mediodía, porque no queríamos perdernos ni una palabra: todo lo que decía la Maestrazelda era interesante y algo inesperado. Como si estuviésemos aprendiendo con ella un idioma nuevo, no muy distinto al hebreo y, pese a todo, diferente e inquietante: a las montañas a veces las llamaba serranías. A las estrellas, astros. Las profundidades eran abismos y los bosques, florestas, y normalmente llamaba a cada árbol por su nombre. Si expresabas en clase una idea que le gustaba, la Maestrazelda te señalaba con el dedo y decía en voz baja: Mirad todos, por favor, aquí hay un niño rebosante de luz. Si una de las chicas soñaba despierta, la Maestrazelda nos explicaba que, del mismo modo que el hombre no es culpable de no poder dormir, tampoco se podía culpar a Noa de no poder estar despierta algunas veces.

A la burla, a cualquier tipo de burla, la Maestrazelda la llamaba veneno. A la mentira la llamaba caída o ruptura. A la pereza la llamaba plomo y al cotilleo, ojos de la carne. Al orgullo lo llamaba quemarse las alas y a la renuncia, incluso a la más mínima renuncia, hasta la renuncia a borrar o a repartir a los compañeros las hojas de dibujo, a toda renuncia la llamaba chispa. Dos o tres semanas antes de la fiesta de Purim, que para nosotros era la fiesta más importante de todas, de repente dijo en clase: Puede que este año no haya Purim. Puede que la apaguen por el camino.

¿Apaguen? ¿La fiesta? ¿Pero cómo era posible? Fuimos presas del pánico: no sólo era el miedo a que Purim se echara a perder sino un oscuro terror ante esas fuerzas poderosas y ocultas, unas fuerzas de cuya existencia no nos habían hablado hasta ese día, capaces si querían de encender y apagar las fiestas, como si las fiestas no fueran más que cerillas.

La Maestrazelda, por su parte, no se tomó la molestia de entrar en detalles y sólo insinuó que el apagado o no apagado de la fiesta dependía sobre todo de ella: ella misma estaba unida de algún modo a esas fuerzas invisibles que separaban la fiesta y la no fiesta, lo sagrado y lo profano. Y por tanto era mejor para nosotros, eso nos decíamos unos a otros, si queríamos que la fiesta de Purim no se apagara, que nos esforzáramos más en hacer lo poco que estaba en nuestras manos para hacer que la Maestrazelda estuviera de buen humor. Nada es poco, dijo la Maestrazelda, nada es poco para quien no tiene nada.

Recuerdo sus ojos: despiertos y cálidos, guardianes de un secreto, pero no alegres. Unos ojos judíos con un corte algo tártaro.

A veces interrumpía la clase y nos mandaba a todos a jugar al patio, pero hacía que se quedaran con ella dos elegidos dignos de continuar. Los exiliados del patio no disfrutaban de la hora libre sino que envidiaban a los elegidos.

A veces se acababa el tiempo, la clase de la Maestraisabel se había ido a casa hacía un buen rato, los gatos liberados invadían toda la casa, las escaleras y el patio, y sólo nosotros seguíamos como olvidados bajo las alas de las historias de la Maestrazelda, inclinados hacia delante sobre las mesas para no perdernos ni una palabra, hasta que alguna madre preocupada, con un delantal encima de la falda, venía y se quedaba en la puerta, en jarras, esperando primero con impaciencia y después con un estupor que iba convirtiéndose en curiosidad, como si en ese preciso instante también aquella madre hubiese vuelto a ser una niña maravillada, inclinada hacia delante como nosotros para no perderse el final de la historia de la nube perdida, la desdichada nube cuyo manto se enganchó en los rayos de una estrella de oro.

Si decías en clase que querías contarle algo a todos, aunque el tema no viniera a cuento, la Maestrazelda enseguida te hacía levantar y sentarte en su mesa, en la mesa del profesor, y ella se sentaba en tu sitio, en el pupitre. Así te ascendía con un salto prodigioso al puesto de maestro, con la condición de que contaras algo con sentido o hicieras alguna observación interesante. Si conseguías interesarla a ella, o a la clase, podías continuar sentado; por el contrario, si decías tonterías o sólo intentabas llamar la atención y no tenías nada que contar, la Maestrazelda cortaba por lo sano con su tono de voz frío y tranquilo, un tono carente de cualquier atisbo de risa o frivolidad:

–Pero eso es un poco estúpido.

O:

–Basta ya de decir tonterías.

O también:

–Ya es suficiente: te estás poniendo en ridículo.

Afligido y avergonzado, volvías entonces a tu sitio.

Muy pronto aprendimos a tener cuidado: hablar a muchos pesó, y haber callado a ninguno. Palabras vanas, cáscaras de avellanas. No intentes nunca ser el centro de atención si no eres capaz de decir algo coherente. Es cierto, es agradable y hasta vertiginoso ser maestro durante un rato y sentarse en la mesa del maestro, pero la caída puede ser rápida y dolorosa. La vanidad y la presunción causan vergüenza. Antes de hablar en público es mejor prepararse. Más vale callar que mal hablar: el callar y el hablar no caben en un lugar.

Fue mi primer amor: una mujer soltera de unos treinta años, la Maestrazelda, la señorita Schneorson. Aún no tenía ocho años y ya me arrebató por completo, agitó en mí un metrónomo interior que hasta entonces había estado parado y que desde entonces no ha dejado de moverse.

Me despertaba por la mañana y, con los ojos aún cerrados, la imaginaba enfrente de mí. Me vestía y desayunaba muy deprisa sólo para terminar, abrochar, cerrar, coger y correr directamente hacia ella. Mi cerebro estaba derretido de tanto esfuerzo por elegir y prepararle cada día nuevos y hermosos razonamientos que le dirigía a ella para que me acercaran la luz de su mirada, y para

que me señalara y dijera: Entre nosotros esta mañana hay un niño rebosante de luz.

Ebrio de amor me sentaba cada mañana en su clase. O muerto de celos. Constantemente intentaba descubrir cuáles de mis encantos atraían su favor. Y tramaba cómo destruir los encantos de los demás, cómo distanciarlos de ella.

Al mediodía volvía de la escuela, me tumbaba en la cama e imaginaba que sólo estábamos ella y yo.

Amaba el color de su voz, el olor de su sonrisa y el sonido de sus vestidos (de manga larga y casi siempre de color marrón, azul oscuro, grisáceo, y encima un sencillo collar de color marfil, o a veces un pañuelo de seda de un tono suave). Al final del día cerraba los ojos, me tapaba hasta la cabeza con la manta y me la llevaba conmigo. En sueños la abrazaba y ella estaba a punto de besarme en la frente. Una aureola de luz la rodeaba y me iluminaba también a mí, para que fuera un niño rebosante de luz.

Ya sabía lo que era el amor: había devorado montones de libros, libros para niños, libros para jóvenes y también libros que no se consideraban apropiados para mí. Igual que un niño ama a su padre y a su madre, así nos enamoramos, al crecer un poco, de alguien de otra familia. Una completa desconocida que, de repente, como cuando se encuentra un tesoro en una cueva del monte de Tel Arza, cambia la vida del enamorado. Y sabía por los libros que en el amor, como en la enfermedad, no se come ni se duerme, y realmente yo casi no comía, aunque por las noches dormía profundamente e incluso durante el día esperaba que oscureciera para irme a dormir. Ese sueño profundo no coincidía con los síntomas del amor que describían los libros, y no estaba totalmente seguro de si estaba enamorado como los adultos, pues en tal caso debía sufrir de insomnio, o de si mi enamoramiento era sólo un enamoramiento infantil.

Y sabía por los libros y las películas que habíamos visto en el cine Edison, y sabía también de oídas, que detrás del enamoramiento, al otro lado, como más allá de las montañas de Moab que se ven enfrente de Har Hatzofim, se extendía otro paisaje, un paisaje completamente diferente, amenazador, que no se veía desde aquí, y puede que fuera mejor así. Algo anidaba allí, peludo, vergonzoso, algo que tenía que ver sólo con la oscuridad. Y que tenía que ver con la fotografía que tanto había intentado olvidar, aunque a la vez había tratado de recordar un detalle que casi no me dio tiempo a ver, la foto que el prisionero italiano me enseñó a través de la alambrada y que casi no vi porque huí de allí. Y tenía que ver también con prendas de vestir que llevan las mujeres pero no nosotros, ni tampoco la niñas de la clase. En la oscuridad vivía y se movía algo más, algo húmedo y lleno de vello, algo que por una parte era mejor para mí no conocer y que, por otra parte, si no lo conocía, al final resultaría que mi enamoramiento sería simplemente un enamoramiento infantil.

El enamoramiento de los niños es otra cosa, no duele ni es vergonzoso, como el de Yoabi por Noa o el de Ben Ami por Noa o incluso como el de Noa por el hermano de Abner. Pero en mi caso no se trataba de una chica de clase o alguien del barrio de mi misma edad o sólo algo mayor, como la hermana mayor de Yoazar: en mi caso era un enamoramiento por una mujer. Y era mucho más terrible porque era maestra. La maestra de mi clase. Y no había nadie en el mundo a quien poder preguntar sobre eso sin recibir una bofetada de burla. A la burla la llamaba veneno. Y a la mentira la llamaba ruptura o caída. Al desengaño lo llamaba pena, o pena de soñadores. Y al orgullo, quemarse las alas. Y precisamente a la vergüenza la llamaba imagen de Dios.

¿Y yo? Yo, a quien a veces señalaba en clase y llamaba niño rebosante de luz, ¿ahora por su

culpa estaba rebosante de oscuridad?

De repente no quise volver a ir a la escuela La Patria del Niño. Quería una escuela de verdad, con aulas, una campana y patio, no en la casa de los Najlieli, llena de gatos, sino una escuela sin pelos de gato por todas partes, había hasta en el servicio y se te pegaban al cuerpo por debajo de la ropa, y sin la eterna peste a orín de gato rancio y reseco debajo de algún mueble. Una escuela de verdad, donde la directora no viniera de repente a limpiarte los mocos y no tuviese un marido que fuera cajero en una tienda de ultramarinos, donde no me llamasen rebosante de luz. Una escuela sin enamoramientos y todo eso.

Y después de una discusión entre mis padres, una discusión en voz baja, en ruso, una discusión en un extraño guachi guachi en la que al parecer venció mi padre, se decidió que al acabar segundo en La Patria del Niño, después de las vacaciones de verano, iría a estudiar tercero al Tajkemoní y no al Colegio para los Hijos de los Trabajadores: entre los dos males, era preferible el negro al rojo.

Pero entre el Tajkemoní y yo aún había un verano entero de amor.

—¿Cómo?, ¿vuelves a ir a casa de la Maestrazelda? ¿A las siete y media de la mañana? ¿Es que no tienes amigos de tu edad?

—Es que ella me ha invitado. Ella ha dicho que vaya cuando quiera, incluso todas las mañanas.

—Ha dicho. Está muy bien que lo haya dicho. Pero, por favor, dime una cosa, ¿no crees que no es muy normal que un niño de ocho años esté todo el rato pegado a las faldas de su maestra? ¿De su antigua maestra, de hecho? ¿Todo el día? ¿A las siete de la mañana? ¿Y encima estando de vacaciones? ¿No te parece un poco excesivo? ¿No es incluso de mala educación? ¡Piensa en eso, por favor! ¡Sé razonable!

Cambiaba el peso de una pierna a otra, impaciente, esperando el final del sermón, y entonces soltaba:

—¡Vale, está bien! ¡Lo pensaré! ¡Seré razonable! —y lo decía corriendo y volando ya sobre alas de águila hacia el patio de su casa en el bajo de la calle Sofonías, frente a la parada del autobús número 3, frente al jardín de la señora Jasia, detrás del lechero, el señor Langerman, con las grandes cántaras de hierro que llegaban a nuestras tristes callejuelas directamente desde las montañas de Galilea, o las llanuras rebosantes de sol, directamente desde los campos del remoto valle de la noche, espéranos, tierra mía, en los extensos campos de trigo, rocío abajo y luna arriba, directamente desde Bet Alfa hasta Nahalal.

Pero la luna estaba aquí: la Maestrazelda era la luna. Allí, en los valles, en Sharón y en Galilea, se extendían las tierras del sol, el venerado dominio de los fuertes y curtidos. No aquí. Aquí, en la calle Sofonías, incluso en una mañana de verano reinaban las sombras de una noche de luna.

Todos los días, antes de las ocho de la mañana, ya estaba plantado junto a su ventana, con el pelo humedecido con un poco de agua y la camisa limpia y bien sujeta por el cinturón de los pantalones, sin ningún pico por fuera. Me ofrecía con mucho gusto a ayudarla en todo lo que tuviera que hacer por la mañana: ir en su lugar a la frutería y a la tienda de ultramarinos, barrer un poco el suelo del patio, regar las latas de los geranios, tender la escasa colada en la cuerda o recoger la ropa seca, sacarle una carta del buzón, que tenía la cerradura oxidada. Ella me ofrecía

un vaso de agua, a la que no llamaba simplemente agua, sino agua pura. A los bollos los convertía en repostería. La tierra del patio se volvía polvo. Al viento ligero del oeste lo llamaba brisa marina, y al del este lo llamaba de levante. Cuando esos vientos pasaban entre las agujas de los pinos, no sólo movían las agujas, las agitaban.

Cuando terminábamos las escasas tareas domésticas, sacábamos dos taburetes de enea y nos sentábamos en el patio trasero debajo de la ventana de la Maestrazelda, mirando hacia el norte, hacia la academia de policía y el pueblo árabe llamado Shuafat. Viajábamos sin viajar: yo, que era un niño-mapa, sabía que detrás de la mezquita de Nebi Samuel, que estaba en las altas y lejanas montañas que aparecían ante nuestros ojos, se ocultaba el valle de Bet Jorón, y sabía que tras él se extendían la tierra de Benjamín y la tierra de Efraín, Samaria, y después estaba el monte Guilboa y después los valles del Tabor y Galilea. Jamás había estado en esos lugares: una o dos veces al año íbamos a Tel Aviv a pasar alguna fiesta, dos veces había estado en el barracón cubierto con tela asfáltica de la abuela y del abuelo a las afueras de Kiriat Motzkin; aparte de Haifa y la ocasión en que fui a Bat Yam, no había visto nada. Por supuesto no había visto los maravillosos lugares que la Maestrazelda me dibujaba con palabras, el río Harod, las montañas de Safed y las riberas del Kinneret.

El verano que seguiría a nuestro verano, Jerusalén sería bombardeada desde las cimas de las montañas frente a las cuales nos sentábamos cada mañana. Junto al pueblo de Bet Iksa y al monte Nebi Samuel se atrincherarían cañones de la artillería inglesa, que estaba al servicio de la Legión árabe jordana, y lanzarían miles de balas sobre la ciudad asediada y hambrienta. Y, al cabo de muchos años, todas esas colinas que teníamos enfrente se llenarían de bloques de viviendas hacinados, Ramot Eshkol, Ramot Elón, Maa - lot Dafne, Guivat Hatijmoshet, Guivat Hamivtar, Guivat Tzerfatit, y todas las colinas se derretirán, como dijo el profeta Amós. Pero en el verano del 47 aún eran colinas pedregosas y abandonadas, pendientes moteadas de rocas claras y arbustos oscuros. De vez en cuando el ojo se detenía en algún pino solitario, viejo y tenaz, encorvado por culpa de los fuertes vientos del invierno que le habían doblado la espalda para siempre.

Me leía lo que tal vez tenía intención de leer ella sola esa mañana: cuentos hasídicos, leyendas, oscuras historias sobre santos cabalistas capaces de hacer combinaciones matemáticas, prodigios y milagros. A veces, si no se andaban con mil ojos al intentar salvarse a sí mismos, a los pobres y oprimidos o a todo el pueblo de Israel, aquellos cabalistas místicos provocaban terribles desgracias causadas siempre por algún error en las combinaciones o por una partícula impura que se colaba en sus sagradas intenciones.

A mis preguntas contestaba con respuestas inesperadas, extrañas, unas respuestas que a veces me sonaban algo caóticas y que amenazaban con tirar por tierra las sólidas y fuertes bases de la lógica de mi padre.

O todo lo contrario: a veces me sorprendía con una respuesta obvia y sencilla que, sin embargo, saciaba como el pan negro. Incluso lo más obvio, en ella resultaba algo inesperado. Y yo la quería y estaba atado a ella, porque había algo extraño y turbador, temible en cierto modo, en casi todo lo que hacía y decía: «Los pobres de espíritu», por ejemplo, de los cuales me dijo que pertenecían a Jesús de Nazaret, pero también que entre nosotros, en Jerusalén, había mucha

pobreza de espíritu, y no precisamente en el sentido al que ese hombre se refería. O los «mudos de espíritu» que aparecen en el poema de Bialik «Estaré con vosotros», que de hecho no son otros que los 36 justos ocultos de los que depende el mundo. Y en otra ocasión me leyó el poema de Bialik sobre su padre, un alma pura cuya vida estuvo rodeada de la mugre de la taberna sin que la inmundicia y la impureza pudieran contaminarle. Sólo contaminaron, y cómo, a su hijo poeta, según describe el propio Bialik en los dos primeros versos del poema «Mi padre», dos versos en los que habla sólo de sí mismo y de su impureza antes de empezar a hablarnos de su padre. Y en su opinión era extraño que los eruditos no se hubieran dado cuenta de que el poema sobre la pureza del padre comenzara precisamente con una amarga confesión sobre la vida impura del hijo.

O a lo mejor no lo dijo así: yo no estaba allí con un lápiz y un cuaderno, y no anoté lo que me dijo. Y desde entonces han pasado más de cincuenta años. Mucho de lo que le oí a Zelda aquel verano estaba por encima de mi capacidad de comprensión. Pero cada día ella iba elevando un poco más el listón de mi entendimiento. Recuerdo, por ejemplo, que me hablaba de Bialik, de su infancia, de sus desilusiones y de su dura vida. Y también de cosas que no eran propias de mi edad. Entre otros muchos poemas me leyó el poema «Mi padre», y me habló de la pureza y la impureza.

¿Pero qué me dijo exactamente?

Ahora, en mi habitación de Arad, un día de verano de finales de junio de 2001, intento reconstruir, o mejor dicho adivinar, evocar, crear casi de la nada, como los disecadores del museo de ciencias naturales, que hacen un dinosaurio completo partiendo de dos o tres huesos.

Me gustaba la forma en que la Maestrazelda ponía una palabra junto a otra: a veces ponía una palabra común, cotidiana, junto a otra también normal y corriente, y de pronto al combinarse, al estar la una junto a la otra, dos palabras normales que no están habituadas a estar juntas, experimentaban una especie de descarga eléctrica que enardecía mi espíritu deseoso de milagros léxicos. Aquí están algunos versos sueltos de uno de sus poemas, «En el viejo colegio para ciegos»:

*por qué me asusto del desprecio de las montañas...
mi alma llega como un ave/ de la tierra del fruto
que no ha probado...
el jardín nocturno ha roto su voto con la mórbida
oscuridad...
por primera vez pienso/ en la noche, donde las estrellas
y los astros son
un rumor...*

Y del mismo poema, una estrofa completa, la última:

*Cuándo entenderé que su oscuridad
está llena de señales,
que no sé nada de los viajes de su alma
hacia lo asombroso, lo profundo, lo luminoso,
hacia lo imposible.*

Zelda aún no estaba casada ese verano, pero a veces aparecía un hombre en el patio, a mí me resultaba mayor, por su aspecto parecía religioso. Cuando pasaba entre nosotros, rompía sin darse cuenta la invisible tela matutina tendida entre ella y yo. A veces me dedicaba un movimiento de cabeza con un amago de sonrisa, y cuando permanecía de pie, dándome la espalda, entablaba con la Maestrazelda una conversación que duraba mil años o más. Desesperante. Y en yiddish, para que yo no entendiese ni una palabra. Dos o tres veces consiguió sacarle una carcajada, una risa infantil que yo jamás logré provocarle. Ni siquiera en sueños. Ella le regalaba a aquel hombre monedas de risa. Y yo, en mi pobreza, me imaginaba mientras tanto, con precisión y detalle, la ensordecedora hormigonera que llevaba varios días dando vueltas en la calle Malaquías: arrojaría a esa hormigonera, al amanecer, el cuerpo del que la divertía, después de matarlo a medianoche.

Era un niño de palabras. Un hablador infatigable. Antes de abrir los ojos por la mañana ya empezaba la conferencia que duraba casi sin interrupción hasta que se apagaba la luz por la noche, e incluso continuaba dentro del sueño.

Pero no tenía a nadie que me escuchara: a los niños de mi edad, todo lo que decía les sonaba a bantú o a guachi guachi, y los adultos también daban discursos, igual que yo, de la mañana a la noche, aunque nadie prestara atención. Nadie se escuchaba por aquellos días en Jerusalén. Y puede que ni siquiera nadie se escuchase a sí mismo (excepto el buen abuelo Alexander, que sabía escuchar y disfrutaba mucho de los frutos que eso le reportaba, pero sólo escuchaba a las mujeres. No a mí).

En todo el mundo no había, por tanto, un oído libre para escucharme, excepto en muy contadas ocasiones. Y cuando se dignaban a prestarme atención, se cansaban de mí a los tres o cuatro minutos, aunque por educación seguían haciendo que escuchaban y a veces incluso fingían divertirse.

Sólo la Maestrazelda me escuchaba: y no como una tía buena que, con paciencia y por piedad, presta su experto oído para que lo atruene un joven excitado que enseguida pierde la compostura. No. Ella me escuchaba con calma y seriedad, como aprendiendo de mí cosas que le agradaban o despertaban su curiosidad.

Y más aún: la Maestrazelda me trataba con tanto respeto que, cuando quería que hablara, atizaba mi fuego delicadamente, echando ramas a la hoguera, pero, cuando ya tenía suficiente, no dudaba en decir:

–Es suficiente por ahora. Deja de hablar.

Los demás dejaban de escuchar al cabo de tres minutos, pero me permitían hablar y hablar todo lo que quisiera, incluso una hora entera, y mientras tanto pensaban en sus cosas haciendo que escuchaban.

Todo eso pasó al terminar segundo, después de acabar la escuela La Patria del Niño y antes de entrar en el colegio Tajkemoní. Tenía ocho años y ya estaba acostumbrado a leer periódicos, boletines y revistas de todo tipo, aparte de los cien o doscientos libros que había devorado hasta entonces (casi todo lo que caía en mis manos y casi sin criterio: rastreaba la biblioteca de mi padre y a cualquier libro que estuviese escrito en hebreo moderno le clavaba los dientes e intentaba digerirlo en mi rincón).

También escribía poemas: sobre los batallones hebreos, sobre las guerras de la resistencia,

sobre Yehoshua Ben Nun, sobre un escarabajo aplastado y sobre la tristeza del otoño. Se los mostraba por las mañanas a la Maestrazelda, que los trataba con cuidado, como siendo consciente de su responsabilidad. Lo que dijo de cada poema no lo recuerdo. También he olvidado aquellos poemas.

Pero no he olvidado lo que me dijo de la poesía y de las voces: no de las voces de las alturas que hablan al alma del poeta, sino del hecho de que distintas palabras crean distintas voces, distintos sonidos: *ivshah*, murmullo, es una palabra susurrante, *tzerimah*, disonancia, es una palabra chirriante, la palabra *nehamah*, rugido, tiene un sonido grave y bajo, la palabra *tzlil*, tono, tiene un sonido agradable y la palabra *hemyah*, estruendo, vibra. Y así muchas más. Tenía un repertorio completo de palabras y sus sonidos, y ahora le estoy pidiendo a la memoria más de lo que es capaz de hacer.

Tal vez eso también se lo oí decir a la Maestrazelda el verano en que estuvimos tan unidos: Si dibujas un árbol, dibuja sólo unas cuantas hojas. No hace falta dibujar todas las hojas. Y si es una persona, no es necesario dibujar cada cabello. Pero en eso no era consecuente, una vez me decía que, en su opinión, aquí o allá había escrito demasiado, y otra decía que aquí tal vez hubiera sido mejor escribir un poco más. ¿Pero cómo se sabe eso? Aún estoy esperando una respuesta.

La Maestrazelda me descubrió también un hebreo que jamás había oído, ni en casa del profesor Klausner, ni en mi casa, y tampoco en la calle ni en los libros que había leído hasta entonces: un hebreo extraño, anárquico, un hebreo de historias edificantes, de cuentos hasídicos y fábulas populares, un hebreo saturado de yiddish, sin reglas, donde se mezclaba el masculino con el femenino, el presente con el pasado, los pronombres con los adjetivos, un hebreo descuidado y confuso. ¡Pero qué vitalidad tenían aquellos relatos! Cuando se hablaba de nieve, el propio cuento parecía estar escrito con palabras hechas de nieve. Y cuando se hablaba de incendios, las propias palabras ardían. ¡Y qué extraña e hipnótica dulzura había en sus relatos sobre hechos milagrosos! Como si el escritor hubiese sumergido las letras en vino: las palabras se tambaleaban en la boca.

La Maestrazelda me mostró libros de poemas aquel verano, libros que en absoluto eran apropiados para mi edad: poemas de Lea Goldberg. Uri Zvi Greenberg. Poemas de Bat Miriam y Esther Raab. Poemas de Y. Tz. Rimón.

De ella aprendí también que a veces una palabra necesita un absoluto silencio a su alrededor: tener bastante espacio. Como un cuadro colgado en la pared, pues hay cuadros que no soportan a ningún vecino.

Aprendía mucho de ella, en clase y en su patio. Al parecer no le importaba compartir conmigo parte de sus secretos.

Pero sólo parte: por ejemplo, yo no tenía ni la más remota idea, ella ni siquiera me lo había insinuado, de que no era sólo mi querida maestra sino también la poetisa Zelda y de que algunos de sus poemas se habían publicado ya en suplementos y revistas de escasa repercusión. Y no sabía que, al igual que yo, era hija única. Y no sabía que estaba emparentada con Menahem Mendel Schneerson, que era sobrina del rabino de Lubavitch (el padre de él y el padre de ella eran hermanos). Y no sabía que también había estudiado dibujo, que había formado parte de una compañía de teatro y que ya había publicado varios poemas y textos en prosa poética. No podía imaginar que mi rival, el otro pretendiente, era el rabino Hayyim Mishkowsky, a quien por su

altura llamaban Hayyim el Largo, ni que dos años después de nuestro verano, de ella y mío, se casaría con ella, pero su vida no sería muy larga. No sabía nada de ella.

A comienzos del otoño del año 47 empecé a estudiar tercero en el colegio religioso para chicos Tajkemoní. Nuevas sensaciones llenaron mi vida. Y no me convenía seguir como un niño pequeño pegado a las faldas de una maestra de cursos inferiores: los vecinos arqueaban las cejas, los hijos de los vecinos habían empezado ya a burlarse de mí y hasta yo me burlaba de mí mismo en cierto modo: ¿Por qué tienes que ir corriendo a verla cada mañana? ¿Qué cara se te pondrá cuando dentro de poco todo el barrio empiece a hablar del niño loco que le recoge la ropa del tendedero, le barre el patio y a medianoche, con la salida de las estrellas, sueña con casarse con ella?

Unas semanas más tarde empezaron los enfrentamientos en Jerusalén, después llegaron la guerra, los bombardeos, el asedio y el hambre. Me alejé de la Maestrazelda: ya no iba corriendo a las siete de la mañana, limpio y con el pelo humedecido con un poco de agua, a sentarme en su patio. No le llevaba nuevos poemas escritos la tarde anterior. Si nos encontrábamos por la calle, le decía muy deprisa: «buenos-días-comoestá-maestra-zelda». Sin ningún tono interrogativo pronunciaba ese comoestá, y escapaba sin esperar respuesta. Me avergonzaba de todo lo que había pasado. Y también me avergonzaba de cómo de repente había terminado con ella, sin decirle que habíamos terminado y sin siquiera darle una explicación. Y también me avergonzaba de mis pensamientos, pues seguramente ella sabía que en mis pensamientos aún no había terminado con ella.

Después nos libramos por fin del barrio de Kerem Abraham. Nos trasladamos a Rehavia, la zona soñada por mi padre. Luego murió mi madre y yo me fui a vivir y a trabajar a un kibbutz. Quería dejar atrás Jerusalén. Las ataduras se rompieron. A veces me topaba con un hermoso poema de Zelda en alguna revista, y así deducía que seguía viva y seguía siendo una persona sensible. Pero tras la muerte de mi madre le tomé cierta aversión a los sentimientos y, sobre todo, quería alejarme de una vez por todas de las mujeres sensibles. Fuesen quienes fuesen.

El año en que se publicó mi tercer libro, *Mi querido Mijael*, que se desarrolla más o menos en nuestro barrio, salió también *Tiempo libre*, el primer libro de Zelda. Pensé escribirle unas líneas felicitándola, pero no lo hice. Pensé enviarle mi libro, pero no lo hice: ¿cómo podía saber si aún vivía en la calle Sofonías o si se había mudado a otro piso? Y, por otra parte, había escrito *Mi querido Mijael* para dar la espalda definitivamente a Jerusalén, no para relacionarme de nuevo con ella.

Entre los poemas de *Tiempo libre* descubrí a los familiares de la Maestrazelda, y también me encontré con algunos de nuestros vecinos. Después se editaron *El invisible Carmelo* y *Monte, fuego*, que enamoraron a miles de lectores y le hicieron merecedora del premio Brenner y del premio Bialik, así como de una fama abrumadora que la Maestrazelda, una mujer solitaria, debió de atravesar sin mirar a su alrededor.

Durante mi infancia, al final del Mandato Británico, toda Jerusalén estaba en casa escribiendo: por aquellos días casi nadie tenía radio, ni televisión, ni vídeo, ni *compact disc*, ni Internet, ni correo electrónico, y tampoco teléfono. Pero todo el mundo tenía un lápiz y un cuaderno.

La ciudad entera se cerraba a las ocho de la tarde por el toque de queda impuesto por los británicos, y las tardes en que no se cerraba, Jerusalén se encerraba voluntariamente, y sólo el viento, los gatos callejeros y los charcos de luz de las farolas se movían en las calles. Y también ellos se escabullían para ocultarse entre las sombras cuando patrullaba por allí un *jeep* inglés con un foco y una ametralladora. Las noches eran mucho más largas que hoy, porque el movimiento de rotación de la tierra era más lento, porque la fuerza de gravedad era mayor. La luz eléctrica era débil, porque todos eran pobres y ahorraban en bombillas y en iluminación. A veces estábamos horas o incluso días sin suministro eléctrico, y la vida transcurría a la luz de humeantes lámparas de queroseno. O a la luz de las velas. También las lluvias del invierno eran mucho más fuertes que ahora, y golpeaban las contraventanas cerradas junto con los puños del viento y el eco de los rayos y los truenos.

Cada tarde teníamos la misma ceremonia de clausura: mi padre salía a cerrar las contraventanas por fuera (porque sólo desde fuera se podían cerrar), se metía con gran coraje en las fauces de la lluvia, la oscuridad y los desconocidos peligros de la noche, igual que los peludos hombres de Neandertal, que dejaban con valor el calor de la cueva para conseguir una presa o defender a las mujeres y a los niños. O como el pescador del libro *El viejo y el mar* salía mi padre solo al abismo de las fuerzas desbocadas de la naturaleza, se cubría la cabeza con una especie de saco vacío y se lanzaba a lo desconocido.

Cada tarde, cuando mi padre regresaba tras la maniobra de las contraventanas, cerraba por dentro la puerta y ponía la tranca (en las jambas, a ambos lados de la puerta, había dos ganchos metálicos, y allí metía mi padre la barra plana de hierro que aseguraba la puerta contra asaltantes y enemigos). Los gruesos muros de piedra nos protegían de todo mal, así como las contraventanas de hierro y el monte oscuro que se erguía justo detrás de la pared trasera, defendiéndonos como un gigantesco y silencioso guerrero. El mundo exterior quedaba bien encerrado fuera, y dentro, en la cámara acorazada, estábamos sólo nosotros tres, la estufa y las paredes recubiertas de libros desde el suelo hasta el techo. Así se clausuraba la casa cada noche y, como un submarino, se iba sumergiendo en el invierno. Pues muy cerca de nosotros de repente se acababa el mundo: al salir del patio hacia la izquierda, había unos doscientos metros hasta el final de la calle Amós, y de nuevo a la izquierda, unos trescientos metros más hasta la última casa de la calle Sofonías, y allí estaba el final de la carretera, el final de la ciudad y el final del mundo: a partir de allí sólo había pendientes rocosas en la densa oscuridad, desfiladeros, cuevas, montañas peladas, valles, pueblos de piedra azotados por la lluvia y la penumbra, Lifta, Shuafat, Bet Ikka, Bet Janina, Nebi Samuel.

Por tanto, todos los habitantes de Jerusalén se encerraban cada tarde en sus casas como nosotros y escribían: los profesores de Rehavia, los estudiosos de Talpiot, los eruditos de Bet Hakerem, los investigadores de Kiriath Shmuel, los poetas, los escritores, los ideólogos, los rabinos, los revolucionarios, los apocalípticos y los filósofos. Si no escribían libros, escribían artículos. Si no escribían artículos, componían rimas o todo tipo de fascículos, panfletos y folletos. Y si no escribían octavillas ilegales contra los ingleses, escribían cartas al director. O se escribían cartas unos a otros. Toda Jerusalén se pasaba las tardes inclinada sobre una hoja de papel, corrigiendo, borrando, escribiendo y puliendo: el tío Yosef y el señor Agnón, el uno frente al otro, a ambos lados del callejón de Talpiot. El abuelo Alexander y la Maestrazelda. El señor Zarhi y el señor Abramsky, el profesor Buber, el profesor Scholem y el profesor Bergman, el señor Toren, el señor Netanyahu y el señor Woislavsky, y quizás también mi madre. Mi padre

investigaba y descubría motivos del sánscrito que habían penetrado en la épica nacional lituana. O la influencia homérica en la poesía bielorrusa. Como si desde nuestro pequeño submarino hiciera emerger por las noches un periscopio y mirara hacia Dantzig o Eslovaquia. Y también el vecino de la derecha, el señor Lemberg, estaba escribiendo sus memorias en yiddish, y seguramente también los vecinos de la izquierda, los Bijovsky, escribían cada tarde, y los Rosendorf, los vecinos de arriba, y los Stich, del edificio de enfrente. Sólo el monte, nuestro vecino de atrás, permanecía siempre mudo. No escribía ni una sola línea.

Los libros eran la fina mecha vital que unía nuestro submarino con el mundo exterior. Nos rodeaban las montañas, las cuevas y los desiertos, los ingleses, los árabes, la resistencia, ráfagas de disparos en la noche, explosiones, emboscadas, detenciones, registros y un asfixiante terror ante lo que nos depararían los días siguientes. Entre todo eso se abría paso el fino tubo vital hacia el mundo verdadero: en el mundo verdadero estaban el lago y el bosque, la cabaña, el pastizal y la dehesa, y también el palacio con torreones, voladizos y tímpanos. Y estaba también el *foyer*, con abundante oro, terciopelo y cristal, iluminado con luces tan resplandecientes como el séptimo cielo.

Por aquellos años, como he dicho, esperaba crecer y convertirme en libro.

No en escritor, sino en libro. Por miedo.

Pues todo aquel cuyos familiares no habían llegado a Palestina tuvo que admitir finalmente que los alemanes los habían matado a todos. Había en Jerusalén un miedo que la gente se esforzaba en enterrar en lo más profundo de su pecho. Los tanques de Rommel casi habían llegado a Eretz Israel. Los aviones italianos habían bombardeado durante la guerra Tel Aviv y Haifa. Y quién sabe que más nos harían los británicos antes de irse. Y, después de su marcha, una multitud de árabes sedientos de sangre, millones de musulmanes exaltados, se alzarían y en unos cuantos días nos masacrarían a todos. No dejarían con vida ni a un solo niño.

Por supuesto los adultos se esforzaban en no hablar de ese terror en presencia de los niños. Y en cualquier caso, nunca en hebreo. Pero a veces se les escapaba alguna palabra. O alguien gritaba en sueños. Las casas eran pequeñas y opresivas como jaulas. Por la noche, después de apagar la luz, oía sus murmullos en la cocina mientras se tomaban un té con galletas, y podía captar palabras como Chelmno, nazis, Vilna, partisanos, *aktion*, campos de exterminio, trenes de la muerte, el tío David, la tía Malka y también el pequeño Daniel, el primo de mi edad.

De alguna forma el miedo te traspasaba: los niños de tu edad no siempre crecen. Muchas veces los matan en la cuna. O en la guardería. En la calle Nehemías a un encuadernador de libros le ha dado un ataque de nervios, ha salido al balcón y ha empezado a gritar, judíos, salvaos, daos prisa, pronto nos quemarán a todos. El aire estaba saturado de terror. Y yo posiblemente había comprendido lo fácil que era matar a las personas.

Es cierto que no es difícil quemar los libros, pero a pesar de todo, si crecía y me convertía en libro, tenía la posibilidad de que un ejemplar perdido consiguiera salvarse, aquí o en otro país, en alguna ciudad, en alguna biblioteca remota, en el rincón de un estante olvidado por Dios: yo había visto con mis propios ojos cómo los libros consiguen esconderse, introducirse en la oscuridad del polvo entre tomos apretados, debajo de montones y montones de fascículos y revistas, y encontrar un escondite oscuro detrás de otros libros...

Unos treinta años después, en 1976, me invitaron a pasar un par de meses en Jerusalén para dar algunas conferencias en la Universidad Hebrea. La universidad me proporcionó un estudio en Har Hatzofim y allí escribí por las mañanas el relato «El señor Levi», que forma parte del libro *La colina del Mal Consejo*. El relato transcurre en la calle Sofonías al final del Mandato Británico, y por eso iba a pasear por la calle Sofonías y las calles circundantes para ver lo que había cambiado: la escuela privada La Patria del Niño se había cerrado hacía tiempo. Los patios estaban llenos de chatarra. Los árboles frutales agonizaban. Los maestros, los funcionarios, los traductores, los cajeros, los encuadernadores de libros, los filósofos domésticos, los redactores de cartas al director, casi todos se habían ido del barrio, que con el paso de los años se había llenado de ultraortodoxos pobres. Casi todos nuestros vecinos habían desaparecido de los buzones. Sólo a la señora Stich, la madre inválida de Menujele Stich, la niña encorvada a la que llamábamos Nemujele, «pequeñaja», la vi una vez de lejos, dormitando sobre un taburete en un rincón de un patio descuidado, no muy lejos de los cubos de basura. En todas las paredes gritaban anuncios afónicos que agitaban escuálidos puños y amenazaban a los pecadores con diversas penas de muerte: «Se han traspasado los límites de la decencia», «Hemos provocado una gran desgracia», «No toquéis a mis ungidos», «Las piedras gritan desde el muro contra el malvado decreto», «Contemplad, cielos, la terrible infamia que no ha tenido parangón en Israel», y cosas similares.

Hacía treinta años que no veía a mi maestra de segundo de la escuela privada La Patria del Niño, y de repente estaba ante el umbral de su casa. En lugar de la tienda del lechero, el señor Langerman, que nos vendía leche de unas cántaras de hierro redondas y pesadas, habían abierto en los bajos del edificio una tienda ultraortodoxa de artículos de mercería, telas, botones, presillas, cremalleras, barras para cortinas. Seguro que la Maestrazelda tampoco estaba ahí.

Pero entre los buzones destrozados aún estaba el suyo, ese buzón del que de niño sacaba las cartas porque la cerradura estaba oxidada y no se podía abrir. Ahora estaba reventado: alguien, seguramente un hombre, alguien más impaciente que la Maestrazelda y que yo, había roto del todo la puerta. También el nombre había cambiado: en lugar de «Zelda Schneorson» vi que ponía «Schneorson Mishkowsky»: sin Zelda, pero también sin guión y sin conjunción copulativa. ¿Y qué haría si era su marido quien me abría la puerta? ¿Qué podía decirle a él? ¿O a ella?

Estuve a punto de huir de allí, igual que uno de esos pretendientes sorprendidos que aparecen en las comedias (no sabía que se había casado, no sabía que se había quedado viuda, no era consciente de que me había ido de su casa a los ocho años y ahora volvía con treinta y siete, más

de los que tenía ella cuando la abandoné).

También en esa ocasión, como entonces, era muy temprano.

Tendría que haberla telefonado antes. O escribirle unas líneas. ¿Y si se enfadaba conmigo? ¿Y si no me había perdonado que la abandonase? ¿Que no diese noticias durante tanto tiempo? ¿Que no la felicitase cuando se publicaron sus libros ni cuando obtuvo los premios literarios? Puede que también ella, como otros habitantes de Jerusalén de toda la vida, me guardara rencor por el hecho de que en *Mi querido Mijael* yo hubiera escupido en el pozo del que antes bebí. ¿Y si había cambiado hasta lo irreconocible? ¿Y si ahora, al cabo de veintinueve años, era una mujer completamente distinta?

HE RENUNCIADO A MI DULZURA

*He renunciado a mi dulzura pero no correré
hacia la miel de los magos.
He renunciado a mi dulzura y mi casa es otra, otra,
pero también ahora
se oyen allí voces
celebraciones festivas
de otro tiempo.
No me he convertido en viento silbando en el vacío.
Voy a regar por tanto la pequeña flor
sedienta de agua
gira el corazón en su camino oscuro
y vuelve a Dios.*

Unos diez minutos estuve delante de su puerta, salí al patio, me fumé un cigarro o dos, toqué las cuerdas del tendedero de donde en otros tiempos recogía sus sobrias faldas marrones y grises. Localicé la baldosa agrietada que yo mismo rompí al intentar partir nueces con una piedra. Eché un vistazo a los tejados rojos del barrio de los bújaros, a las colinas abandonadas que eran nuestro tesoro. Pero ya no parecían colinas y no estaban abandonadas, sino abarrotadas de viviendas, Ramot Eshkol, Maalot, Dafne, Guivat Hamivtar, Guivat Tzerfatit y Guivat Hatajmoshet.

¿Pero qué le diría al entrar? ¿Hola, querida Maestrazelda? ¿Espero no molestar? ¿Soy fulano de tal? ¿Hola, señora Schneorson Mishkowsky? ¿Fui alumno suyo, a lo mejor aún se acuerda? ¿Perdone, sólo estaré unos minutos? ¿Me gustan sus poemas? ¿Aún tiene un aspecto magnífico? No, no he venido a entrevistarla.

No recordaba lo oscuras que son las pequeñas casas de Jerusalén que están en la planta baja, incluso en una mañana de verano. La oscuridad me abrió la puerta: una oscuridad llena de olores cálidos. Y desde la oscuridad, la voz fresca que recordaba, la voz de una tranquila joven enamorada de las palabras, me dijo:

–Ven, Amos, entra.

E inmediatamente después:

–Seguro que quieres que vayamos al patio.

Y después:

–La limonada fría te gusta con muy poco zumo.

Y después:

–Debo corregirme: antes te gustaba la limonada con muy poco zumo, pero ha podido haber algún cambio.

Aquella mañana, y nuestra conversación, las reconstruyo obviamente desde el recuerdo, es como intentar levantar un edificio antiguo a partir de siete u ocho piedras que siguen en pie. Pero entre las escasas piedras que quedan exactamente igual que estaban, no reconstruidas y no inventadas, están estas palabras: «Debo corregirme... ha podido haber algún cambio». Esas palabras exactamente me dijo Zelda aquella mañana de verano a finales de junio del 76. Veintinueve años después de nuestro verano de miel. Y otros veinticinco años antes de la mañana de verano en que estoy escribiendo esta página (en mi habitación de Arad, en un cuaderno lleno de tachaduras, el 30 de julio de 2001: es, por tanto, el recuerdo de una visita destinada a su vez a evocar recuerdos o a hurgar en viejas heridas. Con todos esos recuerdos mi trabajo es similar al de alguien que intenta construir algo con piedras de un edificio derruido, piedras que saca de entre las ruinas de lo que también fue, en su momento, un edificio hecho con piedras de un edificio derruido).

–Debo corregirme –dijo la Maestrazelda–, ha podido haber algún cambio.

Podría haberlo dicho de otras muchas formas. Podría, por ejemplo, haber dicho: puede que ya no te guste la limonada. O: ahora puede que sí te guste tomarla con mucho zumo. O también, lo más sencillo de todo, podía haber preguntado: ¿qué quieres tomar?

Era una persona precisa: su deseo era recordar enseguida, con alegría y sin la menor sombra de rencor, nuestro pasado privado, suyo y mío (limonada, sólo un poco de zumo), pero deseaba hacerlo sin subordinar el presente al pasado («ha podido haber algún cambio», así me otorgaba el derecho a elegir y hacía que recayera sobre mis hombros la responsabilidad de continuar, la responsabilidad de conducir la visita, pues había sido yo quien la había ideado).

Dije (seguro que con una sonrisa):

–Gracias, me encantaría tomar una limonada como antes.

Ella dijo:

–Eso creía, pero me ha parecido correcto preguntarlo.

Y después nos tomamos una limonada fría (en lugar del arcón del hielo había un pequeño frigorífico de un modelo antiguo y algo deteriorado). Recordamos algunos recuerdos. Ella había leído mis libros y yo los suyos, pero sólo le dedicamos a eso cinco o seis frases, como cruzando con cuidado un camino inseguro.

Hablamos de lo que había sido de Isabel y Getzel Najlieli. De otros conocidos comunes. De los cambios en el barrio de Kerem Abraham. También a mis padres y a su difunto marido, que había fallecido unos cinco años antes de mi visita, los mencionamos de pasada, pero enseguida volvimos a hablar de Agnón y puede que también de Thomas Wolfe (*Mira hacia casa, Ángel*, traducido al hebreo por aquella época, o puede que los dos lo leyéramos en inglés). A medida que mis ojos se iban acostumbrando a la penumbra que reinaba en la habitación, iba observando con estupor que todo seguía en el mismo sitio. El melancólico aparador marrón cubierto de cera oscura estaba en su rincón como un viejo perro doméstico. Detrás de los cristales dormitaban las tazas de la vajilla. En el aparador había fotografías de los padres de Zelda, que parecían más

jóvenes que ella, y también una de un hombre mayor que imaginé sería su marido, pero pese a todo pregunté quién era. Cuando se lo pregunté, de pronto sus ojos se iluminaron, brillaron con rebeldía juvenil, me sonrió como si en ese instante hubiésemos hecho alguna travesura, pero se contuvo y solamente dijo:

–Es Hayyim.

La mesa marrón y redonda se había encogido con los años y me parecía demasiado baja. En la vitrina había viejos libros religiosos con las tapas negras y desgastadas, y también algunos libros religiosos nuevos, grandes, con espléndidas cubiertas de piel con grabados en oro, la *Historia de la poesía hispano-hebrea* de Schirmann y muchos libros de poesía y prosa de la nueva literatura hebrea, sobre todo una larga fila de la editorial Hasifriah Laam. La vitrina, que de niño me parecía altísima, había menguado y me llegaba ahora a los hombros. Aquí y allá, en la estantería, en el aparador y en la repisa que estaba a la cabecera del sofá, había candelabros plateados para el Shabbat y la fiesta de Januká, pequeños adornos de madera de olivo o relieves de bronce, una planta mustia sobre la cómoda y una o dos más en el alféizar de la ventana. Una penumbra llena de olores cálidos lo envolvía todo: evidentemente era la habitación de una mujer religiosa. No era un lugar eremita, sino un lugar introvertido, reservado y, en cierto sentido, inquietante: sí, había habido algún cambio, para usar su misma expresión. No porque hubiera envejecido, tampoco porque se hubiese hecho famosa y fuese muy querida, sino tal vez por esto: se había vuelto seria.

Y desde entonces siempre fue una persona de precisión, de seriedad y de formalidad interior. Es difícil explicarlo.

Después de aquella visita no volví más. Oí que al final se trasladó a un barrio nuevo. Oí que con el paso de los años tuvo varias amigas mucho más jóvenes que ella y que yo. Oí que contrajo una grave enfermedad y que un sábado por la tarde, el año 1984, murió en medio de terribles dolores. Pero yo no regresé, no le escribí ni una carta, no le envié ni uno solo de mis libros y no volví a verla, excepto en alguna fotografía de los suplementos literarios y otra vez, el día de su muerte, durante menos de medio minuto, al final de las noticias de la televisión.

Cuando me levanté para despedirme me di cuenta de que el techo había descendido con los años. Casi me tocaba la cabeza.

Los años no la habían cambiado mucho. No estaba más fea, ni más gorda ni más arrugada, el brillo de sus ojos aún resplandecía como antes durante nuestra conversación, como un rayo que salía de ella y penetraba en mí descubriendo todos mis secretos. Y a pesar de todo había habido un cambio. Parecía que, durante las decenas de años que no la había visto, la Maestrazelda se había ido asemejando a su vieja casa.

Era como un candelabro de plata, como un candelabro iluminando con luz tenue un espacio oscuro. Me gustaría ser lo más preciso posible: en aquel encuentro tardío, Zelda me pareció la vela, el candelabro y el espacio oscuro. Esto escribí sobre ella en *El mismo mar*:

LO QUE QUERÍA Y LO QUE SÉ

*Aún recuerdo su habitación:
calle Sofonías. Entrada por el patio.
Ocho años y cuarto, frenético,*

niño de palabras. Pretendiente.

*«Mi habitación no pregunta», escribía ella,
«por ortos ni ocasos. Le basta
con que el sol traiga una bandeja de oro
y la luna una bandeja de plata». Lo recuerdo.*

*Uvas y una manzana me dio
en las vacaciones de verano, año 46.
Me tendí en la esterilla,
niño de mentiras. Enamorado.*

*De papel le hacía
flores y hojas. Una falda
llevaba ella, marrón, parecida a ella,
campana y olor a jazmín.*

*Mujer silenciosa. Y toqué
el borde de su vestido. De casualidad.
Lo que quería no lo sabía
y lo que sé abrasa.*

40

Cada mañana, un poco antes o un poco después del orto, acostumbro a salir a comprobar qué novedades hay en el desierto. El desierto, aquí en Arad, comienza al final de nuestra calle. Desde las montañas de Edom llega el viento de la mañana y crea pequeños remolinos de arena que intentan levantarse del suelo sin conseguirlo. Cada uno vibra un poco, se deforma, pierde su forma lanceolada y se extingue. Las montañas aún están ocultas por el vapor que sale del mar Muerto y que cubre la salida del sol y la cadena montañosa con un velo gris, como si no estuviéramos en verano sino en otoño. Pero es un otoño ficticio: dentro de dos o tres horas volverán la sequedad y el calor. Como ayer. Como anteayer y como hace una semana y hace un mes.

Mientras tanto, el frío de la noche resiste. Hay un agradable olor a tierra impregnada de rocío mezclado con un ligero olor a azufre, a excrementos de oveja, cardos y hogueras apagadas. Es el olor de Israel desde tiempos inmemoriales. Bajo hasta el wadi y avanzo por el tortuoso camino, bastante escarpado, hasta el borde del precipicio desde donde el paisaje se abre hacia el mar Muerto, a unos novecientos metros debajo de mí, a unos veinticinco kilómetros de aquí. La sombra de las montañas del este cae sobre el agua y le da al mar un tono de bronce viejo. De vez en cuando una punzante aguja de luz consigue traspasar por un instante las nubes y tocar el mar. El mar, por su parte, devuelve de inmediato un destello cegador. Como si hubiese una tormenta de rayos submarina.

Desde aquí hasta allí se extienden pendientes vacías de piedra caliza salpicada de rocas negras. Y entre esas rocas, justo en la línea del horizonte en la cima de la colina de enfrente, hay tres cabras negras y, entre ellas, una figura humana inmóvil cubierta de negro de la cabeza a los pies: ¿una mujer beduina? ¿Y un perro a su lado? Y todos desaparecen al otro lado de las montañas, la mujer, las cabras y el perro. La luz gris pone en duda cualquier movimiento. Y mientras tanto se empiezan a oír otros perros a lo lejos. Un poco más allá, entre las rocas que están junto al camino, hay una cápsula oxidada de un proyectil. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? Tal vez alguna noche pasara por aquí una caravana de contrabandistas en camello, que desde el Sinaí se dirigía al sur del monte Hebrón, y uno de los contrabandistas perdiera esta cápsula. O puede que no la perdiera, quizás la tirara después de preguntarse qué iba a hacer con ella.

Ahora se puede oír la quietud del desierto en toda su profundidad. No la quietud anterior a la tormenta, ni la quietud que impera cuando todo ha terminado, sino una quietud que cubre sólo otra quietud aún más profunda. Permanezco allí tres o cuatro minutos respirando quietud como si fuese un olor. Y después regreso. Vuelvo a subir desde el wadi hasta el final de la calle y discuto con los perros furiosos que han empezado a ladrarme desde todos los patios. Tal vez crean que estoy

amenazando con introducir el desierto en la ciudad.

Entre las ramas del último árbol del primer jardín, junto a la primera casa, un parlamento completo de gorriones está inmerso en una acalorada y ensordecedora discusión, todos se interrumpen con gritos entre sí, parece que esos gorriones no cantan, sino que realmente están gritando: como si la desaparición de la noche y el despunte de las primeras luces fuesen sucesos graves y sin precedentes que justificaran una reunión urgente.

Al final de la calle un viejo coche se pone en marcha con un ataque de tos seca, como un fumador empedernido. El repartidor de periódicos halaga en vano a un perro impasible. Un vecino de baja estatura, bronceado, un hombre fuerte y ágil con un espeso bosque de rizos canosos en el pecho descubierto, un coronel retirado cuyo corpulencia me recuerda una caja metálica, está medio desnudo, con pantalones de deporte azules, regando con una manguera los rosales de delante de su casa.

–Las rosas están magníficas. Buenos días, señor Shmulevitz.

–¿Qué tienen de buenos? –me ataca–, ¿es que Simón Peres ha dejado de venderle el país a Arafat?

Y cuando comento que hay quienes lo ven de otra forma, continúa con tristeza:

–Al parecer un holocausto no nos ha bastado para aprender la lección. ¿A esta tragedia la siguen llamando paz? ¿Ha oído hablar alguna vez de la región de los Sudetes? ¿De Munich? ¿De Chamberlain? ¿No?

Ciertamente tengo una respuesta detallada y argumentada para eso, pero de la quietud acumulada en el wadi extraigo estas palabras:

–Ayer, alrededor de las ocho de la tarde, alguien interpretaba al piano la sonata *Claro de luna*. Pasé por aquí y me detuve un rato a escuchar. ¿Era su hija? Tocaba de maravilla. Dígaselo.

Dirigió el chorro al siguiente arriate y me sonrió como un alumno tímido que, de repente, es elegido por votación secreta para ser el delegado.

–No era mi hija –dijo–, mi hija se ha marchado a Praga. Era la hija de mi hija. Mi nieta. Daniela. Quedó en tercer lugar en el concurso de jóvenes talentos de toda la zona sur. Aunque todo el mundo, sin excepción, dijo que se merecía al menos el segundo puesto. También escribe unos poemas preciosos. Llenos de sensibilidad. ¿Tendría usted tiempo? ¿Podría llevarle alguno para que lo leyera? Tal vez pueda apoyarla un poco. O incluso mandarlos a algún periódico para que los publiquen. De usted seguro que los aceptan.

Le aseguré al señor Shmulevitz que cuando tuviera ocasión leería los poemas de Daniela. Con mucho gusto. Por supuesto. Por qué no. No hay de qué.

Me tomo esa promesa como una pequeña contribución a favor de la paz. Después, en mi habitación, con una taza de café en la mano y el periódico abierto sobre el sofá, permanezco unos diez minutos más junto a la ventana. Oigo en las noticias de la radio que una joven árabe de diecisiete años ha sido gravemente herida en el pecho por una ráfaga de disparos, después de haber intentado clavarle un cuchillo a un soldado israelí en el control cercano a Belén. La luz del alba, que estaba mezclada con vapor gris, ha comenzado ya a flamear y a sustituirse por un azul intenso e intransigente.

Delante de mi ventana hay un pequeño jardín con algunos arbustos, una enredadera y un limonero enclenque que aún no sé si vivirá o morirá, tiene la copa pálida y el tronco retorcido como un brazo que alguien ha girado hacia atrás a la fuerza. La palabra «retorcido», de la raíz *akl* en hebreo, me recuerda lo que solía decir mi padre: «Debes saber que en hebreo todas las palabras cuyas dos primeras letras son a y k, casi sin excepción, tienen que ver con un mal asunto. Y Su Alteza se habrá dado cuenta de que, por casualidad o no, las iniciales de su nombre son A. K.».

Tal vez hoy escriba un artículo para el periódico *Yediot Ajaronot*, donde intentaré explicarle al señor Shmulevitz que nuestra renuncia a la ocupación no debilitará Israel sino que lo fortalecerá. Le explicaré que no es acertado ver siempre y en todo lugar sólo holocausto, Hitler y Munich.

El señor Shmulevitz me contó una vez, en una de esas largas tarde de verano en las que parece que la luz no se va a apagar nunca, sentados en camiseta y sandalias en la tapia de su casa, que cuando tenía doce años se lo llevaron al campo de exterminio de Maidanek con sus padres, sus hermanas y su abuela, y sólo él sobrevivió. No quiso contarme cómo se salvó. Me aseguró que tal vez me lo contaría en otra ocasión. Pero las otras ocasiones prefirió intentar abrirme los ojos para que no creyera en la paz, para que dejara de ser un iluso, para que me entrara bien en la cabeza que la única intención de los otros era masacrarnos a todos y que todos sus discursos sobre la paz no eran más que una trampa o somníferos que el mundo entero les ayudaba a preparar y a darnos para adormecernos. Como antes.

Decido posponer lo del artículo. Un capítulo sin terminar de este libro me está esperando sobre mi mesa en forma de borradores garabateados, notas arrugadas y medias páginas llenas de tachaduras: es el capítulo sobre la Maestra Isabel Najlieli de la escuela La Patria del Niño y todo su ejército de gatos. Debería ceder un poco y suprimir algunos acontecimientos felinos y algunos episodios sobre Getzel Najlieli, el cajero: son incidentes bastante aburridos, y además no aportan nada al desarrollo de la historia. ¿Aportan? ¿Desarrollo? Pero si aún no sé lo que puede aportar algo al desarrollo de la historia, porque aún no tengo ni la más remota idea de adónde quiere ir esta historia, ¿y por qué necesito aportaciones? ¿O desarrollo?

Mientras tanto, ya han acabado las noticias de las siete de la mañana, ya me he tomado una segunda taza de café y sigo de pie mirando por la ventana: un pequeño pájaro, un precioso colibrí de color turquesa, me mira un instante por entre las ramas del limonero: se mueve, salta, brinca de una rama a otra, se engalana ante mí con todo el brillo de sus plumas entre las refracciones de luz y sombra. Su cabeza es casi violeta, su cuello azul metálico, en el pecho tiene una especie de chaleco de un amarillo suave. Bienvenido sea tu regreso. ¿Qué has venido a recordarme esta mañana? ¿A Isabel y Getzel Najlieli? ¿Una ramita que descendió hasta una tapia y se durmió? ¿A mi madre, que se pasaba horas asomada a la ventana, con un vaso de té ya frío en la mano, de cara al granado y de espaldas a la habitación? Ya basta. Debo empezar a trabajar. Debo utilizar ahora los restos de la quietud que he recogido en el wadi antes del alba.

A las once me acerco en coche al centro para arreglar unos asuntos en correos, en el banco, en la clínica y en la papelería. Un sol enloquecido abrasa las calles y sus árboles polvorientos y ralos. La luz blanca del desierto te hiere tanto que los ojos se convierten en dos estrechas ranuras.

Hay varias personas haciendo cola delante del cajero automático y también delante del puesto

de periódicos de Vaaknin. En Tel Aviv, durante las vacaciones de verano del año 50 o 51, no muy lejos de la casa de la tía Haya y el tío Tzvi, al norte de la calle Ben Yehuda, mi primo Yigal me enseñó el kiosco del hermano de David Ben Gurión, y me mostró que cualquiera podía acercarse y hablar libremente con él, nada menos que con el hermano de Ben Gurión, que realmente se parecía mucho a él. Y hasta hacerle preguntas. Por ejemplo, ¿cómo está, señor Gruen? ¿Cuánto cuesta un barquillo de chocolate, señor Gruen? ¿Estallará pronto otra guerra, señor Gruen? Pero no había que preguntarle por su hermano. Eso sí. Sencillamente no le gustaba nada que le hiciesen preguntas sobre su hermano.

Envidiaba mucho a la gente de Tel Aviv: en nuestro barrio de Kerem Abraham no había celebridades ni hermanos de celebridades. Sólo los profetas menores estaban presentes en los nombres de nuestras calles: calle Amós, calle Abdías, calle Sofonías, y Ageo, Zacarías, Nahum, Malaquías, Joel, Habacuc y Oseas. Todos.

Un emigrante de Rusia está en un rincón de la plaza del centro de Arad. En la acera hay una funda de violín abierta para las limosnas. La música es tranquila, conmovedora, evoca bosques de abetos, riachuelos, cabañas, pastizales y dehesas que me recordaban las historias de mi madre, cuando estábamos los dos desmotando lentejas o sacando guisantes de las vainas en nuestra pequeña cocina ennegrecida.

Pero aquí, en la plaza del centro de Arad, la luz del desierto abrasa a los espíritus y disipa cualquier recuerdo de bosques de abetos y otoños envueltos en la niebla. El hombre que está tocando, con su melena canosa y su espeso bigote blanco, recuerda un poco a Albert Einstein, y también me recuerda al profesor Shmuel Hugo Bergman, que le enseñó filosofía a mi madre en Har Hatzofim y con el que también yo logré estudiar en Guivat Ram en el año 61, daba unas clases inolvidables de historia de la filosofía dialéctica, de Kierkegaard a Martin Buber.

Dos jóvenes, tal vez de origen norteafricano, una muy delgada y vestida con una camisa semitransparente y una falda roja, y otra con una traje pantalón lleno de cremalleras y hebillas, están paradas delante del hombre que toca. Escuchan un momento su música. Toca con los ojos cerrados y no los abre. Las mujeres murmuran entre ellas, sacan las carteras y cada una le da una moneda de un shekel.

La mujer delgada, que tiene el labio superior algo subido hacia la nariz, dice:

—¿Pero cómo se puede saber si éstos son realmente judíos? Dicen que la mitad de los rusos que vienen aquí no son más que gentiles que se aprovechan de nosotros para salir fácilmente de Rusia y recibir un subsidio sin hacer nada. Gratis.

Su amiga dijo:

—¿Qué más nos da que venga quien sea?, ¿incluso que toquen en las aceras?, ¿judíos, rusos, drusos, qué más te da a ti? Sus hijos serán israelíes, harán el servicio militar, comerán filetes con ensalada en pan de pita, pedirán hipotecas y se pasarán el día echando pestes.

La falda roja replica:

—¿Pero qué te pasa, Sarit? Si permitieran entrar libremente a todo el que quisiera, también a trabajadores extranjeros, a gente de Gaza y de los territorios, ¿entonces quién...?

El resto de la discusión se alejó de mí en dirección al aparcamiento del centro comercial. Me recuerdo a mí mismo que hoy aún no he avanzado casi nada y que la mañana ya no es muy joven.

Otra vez en mi habitación. El calor empieza a apretar y el viento polvoriento nos mete el desierto en casa. Cierro las ventanas, las persianas y las cortinas, cierro todas las escotillas, exactamente igual que mi niñera, Grete Ghat, que también era profesora de piano, quien solía tapar todas las rendijas y convertir su casa en un submarino.

Obreros árabes construyeron esta habitación no hace muchos años: colocaron las baldosas con un nivel de agua. Pusieron dinteles, ventanas y puertas. En las paredes ocultaron cañerías, desagües, cables eléctricos y una toma de teléfono. Un carpintero corpulento, amante de la ópera, me hizo armarios y fijó a las paredes estanterías para los libros. Un contratista que emigró a finales de los años cincuenta de Rumanía trajo de lejos un camión cargado de tierra fértil de jardín y, como una venda sobre una herida, cubrió el lecho de yeso, cal, roca y sal que se tendía desde siempre sobre estas colinas. Sobre la rica tierra que trajo el contratista, el inquilino que hubo antes que yo plantó arbustos, árboles y césped que yo intento cuidar aunque sin un excesivo cariño, para que no ocurra aquí, en mi jardín, lo que nos pasó a mi padre y a mí en nuestro huerto anegado de buenas intenciones.

Varias decenas de pioneros, entre ellos individuos enamorados del desierto o deseosos de soledad y también algunas parejas jóvenes, se instalaron a comienzos de los años sesenta en esta ciudad desértica: mineros, canteros, oficiales del ejército y trabajadores de empresas de desarrollo. Lova Eliav y un puñado de urbanistas imbuidos de entusiasmo sionista concibieron, proyectaron y trazaron sobre el papel, y de inmediato levantaron esta ciudad, calles, plazas, avenidas y jardines, no lejos del mar Muerto, en un lugar perdido adonde por aquellos días, a comienzos de los años sesenta, no llegaba ninguna carretera y ningún suministro de agua ni de luz, donde ningún árbol crecía, donde no había ni un edificio, ni una tienda, ni un signo de vida. Incluso casi todos los asentamientos beduinos de los alrededores se establecieron aquí sólo después de la construcción de Arad. Los pioneros fundadores de la ciudad eran entusiastas, impacientes, elocuentes, alborotadores. Sin pensárselo dos veces prometieron «vencer al desierto y conquistarlo». (Al igual que mi padre, tampoco yo resisto la tentación de ir corriendo a comprobar en el diccionario qué relación tiene vencer, *lehadvir*, con desierto, *midvar*, y éstas con *davar*, palabra, *divur*, habla, o incluso con las abejas, *devorim*, términos todos procedentes de la raíz *dvr*).

Alguien pasa ahora por delante de la casa en un pequeño coche rojo, se detiene junto al buzón en la esquina de la plaza y recoge las cartas que eché ayer. Otra persona viene a fijar con cemento un adoquín que se ha soltado en la acera de enfrente. Hay que encontrar la forma de darles las gracias, a todos, al igual que un muchacho en su *bar mitzvá*, al final de la ceremonia en la sinagoga, da las gracias a todo aquel que le ha acompañado en su camino: a la tía Sonia, al abuelo Alexander, a Grete Ghat, a la Maestrazelda, al árabe con bolsas bajo los ojos que me trajo al mundo desde esa celda oscura en la que me había encerrado en aquella tienda de ropa, a mis padres, al señor Zarhi, a los vecinos Lemberg, a los soldados italianos prisioneros, a la abuela Shlomit, que luchaba contra los microbios, a la Maestraisabel y a sus gatos, al señor Agnón, a los Rodnitzky, al abuelo Papá, el carretero de Kiriát Motzkin, a Saúl Tchernijovsky, a la tía Lilienka Bar Samka, a mi mujer y a mis hijos, a mis nietos, y también a los albañiles, soladores y electricistas que construyeron esta casa, al carpintero, al repartidor de periódicos, al cartero con

el coche rojo, al hombre que toca en la plaza y recuerda un poco a Einstein y a Bergman, al electricista, a la beduina, a las tres cabras negras que he visto hoy al amanecer, o que tal vez sólo imaginé, al tío Yosef, que escribió el libro *Judaísmo y humanismo*, al vecino Shmulevitz, que teme un nuevo holocausto, a su nieta Daniela, que ayer tocó al piano la sonata *Claro de luna*, al ministro Simón Peres, que ayer volvió a hablar con Arafat con la esperanza de encontrar a pesar de todo una forma de compromiso, al colibrí que visita a veces las ramas del limonero frente a mi ventana. Y también al limonero. Y sobre todo al silencio del desierto poco antes del alba, un silencio que contiene otros silencios. Ha sido el tercer café de hoy. Basta. Dejo la taza vacía en una esquina de la mesa, la dejo con especial cuidado, de tal modo que no se dé ni el más mínimo golpe, para no hacerle daño a la quietud que aún no se ha desvanecido. Ahora me pondré a escribir.

41

Hasta aquella mañana no había visto en mi vida una casa así.

El patio de la casa estaba rodeado por un grueso muro de piedra que ocultaba un huerto oscuro que se daba sombra a sí mismo con parras y árboles frutales. Mis ojos atónitos vagaban buscando entre ellos el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Delante de la casa había un pozo, y a su alrededor una gran explanada pavimentada con adoquines rojizos pulidos. Esos adoquines se entretejían con finas venas azuladas. Al extremo de la explanada había un espeso emparrado que daba sombra y estaba expuesto al viento del oeste. Varios bancos de piedra con una mesa de piedra baja y ancha invitaban a detenerte bajo el emparrado, a acomodarte, a descansar a la sombra y escuchar hasta saciarte el zumbido de las abejas, el canto de los pájaros y el borboteo del agua de la fuente: pues al fondo del emparrado había un pequeño estanque en forma de estrella de cinco puntas llena de agua, también hecha de piedra y revestida con azulejos decorados con letras árabes. En el centro del estanque borbotaba una fuente silenciosa. Grupos de peces de colores flotaban lentamente entre los claros del follaje de los nenúfares.

Desde la explanada subíamos los tres, inquietos, educados y humildes, por las escaleras de piedra tallada que conducían al amplio porche principal, desde el cual se veían las murallas septentrionales de la Ciudad Vieja, las torres y las cúpulas. En el porche había diseminadas sillas de madera con los asientos tapizados y algunos escabeles y mesas pequeñas hechas con mosaicos. También ahí, como en el emparrado, te sentías tentado a detenerte frente a la imagen de las murallas y las colinas, a dormitar a la sombra de los árboles o a sorber tranquilamente el silencio de las montañas y la piedra.

Pero nosotros no nos demoramos entre los frutales, en el emparrado ni en el porche panorámico, sino que tiramos con cuidado de la cuerda de la campana que estaba junto a la puerta de hierro de dos hojas pintada de color caoba, una puerta con relieves de artesanía en forma de granadas de hierro, uvas de hierro, zarcillos de hierro retorcidos y trenzas de flores de hierro simétricas. Antes de abrirse la puerta, el tío Stashek volvió a girarse hacia nosotros y a posar un dedo sobre los labios, como dándonos a la tía Mala y a mí el último aviso: ¡Educación! ¡Discreción! ¡Diplomacia!

A lo largo de las cuatro paredes del amplio y frío salón había sofás blandos cuyos respaldos de madera tallada se tocaban entre sí. Los muebles de la habitación estaban grabados con relieves de hojas y flores, como si debiesen representar dentro de la casa el jardín que la rodeaba por fuera.

Los sofás estaban cubiertos con telas de rayas de color rojo y azul celeste. En cada sofá había un montón de cojines de colores, bordados y con encajes. En el suelo se extendían alfombras con ricos bordados, y en una de ellas se entretejían pavos reales entre el follaje del paraíso. Ante cada sofá se postraban mesas bajas. En lugar de una superficie de madera, cada mesa tenía una bandeja de bronce redonda y amplia. También las bandejas lucían filigranas ensortijadas, no en forma de frutas y flores, sino con muchas formas abstractas, abigarradas como un laberinto, entrelazadas unas con otras, que recordaban las torsiones de las letras árabes, y puede que realmente fueran grabados estilizados de escritura árabe.

A ambos lados de la sala se abrían seis u ocho puertas hacia las habitaciones interiores. Las paredes estaban cubiertas de tapices bordados. Entre los tapices y encima de ellos asomaba la escayola de las paredes, también con motivos florales y en tonos lila, rojizos y verdosos. En varios puntos, casi rozando el alto techo, había colgadas armas antiguas a modo de decoración, espadas damasquinas, dagas, puñales, lanzas, pistolas, rifles de cañón largo y rifles de doble cañón. Enfrente de la puerta, entre un sofá tapizado de rojo a la derecha y otro en tono limón a la izquierda, había un gran mueble oscuro y recargado que se llamaba *buffet*, una especie de aparador barroco lleno de compartimientos, con forma de palacio y con infinidad de vitrinas repletas de tazas de porcelana, copas de cristal, de plata y de cobre, y muchos adornos tallados en cristal de Hebrón o de Sidón.

En la profunda hornacina de la pared, entre una ventana y otra, anidaba un florero verde con incrustaciones de nácar y conchas del que salían plumas de pavo real. Otras hornacinas alojaban grandes vasijas de cobre y copas de cristal y porcelana. Los cuatro ventiladores que colgaban del alto techo de la sala emitían constantemente un zumbido como de avispas y removían el aire cargado de humo. Entre esos cuatro ventiladores surgía del techo una gigantesca lámpara de cobre, espléndida, en forma de árbol frondoso cuyas ramas, follaje, brotes y zarcillos florecían en brillantes estalactitas de cristal y en resplandecientes peras en forma de bombillas, todas encendidas a pesar de que los grandes ventanales dejaban entrar la luz de la mañana de un sábado de verano. En la parte alta y arqueada de esas ventanas había vidrieras simétricas con forma de hojas de trébol. Cada hoja le daba a la luz del día un color distinto: rojo. Verde. Dorado. Violeta.

En dos paredes, una enfrente de otra, se movían dos jaulas colgadas de clavos. En cada jaula vivía una pareja de papagayos cuyo plumaje tenía una amplia gama de colores, naranja, turquesa, amarillo, verde y azul. De vez en cuando, uno de los papagayos decía con una voz grave y rota como la de un fumador empedernido: «*Tafaddal! S'il vous plaît! Enjoy!*». Y desde el otro extremo de la habitación, desde la jaula de enfrente, un soprano mimado le respondía al instante con delicadeza: «*Oh, how very very sweet! How lovely!*».

Sobre los dinteles de las puertas y las ventanas, en la escayola floreada de las paredes, había pintados de verde algunos versículos o versos con letras árabes retorcidas. Y entre los tapices aparecían los retratos de los padres de la familia: efendis pulcramente afeitados, de mejillas turgentes y orondos, tocados con fez rojo y una borla negra, comprimidos en gruesos trajes azules con dos cadenas de oro que caían haciendo una onda sobre el vientre antes de desaparecer, una en el bolsillo izquierdo y otra en el bolsillo derecho. Y había retratos de sus antepasados, hombres poderosos, bigotudos y malhumorados, con aire autoritario, cubiertos por caftanes bordados, tocados con keffiyas blancas y cordones negros. Y también había dos o tres retratos de antiguos caballeros de aspecto salvaje y sorprendentemente majestuosos, hombres barbudos, oscuros,

montados en sus nobles caballos, con las kefias ondeando al viento por el ímpetu del galope, y hasta las crines de los caballos parecían volar, largos puñales encajados en los flancos y dagas curvadas como medias lunas pegadas a sus costados o desenvainadas y blandidas.

Desde las ventanas de aquel salón, unas ventanas con anchos alféizares que daban al norte y al este, se veían las montañas de Har Hatzofim y el monte de los Olivos, un pinar, pendientes rocosas, el monte del Templo, la fortaleza de Augusta Victoria y su torre, sobre la cual, como un casco imperial, hay un tejado prusiano inclinado de color gris. Un poco a la izquierda de Augusta Victoria se divisaba una fortaleza con estrechos tragaluces y una cúpula, el edificio de la Biblioteca Nacional, el lugar donde trabajaba mi padre, y a su alrededor se apiñaban los demás edificios de la Universidad Hebrea y del hospital Hadassah de Har Hatzofim. Por debajo de la línea de las montañas se veían algunas casetas de piedra dispersas, pequeños rebaños entre las rocas, zarzales y algunos viejos olivos que parecían haber abandonado mucho tiempo atrás el mundo vegetal para unirse al reino mineral.

En el verano de 1947 mis padres fueron a Netania a pasar un fin de semana con unos conocidos y me dejaron al cuidado de Mala, Stashek, Chopin y Schopenhauer Rodnitzky («¡Pórtate bien! ¡De forma ejemplar! ¡Entendido! ¡Ayuda un poco a la tía Mala en la cocina, no molestes al tío Stashek, búscate algo que hacer, lee algún libro, que ni se den cuenta de que estás, y el sábado por la mañana déjales dormir hasta tarde! ¡Sé un ángel! ¡Como sabes ser cuando de verdad quieres!»).

El escritor Hayyim Hazaz le ordenó una vez al tío Stashek que se cambiara su nombre polaco, «que huele a pogrom», por un nombre hebreo, y le convenció de que adoptase el nombre de Stav, otoño, que sonaba parecido a Stashek, pero que tenía cierto aroma al Cantar de los Cantares. Y así aparecían sus nombres, con la letra de la tía Mala, en la nota que estaba clavada en la puerta de su casa:

MALKA Y STAV RODNITZKY
POR FAVOR NO LLAMEN A LA PUERTA
EN LAS HORAS HABITUALES DE DESCANSO

El tío Stashek era bajo, robusto, de pelo rizado y fuertes espaldas, tenía las fosas nasales peludas y oscuras como cuevas y las cejas espesas, una estaba siempre levantada como con escepticismo o cierto sarcasmo. Le faltaba un diente, y tal vez por esa carencia a veces la cara del tío Stashek tenía un gesto de gamberro, sobre todo cuando se reía. Se ganaba la vida trabajando en el departamento de cartas certificadas de la oficina central de correos de Jerusalén, y en su tiempo libre recopilaba material en pequeñas fichas para un estudio innovador sobre la vida del poeta Immanuel Romani.

Por su parte, el *ustaz* Nayib Mamduaj Al Silvani, del barrio de Sheij Jarrah al nordeste de la ciudad, era un intermediario y un rico comerciante, y también agente local de algunas grandes firmas francesas cuyos negocios llegaban hasta Alejandría y Beirut, y de allí se ramificaban hasta Haifa, Nablus y Jerusalén. A comienzos del verano se perdió el rastro de un talón con una gran suma de dinero, o puede que fuera una valiosa letra de cambio o un paquete de acciones. Las sospechas recayeron sobre Edward Silvani, el primogénito y socio del *ustaz* Nayib de la firma Silvani e Hijos. El joven fue interrogado, según nos dijeron, por el ayudante del jefe de la policía

secreta inglesa en persona, y después lo enviaron a la prisión de Haifa para ulteriores investigaciones. El *ustaz* Nayib, después de intentar salvar a su hijo por todos los medios posibles, fue completamente desesperado a ver al señor Kenneth Orwell Nokes-Gilford, el responsable de correos, para implorarle que buscara de nuevo un sobre perdido que, aseguró, había enviado él mismo, él y no su hijo, él y no su secretario, el invierno anterior por correo certificado.

Pero había perdido el recibo y el justificante. Habían desaparecido. Como si el propio diablo se los hubiera tragado.

El señor Kenneth Orwell Nokes-Gilford, después de expresarle al *ustaz* Nayib su simpatía, pero también de explicarle honestamente y muy a su pesar la escasas posibilidades de conseguir un resultado positivo, le encargó, pese a todo, a Stashek Rodnitzky investigar y aclarar en lo posible el paradero de una carta certificada de hacía bastantes meses, una carta que podía existir o no, que podía haberse perdido o no, una carta de la que no había quedado ningún rastro, ni en poder del remitente ni en el registro de envíos.

El tío Stashek puso manos a la obra, investigó, examinó, comparó y averiguó que no sólo el justificante de esa carta había desaparecido del libro de registros sino que toda la página había sido arrancada a conciencia de éste sin dejar rastro: como si no hubiese existido. Enseguida se despertaron las sospechas de Stashek, husmeó en los archivos, descubrió el nombre del cajero que estaba ese día detrás de la ventanilla de las cartas certificadas e interrogó a otros cajeros hasta que supo con certeza cuándo había sido arrancada la página que faltaba; desde ese punto hasta la confesión del culpable el camino no fue muy largo (el joven había mirado el sobre a contraluz, la letra de cambio había aparecido ante él a través del papel iluminado, creyó distinguir un billete grande y la tentación pudo con él).

Y así la carta perdida volvió a manos de su dueño, el joven Edward Al Silvani fue liberado de inmediato de la prisión de Haifa, el nombre de la importante firma Silvani e Hijos recuperó su prestigio al quedar limpia de toda mancha y el querido señor Stav fue invitado con todos los honores a ir con su señora a tomar una taza de café que se serviría el sábado a media mañana en la villa Silvani, en un extremo del barrio de Sheij Jarrah. En cuanto al querido niño (el hijo de sus amigos que estaba con ellos en ese momento y a quien no tenían con quién dejar el sábado por la mañana), por supuesto, qué pregunta, que fuera también con ellos el sábado por la mañana, toda la familia Al Silvani estaba impaciente por expresar su gratitud y su respeto al honesto y diligente señor Stav.

El sábado después de desayunar, un poco antes de ponernos en camino, me vestí con mis mejores galas, la ropa que mi padre y mi madre se habían preocupado de dejarle a la tía Mala para esa visita («¡Los árabes miran mucho las formas!», destacó mi padre): una camisa blanca bien planchada, con las mangas dobladas con esmero, como hechas de cartón blanco. Pantalones azul oscuro acabados en dos vueltas bien marcadas y una impecable raya a lo largo, y también un cinturón negro de piel muy formal con una hebilla metálica brillante en la que, por alguna razón, estaba grabada la figura de un águila bicéfala, el símbolo del santo imperio ruso en la época de los zares. Me puse un par de sandalias a las que el tío Stashek había sacado brillo por la mañana con el mismo cepillo y el mismo betún negro que había utilizado para limpiar sus mejores zapatos

y los de fiesta de la tía Mala.

A pesar del calor de un día de agosto, el tío Stashek se obligó a ponerse el traje oscuro de lana (era el único traje que tenía), la camisa de seda blanca como la nieve que había emigrado con él unos quince años atrás desde su casa paterna de Lodz y la sobria corbata de seda en un tono azul intenso que llevó el día de su boda. En cuanto a la tía Mala, se pasó unos tres cuartos de hora sufriendo frente al espejo, probándose el vestido de tarde, arrepintiéndose, intentando combinar una falda plisada oscura con una blusa clara de algodón, y arrepintiéndose de nuevo, sopesando cómo le sentaría el vestido primaveral y juvenil que se había comprado no hacía mucho en la tienda de Mein Staub con un broche y un pañuelo, con un collar y sin broche ni pañuelo, con un collar y otro broche pero sin pañuelo, con o sin pendientes en forma de lágrima.

Pero de repente ese ligero vestido primaveral, por el exagerado bordado alrededor del cuello, le pareció demasiado frívolo, demasiado vulgar para la ocasión, y volvió al vestido de tarde con el que había empezado la rueda de pruebas y dilemas. Luego se dirigió con tristeza al tío Stashek y a mí y nos hizo prometer decir la verdad y nada más que la verdad, aunque fuera una verdad dolorosa: ¿no era un vestido demasiado emperifollado? ¿No era muy teatral para una visita informal de una mañana de verano? ¿No desentonaba completamente con el peinado? Y, por cierto, ¿qué opináis del peinado? Decidme la verdad. ¿Me recojo las trenzas alrededor de la cabeza o no? ¿O es mejor soltarlas y dejarme el pelo suelto sobre los hombros? Y si me lo dejo suelto, ¿hacia dónde queda mejor, sobre este hombro o sobre éste?

Al final, apenada, se decidió por una falda marrón lisa y una blusa de manga larga a la que dio color con un bonito broche turquesa y un par de pendientes en forma de lágrima del mismo tono azul diáfano que sus hermosos ojos. Y se soltó las trenzas. Dejó a su rubio cabello fluir por sus hombros.

Por el camino, con su robusto cuerpo comprimido en su grueso traje de otoño, el tío Stav me explicó que algunos acontecimientos de la vida tienen su origen en la diferencia histórica entre culturas lejanas: la familia Al Silvani, dijo, es ciertamente una respetable familia europea cuyos hijos han estudiado en prestigiosos colegios de Beirut y Liverpool, y todos hablan bien varios idiomas occidentales. También nosotros somos europeos, aunque quizás seamos europeos en un sentido algo distinto. Nosotros, por ejemplo, no le damos ninguna importancia a la apariencia externa de una persona sino únicamente a su interior, a su espiritualidad: hasta un genio universal como Tolstói no dudó en ir toda su vida vestido con ropas de campesino, y un gran revolucionario como Lenin despreció las ropas burguesas y prefirió usar un abrigo de piel y una simple gorra de obrero.

Pero nuestra visita a la villa Silvani no se parecía a Lenin yendo a ver a sus obreros ni a Tolstói acercándose al pueblo llano, era una circunstancia especial e incluso extraordinaria: Conviene saber, dijo el tío Stashek, que para nuestros vecinos árabes más pudientes y cultos, los que viven generalmente según dicta la cultura europea más occidental, nosotros, los judíos modernos, somos una especie de chusma escandalosa de pobres groseros y carentes por completo de educación, incapaces aún de alcanzar los primeros peldaños del refinamiento cultural. Hasta algunos de nuestros dirigentes, al parecer, son vistos con malos ojos por nuestros vecinos árabes, porque sus ropas son populares y sus modales demasiado sencillos y directos. Más de una vez,

trabajando en las oficinas de correos, tanto en las ventanillas de cara al público como dentro, el tío Stashek había podido constatar que el nuevo estilo hebreo, sandalias y pantalones caqui, mangas remangadas y cuellos desabrochados, un estilo que nosotros considerábamos el emblema del pionero democrático e igualitario, era interpretado por los británicos y sobre todo por los árabes como descortesía, como mezquina arrogancia, falta de respeto hacia el prójimo y desprecio por el servicio público. Es cierto que su impresión se basa en un error de fondo y no es necesario repetir que nosotros creemos en la vida sencilla, en la idea de que hay que conformarse con poco y que poco importa el aspecto exterior. Pero en situaciones como éstas, es decir, en nuestra visita matutina a la residencia de una conocida y respetable familia, y en ocasiones similares, hay que comportarse como si nos hubiesen asignado una misión diplomática. Por eso tenemos que cuidar mucho nuestro aspecto, nuestros modales y el estilo de nuestra conversación.

De los niños y de los jóvenes, por ejemplo, recalcó el tío Stashek, se espera que en circunstancias como éstas no se entrometan bajo ningún concepto en la conversación de los adultos. Si se dirigen a ellos —y sólo si se dirigen a ellos—, deben contestar con educación y brevedad. Si le ofrecen algo, el niño sólo elegirá aquellas cosas que no se puedan deshacer o derramar. Si le ofrecen algo por segunda vez, deberá declinar la invitación con cortesía, aunque se muera por los dulces. Y durante todo el tiempo que dure la visita, el niño se mantendrá erguido en la silla, no mirará fijamente y, sobre todo, por ningún motivo hará ningún tipo de mueca: mostrar un comportamiento inadecuado, y mucho más en el escenario de la sociedad árabe, que, como es sabido, es una sociedad muy sensible, muy dada a sentirse herida y propensa a la venganza y al rencor, puede ser interpretado no sólo como insolencia y abuso de confianza, sino también como un gran perjuicio para el futuro del entendimiento y el diálogo entre los dos pueblos vecinos; sería echar leña a la hoguera de la enemistad en un momento en que se habla a diario con preocupación del peligro de una guerra sangrienta entre un pueblo y otro.

En resumen, dijo el tío Stashek, muchas cosas, cosas quizá demasiado importantes como para que un niño de ocho años las cargue sobre sus hombros, dependen esta mañana también de ti, de tu raciocinio y de tu buen comportamiento. Y, por cierto, mi querida Malanka, es mejor que tampoco tú hables allí, no digas nada, nada de nada, excepto las obligadas palabras de cortesía: es sabido que en el ámbito cultural de nuestros vecinos, igual que en la tradición de nuestros antepasados, está muy mal visto que la mujer abra la boca en una reunión de hombres. Por tanto, querida, harás bien si en esta ocasión dejas a tu nobleza natural y a tu gracia femenina hablar por ti.

A las diez de la mañana salió, por tanto, la pequeña misión diplomática, bien lustrada y perfectamente instruida, del apartamento de los Rodnitzky en la esquina entre la calle Haneviim y la calle Chancellor, justo encima de la floristería El Jardín Florido, dejando a Chopin y a Schopenhauer, al pájaro herido Alma-Mirabelle y al pájaro-piña pintado, y comenzó a abrirse paso hacia el este, hacia la villa Silvani situada al norte del barrio de Sheij Jarrah, por el camino que conduce a Har Hatzofim.

Nada más empezar a andar pasamos ante el muro de la casa Tabor, que en otro tiempo fue la residencia de un excéntrico arquitecto alemán llamado Conrad Schick, un devoto cristiano apasionado por Jerusalén. Encima de la puerta de la casa Tabor, el arquitecto Schick construyó una pequeña torre en torno a la cual yo tramaba todo tipo de leyendas cargadas de castillos,

caballeros y princesas. Desde ahí seguimos bajando por la calle Haneviim hasta el hospital italiano, con su vieja torre y sus cúpulas de teja, construido al estilo de los palacios florentinos.

Junto al hospital italiano giramos en silencio hacia el norte, hacia la calle Saint George, rodeando el barrio ultraortodoxo de Meah Shearim, y penetramos en el mundo de los cipreses, las murallas, las rejas, las cornisas y los muros de piedra de una Jerusalén extraña, una Jerusalén que casi no conocía, la etíope, la árabe, la peregrina, la otomana, la misionera, la alemana, la griega, la astuta, la armenia, la americana, la monacal, la italiana, la rusa, la repleta de pinos, la temerosa y la cautivadora con sus campanas y sus encantamientos alados prohibidos para ti por ser un extraño, una ciudad velada, guardiana de peligrosos secretos, llena de cruces, torres, mezquitas y misterios, altanera y silenciosa; por sus calles vagaban como sombras oscuras sacerdotes de religiones extranjeras cubiertos con túnicas negras y sotanas negras, curas, monjas, cadíes, mucines, notables, devotos, peregrinos, velos de mujeres y capuchas de frailes.

Fue una mañana de sábado, en el verano del 47, pocos meses antes del estallido de sangrientos enfrentamientos en Jerusalén, menos de un año antes de la salida de los británicos y antes del asedio, los bombardeos, la sed y la división de la ciudad. El sábado que fuimos a casa de la familia Al Silvani, al barrio de Sheij Jarrah, aún se cernía una tensa calma sobre todos esos barrios del nordeste. Pero en esa calma ya se sentía un cierto aire de impaciencia, un vaho imperceptible de hostilidad contenida: ¿y qué hacen aquí de repente tres judíos, un hombre, una mujer y un niño?, ¿de dónde han salido? Pero ya que estáis aquí, en esta parte de la ciudad, realmente sería mejor para vosotros que no os demoraseis demasiado. Que pasaseis por estas calles deprisa.

Unos quince o veinte invitados y familiares estaban ya reunidos en el salón cuando llegamos, como flotando en el humo del tabaco, casi todos estaban sentados en los sofás a lo largo de las cuatro paredes y algunos permanecían de pie en pequeños grupos en las esquinas de la sala. Entre ellos se encontraban el señor Cardign y el señor Kenneth Orwell Nokes-Gilford, el responsable de la oficina central de correos y jefe del tío Stashek, que estaba junto a otros señores y saludó desde lejos al tío Stashek levantando ligeramente su vaso. La mayoría de las puertas que daban a las alcobas estaban cerradas y sólo a través de una que permanecía entornada pude ver a tres niñas, más o menos de mi edad, con vestidos largos, apiñadas en un pequeño banco, mirando a los invitados y murmurando.

El *ustaz* Nayib Mamduaj Al Silvani, el dueño de la casa, nos presentó a algunos familiares e invitados, hombres y mujeres, entre los que había dos señoras inglesas con trajes grises, un anciano intelectual francés y un sacerdote griego, con túnica y barba ensortijada, cuadrada. Delante de todos los parientes e invitados, el anfitrión describió y alabó, en inglés y a veces también en francés, a su invitado, y les explicó en dos o tres frases cómo el querido señor Stav había evitado la terrible desgracia que llevaba varias semanas cerniéndose sobre la cabeza de la familia Silvani.

Nosotros, por nuestra parte, estrechábamos manos, conversábamos, sonreíamos, hacíamos ligeras reverencias y murmurábamos *How nice, Enchanté y Good to meet you*. También le entregamos un modesto regalo simbólico a los Silvani: un álbum de fotos de la vida del kibbutz con imágenes del comedor comunitario, de los pioneros en el campo y en el establo, de niños

desnudos, muy felices, chapoteando en el agua de los aspersores, y de un viejo campesino árabe agarrando con fuerza las riendas de su burro mientras mira sorprendido un inmenso tractor oruga que pasa a su lado levantando nubes de polvo. Cada fotografía iba acompañada de una breve explicación en hebreo y en inglés.

El *ustaz* Al Silvani echó un vistazo al álbum, sonrió amablemente, asintió dos o tres veces como comprendiendo el sentido último de la fotos, agradeció a sus invitados el regalo y lo dejó en una de las hornacinas de la pared o en uno de los anchos alféizares de las ventanas. El papagayo de la voz fina cantó de repente desde su jaula: «*Who will be my destiny? How will be my prince?*», y desde el otro extremo de la habitación le contestó el papagayo ronco: «*Kalamat, ya sheij! Kalamat!*».

Dos brillantes floretes de esgrima estaban cruzados en la pared sobre nuestras cabezas en el rincón donde estábamos sentados. En vano intentamos adivinar quiénes eran invitados y quiénes pertenecían a la familia anfitriona: la mayoría de los hombres tenía unos cincuenta o sesenta años y uno era muy anciano, llevaba un traje marrón ajado que estaba un poco deshilachado por los puños. Era un anciano enjuto con la mejillas hundidas, el bigote canoso amarillento de tanto tabaco, al igual que sus agrietados dedos de albañil. Se parecía mucho a uno de los retratos aprisionados en marcos dorados que estaban colgados en la pared. ¿Sería el abuelo de la familia? ¿O el bisabuelo? Pues a la izquierda del *ustaz* Al Silvani apareció otro anciano, fibroso, alto y encorvado, semejante a un tronco roto, que tenía el cuero cabelludo oscuro y cubierto de pelos grises y puntiagudos. Iba muy desaliñado, con una camisa de rayas a medio abrochar y unos pantalones que parecían demasiado anchos para su cuerpo. Me acordé del vetusto Alleluyev de la historia de mi madre, que cuidaba en su cabaña a otro anciano mucho mayor aún que él.

También había algunos jóvenes con trajes blancos de tenis, y dos hombres barrigudos de unos cuarenta y cinco años que estaban sentados el uno frente al otro y parecían gemelos envejecidos, los dos dormitaban con los ojos medio cerrados, uno de ellos movía entre los dedos un collar de cuentas de ámbar mientras su hermano fumaba con devoción, aportando su contribución al humo grisáceo que iba nublando la habitación. Además de las dos señoras inglesas, había otras mujeres sentadas en los sofás, y algunas que daban vueltas por la habitación con cuidado de no tropezar con los camareros encorbatados que llevaban bandejas repletas de bebidas frías, dulces, vasos de té y tazas de café. Era difícil saber cuál de ellas era la señora de la casa: varias parecían comportarse con soltura. Una mujer corpulenta, con un vestido floreado de seda del color del jarrón donde estaban las plumas de pavo real, cuyos brazos carnosos tintineaban a cada movimiento por la cantidad de pulseras de plata y brazaletes que los adornaban, hablaba apasionadamente con algunos jóvenes vestidos con ropa de tenis. Otra señora, con un vestido de algodón con succulentas frutas estampadas, un vestido que le marcaba la tripa y la anchas caderas, tendió la mano para que la besara el anfitrión y después le recompensó con tres besos en la mejilla, a la derecha, a la izquierda y de nuevo a la derecha. También había una vieja matrona con un bigotillo grisáceo y unas anchas y peludas fosas nasales, así como algunas jóvenes atractivas con estrechas caderas, uñas rojas, peinados cuidados y faldas deportivas que cotorreaban sin parar. Parecía que Stashek Rodnitzky, con el traje oscuro de lana ministerial que había emigrado con él desde Lodz a Eretz Israel unos quince años antes de ese verano, y Mala, su mujer, con su falda marrón lisa, con su camisa de manga larga y sus pendientes en forma de lágrima, eran los más elegantes de la habitación (aparte de los camareros). Hasta el encargado de correos, el señor

NokesGilford, iba con una sencilla camisa azul, sin corbata ni chaqueta. Desde su jaula en un extremo de la sala, el papagayo con la voz de fumador empedernido exclamó de pronto: «*Mais oui, mais oui, chère mademoiselle, mais oui, absolument, naturellement*». Desde la jaula de enfrente le contestó al instante la soprano mimada: «*Bas! Bas, ya ayni! Bas min fadlak! Uskut! Bas wajalas!*».

En la nube de humo se materializaban constantemente camareros de negro, blanco y rojo que intentaban tentarme con cuencos de cristal y porcelana llenos de almendras, nueces, pistachos, pipas de calabaza y de sandía tostadas, con bandejas repletas de pastelillos calientes, frutas, rajás de sandía, tazas de café, vasos de té y vasos altos helados con zumo de fruta y jugo de granada con cubitos de hielo, así como platos con apetitoso pudín aromatizado con canela y adornado con almendra rallada. Pero yo me conformé con dos pasteles y un vaso de zumo, y rechacé los manjares que me ofrecían con educación pero con firmeza: ni por un momento cedí, ni por un momento olvidé las obligaciones propias de mi posición como pequeño diplomático invitado por una gran potencia que me miraba con desconfianza.

El señor Silvani se detuvo a nuestro lado y conversó unos instantes en inglés con la tía Mala y el tío Stashek, bromeó, se mostró amable, quizás le dedicara un cumplido a la tía por sus pendientes. Luego, después de haberse disculpado y mientras se dirigía hacia los demás invitados, dudó, se volvió de repente hacia mí y me dijo con una amable sonrisa y en hebreo forzado:

–Señor, si quiere salir en el jardín. Hay varios niños en el jardín.

Excepto mi padre, a quien le gustaba llamarme Su Alteza, nadie en el mundo me había llamado señor. Por un sublime instante me vi como un joven señor hebreo cuyo rango no era inferior en nada al de los jóvenes señores desconocidos que deambulaban por el jardín. Cuando por fin se funde el Estado hebreo libre, decía mi padre con desánimo citando las palabras de Zeev Jabotinsky, también nuestro pueblo podrá acercarse a la comunidad de los pueblos «como se acerca un león a los leones».

Como se acerca un león a los leones salí por tanto de la habitación inundada de humo de tabaco. Miré desde el amplio porche la muralla, las torres y las cúpulas. Después descendí lentamente, con elegancia y evidente conciencia nacional, las escaleras de piedra tallada, caminé hacia el emparrado y más allá, hacia las profundidades del campo de árboles frutales.

Allí, bajo el emparrado, había un grupo de cinco o seis chicas de unos quince años. Pasé de largo. Después me adelantaron unos muchachos escandalosos. Entre los árboles paseaba una pareja joven, conversando en voz baja pero sin tocarse. Y en un rincón alejado, en lo más profundo del jardín, cerca del muro, alrededor del tronco nudoso de un gran fresón, alguien había colocado un sitio donde sentarse: una especie de banco de tablas de madera sin patas donde estaba con las piernas cruzadas una niña pálida, con el cabello y las cejas negros, de cuello fino y hombros caídos, el pelo a lo *garçon* sobre la frente, que me pareció iluminada desde dentro con una luz de curiosidad y alegría. Llevaba una camisa color crema y encima un pichi azul oscuro, liso, largo y con dos tirantes anchos. En la solapa de la camisa destacaba un adorno, una especie de alfiler de marfil que me recordó el broche de la abuela Shlomit.

A primera vista aquella niña parecía más o menos de mi edad, pero por la ligera curva que se marcaba en su vestido y también por su mirada no del todo infantil, una mirada curiosa pero precavida que se encontró con la mía (un instante, como un pestañeo, y rápidamente mis ojos huyeron en otra dirección), podía ser dos o tres años mayor: de unos once o doce. Pese a todo pude ver que tenía las cejas algo gruesas, unidas entre sí, algo que desmejoraba en cierto modo la delicadeza de sus rasgos. A los pies de aquella niña había otro niño pequeño, tal vez fuera su hermano, de unos tres años y con el pelo rizado, que estaba de rodillas en el suelo, muy aplicado y concentrado, gateando y recogiendo con esmero las hojas caídas y disponiéndolas en círculo.

Armándome de valor y de un tirón le ofrecí a la niña casi un cuarto del léxico en lenguas extranjeras que había cazado al vuelo: no exactamente como se acerca un león a los leones, sino más bien como los educados papagayos que estaban en las jaulas en el salón de su casa, le hice sin darme cuenta una ligera reverencia, ansioso de entablar una relación para acabar con los prejuicios y avanzar en la reconciliación entre nuestros dos pueblos:

–Sabaj al jeir, miss. Ana ismi Amos. Waiti, ya bint? Votre nom, s'il vous plaît mademoiselle? Please your name kindly?

Me miró sin sonreír. Sus cejas juntas le daban una expresión seria impropia de su edad. Movié la cabeza varias veces de arriba abajo, como si sacara una conclusión, estuviera de acuerdo consigo misma, terminara así el análisis y firmara los resultados obtenidos. El vestido azul oscuro le llegaba por debajo de las rodillas, pero entre el vestido y los zapatos con lazos vi por un instante la piel de sus piernas, morena y lisa, femenina, ya adulta, entonces me ruboricé y mis ojos volvieron a huir hacia su hermano pequeño, que me devolvió una mirada tranquila, despojada de temor pero también de una sonrisa. Y de repente, con esa cara oscura y relajada, se pareció mucho

a ella.

Todo lo que le había oído decir a mis padres, a mis vecinos, al tío Yosef, a las maestras, a los tíos, todos los rumores volvieron a despertarse en mí en aquel instante. Todo lo que decían mientras tomaban té en nuestro patio los sábados y las tardes de verano, la creciente tensión entre árabes y judíos, la desconfianza y la hostilidad, las frutas podridas de la provocación británica y de la instigación de los fanáticos del islam, que nos describían de una forma espantosa para encender en el ánimo de los árabes un odio a muerte hacia nosotros. Nuestro deber, había dicho una vez el señor Rosendorf, es acabar con la desconfianza y explicarles que somos personas positivas e incluso agradables. En resumen, fue la sensación de estar cumpliendo una misión lo que me infundió el valor de dirigirme a la niña desconocida e intentar entablar con ella una conversación: pretendía explicarle con unas cuantas pero convincentes palabras lo puras que eran nuestras intenciones y lo detestable que era el complot tramado para provocar una disputa entre las dos partes, y lo bueno que sería para toda la población árabe –personificada en esa niña de delicados labios– acercarse un poco al muro que la separaba del respetuoso y amable pueblo judío –personificado en mí, el desenvuelto embajador de ocho años y medio. Casi.

Pero no pensé de antemano qué haría después de haber utilizado ya en la primera frase lo mejor de mi léxico en lenguas extranjeras. ¿Cómo le haría comprender a esa niña desconocida de una vez por todas la legitimidad del retorno a Sión? ¿Con mímica? ¿Con pasos de baile? ¿Cómo le podía transmitir sin palabras la conciencia de nuestro derecho a la tierra? ¿Cómo le traduciría sin un idioma común «Oh, tierra mía, patria mía»? ¿Y «Allí se saciarán de abundancia y felicidad/ hijo de Arabia, hijo de Nazaret, hijo mío/ pues mi bandera, la bandera de la rectitud y la honestidad/ purificará las riberas del Jordán»? En resumen, era como el necio que sin saber cómo aprende a mover dos casillas el peón que está delante del rey en el tablero de ajedrez, y lo hace con soltura y sin dudar, pero aparte de eso no tiene ni la más remota idea: no sabe cómo se llaman las piezas, ni cómo se mueven, ni por qué ni hacia dónde.

Estaba perdido.

Pero la niña me contestó, en hebreo, sin mirarme, las dos manos apoyadas en el banco a ambos lados del vestido, los ojos fijos en su hermano, que estaba poniendo una pequeña piedra justo en el centro de cada una de las hojas del círculo:

–Me llamo Aisha. Y este pequeño es mi hermano. Auad.

Y también dijo:

–¿Eres el hijo de los invitados de correos?

Le expliqué que no era el hijo de los invitados de correos sino el hijo de unos amigos suyos, que mi padre era un intelectual muy importante, un *ustaz*, que el tío de mi padre era un intelectual aún más importante, incluso de renombre internacional, y que su honorable padre en persona, el señor Silvani, me había invitado a salir un rato al jardín y entablar conversación con los niños de la casa.

Aisha me corrigió y dijo que el *ustaz* Nayib no era su padre, sino el tío de su madre: ella y su familia no vivían en Sheij Jarrah sino en el barrio de Talbia, llevaba tres años aprendiendo a tocar el piano con una profesora del barrio de Rehavia, y gracias a su profesora y sus compañeras de piano había aprendido a hablar un poco de hebreo. Le parecía muy bonito el hebreo, y también

Rehavia era muy bonito. Cuidado. Tranquilo.

–También Talbia es tranquilo y cuidado –me apresuré a contestar, devolviéndole el cumplido–. ¿Le parece bien que hablemos un rato?

–Ya estamos hablando, ¿no? –una ligera sonrisa se dibujó por un segundo alrededor de sus labios. Se arregló con las dos manos el bajo del vestido y cambió el cruce de las piernas. Y por un instante asomaron sus rodillas, unas rodillas ya de mujer, y enseguida se tiró del vestido. Su mirada se dirigió ahora a mi izquierda, al lugar desde donde nos observaba el muro del patio entre los árboles frutales.

Entonces adopté una expresión teatral y le expresé mi opinión de que en la tierra de Israel habría espacio suficiente para los dos pueblos si consiguiesen vivir en paz y con respeto mutuo. Por alguna razón, por desconcierto, por presunción, no hablaba con mi hebreo sino con el de mi padre y sus invitados: solemne. Rimbombante. Como un asno disfrazado con un vestido de noche y zapatos de tacón: convencido por algún motivo de que sólo así era digno de hablar a los árabes y a las chicas (lo cierto es que casi nunca había tenido la oportunidad de conversar con chicas ni con árabes, pero me imaginaba que en los dos casos se requería una delicadeza especial: había que hablar como de puntillas).

Estaba claro que sus conocimientos de lengua hebrea no eran muy amplios, o tal vez sus opiniones eran distintas a las mías. En lugar de contestar al reto que le había propuesto, parece que eligió cambiar de tema: su hermano mayor, dijo, estudiaba en Londres para ser *solicitor* y también *barrister*, que en hebreo era algo así como *abogado*, ¿no?

–Abogado –la corregí, y pregunté, aún hinchado de teatralidad–: ¿y qué piensas estudiar de mayor? ¿Es decir, qué materia? ¿Qué profesión?

Me miró un instante directamente a los ojos y esa vez no me ruboricé sino que palidecí. Enseguida aparté la mirada y la dirigí rápidamente hacia abajo, hacia su pequeño y serio hermano Auad, que mientras tanto ya había hecho a los pies del tronco del fresón cuatro círculos de hojas perfectos.

–¿Y tú?

–Bueno, verás –digo aún de pie y frotándome las manos sudadas en los pantalones–, bueno, verás, yo...

–También tú serás *abogado*. Se nota por cómo hablas.

–¿Y qué la ha llevado a pensar eso?

–Y yo –dijo ella en vez de contestar a mi pregunta–, escribiré un libro.

–¿Tú? ¿Qué clase de libro escribirás?

–Poemas.

–¿Poemas?

–En francés y en inglés.

–¿Escribes poemas?

Ella también escribía poemas en árabe, pero no se los enseñaba a nadie. El hebreo también era un idioma muy bonito.

–¿Alguien ha escrito poemas en hebreo?

Conmovido por la importancia de su pregunta, enojado, ofendido y con la sensación de tener

que cumplir una misión, empecé a recitarle con gran arrebató fragmentos de poemas: Tchernijovsky. Levin Kipnis. Rahel. Zeev Jabotinsky. Y también un poema mío. Todo lo que me venía a la mente, con ímpetu, con gestos ampulosos, con voz estruendosa, con pasión, con muecas y a veces con los ojos cerrados. Hasta su hermano pequeño, Auad, levantó su cabeza rizada y me miró fijamente con ojos de cordero marrones, sorprendidos, llenos de curiosidad y un cierto temor, y de repente también él empezó a recitar en un hebreo impecable: ¡Dame un momento! ¡No tengo un momento! Mientras que Aisha, en vez de decir: ya vale, me preguntó de pronto si también sabía trepar a los árboles. ¿No?

Inquieto y quizás un poco enamorado de ella, aunque también temblando de satisfacción por mi representación nacionalista, ansioso por hacer realidad cualquiera de sus deseos, en un abrir y cerrar de ojos dejé de ser Zeev Jabotinsky y por ella me convertí en Tarzán: me deshice de las sandalias a las que el tío Stashek había sacado brillo por la mañana hasta dejarlas relucientes como diamantes negros, me olvidé de la ropa de fiesta planchada que llevaba, me colgué de un salto en una rama baja, me aferré con los pies descalzos al tronco nudoso y, sin dudarle un instante, me fui metiendo en el frondoso seno del fresón, de una ramificación a otra y así sucesivamente, hasta las ramas altas, me arañé y no me importó, me llené de rasguños y de manchas de fresón pero ignoré todas esas penalidades, subí más alto que el muro y las copas de los árboles, hasta estar fuera de la sombra, hasta la cima del fresón, hasta que mi tripa descansó en una rama oblicua, bastante blanda, que se arqueaba debajo de mí, se movía como un muelle y hasta se curvaba un poco, y de repente toqué una cadena de hierro oxidada con una bola en el extremo, era una bola de hierro muy pesada, oxidada también, quién sabe qué demonios sería ese aparato y cómo habría llegado hasta lo más alto del fresón. El niño, Auad, me lanzó una mirada pensativa, escéptica, y volvió a ordenarme: ¡Dame un momento! ¡No tengo un momento!

Al parecer ésas eran las únicas palabras en hebreo que había cazado al vuelo. Y no las había olvidado.

Con una mano me agarré bien a mi rama sollozante y con la otra, mientras lanzaba gritos de guerra guturales, me balanceé en la cadena y giré rápidamente sobre la bola de hierro que estaba unida a ella, como agitando para la joven que estaba debajo de mí una rara primicia: durante sesenta generaciones, eso nos habían enseñado, se habían acostumbrado a vernos como un pueblo débil, un pueblo de jóvenes encorvados, polillas temblorosas que echan a volar atemorizadas ante cualquier sombra, *aulad al-maut*, hijos de la muerte, y ahora por fin salía a escena el judaísmo musculoso, la nueva juventud hebrea despuntaba con todo su vigor y todo aquel que la veía temblaba ante su rugido: como se acerca un león a los leones.

Pero el valiente y terrible león de los árboles al que estaba interpretando con orgullo delante de Aisha y de su hermano, ese león oculto no podía ni imaginar de dónde le llegaría el mal: era un león ciego, sordo y tonto. Tenía ojos y no veía. Tenía oídos y no oía. Sólo se balanceaba en la cadena, montado en su rama, y hería el aire con las vueltas cada vez más amplias de la manzana de hierro voladora, como había visto en el cine, en las películas de esos valientes vaqueros que agitan el lazo y, mientras galopan, dibujan círculos en el aire.

No veía no oía no podía imaginar ese guardián de las praderas entusiasmado, ese león volador, aunque todo estaba ya previsto para la catástrofe, todo estaba preparado y dispuesto para que

ocurriera la desgracia: el bloque de hierro oxidado en el extremo de la cadena oxidada se iba tensando a cada vuelta y amenazaba con dislocarle el hombro. Su arrogancia. Su estupidez. La intoxicación de la creciente heroicidad. La embriaguez del jactancioso nacionalismo. La rama sobre la que se tendió y sobre la que realizó su exhibición, aquella rama blanda gritaba ya de tanto peso. La niña delicada e inteligente de las cejas negras y juntas, la niña poeta le miraba de abajo arriba y en su rostro se iba dibujando una especie de sonrisa indulgente, no una sonrisa de admiración ni de respeto por el nuevo hombre hebreo de Eretz Israel, sino una especie de expresión de guasa, una especie de sonrisa benévola y divertida, como diciendo, pero si eso no es nada, todos tus esfuerzos no son nada de nada, cosas así y mucho mejores las hemos visto ya, con eso no me vas a impresionar, si de verdad quieres impresionarme alguna vez, querido, deberás esforzarte cien veces más, mil veces más.

(Y desde las profundidades de algún pozo oscuro, en ese instante resonó de pronto durante una décima de segundo, y en una décima de segundo se desvaneció, el reflejo del recuerdo de un bosque en una tienda de ropa de mujer, el reflejo de la ancestral selva frondosa en cuyas profundas tinieblas persiguió una vez a una niña pequeña y, cuando por fin consiguió alcanzarla a los pies de los oscuros árboles perennes, apareció ante sus ojos el horror).

Y también su hermano estaba allí, a los pies del tronco del fresón, ya había terminado de hacer sus perfectos y misteriosos círculos de hojas, y con el pelo rizado, serio, preocupado y dulce, iba saltando con sus pantalones cortos y sus zapatos rojos tras una mariposa blanca, y de pronto desde arriba, desde lo alto del fresón, le llamaban con gritos aterrados por su nombre: Auad, Auad, escapa, y tal vez sólo le dio tiempo a alzar sus ojos redondos hacia la copa y tal vez también le dio tiempo a ver la manzana de hierro oxidada que, como una saeta, se había desprendido de golpe del extremo de la cadena y volaba hacia él como una bomba, directamente hacia él, iba oscureciéndose, agrandándose y precipitándose directamente hacia los ojos del pequeño, y al instante le habría abierto la cabeza si no hubiese errado sólo por dos o tres centímetros, pasó justo delante de la nariz del niño y cayó con un gran impulso e hirió y aplastó el pequeño pie metido en el diminuto zapato rojo, el zapato de muñeca que de inmediato se empapó de sangre, y empezaron a brotar burbujas de sangre por los cordones y a borbotar por las costuras de las suelas y por la lengüeta. Entonces, por encima de las copas de los árboles del jardín, se elevó un grito de dolor fino y penetrante, largo, desgarrador, y después todo tu cuerpo fue asaltado por temblores de agujas de hielo y de golpe todo se quedó en silencio a tu alrededor, como si te hubiesen encerrado dentro de un iceberg.

No recuerdo la cara del niño desmayado a quien su hermana cogió en brazos no recuerdo si también ella gritó si pidió ayuda si me habló y no recuerdo cuándo ni cómo bajé del árbol o no bajé sino que caí junto con la rama que se desplomó debajo de mí no recuerdo quién me curó el rasguño de la barbilla de donde un denso río de sangre manaba hacia mi camisa de fiesta (aún tengo una marca en la barbilla), y casi no recuerdo nada de lo que pasó entre el grito del niño herido y las sábanas blancas al anochecer todavía temblando de arriba abajo y acurrucado en posición fetal con varios puntos en la barbilla en la cama de matrimonio del tío Stashek y la tía Mala.

Pero aún recuerdo como dos brasas penetrantes los ojos de ella bajo el marco enlutado de sus

cejas negras unidas entre sí: desprecio, desilusión, espanto y odio abrasador me lanzó su mirada, y por debajo del desprecio y el odio en sus ojos había también una especie de apenado movimiento de cabeza, como asintiendo y diciéndose a sí misma: desde el primer instante debería haberlo sabido, antes aún de que abrieras la boca debería haberlo percibido, debería haber tenido cuidado contigo, pues de lejos se te huele. Desprendes como un tufo pestilente.

Y recuerdo vagamente a alguien, a un hombre peludo, bajo, con un bigote espeso y un reloj de oro con una cadena muy gruesa, puede que fuera uno de los invitados o uno de los hijos del anfitrión, que me sacó de allí con rudeza, arrastrándome de la camisa desgarrada casi a la carrera. Y de camino, a lo lejos, junto al pozo que estaba en el centro del patio enlosado, vi cómo un hombre enloquecido estaba pegando a Aisha. No le daba puñetazos ni bofetadas, le daba con la mano abierta golpes fuertes, decididos, la golpeaba con crueldad, despacio, a conciencia, en la cabeza, la espalda, los hombros y la cara, no como se castiga a un niño, sino como se descarga un furor salvaje sobre un caballo. O sobre un camello rebelde.

Por supuesto mis padres, y también Stashek y Mala, tenían intención de llamar para interesarse por el estado del pequeño Auad y conocer el alcance de su herida. Por supuesto tenían intención de encontrar la forma de expresar su pesar y su vergüenza. Tal vez habían sopesado la posibilidad de ofrecer una compensación apropiada. Tal vez era importante para ellos que nuestros anfitriones comprobaran con sus propios ojos que tampoco nuestra parte había salido indemne, y que la herida de la barbilla había necesitado dos o tres puntos. Es posible que mis padres, de acuerdo con los Rodnitzky, planificaran otra visita, una visita de reconciliación a la villa del *ustaz* Al Silvani, y en esa ocasión le llevarían presentes y obsequios al pequeño herido, mientras que yo, humillado y reconcomido por los remordimientos, debería postrarme en el umbral o cubrirme de saco y ceniza para mostrar a la familia Al Silvani en particular, y a todo el pueblo árabe en general, hasta qué punto lo sentíamos y estábamos avergonzados, pero también que éramos demasiado nobles como para buscar excusas y circunstancias atenuantes, y también lo suficientemente honestos como para cargar sobre nuestras espaldas con todo el peso de la vergüenza, el remordimiento y la culpa.

Pero mientras deliberaban y discutían unos con otros sobre el momento y la forma, quizás encargándole al tío Stashek que le pidiera a su superior, el señor Nokes-Gilford, que tanteara de manera informal a la familia Al Silvani y comprobara por nosotros su disposición de ánimo, hasta qué punto aún estaba encendida la rabia, cómo mitigarla, de qué servirían las disculpas, con qué espíritu sería recibido nuestro deseo de resarcir el daño causado, mientras seguían sopesando y haciendo planes, llegaron las fiestas. Y antes de las fiestas, a finales de agosto de 1947, la comisión de investigación nombrada por la ONU puso sobre la mesa de la Asamblea General sus recomendaciones.

Y en Jerusalén, aunque aún no había ningún brote de violencia, pareció que de repente se había tensado algún músculo oculto. Ya no era razonable que fuéramos a aquellos barrios.

Mi padre, por tanto, se armó de valor y telefoneó a las oficinas de la firma Silvani e Hijos S. L., que tenía su sede al final de la calle Princess Mary, se presentó en inglés y también en francés y pidió, en inglés y en francés, hablar con el señor Al Silvani padre. Un joven y desenvuelto

secretario le contestó con fría amabilidad y le pidió a mi padre, en inglés y también en francés, que hiciera el favor de esperar un momento, después le indicó que él, el secretario, estaba autorizado a recibir y anotar mensajes para el señor Silvani. Mi padre, por tanto, le dictó al joven secretario, en francés y también en inglés, un breve mensaje donde expresaba nuestros sentimientos, nuestras disculpas, nuestra preocupación por el estado del querido niño, nuestra disposición para cargar con los gastos sanitarios que fuesen necesarios, así como nuestro deseo de concertar pronto una cita para intentar reparar el daño causado (el inglés y el francés en boca de mi padre tenían una evidente entonación rusa. La palabra *the* sonaba como *dzee* y *locomotive* se transformaba siempre en su boca en *locomotzif*).

No recibimos respuesta de la familia Silvani, ni directamente ni por medio del señor Nokes-Gilford, el jefe de Stashek Rodnitzky. ¿Intentó mi padre conocer por otros medios el alcance de la herida de Auad? ¿Cómo se encontraba el pequeño dame-un-momento-no-tengo-un-momento? ¿Qué contó de mí Aisha y qué no? Si mi padre se enteró de algo, a mí no me dijo ni una palabra. Hasta el día en que murió mi madre e incluso después, hasta el día en que murió él, mi padre y yo no hablamos de aquel sábado. Ni siquiera aludimos a él. Y tampoco al cabo de muchos años, unos cinco años después de la guerra de los Seis Días, en la ceremonia en memoria de Mala Rodnitzky, cuando el pobre Stashek se pasó la mitad de la noche hablando en su silla de ruedas y evocando todo tipo de recuerdos, unos buenos y otros terribles, pero no aquel sábado en la villa Silvani.

Y un día de verano del año 67, después de la conquista de la zona oriental de la ciudad, un sábado por la mañana muy temprano, fui allí yo solo por el camino que hicimos los tres aquel sábado. Unas puertas de hierro nuevas habían sido colocadas en los muros de la casa, y delante estaba aparcado un coche alemán negro y brillante, su interior estaba oculto por unas cortinillas de tela gris. Sobre el muro que rodeaba el patio había trozos de cristal que no recordaba. Por encima despuntaban las verdes copas de los árboles del jardín. La bandera de un consulado importante ondeaba sobre el tejado y junto a las nuevas puertas de hierro había una placa de cobre donde aparecía, en letras latinas y árabes, el nombre y el emblema del país al que representaba. Un vigilante vestido de paisano me lanzó una mirada interrogativa, y yo me disculpé y seguí caminando en dirección a Har Hatzofim.

La herida de mi barbilla cicatrizó en unos días. La doctora Holander, la pediatra del ambulatorio de la calle Amós, me quitó con delicadeza los puntos que me habían dado aquel sábado en la casa de socorro.

Y desde el día en que me quitaron los puntos cayó una pesada cortina sobre aquel incidente. También la tía Mala y el tío Stashek parecían estar implicados en ese pacto de silencio. Ni una palabra. Ni sobre el barrio de Sheij Jarrah, ni sobre niños árabes, ni cadenas de hierro, ni jardines y fresones, ni cicatrices en la barbilla. Tabú. Nada. No había existido. Sólo mi madre, a su modo, desafió los muros de la censura: una vez, en nuestro sitio, junto a la mesa de la cocina, y a nuestra hora, cuando mi padre no estaba en casa, me contó un cuento hindú:

Había una vez, hace muchos años, dos monjes que se impusieron todo tipo de privaciones y mortificaciones. Entre otras cosas, se obligaron a cruzar a pie toda la India, de punta a punta. Y se comprometieron también a un silencio total, a no pronunciar ni una sola palabra, ni siquiera en sueños, durante los años que durase ese camino. Ni un sonido. Pero una vez, al cruzar un río, oyeron a una mujer

que se estaba ahogando pedir auxilio. Sin decir nada, el más joven de los dos se arrojó al agua, se cargó a la mujer a la espalda, la sacó, la dejó en la arena sin decir una palabra y los dos ascetas continuaron su camino en completo silencio. Al cabo de seis meses o un año de repente el joven le preguntó a su compañero: Dime una cosa, ¿crees que pequé por haber cargado a aquella mujer a la espalda? Y su compañero le contestó con una pregunta: ¿Es que aún la llevas a tus espaldas?

Mi padre, por su parte, volvió a sus investigaciones. Por aquellos días estaba inmerso en las literaturas del antiguo Oriente, acadia y sumeria, babilónica y asiria, los antiguos hallazgos arqueológicos de Tel El Amarna y Hatushash, la legendaria biblioteca del rey Asurbanipal, a quien los griegos llamaban Sardanápalo, la epopeya de Gilgamesh y el breve mito de Adapa. Montones de libros y diccionarios se acumulaban sobre su mesa, rodeados de un ejército de notas y fichas. Volvía a intentar divertirme a mi madre y a mí con una de sus bromas habituales: Si robas tu sabiduría de un libro, no eres más que un ladrón literario. Un plagiador. Pero si robas a manos llenas de cinco libros, ya no eres un ladrón sino un investigador, y si robas de cincuenta libros llegas a adquirir el rango de gran investigador.

Cada día se iba contrayendo algún músculo oculto bajo la piel de Jerusalén. Rumores incontrollados, algunos de los cuales helaban la sangre, se propagaban por nuestros barrios. Se decía que el gobierno de Londres se disponía a sacar durante dos o tres semanas a su ejército y a todos sus funcionarios para permitir a los ejércitos regulares de los países de la Liga Árabe, que no era más que un brazo británico cubierto con kefia, derrotar a los judíos, conquistar el país y abrir a los británicos un camino de vuelta por una puerta trasera cuando los judíos desaparecieran. Jerusalén, eso opinaban algunos estrategas en la tienda del señor Auster, sería pronto la capital del rey Abdallah de Transjordania, y a nosotros, los habitantes judíos, nos llevarían en barcos a campos de refugiados de Chipre. O tal vez nos dispersarían por los campos de deportados de las islas Mauricio o las Seychelles, en medio del océano Índico.

Otros no dudaban en lanzar invectivas contra sus oyentes diciendo que los grupos hebreos de la resistencia, el Etzel y el Leji y también la Haganá, con sus acciones sangrientas contra el poder inglés, y sobre todo con aquella bomba dirigida al corazón del gobierno británico, en el hotel Rey David, nos causaban un gran perjuicio: ningún imperio de la historia había dejado pasar por alto unas provocaciones tan humillantes como éstas, y los británicos ya habían decidido castigarnos con un atroz baño de sangre. El pueblo británico sentía tal rechazo por las precipitadas insensateces de nuestros líderes sionistas fanáticos que Londres sencillamente había decidido dejar que los árabes se alzaran y nos exterminaran a todos: hasta ahora las fuerzas británicas se habían interpuesto entre nosotros y una masacre generalizada a manos de todos los pueblos árabes, de ahora en adelante se apartarían y seríamos responsables de nuestra propia muerte.

Algunos en el barrio decían que todas las personas de alta alcurnia y con contactos, los ricos de Rehavia, los empresarios y los proveedores bien relacionados con el poder británico, los judíos con altos cargos en el gobierno del Mandato, ya habían sido advertidos de que era mejor abandonar cuanto antes la zona, o al menos poner a salvo a sus familiares. Se hablaba de tal o cual familia que se había trasladado a Estados Unidos y de tal o cual hombre de negocios, y también de estos y aquéllos, y precisamente los más arrogantes, que habían abandonado una noche Jerusalén y se habían establecido con sus familiares en Tel Aviv. Por supuesto ellos sabían cosas que nosotros aún ni siquiera imaginábamos. O imaginábamos sólo en nuestras peores pesadillas.

Y algunos decían que había grupos de árabes jóvenes que peinaban por las noches nuestros

barrios y que, con brochas y latas de pintura en las manos, se repartían las casas judías y las marcaban. Contaban que bandas árabes armadas, partidarias del muftí de Jerusalén, dominaban ya de hecho las montañas que rodeaban la ciudad y que los británicos hacían la vista gorda; que las fuerzas de la Liga Árabe de Transjordania, al mando del coronel británico *sir* John Glub, Glub Pasha, ya se habían desplegado por distintos puntos estratégicos para derrotar a los judíos aun antes de que pudiesen reaccionar. Y enfrente del kibbutz Ramat Rahel, los Hermanos Musulmanes, a quienes los británicos habían dejado entrar con armas desde Egipto y fortificarse en las montañas de Jerusalén, estaban cavando trincheras. Algunos se sentían esperanzados porque en la salida de los británicos intervendría, a pesar de todo, el presidente Truman: enviaría rápidamente a su ejército, pues dos gigantescos portaaviones americanos estaban ya en aguas de Sicilia mirando hacia oriente, el presidente Truman no permitiría de ninguna manera un segundo holocausto del pueblo judío menos de tres años después del holocausto de los seis millones: sin duda los judíos americanos ricos e influyentes le presionarían. No podrían oponerse.

Algunos creían que la conciencia del mundo civilizado, o la opinión pública progresista, o la clase obrera internacional, o el sentimiento de culpa generalizado por el amargo destino de los supervivientes judíos, todos a una se alzarían y frustrarían «el complot angloárabe para exterminarnos». Al menos así se tranquilizaban algunos de nuestros vecinos y conocidos con la llegada de los primeros indicios de un otoño extraño y amenazador. Al menos uno podía consolarse pensando que, aunque los árabes no nos quisieran aquí, los pueblos europeos, por su parte, no tendrían el más mínimo deseo de vernos retornar y poblar de nuevo Europa. Y, como el poder de los pueblos europeos era mucho mayor que el de los árabes, había alguna posibilidad de que, pese a todo, nos quedásemos aquí. Los árabes se verían obligados a tragar lo que Europa quería vomitar.

De cualquier forma, casi todos presagiaban una guerra. En las emisoras de la resistencia, en onda corta, se oían canciones exaltadas: «En las montañas, en las montañas despunta nuestra luz/ subiremos a la montaña/ el ayer ha quedado atrás/ pero es largo el camino hacia el mañana...», y también: «No se conquista la cima de la montaña/ sin una tumba en la ladera», «Desde Metulah hasta el Néguev/ desde el mar hasta el desierto/ cada chico a las armas/ cada chica de guardia», «La paz de la azada lograron tus jóvenes/ hoy lograrán la paz con los fusiles». Así como: «Desde las pendientes del Líbano hasta el mar Muerto». Cereales y aceite, velas, azúcar, leche en polvo y harina desaparecieron prácticamente de las repisas de la tienda del señor Auster: la gente empezó a almacenar alimentos de primera necesidad en previsión de lo que pudiera pasar. También mi madre compró y acumuló en el fondo del armario de la cocina algunos paquetes de harina y de harina sin levadura, paquetes de pan tostado, latas de avena *quaker* y también aceite, conservas, aceitunas y azúcar. Mi padre compró dos latas precintadas llenas de queroseno y las puso debajo del lavabo.

Mi padre aún salía a diario, como de costumbre, a las siete y media de la mañana, y se iba a trabajar a la Biblioteca Nacional de Har Hatzofim en el autobús número 9, que salía de la calle Gueulá, pasaba por Meah Shearim y cruzaba el barrio de Sheij Jarrah cerca de la villa Silvani. Un poco antes de las cinco de la tarde volvía de trabajar con fascículos y libros en su ajada cartera, y más libros y fascículos debajo del brazo. Pero mi madre le pedía varias veces que cuando subiera al autobús no se sentara al lado de la ventanilla. Y añadía algunas palabras en ruso. Nuestros viajes habituales de los sábados a casa del tío Yosef y de la tía Tzipora se aplazaron de momento.

Tenía apenas nueve años y ya era un fanático lector de periódicos. Un consumidor de noticias. Un apasionado comentarista y polemista. Un experto militar y político cuya opinión era tenida muy en cuenta por los hijos de los vecinos. Un estratega de cerillas, botones y fichas de dominó sobre la alfombra. Conducía tropas, realizaba tácticas militares, establecía alianzas con una u otra potencia, reunía ingeniosas argumentaciones con las cuales ponía de nuestra parte incluso al corazón británico más gélido, pronunciaba discursos con los que no sólo conseguía que los árabes comprendieran y se apaciguasen, sino también que nos pidiesen disculpas, discursos capaces de provocar lágrimas de compasión en los ojos de los árabes, impresionados por nuestra nobleza y magnanimidad.

Por aquellos días mantenía arrogantes pero pragmáticas conversaciones con Downing Street, con la Casa Blanca, con el Papa de Roma, con Stalin y con los reyes árabes. «¡Estado hebreo! ¡Inmigración libre!», clamaban los pioneros organizados en los desfiles y en las reuniones a las que una o dos veces mi madre consintió que mi padre me llevase. Mientras, la multitud árabe gritaba cada viernes, a la salida de las mezquitas, en sus desfiles llenos de aversión: «*Idbaj al yahud!*». O: «*Falestin arduna wal yahud – kilabuna!*» (es decir: ¡Palestina es nuestra tierra y los judíos – nuestros perros!). Podría haberles convencido fácilmente si hubiera tenido la posibilidad, y podría haberles demostrado con una sencilla lógica que, mientras nuestros eslóganes y demandas no contenían nada que les pudiera herir, los eslóganes que gritaba la muchedumbre árabe instigada eran muy feos e indecentes, e iluminaban a los que gritaban con una luz bastante vergonzosa. Por aquellos días ya no era un niño sino un virtuoso montón de argumentaciones. Un pequeño chovinista en la piel de un pacifista. Un nacionalista hipócrita y lisonjero. Un propagandista sionista de nueve años: nosotros éramos los buenos y los que teníamos razón, nosotros éramos las víctimas inocentes, nosotros éramos David contra Goliat, nosotros éramos el cordero en medio de una jauría de lobos, nosotros éramos el cordero para el sacrificio, la cabra de la Hagadá de Pésaj, la gacela de Israel, y ellos, todos ellos, ingleses, árabes y los demás pueblos, eran la jauría de lobos, el mundo malvado, hipócrita y siempre sediento de nuestra sangre: para ellos la vergüenza y la ignominia. (En el libro *Una pantera en el sótano*, así como en los relatos de *En la colina del Mal Consejo*, escribí sobre aquella época, y también sobre un niño algo parecido a mí. Sobre todo en el relato «Nostalgia»).

Cuando el gobierno británico anunció su intención de dejar la administración de Eretz Israel y devolver el Mandato a la Organización de las Naciones Unidas, la ONU nombró una comisión especial (UNSCOP) que debía investigar la situación en Palestina y la situación de los cientos de miles de judíos deportados que llevaban dos años o más en campos de refugiados europeos, los supervivientes del exterminio nazi.

A finales de agosto de 1947 la comisión publicó sus conclusiones: la mayoría de sus miembros proponía que el Mandato Británico en Eretz Israel concluyera lo antes posible. En su lugar la tierra sería dividida en dos estados independientes: un estado para los árabes y un estado para los judíos. El territorio asignado para cada estado tenía casi el mismo tamaño. La intrincada y tortuosa frontera fue trazada en función de la demografía de las dos poblaciones. Los dos estados estarían unidos por una economía común, una moneda común, etcétera etcétera. Jerusalén,

eso propuso la comisión, sería una entidad separada, neutral, bajo administración internacional dirigida por un gobernador nombrado por la ONU.

Esas propuestas se dejaron sobre la mesa de la Asamblea General a la espera de su aprobación, que necesitaba una mayoría de dos tercios. Los judíos aceptaron ese modelo de partición, aunque a regañadientes: el estado que les habían asignado no incluía ni la Jerusalén judía ni la Alta Galilea y la Galilea occidental. El setenta y cinco por ciento del territorio asignado a los judíos era tierra desértica. Mientras que el mando árabe-palestino, así como todos los países de la Liga Árabe, anunciaron al instante que no aceptarían ninguna clase de acuerdo y que pensaban «impedir por la fuerza la materialización de esas propuestas, y bañar en sangre cualquier entidad sionista que intentara erigirse, aunque fuese sobre un solo puñado de tierra de Palestina»: para los árabes todo era tierra árabe desde hacía cientos de años, hasta que llegaron los británicos y alentaron a una multitud de extranjeros a dispersarse por todo el país, a allanar colinas, a arrancar olivares ancestrales, a comprar la tierra con sus estratagemas, parcela tras parcela, a los corruptos dueños de los terrenos, y echar a los campesinos que llevaban trabajándola durante generaciones. Si no se les detenía, esos colonialistas judíos raudos y astutos devorarían toda la tierra, borrarían cualquier vestigio de su arabicidad, la cubrirían con sus colonias europeas de tejados rojos, la inundarían de costumbres arrogantes y disolutas, y enseguida se adueñarían de los lugares santos del islam y se dirigirían hacia los países árabes vecinos. Y en poco tiempo, con la astucia de sus sofisticadas maquinaciones, con la fuerza de su desarrollada superioridad y con la ayuda del imperialismo británico, harían exactamente lo mismo que hicieron los blancos en América, en Australia y en otros lugares con la población indígena. Si se les permitía fundar aquí un estado, aunque fuera un estado diminuto, sin duda lo usarían como cabeza de puente, millones de ellos llegarían hasta aquí como una plaga de langostas, cubrirían las montañas y los valles, borrarían cualquier sombra de arabicidad de los paisajes ancestrales y lo devorarían todo antes incluso de que los árabes pudieran reaccionar.

A mediados del mes de octubre, el Alto Comisionado británico, el general *sir* Alan Cunningham, le lanzó una sutil amenaza a David Ben Gurión, que entonces era el director de la Agencia Judía: «Cuando ocurra la tragedia», dijo con tristeza el gobernador en nombre del gobierno británico, «me temo que no podremos protegerles ni ayudarles^[17]».

Mi padre dijo:

–Herzl era un profeta y sabía lo que profetizaba. En la época del primer congreso sionista de Basilea, Herzl dijo que cinco años más tarde, o como mucho cincuenta años más tarde, se fundaría el Estado de los judíos en Eretz Israel. Han pasado exactamente cincuenta años y el Estado ya está a las puertas.

Mi madre dijo:

–No está. No hay ninguna puerta. Sólo hay un precipicio.

Mi padre le echó entonces una reprimenda que sonó como un latigazo, pero en ruso o en polaco. Para que yo no lo entendiera.

Y yo, con una alegría que en vano intentaba ocultarles:

–¡Pronto habrá guerra en Jerusalén! ¡Y los venceremos a todos!

Pero a veces, solo en un rincón del patio al atardecer o el sábado muy temprano mientras mis

padres dormían y todo el barrio dormía, una punzada de miedo me dejaba helado, pues la imagen de Aisha con el niño inerte y desmayado en sus brazos me parecía de repente un cuadro cristiano aterrador que mi padre me había enseñado y explicado una vez en voz baja cuando visitamos una iglesia.

Recordaba los olivos que se veían desde las ventanas de aquella casa, unos olivos que hacía muchísimo tiempo habían dejado el mundo vegetal para unirse al reino mineral.

Dame un momento no tengo un momento dame no tengo damenotengo damenotengo.

En noviembre empezó a formarse una especie de telón entre una Jerusalén y otra. Aún seguían circulando autobuses de unos lugares a otros, aún se veían a veces en nuestras calles vendedores de fruta de los pueblos árabes cercanos con bandejas de higos, almendras, higos chumbos, pero los judíos comenzaban a irse de los barrios árabes hacia la parte occidental de la ciudad, y también algunos habitantes árabes de la zona occidental la abandonaban y se trasladaban al sur o al este.

Sólo con la imaginación podía seguir yendo al nordeste de la calle Saint George para contemplar con los ojos como platos la otra Jerusalén: una ciudad de viejos cipreses de color negro y no verde, barrios de muros de piedra y ventanucos enrejados y cornisas y paredes oscuras, la Jerusalén extranjera, muda, respetable y velada, la ciudad etíope, musulmana, peregrina, otomana, la ciudad misionera, una ciudad extraña, extranjera, una ciudad cruzada, templaria, griega, armenia, italiana, llena de estratagemas, anglicana, pravoslava, una ciudad monástica, copta, católica, luterana, escocesa, sunní, chií, sufí, alauí, repleta de sonidos de campanas y lamentos de muecines, saturada de pinos, atemorizante y atrayente con su nebulosa fascinación, con el entramado de laberintos de callejuelas oscuras prohibidas y hostiles para nosotros, una ciudad guardiana de secretos, maléfica, grávida de desgracias, una ciudad donde sombras oscuras flotan por las calles a la sombra de las murallas de piedra, peregrinos-sacerdotes cubiertos con túnicas negras y capuchas negras, y mujeres con mantos negros y velos negros.

Todos los miembros de la familia Al Silvani, lo supe tras la guerra de los Seis Días, hicieron acopio de su fortuna y en los años cincuenta o a comienzos de los sesenta se fueron de la Jerusalén jordana. Algunos emigraron a Suiza o a Canadá, otros se instalaron en los emiratos del Golfo, otros se fueron a Londres y otros a Sudamérica.

¿Y sus papagayos? «*Who will be my destiny? Who will be my prince?*».

¿Y Aisha? ¿Y su hermano cojo? ¿En qué parte del mundo sonará ahora su piano?, si es que aún tiene piano, si no está envejecida y deslucida entre las barracas expuestas al polvo y a la canícula en uno de los campos de refugiados donde las alcantarillas fluyen por las callejuelas de tierra.

¿Y qué judíos afortunados vivirán ahora en la casa que fue de la familia de Aisha, en el barrio de Talbia construido todo de piedra azul y piedra rosa y piedra arqueada?

No fue por culpa de la guerra que se avecinaba sino por otra razón, incierta, por lo que de pronto, en aquel otoño del año 1947, me asusté y acurruqué dentro de mí, sentía una emoción angustiada mezclada con vergüenza, con la certidumbre de un castigo inminente y con un dolor indefinido:

una especie de nostalgia ilícita, una nostalgia llena de culpa y mortificación, por los laberintos de aquel jardín. Por el pozo cubierto con una plancha metálica verde y por el estanque de cinco puntas con sus azulejos y sus peces de colores que brillaban con la luz del sol y volvían a ser engullidos por el bosque de nenúfares. Por los cojines mullidos con sus delicadas puntillas onduladas. Por las alfombras llenas de bordados, en una de las cuales se entretejían los pavos reales con el follaje del paraíso. Por las hojas de trébol de las vidrieras de las ventanas, cada hoja con su luz, una roja, otra verde, otra dorada y otra violeta.

Y también por el papagayo con voz de fumador empedernido: *Mais oui, mais oui, chère mademoiselle*, y por su compañera la soprano, que le respondía con una voz como de una campana de plata: *Tafaddal. S'il vous plaît. Enjoy.*

Es verdad que estuve allí una vez, en aquel jardín, antes de que me expulsaran ignominiosamente, es verdad que con la yema de mis dedos toqué...

Bas. Bas, ya ayni. Bas min fadlak. Uskut.

Me despertaba por la mañana temprano al olor de las primeras luces y por las ranuras de la contraventana de hierro veía las ramas del granado al fondo del patio. Allí, oculto en el granado, estaba todas las mañanas un pájaro invisible que repetía varias veces, con exactitud y con radiante felicidad, las cinco primeras notas de *Para Elisa*.

Torpe estúpido, pequeño y escandaloso estúpido:

En vez de acercarte a ella como se acerca el nuevo hombre hebreo al noble pueblo árabe, en vez de acercarte como un león a los leones, podías haberte acercado simplemente como un chico a una chica, ¿no?

–Mira, el pequeño estratega ha vuelto a conquistar la casa entera: por el pasillo ya no se puede pasar, está todo lleno de fortalezas y torres de cubos, puestos militares de dominó, minas de tapones de botellas y fronteras de palillos chinos. En su habitación, sobre la alfombra, hay campos de batalla de botones de pared a pared. Tenemos prohibido entrar allí, está fuera de los límites. Es una orden. Y hasta en nuestra habitación ha desparramado por todo el suelo tenedores y cuchillos que con seguridad simbolizan una línea Maginot, flotas o armadas acorazadas. Pronto tendremos que irnos de nuestra casa y vivir en el patio. O en medio de la calle. Pero en el mismo instante en que ha llegado el periódico, tu hijo lo ha dejado todo, al parecer ha declarado un alto el fuego general, se ha tumbado en el sofá y se ha lanzado sobre el periódico. Lo ha leído todo, puede que hasta los anuncios. Ahora está tendiendo un largo hilo desde su cuartel general, que está detrás del armario, por toda la casa, hasta Tel Aviv, que al parecer está en el borde de la bañera. Y, si no me equivoco, dentro de un momento empezará a hablar a través de ese hilo con Ben Gurión. Como ayer. Para explicarle a Ben Gurión lo que hay que hacer en este punto y de qué debemos tener cuidado. Puede que hasta haya empezado a darle órdenes a Ben Gurión.

En uno de los cajones de abajo, en mi estudio de Arad, encontré ayer por la tarde una carpeta vieja con las notas que hice para escribir los relatos de *La colina del Mal Consejo* hace más de veinticinco años. Entre otras cosas hay unas cuantas anotaciones amontonadas de lo que copié en la biblioteca de Tel Aviv en 1974 o 1975 de los periódicos de septiembre del 47. Y así, en Arad, una mañana de verano del año 2001, como una imagen que se refleja en un espejo que a su vez se refleja en otro espejo, esas notas de hace veintisiete años me recuerdan lo que el «pequeño estratega» leyó en el periódico del día 9 de septiembre de 1947:

La policía de tráfico hebrea ha empezado a operar en Tel Aviv con la aprobación del gobernador inglés y cuenta con ocho agentes que trabajarán en dos turnos. Una niña árabe de trece años será juzgada por un tribunal militar por llevar un fusil en Juarah, del distrito de Nablus. Los emigrantes clandestinos del *Éxodo* han sido llevados a la fuerza a Hamburgo y han declarado que se negarán a desembarcar mientras les queden fuerzas. Catorce miembros de la Gestapo han sido condenados a muerte en Lübeck. El señor Shlomo Hamlenik, de Rehovot, fue secuestrado y golpeado duramente por las organizaciones de disidentes, pero ha vuelto a casa sano y salvo. La orquesta La Voz de Jerusalén tocará bajo la dirección de Hanan Schlesinger. El ayuno de Mahatma Gandhi dura ya dos días. La cantante Edis de Philippe no podrá cantar esta semana en Jerusalén y también el teatro Cameri ha tenido que aplazar la representación de *No te lo llevarás*. Por otra parte, anteayer se inauguró en Jerusalén el edificio de columnas de la calle Yafo, donde, entre otras cosas, están las tiendas de Mikolinski y de Freimann, así como el centro de pedicura Doctor Scholl. Según el líder árabe Musa Alami, los árabes jamás consentirán que se divida la tierra, pues ya sentenció el rey Salomón que la madre que se niega a dividir es la verdadera madre, y los judíos deben conocer bien esa parábola y

comprender su significado. Por otra parte, Golda Meyerson, miembro de la dirección de la Agencia Judía, ha declarado que los judíos lucharán por la inclusión de Jerusalén en el Estado hebreo, ya que Jerusalén y Eretz Israel son sinónimos para nosotros.

Y al cabo de unos días ponía en el periódico:

A altas horas de la noche un árabe asaltó a dos jóvenes judías en los alrededores del café Bernardia, que está entre el barrio de Bet Hakerem y el de Bait Vagan. Una de ellas escapó y la otra empezó a gritar hasta que los vecinos la oyeron y consiguieron hacer huir al sospechoso. La investigación del comisario O'Connor ha demostrado que el hombre trabaja en la estación de radio y es un familiar lejano de la ilustre familia Nashashibi; a pesar de todo se han negado a ponerlo en libertad bajo fianza debido a la gravedad de su delito. En su defensa, el detenido sostiene que salió borracho del café y le pareció que las dos jóvenes estaban desnudas y retozando juntas en la oscuridad.

Y otro día, en septiembre de 1947:

El coronel Aderli, presidente del tribunal militar, ha estado al frente del juicio del señor Shlomo Mansur Shalom, quien difundió proclamas ilegales en un momento de enajenación mental. El encargado de su vigilancia, el señor Gardoitz, ha pedido que no envíen al culpable a un manicomio, pues sería perjudicial para él, y ha instado a los jueces a que por el momento aislen al condenado en una institución privada, para que los fanáticos no utilicen su deteriorado cerebro para sus fines criminales. El coronel Aderli ha decidido muy a su pesar que no podía aceptar la petición del señor Gardoitz pues estaba fuera de sus competencias, y que estaba obligado a detener al infeliz culpable hasta que el Alto Comisionado, en nombre de Su Majestad, decidiera si era posible reducir la condena u otorgar una gracia especial. En la emisora de radio La Voz de Israel, Tzila Livovitz tocará algunas piezas al piano, después de las noticias se escucharán los comentarios del señor Gordus y, al final, la señora Bracha Zafira interpretará algunas canciones populares.

Por la tarde mi padre les explicó a sus amigos, que habían venido a tomar un té, que al menos desde mediados del siglo XVIII, mucho antes de la aparición del sionismo moderno y sin relación con él, los judíos ya representaban la mayoría de la población de Jerusalén. A comienzos del siglo XX, antes del inicio de las oleadas migratorias sionistas, Jerusalén ya se había convertido bajo el dominio turco-otomano en la ciudad más poblada del país: tenía cincuenta y cinco mil habitantes, de ellos treinta y cinco mil eran judíos. Y ahora, en otoño de 1947, vivían en Jerusalén unos cien mil judíos y unos sesenta y cinco mil no judíos, árabes musulmanes, árabes cristianos, armenios, griegos, británicos y de otros muchos pueblos.

Pero al norte de la ciudad, por el este y por el sur se extendían grandes barrios árabes como Sheij Jarrah, la Colonia americana, el barrio musulmán y el cristiano dentro de las murallas de la Ciudad Vieja, la Colonia alemana y la Colonia griega, Katamón, Baqah y Abu Tor. En las montañas que rodean Jerusalén había pueblos árabes, Ramallah y Al-Bireh, Bet Jalah y Belén, y muchas aldeas árabes, Al-Izria, Siluan, Abu Dis, A-Tur, Isawiya, Kalandiah, Bir Nebolla, Nebi Samuel, Biddu, Shuafat, Lifta, Bet Hanina, Bet Ikxa, Qolonya, Sheij Bader y Deir Yassin, cuyos habitantes fueron asesinados en abril de 1948 por los miembros del Etzel y del Leji, y también los pueblos de Tzuba, Ein Kerem, Bet Mazmil, Maljah, Bet Tzafafa, Um Tuba y Tzur Bajer.

Por el norte, por el sur, por el este y el oeste de Jerusalén se extendían zonas árabes. Sólo unos pocos asentamientos hebreos estaban diseminados por las afueras de la ciudad: Atarot y Benei

Yaakov al norte, Qaliah y Bet Haarava a orillas del mar Muerto, Ramat Rahel y Gush Etzion al sur, y Motza, Kiriath Anavim y Maaleh Hahamisha al oeste. En la guerra de 1948, casi todos esos asentamientos hebreos, junto con el barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalén, cayeron en manos de la Legión Transjordana. Todos los asentamientos judíos que cayeron en manos árabes en la guerra de la Independencia fueron borrados por completo de la faz de la tierra –todos sin excepción– y todos los habitantes judíos, hasta el último de ellos, fueron asesinados, huyeron o fueron hechos prisioneros, los ejércitos árabes no permitieron a ninguno de ellos volver a casa después de la guerra. En los territorios que conquistaron, los árabes procedieron a una «limpieza étnica» mucho más profunda de la que llevaron a cabo los judíos con los árabes en esa guerra: del territorio del Estado de Israel huyeron y fueron expulsados cientos de miles de árabes, pero más de cien mil permanecieron en sus lugares de origen. Por el contrario, en Cisjordania y en la franja de Gaza no quedó ni un judío durante el mandato de Jordania y Egipto. Ni uno solo. Los asentamientos fueron borrados del mapa, las sinagogas y los cementerios destruidos.

En la vida de los individuos y de los pueblos, los conflictos más terribles son casi siempre los que estallan entre dos perseguidos. Sólo en la ilusión difundida por algunos círculos románticos, los perseguidos y los oprimidos se unen siempre por solidaridad y caminan como un solo hombre hacia las barricadas para luchar juntos contra su cruel opresor. La verdad es que los dos hijos de un padre déspota y maltratador no necesariamente se convierten en aliados, y no siempre el destino común les acerca. En más de una ocasión uno ve en el otro no a un hermano con un destino común sino precisamente la imagen terrorífica de su común perseguidor.

Tal vez hayan sido así las cosas entre árabes y judíos durante unos cien años.

La Europa que ha atormentado, humillado y oprimido a los árabes mediante el imperialismo, el colonialismo, la explotación y la opresión es la misma Europa que ha perseguido y oprimido también a los judíos, y al final ha permitido o ha ayudado a los alemanes a extirparlos de todos los continentes y a asesinar prácticamente a todos. Pero cuando los árabes nos miran, ven ante ellos no a un puñado de supervivientes medio histéricos sino a un nuevo y arrogante emisario de la Europa colonialista, desarrollada y explotadora, que regresa con astucia a Oriente –esta vez con un disfraz sionista– para volver a explotar, despojar y oprimir. Mientras que nosotros, cuando los miramos, vemos ante nosotros no a unas víctimas como nosotros, no a unos hermanos en el sufrimiento, sino a unos cosacos que llevan a cabo pogromos, a unos antisemitas sedientos de sangre, a unos nazis disfrazados: como si nuestros perseguidores europeos hubiesen vuelto a aparecer en Eretz Israel con keffiyas y bigote, pero fuesen nuestros viejos asesinos cuyo único interés era y sigue siendo cortar las gargantas de los judíos por gusto y diversión.

En septiembre, octubre y noviembre de 1947 aún no sabíamos en nuestro barrio de Kerem Abraham si esperar que la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobara la propuesta de la comisión de la UNSCOP o si sería mejor que los británicos nos abandonasen a nuestra suerte, «solos e indefensos dentro de un mar de árabes». Muchos esperaban que por fin se crease pronto un Estado hebreo libre, esperaban que la prohibición de la inmigración decretada por los ingleses fuese abolida y que los cientos de miles de refugiados judíos que estaban pudriéndose desde la caída de Hitler, en campos de refugiados de Europa y en campos de detención británicos en

Chipre, fuesen por fin autorizados a entrar en la tierra que la mayoría consideraba su único hogar en el mundo. Y sin embargo, por detrás de esas radiantes esperanzas, se temía (en voz baja) que los millones de árabes del país, con ayuda de los ejércitos regulares de los países de la Liga Árabe, se alzarán y asesinarán en un abrir y cerrar de ojos a los seiscientos mil judíos inmediatamente después de que desapareciese la autoridad británica.

En la tienda, en la calle, en la farmacia, se hablaba abiertamente de la redención que estaba a punto de materializarse, se hablaba de Shertok y Kaplan, que pronto serían ministros en el gobierno hebreo que formaría Ben Gurión en Haifa o en Tel Aviv, y se hablaba (en voz baja) de conocidos generales judíos que ya habían sido llamados a venir desde la diáspora, procedentes del ejército rojo, de la aviación americana e incluso de la marina británica, y que serían los encargados de dirigir el ejército hebreo que se formaría cuando partiera la autoridad británica.

Pero en la intimidad, en casa, debajo de las mantas, con las luces apagadas, se susurraba, ¿quién sabe? Tal vez los británicos cancelen su salida. Tal vez ni siquiera tengan previsto irse y todo esto no sea más que una astuta maniobra de la pérfida Albión, una maniobra para provocar que los propios judíos, ante su inminente exterminio, les pidan a los británicos que no les abandonen a su amarga suerte. Así Londres podría exigir a los judíos, a cambio de la protección británica, el cese total del terrorismo, la deposición de las armas ilegales que tenían almacenadas y la entrega a la policía secreta británica de todos los miembros de las organizaciones clandestinas. Tal vez, a pesar de todo, los británicos cambien de idea en el último momento y no nos entreguen a todos a los cuchillos de los árabes. Tal vez al menos aquí, en Jerusalén, dejen un destacamento regular que nos proteja del pogrom árabe. Y tal vez Ben Gurión y sus compañeros, allí, en la tranquila Tel Aviv, que no está rodeada de árabes por todas partes, en el último momento recapaciten y renuncien a la aventura del Estado hebreo en favor de un modesto compromiso con el mundo árabe y las masas musulmanas. O tal vez la ONU envíe a tiempo tropas de países neutrales para reemplazar a los británicos y defender al menos la ciudad santa, si no toda la tierra santa, del peligro de un baño de sangre.

Azam Pasha, secretario de la Liga Árabe, amenazó a los judíos con que «si osaban intentar establecer una entidad sionista, aunque fuera sobre un puñado de tierra árabe», entonces «los árabes los ahogarían en su propia sangre», y todo Oriente Próximo sería testigo de un horror tal que «hasta los conquistadores mongoles palidecerían ante él». El primer ministro de Iraq, Muzarej al-Bagagi, por su parte, invitó a los judíos de Palestina «a hacer las maletas y escapar a tiempo» pues los árabes ya habían jurado que después de su triunfo sólo dejarían con vida a los pocos judíos que vivían en Palestina antes de 1917, e incluso ellos «tendrían permiso para permanecer bajo la protección del islam y serían tolerados bajo su bandera sólo con la condición de que se desintoxicasen de una vez por todas del veneno sionista y volviesen a ser una comunidad religiosa que sabe cuál es su lugar bajo el amparo de los pueblos islámicos y de acuerdo con las leyes y las costumbres del islam». Los judíos, continuó diciendo el predicador de la gran mezquita de Yafó, ya no son un pueblo y tampoco una religión propiamente dicha –de todos es sabido que el propio Dios clemente y misericordioso los aborrece y por eso los ha condenado a ser maldecidos y odiados eternamente en todas las tierras en donde estén dispersos–: los judíos son unos depravados, el Profeta (Mahoma) les tendió una mano y ellos le escupieron, Issa (Jesús) les

tendió una mano y ellos le asesinaron, hasta a los profetas de su propia fe solían apedrear. No en vano han decidido todos los pueblos de Europa desembarazarse de ellos de una vez por todas, y ahora Europa está tramando arrojárnoslos a nosotros, pero nosotros, los árabes, no dejaremos que los pueblos de Europa nos arrojen su escoria. Nosotros, los árabes, acabaremos a punta de espada con esa conspiración satánica que pretende transformar la sagrada tierra de Palestina en el basurero de todos los desechos del mundo.

¿Y el hombre de la tienda de ropa de la tía Grete? ¿Ese hombre misericordioso que me salvó de la trampa de la oscuridad y me cogió en brazos cuando tenía cuatro o cinco años?, ¿ese hombre con grandes bolsas debajo de los ojos, con un olor cálido y adormecedor, con un metro de sastre verde y blanco colgado del cuello, con las mejillas calientes cubiertas de agradables canas?, ¿ese hombre somnoliento y afectuoso cuya sonrisa tímida centelleaba por un instante sobre sus labios y enseguida volvía a esconderse bajo el suave bigote canoso?, ¿con las gafas de leer rectangulares, de montura marrón, caídas sobre la punta de su nariz, como un viejo carpintero de buen corazón, como una especie de Geppetto?, ¿ese hombre que caminaba despacio, arrastrando los pies, entre laberintos de ropa femenina, y que, cuando me sacó de la celda, me dijo con su voz cascada, una voz que durante toda mi vida recordaré con emoción: «Vale niño está bien niño está bien», también él? ¿«Está bruñendo ahora su daga, afilando la hoja y preparándose para degollarnos a todos»? ¿También él se colará en la calle Amós a medianoche con un cuchillo largo y curvado entre los dientes para cortarme la garganta y cortársela a mis padres y «ahogarnos a todos en sangre»?

*Despierta, viento, despierta,
bellas son las noches de Canaán
al aullido del chacal sirio
la hiena de Egipto responde
Abd al-Kader, Sifris y Huri
remueven veneno y ajénjo
[...]
Con un viento primaveral y tormentoso
vagan las nubes del cielo
joven, armada, erizada
dispara Tel Aviv esta noche.
Menara hace guardia,
el ojo de Hula está enrojecido^[18]....*

Pero la Jerusalén judía no era joven y no estaba armada ni erizada sino que era un pueblo chejoviano: asustada, despistada, saturada de cotilleos y falsos rumores, ofuscada, aturdida por la confusión y el miedo. El 20 de abril de 1948, después de una conversación con David Shaltiel, David Ben Gurión escribió en su diario su impresión de la Jerusalén judía:

Los elementos de Jerusalén: 20% normales, 20% distinguidos (universidad, etc.), 60% raros (provincianos, medievales y similares^[19]).

(Es difícil saber si Ben Gurión se rió o no al escribir esa línea en su diario. En cualquier caso, el barrio de Kerem Abraham no estaba incluido en la primera categoría, tampoco en la segunda).

En la frutería del señor Babiof, la vecina, la señora Lemberg, dijo:

–Ya no los creo más. Ya no creo a nadie. Todo esto no es más que una gran intriga.

La señora Rosendorf dijo:

–No se debe hablar así bajo ningún concepto. Perdóneme. Perdone que le haga una advertencia: palabras como ésas sólo consiguen bajar aún más la moral de todo el pueblo. ¿Qué se cree usted?, ¿cree que nuestros jóvenes estarán dispuestos a ir a luchar por usted, a arriesgar sus jóvenes vidas, si usted dice que todo esto no es más que una intriga?

El frutero dijo:

–Yo no envidio a los árabes. Hay judíos en América que pronto nos enviarán unas cuantas bombas atómicas.

Mi madre dijo:

–Estas cebollas no tienen muy buen aspecto. Y los pepinos tampoco.

Y la señora Lemberg (que siempre desprendía un ligero olor a huevo duro mezclado con sudor y un toque de jabón ácido):

–¡Les digo que todo esto no es más que una gran intriga! ¡Están haciendo teatro! ¡Una comedia! Ben Gurión ya ha acordado en secreto vender toda Jerusalén al muftí, a las bandas y al rey Abdallah, y puede que a cambio los ingleses y los árabes acepten dejarle sus kibbutzim, Nahalal y Tel Aviv con sus obreros y trabajadores. ¡Eso es lo único que les importa! Y lo que nos ocurra a nosotros, que nos degüellen o nos quemem a todos, eso no les importa en absoluto. Jerusalén, lo mejor para ellos sería que se fuera al diablo, que en el estado que ellos quieren organizar quedaran menos revisionistas, menos ultraortodoxos y menos *intelligentzia*.

Las mujeres se apresuraron a hacerla callar:

–¡Qué le pasa! ¡Señora Lemberg! *Sha! Bist du meshige? Es shtet da a kind! A farshtandiker kind!*

El *farshtandiker kind*, el niño estratega, por su parte, empezó a declamar lo que le había oído a su padre o a su abuelo:

–Cuando los británicos se vayan a casa, la Haganá, el Etzel y el Leji seguro que se unirán y vencerán al enemigo.

Mientras, el pájaro invisible, el pájaro del granado, el pájaro Elisa, se mantenía al margen, firme en su posición. Inamovible: «Ti-da-di-da-da». Y una y otra vez: «Ti-da-di-da-da». Y tras una breve pausa para pensar: «¡Ti-da-di-da-da!».

En septiembre y octubre de 1947 los periódicos se llenaron de conjeturas, análisis, hipótesis y valoraciones: ¿se llevaría a votación en la Asamblea General la propuesta de partición? ¿Conseguirían las maniobras de los árabes modificar la propuesta o anular la votación? Y si se llegaba a votar, ¿de dónde sacarían la mayoría de dos tercios necesaria?

Cada tarde, después de cenar, mi padre se sentaba entre mi madre y yo a la mesa de la cocina. Después de secar el hule, dispersaba algunas fichas y empezaba a calcular con un lápiz, bajo la amarillenta y enfermiza luz de la débil bombilla de la cocina, nuestras posibilidades de vencer en la votación. Cada tarde estaba más decaído. Todas sus cuentas apuntaban a una derrota segura y aplastante:

–Todas las decenas de estados árabes y musulmanes se unirán indudablemente contra nosotros. La Iglesia católica seguramente está tirando de los hilos para influir en los estados católicos y hacer que voten en contra, ya que un Estado judío contradice los fundamentos de la Iglesia, y no hay nadie mejor que el Vaticano para mover los hilos tras las cortinas. ¡Así es posible que perdamos los veinte votos de los países de América Latina! Por otra parte, Stalin ordenará sin duda a todos sus satélites del bloque comunista que voten en consonancia con su rígida posición antisionista, y así se volverán en nuestra contra al menos otra docena de votos. Por no hablar de Inglaterra, que instiga en nuestra contra en todas partes y sobre todo en los dominios que dependen de ella, Canadá y Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica: todos se movilizarán para hacer fracasar cualquier posibilidad de que exista un Estado hebreo. ¿Y Francia? ¿Y los países que la siguen? Francia no permitirá bajo ningún concepto que se le subleven los millones de musulmanes que tiene en Túnez, Argelia y Marruecos. Grecia, por su parte, tiene numerosos intereses comerciales en todo el mundo árabe, así como las grandes comunidades griegas de los países occidentales. ¿Y Estados Unidos?, ¿el apoyo de Estados Unidos al plan de partición es realmente definitivo? ¿Y qué pasará si las maniobras de las gigantescas empresas petrolíferas y la intromisión de nuestros adversarios en el Departamento de Estado desvían la mano americana y doblegan de pronto la conciencia del presidente Truman?

Mi padre calculaba una y otra vez el balance de los votos de la Asamblea. Cada tarde intentaba de nuevo acabar con la fatalidad y formar una coalición en espiral de países que solían seguir los pasos de los Estados Unidos, junto con países que tal vez tuvieran cuentas pendientes que saldar con los árabes y otros países pequeños y honrados como Dinamarca u Holanda, países que habían visto de cerca el horror del exterminio del pueblo judío y que quizás en esta ocasión tuvieran el coraje de actuar según su conciencia y no según los dictámenes del petróleo.

¿También en la villa Silvani del barrio de Sheij Jarrah (a unos veinte minutos de nuestra casa) estaba toda la familia sentada alrededor de un papel sobre el hule de la mesa de la cocina y pensando las mismas cosas, sólo que al revés? ¿Temían al igual que nosotros lo que pasaría, qué votaría Grecia, y mordían el lápiz pensando cuál sería la posición final de los países escandinavos? ¿También ellos eran optimistas, pesimistas, cínicos y lo veían todo negro? ¿También en su casa tenían miedo cada tarde, había maniobras e intrigas y se tiraba astutamente de los hilos contra nosotros? ¿También en su casa se preguntaban todos qué iba a ocurrir aquí?, ¿qué depararía el futuro? ¿Nos temían a nosotros tanto como nosotros les temíamos a ellos?

¿Y Aisha? ¿Y sus padres en el barrio de Talbia? ¿Tal vez en esos momentos, ella y toda su familia, estaban en una habitación llena de hombres con bigote y mujeres elegantes con caras enojadas y el ceño fruncido, reunidos en círculo en torno a platos llenos de cáscaras de naranja azucaradas, susurrando y conspirando «para ahogarnos en sangre»? ¿Seguiría Aisha tocando a veces al piano las canciones que aprendió con su maestra judía? ¿O ahora lo tendría completamente prohibido?

O no. Justo en este momento están en un círculo silencioso alrededor de la cama de su pequeño. Auad. Porque le han amputado un pie. Por mi culpa. O está agonizando de septicemia. Por mi culpa. Sus ojos de cachorro curiosos e ingenuos están ahora cerrados. Apretados por el sufrimiento. Su rostro flaco y pálido como el hielo. Su frente surcada por el dolor. Sus bellos rizos descansan en la almohada blanca. Dame un momento no tengo un momento. Gime y tiembla de dolor. O llora en silencio un llanto fino, infantil. El pequeño damenotengo. Y su hermana está sentada a la cabecera de la cama y me odia, pues por mi culpa todo es por mi culpa por mi culpa también le dieron a ella una paliza de muerte, con el dorso de la mano, con crueldad, con paciencia la pegaron, con golpes profundos, la pegaron una y otra vez, en la espalda, en la cabeza, en sus delicados hombros, no como a veces se pega a una niña que ha hecho algo malo, sino como se golpea a un caballo indomable. Por mi culpa.

El abuelo Alexander y la abuela Shlomit venían a veces a casa durante aquellas tardes de septiembre y octubre de 1947, venían a pasar un rato con nosotros y a participar también en las operaciones bursátiles de mi padre. Al igual que Hana y Hayyim Toren, o los Rodnitzky, la tía Mala y el tío Stashek, o la familia Abramsky, o los vecinos, los Rosendorf y Toshia y Gustav Krohmal. El señor Krohmal tenía un pequeño cuarto al final de la calle Gueulá donde se pasaba todo el día con un delantal de piel y unas gafas de pasta curando muñecas.

TERAPIA ARTÍSTICA CON LA GARANTÍA DE DANTZIG, MÉDICO DE JUGUETES

Una vez, cuando tenía unos cinco años, el tío Gustav me arregló gratis, en su diminuto taller, mi bailarina pelirroja, Tzilli, cuya nariz pecosa de baquelita se había roto. Con una cola suave y mano de artista, el señor Krohmal la curó tan bien que casi no se le notaba la cicatriz.

El señor Krohmal creía en el diálogo con nuestros vecinos árabes: en su opinión era mejor para los habitantes del barrio de Kerem Abraham formar una pequeña pero respetable delegación

e ir a hablar con los *mujtar*, los *sheij* y el resto de los notables de los barrios y pueblos cercanos: lo cierto es que siempre habíamos vivido en buena vecindad y, aunque todo el país hubiera perdido la cabeza, no había ninguna razón para que también aquí, en el noroeste de Jerusalén, un lugar donde no había ningún conflicto ni ninguna división entre las dos partes...

Si hubiera sabido algo de árabe o de inglés, él mismo, el señor Krohmal, que llevaba tantos años curando juguetes árabes exactamente igual que juguetes judíos, sin hacer ninguna distinción, él mismo habría cogido su bastón, habría atravesado el campo vacío que había entre nosotros y ellos, habría llamado a sus puertas y habría ido explicando con sencillez, casa por casa...

El sargento Wilk, el apuesto tío Dudek, que parecía un coronel inglés de las películas y que, en efecto, por aquella época era agente de la policía de Jerusalén bajo mando británico, vino a casa una tarde y se quedó un rato, me trajo de regalo una caja de lenguas de gato de la marca CD, se tomó una taza de café mezclado con achicoria, se comió un par de galletas, me mareó con la pompa de su uniforme negro y bien planchado, con las filas de botones plateados, el cinturón de piel cruzándole el pecho, la pistola negra a la altura de la cadera dentro de una funda de piel brillante, como un león durmiendo por el momento en su guarida (sólo la provocativa culata sobresalía de la funda y me causaba un misterioso escalofrío cada vez que la miraba). El tío Dudek estuvo con nosotros un cuarto de hora más o menos, y sólo cuando se lo rogaron mis padres y sus invitados, accedió a contarnos, de forma imprecisa, dos o tres indicios sobre lo poco que había entendido de las vagas insinuaciones de algunos oficiales de policía británicos de alto rango y conocedores de la situación:

—Todos vuestros cálculos, todas vuestras hipótesis, son una pérdida de tiempo. No habrá ninguna partición. No se crearán dos estados ni nada parecido, *debido que* todo el Néguev permanecerá en manos de los británicos para que puedan defender sus gigantescas bases en Suez; también seguirán conservando Haifa, la ciudad y el puerto, así como los grandes aeropuertos de Lod, Ekron y Ramat David, y también sus extensos campamentos militares de Sarafand. El resto, incluido Jerusalén, será para los árabes, *debido que* los Estados Unidos quieren que, a cambio de eso, ellos acepten ceder a los judíos una especie de bolsillo entre Tel Aviv y Hadera. En ese bolsillo se les permitirá a los judíos fundar un cantón autónomo, una especie de ciudad del Vaticano judía, donde nos dejarán meter progresivamente cien o como mucho ciento cincuenta mil refugiados judíos de los campos. En caso de necesidad, varios miles de marines de la sexta flota americana, con sus gigantescos portaaviones, protegerán ese bolsillo judío, *debido que* no creen que los judíos puedan defenderse solos en esas condiciones.

—¡Eso es un gueto! —gritó el señor Abramsky con una voz atronadora—. ¡Una zona de residencia como en la Rusia zarista! ¡Un campo de prisioneros! ¡Una celda!

Gustav Krohmal, por su parte, sonrió y propuso en tono amable:

—Sería mucho mejor que esos americanos cogieran ese Lilliput que quieren darnos entre Tel Aviv y Hadera y que, en vez de eso, nos cedieran generosamente sus dos portaaviones: así estaríamos mucho más cómodos y mucho más seguros. Y también algo menos apretados.

Mientras tanto, Mala Rodnitzky imploraba y exhortaba al policía como rogándole por nosotros:

—¿Y Galilea? ¡Y la Galilea, querido Dudek! ¿Y los valles? ¿Tampoco los valles? ¿Por qué no pueden dejarnos al menos eso? ¿Por qué quieren robar también la última oveja del pobre?

Mi padre observó con tristeza:

—No hay ninguna última oveja, Mala: había sólo una y también ésa han venido a usurparla.

Tras un breve silencio, el abuelo Alexander soltó con rabia, todo rojo, hinchado, como si fuera a estallar:

—¡Lleva razón! ¡Ese bastardo instigador de la mezquita de Yafo lleva razón! ¡De verdad no somos más que basura! ¡En suma: es el fin! *Vso! Hvatit!* Llevan toda la razón los antisemitas del mundo entero. Lleva razón Khmelnick. Lleva razón Petliura. Lleva razón también Hitler. ¡Realmente hay una maldición contra nosotros! ¡Realmente Dios nos odia! Y yo —suspiró el abuelo, sofocado, escupió en todas direcciones y dio unos puñetazos sobre la mesa tan fuertes que las cucharillas tintinearón dentro de los vasos de té—, y yo, yo, qué pasa, *ti sqazal*, exactamente igual que él, ¡Dios nos odia!, ¡pues así le odio yo a él! ¡Odio a Dios! ¡Que se muera de una vez por todas! ¡El tirano de Berlín ya está quemado, pero allí, en lo alto, hay otro Hitler! ¡Mucho peor! ¡Qué pasa! ¡Está allí riéndose de nosotros, el muy bastardo!

La abuela Shlomit le agarró del brazo y le ordenó:

—¡Zisia! ¡Basta ya! *Shto ti gavarish! Genug! Iber genug!*

En cierto modo consiguió calmarlo. Le sirvió un poco de coñac y le ofreció algunas galletas.

Por su parte, el tío Dudek, el sargento Wilk, seguramente pensó que cosas como las que había gritado el abuelo hacía un instante con la rabia de la desesperación era mejor no decirlas en presencia de la policía. Por tanto se levantó, se puso su espectacular gorra de policía con la visera autoritaria, se colocó un poco la funda de la pistola en la cadera izquierda y, desde la puerta, decidió otorgarnos una posibilidad de perdón, un rayo de luz, como apiadándose de nosotros y accediendo, a pesar de todo, a tomar en consideración nuestra protesta, al menos en cierta medida:

—Pero hay un oficial, un irlandés, todo un carácter, que no para de repetir que los judíos tienen mucho más cerebro que el resto del mundo junto, y que al final siempre caen de pie. Eso opina. La cuestión es: caen de pie, ¿pero a los pies de quién? Adiós a todos. Sólo os pido que no repitáis nada de lo que os he contado, *debido que* es alto secreto. (Durante toda su vida, incluso cuando era un anciano, incluso después de llevar sesenta años en Jerusalén, el tío Dudek se empeñaba en decir «debido que yo», «debido que está prohibido», no sirvieron de nada tres generaciones de lingüistas puristas que pretendieron enseñarle a decir «puesto que yo», «puesto que está prohibido». No sirvieron de nada los años de servicio como alto oficial de policía y comandante de la policía israelí de Jerusalén, y después como subdirector general del Ministerio de Turismo. Siguió siempre a lo suyo: «¡*debido que* soy un judío testarudo!»).

Durante la cena, mi padre explicó que en la Asamblea General de la ONU, que se reuniría el 29 de noviembre en el Lago Success, cerca de Nueva York, debería haber una mayoría no menor a los dos tercios para aceptar la propuesta de la mayoría de los miembros del comité de la UNSCOP de fundar en los territorios del Mandato Británico dos estados independientes, uno judío y otro árabe. Los países de la Liga Árabe, junto con el gobierno británico, harían todo lo que estuviese en sus manos para impedir que se alcanzase esa mayoría: su deseo era que toda esa tierra se convirtiese en un estado árabe bajo la protección de Gran Bretaña, igual que otros países árabes, entre ellos Egipto, Transjordania e Iraq, que estaban de hecho bajo el protectorado británico. Al otro lado estaba el presidente Truman, en contra de la posición de su Departamento de Estado, a favor de aceptar el plan de partición.

La Unión Soviética de Stalin se unió inesperadamente a Estados Unidos y apoyó también la fundación de un estado para los judíos junto a un estado para los árabes en Eretz Israel: es posible que Stalin esperara que la decisión de la partición provocara un conflicto largo y sangriento en Oriente Próximo, un conflicto que le permitiría conseguir un acceso soviético a las zonas de influencia británica en la región, cercano a los campos petrolíferos y al canal de Suez. Los complicados cálculos de las grandes potencias se entrelazaban unos con otros y se cruzaban al parecer con los apetitos religiosos: el Vaticano esperaba adquirir una influencia decisiva en Jerusalén, que según el plan de partición iba a quedar bajo un protectorado internacional, es decir, ni musulmán ni judío. Consideraciones guiadas por la conciencia y el sentimiento se mezclaban con cálculos egoístas y cínicos (algunos gobiernos europeos buscaban el modo de resarcir de alguna forma al pueblo judío por la pérdida de un tercio de sus hijos e hijas a manos de los asesinos alemanes y por tantas generaciones de persecución. Sin embargo, esos mismos países bienintencionados no desdeñaron la posibilidad de canalizar lejos de sus territorios y lejos de Europa el flujo de cientos de miles de judíos deportados de la Europa del Este, pobres, sin nada, que se estaban pudriendo desde la derrota de Alemania en campos de refugiados diseminados por distintos lugares del viejo continente).

Hasta la misma hora de la votación era difícil predecir cuáles serían los resultados: presiones y persuasiones, amenazas, conspiraciones y hasta sobornos se realizaron para inclinar de un lado o de otro el voto de tres o cuatro pequeñas repúblicas de América Latina y de Extremo Oriente, países que podían determinar el resultado de la votación. El gobierno de Chile, que iba a apoyar el plan de partición, se rindió a la presión árabe y ordenó a su representante en la ONU votar en contra. Haití anunció que votaría en contra. La delegación griega, partidaria de la abstención,

también decidió en el último momento unirse a la posición árabe. El enviado de Filipinas evitó posicionarse. Paraguay dudaba, y su representante en la ONU, el señor César Acosta, se quejó de no haber recibido instrucciones precisas de su gobierno. En Siam estalló una revolución, la nueva autoridad retiró a su delegación en la ONU y aún no había nombrado una nueva. Liberia, por su parte, había prometido su apoyo. Haití cambió de opinión, por influencia de los americanos, y decidió votar a favor^[20]. Mientras, en la calle Amós, en la tienda de Auster o en la papelería y kiosco de prensa del señor Kaleko, se hablaba de un atractivo diplomático árabe que había conquistado a la representante de un pequeño país y había conseguido influir para que votara contra el plan de partición, a pesar de que su gobierno había prometido a los judíos que los apoyaría. «Pero inmediatamente», contó lleno de alegría el señor Kolodni, dueño de la Imprenta Kolodni, «inmediatamente han enviado a un eficiente judío a que corra a contárselo todo al marido de la diplomática enamorada, y han enviado a una joven y eficiente judía a que le cuente todo a la mujer del diplomático donjuán, y si eso no es suficiente, les han preparado...» (en ese punto la conversación pasó a desarrollarse en yiddish, para que yo no lo entendiese).

El sábado, comentaban todos, el sábado por la mañana, los delegados de la Asamblea General se reunirían en un lugar llamado Lago Success y decidirían nuestro destino: «¡La vida o la muerte!», dijo el señor Abramsky. Mientras la señora Tosia Krohmal trajo de la clínica de muñecas de su marido un alargador de la máquina de coser eléctrica, para que los Lemberg pudieran enchufar su negro y pesado aparato de radio y ponerlo en la mesa de la terraza (era la única radio en toda la calle Amós, si no la única en todo el barrio de Kerem Abraham). Allí funcionaría la radio a toda potencia, y todos nosotros nos reuniríamos en casa de los Lemberg, en el patio, en la calle, en la terraza del piso de arriba, en la terraza de enfrente y en la acera delante del patio, de modo que toda la calle podría escuchar «el programa fluido» (así se llamaba entonces a los programas en directo), y saber cuál sería nuestra sentencia y lo que nos depararía el futuro («si es que hay algún futuro después de este sábado»).

–Lago Success –dijo mi padre– significa: el lago del éxito. Es decir, lo contrario al mar de lágrimas que simbolizaba en Bialik el destino de nuestro pueblo. Su Alteza –continuó–, esta vez le permitiremos participar en este acontecimiento, por su nueva posición como evidente lector de periódicos y su función como comentarista militar y político.

Mi madre dijo:

–Sí, pero con jersey. Ya hace frío.

Pero el sábado por la mañana nos dimos cuenta de que el juicio decisivo que iba a comenzar en el Lago Success a primera hora de la tarde comenzaría para nosotros ya de noche, debido a la diferencia horaria entre Nueva York y Jerusalén. O quizá no por la diferencia horaria, sino porque Jerusalén era un lugar perdido, al otro lado de las montañas oscuras, alejado del gran mundo, y todo lo que sucedía en el gran mundo llegaba hasta nosotros siempre sólo en la forma del eco de un eco, débil, oscuro, e incluso eso nos llegaba siempre con mucho retraso. Según los cálculos, la votación se produciría cuando en Jerusalén fuese ya muy tarde, cerca de medianoche, una hora en la que el niño debe llevar ya tiempo en la cama pues también mañana hay que levantarse para ir al colegio.

Mi padre y mi madre intercambiaron por tanto algunas frases rápidas, una corta negociación en

polaco o en ruso, y al final mi madre dijo:

—A pesar de todo tal vez sea conveniente que esta noche te vayas a dormir como siempre y nosotros vayamos al patio junto a la tapia a oír el programa desde la terraza de la familia Lemberg, y si el resultado es bueno, te despertaremos y te lo contaremos, aunque sea a medianoche. Prometido.

Después de medianoche, hacia el final de la votación, me desperté. Mi cama estaba debajo de la ventana que daba a la calle, y sólo tenía que incorporarme, ponerme de rodillas y mirar por las rendijas de la persiana. Me puse a temblar.

Como en un sueño aterrador, estaban apretados, callados e inmóviles bajo la luz amarillenta de la farola de la calle montones de sombras erguidas en nuestro patio, en los patios vecinos, en las aceras, en la carretera, como una gigantesca asamblea de espíritus silenciosos bajo la luz pálida, en todas las terrazas, cientos de hombres y mujeres sin expresión, vecinos, conocidos y extraños, unos con ropa de dormir y otros con chaqueta y corbata, vi a algunos hombres con sombreros o gorras, mujeres con la cabeza descubierta, mujeres en bata y con pañuelos en la cabeza, en los hombros de algunos había niños dormidos, entre la multitud vi a una anciana sentada en un taburete o a un anciano que era transportado en su silla a la calle.

Toda aquella gran multitud estaba como petrificada en el sobrecogedor silencio de la noche, como si no fueran personas reales sino cientos de siluetas negras dibujadas sobre la cortina oscilante de la oscuridad. Parecía que todos se habían muerto de pie. Ni una palabra, ni una tos, ni una pisada. Ni un mosquito zumbaba allí. Tan sólo la voz profunda y áspera del locutor americano saliendo de la radio, que estaba a todo volumen y estremecía el aire nocturno, o tal vez fuera la voz de Osvaldo Arania de Brasil, el presidente de la Asamblea. Uno tras otro fueron leyendo los nombres de los últimos países de la lista, siguiendo el orden alfabético inglés, y de inmediato volvía a retumbar su micrófono con las respuestas de los delegados. United Kingdom: *abstence*. Union of Soviet Socialist Republics: *yes*. United States: *yes*. Uruguay: *sí*. Venezuela: *sí*. Yemen: en contra. Yugoslavia: *abstención*.

La voz se detuvo en seco. Y de repente un silencio de otro mundo descendió y congeló toda la escena, un silencio aterrador, trágico, un silencio de cientos de personas con la respiración contenida que no había oído nunca antes de aquella noche y no he vuelto a oír después.

Después la voz grave, algo ronca, volvió a hacer temblar el aire a través de la radio y concluyó con árida sequedad pero grávida de alegría: treinta y tres a favor. Trece en contra. Diez abstenciones y un país ausente de la votación. La propuesta es aceptada.

Y su voz fue tragada por el clamor que salía de la radio, que se desbordaba en las galerías locas de alegría de la sala del Lago Success, y al cabo de otros dos o tres segundos de aturdimiento, de bocas abiertas como de sed y ojos como platos, también nuestra calle perdida a un extremo de Kerem Abraham, al norte de Jerusalén, rugió de pronto con un primer y terrible grito que desgarró la oscuridad, los edificios y los árboles, y se fragmentó, un grito no de alegría, no se parecía en nada al clamor de la multitud en los estadios deportivos, no se parecía al desenfreno de una muchedumbre exaltada, tal vez era más como un alarido de terror y pavor, un grito trágico, un grito que hacía temblar las piedras, que helaba la sangre, como si todos los muertos del pasado y del futuro hubieran podido por un instante gritar a través de un diminuto

ventanuco cerrado de inmediato, y un momento después, el primer grito de terror dejó paso a clamores de alegría y a una mezcla de bramidos roncós y ¡el pueblo de Israel vive!, y alguien que intentó en vano empezar a cantar el himno y griterío de mujeres y aplausos y «aquí, en la hermosa tierra de los antepasados», y toda la multitud comenzó a moverse lentamente alrededor de sí misma como llevada por un gigantesco remolino y ya nada estaba prohibido y salté dentro de los pantalones pero olvidé la camisa y el jersey y fui lanzado desde la puerta a la calle y la mano de algún vecino o de un desconocido me alzó para que no me aplastaran y me fueron pasando, volando de mano en mano, hasta que aterricé en los hombros de mi padre junto a la puerta de nuestro patio: mi padre y mi madre estaban abrazados, aferrados el uno al otro como dos niños perdidos en un bosque, jamás los había visto así antes de esa noche y no volví a verlos así después, y por un instante estuve en medio de su abrazo y al cabo de un rato volví a los hombros de mi padre y él, mi instruido y educado padre, estaba allí gritando con todas sus fuerzas, no eran palabras ni juegos de palabras ni consignas sionistas ni exclamaciones de alegría sino un largo y desnudo grito como anterior a la invención de las palabras.

Pero otros ya cantaban, toda la multitud cantaba: Créeme, llegará un día, o Aquí, en la hermosa tierra de los antepasados, o Sión, mi maravilla, o En las montañas, en las montañas brillará nuestra luz, o Desde Metullah hasta el Néguev, y mi padre, que no sabía cantar o que tal vez tampoco se sabía la letra de esas canciones, mi padre no estaba callado sino lanzando con todas sus fuerzas ese largo grito a pleno pulmón aaaahhhh y cuando se le acabó el aire inspiró de nuevo, como si se estuviera ahogando, y aquel hombre siguió gritando, aquel hombre que quería ser un gran catedrático y podría haberlo sido y que ahora era todo él un aaahhhh. Y vi atónito cómo la mano de mi madre se deslizaba sobre su cabeza sudada y su nuca y enseguida noté su mano también en mi cabeza, en mi espalda, pues quizás también yo sin darme cuenta había empezado a apoyar a mi padre en su grito, y la mano de mi madre nos acariciaba sin cesar a los dos, tal vez para tranquilizarnos y tal vez no, tal vez no fuera en absoluto para tranquilizarnos, tal vez desde lo más profundo de su alma también ella intentaba participar con él y conmigo en nuestro grito y con toda la calle y con todo el barrio y con toda la ciudad y con todo el país intentaba también mi triste madre esta vez participar (no, por supuesto no toda la ciudad, tan sólo los barrios judíos, pues Sheij Jarrah, Katamón, Baqah y Talbia seguro que nos oyeron aquella noche y se cubrieron de un silencio tal vez similar al silencio de pavor que cayó sobre todos los barrios judíos antes de conocerse el resultado de la votación. En la casa de los Silvani en Sheij Jarrah y en la casa de los padres de Aisha en Talbia y en la casa del hombre de la tienda de ropa de mujer, el querido Geppetto con pesadas bolsas y ojos compasivos, allí no se alegraron aquella noche. Oyeron las voces de júbilo en las calles judías, quizá se asomaron a la ventana para ver los escasos cohetes que rasgaron la oscuridad del cielo, apretaron los labios y callaron. Hasta los papagayos callaron. Y calló el chorro del estanque del jardín. A pesar de que ni Katamón ni Talbia ni Baqah podían saber aún que cinco meses más tarde caerían por completo en manos de los judíos y en cada casa de piedra rojiza abovedada y en cada villa repleta de cornisas y arcos se instalarían otras personas).

Después, en la calle Amós, en todo Kerem Abraham y en todos los barrios judíos, hubo bailes y lágrimas, aparecieron banderas y consignas escritas en telas, y coches tocando el claxon y «subid

a Sión estandarte y bandera», y «aquí, en la hermosa tierra de los antepasados», y de todas las sinagogas salía el sonido del *shofar*, y los libros de la Torá fueron sacados de las arcas sagradas y llevados hasta los que bailaban en círculos, y «hacia Yabne, hacia Galilea» y «cantad, mirad y ved/ qué grande es este día», y luego, de madrugada, se abrió de pronto la tienda del señor Auster y todos los kioscos de la calle Sofonías y se abrieron en la calle Gueulá y en la calle Chancelor y en Yafó y en King George, y se abrieron los bares de toda la ciudad y hasta el amanecer se repartieron gratis refrescos, golosinas y dulces y también bebidas con alcohol, y de mano en mano y de boca en boca se pasaban las botellas de zumo, cerveza y vino, y los desconocidos se abrazaban en las calles y se besaban con lágrimas en los ojos, y los policías ingleses aturdidos fueron arrastrados también hasta los que bailaban en círculos y se ablandaron con latas de cerveza y licores, y algunos exaltados treparon a los blindados del ejército británico y agitaron banderas de un estado que aún no se había creado pero que, esa noche se había decidido allí, en el Lago Success, tenía permiso para crearse. Y se crearía al cabo de ciento sesenta y siete días y noches, el viernes 14 de mayo de 1948, pero el uno por ciento de la población judía, el uno por ciento de los hombres, mujeres, ancianos, niños y bebés, el uno por ciento de los que bailaban, festejaban, bebían y lloraban de alegría, el uno por ciento entero del pueblo que estaba jubiloso y desenfrenado aquella noche en las calles moriría en la guerra que iniciaron los árabes menos de siete horas después de la decisión de la Asamblea General en el Lago Success. En su ayuda, al marcharse el ejército británico, llegarían las fuerzas de la Liga Árabe, columnas de infantería, blindados, artillería, aviones de combate y bombarderos, desde el sur, desde el este y desde el norte irrumpieron en el país tropas de invasión regulares de cinco países árabes para acabar con el estado tan sólo un día o dos después de su proclamación.

Pero cuando vagábamos por allí, la noche del 29 de noviembre de 1947, yo montado en los hombros de mi padre, entre círculos de gente que bailaba dichosa, él me dijo, no como pidiéndomelo sino como sabiendo y afianzando su opinión con clavos: Observa, hijo mío, observa bien, hijo, por favor, observa con siete ojos todo esto, porque esta noche, hijo, no la olvidarás mientras vivas, y de esta noche les hablarás a tus hijos, a tus nietos y a tus biznietos mucho tiempo después de que nosotros ya no estemos aquí.

Y al amanecer, a una hora a la que jamás se le permitía a un niño no llevar ya mucho tiempo durmiendo, hacia las tres o las cuatro, me metí vestido debajo de mi manta a oscuras. Y al rato la mano de mi padre levantó mi manta a oscuras, no para regañarme por haberme acostado con la ropa de calle sino para acostarse a mi lado, también con la ropa de calle, que estaba empapada del sudor de la aglomeración, igual que la mía (y en casa había una ley férrea: jamás, bajo ningún concepto, meterse con la ropa puesta entre las sábanas). Mi padre se acostó a mi lado un rato y guardó silencio, a pesar de que normalmente sentía aversión ante cualquier silencio y se apresuraba a expulsarlo. Pero en esa ocasión no tocó el silencio que había entre nosotros sino que participó de él, y sólo su mano acariciaba ligeramente mi cabeza. Como si en esa oscuridad mi padre se hubiese convertido en mi madre.

Después me contó en voz baja, sin llamarme ni una vez Su Alteza o Su Excelencia, lo que le hicieron a él y a su hermano David los vándalos de Odesa y lo que le hicieron los jóvenes no judíos en el instituto polaco de Vilna, donde también las chicas participaron, y que al día

siguiente, cuando llegó su padre, el abuelo Alexander, al colegio para protestar por la ofensa recibida, los canallas no le devolvieron los pantalones rasgados sino que también se lanzaron sobre su padre, sobre el abuelo, ante sus ojos, lo tiraron al suelo y le quitaron los pantalones en medio del patio del colegio, y las chicas se reían y decían obscenidades, que los judíos eran todos así y asá, mientras los profesores miraban y callaban o tal vez también se reían.

Y todavía con voz de oscuridad, todavía con la mano entre mis cabellos (pues no estaba acostumbrado a acariciar), mi padre me dijo bajo la manta al amanecer, al despuntar el día 30 de noviembre de 1947: «Seguramente a ti también te molestarán más de una vez esos canallas en la calle o en la escuela. Y tal vez te molesten precisamente porque aún puedes ser algo parecido a mí. Pero desde ahora, desde el momento en que tengamos un estado, nadie te molestará sólo porque eres judío y porque los judíos son así y asá. Eso no. Jamás. Desde esta noche eso se ha acabado aquí. Se ha acabado para siempre».

Entonces alargué la mano adormecida para tocarle la cara, por debajo de su amplia frente, y de pronto en lugar de las gafas mis dedos encontraron lágrimas. Jamás en mi vida, ni antes ni después de aquella noche, ni siquiera cuando murió mi madre, había visto llorar a mi padre. Y de hecho tampoco esa noche lo vi: la habitación estaba a oscuras. Sólo mi mano izquierda lo vio.

Al cabo de unas tres horas, a las siete de la mañana, mientras todos nosotros dormíamos y quizás también toda la calle y todo el barrio, hubo disparos en Sheij Jarrah contra una ambulancia judía que iba desde el centro de la ciudad hasta el hospital Hadassah en Har Hatzofim. Por todo el país los árabes asaltaron autobuses judíos, matando e hiriendo a los pasajeros, y dispararon con armas ligeras y ametralladoras hacia los barrios periféricos y los asentamientos aislados. El Alto Comisionado árabe encabezado por Yamal Husseini declaró la huelga general en todos los asentamientos árabes y envió a la multitud a las calles y a las mezquitas, donde los dirigentes religiosos llamaron a la yihad contra los judíos. Cientos de árabes armados salieron dos días después de la Ciudad Vieja cantando canciones sanguinarias, gritando versículos del Corán, *Idbaj al yahud*, y disparando ráfagas al aire. La policía inglesa les acompañó por las calles y un blindado británico, según se decía, iba a la cabeza de la multitud, que irrumpió en el centro comercial judío del este de la calle Mamila, saqueó y prendió fuego a todo el barrio. Cuarenta tiendas fueron quemadas. Los policías y soldados británicos pusieron controles al final de la calle Princesa Mary e impidieron a las fuerzas de la Haganá ayudar a los judíos que habían quedado atrapados en el centro comercial, confiscaron sus armas y detuvieron a dieciséis de ellos. Al día siguiente, en venganza, los miembros del Etzel quemaron el cine Rex, cuyos propietarios al parecer eran árabes.

Durante la primera semana de revueltas fueron asesinados unos veinte judíos. Al final de la segunda semana ya habían sido asesinados en todo el país cerca de doscientos judíos y árabes. Desde comienzos de diciembre de 1947 hasta marzo de 1948 la ofensiva corrió a cargo de las fuerzas árabes: los judíos de Jerusalén y de todo el país se vieron obligados a conformarse casi únicamente con una defensa pasiva, ya que los británicos frustraron los intentos de la Haganá de tomar la iniciativa y contraatacar, arrestaron a sus miembros y les confiscaron las armas. Las fuerzas árabes locales, semirregulares, junto a cientos de voluntarios armados de los países árabes vecinos, así como doscientos soldados británicos que se pasaron al bando árabe y decidieron luchar con ellos, bloquearon las carreteras y redujeron la presencia judía a un mosaico fragmentado de asentamientos y grupos de asentamientos asediados a los que sólo con convoyes se

podía suministrar alimentos, gasolina y municiones.

Mientras tanto los británicos seguían teniendo la responsabilidad del gobierno, una autoridad que utilizaban sobre todo para ayudar a los árabes en su guerra y para atar las manos de los judíos; la Jerusalén judía fue aislada progresivamente del resto del país. La única carretera que la unía a Tel Aviv fue bloqueada por fuerzas árabes, y sólo de vez en cuando, y con un gran coste de vidas, conseguían algunos convoyes de alimentos y provisiones abrirse paso desde la llanura costera hasta Jerusalén. A finales de diciembre de 1947 las zonas judías de la ciudad estaban ya de hecho bajo asedio. Fuerzas regulares iraquíes, a quienes la autoridad británica permitió tomar el control de las bombas de agua de Rosh Haayin, dinamitaron los sistemas de bombeo, y la Jerusalén hebrea se quedó sin agua, a excepción de la que contenían los pozos y las cisternas. Barrios judíos aislados como el de intramuros de la Ciudad Vieja, Yemín Moshé, Mekor Hayyim y Ramat Rahel se encontraban en un asedio dentro de otro asedio, debido a su aislamiento total del resto de la ciudad. «Una comisión de emergencia» nombrada por la Agencia Judía se encargaba de racionar los alimentos y de coordinar los camiones cisterna que pasaban por las calles entre bombardeo y bombardeo cada dos o tres días repartiendo un cubo de agua por persona. El pan, las verduras, el azúcar, la leche, los huevos y el resto de los productos alimenticios estaban bajo un estricto control y se repartían a las familias con cartillas de racionamiento, hasta que también esos víveres se acabaron y en su lugar recibíamos a veces míseras raciones de leche en polvo, biscotes secos de pan tostado y huevo en polvo con un extraño olor. Las medicinas y el material sanitario casi se habían agotado. Los heridos eran operados a veces sin anestesia. El suministro eléctrico se desplomó y, como apenas se podía conseguir queroseno, vivimos durante muchos meses a oscuras. O a la luz de una vela.

Nuestro angosto semisótano se convirtió en una especie de refugio para los inquilinos de las plantas altas, un escondite considerado seguro frente a los bombardeos y los disparos. Todos los cristales se rompieron y se retiraron, y tapamos todas las ventanas con barricadas de sacos de arena. Una constante oscuridad cavernosa reinó en casa, de noche y de día, desde marzo hasta agosto o septiembre de 1948. En esa densa oscuridad, y en el aire putrefacto que se enmohecía sin salida alguna, nos hacinábamos intermitentemente, tumbados sobre colchones y alfombras, unas veinte o veinticinco personas, vecinos, extraños, conocidos, refugiados de los barrios limítrofes, entre los que se encontraban dos ancianas que se pasaban todo el día sentadas en el suelo del pasillo, aturdidas, y un anciano medio loco que se creía el profeta Jeremías, se lamentaba sin descanso de la destrucción de Jerusalén y nos prometía a todos cámaras de gas árabes cerca de Ramallah, «donde ya han empezado a asfixiar a dos mil cien judíos al día». Entre ellos estaban también el abuelo Alexander y la abuela Shlomit, y también el hermano mayor del abuelo Alexander, el mismísimo tío Yosef —el profesor Klausner— con su cuñada, la mujer de su hermano, Haya Elitzedek: los dos habían conseguido escapar del barrio de Talpiot justo antes de que fuera asaltado y aislado, y habían encontrado refugio en casa. Estaban tumbados allí, con la ropa y los zapatos puestos, durmiendo y despiertos a ratos, pues por culpa de la oscuridad era difícil distinguir el día de la noche, en el suelo de la cocina, que se consideraba el lugar menos ruidoso de toda la casa (también el señor Agnón, según decían, se había ido de Talpiot con su familia y estaba en casa de unos amigos en Rehavia).

El tío Yosef clamaba y se lamentaba con su fina voz, casi llorosa, por el destino de su biblioteca y de sus valiosos manuscritos, que se habían quedado en Talpiot y quizá nunca volvería a ver. Mientras, el único hijo de Haya Elitzedek, Ariel, se había alistado y estaba luchando para defender el barrio de Talpiot, y durante mucho tiempo no supimos si estaba vivo o muerto, herido o prisionero^[21].

Los Miodovnik, cuyo hijo Grisha estaba en alguna parte con las fuerzas del Palmaj, escaparon de su casa, en la línea de combate en el barrio de Bet Israel, y también se habían instalado en nuestro piso, junto a varias familias que se hacinaban en la pequeña habitación que antes de la guerra fue la mía. Yo miraba al señor Miodovnik con respeto, con el corazón en un puño, pues supe que ése era el hombre que había escrito el libro verdoso con el que todos estudiábamos en la escuela Tajkemoní: *Matemáticas para niños de tercero*, de Mattatiah Miodovnik. Una mañana, el señor Miodovnik salió a hacer sus cosas y por la tarde no volvió.

Tampoco volvió al día siguiente. Su mujer se dirigió por tanto al tanatorio municipal, dio mil vueltas y volvió alegre y feliz porque su marido no estaba entre los muertos.

Dado que el señor Miodovnik no volvió tampoco al día siguiente, mi padre empezó a bromear como de costumbre, a remover cielo y tierra a voz en grito para alejar el silencio y disipar la tristeza: Nuestro querido Mattia, sugirió mi padre, seguro que se ha encontrado con una guapa luchadora con faldita caqui y ahora es su camarada de armas (y en ese punto mi padre se puso a prueba con un pequeño juego de palabras basado en la similitud que en hebreo tienen las palabras «beso» y «arma»).

Pero después de bromear en vano durante cerca de un cuarto de hora, mi padre se puso serio de repente, se levantó y fue también al tanatorio municipal, y allí, por los calcetines, los calcetines que él mismo le había prestado un día antes a Mattatiah Miodovnik, pudo identificar el cadáver destrozado por una granada, un cuerpo ante el cual había pasado sin duda la señora Miodovnik sin reconocerlo, pues no tenía rostro.

Mi madre, mi padre y yo dormíamos durante los meses del asedio en un colchón al final del pasillo, y sin cesar saltaban por encima de nosotros largas caravanas de gente que necesitaba ir al baño. El servicioapestaba hasta la desesperación porque no había agua para echar en el retrete y porque el ventanuco estaba tapado con sacos de arena. A cada rato, con la caída de las bombas, temblaba toda la montaña y con ella se estremecían los edificios de piedra. A veces me despertaba con gritos que helaban la sangre cada vez que uno de los que estaban durmiendo en algún colchón de la casa tenía una pesadilla.

El 1 de febrero explotó un coche bomba junto a la redacción del periódico judío en lengua inglesa *Palestine Post*. El edificio fue completamente destruido y las sospechas recayeron sobre los policías británicos que colaboraban en la ofensiva árabe. El 10 de febrero, las milicias defensivas de Yemín Moshé consiguieron rechazar un fuerte ataque de las tropas árabes semirregulares. El domingo 22 de febrero, diez minutos después de las seis de la mañana, una organización que se autodenominaba Fuerzas Fascistas Británicas hizo que explotaran tres camiones llenos de dinamita en la calle Ben Yehuda, en el corazón de la Jerusalén judía. Edificios de seis plantas fueron reducidos a polvo y una parte importante de la calle se convirtió en escombros. Cincuenta y dos inquilinos judíos murieron dentro de sus casas y unos ciento cincuenta

resultaron heridos.

Ese mismo día mi miope padre fue a la jefatura de la guardia nacional, que estaba en una callejuela junto a la calle Sofonías: quería alistarse. Tuvo que reconocer que su experiencia militar no era otra que la redacción de algunos panfletos ilegales en lengua inglesa para el Etzel («¡Abajo la pérfida Albión! ¡Fuera la opresión nazi británica!», y cosas por el estilo).

El 11 de marzo, el ya familiar coche del cónsul americano en Jerusalén, conducido por un chófer árabe del consulado, entró en el patio de la sede de la Agencia Judía, el corazón de las instituciones judías en Jerusalén y en todo el país. Una parte del edificio saltó por los aires y hubo decenas de muertos y heridos. La tercera semana del mes de marzo fracasaron todos los intentos de hacer llegar a Jerusalén convoyes de víveres y provisiones desde la llanura costera: el asedio se estrechaba y la ciudad estaba al borde de la hambruna y del peligro de epidemias.

A mediados de diciembre de 1947 ya se habían cerrado los colegios de nuestros barrios. Nosotros, los niños de tercero y cuarto del Tajkemoní y del Colegio para los Hijos de los Trabajadores, fuimos reunidos una mañana en una casa vacía de la calle Malaquías. Un chico bronceado y desaliñado que fumaba Matusian y que se identificó sólo por su apodo, Garibaldi, nos habló durante unos veinte minutos con absoluta seriedad, con una sequedad práctica que sólo habíamos visto hasta el momento en las conversaciones de los adultos. Garibaldi nos ordenó desplegarlos por todos los patios y almacenes y reunir sacos vacíos («después los llenaremos de arena») y botellas vacías («hay quien sabe llenarlas con cócteles que resultarán muy ricos al paladar del enemigo»).

También nos enseñaron a recoger en los descampados y en los patios traseros abandonados una especie de hierba silvestre llamada malva, pero que todos nosotros conocíamos por su nombre árabe, *jubeza*: la *jubeza* palió en parte el temor del hambre en Jerusalén. Las madres hervían o freían la hierba y hacían con ella todo tipo de albóndigas o purés del color de las espinacas y cuyo sabor era mucho más estremecedor que el de las espinacas. También se establecieron entre nosotros turnos de vigilancia: cada hora dos de nosotros debíamos observar desde un determinado tejado de la calle Abdías el interior del campo militar británico Scheneller y, cada cierto tiempo, ir corriendo al cuartel general de la calle Malaquías y contarle a Garibaldi o a uno de sus ayudantes lo que hacían esos Tommies y si se veían ya los primeros preparativos para la marcha.

A los niños mayores que nosotros, los de quinto y sexto, Garibaldi les enseñó a llevar mensajes de un puesto a otro de la Haganá, al final de la calle Sofonías y por los alrededores del barrio de los bújaros. Por su parte, mi madre me rogó «que demostrara una auténtica madurez y acabara con todos esos juegos», pero yo no podía obedecerla. Me distinguía sobre todo en el terreno de las botellas vacías: en una semana conseguí reunir ciento cuarenta y seis botellas y llevarlas en cajas y sacos al cuartel general. El propio Garibaldi me dio una palmada en la nuca y me lanzó de reojo una intensa mirada. Voy a escribir exactamente las palabras que me dijo mientras se rascaba el vello del pecho a través de la camisa abierta: «Muy bien. Tal vez alguna vez oigamos hablar de ti». Palabra por palabra. Cincuenta y tres años han pasado desde entonces y no lo he olvidado.

46

Al cabo de muchos años descubrí que una mujer que conocía desde niño, la señora Abramsky, Tzarta, la mujer de Jacob David Abramsky (los dos eran amigos de mi familia), por aquellos días escribía un diario. Recuerdo vagamente que también mi madre se sentaba a veces en el suelo en un rincón del pasillo durante los bombardeos, con un cuaderno abierto sobre un libro cerrado encima de las rodillas, y escribía olvidándose de la explosión de las bombas de los cañones y los morteros y de las ráfagas de las ametralladoras, abstrayéndose de la confusión generada por los veinte refugiados que se hacinaban y discutían todo el día dentro de nuestro oscuro y pestilente submarino, escribía en su cuaderno, indiferente al parloteo apocalíptico del profeta Jeremías, a los lamentos del tío Yosef y al llanto penetrante e infantil de una anciana cuya hija muda le cambiaba, en presencia de todos, los pañales mojados. Lo que escribía mi madre por aquellos días no lo sabré nunca: ninguno de sus cuadernos ha llegado a mis manos. Quizás los quemó todos antes de suicidarse. Ni una página completa escrita de su puño y letra me ha quedado.

En el diario de Tzarta Abramsky encuentro escrito, entre otras cosas:

24.2.1948

Estoy cansada... Estoy cansada... Un almacén de objetos de los muertos y heridos... Casi nadie viene a recoger estas cosas: nadie vendrá a recogerlas. Sus dueños están muertos o yacen heridos en el lecho de dolor de los hospitales. Ha llegado uno que ha sido herido en la cabeza y en el brazo, pero sobre todo en su capacidad de caminar. Su mujer ha sido asesinada. Él ha encontrado sus vestidos, sus fotos y algunas telas... Y esos objetos adquiridos con amor y gran alegría de vivir están aquí, en el sótano... Y ha entrado un chico, G., a buscar sus cosas. Perdió a su padre, a su madre, a sus dos hermanos y a su hermana en la explosión de la calle Ben Yehuda. Él se salvó porque no durmió esa noche en casa, pues estaba de guardia... Por cierto: no le interesaban los objetos sino las fotografías. Entre los cientos de fotografías... que han quedado a salvo de la destrucción, pretendía descubrir algunas fotos familiares...

14.4.1948

Esta mañana han comunicado... que con el cupón de la cartilla del queroseno (la cartilla del cabeza de familia) darían en determinadas tiendas un cuarto de pollo por familia. Algunos vecinos me pidieron que les llevara también su ración, si me iba a poner en la cola, pues ellos trabajaban y no podían esperar. Yoni, mi hijo, corrió a cogerme sitio en la cola antes de ir al colegio, aunque le dije que yo misma iría. Mandé a Yair a la guardería y fui a Gueulá, donde estaba la tienda. Llegué a las ocho menos cuarto y me encontré con una cola de unas seiscientas personas.

Decían: muchos han venido a las tres o las cuatro de la madrugada, pues antes del amanecer ya se había corrido la voz del reparto de carne de pollo. No tenía ningunas ganas de quedarme parada en la cola, pero le había prometido a mis vecinos llevarles su ración, y me resultaba violento llegar a casa sin nada. Decidí «pararme» como todos los «parados».

Y mientras estaba parada en la cola supe que el «rumor» que desde ayer invadía Jerusalén se había confirmado:

cien judíos fueron quemados ayer junto a Sheij Jarrah, estaban en un convoy que iba al hospital Hadassah y a la universidad. Cien personas. Y entre ellos grandes científicos, médicos y enfermeras, obreros y estudiantes, empleados y enfermos.

Resulta difícil creer algo así. En Jerusalén hay muchos judíos, y no han conseguido salvar a esas cien personas de la muerte, y todo a un kilómetro... Decían: los ingleses no permitieron que se les salvara. ¿Para qué este cuarto de pollo si ante tus ojos ocurren catástrofes como éstas? Sin embargo la gente se empeñaba en seguir haciendo cola. Y todo el rato se oía lo mismo: «Los niños han adelgazado... Hace varios meses que no prueban la carne... no hay leche, no hay verduras...». Es duro estar seis horas en la cola, pero merece la pena: los niños tendrán sopa... Lo que ha pasado en Sheij Jarrah es terrible, pero quién sabe lo que nos espera en Jerusalén... El muerto, muerto está, y la vida continúa... La cola iba avanzando. Los «felices» se iban a casa apretando contra el pecho el cuarto de pollo para la familia... Al fondo se veía un entierro... A las dos del mediodía yo también recibí lo mío y lo de mis vecinos y me fui a casa^[22].

Mi padre iba a ser enviado al Har Hatzofim asediado en ese mismo convoy, el día 13 de abril de 1948, el convoy en el que fueron asesinados y quemados vivos setenta y siete médicos y enfermeras, profesores y estudiantes: la guardia nacional, y quizás también sus superiores de la Biblioteca Nacional, encargaron a mi padre que clausurase determinados sectores de los sótanos y de los fondos de la biblioteca, pues la zona estaba aislada del resto de los barrios de la ciudad. Pero la tarde anterior la fiebre le subió a cuarenta grados y el médico le prohibió tajantemente levantarse de la cama (era miope y débil, y cada vez que le subía la fiebre su vista se nublaba casi hasta la ceguera y perdía el equilibrio).

Cuatro días después de que los miembros del Etzel y el Leji ocuparan el pueblo árabe de Deir Yassin, en Jerusalén Oeste, y asesinaran a muchos de sus habitantes, árabes armados atacaron el convoy que, a las ocho y media de la mañana, cruzaba Sheij Jarrah de camino a Har Hatzofim. El propio ministro británico responsable de las colonias judías, Arthur Kritz Jones, había prometido personalmente a los representantes de la Agencia Judía que, mientras su ejército permaneciera en Jerusalén, las fuerzas británicas garantizarían el paso regular del convoy con el personal de relevo del hospital y la universidad (el hospital Hadassah no sólo servía a la población judía sino a todos los habitantes de Jerusalén).

El convoy estaba formado por dos ambulancias, tres autobuses con las ventanas blindadas con planchas metálicas por miedo a los disparos de los francotiradores, varios camiones llenos de provisiones y material sanitario, y dos coches pequeños. Al llegar al barrio de Sheij Jarrah, un oficial de policía británico le había indicado al convoy, como de costumbre, que el camino estaba libre y era seguro. En el corazón del barrio árabe, casi a los pies de la villa del gran muftí Haj Amin, el dirigente pronazi en el exilio de los árabes de Palestina, a unos ciento cincuenta metros de la villa Silvani, el primer vehículo impactó con una mina. Al instante cayó sobre el convoy una granizada de disparos de ambos lados de la calle, granadas de mano y cócteles molotov. El fuego duró toda la mañana.

El ataque se produjo a menos de doscientos metros del puesto de guardia británico, cuya función era asegurar el camino al hospital. Durante horas estuvieron los soldados británicos mirando el ataque sin mover un dedo (¿el *ustaz* Nayib y su familia salieron a mirar la masacre? ¿O se dieron la vuelta en sus sillas de madera tapizada del porche principal? ¿O del emparrado? ¿Mientras se tomaban un vaso de limonada tan fría que escarchaba los vasos?). A las 9.45 pasó por allí en su coche, sin detenerse ni un momento, el general Gordon H. A. Macmillan, comandante en jefe de las fuerzas británicas en Eretz Israel (después, el general Gordon sostuvo

con absoluta desfachatez que le pareció que el ataque había terminado).

A la una del mediodía, y luego al cabo de una hora más o menos, pasaron por el lugar sin detenerse algunos vehículos militares británicos. Cuando, en nombre de la Agencia Judía, un oficial de comunicaciones se dirigió al cuartel general británico y pidió permiso para enviar fuerzas de la Haganá para poner a salvo a los heridos y a las personas que estaban agonizando, le dijeron que «el ejército tiene el control de la situación» y que el cuartel general prohibía intervenir a la Haganá. A pesar de todo las unidades de rescate de la Haganá intentaron ir en ayuda del convoy atrapado, tanto desde la ciudad como desde el sitiado Har Hatzofim. Se les impidió acercarse al lugar. A las 13.45 del mediodía, el rector de la Universidad Hebrea, el catedrático Yehuda Leib Magnes, telefoneó al general Macmillan pidiendo auxilio. La respuesta fue que «el ejército está intentando llegar al lugar, pero se ha iniciado una dura batalla».

No había ninguna batalla. A las 15.00 del mediodía dos autobuses fueron tiroteados y casi todos los pasajeros, de los cuales la mayoría eran heridos o agonizantes, fueron quemados vivos.

Entre los setenta y siete muertos se encontraban el director del hospital Hadassah, el profesor Hayyim Yasky, los profesores Leonid Dolginsky y Moshé Ben David, miembros fundadores de la facultad de Medicina de Jerusalén, el físico Gunther Wolfsohn, el profesor Enzo Bonaventura, director del departamento de Psicología, el experto en derecho judío Aharon Hayyim Freimann y el filólogo Benjamin Clar.

Después, el Alto Comisionado árabe ofreció un comunicado oficial donde describía la masacre como un acto heroico realizado «bajo las órdenes de un oficial iraquí». El comunicado criticaba a los británicos por su intervención de última hora, y afirmaba: «Si el ejército británico no hubiera intervenido, no habría quedado vivo ni uno solo de los pasajeros del convoy^[23]». Sólo por una serie de coincidencias, por la elevada fiebre y tal vez porque mi madre sabía contener a veces su fervor patriótico, mi padre no ardió también con el resto de los que ardieron en aquel convoy.

Poco después de la masacre del convoy de Har Hatzofim, las fuerzas de la Haganá se lanzaron por primera vez a realizar grandes ataques por todo el país, amenazando con usar las armas también contra el ejército británico, que se disponía a abandonar la zona, si se atrevían a intervenir. La carretera que conducía desde la llanura costera a Jerusalén fue abierta tras una fuerte ofensiva, volvió a cerrarse y volvió a abrirse de nuevo, y se reanudó el asedio sobre la Jerusalén judía con la invasión de los ejércitos regulares árabes. Durante el mes de abril y hasta mediados de mayo cayeron en manos de las fuerzas de la Haganá algunas ciudades árabes y otras con población mixta, Haifa y Yafo, Tiberiades y Safed, así como decenas de pueblos árabes del norte y del sur. Cientos de miles de árabes perdieron sus casas durante esas semanas y se convirtieron en refugiados hasta el día de hoy. Muchos de ellos huyeron. Muchos de ellos fueron expulsados por la fuerza.

En la asediada Jerusalén quizás a nadie por aquellos días le importaba el amargo destino de los refugiados palestinos: el barrio judío de la Ciudad Vieja, donde los judíos llevaban viviendo miles de años de forma ininterrumpida (a excepción de un intervalo de tiempo, en el siglo XII, después de que todos fueran asesinados o expulsados por los cruzados), cayó en manos de las fuerzas de la Legión Árabe de Transjordania, todos sus edificios fueron saqueados y destruidos,

y todos sus habitantes expulsados o hechos prisioneros. Los asentamientos de Gush Etzion cayeron y también fueron borrados del mapa, y sus habitantes judíos fueron asesinados o hechos prisioneros. Atarot y Neve Yaakov, Qaliah y Bet Haa rava fueron vaciados y destruidos por los árabes. Los cien mil habitantes de la Jerusalén judía temían que les esperase algo parecido. Cuando la emisora de radio La Voz del Defensor anunció la huida de los habitantes árabes de Talbia y Katamón, no recuerdo que me compadeciera de Aisha y de su hermano. Sólo amplié un poco, junto con mi padre, nuestras fronteras de cerillas sobre el mapa de Jerusalén: los meses de bombardeos, hambre y miedo habían endurecido mi corazón. ¿Adónde iría Aisha? ¿Y su hermano pequeño? ¿A Nablus? ¿A Damasco? ¿A Londres? ¿O al campo de refugiados de Dehesha? Hoy, si aún sigue viva, Aisha será una mujer de unos sesenta y cinco años. Y su hermano pequeño, a quien tal vez machaqué el pie, también tendrá pronto sesenta años. A lo mejor ahora podría intentar encontrarlos. Podría informarme de la suerte que han corrido todos los miembros de la familia Silvani, en Londres, en Sudamérica, en Australia.

Pero supongamos que encontrase en algún lugar del mundo a Aisha. O a aquel que en otro tiempo fue el pequeño y dulce Damenotengo: ¿cómo me presentaría? ¿Qué diría? ¿Qué podría explicar? ¿Qué proponer?

¿Recordarían? Y si así fuera, ¿qué recordarían? ¿O el terror que les tocó vivir les habría hecho olvidar al loco fanfarrón de los árboles?

Lo cierto es que no fue sólo culpa mía. No del todo. Yo sólo hablaba, hablaba y hablaba. Aisha también fue culpable. Fue Aisha quien me dijo: Veamos cómo trepas. Si no me hubiese provocado así, yo no habría trepado de repente al árbol, y su her mano...

Perdido. No hay vuelta atrás.

En el cuartel de la guardia nacional, que estaba en la calle Sofonías, le entregaron a mi padre un viejo fusil y le encargaron la vigilancia nocturna de las calles del barrio de Kerem Abraham. Era un fusil negro y pesado, con una culata desgastada llena de inscripciones, iniciales y palabras extranjeras que mi padre persistió en intentar descifrar antes de estudiar el propio fusil: podía ser un fusil italiano de la Primera Guerra Mundial o una anticuada carabina americana. Mi padre tocó aquí y allá, hurgó, tiró y empujó sin éxito, dejó el fusil a su lado en el suelo y empezó a inspeccionar la recámara. Ahí tuvo enseguida un éxito fulminante: consiguió sacar las balas de la recámara, cogió con la mano izquierda un puñado de ellas y en la derecha la recámara vacía, las agitó dirigiéndolas hacia mi pequeña figura, hacia la puerta, se mostró exultante y bromeó sobre la torpeza de los mariscales de Napoleón Bonaparte.

Pero cuando intentó volver a poner las balas en la recámara, su victoria se convirtió en una absoluta derrota: las balas que habían respirado el aire libre se negaban tajantemente a volver a comprimirse en la celda. No sirvieron de nada las artimañas ni los trucos de mi padre. Las intentó meter del derecho y del revés, lo intentó con delicadeza y con toda la fuerza de sus delicados dedos de erudito, intentó también volverlas a introducir en la recámara de forma alterna, la primera bala apuntando hacia fuera, la segunda hacia dentro y la tercera de nuevo hacia fuera, todo en vano.

Pero mi padre no blasfemó ni increpó, lo que hizo fue intentar contentar tanto a las balas como a la propia recámara con una cita llena de *pathos* de unos célebres versos de la poesía nacional

polaca, con estrofas de Ovidio, con una melódica mención de Pushkin o Lermontov, recitando poemas amorosos completos de los poetas hebreos medievales de Sefarad, todo en su lengua original, todo con acento ruso, todo sin ningún éxito. Finalmente, malhumorado, declamó de memoria contra la recámara y las balas fragmentos de poesía homérica en griego clásico y versos del *Poema de los Nibelungos* en alemán, Chaucer en inglés, y quizás también algún pasaje de los *Cantos de Kalevala*, en la traducción de Saúl Tchernijovsky, y del *Utnapishtim* («Enuma Elish...») y mucho más, en todos los idiomas, lenguas y dialectos. Todo en vano.

Por tanto, afligido y abatido, mi padre se dirigió al cuartel general de la guardia nacional, en la calle Sofonías, con el pesado fusil en una mano y en la otra las balas, más apreciadas que el oro, dentro de una bolsa de tela bordada que originalmente servía para llevar bocadillos, y en el bolsillo, y menos mal que no se le olvidó allí, la recámara vacía.

En el cuartel general se apiadaron de él, le enseñaron en un momento lo fácil que era introducir las balas en la recámara, pero no le volvieron a dar el arma ni la munición. Ni ese día y en los días siguientes. Jamás. En vez de eso le dieron una linterna eléctrica, un silbato y un brazalete donde ponía «Guardia nacional». Por tanto, mi padre volvió a casa desbordante de júbilo, me explicó el significado de «Guardia nacional», encendió repetidamente la linterna, probó una y otra vez el silbato, hasta que mi madre le tocó suavemente el hombro y le dijo: Ya vale, Arie, por favor.

La medianoche entre el viernes 14 de mayo de 1948 y el sábado 15 de mayo, al terminar los treinta años del Mandato Británico, se fundó el Estado cuyo nacimiento había anunciado David Ben Gurión en Tel Aviv unas horas antes. Después de un paréntesis de unos mil novecientos años, dijo el tío Yosef, se ha vuelto a desplegar aquí un gobierno judío.

Pero a las doce y un minuto, sin declaración de guerra, penetraron en el país columnas de infantería, artillería y blindados de ejércitos árabes: Egipto desde el sur, Transjordania e Iraq desde el este, Líbano y Siria desde el norte. El sábado por la mañana los cañones egipcios bombardearon Tel Aviv. La Legión Árabe, el ejército medio británico del Reino de Transjordania, así como las fuerzas iraquíes regulares y bandas armadas de voluntarios musulmanes llegados de varios países, todos habían sido invitados por la autoridad inglesa a ocupar puntos estratégicos por todo el país muchas semanas antes del fin formal del Mandato Británico.

El cerco se estrechaba a nuestro alrededor: la Legión de Transjordania conquistó la Ciudad Vieja, bloqueó con un importante número de fuerzas la carretera a Tel Aviv y la llanura costera, tomó el control de los barrios árabes, colocó puestos de artillería en las montañas que rodean Jerusalén e inició bombardeos masivos destinados a causar un gran número de bajas entre la población civil débil y hambrienta, destruir la moral y provocar la rendición: el rey Abdallah, un protegido de Londres, ya se veía como rey de Jerusalén. En los terraplenes, los cañones de la Legión estaban bajo el mando de oficiales de artillería británicos.

Al mismo tiempo, unidades del ejército egipcio llegaron hasta los arrabales del sur de Jerusalén y atacaron el kibbutz Ramat Rahel, que pasó dos veces de mano en mano. Aviones egipcios bombardearon Jerusalén con bombas incendiarias y arrasaron, entre otras cosas, la residencia de ancianos del barrio de Romema, no muy lejos de nuestra casa. Los cañones egipcios se unieron a los de Transjordania en el bombardeo de la población civil: desde la colina contigua

al monasterio Mar Elías, los egipcios arrojaron sobre Jerusalén obuses de 4.2 pulgadas. Los obuses caían sobre los barrios judíos a un ritmo de uno cada dos minutos mientras el fuego incesante de las ametralladoras vagaba por las calles de la ciudad. Grete Ghat, la niñera pianista que olía siempre a lana húmeda y a detergente, la tía Grete, que me arrastraba con ella a las tiendas de ropa y a quien mi padre dedicaba versos estúpidos («Debo jurar/ que no es ninguna treta/ querer con Greta/ coquetear...»), salió una mañana al balcón a tender la ropa. Una bala de un francotirador jordano, eso se decía, le entró por el oído y le salió por el ojo. Tzipora Yanai, Piri, la tímida amiga de mi madre, que vivía en la calle Sofonías, bajó un momento al patio para coger una bayeta y un cubo y murió allí mismo a causa del impacto directo de un proyectil.

Y yo tenía una pequeña tortuga. Durante la fiesta de Pésaj de 1947, cerca de medio año antes de la guerra, mi padre participó en una excursión del personal de la Universidad Hebrea a los yacimientos arqueológicos de la ciudad de Gerasa en Transjordania: se fue por la mañana temprano y se llevó una bolsa de bocadillos y una auténtica cantimplora militar que se colgó con orgullo del cinturón. Esa misma tarde volvió cargado de las excitantes experiencias de la excursión y las maravillas del anfiteatro romano, y a mí me trajo de regalo una pequeña tortuga que había encontrado allí, «a los pies de un asombroso arco de piedra romano».

Aunque no tenía sentido del humor y tal vez tampoco tenía una idea clara de lo que era eso, a mi padre le gustaban mucho los pasatiempos, las bromas, los calambures, las sátiras, los chistes, los juegos de palabras y la paronomasia, y cuando sus chistes conseguían provocar alguna sonrisa, al instante su cara brillaba de modesto orgullo. Y así ocurrió que mi padre decidió ponerle a la pequeña tortuga que me había traído de regalo el sarcástico nombre de Abdallah Gershon, en honor al rey de Transjordania y a la histórica ciudad de Gerasa. Ante todos los que venían a casa, mi padre proclamaba con solemnidad los dos nombres de la tortuga, como un pregonero anunciando la entrada de un duque o un embajador, y, como le sorprendía que nadie se desternillara de risa, creía necesario explicar la broma: tal vez esperaba que quien no había disfrutado antes de la explicación se riese después a carcajadas. A veces, llevado por el entusiasmo o por despiste, repetía toda la historia a algunos invitados que ya la habían oído al menos dos veces, que ya sabían perfectamente por qué la tortuga se llamaba Abdallah y Gershon y dónde se escondía el dardo.

Pero yo quería mucho a esa pequeña tortuga que se había acostumbrado a arrastrarse cada mañana hacia mi escondite debajo del granado y a comer con voracidad hojas de lechuga y cáscaras de pepino directamente de mi mano, sin asustarse de mí ni esconder la cabeza en su caparazón, y mientras devoraba a dos carrillos hacía un movimiento muy gracioso con la cabeza, como asintiendo con energía a todo lo que dijeras. Se parecía a un profesor calvo de Rehavia que también solía asentir enérgicamente hasta que acababas de hablar, y entonces, por lo general, la afirmación se convertía en burla y, mientras seguía asintiendo con determinación, el profesor hacía pedazos tus opiniones.

Con un dedo acariciaba la cabeza de mi tortuga mientras comía, sorprendido de lo semejantes que eran los dos orificios de las narices y los dos de los oídos. Sólo para mis adentros, y sólo a espaldas de mi padre, no la llamaba Abdallah Gershon: la llamaba Mimi. En secreto.

Durante los días de los bombardeos ya no había pepinos ni hojas de lechuga y tampoco me

dejaban salir al patio, pero a veces abría la puerta y le arrojaba a Mimi restos de comida. A veces la veía de lejos y a veces desaparecía de mi vista durante varios días.

El día que mataron a Grete Ghat y a Piri Yanai, la amiga de mi madre, mataron también a mi tortuga Mimi: un fragmento de proyectil cayó en nuestro patio y la partió en dos. Cuando le pedí a mi padre con lágrimas en los ojos que al menos me dejase cavar una tumba debajo del granado, enterrarla allí y hacerle una lápida para recordarla, mi padre me explicó con honestidad que no podía hacer eso, sobre todo por motivos higiénicos. Él mismo, eso me dijo, había retirado ya lo que había quedado de ella. No quiso decirme bajo ningún concepto qué había hecho con ella, pero en esa ocasión le pareció conveniente explicarme el significado de la palabra «ironía»: Por ejemplo, en el caso de nuestra Abdallah Gershon, una emigrante del Reino de Transjordania, el fragmento que ha acabado con su vida era parte precisamente de un proyectil lanzado, con evidente ironía, por los cañones del rey Abdallah de Transjordania.

Esa noche no conseguí dormir. Me tumbé boca arriba en el colchón al final del pasillo, rodeado de ronquidos, murmullos y gemidos discontinuos de ancianos, un coro de sueños perturbados de unos veinte desconocidos que dormían en el suelo por toda la casa, cuyas ventanas estaban tapadas con sacos de arena. Me tumbé, sudoroso, en medio de mi madre y mi padre, y en la trémula oscuridad (sólo había una vela vacilante encendida en el baño), en el aire enmohecido, de pronto me pareció ver la imagen de una tortuga, no Mimi, no mi pequeña tortuga, a quien me gustaba acariciar la cabeza con un dedo (¡Un gato o un cachorro es impensable! ¡No hay más que hablar! ¡Olvídalo!), era una tortuga terrorífica, una tortuga monstruosa y gigantesca, repugnante, ensangrentada, con un amasijo de huesos, se deslizaba sobre sus cuatro extremidades con garras afiladas y sonreía con sarcasmo sobre los que estaban durmiendo en el pasillo. Su cara era espantosa, estaba aplastada y destrozada por una bala que le había entrado por el ojo y le había salido por un lugar donde también las tortugas tienen una especie de pequeño oído, sin pabellón.

Puede que intentara despertar a mi padre. Mi padre no se despertó: estaba durmiendo boca arriba sin moverse y con una respiración profunda y rítmica, como un niño satisfecho. Pero mi madre acercó mi cabeza a su regazo. Como todos, también ella dormía vestida en la época del asedio y los botones de su camisa me hacían un poco de daño en la mejilla. Me abrazó con fuerza, pero en vez de intentar compadecerme sollozó conmigo, con un llanto ahogado para que no nos oyeran, mientras sus labios susurraban sin cesar: Peri, Peroshka, Periii. Y yo sólo le acaricié el cabello, le acaricié las mejillas y la besé, como si yo fuera el adulto y ella mi hija, y le susurré basta mamá basta mamá basta basta estoy aquí a tu lado.

Y después seguimos susurrando un rato más, ella y yo. Con lágrimas. Y luego, cuando se apagó también la débil vela que iluminaba el pasillo y sólo los silbidos de los proyectiles herían la oscuridad y al caer hacían temblar la montaña que estaba detrás de nuestra pared, luego, en vez de mi cabeza en su pecho, mi madre puso su cabeza empapada en lágrimas sobre el mío. Esa noche, por primera vez, comprendí que también yo moriría. Que todos morimos. Y nada en el mundo, ni siquiera mi madre, podría salvarme. Y yo no la salvaría: Mimi tenía un caparazón y, a la menor señal de peligro, se metía toda entera, brazos, piernas y cabeza, en lo más profundo de su caparazón. Que no la salvó.

En septiembre, durante un alto el fuego en Jerusalén, un sábado por la mañana, vinieron a vernos el abuelo y la abuela, los Abramsky y quizás otros conocidos, tomaron el té en el patio, hablaron de las victorias de nuestro ejército en el Néguev y del terrible peligro que implicaba el plan de paz del mediador de la ONU, el conde sueco Bernadotte, un complot tras el cual, sin duda alguna, se escondían los británicos y cuya finalidad era destruir por completo nuestro joven Estado. Alguien trajo de Tel Aviv una nueva moneda, demasiado grande, muy fea, pero era la primera moneda hebrea que veíamos y pasó de mano en mano con gran emoción: veinticinco céntimos, con el dibujo de un racimo de uvas del que mi padre dijo que era un motivo tomado directamente de una moneda israelita de la época del Segundo Templo; sobre el racimo de uvas estaba inscrito en caracteres hebreos claros y precisos: *Israel*. Para mayor seguridad, el nombre de Israel aparecía no sólo en hebreo, sino también en inglés y en árabe: para que se viera y se comprendiera bien.

La señora Tzarta Abramsky dijo:

–Si nuestros padres, que en paz descansen, los padres de nuestros padres y todas las generaciones pudiesen ver y tocar esta moneda. Dinero judío...

Y se le hizo un nudo en la garganta.

El señor Abramsky dijo:

–Hay que bendecirla. Bendito seas Señor, Dios nuestro, rey del universo, que nos has mantenido con vida, nos has sustentado y nos has permitido llegar hasta aquí.

El abuelo Alexander, mi elegante abuelo, mi abuelo amante de los placeres y de las mujeres, no dijo nada, sólo se acercó aquella moneda de níquel demasiado grande a los labios, la besó dos veces con delicadeza y con los ojos desorbitados, y después se la pasó a los demás. En ese momento, el lamento de una ambulancia que se dirigía rápidamente hacia la calle Sofonías estremeció el aire y, al cabo de diez minutos, el gemido de la sirena de la ambulancia volvió en dirección contraria, y puede que mi padre encontrase en ello un pretexto para hacer un chiste malo sobre el *shofar* del Mesías o algo por el estilo. Siguieron charlando y tal vez se tomaron otro vaso de té hasta que, al cabo de una media hora, los Abramsky se despidieron con sus mejores deseos; el señor Abramsky, aficionado a la poesía, nos regaló al irse dos o tres versos sublimes. Cuando ya estaban en la puerta, un vecino los llamó amablemente desde un rincón del patio, y se dirigieron tan deprisa hacia él que la tía Tzarta se olvidó el bolso en casa. Al cabo de un cuarto de hora vinieron los Lemberg, consternados, a contarnos que Yonatán Abramsky, Yoni, de doce años, mientras sus padres estaban con nosotros, jugaba en el patio de la calle Nehe mías cuando un francotirador jordano apostado en la academia de policía le alcanzó con una bala en mitad de la frente: el niño estuvo agonizando unos cinco minutos, vomitando, y cuando llegó la ambulancia ya había fallecido.

En el diario de Tzarta Abramsky ponía:

23.9.48

El 18 de septiembre, a las diez y cuarto de la mañana del sábado, murió mi Yoni, mi hijo Yoni, toda mi vida... Un francotirador árabe lo alcanzó, a mi ángel, sólo dijo «mamá», consiguió correr unos metros (él, mi maravilloso y puro hijo, estaba al lado de casa) y cayó... No escuché su última palabra y no contesté a su voz que me llamaba. Cuando llegué, mi tesoro, mi cielo ya no estaba con vida. Lo vi en el depósito. Él, tan maravillosamente bello, parecía dormido. Lo abracé y lo besé. Bajo su cabeza pusieron una piedra. La piedra se movió, y su cabeza, una cabeza de querubín, se movió un poco. Mi corazón me dijo: no está muerto, hijo mío. Se está moviendo... Sus ojos estaban medio cerrados. Y después llegaron «ellos», los trabajadores del tanatorio, y empezaron a importunarme, a regañarme con rudeza y a molestarme: no tenía permiso para abrazarlo y besarlo... Me fui.

Al cabo de unas horas volví. Ya había empezado el «toque de queda» (estaban buscando a los asesinos de Bernadotte). A cada paso me paraba la policía... y me pedían el permiso para estar en la calle durante el toque de queda. Él, mi hijo asesinado, era mi único permiso. Los policías me dejaron entrar en el tanatorio. Llevé una almohada. Quité la piedra y la dejé a un lado: no podía ver su maravillosa y delicada cabeza sobre una piedra. Entonces volvieron «ellos» y empezaron otra vez a echarme. Dijeron que no me atreviera a tocarlo. No obedecí. Seguí abrazándolo y besándolo, a mi tesoro. Me amenazaron con cerrar la puerta con llave y dejarme con él, con el fundamento de toda mi vida. Era lo único que quería (que se fueran y me encerrasen con él). Entonces cambiaron de parecer y me amenazaron con llamar a los soldados. No me inmuté... Salí del depósito por segunda vez. Antes de salir lo abracé y lo besé. Al día siguiente por la mañana volví a verle, a mi hijo... volví a abrazarlo y a besarlo, de nuevo le pedí a Dios venganza, venganza por mi pequeño, y de nuevo me echaron... y cuando volví mi maravilloso hijo, mi ángel, ya estaba en una caja cerrada, pero recuerdo su rostro, todo, lo recuerdo todo^[24].

Dos misioneras de Finlandia vivían en un piso pequeño al final de la calle Haturim, en el barrio de Mekor Baruj: Aili Havas y Rauha Moisio. La tía Aili y la tía Rauha. Incluso cuando la conversación giraba en torno a la escasez de verduras, las dos hablaban un solemne hebreo bíblico, pues no sabían otro: si llamaba a su puerta para pedirles educadamente algunas tablas que no les hiciesen falta y que pudiésemos utilizar para la hoguera de la fiesta de Lag Baomer, la tía Aili decía con una prudente sonrisa, mientras me daba una vieja caja de madera: ¡Resplandor de fuego llameante de noche! Si las invitábamos a tomar un té o a una tertulia mientras yo libraba una batalla contra la cucharada de aceite de hígado de bacalao, la tía Rauha comentaba: ¡Temblarán ante él los peces del mar!

A veces íbamos los tres a visitarlas a su celda monástica, que quizás se parecía a la habitación de un modesto internado femenino del siglo XIX: había dos camas de hierro sencillas, una enfrente de otra, a ambos lados de la mesa cuadrada de madera cubierta por un mantel de algodón azulado y rodeada de tres sillas sin tapizar. En la cabecera de cada una de las dos camas gemelas había una mesilla, y en cada mesilla una lámpara, un vaso de agua y varios libros religiosos con tapas negras. Dos pares idénticos de zapatillas asomaban por debajo de las camas. En mitad de la mesa había invariablemente un jarrón con un ramo de siemprevivas de los campos cercanos. Una imagen de Jesús crucificado, tallada en madera de olivo, colgaba en el centro de la pared, entre las dos camas. Y a los pies de las camas tenían unos baúles de una madera gruesa y brillante que jamás habíamos visto en Jerusalén; mi madre dijo que era encina y me animó a tocarla con los dedos y a pasarle la mano por encima: mi madre opinaba que no bastaba con saber los distintos nombres de las cosas, sino que era bueno conocerlas oliendo con la nariz, rozando con la punta de la lengua, tocando con la yema de los dedos, que era bueno conocer el calor y la suavidad de las cosas, su olor, su aspereza y su dureza, el sonido que te devuelven cuando las golpeas, todo lo que mi madre solía llamar «aceptación» y «rechazo»: Cada material, decía, cada prenda de vestir, cada mueble, utensilio y alimento, cada objeto tiene distintos grados de aceptación y de rechazo, y esos grados no son fijos sino que pueden cambiar según las estaciones del año, las horas del día (pues hay rechazo y aceptación diurnos, y los hay nocturnos), según quien toque o huela, según la luz y las sombras y también según inclinaciones indeterminadas que no tenemos forma alguna de comprender: no es casual que en hebreo las cosas inanimadas se nombren con una palabra que significa tanto objeto como deseo: no sólo nosotros tenemos o no deseo de una cosa u otra, también en el mundo mineral y vegetal hay un sentido interior del deseo, de querer o no querer, que no procede de nosotros sino de ellos, y quien sabe tocar, escuchar, degustar y oler sin ansia a

veces puede captarlo.

A lo que mi padre comentó como bromeando:

–Nuestra madre supera al propio rey Salomón: de él se dice en los textos rabínicos que conocía el lenguaje de todos los animales y aves, y nuestra madre es experta incluso en el lenguaje de las toallas, las cacerolas y los cepillos.

Y añadió, resplandeciente por su propio sarcasmo:

–Ella hace hablar a los árboles y a las piedras al tocarlos: «toca los montes y humean», como está escrito en los Salmos.

La tía Rauha dijo:

–Como dijo el profeta Joel, «los montes destilarán mosto y las colinas fluirán leche», y como está escrito también en el Salmo 29, «la voz del Señor retuerce las encinas».

Mi padre dijo:

–Pero en boca de alguien que no es poeta, esa forma de hablar puede resultar algo, cómo decirlo, emperifollada. Como si alguien intentase resultar muy profundo a toda costa. Muy místico. Muy alusivo. Como si intentara retorcer encinas. Ahora mismo os explico el significado de esas difíciles palabras, místico y alusivo. Detrás de ellas se oculta un evidente deseo, tal vez no del todo sano, de empañar la realidad, de oscurecer la luz de la razón, de difuminar los contornos y mezclar distintos campos.

Mi madre dijo:

–¿Arie?

Y mi padre, en tono conciliador (pues le agradaba burlarse de ella, pincharla un poco e incluso liberar alguna vez una chispa de malicia, pero mucho más arrepentirse, disculparse y hacerse el bueno. Exactamente igual que su padre, igual que el abuelo Alexander):

–Está bien, Fanitzka. Ya está. Sólo estaba bromeando un poco.

Durante el asedio de Jerusalén las dos misioneras no abandonaron la ciudad: tenían un fuerte sentido del deber. Era como si el propio Mesías les hubiese encargado animar a los sitiados y ayudar voluntariamente a los heridos en las batallas y los bombardeos que se encontraban en el hospital Shaare Tzedek. Estaban convencidas de que todo cristiano debía intentar expiar con hechos y no con palabras lo que Hitler había hecho a los judíos. La creación del Estado de Israel les parecía fruto de una mano divina (la tía Rauha decía en su lenguaje bíblico y con su acento finés pedregoso, que tendía a acentuar las palabras en la primera sílaba: «Es como la salida del arco iris en la nube después del Diluvio»). Y la tía Aili, con una diminuta sonrisa, no más que una ligera contracción de la comisura de los labios: «Pues el Señor se apiadó de todo aquel inmenso mal y no continuó destruyéndolos»).

Entre bombardeo y bombardeo recorrían nuestro barrio, con botas y pañuelos en la cabeza, portando entre las dos una cesta honda hecha de arpillera grisácea de donde sacaban, para todo aquel que estuviese dispuesto a aceptarlo, tarros de pepinillos en vinagre, medias cebollas, una pastilla de jabón, un par de calcetines de lana, un manojo de nabos o un poco de pimienta negra. Quién sabe cómo habrían llegado a sus manos todos esos tesoros. Los ultraortodoxos rechazaban con desprecio los dones de las misioneras, algunos las echaban con desdén de sus casas, otros aceptaban sus donativos pero, cuando la tía Aili y la tía Rauha se daban la vuelta, escupían en el

suelo que habían pisado las misioneras.

Ellas no se ofendían: en sus bocas siempre había versículos proféticos llenos de consuelo que a nosotros nos resultaban extraños y sorprendentes con su raro acento finés, que sonaba como sus pesadas botas andando sobre la grava: «Yo protegeré esta ciudad para salvarla». «Y no vendrá el enemigo a aterrorizar a las puertas de esta ciudad». «Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncian la paz... porque no volverá a pasar por ti Belial...». Y también: «No temas, siervo mío, Jacob, oráculo del Señor, pues estoy contigo, yo exterminaré a todas las naciones entre las que te he dispersado...».

A veces una de ellas se ofrecía voluntaria para hacer en nuestro lugar la larga cola del reparto del agua que nos traían en cisternas, sólo los días de diario impares de la semana, medio cubo por familia, siempre y cuando algún fragmento de proyectil no hubiera perforado la cisterna antes de llegar a nuestra calle. Y una de las dos pasaba a veces por los cuartuchos de nuestro semisótano con las ventanas tapadas con sacos de arena y repartía a cada uno de los huéspedes sitiados que vivían provisionalmente en casa media tableta de «complejo vitamínico». A los niños les daba una tableta entera. ¿De dónde sacaban aquellas dos misioneras esos magníficos tesoros? ¿Dónde llenaban su cesta honda hecha de arpillera grisácea? Unos decían una cosa y otros otra, y había quien me prevenía diciéndome que no aceptara nada de ellas, pues su única pretensión era «aprovecharse de nuestra desgracia y convertir almas para su Jesús».

Un día me armé de valor y, aunque conocía la respuesta, le pregunté a la tía Aili quién era Jesús. Sus labios temblaron ligeramente cuando me contestó dubitativa que no «era» sino que es, y nos ama a todos, y sobre todo a quienes le desprecian y se burlan de él, y si llenara mi corazón de amor él vendría a habitar en mi corazón, y me traería penas y también una inmensa felicidad, y de las penas despuntaría la felicidad.

Aquellas palabras me resultaron tan extrañas y tan misteriosas que tuve que preguntarle también a mi padre. Mi padre me cogió de la mano, me llevó al colchón de la cocina, al rincón refugio del tío Yosef, y le pidió al famoso autor del libro *Jesús de Nazaret* que me explicara quién era Jesús, en dos palabras.

El tío Yosef estaba echado, cansado, melancólico y pálido, en una esquina del colchón, con la espalda apoyada en la pared ennegrecida y las gafas sobre la frente. Su respuesta fue muy distinta a la de la tía Aili: para él Yeshúa era un hombre de Nazaret «de los más grandes de toda la historia del pueblo de Israel, un moralista extraordinario que aborrecía a los incircuncisos de corazón y luchó por devolver al judaísmo su sencillez originaria y apartarlo de las manos de los rabinos casuistas».

Yo no sabía quiénes eran los incircuncisos de corazón ni los rabinos casuistas. Y tampoco sabía cómo compaginar el Jesús del tío Yosef, un Jesús que aborrecía, luchaba y apartaba, con el Jesús de la tía Aili, que no aborrecía, ni luchaba ni apartaba sino justo todo lo contrario, que amaba sobre todo a los pecadores y a los que le despreciaban.

En una vieja carpeta encontré una carta que me escribió la tía Rauha desde Helsinki en 1979, en su nombre y en el de la tía Aili. La carta está escrita en hebreo y, entre otras cosas, dice:

...También nosotros estamos contentos de que hayáis ganado el festival de Eurovisión. ¡Y qué canción!

Los creyentes aquí están muy contentos de que ellos, en Israel, hayan cantado: ¡Aleluya! No hay ninguna canción más apropiada... Aquí he podido ver la película *Holocausto*, que ha provocado lágrimas y cargo de conciencia a los pueblos que persiguieron sin medida alguna, sin ningún sentido. Los cristianos deben pedir perdón a los judíos. Tu padre dijo una vez que no podía entender cómo el Señor había permitido tales horrores... Yo siempre le decía que el secreto del Señor está en el cielo. Jesús compartió con el pueblo de Israel todos sus sufrimientos. Los creyentes deben soportar la parte de sufrimiento que Jesús les dejó... La expiación del Mesías en la cruz cubrirá a pesar de todo los pecados del mundo, de la humanidad entera. Pero eso jamás se podrá comprender con la mente... Hubo nazis que tuvieron remordimientos y se arrepintieron antes de morir. Pero los judíos que murieron no volverán a la vida por el arrepentimiento de los nazis. Todos nosotros debemos expiar los pecados y ser benevolentes cada día. Jesús dice: no temáis a los que matan el cuerpo, pues no tienen el poder de matar el alma. Esta carta te la manda también la tía Aili. Me di un fuerte golpe en la espalda hace 6 semanas cuando me caí del autobús, y la tía Aili no ve muy bien. Con amor, Rauha Moisio.

Cuando en una ocasión fui a Helsinki (porque se había traducido uno de mis libros al finés), aparecieron las dos de repente en la cafetería del hotel, envueltas en sendos chales oscuros que les cubrían los hombros y la cabeza, como dos ancianas campesinas. La tía Rauha se apoyaba en un bastón y agarraba con delicadeza la mano de la tía Aili, que ya estaba casi ciega, la sujetaba y la conducía con suavidad hacia una mesa lateral. Las dos querían ejercer su derecho a besarme en las mejillas y bendecirme. Después de mucho insistir me permitieron que las invitara a una taza de té «¡pero sin ningún acompañamiento, por favor!».

La tía Aili sonrió, más que una sonrisa fue un ligero temblor en la comisura de los labios, empezó a decir algo, se arrepintió, puso el puño derecho en la palma de la mano izquierda, como poniéndole un pañal a un niño, movió la cabeza varias veces, como lamentándose, y al final dijo:

–Bendito sea el Señor por permitir que te veamos en nuestra tierra, pero no comprendo por qué no ha permitido que tus queridos padres estén entre los vivos. ¿Pero quién soy yo para comprender? El Señor tiene la respuesta. Nosotros sólo tenemos la sorpresa. Me gustaría pedirte que me permitieras tocar, perdóname, tu querida cara. Es que mis ojos ya se han apagado.

La tía Rauha dijo sobre mi padre:

–¡Que en paz descanse!, ¡era una buena persona! ¡Tenía un alma noble! ¡Un alma humana!

Y sobre mi madre dijo:

–Un alma atormentada, que la paz sea con ella. Era una persona muy atormentada porque veía en el corazón de las personas y no le resultaba fácil hacer frente a lo que veía. El profeta Jeremías dice: «Engañoso es el corazón más que cualquier otra cosa, e incurable, ¿quién lo conoce?».

En la calle, en Helsinki, caía una fina lluvia mezclada con algunos copos de nieve. La luz del día era tenue y turbia y los copos, que se derretían antes de llegar a la tierra, no eran blancos sino grises. Las dos ancianas con vestidos oscuros casi idénticos y unas gruesas medias marrones parecían dos alumnas de un modesto internado. Y las dos, cuando las besé, olían a detergente, a pan negro y a sueño nocturno. Un empleado de mantenimiento pasó delante de nosotros con prisa, era un hombre pequeño con toda una batería de bolígrafos y lapiceros en el bolsillo de la camisa. De la cesta que estaba a los pies de la mesa, la tía Rauha sacó un pequeño paquete envuelto en papel de estraza y me lo ofreció. De pronto reconocí la cesta: era la cesta de arpillera gris de los días del asedio de Jerusalén, treinta años antes de esa visita mía a Helsinki, de donde las tías sacaban y nos daban pequeños trozos de jabón, calcetines de lana, pan tostado, cerillas, velas,

manojos de rábanos o escasísimos paquetes de leche en polvo.

Abrí el paquete y, además del libro sagrado, impreso en Jerusalén en hebreo y finés, con los textos enfrentados, y una pequeña caja de música hecha de madera policromada con la tapa de cobre, encontré un ramo de flores silvestres secas: unas extrañas flores finlandesas que eran muy hermosas incluso muertas, unas flores cuyo nombre desconocía y que no había vista jamás hasta aquella mañana.

–Cuánto amamos –dijo la tía Aili mientras sus ojos que ya no veían buscaban los míos–, cuánto amamos a tus queridos padres. Su vida en la tierra no fue fácil y no siempre el uno era benévolo con el otro. A veces había una pesada sombra entre ellos. Pero ahora, en su descanso final en el secreto del cielo bajo las alas del Señor, ahora entre tus padres sólo hay benevolencia y verdad, como dos niños inocentes que no conocen el mal, entre ellos sólo hay luz, amor y compasión por siempre, la izquierda de él bajo la cabeza de ella y la derecha de ella abrazándole, y hace tiempo que se ha apartado de ellos cualquier sombra.

Yo pretendía regalarles a las tías dos ejemplares de mi libro traducido a su idioma, pero la tía Rauha se negó a aceptarlos: un libro hebreo, dijo, un libro sobre Jerusalén y escrito en Jerusalén debemos leerlo en hebreo y en ningún otro idioma. Y además, se excusó con una sonrisa, la verdad es que la tía Aili ya no puede leer nada, pues el Señor se ha llevado con Él la luz que le quedaba en los ojos. Sólo yo le leo aún en voz alta, mañana y tarde, pasajes de la Biblia y del Nuevo Testamento, de nuestro salterio y de otros libros sagrados, pero lo cierto es que mis ojos también han empezado a oscurecerse y dentro de poco seremos dos cegatas.

Y cuando no le leo y la tía Aili no me escucha, nos sentamos frente a la ventana y miramos en el cristal los árboles y los pájaros, la nieve y el viento, la mañana y la tarde, la luz del día y la luz de la noche, y las dos le agradecemos humildemente al buen Dios toda su benevolencia y todas sus maravillas: hágase su voluntad así en el cielo como en la tierra. Tal vez tú también veas a veces, cuando estás descansando, hasta qué punto el firmamento y la tierra, los árboles y las piedras, el campo y el bosque están llenos de grandes maravillas. Todo ilumina, anuncia y testimonia como mil testigos la espléndida grandeza de la benevolencia.

Y en el invierno entre el 48 y el 49 se acabó aquella guerra. Israel y los países vecinos firmaron el armisticio, primero Egipto, luego el Reino de Transjordania y al final también Siria y el Líbano. Iraq, por su parte, envió de vuelta a casa a sus soldados sin firmar ningún documento. A pesar de todos los acuerdos, los países árabes continuaron declarando que algún día se tomarían «la revancha» de la guerra con el fin de acabar con un estado que ellos, los árabes, se negaban a reconocer, y proclamaban que su creación había sido producto de una continuada agresión, y lo llamaban «el estado ficticio», *al-daula al-mazeuma*.

En Jerusalén se reunieron en varias ocasiones el comandante de Transjordania, el coronel Abdallah ATel, y el comandante israelí, el lugarteniente Moshé Dayán, para trazar la línea fronteriza entre las dos partes de la ciudad y acordar la regulación del paso de convoyes al campus universitario de Har Hatzofim, que quedó como un enclave israelí aislado dentro del territorio controlado por el ejército de Transjordania. Se levantaron altos muros de cemento a lo largo de la frontera para cerrar las calles que pasaban por la Jerusalén israelí y continuaban por la Jerusalén árabe. Se erigieron paredes metálicas para ocultar a los que pasaban por las afueras de la ciudad occidental de la mirada de los francotiradores apostados en las azoteas de la ciudad oriental. Una franja fortificada de alambradas, campos de minas, puestos de tiro y de vigilancia atravesaba toda la ciudad. Esa franja cerraba la ciudad israelí por el norte, por el este y por el sur. Sólo el oeste permanecía abierto, y una única carretera tortuosa unía Jerusalén con Tel Aviv y el resto de las zonas del nuevo Estado. Pero también una parte de esa única carretera estaba en manos de la Legión transjordana, y hubo que trazar un desvío e instalar a lo largo de él una nueva conducción de agua para sustituir la de la época británica, destruida en parte, y las estaciones de bombeo que habían quedado bajo control árabe. Ese desvío se llamó «Camino de Burma». Al cabo de un año o dos se asfaltó un nuevo desvío llamado «Carretera del Heroísmo».

Casi todo en el joven Estado llevaba el nombre por aquellos días de los caídos en el campo de batalla, o del heroísmo, el combate, la emigración y la materialización del sueño sionista. Los israelíes estaban muy orgullosos de su victoria, fortificados en sus sentimientos de justicia y de superioridad moral. Por aquellos días no se pensaba mucho en la suerte de los cientos de miles de deportados y refugiados palestinos, muchos de ellos huidos y otros muchos expulsados de las ciudades y los pueblos conquistados por el ejército israelí.

Se decía que sin duda la guerra era algo malo, amargo y lleno de sufrimientos, ¿pero quién les había dicho a ellos, a los árabes, que la empezasen? Nosotros habíamos aceptado el plan de partición decidido por la ONU y los árabes habían rechazado todo compromiso y habían iniciado

la guerra con el objetivo de aniquilarnos a todos. Además, ya se sabía que en una guerra nadie gana, por Europa aún vagaban millones de refugiados de la Segunda Guerra Mundial, poblaciones enteras habían sido deportadas o desplazadas, Paquistán y la India, que acababan de conseguir la independencia, se intercambiaron millones de ciudadanos y lo mismo hicieron Grecia y Turquía. Nosotros habíamos perdido el barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalén, habíamos perdido Gush Etzion y habíamos perdido Kefar Darom, Atarot, Qaliah, Neve Yaakov, exactamente igual que ellos habían perdido Yafó, Ramle, Lifta, Maljah y Ein Kerem. En lugar de los cientos de miles de árabes deportados llegaron cientos de miles de refugiados judíos perseguidos en países árabes. Teníamos cuidado de no utilizar la palabra «expulsión». La masacre del pueblo de Deir Yassin se achacó a «elementos extremistas e irresponsables».

Un telón de cemento cayó y nos separó de Sheij Jarrah y del resto de los barrios árabes de Jerusalén.

Desde nuestra azotea podía ver los minaretes de Shuafat, Biddu y Ramallah, la torre solitaria en la cima del monte de Nebi Samuel, la academia de policía (desde donde disparó un francotirador jordano y mató a Yoni Abramsky cuando estaba jugando en el patio de su casa), el aislado Har Hatzofim, el monte de los Olivos, que estaba en manos de las fuerzas de la Legión Árabe, las azoteas de Sheij Jarrah y la Colonia americana.

A veces me parecía distinguir, entre las frondosas copas de los árboles, el rincón del jardín de la villa Silvani. Me figuraba que su suerte había sido mucho mejor que la nuestra: a ellos no les habían bombardeado durante largos meses con cañones, no habían pasado hambre ni sed, no les habían obligado a dormir en colchones en sótanos pestilentes. Y pese a todo hablaba frecuentemente con ellos en mi interior. Al igual que el hombre que arreglaba muñecas, el señor Gustav Krohmal de la calle Gueulá, yo deseaba ponerme mis mejores galas e ir a verles a la cabeza de una misión de paz y conciliación, probarles que teníamos razón, disculparme y aceptar sus disculpas, degustar sus dulces de cáscaras de naranja azucaradas, manifestar nuestra indulgencia y magnanimidad, firmar con ellos un acuerdo de paz, de amistad, de cortesía y de respeto mutuo, y tal vez también demostrarle a Aisha, a su hermano y a toda la familia Silvani que aquel accidente no ocurrió totalmente por mi culpa, o no sólo por mi culpa.

A veces, al amanecer, nos despertaba el sonido de ráfagas de ametralladora procedentes de la línea de alto el fuego, a un kilómetro y medio de nuestra casa más o menos, o el lamento del almuecín al otro lado de las nuevas fronteras: como una elegía que ponía la carne de gallina, el sonido sollozante de su oración penetraba en nuestro sueño.

Nuestra casa se vació de todos los que necesitaban refugio: los vecinos, los Rosendorf, volvieron a su casa, una planta más arriba que la nuestra. La anciana aturdida y su hija doblaron su lecho, lo metieron en un saco de yute y desaparecieron. Se fue también Guita Miodovnik, la viuda de Mattatiah Miodovnik, el autor del libro de texto *Matemáticas para niños de tercero*, el hombre cuyo cadáver destrozado identificó mi padre en el depósito por los calcetines que él mismo le había prestado la mañana de su muerte. El tío Yosef y su cuñada, Haya Elitzedek, volvieron a la casa Klausner en Talpiot, la casa que encima de la puerta tenía escrito en letras de cobre las palabras «Judaísmo y Humanismo». Tuvieron que reformar la casa, que quedó muy deteriorada durante la guerra. Durante muchas semanas el viejo profesor se estuvo lamentando con gran

pesadumbre por los miles de libros sacados de las estanterías y tirados al suelo o utilizados como barricadas y como defensa contra las balas en las ventanas de la casa Klausner, que fue convertida en un puesto de tiro. El hijo perdido, Ariel Elitzedek, fue encontrado sano y salvo después de la guerra, pero se pasaba el día discutiendo e insultando a Ben Gurión, ese desgraciado que podía haber liberado la Ciudad Vieja y la explanada del Templo y no lo hizo, que podía haber empujado a todos los árabes a los países árabes y no lo hizo, y todo porque el socialismo pacifista y el tolstoianismo vegetariano les había embotado la mente a él y a sus camaradas, esa panda de rojos en cuyas manos había caído nuestro querido Estado. Estaba convencido de que pronto tendríamos otra jefatura, una jefatura nacional orgullosa, y nuestro ejército se lanzaría por fin a liberar la patria del yugo de la dominación árabe.

Pero la mayoría de los habitantes de Jerusalén no deseaba ninguna otra guerra y no se ocupaba del destino del Muro de las Lamentaciones ni añoraba la Tumba de Raquel, que desaparecieron tras el telón de cemento y los campos de minas. La ciudad rota se lamía las heridas. Largas y grisáceas colas se arrastraban durante aquel invierno, y también durante la primavera y el verano siguientes, ante las tiendas de ultramarinos, las fruterías y las carnicerías. Llegó la época de las restricciones: largas colas se concentraban tras el carro del repartidor de hielo y tras el carro del repartidor de queroseno. Las raciones se repartían en función de los cupones de la cartilla de racionamiento. Huevos y un poco de carne de pollo se reservaban sólo a los niños y a los enfermos con certificado médico. La leche se vendía con cuentagotas. Las frutas y verduras casi no se veían en Jerusalén. El aceite y el azúcar, la sémola y la harina llegaban alternativamente sólo una vez al mes o cada dos semanas. Si querías comprar alguna prenda de vestir, un par de zapatos, un mueble, también tenías que usar los preciados cupones de la cartilla de racionamiento, que se iba agotando. Los zapatos se hacían con una imitación de piel y las suelas eran tan frágiles que parecían de cartón. Los muebles se llamaban «muebles para todo» y eran de muy mala calidad. En lugar de café se bebía achicoria. En lugar de leche y huevos usábamos leche y huevos en polvo. Todos los días comíamos filetes de bacalao congelado cuyo sabor se fue haciendo odioso para todos, montañas de filetes de pescado congelado que el nuevo gobierno había comprado a precio de saldo de los excedentes pesqueros de Noruega.

Hasta para salir de Jerusalén a Tel Aviv y al resto de las zonas del país se dependía durante los primeros meses posteriores a la guerra de permisos especiales de las autoridades competentes. Pero todo aquel que era hábil y ambicioso, todo el que tenía algo de dinero y conocía el mercado negro, y todo aquel que tenía contactos con las nuevas autoridades, apenas sufrieron la carestía. Y todo tipo de gente poderosa y sin escrúpulos se precipitó a usurpar los pisos y las casas de los barrios árabes acomodados cuyos habitantes habían huido o habían sido expulsados, o de las zonas cerradas en las que antes de la guerra vivían las familias de los militares y las autoridades británicas: Katamón y Talbia, Baqah, Abu Tur y la Colonia alemana, mientras que las casas de los árabes pobres en Musrasah, en Lifta, en Maljah, las ocuparon familias judías pobres que habían huido de países árabes. Grandes centros de tránsito con barracones de uralita se levantaron en Talpiot, en el campo Allenby y en Beit Mazmil, sin luz eléctrica, sin alcantarillado y sin agua corriente. En invierno, los caminos entre las cabañas de uralita se convertían en una masa pastosa y el frío cortaba los huesos. Contables de Iraq, orfebres del Yemen, vendedores y tenderos de Marruecos y relojeros de Bucarest fueron hacinados en esos barracones y, por un ínfimo salario, se ocupaban de despedregar y forestar las laderas de las

montañas de Jerusalén, unos trabajos ideados para ellos por el gobierno.

Se acabaron «los años heroicos», los años de la guerra mundial, del exterminio judío en Europa, los partisanos, el alistamiento masivo en el ejército británico y en la brigada judía que creó Gran Bretaña en la guerra contra los nazis, los años de lucha contra los ingleses, la resistencia, la inmigración ilegal, los asentamientos construidos a la fuerza, la guerra a vida o muerte contra los palestinos y contra los ejércitos regulares de cinco países árabes.

Al terminarse «los años grandiosos» nos llegó de pronto «la mañana del día siguiente»: grisácea, deprimente, húmeda, avara y mezquina (intenté describir el sabor de esa «mañana del día siguiente» en la novela *Mi querido Mijael*). Fueron los años de las navajas de afeitar melladas de la marca Okava, del insípido dentífrico Shenhav, de los apestosos cigarrillos Keneset, los bramidos de Nehemías Ben Abraham y Alexander Alexandroni en la emisora La Voz de Israel, el aceite de hígado de bacalao, las cartillas de racionamiento, los concursos de Shmulik Rosen y los comentarios políticos de Moshe Medzini, la hebraización de los apellidos, el racionamiento de los víveres, la precariedad laboral, las colas arrastrándose delante de las tiendas de ultramarinos, las alacenas en las cocinas, las sardinas baratas y la carne en conserva Inkoda, la comisión mixta israelí-jordana para el armisticio, los terroristas árabes infiltrados más allá de la línea de alto el fuego, los teatros Ohel, Habimah, Do-re-mi, Chisbatron, Dzigan y Shumacher, el acceso Mandelbaum, las represalias, las cabezas de los niños lavadas con queroseno para matar los piojos, la «ayuda a los campos de tránsito», «los bienes abandonados», el «fondo de defensa», «las tierras de nadie» y «nuestra sangre no se derramará en vano».

Y yo volví a ir cada mañana al colegio religioso para niños Tajkemoní, en la calle Tajkemoní. Allí estudiaban chicos de familias pobres, hijos de artesanos, obreros y pequeños comerciantes educados a bofetadas, hijos de familias que criaban a dieciocho niños, algunos de ellos siempre hambrientos y ávidos de mi pedazo de pan, otros con la cabeza rapada y todos con birretes negros ladeados. Me acechaban junto a los grifos del patio y me echaban agua, porque enseguida descubrieron que era hijo único, el único hijo único que había entre ellos, el más débil de todos, muy susceptible y con tendencia a sentirme herido al menor empujón o la menor palabra ofensiva. Cuando se envalentonaban e inventaban para mí nuevas humillaciones, yo me quedaba de pie, jadeando, en el centro del círculo de escarnio de mis enemigos, golpeado y cubierto de polvo, una oveja entre setenta lobos, y de repente empezaba a pegarme a mí mismo, dejando perplejos a todos mis adversarios, a arañarme de forma histérica y a morderme el brazo con todas mis fuerzas hasta que aparecía una especie de reloj sangriento. Igual que hizo mi madre dos o tres veces delante de mis ojos, presa de la más completa desesperación.

Pero a veces también me inventaba historias de suspense, tramas que cortaban la respiración al estilo de las películas de acción que íbamos a ver al cine Edison. En esas historias juntaba sin dudar a Tarzán con Flash Gordon, a Nick Carter con Sherlock Holmes, y a los indios y vaqueros de Karl May y Mein Rid con Ben Hur, con los misterios del espacio o con las bandas de delincuentes de los suburbios de Nueva York. Y en cada recreo, como Sherezade, que aplazaba su sentencia gracias a sus narraciones, retomaba el relato y lo interrumpía en el punto más interesante, justo cuando parecía que el protagonista estaba realmente perdido, perdido del todo y sin esperanza alguna, y la continuación (que aún no me había inventado) la posponía sin piedad

para el día siguiente.

Así pasaba los recreos en el patio del colegio Tajkemoní, como rabí Nahman, que salía al campo con sus discípulos sedientos de cada palabra que salía de su boca: caminaba rodeado de un círculo compacto de compañeros temerosos de perderse una palabra y, entre ellos, a veces estaban también mis enemigos y perseguidores, a quienes yo –dominado por un río de generosidad desbordada hacía acercarse especialmente, precisamente a ellos, invitándoles a ponerse en el círculo más cercano, a veces incluso haciéndole a uno u otro una valiosa alusión al posible rumbo de la trama o a un acontecimiento estremecedor que sería contado en el capítulo siguiente, y así convertía al elegido en alguien especial que podía divulgar o guardar a su antojo el preciado secreto.

Mis primeras historias estaban llenas de cuevas y laberintos, de catacumbas, selvas y abismos, de antros criminales y campos de batalla, de galaxias pobladas de monstruos, de valientes policías y soldados impasibles, de intrigas y terribles traiciones, pero también de caballerosa y admirable generosidad, de tramas barrocas, de inestimable abnegación, de gestos llenos de sentimientos de renuncia o perdón. Entre los personajes masculinos de mis primeras obras había, por lo que recuerdo, héroes y villanos. Y había bastantes villanos arrepentidos que expiaban sus pecados con actos en los que arriesgaban la vida o con una muerte heroica. Y entre ellos había sádicos sedientos de sangre y todo tipo de impostores y vulgares traidores, y había pobres desgraciados que se sacrificaban con una sonrisa. En cambio los personajes femeninos, todos sin excepción, me salían siempre sublimes: sufrían pero emanaban amor. Se atormentaban y perdonaban. Eran oprimidas e incluso humilladas, pero también orgullosas y siempre puras. Pagaban el precio de la locura del sexo masculino, pero eran indulgentes y a pesar de todo sentían afecto, amor y compasión. Todas.

Pero si tiraba demasiado de la cuerda, y también si no lo hacía, transcurridos algunos capítulos, o al acabar la historia, precisamente cuando el mal era vencido y el bien por fin estaba a punto de triunfar, precisamente entonces la pobre Sherezade era arrojada una y otra vez al foso de los leones, y era golpeada y atormentada: ¿por qué nunca cerraba la boca?

Tajkemoní era un colegio para chicos. También los profesores eran todos hombres. Excepto la enfermera del colegio no veíamos a ninguna mujer. Los más intrépidos se subían a veces a la tapia del colegio Lemel para chicas para echar un vistazo y aprender cómo era la vida al otro lado del telón de acero: chicas con faldas largas azules y camisas de manga corta y abombada, eso contaban, paseaban de dos en dos por el patio del Lemel en los recreos, jugaban a la rayuela, se hacían trenzas unas a otras y a veces también se echaban agua de los grifos, igual que nosotros.

Excepto yo, casi todos los chicos del Tajkemoní tenían hermanas mayores, cuñadas, primas, y por tanto fui el último en saber, a través de rumores, lo que tenían las chicas y nosotros no, y viceversa, y lo que hacían los hermanos mayores con sus novias en la oscuridad.

En casa no se decía una sola palabra al respecto. Jamás. Excepto, tal vez, cuando alguno de los invitados empezaba a burlarse de la vida bohemia, o del matrimonio Bar Yitzhar-Itzelvitz, tan escrupuloso en el cumplimiento del precepto *creced y multiplicaos*, en tal caso todos le hacían callar al instante reprendiéndole: *Shtu! Se taboy? Widesh maltzik ridom se nami!* Es decir, ¡el niño lo entiende ya todo!

Pero el niño no entendía nada. Si sus compañeros de clase soltaban la palabra árabe para decir lo que tenían las chicas, o si se juntaban y se pasaban de mano en mano la fotografía de una mujer con poca ropa, o si alguien llevaba un bolígrafo donde aparecía una chica ataviada para jugar al tenis cuya ropa se desvanecía al invertirlo, todos se partían de risa y se daban codazos en las costillas, esforzándose por parecerse a sus hermanos mayores. Sólo a él le entraba de pronto el pánico: como si a lo lejos, en el horizonte, empezase a perfilarse una incierta catástrofe. Aún no está aquí, aún no me toca, pero ya asusta y hiela la sangre como un inmenso incendio en la cima de las lejanas colinas de los alrededores. Nadie saldrá ileso. Nada será ya como era.

Cuando murmuraban en los recreos, con jadeante alegría, sobre una tal Gina, una retrasada mental de la calle Kinneret que en el monte de Tel Arza se entregaba a cualquiera que le ponía media lira en la mano, o sobre la viuda gorda de la tienda de electrodomésticos, que se llevaba siempre a varios chicos de octavo a la trastienda, se levantaba la falda y les enseñaba todo a cambio de verles tocársela, yo sentía por dentro una especie de tristeza corrosiva, como si un gran horror acechara a todos, hombres y mujeres, un horror cruel y paciente que no se extinguía, y poco a poco ese horror reptante iba dejando a mi alrededor unas fibras viscosas y transparentes que tal vez sin darme cuenta también me estaban infectando.

Cuando estábamos en sexto o séptimo, un día entró en clase la enfermera del colegio, una mujer marcial e irascible. Sola frente a treinta y ocho chicos aturdidos, se mantuvo heroicamente durante dos horas desvelándonos todas las cosas de la vida. Sin ningún temor empezó a describir sistemas y funcionamientos. Dibujó en la pizarra con tizas de colores bocetos de todos los conductos. No nos ocultó nada, espermatozoides y óvulos, glándulas, vaginas y trompas. Después pasó a un espectáculo horroroso: nos aterrorizó con descripciones escalofriantes de dos monstruos acechantes, Frankenstein y el hombre lobo del sexo: el riesgo de embarazo y el riesgo de contagio.

Confusos y cabizbajos salimos de aquella conferencia al mundo, que de pronto me pareció un inmenso campo de minas o un planeta azotado por una plaga. El niño que era entendió más o menos qué podía contagiar y qué era capaz de matar, pero de ninguna manera comprendí por qué quería una persona cuerda, hombre o mujer, adentrarse en aquellos laberintos dragontinos: la enfermera no dudó en mostrárnoslo todo, desde las hormonas hasta las normas de higiene, pero olvidó mencionar, aunque hubiera sido con una leve alusión, que todos esos complicados y peligrosos procesos también implicaban a veces cierto placer. Sobre eso no nos dijo ni una palabra. Tal vez porque pretendía preservar nuestra seguridad. Tal vez porque no lo sabía.

Nuestros maestros del Tajkemoní iban vestidos casi siempre con trajes grises o marrones algo gastados, o con viejas chaquetas, y no dejaban de exigirnos respeto: el señor Monzon y el señor Avishar, el señor Neimann padre y el señor Neimann hijo, el señor Alkalai y el señor Duvshani, el señor Opher y el señor Majaeli, el director, el señor Ilan, «soberano absoluto», que siempre aparecía con un traje de tres piezas, y el hermano del director, también él señor Ilan, pero con un traje de sólo dos piezas.

Por respeto a cada uno de ellos nos levantábamos siempre cuando entraban en clase, y no nos sentábamos hasta que recibíamos la señal de que podíamos sentarnos. Nos dirigíamos a los profesores diciendo «profesor» y les hablábamos siempre única y exclusivamente de usted:

«Profesor, ¿me ha dicho que traiga una nota de mis padres? Pero es que mis padres se han ido a Haifa. ¿No le importaría que la trajese el lunes?». O: «Profesor, perdone, ¿no cree que está exagerando un poco?» (el sospechoso de la exageración no era el profesor –nadie se atrevería a acusar a los profesores de exagerar– sino el profeta Jeremías o el poeta Bialik, cuyo desbordante furor acabábamos de estudiar).

En cuanto a nosotros, los alumnos, nuestros nombres propios fueron borrados desde el momento mismo en que cruzamos el umbral del Tajkemoní: nuestros profesores nos llamaban única y exclusivamente Bozo, Saragosti, Valero, Ribotzki, Alfassi, Klausner, Hagag, Shleifer, De la Mar, Danon, Ben Naim, Cordovero y Axelrod.

En el colegio Tajkemoní los profesores tenían una plétora de castigos: bofetadas y golpes con una regla en la yema de los dedos, collejas y expulsión al patio, llamada a los padres y amonestación en el diario de la clase, copiar un capítulo de la Biblia veinte veces o escribir «prohibido hablar en clase» y «hay que traer hechos los deberes» en quinientas líneas idénticas. A todo aquel que no tenía una letra clara se le condenaba a hacer en casa columnas y columnas de «caligrafía» o de «caligrafía clara como el agua». Quien era sorprendido con las uñas sin cortar, con las orejas no muy limpias o con el cuello de la camisa algo ennegrecido, era enviado a casa abochornado, no sin antes haber sido obligado a ponerse de pie delante de toda la clase y declamar públicamente, en voz alta y clara: «¡Soy un niño sucio!/ si no me lavo, pronto seré arrojado/ a la basura,/ ¡a la basura!».

Todas las mañanas la primera clase en el Tajkemoní empezaba con la canción «Te agradezco Señor»:

*Te agradezco Señor/ soberano de todo lo que existe
el haberme restituido el alma con piedad/ grande es tu fe.*

Después todos cantábamos con voces finas pero fervorosas:

*Señor del universo, que reinó/ antes de que nada fuese creado...
Y cuando todo termine/ sólo él reinará con esplendor...*

Sólo entonces, al terminar los cánticos y la oración de la mañana (abreviada), nuestros profesores nos ordenaban abrir los libros y los cuadernos y preparar los lapiceros, y, casi siempre, simplemente empezaban enseguida con un largo y tedioso dictado que se prolongaba hasta que sonaba la campana de la libertad, y a veces hasta un poco después de la campana. En casa teníamos que aprendernos de memoria medios capítulos, poemas enteros y máximas rabínicas. Aún hoy día me pueden despertar a medianoche y sacarme la respuesta del profeta al copero mayor enviado por el rey de Asiria: «Te desprecia, se burla de ti,/ la virgen hija de Sión./ Mueve la cabeza a tus espaldas,/ la hija de Jerusalén./ ¿A quién has insultado y ultrajado?/ ¿Contra quién has alzado tu voz...?/ Pondré mi anillo en tu nariz/ y mi brida en tu boca/ y te haré volver por el camino por donde viniste». O de *Pirque Avot*: «Sobre tres cosas se sustenta el mundo... hablar poco y hacer mucho... no he encontrado nada mejor para el cuerpo que el silencio... conoce lo que está por encima de ti... no te apartes de la comunidad y no creas en ti mismo hasta el día de tu muerte, y no juzgues a tu prójimo hasta que no te encuentres en su lugar... y donde no hay hombres trata de ser un hombre».

En la escuela Tajkemoní estudié hebreo: como si un taladro hubiese penetrado y roto la veta de alguna mina, una veta que ya en la clase y el patio de la Maestrazelda yo había tocado por primera vez. Desfallecía por las locuciones solemnes, por las palabras casi olvidadas, por las extrañas estructuras sintácticas, por las zonas más remotas en la espesura de los bosques de la lengua, lugares donde el hombre casi no había puesto el pie durante cientos de años, por la belleza punzante de la lengua hebrea: «Se hizo de mañana, y resultó que era Lía», o «antes de que nada fuese creado», «incircuncisos de corazón», «la medida de los tormentos», y también «sé sabio ante la luz de los sabios y sé precavido con sus brasas para que no te quemen, su mordedura es como la mordedura de un lobo y su picadura como la picadura de un escorpión... y todas sus palabras, como ascuas».

Ahí, en el Tajkemoní, estudié el Pentateuco con los agudos comentarios de Rashi. Ahí me empapé de la sabiduría de los rabinos, de la Hagadá y la Halajá, de oraciones, poesía sinagoga, comentarios y comentarios a los comentarios, me inicié en los textos litúrgicos, en el libro de oraciones y en el *Shuljam Aruj*. Ahí me encontré con viejos conocidos de casa, como las guerras de los asmoneos y la revuelta de Bar Kojba, las crónicas del exilio, la vida de los rabinos y los sabios de la Torá, los cuentos hasídicos edificantes y moralizantes con un atractivo envoltorio. Y algo de casuística, y un poco de poesía de Sefarad y de Bialik, y a veces en las clases de canto del señor Opher aparecía alguna de las canciones de los pioneros de Galilea y el valle de Yitzrael, llegada al Tajkemoní como un camello entre las nieves de Siberia.

El señor Avishar, el profesor de geografía, nos llevaba a hacer excursiones llenas de aventuras, a Galilea y al Néguev, a Transjordania y a Mesopotamia, a las pirámides y a los jardines colgantes de Babilonia: todo sobre grandes mapas y a veces con imágenes proyectadas con ayuda de una vieja linterna mágica. El señor Neimann, «Neimann el joven», nos arrojaba la cólera de los profetas, como cascadas de lava incandescente, pero enseguida nos sumergía en cristalinos ríos de profecías de redención. El señor Monzon nos fijaba con clavos de hierro la diferencia entre I do, I did, I have done, I have been doing, I would have done and I should have done and I should have been doing: «¡Hasta el mismísimo rey de Inglaterra!», decía el señor Monzon sobre nuestras cabezas, lanzando truenos como el Señor desde la cima del monte Sinaí, «¡hasta Churchill! ¡Shakespeare! ¡Gary Cooper! Todos obedecen sin quejarse ni rechistar las normas lingüísticas, ¡todos excepto tú, Excelencia! ¡Mister Abulafia! ¿Es que estás por encima de las normas? ¿Estás por encima de Churchill? ¿Estás por encima de Shakespeare? ¿Por encima del rey de Inglaterra? *Shame on you! Disgrace!* Es decir, es decir, por favor, estad bien atentos, toda la clase debe estar atenta, y también anotad esto en los cuadernos, por favor, que nadie se confunda por nada del mundo: *it is a shame, but you, the right unrebel master Abulafia, you are a disgrace!*».

El señor Mijaeli mientras tanto, Mordejai Mijaeli, mi preferido, cuyas suaves manos siempre estaban perfumadas como las de una bailarina, el señor Mijaeli, cuyo rostro tenía un aire retraído, como intimidado, se sentaba, se quitaba el sombrero y lo dejaba delante de él sobre la cátedra, se colocaba la pequeña kipá y, en lugar de enseñarnos la Torá, se pasaba horas contándonos cuentos y leyendas: pasaba de nuestros rabinos a las leyendas populares ucranianas, y desde allí, de

repente, se zambullía en los relatos de la mitología griega, los cuentos beduinos y las divertidas historias hiperbólicas en yiddish, y se iba ramificando hasta llegar a los cuentos de los hermanos Grimm y de Andersen y a los suyos, que iba componiendo, exactamente igual que yo, mientras los iba contando.

La mayoría de los chicos de la clase aprovechaban la bondad y el despiste del sensible señor Mijaeli para dormirse tranquilamente desde el principio hasta el final de la clase, apoyando la cabeza en el brazo extendido sobre la mesa. Algunos se pasaban notas y jugaban a tirarse pelotas de papel de mesa en mesa: el señor Mijaeli no se percataba, o se percataba y no le importaba.

Y a mí tampoco me importaba: él clavaba en mí sus cansados y bondadosos ojos y me contaba sólo a mí sus cuentos. O sólo a los tres o cuatro que no apartaban los ojos de sus labios: como si ante nuestros ojos esos labios fuesen creando mundos repletos de cosas y nosotros estuviésemos invitados a participar en ellos.

Vécinos y amigos venían de nuevo las tardes de verano a nuestro pequeño patio, tomaban té con bizcochos y conversaban sobre política y sobre cuestiones intelectuales. Mala y Stashek Rodnitzky, Hayyim y Hana Toren, el matrimonio Krohmal, que volvió a abrir su diminuta tienda en la calle Gueulá, a pegar muñecas rotas y a devolverle el pelo a los osos despeluzados. Casi siempre se unían también Tzarta y Yacob David Abramsky (los dos habían envejecido mucho durante los meses que habían pasado desde que mataron a su hijo Yoni. El señor Abramsky se volvió aún más hablador de lo que era, mientras que Tzarta se volvió muy callada). A veces aparecían también el abuelo Alexander y la abuela Shlomit, los padres de mi padre, tan elegantes como siempre, con la categoría propia de Odesa. El enérgico abuelo interrumpía en ocasiones las palabras de su hijo con un «qué pasa» y con un gesto de desprecio, pero nunca tenía el valor de discrepar con la abuela en nada. La abuela, por su parte, me daba dos besos húmedos en la cara y de inmediato se limpiaba los labios con una servilleta de papel y con otra servilleta, mis mejillas, torcía la nariz ante lo que servía mi madre, o ante las servilletas, que debían estar dobladas así y no asá, y también ante la chaqueta de su hijo, que le parecía demasiado extravagante y acorde con la falta de gusto oriental:

–De verdad, Lonia, ¡es tan barata! ¿De dónde has sacado ese trapo? ¿De Yafo? ¿De los árabes? –y sin dirigirle a mi madre ni una mirada, la abuela añadía con tristeza–: ¡Sólo en los *shtetls* más pequeños, donde la cultura no llegaba a ser más que un rumor, tal vez la gente vestía así!

Se sentaban en círculo alrededor del carrito negro del té, que se llevaba al patio para que sirviese de mesa de jardín, alababan unánimemente la fresca brisa de la tarde, analizaban tomando té y bizcochos la perversa conducta de Stalin y la firmeza del presidente Truman, intercambiaban opiniones sobre la decadencia del imperio británico y la división de la India, y de ahí la conversación derivaba hacia la política del joven Estado y los ánimos se exaltaban un poco: Stashek Rodnitzky alzaba la voz mientras el señor Abramsky se burlaba de él gesticulando mucho y utilizando un hebreo culto e impecable. Stashek tenía una fe ciega en los kibbutzim y en los asentamientos obreros, y opinaba que el gobierno debía enviar allí a toda la masa de emigrantes, directamente desde los barcos, quisieran o no, para que allí se les extirparan de una vez por todas las enfermedades de la diáspora y los complejos de persecución, y allí, con el trabajo del campo y la tierra virgen, se formase el nuevo hombre hebreo.

Mi padre mostraba su disgusto respecto a la tiranía bolchevique de los dirigentes de la Histadrut, quienes negaban el trabajo a quienes no estuviesen en posesión de la cartilla roja. El

señor Gustav Krohmal opinaba con precaución que Ben Gurión, a pesar de todas sus carencias, era el héroe de nuestra generación: la propia historia nos había dado a Ben Gurión en una época en que los pequeños dirigentes tal vez se habrían asustado del riesgo y habrían desaprovechado la ocasión de fundar un estado. «¡Nuestra juventud!», gritó el abuelo Alexander con potente voz, «¡nuestra espléndida juventud es quien nos ha dado la victoria y ha hecho posible el milagro! ¡No ningún Ben Gurión! ¡La juventud!», y al decir eso, el abuelo se inclinó hacia mí y me hizo dos o tres caricias distraídas, como recompensando así a la juventud que había vencido en la guerra.

Las mujeres apenas participaban en la conversación. En aquella época se solía alabar a las mujeres por «su maravillosa capacidad para escuchar», así como por su hospitalidad y la agradable atmósfera, pero no por su contribución a la conversación. Mala Rodnitzky, por ejemplo, asentía amablemente cuando hablaba Stashek y negaba con la cabeza cuando alguien le interrumpía. Tzarta Abramsky se abrazaba los hombros con las manos como si tuviese un poco de frío. Desde la muerte de Yoni, incluso en las tardes cálidas, Tzarta se sentaba con la cabeza ligeramente inclinada, como mirando las copas de los cipreses del patio vecino, cogiéndose los hombros con las dos manos. La abuela Shlomit, una mujer enérgica e inteligente, concluía a veces con su voz cansada y grave: «¡Es muy cierto!», o: «¡Es mucho peor aún de lo que dices, Stashek, es mucho peor aún!», y en ocasiones decía: «¡Noooo! ¡Qué está diciendo, señor Abramsky! ¡Eso es sencillamente imposible!».

Sólo mi madre rompía a veces ese orden. Cuando había algún silencio momentáneo, expresaba una idea o una observación, una especie de interpelación que en principio parecía no tener relación con el tema e incluso podía interpretarse como una embarazosa salida de tono, pero al cabo de un rato se ponía de manifiesto que el centro de la conversación había tomado otro rumbo con suavidad: sin cambiar de tema y sin rebatir las palabras anteriores, sino más bien como abriendo una puerta en una pared trasera de la conversación, una pared que hasta ese momento parecía no tener salida.

Cuando terminaba su observación y se callaba, sonreía con dulzura y miraba con aire triunfante, no a los invitados ni a mi padre, sino a mí. Tras las palabras de mi madre a veces parecía que la conversación hubiese cambiado el peso de una pierna a otra. Al cabo de un rato, con su delicada sonrisa algo dubitativa e indagadora aún en los labios, mi madre se levantaba y le ofrecía a cada invitado otro vaso de té. ¿Muy dulce o poco dulce? ¿Y otro pedazo de bizcocho?

A los ojos del niño que era yo, esa breve intromisión de mi madre en la conversación de los hombres resultaba algo incómoda, tal vez porque captaba entre los interlocutores cierto aire embarazoso, cierto deseo casi imperceptible de retirada, como si por un instante prendiese en ellos un vago temor de haber dicho o hecho inconscientemente algo que pudiese provocar en mi madre una ligera sonrisa burlona, pero ninguno de ellos supiese lo que era. Tal vez era la irradiación de su belleza introvertida lo que desconcertaba siempre a esos hombres y les hacía temer no gustarla, resultarle algo repulsivos.

A las mujeres, por su parte, la intervención de mi madre en la conversación les provocaba una extraña mezcla de preocupación y de esperanza de verla tropezar en algún momento, y quizás también una vaga alegría por el desconcierto de los hombres.

El señor Toren, el escritor y funcionario Hayyim Toren, solía decir, por ejemplo:

–Ciertamente todo el mundo sabe que de ningún modo se puede dirigir un estado como si fuese una tienda de ultramarinos. O como la junta municipal de un *shtetl* perdido.

Mi padre decía:

–Tal vez aún sea pronto para decir nada, querido Hayyim, pero todo aquel que tenga ojos en la cara podrá ver que en nuestro joven Estado hay razones para una evidente desilusión.

El señor Krohmal, el médico de muñecas, añadía en tono abatido:

–Y además no arreglan las aceras. Ya hemos escrito dos cartas al alcalde y no hemos obtenido ninguna respuesta. Esto no lo digo para contradecir al señor Klausner, de ninguna manera, sino precisamente en la misma línea y con la misma intención.

Mi padre se burlaba, en un hebreo que ya entonces sonaba algo anticuado:

–En nuestro país todo está alquitranado, excepto las carreteras.

El señor Abramsky, por su parte, citaba:

–La sangre se añade a la sangre, dijo el profeta Oseas, por eso la tierra estará de duelo. Un resto del pueblo de Israel ha venido a fundar aquí el reino de David y Salomón, a poner los cimientos del Tercer Templo, y todos hemos caído en las sudadas manos de todo tipo de tesoreros de kibbutz satisfechos y de poca fe, y del resto de funcionarios de cara roja y corazones incircuncisos cuyo mundo es tan pequeño como el de una hormiga. Ministros indomables, una banda de ladrones, que se reparten trozo a trozo este miserable pedazo de patria que las naciones nos han cedido. A ellos, a ellos hablaba el profeta Ezequiel al decir: Al oír los gritos de tus timoneles, se estremecerán las costas.

Y mi madre, con esa sonrisa que flotaba alrededor de sus labios pero apenas los tocaba:

–A lo mejor, cuando terminen de repartirse los terrenos, empiezan a arreglar las aceras. Y entonces arreglarán también la acera de delante de la tienda del señor Krohmal.

Ahora, cincuenta años después de su muerte, me parece oír su voz diciendo esas palabras, o algunas parecidas, qué tensa mezcla de lucidez, escepticismo, sarcasmo agudo y sutil y eterna tristeza.

Por aquellos años ya la corroía algo. Una cierta lentitud comenzó a notarse en sus movimientos, o más que lentitud, algo parecido a una ligera dispersión. Dejó de dar clases particulares de literatura e historia. A veces, por una cantidad miserable, se comprometía a corregir el lenguaje y el estilo y a preparar para la imprenta un artículo científico que algún profesor del barrio de Rehavia había escrito en un hebreo salpicado de alemán. Seguía haciendo sola cada día, con eficacia y habilidad, todas las tareas domésticas: hasta el mediodía cocinaba, freía y horneaba, compraba, cortaba, mezclaba, secaba, limpiaba, frotaba, hacía la colada, tendía, planchaba y doblaba hasta que toda la casa resplandecía, y por la tarde se sentaba en su silla y leía.

Era extraña su postura cuando leía: siempre se ponía el libro sobre las rodillas, la espalda y la nuca se arqueaban y se inclinaban hacia él. Como una niña tímida que esconde la mirada entre las piernas me parecía mi madre cuando se ponía a leer así. Muchas veces se asomaba a la ventana y miraba durante mucho tiempo nuestra tranquila calle. O se quitaba los zapatos y se tumbaba encima de la cama, vestida, con los ojos abiertos y fijos en un punto del techo. A veces se levantaba de repente y, con movimientos febriles, se quitaba la ropa de estar por casa y se ponía

ropa de calle, me prometía que volvería aproximadamente en un cuarto de hora, se colocaba la falda, se arreglaba un poco el cabello sin mirarse al espejo, se colgaba del hombro su sencillo bolso de paja y salía a la calle muy deprisa, como si temiera perderse algo. Si le pedía ir con ella, si le preguntaba adónde iba, mi madre me contestaba:

–Necesito estar un rato conmigo misma. Quédate también tú contigo mismo –y volvía a decir–: Volveré dentro de un cuarto de hora.

Siempre mantenía su palabra: volvía poco después con los ojos brillantes y las mejillas frías, como si hubiese estado a la intemperie y el aire fuera muy frío. Como si hubiera hecho todo el camino corriendo. O como si le hubiese ocurrido algo fascinante por el camino. Cuando volvía de la calle estaba aún más guapa que cuando se había ido.

Una vez salí detrás de ella sin que se diera cuenta. La seguí de lejos, pegado a las tapias y a los arbustos, como había aprendido de Sherlock Holmes y de las películas. El aire no era muy frío y mi madre no corría, pero caminaba deprisa, como si temiera retrasarse. Al final de la calle Sofonías torció a la derecha y bajó, sus zapatos blancos taconeaban rítmicamente sobre el asfalto, hasta que llegó a la esquina de la calle Malaquías. Allí se detuvo junto al buzón de correos y dudó un instante. El pequeño detective que la seguía llegó, por tanto, a la conclusión de que salía para enviar cartas en secreto, y entonces me embargó la curiosidad y me recorrió un ligero escalofrío de miedo. Pero mi madre no mandó ninguna carta. Permaneció un rato junto al buzón, inmersa en sus pensamientos, y al cabo de un tiempo se llevó de pronto la mano a la frente y se dio la vuelta. (Muchos años después aún seguía allí, metido en una tapia de cemento, el buzón rojo con las letras impresas GR, en honor a George V, rey de Inglaterra). Entonces salté a un patio desde donde tenía un atajo hasta otro patio y llegué a casa un minuto o dos antes que ella, que jadeaba un poco, mientras el tono de sus mejillas lucía como si volviera de la nieve y sus ojos marrones y penetrantes echaban chispas de amable picardía y de afecto. En ese momento mi madre se parecía mucho a su padre, al abuelo Papá. Apretó ligeramente mi cabeza contra su vientre y, más o menos, me dijo:

–De todos mis hijos, a ti es a quien más quiero. ¿Podrías decirme de una vez qué tienes para que te quiera tanto?

Y también:

–Sobre todo tu ingenuidad. Nunca en mi vida he conocido una ingenuidad como la tuya. Vivirás muchos años y tendrás experiencias de todo tipo, pero esta ingenuidad no te abandonará. Nunca. Siempre seguirás siendo un ingenuo.

Y también:

–En el mundo hay mujeres que despedazan a los ingenuos y hay otras, entre las que me encuentro yo, que los aman y sienten un impulso interior de tender sobre ellos un ala protectora.

Y también:

–Creo que crecerás y serás un cachorro apasionado, escandaloso y charlatán como tu padre, y también serás un hombre taciturno, pleno y cerrado como un pozo en un pueblo deshabitado. Como yo. Se puede ser una cosa y la otra al mismo tiempo. Sí, creo que es posible. ¿Quieres que juguemos a inventar juntos un cuento? ¿Tú un capítulo y yo otro? ¿Quieres que empiece yo? Había una vez un pueblo completamente deshabitado. No quedaban ni perros ni gatos. Hasta los pájaros se habían ido. Así permaneció el pueblo inerte y abandonado durante muchos años. La lluvia y el viento azotaban los tejados de paja, el granizo y la nieve agrietaban las paredes de las cabañas,

los huertos estaban devastados y sólo los árboles y los arbustos seguían creciendo allí, y al no haber nadie que los podase se fueron haciendo cada vez más frondosos. Una tarde, en otoño, llegó al pueblo abandonado un viajero que se había equivocado de camino. Llamó dubitativamente a la puerta de la primera cabaña y entonces... ¿quieres seguir desde aquí?

Por aquella época, en el invierno entre el año 49 y el 50, dos años antes de su muerte, empezó a tener continuos dolores de cabeza. A menudo tenía gripe o anginas, pero ni siquiera cuando se curaba le desaparecían las migrañas. Llevó su silla junto a la ventana y se sentaba allí durante horas con una bata azul de franela mirando la lluvia, tenía su libro sobre las rodillas, abierto boca abajo, pero en vez de leerlo tamborileaba con los dedos sobre las tapas: una hora, dos horas se pasaba sentada erguida en su silla, mirando la lluvia o quizás algún pájaro mojado, sin dejar ni un instante de golpear con los diez dedos las tapas del libro. Como si estuviera tocando el piano y repitiera continuamente el mismo ejercicio.

Poco a poco se vio obligada a reducir las tareas domésticas: aún tenía fuerzas para colocar los cacharros, recoger, ordenar y quitar cada pedazo de papel y cada migaja de pan. Aún barría cada mañana el suelo del pequeño piso y lo fregaba con un cubo y una bayeta cada dos o tres días. Pero ya no hacía platos elaborados, se tenía que conformar con recetas sencillas: patatas guisadas, tortilla, hortalizas. Y a veces pedazos de pollo flotando en el caldo. O arroz blanco y atún de lata. Casi nunca se quejaba de los terribles dolores de cabeza que padecía durante días sin tregua alguna. Mi padre fue quien me habló de las migrañas de mi madre. Me lo contó en voz baja, no en su presencia, como una conversación íntima entre hombres preocupados. Me rodeó los hombros con su brazo y me pidió que le prometiera que desde ese momento bajaría la voz cuando mi madre estuviese en casa. Nada de gritos y bullicio. Y sobre todo debía prometer que bajo ningún concepto cerraría de golpe puertas, ventanas o persianas. Que tendría muchísimo cuidado de no tirar al suelo objetos metálicos ni tapas de cacerolas. Y también que no aplaudiría en casa.

Se lo prometí y lo cumplí. Él me llamaba hijo sensato y una vez o dos incluso me llamó muchacho.

Mi madre me sonreía con afecto, pero era una sonrisa sin sonrisa. Unas diminutas arrugas se añadieron durante aquel invierno a las comisuras de sus ojos.

Venían menos invitados a casa. Liliénka, Lilia Kalish, es decir la maestra Lea Bar Samka, autora de dos útiles libros sobre psicología infantil, venía a menudo, se sentaba frente a mi madre y las dos conversaban en ruso o en polaco. Me parecía que hablaban de su ciudad, de Rovno, y de las compañeras y profesores a quienes los alemanes asesinaron a tiros en el bosque de Sosenky. Pues de vez en cuando salía en la conversación el nombre de Isacar Reis, el carismático director del que todas las chicas del instituto Tarbut estaban enamoradas, y nombres de otros profesores, Buslik, Berkoski, Fanka Seidman, y también nombres de calles y jardines de su infancia.

La abuela Shlomit venía a veces, revisaba el congelador y la despensa de la cocina, gesticulaba y conspiraba un rato con mi padre al final del pasillo, junto a la puerta del cuarto de baño donde estaba también el retrete. Después la abuela echaba un vistazo a la habitación donde descansaba mi madre y le preguntaba con voz melosa:

—¿Necesitas algo, querida?

—No, gracias.

–Entonces, ¿por qué no te echas?

–Así estoy bien. Gracias.

–¿No hace frío aquí? ¿Te enciendo la estufa?

–No, gracias. No tengo frío. Gracias.

–¿Y el médico? ¿Cuándo ha venido?

–No hace falta que venga el médico.

–¿De verdad? Bueno, ¿y cómo sabes que no hace falta?

Mi padre, acobardado, le decía a su madre algo en ruso y enseguida se disculpaba ante las dos. La abuela le reprendía:

–Lonia, silencio. No te entrometas. Ahora estoy hablando con ella, no contigo. Perdona que te lo diga, pero vaya ejemplo le das así al niño.

El niño se apresuraba a alejarse de allí, aunque en una ocasión consiguió oír cómo la abuela le susurraba a mi padre mientras la acompañaba a la puerta:

–Sí. Una comediante. Como si estuviese con el mes. Y tú deja ya de discutir conmigo. Como si sólo para ella fuese duro. Como si excepto para ella todo fuese de color de rosa. Y tú, ábrele un poco la ventana. Uno se puede ahogar ahí dentro.

A pesar de todo llamamos al médico. Y al cabo de un tiempo le volvimos a llamar. Enviaron a mi madre a hacerse una analítica completa en el ambulatorio y luego fue hospitalizada durante dos o tres días en el hospital Hadassah, en la plaza Dovidka. Analizaron y no encontraron nada. Unas dos semanas después de volver, pálida y con los hombros caídos, del hospital, llamamos al médico nuevamente. En una ocasión fue llamado a medianoche y yo me desperté al oír su voz, una voz fuerte y tosca como cola de carpintero, mientras bromeaba con mi padre en el pasillo. En la cabecera del sofá que se abría por las noches y se convertía en una estrecha cama de matrimonio, en la estrecha cabecera de mi madre había todo tipo de frascos y cajas de vitaminas y de pastillas Flegin, así como una pastilla que se llamaba APC y otras medicinas dentro de botellas. Mi madre se negaba a acostarse. Se pasaba horas sentada en su silla frente a la ventana y a veces parecía que estaba de muy buen humor: durante ese invierno hablaba a mi padre con un calor y una ternura especiales, como si él fuera el enfermo, como si él se estremeciese cada vez que se alzaba la voz. Se fue acostumbrando a hablarle como a un niño, con dulzura, con diminutivos, quizás hasta alterando un poco el final de las palabras, como se habla a un recién nacido. Y sin embargo, por aquellos días me hablaba a mí como se habla a un confidente:

–Por favor, no te enfades conmigo, Amós –me decía, y sus ojos me llegaban al alma–, no te enfades conmigo, lo estoy pasando bastante mal, ¿te das cuenta de lo que me estoy esforzando para que todo vaya bien?

Me levantaba pronto y barría la casa en su lugar antes de ir al colegio. Dos veces a la semana pasaba una bayeta mojada con agua de jabón por el suelo y luego una bayeta seca. Aprendí a hacerme ensalada, a cortar rebanadas de pan y a prepararme una tortilla cada noche, porque mi madre solía sufrir ligeras náuseas por las tardes.

Mientras tanto mi padre, a quien una inquietante alegría le salía a borbotones precisamente por aquellos días sin razón aparente, se esforzaba por disimular su nuevo estado. Hablaba todo el rato consigo mismo, se reía de pronto sin motivo, y una vez, sin que se diera cuenta, le vi saltando y

brincando en el patio como si le hubiese picado algún bicho. Con frecuencia salía por las tardes y volvía cuando yo ya estaba dormido. Necesitaba salir, decía, porque en mi habitación se apagaban las luces a las nueve y en la de ellos mi madre no soportaba la luz eléctrica. Ella se pasaba toda la tarde, cada tarde, sentada sola a oscuras en su silla frente a la ventana. Él intentaba sentarse con ella, a su lado, en total silencio, como participando de su sufrimiento, pero su espíritu alegre e impaciente no le permitía estar sin moverse más de tres o cuatro minutos.

50

Al principio mi padre se retiró a la cocina: por las tardes intentaba leer allí o poner sus libros y sus pequeñas fichas sobre el hule de la tambaleante mesa y trabajar un poco. Pero la cocina era estrecha y baja y le agobiaba como una celda. Él era una persona sociable, amante de las discusiones y las bromas, amante de la luz, y si se le obligaba a quedarse solo una tarde tras otra en la desoladora cocina, sin juegos de palabras y sin controversias históricas o políticas, sus ojos se velaban como si fuera un niño ofendido.

Mi madre se reía de pronto y le decía:

–Vete. Vete a jugar un rato a la calle.

Y añadía:

–Sólo ten mucho cuidado. Hay gente de todo tipo. No todas son tan buenas y tan honestas como tú.

–*Shtu ti panimaish!* –decía mi padre enfadado–, *ti ni normalia? Videsh maltzik!*

Mi madre decía:

–Perdona.

Siempre le pedía permiso a mi madre antes de irse. Siempre se iba cuando había terminado de hacer todas las cosas de la casa, ordenar la compra, fregar los cacharros, tender la colada en la cuerda o recoger la colada de la cuerda. Sólo entonces sacaba brillo dos veces a los zapatos, se duchaba, se rociaba la cara con un poco de la nueva loción de afeitado que se había comprado, se ponía una camisa limpia, se probaba con atención una bonita corbata y, con la chaqueta aún en la mano, se inclinaba hacia mi madre y le preguntaba:

–¿De verdad no te molesta que vaya un rato con los amigos? ¿A charlar un poco sobre la situación? ¿O a hablar sobre asuntos de trabajo? Dime la verdad.

Mi madre no se oponía nunca. Sólo se negaba en rotundo a escuchar cuando él se empeñaba en decirle adónde iba exactamente esa tarde.

–Cuando vuelvas, Arie, intenta entrar sin hacer ruido.

–Entraré sin hacer ruido.

–Adiós. Vete ya.

–¿De verdad no te importa que me vaya? No volveré tarde.

–De verdad que no me importa. Y vuelve cuando quieras.

–¿Necesitas algo más?

–Gracias. No necesito nada. Amós me cuidará.

–No volveré tarde.

Y tras otro breve instante de dubitativo silencio:

–¿Entonces? ¿Está bien? ¿Me voy? Adiós. Que pases una buena noche. ¿Intentarás dormir en la cama y no en la silla?

–Lo intentaré.

–Entonces, buenas noches. Adiós. Cuando vuelva, no muy tarde, te prometo entrar sin hacer ningún ruido.

–Vete ya.

Se ponía la chaqueta, se colocaba la corbata y se iba canturreando al pasar por el patio ante mi ventana, con una voz cálida pero con unos gorgoritos que ponían la carne de gallina: «El camino me parece tan lejano/ el sendero es tortuoso y escurridizo/ yo avanzo pero tú estás lejos/ más cercana está de mí la luna...», o: «¿Qué dicen tus ojos, tus ojos, tus ojos, sin decir nada, nada?».

Las migrañas la llevaron al insomnio. El médico le recetó somníferos y tranquilizantes, pero no sirvieron de nada. Tenía miedo de la cama y se pasaba las noches en su silla, tapada con una manta, con un cojín debajo de la cabeza y otro cubriéndole la cara, es posible que intentara dormirse así. Cualquier susurro la atemorizaba: el maullido de los gatos en celo, los disparos lejanos procedentes de Sheij Jarrah o de Isawiyah, el lamento del almuédano al amanecer desde lo alto de una de las mezquitas de la Jerusalén árabe, al otro lado de la frontera. Si mi padre apagaba todas las luces, a mi madre le daba miedo la oscuridad. Si dejaba una luz en el pasillo, la luz le acrecentaba las migrañas. Al parecer él volvía a casa un poco antes de medianoche, animado pero avergonzado, y la encontraba despierta en su silla, mirando con los ojos secos hacia la ventana oscura. Le ofrecía una taza de té o un vaso de leche caliente, le rogaba que intentase pese a todo echarse en la cama y dormir, le proponía cederle la cama y dormir en la silla, en su lugar, tal vez así le resultaría más fácil conciliar el sueño. Se sentía tan culpable que hasta se arrodillaba y le ponía unos calcetines de lana, porque temía que tuviera frío en los pies.

Al volver a medianoche seguro que se lavaba bien con jabón, canturreaba alegremente, haciendo gorgoritos y sin ninguna inhibición, la canción «Tengo un jardín/ y tengo un pozo», se detenía a la mitad y se callaba de repente, avergonzado, se cubría de un silencio ignominioso, se ponía su pijama de rayas y volvía a ofrecerle a mi madre acobardado una taza de té o un vaso de leche caliente o un zumo, y quizás volvía a persuadirla de que se echara en la cama a su lado o sin él. Y le rogaba que alejara de ella sus malos pensamientos y pensara en cosas agradables. Mientras se tapaba y se acurrucaba en la manta, sugería mil cosas agradables en las que pensar, y así se dormía él como un niño con tantos pensamientos agradables. Pero supongo que se despertaba dos o tres veces cada noche por culpa de los remordimientos, comprobaba el estado de la enferma en la silla frente a la ventana, le daba una pastilla y un vaso de agua, le colocaba la manta y se volvía a dormir.

A finales del invierno dejó casi de comer. Mojaba a veces una tostada en un vaso de té y decía que le bastaba con eso. Tenía náuseas y había perdido el apetito. Tú no te preocupes, Arie, casi no me muevo, si comiera me pondría tan gorda como mi madre. No te preocupes.

A mí me decía mi padre con tristeza:

–Mamá está enferma y los médicos no saben lo que tiene. Me hubiera gustado llamar a otros médicos, pero ella se ha negado en rotundo.

Y en una ocasión me dijo:

–Tú madre se está castigando a sí misma sólo para castigarme a mí.

El abuelo Alexander dijo:

–Qué pasa. Estado de ánimo. Melancolía. Capricho. Es síntoma de que el corazón aún es joven.

La tía Lilienka me dijo:

–Por supuesto que tampoco es fácil para ti. Eres un niño sensato y sensible, mamá me dice que eres un rayo de luz en su vida. Y es cierto que eres un rayo de luz. No como el egoísmo infantil de quien en una situación así se permite ir a coger flores sin darse cuenta de que eso es añadir dolor al dolor. No importa. Ahora estaba hablando conmigo misma y no contigo. Tú eres un niño un poco solitario, y ahora tal vez seas más solitario que de costumbre, por tanto, cuando tengas ganas de hablar conmigo de corazón, no lo dudes. Por favor, recuerda que Lilia no sólo es amiga de tu madre sino, si tú me lo permites, también una buena amiga tuya. Una amiga que no te mira como los adultos miran a los niños, sino como un alma gemela.

Puede que entendiésemos que con las palabras «ir a coger flores» la tía Lilia se estaba refiriendo a que mi padre salía a veces por las tardes a visitar a sus amigos, pero no entendí qué flores había, según ella, en el pequeño piso de los Rodnitzky, con su pájaro desplumado, el pájaro-piña, y esa manada de animales de rafia tras los cristales del aparador. O en casa de los Abramsky, que vivían pobremente en un piso humilde y descuidado que desde la muerte de su hijo habían dejado casi por completo de limpiar y ordenar. O tal vez adiviné que en las flores de las que hablaba la tía Lilia había algo inadmisibles y por eso no estaba dispuesto a comprenderlo ni estaba dispuesto a relacionarlo con sacarle brillo dos veces a los zapatos y con la nueva loción de afeitarse.

La memoria me confunde. Ahora recuerdo algo que olvidé por completo nada más ocurrir. Algo que volví a recordar cuando tenía unos dieciséis años y que después volví a olvidar. Y esta mañana he vuelto a recordar no el hecho en sí, sino el recuerdo anterior, que también ocurrió hace más de cuarenta años: como si una vieja luna se reflejara en el cristal de una ventana y desde allí su reflejo fuese arrojado al agua de un lago, y de esas aguas la memoria sacara no el reflejo, que ya no existe, sino sólo sus blancos huesos.

Así es: ahora, aquí, en Arad, un día de otoño a las seis y media de la mañana, veo de pronto con absoluta nitidez a mi amigo Lulik y a mí, un mediodía nublado del invierno del 50 o del 51, por la calle Yafo, junto a Kikar Zion; Lulik me da un ligero puñetazo en las costillas y murmura: Mira bien, ¿por casualidad no es tu padre el que está sentado ahí? Vámonos de aquí antes de que se dé cuenta de que nos hemos saltado la clase de Avishar. Y en efecto huimos de allí, pero durante mi huida vi a través de los cristales a mi padre sentado allí, en el café Zikel, en una mesa junto a la ventana: se ríe, su mano se lleva a los labios la mano enjovada de una joven que está de espaldas a la ventana, y huí de allí, y huí también de Lulik, y hasta hoy no he dejado del todo de huir.

El abuelo Alexander siempre besaba a todas las mujeres en la mano, mi padre sólo a veces. Y además sólo le había cogido la mano y se había inclinado para ver el reloj de la joven y

compararlo con el suyo, él siempre hacía eso, a casi todo el mundo le hacía eso, los relojes eran su pasatiempo. Y además era la única vez que había faltado a una clase, nunca había faltado a ninguna clase, lo habíamos hecho para ir a ver el tanque egipcio quemado que habían puesto en el Migrash Harusim y nunca más faltaría a una clase. Jamás.

Le odié. Durante unos dos días. Por vergüenza. Y al cabo de dos días empecé a odiar a mi madre, con sus migrañas, sus comedias y esa huelga declarada contra nosotros en la silla frente a la ventana, sólo ella era culpable de haberle empujado a buscar signos de vida. Después me odié a mí mismo por haber dejado que Lulik, como el lobo y el gato de *Pinocho*, me convenciera de no ir a la clase del señor Avishar: ¿por qué no tengo un poco de carácter? ¿Por qué cualquiera puede influirme tan fácilmente? Y una semana más tarde ya lo había olvidado todo, por completo, no volví a acordarme de lo que vi a través del cristal de la ventana del café Zikel hasta una horrible noche en el kibbutz Hulda, cuando tenía unos dieciséis años. Olvidé el café Zikel como olvidé por completo, para siempre, como si no hubiera pasado, la mañana en que volví pronto del colegio y encontré a mi madre inmóvil con su bata de franela, no en la silla frente a la ventana, sino sentada en el patio, en la hamaca, a los pies del granado deshojado; estaba tranquila y en sus labios se dibujaba algo parecido a una sonrisa pero que no era una sonrisa, el libro estaba, como de costumbre, abierto y boca abajo sobre sus rodillas y una lluvia torrencial caía sin parar sobre ella, puede que durante una o dos horas no hubiese dejado de caer sobre ella esa lluvia fría, pues cuando la levanté y la arrastré hasta casa estaba empapada y congelada como un pájaro mojado que ya no volvería a volar nunca más. Llevé a mi madre al cuarto de baño y le di ropa seca del armario, la regañé como un adulto y le impartí órdenes desde detrás de la puerta, ella no me contestó pero me obedeció e hizo todo cuanto le dije, aunque sin dejar esa sonrisa que en absoluto era una sonrisa. A mi padre no le conté nada, pues los ojos de mi madre me pidieron que guardase el secreto. Sólo a la tía Lilia le dije más o menos esto:

–Pero estás completamente equivocada, tía Lilia. Nunca seré escritor o poeta, y tampoco investigador, de ninguna manera, porque no tengo sentimientos. Los sentimientos me repugnan. Seré agricultor. Viviré en un kibbutz. O tal vez algún día sea envenenador de perros. Con una jeringa llena de arsénico.

En primavera se encontraba mejor. La mañana del 15 del mes de shevat, el día en que Hayyim Weizmann, presidente del gobierno provisional, abrió en Jerusalén la reunión de la asamblea constituyente, que se convirtió en el primer parlamento, mi madre se puso su vestido azul y nos propuso a mi padre y a mí que la acompañásemos a dar un pequeño paseo por el monte de Tel Arza. Erguida y bella me pareció con ese vestido y, cuando por fin salimos de nuestro sótano atestado de libros a la luz del sol primaveral, en sus pupilas volvieron a brillar cálidos destellos de afecto. Mi padre la cogió del brazo y yo corría delante de ellos como un perrillo, a propósito, porque quería que pudiesen hablar entre ellos o simplemente por lo contento que estaba.

Mi madre preparó para el camino bocadillos de queso con tomate y de huevo duro con pimiento y anchoa, y mi padre llevó un termo lleno de zumo de naranja templado que había exprimido con sus propias manos. Cuando llegamos al monte extendimos una lona impermeable, nos echamos encima y respiramos el aroma de los pinos empapados de lluvia invernal. Entre los

árboles nos observaban colinas pedregosas con una gruesa capa verde. Al otro lado de la frontera se veían las casas del pueblo árabe de Shuafat y a lo lejos, en la línea del horizonte, se elevaba, alta y esbelta, la mezquita de Nebi Samuel. La afinidad entre la palabra *jurshah*, monte, y la palabra *jeresh*, sordo, y *jarishi*, silencioso, y entre éstas y *jarish*, aradura, y *jaroshet*, fabricación, llevó a mi padre a hablarnos un rato de la magia de la lengua. Mi madre estaba de buen humor y por tanto le ofreció *jishur*, llovizna, *jashrat avim*, aguacero, *rajash*, susurro, *shajar*, alba, *shajor*, negro, todas ellas palabras formadas con las mismas consonantes que *joresh*, bosque.

Después mi madre nos empezó a hablar de un vecino ucraniano, un joven diligente y guapo que sabía adivinar en qué alba exactamente se vería el primer brote en los campos de centeno, y en qué alba despuntarían de la tierra las primeras remolachas. Todas las chicas no judías estaban locas por ese joven, Stefan, Stefasha lo llamaban, o Stiofa, pero él se enamoró apasionadamente de una de las profesoras judías del instituto Tarbut y una vez incluso intentó ahogarse por amor en los remolinos del río, sin embargo, como era un fantástico nadador, no lo consiguió, en vez de eso fue arrastrado hasta una de las haciendas de la ribera del río, y allí fue seducido por la dueña de la hacienda, quien al cabo de unos meses le compró una taberna, y es posible que todavía siga allí, aunque estará más feo y embrutecido de tanto beber y tanto fornicar.

En esa ocasión a mi padre se le olvidó hacerla callar cuando utilizó la palabra «fornicar», y tampoco la reprendió: *videsh maltzik!* Apoyó la cabeza en la pierna de mi madre, se echó sobre la lona y mordisqueó distraídamente una brizna de hierba. Yo hice lo mismo que él: me tumbé sobre la lona, apoyé la cabeza en la otra pierna de mi madre, mordisqueé una hierba y me llené los pulmones del aire cálido y embriagador, saturado de fragancias frescas y zumbidos de insectos ebrios de primavera, un aire placentero lavado por las lluvias y purificado por los vientos del invierno. Qué hermoso sería detener aquí el tiempo y detener también estas líneas unos dos años antes de su muerte, en esa imagen de nosotros tres el 15 de shevat en el monte de Tel Arza: mi madre con su vestido azul, un pañuelo de seda rojo atado con gracia al cuello, sentada, erguida y bella, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, la cabeza de mi padre sobre una de sus piernas y la mía sobre la otra, y acariciando con su mano fría nuestro rostro y nuestro cabello. Y una bandada de pájaros cantando encima de nosotros sin parar en las copas de los pinos mojados.

Se encontraba mucho mejor en primavera. Ya no se pasaba días y noches enteros sentada en su silla frente a la ventana, no se sobresaltaba con la luz eléctrica ni temblaba ante el menor ruido. Ya no abandonaba las tareas domésticas ni las horas de lectura tan queridas para ella. Las migrañas tendieron a remitir. Casi recuperó el apetito. Y volvieron a bastarle cinco minutos delante del espejo, un suave pintalabios, un toque de polvos y sombra, un cepillo y otros dos minutos para elegir la ropa delante del armario para mostrarse ante nuestros ojos misteriosa, bella y radiante. Volvieron a venir a casa los invitados habituales en los debates, el matrimonio Bar Yitzhar (Itzelvitz) y el matrimonio Abramsky, fanáticos revisionistas que odiaban de todo corazón el gobierno del Mapai, y también Hanah y Hayyim Toren, los Rodnitzky, Toshia y Gustav Krohmal, que habían venido de Dantzig y habían abierto la «clínica de muñecas» en la calle Gueulá. A veces los hombres le lanzaban a mi madre una mirada rápida, tímida, y enseguida bajaban la vista.

Y volvimos a ir todos los viernes por la noche a encender velas y a comer pescado relleno o cuellos de pollo rellenos y cosidos con hilo para celebrar la cena de Shabbat en la mesa redonda

de la abuela Shlomit y el abuelo Alexander. El sábado por la mañana a veces íbamos a visitar a los Rodnitzky y, después de comer, casi todos los sábados atravesábamos en peregrinación todo Jerusalén, de norte a sur, hasta la casa del tío Yosef en el barrio de Talpiot.

Una vez, en la cena, mi madre nos habló de pronto de una lámpara para leer, una lámpara de pie que estaba junto al sillón de su habitación alquilada en Praga, en la época en que aún era estudiante de historia y filosofía. Al día siguiente, al volver del trabajo, mi padre se entretuvo en dos tiendas de muebles de la calle King George y de la calle Yafo, y también en una tienda de electrodomésticos de Ben Yehuda: comparó, volvió a la primera tienda y regresó a casa trayéndole de regalo una preciosa lámpara de pie para leer. Casi un cuarto de su sueldo se gastó mi padre en ese regalo. Mi madre le besó y luego me besó a mí en la frente y nos aseguró con su extraña sonrisa que nuestra nueva lámpara seguiría dándonos luz mucho tiempo después de que ella se fuera. Mi padre, ebrio de victoria, no oyó esas palabras, porque nunca escuchaba con atención y porque su desbordante energía verbal ya le había arrastrado a la antigua raíz semítica de la palabra *nur*, luz, y a su forma aramea, *menarta*, y a su equivalente árabe, *manar*.

Y yo lo oí y no lo entendí. O lo entendí y no lo asimilé.

Luego comenzaron de nuevo las lluvias. Mi padre, después de las nueve, cuando yo me había ido ya a dormir, volvió a pedirle permiso a veces para «salir a ver a algunas personas». Le prometía volver sin hacer ningún ruido y no muy tarde, le ofrecía un vaso de leche templada y se iba con los zapatos relucientes, con el pico de un pañuelo blanco asomando en el bolsillo de la chaqueta, como su padre, y con una estela de olor a loción de afeitar. Al pasar por debajo de mi ventana, que ya estaba a oscuras, le oía abrir de golpe el paraguas y canturrear con desinhibidos gorgoritos: «Ella tenía una mano deliciosa/ nadie osaba tocaarla», o: «Ella tenía unos ojos como la estrella polar/ y un corazón como el viento del desierto...».

Pero mi madre y yo conspirábamos a sus espaldas: a pesar de lo estricto que era en cuanto a la hora exacta en que yo debía apagar la luz, «a las nueve en punto, ni medio minuto después», mi madre y yo esperábamos a que el eco de sus pasos se alejara por la calle mojada y, al instante, saltaba de la cama y corría a su lado a escuchar sus historias. Ella estaba sentada en su silla en la habitación que tenía todas las paredes y la mitad del suelo repletos de filas y filas, y montones y montones de libros, y yo me echaba a sus pies en la alfombra, en pijama, apoyando la cabeza en sus cálidas piernas, cerraba los ojos y escuchaba. En casa no había ninguna luz encendida salvo la de la nueva lámpara de pie junto a la silla de mi madre. En las persianas golpeaban la lluvia y el viento. A veces retumbaban en Jerusalén ráfagas de truenos bajos y graves. Mi padre ya se había ido a lo suyo, pero me había dejado a mi madre con sus relatos. Una vez me habló del piso vacío que estaba encima de su habitación alquilada en Praga en la época en que estudiaba allí: desde hacía dos años nadie vivía en aquel piso excepto, decían las vecinas en voz baja, los fantasmas de dos niñas muertas: una vez hubo un gran incendio en ese piso y las dos niñas, Amalia y Yana, no consiguieron salvarse del fuego. Después de la tragedia los padres de las niñas partieron hacia ultramar. El piso quemado y ennegrecido se cerró y las persianas se bajaron. No se arregló ni fue alquilado. A veces, murmuraban las vecinas, se oían allí risas y ligeros alborotos. A veces, a altas horas de la noche, se filtraban llantos y gritos. Yo, dijo mi madre, no oí ese tipo de sonidos, pero alguna vez me pareció que abrían un grifo por la noche. O que arrastraban un mueble. El sonido de

unos pies descalzos yendo de una habitación a otra. A lo mejor lo único que pasaba es que alguien usaba aquel piso abandonado por las noches para mantener relaciones amorosas secretas o para otros fines oscuros. Cuando crezcas te darás cuenta de que casi todo lo que se oye por la noche puede interpretarse de diversas formas. Y de hecho, no sólo por la noche y no sólo lo que se oye: también lo que se ve, e incluso lo que se ve a plena luz del día, puede casi siempre entenderse de muchas formas.

Otras noches mi madre me hablaba de Eurídice, de Hades y de Orfeo, me hablaba de la hija huérfana de ocho años de un conocido nazi, un asesino perseguido por delitos de sangre a quien los americanos habían llevado al patíbulo en la ciudad de Nuremberg después de la guerra, y ella, su hija pequeña, había sido enviada a un reformatorio sólo porque la habían sorprendido adornando con flores una fotografía suya. Me hablaba de un joven vendedor de miel de un pueblo cercano a Rovno que se perdió y desapareció una noche invernal de tormenta en un bosque, y de cómo seis años después alguien se coló en mitad de la noche en la casa de su viuda y dejó los zapatos del joven vendedor, ya destrozados, a los pies de su cama. Me hablaba del viejo Tolstói, quien, al final de sus días, se levantó, dejó su casa y cerró definitivamente los ojos en la caseta de un guardagujas de una estación de tren perdida llamada Astapovo.

Como Peer Gynt y su madre Aase éramos mi madre y yo en aquellas noches de invierno:

Sí, el joven era mi compañero de penalidades/... y el niño y yo nos sentábamos/ y buscábamos una escapatoria a nuestra dolorosa vida/... nos contábamos cuentos/ sobre duendes, espíritus y reyes majestuosos./ sobre magos y trolls de las montañas/... el rapto de una novia – sí, también eso se contaba/ ¡pero quién suponía que se olvidaría todo^[25]!.

Durante aquellas noches mi madre y yo jugábamos a menudo a las historias encadenadas: ella empezaba la historia y yo continuaba, y de nuevo el hilo de la historia pasaba a ella, y luego volvía a mí, un capítulo para ella y otro para mí. Mi padre volvía a casa un poco antes o un poco después de medianoche y, al oír sus pasos en la calle, enseguida apagábamos la luz de la lámpara, saltábamos rápidamente a las camas como dos niños desobedientes y nos hacíamos los dormidos. Medio dormido oía sus pasos en el pequeño piso, le oía desvestirse, beber leche del frigorífico, entrar en el baño, abrir el grifo, cerrarlo, tirar de la cisterna, volver a abrir y cerrar el grifo, tararear a media voz una vieja canción de amor, volver a dar unos tragos de leche, escabullirse descalzo hacia la biblioteca, hacia el sofá que se abría y se convertía en una cama de matrimonio, donde seguramente se echaba al lado de mi madre, que se hacía la dormida, donde seguramente tarareaba para sus adentros dos o tres minutos más antes de dormirse como un niño cada noche hasta las seis de la mañana. A las seis se levantaba el primero, se afeitaba, se vestía, se ponía el delantal de mi madre y se dirigía a la cocina a hacernos a mi madre y a mí un zumo de naranja que calentaba un poco en agua hirviendo, al baño María, para llevarnos a cada uno un vaso de zumo tibio a la cama, porque un zumo frío, como es sabido, puede provocar un catarro.

Una de aquellas noches mi madre volvió a tener insomnio. Lo pasaba mal en el sofá cama, al lado de mi padre, que dormía dulcemente mientras sus gafas yacían plácidamente en la repisa de al lado. Por tanto se levantó, pero en esa ocasión no fue a sentarse en su silla frente a la ventana ni a la pequeña cocina sino que vino descalza a mi habitación, retiró la manta, se acostó en camisón a

mi lado, me abrazó y me besó hasta que me desperté. Una vez despierto me preguntó en voz baja, al oído, si quería que charlásemos un rato esa noche. Los dos solos. Y perdona por haberte despertado, pero necesitaba hablar un poco contigo. Y en esa ocasión sí que oí en su voz a oscuras una sonrisa que realmente era una sonrisa y no una sombra.

Cuando Zeus supo que Prometeo había conseguido robar para los hombres una chispa del fuego que él, Zeus, les había negado como castigo, el viejo estuvo a punto de estallar de ira y furia. Muy pocas veces habían visto los dioses a su rey tan irritado y malhumorado. Durante días estuvo lanzando sus truenos y nadie se atrevió a acercarse a él. Llevado por la rabia, el anciano colérico decidió causarles a los hombres una gran desgracia enmascarada de magnífico regalo. Así que le ordenó al dios herrero Hefesto esculpir con tierra mezclada con agua la imagen de una bellísima mujer. La diosa Atenea enseñó a esa figura de mujer a coser y a tejer y la atavió con espléndidos ropajes. La diosa Afrodita, por su parte, le otorgó encantos que obnubilaban a los hombres y encendían sus pasiones. Mientras Hermes, dios de los mercaderes y los ladrones, la enseñó a mentir sin pestañear, a cautivar los corazones y a engañar. El nombre de esa belleza era Pandora, es decir: aquella que ha sido agraciada con todos los dones. Y Zeus, sediento de venganza, ordenó dar a Pandora como regalo al hermano tonto de Prometeo. En vano intentó Prometeo prevenir a su hermano para que se cuidase de los regalos de los dioses. El hermano vio a esa reina de la belleza y saltó de alegría sobre Pandora, a quien le habían dado como esposa y que llevaba de dote una caja llena de regalos de los dioses del Olimpo. Un día levantó Pandora la tapa de la caja de los regalos y de su interior salieron las enfermedades, la soledad, la injusticia, la crueldad y la muerte. Así llegaron a este mundo todas las desgracias que vemos a nuestro alrededor. Si aún no estás dormido, me gustaría decirte que en mi opinión las desgracias existían ya antes. Ya existían las desgracias de Prometeo y Zeus, y las desgracias de la propia Pandora, por no hablar de la gente normal y corriente como nosotros. No es que las desgracias salieran de la caja de Pandora sino al contrario, la caja de Pandora fue inventada debido a tanto sufrimiento. Y debido a tanto sufrimiento también se abrió. ¿Mañana después del colegio irás a cortarte el pelo? Mira hasta dónde te llega ya.

51

Algunas veces mis padres me llevaban con ellos cuando iban «a la ciudad», es decir, a la calle King George o a la calle Ben Yehuda, a uno de los tres o cuatro cafés importantes que tal vez recordaban en algo a los cafés de las ciudades centroeuropeas de entreguerras: en aquellos locales estaban a disposición de los clientes periódicos en hebreo y en lengua extranjera, ensartados en largos palos, así como una selección de revistas, semanales y mensuales, en varios idiomas. Bajo las lámparas de cobre y cristal flotaba un murmullo extranjero difuso mezclado con el humo azul grisáceo del tabaco y un olor a otros mundos, mundos donde borbotaba una vida cómoda, una vida tranquila de estudio y camaradería.

En todas las mesas había señoras elegantes y caballeros respetables que hablaban en voz baja. Camareros y camareras con chaquetas blancas y un paño bien planchado doblado sobre el brazo iban y venían entre las mesas y servían a los clientes café hirviendo sobre el que flotaba un ángel blanco de nata montada, té de Ceilán en bolsitas individuales servido en pequeños cuencos de porcelana, bombones rellenos de licor, bizcochos, tartas de manzana con nata y de chocolate recubierto de vainilla, vasos de ponche caliente las tardes de invierno y también copitas de licor y de coñac (en el 49 y en el 50 los sucedáneos ocupaban el lugar del café y, al parecer, también el chocolate y la nata eran sólo sucedáneos).

En aquellos cafés mis padres se encontraban a veces con conocidos suyos que no tenían nada que ver con su círculo de vecinos, médicos de muñecas como el matrimonio Krohmal y polémicos funcionarios de correos como Stashek Rodnitzky. Ahí nos juntábamos con personas importantes como el señor Feferman, el jefe de mi padre en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, el editor Yehoshua Czeczik, que venía de vez en cuando de Tel Aviv a Jerusalén por asuntos de negocios, algún joven y prometedor filólogo o historiador, de la edad de mis padres, a quien se le habían abierto las puertas de la universidad, así como investigadores y profesores, y también ayudantes cuyo futuro académico parecía allanado ante ellos. A veces mis padres conseguían encontrarse ahí con dos o tres escritores de Jerusalén a quienes mi padre tenía el honor de conocer: Dov Kimhi, Shraga Kadari, Yitzhak Shenhar, Yehuda Yaari. Hoy estos escritores casi han caído en el olvido, y también la mayoría de sus lectores ha dejado ya este mundo, pero en aquellos días eran famosos y renombrados en todo el país.

Para esos encuentros mi padre se lavaba la cabeza antes de que oscureciera, sacaba brillo dos veces a sus zapatos hasta que resplandecían como diamantes negros, se ponía un bonito alfiler de plata en la corbata elegida, a rayas grises y blancas, me explicaba una y otra vez las normas de educación y lo que debía hacer: responder brevemente y con sensatez si alguien me hacía una

pregunta. A veces, antes de salir hacia el café, añadía al afeitado de la mañana un afeitado especial de tarde, un afeitado extraordinario. También mi madre se ponía para la ocasión el collar de coral anaranjado, que le sentaba de maravilla al color aceitunado de su piel y le daba a su belleza retraída un tono exótico, como de mujer italiana o quizás griega.

Los investigadores y los escritores famosos se entusiasmaban con el ingenio y la erudición de mi padre: sabían que podían confiar en ese pozo de sabiduría en cuestiones en las que sus enciclopedias y manuales no podían salvarles. Pero aún más que de la ayuda de mi padre y de su aprovechable competencia, disfrutaban visiblemente de la compañía de mi madre: su profunda e inspiradora capacidad de escuchar provocaba en ellos una infatigable elocuencia. Algo en su presencia pensativa, en sus preguntas inesperadas, en su mirada, en sus comentarios que a veces arrojaban una luz distinta y desconcertante al tema de la conversación, les inducía a hablar y hablar, como movidos por una ligera embriaguez, de sus trabajos, de sus inquietudes creativas, de sus intenciones y sus logros. De vez en cuando mi madre insertaba una cita pertinente de los escritos de quien estaba hablando, mostrando una especial afinidad con las ideas de Tolstói. O bien descubría el lado estoico de las cosas, o indicaba con un ligero movimiento de cabeza –su voz adoptaba en ese momento la cualidad del vino oscuro– que le había parecido advertir en el escritor sentado con nosotros a la mesa del café un tono casi escandinavo, un eco del estilo de Hamsun y Strindberg, tal vez incluso una lejana resonancia de los escritos del místico Emanuel Swedenborg. Y así volvía mi madre a su silencio y a su tensa escucha, volvía a convertirse en un fino y diáfano receptáculo mientras ellos suspiraban, le otorgaban lo que tenían y lo que no tenían en mente y competían por atraer su atención.

Al cabo de los años tuve la oportunidad de encontrarme con dos de ellos, y me dijeron que mi madre era una mujer fascinante y también una lectora de gran talento, una lectora con la que sueña todo escritor en la soledad de su escritorio durante las extenuantes noches de trabajo. Era una lástima que no dejara nada escrito. Quién sabe, dijeron, es posible que con su muerte prematura perdiéramos a una escritora llena de inspiración, y eso en unos años en que se podía contar con los dedos de una mano el número de mujeres que escribían literatura en hebreo.

Si esos notables coincidían con mi padre en la biblioteca o por la calle, hablaban con él unos minutos de la carta que el ministro de Educación Dinur había enviado a los altos cargos de la universidad, de Zalman Shneour, que en la vejez intentaba ser Walt Whitman, o de quién ocuparía en el futuro la cátedra del profesor Klausner cuando dejara de enseñar literatura hebrea. Luego le daban una palmadita en el hombro y, con los ojos brillantes y la cara radiante, le decían que saludara a los suyos y en especial a su señora, ¡una mujer realmente maravillosa!, ¡una mujer culta!, ¡de tan buen gusto!, ¡tan artística!

Era una palmadita afectuosa y amigable, pero en su fuero interno tal vez le envidiaran por tener una mujer así y quizá también ella les sorprendiera: qué habría encontrado en él, en ese hombre pedante, un gran erudito, trabajador, honesto, un investigador relativamente importante, pero, entre nosotros, algo escolástico y nada creativo.

Yo tenía un papel especial en esas conversaciones de café: primero debía responder con educación e inteligencia, igual que un adulto, a preguntas tan difíciles como cuántos años tenía, en

qué curso estaba, si coleccionaba sellos y premios, qué nos estaban enseñando en clase de historia, y qué en clase de hebreo, y si era un niño bueno, y qué había leído ya de Dov Kimhi (o de Yaari, o de Kadari, o de Even Zahav, o de Shenhar), y si quería a mis profesores, y a veces también si ya había empezado a interesarme por las jovencitas o aún no, si cuando creciera yo también sería profesor, o tal vez pionero, o general del ejército israelí. (En mi interior, por aquellos días llegué a la conclusión de que esos escritores eran personas algo falsas, e incluso un poco ridículas).

Segundo, no debía molestar.

Ser inexistente. Transparente.

Sus conversaciones de café duraban al menos mil horas ininterrumpidas cada vez, y yo tenía que representar durante toda esa eternidad el papel de presencia muda, más aún que el ventilador que daba vueltas en el techo.

El castigo por traicionar la confianza en presencia de extraños podía ser un total arresto domiciliario que entraba en vigor cada día nada más volver del colegio y duraba dos semanas, o la revocación del permiso para jugar con los amigos, o la negación del derecho a leer antes de dormir durante las veinte noches siguientes.

Mientras que el gran premio por esas mil horas de soledad era un helado. O incluso una mazorca de maíz.

Casi nunca me dejaban comer helados, porque eran malos para la garganta y provocaban catarros. Por lo que se refiere a las mazorcas de maíz, que se vendían en la esquina de la calle recién salidas de una caldera hirviendo, mazorcas calientes y aromáticas que un hombre sin afeitar te envolvía en una hoja verde y espolvoreaba con sal gorda, casi nunca me dejaban comprarlas porque el hombre sin afeitar parecía poco limpio. El agua de su caldera seguro que estaba infestada de microbios. «Pero si Su Alteza logra mostrar esta vez en el café Atara un comportamiento intachable, irreprochable, se actuará con benevolencia y se le permitirá elegir de camino de vuelta a casa entre una mazorca de maíz y un helado, como desee, ¡será una elección en toda regla, sin coacciones!».

Tal vez así, en los cafés, durante las interminables conversaciones entre mis padres y sus amigos sobre política e historia, sobre filosofía y literatura, sobre las disputas de los profesores de la universidad y las intrigas de redactores y editores, conversaciones cuyo contenido no podía comprender, tal vez por culpa de la soledad y el aburrimiento me fui convirtiendo poco a poco en un pequeño espía.

Es decir, me inventé un juego secreto, un juego al que podía pasarme horas y horas jugando sin moverme, sin hacer ni un ruido, sin ningún accesorio, e incluso sin lápiz ni papel: miraba a los desconocidos del café e intentaba adivinar por su ropa y sus movimientos, por el periódico que estaban leyendo y por lo que pedían, quién era cada uno de ellos, de dónde era, lo que hacía normalmente, lo que había hecho antes de llegar al café y adónde iría después. Por la expresión de la cara me imaginaba qué estaba pensando esa mujer que se había reído sola dos veces, qué se le pasaba por la cabeza al chico delgado con gorra que no le quitaba ojo a la puerta y se desilusionaba cada vez que entraba un nuevo cliente. Y qué aspecto tendría la chica a la que estaba esperando. Aguzaba el oído y robaba del aire fragmentos de conversaciones. Me inclinaba y observaba qué leía cada uno, quién tenía prisa por marcharse y quién permanecía sentado tranquilamente.

Y así, a partir de algunos indicios externos y poco fidedignos, me inventaba para los clientes del café tortuosas y escalofriantes biografías: una mujer con labios tristes y un gran escote, sentada dentro de una nube de humo junto a la mesa de la esquina, fumando sola, que ya por tres veces en menos de una hora, según el gran reloj de pared de encima del mostrador, se había levantado, había desaparecido en el servicio de mujeres y había vuelto a sentarse frente a su taza vacía, se encendía un cigarro tras otro en una boquilla marrón y miraba de vez en cuando a una figura morena que estaba sentada con el abrigo puesto en la mesa de delante del perchero. Una vez se levantó y se acercó al hombre del abrigo, se inclinó, le dijo dos o tres palabras, a las que él contestó sólo con un ligero movimiento de cabeza, y volvió a sentarse en su sitio y a fumar: ¡qué cantidad de posibilidades tenía eso! ¡Qué mareante el rico caleidoscopio de tramas y de historias que se podía componer con esos fragmentos! ¿O tan sólo le habría pedido que le pasara el periódico *Haboqer* cuando terminara de leerlo?

Mis ojos intentaban en vano huir del contorno del generoso pecho de la mujer de la mesa del rincón, pero cuando los cerré el pecho se acercó exhalando su calor y casi cubriéndome la cara. Mis rodillas empezaron a temblar. Esa mujer estaba esperando a su amado, que había prometido venir y lo había olvidado, por eso estaba fumando así, con ansia, con desesperación, un cigarro tras otro, tomando una taza de café solo tras otra, para tragarse las lágrimas que tenía en la garganta. De vez en cuando desaparecía en el servicio de mujeres para tapar con polvos las marcas de las lágrimas. Mientras, al hombre del grueso abrigo el camarero le servía una copa de licor para mitigar el dolor por su mujer, que había huido con un amante joven: tal vez los dos, el amante y su compañera huida, estaban en ese preciso instante en un barco de lujo, bailando abrazados a la luz de la luna, que se reflejaba en las aguas del océano, festejando en cubierta una fiesta organizada por el capitán, con una música ensoñadora del cine Edison envolviendo su baile, de camino a uno de los enclaves turísticos más atrevidos y disolutos, Saint Moritz, San Marino, San Francisco, São Paulo, Sans Souci.

Desde ahí seguí tendiendo mi tela de araña: el joven amante, a quien me imaginaba como el engreído y viril marinero que aparecía en los paquetes de tabaco Nelson, no era otro que el chico que le había prometido a la mujer fumadora acudir a la cita esta tarde y que ahora ya estaba a mil millas de aquí. Ella le esperaba en vano. «¿No es cierto que también usted, señor, ha sido abandonado? ¿No es cierto que, al igual que yo, se ha quedado solo en el mundo?». Eso, en el hebreo de los libros de la editorial Amanut y los libros para niños de Tzvi Liebermann-Livne, fue lo que debió de preguntarle la mujer al hombre del abrigo cuando se acercó poco antes a su mesa y se inclinó hacia él y él le contestó asintiendo. Los dos abandonados no tardarían en levantarse y salir juntos del café. Y fuera, en la calle, se cogerían del brazo sin necesidad de decirse una sola palabra más.

¿Adónde irían?

La imaginación dibujaba avenidas y jardines, un banco bañado por la luz de la luna, un camino que conducía a una pequeña casa rodeada de un muro de piedra, la luz de una vela, persianas bajadas, música, y en ese punto la historia se volvía tan dulce y terrible que superaba mi capacidad para contármela, o para soportarla, y me apresuraba a alejarme con todas mis fuerzas de la historia de esa pareja que no era pareja. Entonces clavaba la vista en dos señores mayores que estaban sentados en una mesa contigua a la nuestra, jugando al ajedrez y hablando en hebreo-alemán, uno de ellos chupaba, acariciaba y mimaba entre sus dedos una pipa apagada de madera

rojiza, el otro se secaba de vez en cuando con un pañuelo de cuadros el sudor invisible de su amplia frente. Una camarera llegó de pronto y le susurró algo al señor de la pipa, éste se disculpó en hebreo-alemán ante su amigo y también ante la camarera, se dirigió al teléfono, que estaba junto a la ventana que daba a la cocina, y habló. Después colgó, se quedó un momento inmóvil, indeciso, desconcertado, sin saber qué hacer, y regresó con las piernas temblorosas a la mesa de ajedrez; al parecer volvió a pedirle disculpas a su compañero de juego y también le explicó algo, en alemán en esa ocasión, luego dejó aceleradamente unas monedas en la esquina de la mesa y se dispuso a irse, pero su amigo se enfadó y, casi a la fuerza, obligó al dueño de la pipa a meterse otra vez las monedas en el bolsillo, discutieron y, de repente, las monedas se esparcieron tintineando por debajo de varias mesas, entonces los dos señores dejaron de empujarse, se pusieron de rodillas y comenzaron a recoger las monedas.

En vano: pues yo ya había decidido que eran dos primos, los únicos supervivientes de toda su familia, que había sido asesinada por los alemanes. Y enriquecí la historia con una inmensa herencia y un sorprendente testamento según el cual quien venciera al ajedrez lograría las dos terceras partes y el perdedor se tendría que conformar con un tercio de la herencia. Después incluí en la historia a una niña huérfana de mi edad, una huérfana enviada a un kibbutz o a alguna institución educativa, y ella, la niña huérfana, ella y no los primos del ajedrez, era la verdadera heredera. En ese punto también yo me introducía en el relato: en el papel de paladín de los huérfanos que arrancaba la legendaria herencia de las manos de quien no era digno de ella y se la daba a quien le correspondía, a cambio de amor. Pero cuando llegaba al amor mis ojos se cerraban de nuevo y volvía a sentir la urgente necesidad de interrumpir la historia y empezar a espiar a los clientes de otra mesa. O a la camarera coja de ojos negros y profundos. Así, al parecer, comenzó mi vida de escritor: en los cafés. Esperando un helado o una mazorca de maíz.

Aún sigo hurtando así. Sobre todo desconocidos. Sobre todo en lugares públicos muy concurridos. En la cola del ambulatorio, por ejemplo. O esperando a las puertas de las oficinas, o en las estaciones de tren y en los aeropuertos. A veces también mientras conduzco, en los atascos, mirando a los viajeros de los coches vecinos: observo y me invento historias. Invento, observo, y vuelvo a inventar. ¿De dónde será esa mujer, por su ropa, por sus gestos, por sus movimientos mientras se retoca el maquillaje? ¿Cómo será su habitación? ¿Y su hombre? ¿O ese de allí, ese chico con patillas pasadas de moda, el que lleva el móvil en la mano izquierda y con la derecha hace todo tipo de aspavientos? ¿Por qué se va mañana a Londres? ¿En qué tipo de negocios está metido? ¿Quién le espera allí, un hombre o una mujer? ¿Cómo serán sus padres? ¿De dónde serán? ¿Cómo sería él de pequeño? ¿Y cómo va a pasar la tarde y la noche cuando aterrice en Londres? (Ahora ya no me quedo aterrado en el umbral de los dormitorios sino que entro flotando y veo sin ser visto).

Si los desconocidos perciben mi mirada escrutadora, yo les sonrío con aire distraído, como disculpándome, y aparto la vista: no tengo ningún deseo de desconcertar. Tengo mucho miedo de que me sorprendan mirando, de que mis víctimas me exijan explicaciones. Pero de todos modos, pasado un minuto o dos, ya no tengo ninguna necesidad de clavar la vista en los protagonistas de mis historias casuales: ya he visto cuanto necesitaba. Medio minuto y ya están atrapados en mi invisible máquina de *paparazzi*.

En una tienda, por ejemplo, en la cola que avanza ante la caja: delante de mí hay una mujer no muy alta, de unos cuarenta y cinco años, rellena, muy atractiva porque algo en su forma de estar, en la expresión de su cara, indica que ya lo ha experimentado todo y no se inquieta por nada, ni siquiera lo más extraño puede sobresaltarla, tan sólo provocarle cierta curiosidad divertida. Mientras que detrás de mí hay un joven soldado de unos veinte años, triste, clavándole una mirada hambrienta al contorno de la mujer, que lo sabe. Por tanto, me aparto a un lado, para no taparla, les dejo una habitación libre con una alfombra mullida, les bajo las persianas, me apoyo en la puerta de esa habitación desde dentro, y la escena toma forma, con todo detalle, con el tono cómico de la tímida excitación de él y la nota conmovedora de la ternura y la bondad de ella. Hasta que la cajera me obliga a despertar alzando la voz: Sí, por favor. Con un acento que no es exactamente ruso sino, quizás, de una de las repúblicas asiáticas. Y ya estoy en Samarcanda, en la hermosa Bujara: camellos con dos jorobas, mezquitas de piedra rojiza y salas de oración circulares, con sensuales cúpulas y tapizadas con placenteras alfombras, me acompañan mientras salgo con la cesta de la compra en la mano.

Después de hacer el servicio militar, en el año 1961, la secretaria del kibbutz Hulda me envió a estudiar dos años a la Universidad Hebrea. Estudié literatura, porque el kibbutz necesitaba con urgencia un profesor de literatura de enseñanza media, lo que nosotros llamábamos «clases de continuación», y estudié filosofía porque me empeñé en estudiar filosofía. Cada lunes, de cuatro a seis de la tarde, había unas cien personas reunidas en el aula magna del edificio Meiser para oír el ciclo de conferencias del profesor Samuel Hugo Bergman sobre el tema «La filosofía dialéctica de Kierkegaard a Martin Buber». También Fania, mi madre, estudió filosofía con el profesor Bergman en Har Hatzofim en los años treinta, antes de casarse con mi padre, y él la recordaba con afecto y cariño. En el año 61 el anciano Bergman ya era un profesor jubilado, emérito, pero nosotros estábamos fascinados por su lúcida y penetrante sabiduría. Me emocionaba pensar que el hombre que estaba ante nosotros había sido compañero de clase de Kafka, y durante dos años – eso nos contó una vez– se sentó en el mismo pupitre que Kafka en el *gymnasium* de Praga, hasta que llegó Max Brod y le quitó el sitio.

Durante aquel invierno, Bergman invitaba a cinco o seis alumnos, los que le resultaban más simpáticos o por los que se interesaba más, a ir a su casa unas dos horas después de clase. Todos los lunes, a las ocho de la tarde, yo llegaba en el autobús número 5 desde el nuevo campus de Guivat Ram al modesto piso del profesor Bergman en Rehavia. Un ligero olor, continuo y agradable, una mezcla de polvo de libros, pan recién hecho y geranios, flotaba en la habitación. Nos sentábamos en el sofá y en la alfombra a los pies de nuestro gran maestro, amigo de juventud de Kafka y de Martin Buber y autor de los libros en los que estudiábamos la historia de la epistemología y los principios de la lógica, y permanecíamos en absoluto silencio esperando sus palabras. Samuel Hugo Bergman era un hombre corpulento incluso de viejo. Con su melena canosa, con sus sonrientes arrugas de ironía en las comisuras de los párpados, con su mirada suspicaz pero inocente y pura como la de un niño curioso, Bergman se parecía mucho al viejo Albert Einstein de las fotografías. Con su acento alemán-checo caminaba por la lengua hebrea no con naturalidad y propiedad sino con cierta solemnidad festiva, como un pretendiente feliz cuya amada por fin le correspondía y ya podía enorgullecerse y demostrarle que no se había

equivocado con él.

Casi el único tema que trataba nuestro maestro en esos encuentros privados era la pervivencia del alma, o la posibilidad, si es que existía alguna posibilidad, de una existencia después de la muerte. De eso nos hablaba las tardes de los lunes de aquel invierno, mientras la lluvia golpeaba las ventanas y el viento silbaba en el jardín. A veces nos pedía nuestra opinión y escuchaba atentamente, no como un maestro paciente vigilando los pasos de sus alumnos, sino como alguien que estuviera oyendo una obra musical muy compleja y entre todos los sonidos tuviese que localizar uno especial, menor, y determinar su autenticidad.

–Nada –nos dijo una de aquellas tardes inolvidables para mí, hasta tal punto no lo he olvidado que creo que podría repetir sus palabras casi al pie de la letra–, nada desaparece. Jamás. De hecho la palabra «desaparición» supone que el universo es aparentemente finito y que es posible alejarse de él. Pero naaada (alargó a propósito esa palabra), naaada sale jamás del universo. Ni tampoco entra en él. Ni una sola mota de polvo desaparece ni se añade. La materia se transforma en energía y la energía, en materia, los átomos se unen y se vuelven a separar, todo cambia y se transforma, pero naaada puede pasar de ser a no ser. Ni el más mi - núscolo pelo que pueda brotar en la punta de la cola de un virus. El concepto de infinito es completamente abierto, abierto hasta el infinito, pero al mismo tiempo es un concepto cerrado herméticamente: nada sale y nada entra.

Pausa. Una sonrisa desnuda e ingenua se expandía como la luz del ocaso por el paisaje de arrugas de su rostro rico, fascinante:

–Y entonces por qué, tal vez alguien pueda explicármelo, por qué se empeñan en decirme que lo único que se aparta de esta regla, lo único que está destinado a ir al infierno, a convertirse en no ser, lo único a lo que le espera la aniquilación total en todo el universo, donde ningún átomo puede reducirse a la nada, es precisamente a mi pobre alma. ¿Es que cualquier mota de polvo y cualquier gota de agua va a continuar existiendo eternamente, aunque con otra forma, todo excepto mi alma?

–El alma –murmuró algún joven y perspicaz genio desde un rincón de la habitación– aún no la ha visto nadie.

–No –aceptó Bergman de inmediato–, pero tampoco las leyes de la física y las matemáticas se las encuentra uno por los cafés. Tampoco la sabiduría, la necedad, el placer o el miedo. Nadie ha metido aún una pequeña muestra de alegría o de nostalgia en una probeta. Pero, mi querido joven, ¿quién te está hablando ahora? ¿Los humores de Bergman te están hablando? ¿Su bazo? ¿Será por casualidad el intestino grueso de Bergman el que está filosofando contigo? ¿Y quién, perdóname, provoca en este momento esa sonrisa tan poco agradable en tus labios? ¿No es tu alma? ¿Los cartílagos tal vez? ¿Los jugos gástricos?

Y en otra ocasión dijo:

–¿Qué nos espera después de la muerte? Naaadie lo sabe. De cualquier modo, es un desconocimiento que comporta cierta demostración o cierto potencial de persuasión. Si yo cuento esta tarde que a veces oigo la voz de los muertos y que su voz es más clara y comprensible para mí que la mayoría de las voces de los vivos, tenéis todo el derecho a decir de inmediato que este viejo se ha vuelto loco. Que ha perdido un poco la cabeza por el espanto que le causa la cercanía de la muerte. Por tanto no os hablaré de voces, esta tarde os hablaré de matemáticas: como naaadie sabe si hay algo o no hay nada más allá de nuestra muerte, de este desconocimiento absoluto se puede concluir que la posibilidad de que exista algo es exactamente igual a la

posibilidad de que no exista nada. Un cincuenta por ciento para la aniquilación y un cincuenta por ciento para la pervivencia. Para un judío como yo, un judío de Centroeuropa de la generación del holocausto nazi, esa posibilidad de pervivencia completamente estadística no es en absoluto despreciable.

Por aquellos años también a Gershom Scholem, amigo y adversario de Bergman, le fascinaba al tiempo que le mortificaba la cuestión de la vida después de la muerte. La mañana en que informaron por la radio de la muerte de Scholem escribí:

Gershom Scholem ha muerto esta noche. Ahora lo sabe.

También Bergman lo sabe ya. También Kafka. Y mi madre y mi padre. Y sus conocidos y amigos, y la mayoría de los hombres y mujeres de aquellos cafés, aquellos que utilicé para contarme historias y aquellos que ya han caído en el olvido, todos lo saben ahora. Algún día también nosotros lo sabremos. Y mientras tanto seguiremos recopilando aquí diferentes datos. Por si acaso.

En 1949, unos pocos meses después del final de la guerra y del asedio a la Jerusalén judía, fui con mi padre y con Yacob David Abramsky a visitar al escritor Yehoshua Heschel Yevin. En su casa nos encontramos con el apasionado poeta Uri Zvi Greenberg, a quien yo ya conocía porque era uno de los que frecuentaban la casa del tío Yosef. Y puede que ese día también estuviera invitado el escritor y periodista Aba Ajimeir. Uri Zvi echaba chispas y lanzaba rayos y truenos, condenaba a los rojos miserables que habían renunciado a la explanada del Templo a cambio del fértil kibbutz Degania, y a la tumba de Raquel por mantener sus novillos en los establos del kibbutz Mizra o Merhavia. El señor Abramsky, siguiendo su ejemplo, llamó a Ben Gurión «enano malvado», y a Shertok le llamó «intermediario diaspórico que se rebajaba y coqueteaba con los gentiles e intentaba conquistarles con ocurrentes y enredosas argumentaciones talmúdicas». Aba Ajimeir me señaló y dijo que la juventud nacida aquí, los cachorros de león de Judá, en ambos sentidos, pronto se alzarían y liberarían el proceso de redención sionista del poder corrompido del gusano de Jacob. Sólo cuando nos liberásemos del gusano interior sería liberada también la patria oprimida, Sión y Efraim, el monte Hebrón y Jericó, el Basán, el Golán y el monte Sinaí, Guilad y Moab, y los ríos de Arnón y Vaheb en Sufá.

Y también había un hombre con una perilla puntiaguda, el profesor Strauss-Ashtor, que recomendaba con furia «enviar a Golda Meyerson y al resto de las vacas a lavar calzoncillos al kibbutz y a calentar las camas de la comuna», pero enseguida le hicieron callar. También a mi padre, que al parecer era el más moderado de todos, le hicieron callar cuando al final abrió la boca y observó tímidamente que, después de todo, no había que olvidar que también la gente de los kibbutzim había luchado con supremo heroísmo en la guerra de la Independencia, y que el Palmaj...

Pero el poeta Uri Zvi no quería escuchar. Rechazó con desprecio el vaso de té que le ofrecían y dijo en tono afligido:

–¡Ellos no desean la explanada del Templo! ¡No desean Anatot ni Silo! ¡Pudieron liberarlos y no lo hicieron! ¡Tenían en sus manos la vasija del aceite!, ¡pudieron purificar el santuario y no lo hicieron!, ¡no encendieron la llama del Señor! El milagro estaba ahí, al alcance de la mano, pero no quisieron: ¡Dales una comunidad, pero no un reino! ¡Dales un hormiguero, pero no una nación! ¡Sillones de ministros, pero no redención! –se cubrió la cara con las manos y tal vez gimió–. ¡Perdido! ¡Perdido! ¡Todo está perdido! Desde el cielo se nos dio el tercer reino de Israel, bañado en sangre se nos ofreció, y no en la salsa de la diplomacia, con fuego y no con la benevolencia de las naciones, pero nosotros hemos vuelto a preferir el becerro de oro al esplendor del reino...

Yo era un niño nacionalista ferviente cuando hacía cuarto y quinto en el colegio Tajkemoní. Escribí un relato histórico titulado *El fin del reino de Judea* y varios poemas de conquista, poemas sobre los macabeos y Bar Kojba y poemas sobre la grandeza nacional que se parecían a las entusiastas rimas patrióticas del abuelo Alexander e intentaban imitar el himno del Beitar y el resto de los cantos nacionales de Zeev Jabotinsky: «...¡Fuego, prende!/ El silencio es fango./ ¡Sangre, libérate/ por la gloria destruida!...». También estaba influido por los cantos de los partisanos judíos y los rebeldes del gueto: «...¡Y cuando una gota de nuestra sangre se derrame allí/ aumentará la fuerza de nuestro espíritu heroico!...», y por los poemas de Saúl Tchernijovsky que mi padre nos leía con exaltado patetismo: «¡Melodía de sangre y fuego! ¡Sube al monte y devasta los prados!, todo lo que veas, ¡arrásalo!». Lo que más me conmovía era «Soldados anónimos», el oscuro y ardiente poema del general del Leji Abraham Stern, apodado Yair. Solo en la cama, después de apagar la luz, recitaba con dramatismo pero en voz baja: «Soldados anónimos somos sin uniforme/ nos rodean terror y muerte/ nos hemos enrolado de por vida/ de las filas sólo nos sacará la muerte/... en días rojos de persecución y sangre/ en noches negras de desesperación/ en ciudades y pueblos nuestra bandera izaremos/ y en ella defensa y conquista...».

Esas tormentas de sangre, tierra, fuego y hierro me provocaban una intensa embriaguez. Me imaginaba caído heroicamente en el campo de batalla, la pena y el orgullo de mis padres, y sin embargo –sin contradicción alguna–, después de mi heroica muerte, después de disfrutar conmovido de los solemnes sermones fúnebres pronunciados por Ben Gurión y Begin en mi funeral, y después de estar de duelo por mí mismo y de hacérseme un nudo en la garganta al ver el monumento de mármol y los versos de alabanza escritos en mi memoria, siempre me libraba de mi muerte temporal y volvía sano y salvo lleno de autoestima, me nombraba comandante en jefe del ejército israelí y conducía a mis legiones a liberar con sangre y fuego todo lo que los gusanos diaspóricos de Jacob no habían osado liberar de las manos de los opresores y los enemigos.

Menahem Begin, el legendario comandante de la resistencia, era el principal ídolo de mi infancia por aquellos años. Ya antes, durante el último año del Mandato Británico, el anónimo comandante del movimiento clandestino desencadenaba mi fantasía: me lo imaginaba envuelto en una majestad primordial y bíblica. Me imaginaba su secreto cuartel general en uno de los inhóspitos desfiladeros del desierto de Judea. Descalzo, con una correa de cuero en el torso, echando chispas como el profeta Elías en las grutas del monte Carmelo, y desde allí, desde aquella cueva perdida, transmitía sus órdenes por medio de jóvenes de aspecto inocente. Cada noche el largo brazo del jefe de la resistencia llegaba hasta el corazón mismo del poder británico opresor, hacía saltar por los aires con dinamita cuarteles generales y posiciones militares, derribaba muros y hacía estallar depósitos de armas, y arrojaba su ira sobre las defensas del adversario, a quien, en las octavillas que escribía mi padre, se le llamaba: el enemigo anglo-nazi. O también: Amalec. La pérfida Albión (mi madre, sin embargo, dijo una vez sobre los británicos: «Amalec o no Amalec, quién sabe si no empezaremos pronto a echarlos de menos»).

Después de la creación del Estado de Israel, el comandante en jefe de las fuerzas de la resistencia hebrea salió por fin de su escondite y su fotografía apareció un día en el periódico encima de su nombre: no Arie Ben Shimshon ni Ivriahu Ben Kedumim, sino Menahem Begin. Me

quedé pasmado: el nombre de Menahem Begin tal vez fuera propio de algún comerciante de la calle Sofonías que hablara yiddish o de algún fabricante de pelucas y fajas con dientes de oro de la calle Gueulá. Y de repente, qué desilusión la mía, el héroe de mi juventud aparecía en la foto del periódico como un hombre frágil, delgado, con unas grandes gafas sobre su cara pálida, en la que sólo su bigote daba testimonio de su secreto vigor. Pero unos meses más tarde ese bigote había volado. El aspecto, la voz, el acento y la forma de hablar del señor Begin no me recordaban a los conquistadores de Canaán ni a Judas macabeo, sino a mis débiles profesores del Tajkemoní, que también eran personas agitadas por un turbulento fervor nacional o una furia incontenible, pero tras su heroísmo emergía por momentos un nerviosismo santón unido a una latente acidez.

Y un día, sin duda gracias a Menahem Begin, perdí de pronto las ganas de «derramar mi sangre/ por una gloriosa meta». Abandoné la idea de que «el silencio es fango». Con el tiempo llegué a la conclusión contraria.

Cada varias semanas, media Jerusalén se reunía el sábado, a las once de la mañana, para oír los discursos inflamados de Menahem Begin en las reuniones del movimiento Jerut en el cine Edison, que era el local más grande de la ciudad y en cuya fachada había carteles que anunciaban la próxima actuación de la ópera israelí bajo la dirección de Fordhaus Ben Zisi. El abuelo se engalanaba para la reunión en el Edison con su elegante traje negro y una corbata de satén azul. El triángulo de su pañuelo blanco asomaba por el bolsillo de su chaqueta como un copo de nieve en un día bochornoso. Cuando entrábamos en la sala, una media hora antes de que empezara el acto, él agitaba su sombrero en señal de saludo y hacía ligeras reverencias a sus conocidos. Y yo, repeinado y vestido de gala, con una camisa blanca y unos zapatos relucientes, avanzaba con mi abuelo directamente hacia la segunda o tercera fila, donde se habían reservado algunos asientos para hombres como el abuelo Alexander, miembros del comité jerosolimitano del «movimiento Jerut, una de las bases de la organización militar nacional». Nos sentábamos, el abuelo y yo, entre el profesor Yosef Yoel Rivlin y el señor Eliahu Meridor, o entre el doctor Israel Sheib-Eldad y el señor Hanoch Kalai, o al lado del señor Itzik Remba, director del periódico *Jerut*.

La sala estaba siembre abarrotada de simpatizantes del Etsel y de admiradores del mítico Menahem Begin, casi todos hombres, y entre ellos los padres de la mayoría de mis compañeros de clase del Tajkemoní. Pero había una sutil e invisible línea que separaba las tres o cuatro primeras filas, las filas reservadas a respetables intelectuales, veteranos del Beitar, funcionarios del movimiento revisionista, ex comandantes de la organización Etsel, casi todos originarios de Polonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania, de la masa sefardí, bujara, yemení, kurda y halabí que poblaba el resto de la sala. Esa masa excitada se apretujaba en las galerías, en los pasillos, a lo largo de las paredes e incluso en el recibidor y en la calle, en la explanada que había delante del Edison. En la zona delantera se hablaba de nacionalismo y revolución con deseos de gloria y de victoria, se citaba a Nietzsche y Manzoni, pero reinaba un ambiente pequeño burgués de evidente cortesía: trajes, sombreros, corbatas, buenos modales y cierta pompa de salón que ya entonces, a comienzos de los años cincuenta, desprendía un ligero olor a naftalina y moho.

Tras las tres o cuatro filas de los hombres del «círculo restringido» se agitaba y alborotaba, sin embargo, un vasto mar de fervientes creyentes: llenos de fervor y fe se amontonaban allí artesanos, fruteros y obreros, muchos con kipá, pues iban directamente de la oración matutina en la

sinagoga a oír a su héroe y guía, el señor Begin, judíos con una dura vida y ropa humilde, fogosos, exaltados, predispuestos al entusiasmo y a la aclamación.

Al comenzar la reunión se cantaban canciones del Beitar, y al final se cantaban el himno del movimiento y el himno nacional. El escenario del Edison estaba decorado con un montón de banderas, una fotografía gigantesca de Zeev Jabotinsky, dos filas de jóvenes del Beitar con uniformes y corbatas negras, cómo deseaba crecer y ser uno de ellos, y también con consignas estremecedoras como: «¡Yodefet, Masada, Beitar!», «Si te olvido, Jerusalén, sea olvidada mi derecha» y «¡Con sangre y fuego Judea ha caído, con sangre y fuego Judea se levantará!».

Tras dos o tres «discursos de calentamiento» pronunciados por los jefes del comité jerosolimitano, todos los que estaban sentados en la mesa de la presidencia se fueron y el escenario de pronto se quedó vacío. También los jóvenes del Beitar bajaron con paso marcial. Un silencio profundo, religioso, cubrió la sala del Edison como una brisa muda. Todas las miradas se clavaron en el escenario vacío y todos los corazones palpitaban. De pronto, tras un largo rato de espera silenciosa, algo se agitó en el fondo del escenario, una pequeña grieta apareció por un instante entre las dos cortinas de terciopelo que tapaban la pantalla, un hombre pequeño y delgado empezó a caminar con paso elegante hacia el micrófono y se detuvo humildemente ante el pueblo, con la cabeza inclinada, como por timidez. Sólo tras unos segundos de estupor empezaron a sonar en los márgenes de la sala los primeros y dubitativos aplausos: era como si el pueblo se resistiese a creer lo que veía, como si en cada ocasión se sorprendiera de nuevo de que Begin no fuese un gigante que echaba chispas sino un hombre delicado y frágil. Pero enseguida aumentaron los aplausos y, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtieron en gritos de amor que acompañaron casi todo el discurso de Begin.

Estuvo unos segundos sin moverse, con la cabeza inclinada y los hombros caídos, como diciendo sin palabras: «No soy digno de merecer esta veneración», o: «Se inclina mi alma por el peso de vuestro amor». Después extendió los brazos como saludando a la multitud, sonrió tímidamente, los bajó y empezó a hablar con voz temblorosa, como un actor principiante dominado por el miedo escénico:

–Buenos días a todos y cada uno de vosotros, hermanos y hermanas. Hijos de mi pueblo. Hijos de Jerusalén, nuestra ciudad santa y eterna.

Guardó silencio. De repente dijo en voz baja, con gran tristeza, como en un lamento:

–Hermanos y hermanas. Éstos son días difíciles para nuestro joven y querido Estado. Días difíciles sin parangón. Días terribles para todos nosotros.

Poco a poco fue superando su tristeza, parecía estar sobreponiéndose, reuniendo fuerzas, y entonces añadió, aún en voz baja, pero con una fuerza interior contenida, como si tras esa cortina de silencio se ocultara una advertencia reprimida pero muy seria:

–Los dientes de nuestros enemigos vuelven a rechinar en la oscuridad y nuestros adversarios traman vengarse de nosotros por su humillante derrota en el campo de batalla. Las grandes potencias vuelven a conspirar. Todo sigue igual. En cada generación intentan exterminarnos. Pero nosotros, hermanos y hermanas, también esta vez los venceremos. Como lo hemos hecho en más de una ocasión. Con coraje triunfaremos. Con fe inquebrantable triunfaremos. Con la cabeza bien alta. Jamás, jamás conseguirán ver a esta nación de rodillas. ¡Jamás! ¡Hasta la última generación!

En las palabras «¡jamás, jamás!» su voz se elevó hasta convertirse en un desgarrador grito impregnado de una dolorosa y trémula vibración. Y la multitud no vitoreó en esa ocasión sino que chilló de rabia y dolor.

–¡La eternidad de Israel! –dijo el orador en voz baja y con autoridad, como si en ese mismo instante volviera de una reunión ejecutiva en el cuartel general de la Eternidad de Israel–, ¡la roca de Israel se volverá a levantar y frustrará y hará pedaaazoss las maquinaciones de nuestros adversarios!

La multitud desbordaba gratitud y amor que expresaba con aclamaciones rítmicas, «¡Begin! ¡Begin!». También yo me puse en pie de un salto y empecé a gritar su nombre con toda la potencia de mi voz, que también empezaba ya a cambiar.

–Con una condición –dijo el orador levantando la mano, con seriedad, casi con indignación, antes de una pausa en la que pareció reflexionar sobre la naturaleza de esa condición, como si dudase si era conveniente exponerla delante de la multitud. Un silencio mortal reinaba en la sala–. Con la única, necesaria, vital y crucial condición –y volvió a callarse. Su cabeza estaba inclinada. Como doblegada bajo el terrible y pesado yugo de la condición. Y la multitud estaba tan tensa que pude oír el zumbido de los ventiladores fijados al alto techo de la sala.

–¡Con la condición de que nuestra jefatura, hermanos y hermanas, sea una jefatura nacional y no un grupo de atemorizados judíos del gueto temerosos hasta de su propia sombra! ¡Con la condición de que el gobierno de Ben Gurión, fracasado y doblegado, humillado y pisoteado, ultrajado y mancillado sin tregua, deje paso inmediatamente a un gobierno hebreo orgulloso y osado, a un gobierno de emergencia que sepa infundir terror a nuestros adversarios, igual que nuestro glorioso ejército, el ejército de Israel, que da miedo y hace temblar a todos los enemigos de Israel con sólo oír mencionar su nombre!

En ese punto la sala tembló y el entusiasmo se desbordó, las palabras «el gobierno fracasado de Ben Gurión» y lo que vino después provocaron gritos de animadversión y desprecio entre la multitud. Desde uno de los palcos alguien gritó con voz ronca: «¡Muerte a los traidores!», y en otro rincón un coro exaltado empezó a repetir: «¡Begin, Begin al poder! ¡Ben Gurión, vete a casa!».

Pero el orador los hizo callar y sentenció lentamente, poco a poco, en el tono de voz de un maestro severo amonestando a sus alumnos sin piedad:

–No, hermanos y hermanas. Así no. No alborotéis, por favor. No con gritos y violencia, sino con una elección democrática serena y digna. No con los métodos engañosos y vandálicos de esos rojos, sino con la honradez y la grandeza que hemos aprendido de nuestro insigne maestro Zeev Jabotinsky. No con odio hacia nuestros hermanos ni con exaltación, sino con frío desprecio, así les mandaremos pronto a casa. A todos. A los que venden la tierra patria y a los que están vendidos a Stalin. A los cebados líderes de los kibbutzim y a todos los déspotas arrogantes y presuntuosos de la Histadrut bolchevique, a todos los pequeños *zhadanovis* y a todos los grandes ladrones. ¡A casa! ¿Acaso no están todo el día con esa pomposa palabrería de trabajar la tierra y secar los pantanos? Bien. Muy bien. Pues les mandaremos con toodos los honores a trabajar un poco la tierra. ¡Ellos ya han olvidado por completo lo que es el trabajo! Será estupendo ver quién es capaz de coger siquiera una azada. ¡Hermanos y hermanas, nosotros secaremos los pantanos!, pronto, hermanos y hermanas, pronto, paciencia, un poco más de paciencia, ¡secaremos de una vez por todas el pantano de ese fangoso gobierno del Mapai! ¡De una vez por todas lo secaremos,

hermanos y hermanas! ¡Definitivamente lo secaremos! Y ahora repetid conmigo, como un solo hombre y en voz alta, este compromiso: ¡De una vez por todas! ¡De una vez por todas! ¡De una vez por todas! ¡Definitivamente! ¡Definitivamente! ¡Definitivamente!

La multitud estaba fuera de sí. Y yo también. Parecía que todos nos habíamos convertido en células de un furioso cuerpo gigantesco que hervía de ofensas y sed de justicia.

Y entonces se produjo mi caída. Llegó el momento de la expulsión del paraíso: el señor Begin empezó a hablar de la próxima guerra y de la imparable carrera armamentística en todo Oriente Próximo. Pero el señor Begin, como todos los miembros de su generación, fuesen del partido que fuesen, utilizaba para decir «arma» la palabra que después pasó a significar «polla». Y, en consecuencia, a «armarse» lo llamaba «joder». Y a la carrera armamentística la llamaba (también se hacía en las páginas de los periódicos) «la carrera de la jodienda».

La línea divisoria estaba, más o menos, entre los jóvenes nacidos en Eretz Israel, casi todos los que entonces tenían menos de veinticinco años, y los que tenían más de veinticinco o habían estudiado la lengua hebrea en los libros (mi padre, por ejemplo, adoptó gustoso de la jerga la palabra «alquitrán», o «alquitrinado», que quería decir «una mierda», pero la pronunciaba con poco ímpetu y la empezó a usar cuando todos los jóvenes ya habían dejado de hacerlo. Con gran alegría bromeaba mi padre con sus invitados sobre el hecho de que «en nuestro agradable país todo está “alquitrinado”, ¡excepto las carreteras!»).

El señor Begin dio dos o tres tragos de su vaso, examinó al público, movió tres o cuatro veces la cabeza de arriba abajo, como confirmando sus propias palabras, o como lamentándose, y empezó a enumerar en tono amargo y acusador, como un fiscal enfurecido que enuncia una serie inapelable de incisivos argumentos:

–¡El presidente Eisenhower se jode al régimen de Nasser!

»¡Bulganin se jode a Nasser!

»¡Guy Mollet y Anthony Eden se joden a Nasser!

»¡El mundo entero se jode día y noche a nuestros enemigos árabes!

Pausa. La voz del orador se llenó de desprecio y aversión:

–¿Y quién se jode al gobierno de Ben Gurión?

Un silencio desconcertado cubrió la sala. Pero el señor Begin no se percató. Alzó la voz y declaró de forma triunfal:

–Si yo fuera el primer ministro ahora, ¡todos, todos nos joderían! ¡Todos!

Algunos tímidos y dubitativos aplausos se oyeron entre los ancianos de las filas askenazíes. Mientras que toda la muchedumbre de detrás al parecer se quedó desconcertada, incrédula de lo que acababa de oír, o tal vez sufrió un ligero shock. En todo ese silencio perplejo que reinó por un instante en la sala del Edison sólo hubo un niño, un niño nacionalista de unos doce años, un niño político de pies a cabeza, un niño beginista entusiasta con camisa blanca y zapatos relucientes como un espejo, que no pudo contenerse y de repente se echó a reír.

Y ese niño intentó con todas sus fuerzas sofocar la risa, quería morir ahí mismo de vergüenza, pero la risa asustada, histérica, aumenta y estalla al querer contenerla: una risa asfixiante, casi hasta las lágrimas, una risa ronca con irrupciones de ruidos disonantes, una risa similar al sollozo, similar al ahogo.

Desde todas partes se clavaron en ese niño miradas de asombro y temor. Y desde todas partes cientos de dedos se posaron sobre cientos de labios y comenzaron a hacerle ssshhh, ssshhh. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Y desde todas partes, hombres ilustres encolerizados reprendieron al horrorizado abuelo Alexander. Puede que a lo lejos, por detrás, al niño le pareciese que una risa anárquica, desde un rincón de la sala, respondía a la suya, y luego otra. Pero aquellas risas, si se produjeron, estallaron en los remotos suburbios del pueblo, mientras que la suya fue inundando el centro de la tercera fila, de la respetable fila llena de veteranos del Beitar y de personalidades del Jerut, todas conocidas y respetables.

Y el orador también le miró, interrumpió su discurso, esperó pacientemente, le sonrió con tacto y generosidad, hasta que el abuelo Alexander, ruborizado, atónito y encolerizado como si el mundo entero se hubiese desplomado sobre él, agarró al niño por la oreja, lo levantó con furia, lo arrastró «de la oreja» delante de toda la tercera fila, delante de toda la multitud de Jerusalén amante de la patria, tiraba y arrastraba, tiraba y arrastraba, tiraba y bramaba con desesperación (puede que justo así, «de la oreja», lo arrastrara a él la abuela Shlomit, con la fuerza de un batallón, hasta la casa del rabino de Nueva York después de que, a pesar de estar comprometido con ella, en el barco, de camino a América, se enamorara de repente de otra señora).

Y cuando salieron los tres del Edison, el furioso arrastrador, el arrastrado, asfixiado y llorando de la risa, y la pobre oreja roja como un pimiento, el abuelo alzó la mano derecha y me propinó una buena bofetada en la mejilla derecha, y después levantó la izquierda y me abofeteó en la mejilla izquierda con toda la fuerza de su odio a la izquierda, y como era de derechas no quiso terminar con la izquierda, por lo que volvió a abofetarme en la mejilla derecha, no un tortazo enclenque, diaspórico y reconciliador propio del gusano de Jacob, sino un tortazo enérgico, nacional y triunfante, un tortazo altivo, lleno de dignidad y furia.

Yodefet, Masada, Beitar la conquistada perdieron, tal vez fuera cierto que se alzarían con valor y dignidad, pero sin mí. Y el movimiento Jerut y el Likud perdieron esa mañana a alguien que podía haberse convertido con el tiempo en uno de sus pequeños caudillos, en un orador apasionado, tal vez en un parlamentario retórico o un viceministro sin cartera.

Jamás he vuelto a mezclarme alegremente con una multitud enfervorecida, ni a ser una molécula ciega y feliz dentro de un gigantesco cuerpo sobrehumano. Todo lo contrario: se me desarrolló el miedo a las multitudes, una evidente fobia que me hace salir huyendo de cualquier lugar atestado de gente. La frase «el silencio es fango» la considero desde entonces como un síntoma de una peligrosa y extendida enfermedad. En la expresión «sangre y fuego» siento un sabor a sangre y un olor a carne humana chamuscada. Como en las llanuras del Sinaí septentrional durante la guerra de los Seis Días, como entre los tanques quemados en el Golán durante la guerra de Yom Kippur.

El libro autobiográfico del profesor Klausner, del tío Yosef, un libro del que he tomado muchas cosas de las que he contado aquí sobre la historia de la familia Klausner, se llama *Caminos hacia la resurrección y la redención*. Aquel sábado, mientras el buen abuelo Alexander, el hermano del tío Yosef, me arrastraba de la oreja hacia fuera emitiendo unos sonidos rabiosos semejantes a gemidos de miedo y locura, aquel mismo día parece que comencé a huir de la resurrección y la redención. Aún hoy no he dejado de hacerlo.

Pero no sólo huí de eso: la asfixiante vida de sótano entre mi madre y mi padre, y entre ellos y la multitud de libros, las pretensiones, la ahogada y negada nostalgia de Rovno y Vilna, de una Europa materializada en nuestra casa en un carrito negro de té y unas servilletas de batista blanca, la carga de la destrucción de la vida de él y la herida del fracaso de la vida de ella, aquellas caídas que sin necesidad de palabras se me había encargado transformar a su debido tiempo en victorias, todo eso me desquiciaba hasta el punto de querer escapar. En otras épocas los jóvenes abandonaban la casa de sus padres y se iban a encontrarse a sí mismos, o a perderse a sí mismos, en Eilat o en el desierto del Sinaí. Y después se iban a Nueva York o a París, y luego a los templos de la India, a la selvas de Sudamérica o a las montañas del Himalaya, a donde huye Rico, el hijo único de mi libro *El mismo mar*, tras la muerte de su madre. Pero a comienzos de los años cincuenta «el polo opuesto» a la opresión de la casa paterna era el kibbutz: allí, lejos de Jerusalén, «más allá de las montañas oscuras», en Galilea, en Sharón, en el Néguev y en los valles, estaba creciendo –eso nos parecía por aquellos días en Jerusalén– una nueva raza de pioneros fuertes, serios pero no complicados, parcos en palabras, reservados, capaces de un torbellino de danzas arrebatadoras hasta la embriaguez, pero hechos también para la soledad y la reflexión, para la vida del campo: chicos robustos y chicas fuertes dispuestos a realizar cualquier trabajo duro pero también con una vida espiritual profunda y llena de sentimientos reprimidos. Quería ser como ellos para no ser como mi padre, como mi madre y como todos los intelectuales refugiados y melancólicos que poblaban la Jerusalén judía. Y, por tanto, al cabo de un tiempo me inscribí en el movimiento de los Scouts, cuyos miembros pretendían alistarse al terminar los estudios en las filas del Najal, las juventudes pioneras combatientes, para proseguir en el camino de «el trabajo, la defensa y el kibbutz». A mi padre no le gustó la idea pero, como quería ser un verdadero liberal, se conformó con comentarme con tristeza: «Los Scouts. Bueno. Vale. Está bien. Por qué no. ¿Pero el kibbutz? El kibbutz es para gente sencilla y fuerte y tú no eres ni muy fuerte ni muy sencillo. Tú eres un niño con aptitudes. Individualista. ¿No es mejor que cuando crezcas sirvas a nuestro querido país con tus aptitudes y no con tus músculos, que por otra parte no están demasiado desarrollados?».

Mi madre ya estaba lejos. Ya estaba de espaldas a nosotros.

Y mi padre llevaba razón. Por tanto, por aquellos días empecé a obligarme a comer el doble y a fortalecer mis débiles músculos con carreras y ejercicios gimnásticos.

Al cabo de tres o cuatro años, después de la muerte de mi madre y del segundo matrimonio de mi padre, ya en el kibbutz Hulda, un sábado a las cuatro y media de la madrugada, le conté a Efraim Avneri lo de Begin y el verbo «joder». Nos habíamos levantado a aquella hora para ir a recoger manzanas a la plantación. Yo tenía unos quince o dieciséis años. Efraim Avneri, como el resto de los fundadores del Hulda, tenía unos cuarenta y cinco, pero a él y a sus compañeros los llamábamos –y hasta ellos mismos lo hacían– «los viejos».

Efraim escuchó la historia, sonrió, parece que le costó entender dónde estaba la gracia, pues él también pertenecía a la generación para la que ese término designaba sólo algo relacionado con tanques y cañones.

–Ah, sí, entiendo –dijo pasado un rato–, Begin se refería a las armas y tú lo entendías como lo usáis en jerga. Realmente es divertido. Pero, escucha, mi joven amigo –los dos estábamos

recolectando pegados el uno al otro, en dos escaleras, a ambos lados del árbol, pero las hojas nos tapaban, por tanto hablábamos durante el trabajo sin vernos—, al parecer te has perdido lo esencial. Lo que es realmente divertido de ellos, de Begin y todo su ruidoso cortejo, no es que utilicen el verbo «joder» sino que utilicen palabras, cualquier palabra. Lo dividen todo en «diaspórico pisoteado» por un lado y «hebreo viril» por otro. Y no se dan cuenta de hasta qué punto esa división es diaspórica. De hasta qué punto todo su apego infantil a los ejércitos, a las paradas militares, a la agresividad vacía y a las armas les viene directamente del gueto.

Y después, con una gran sorpresa por mi parte, Efraim continuó diciendo:

—En el fondo es una buena persona, ese Begin. Un completo demagogo, sí, pero no un fascista ni un sanguinario. En absoluto. Al contrario: es bastante blando. Mil veces más blando que Ben Gurión. Ben Gurión está esculpido en piedra, y Menahem Begin está hecho de cartón. Y está tan anticuado, Begin. Es tan anacrónico. Una especie de estudiante de una escuela talmúdica que se ha vuelto escéptico y cree que si nosotros, los judíos, empezáramos de pronto a reírnos a carcajadas ya no seríamos en absoluto como antes, ya no seríamos ovejas llevadas al matadero, ya no seríamos pálidos y enclenques sino todo lo contrario, seríamos peligrosos, seríamos lobos amenazantes y terribles; que, sólo con que nos riéramos así, las auténticas fieras depredadoras se espantarían ante nosotros y nos darían cuanto deseáramos, toda la tierra para nosotros solos, que nos dejarían quedarnos con todos los lugares santos, engullir Transjordania y ganarnos con eso el respeto y el beneplácito de todo el mundo ilustrado. Ellos, Begin y sus compañeros, hablan de la mañana a la noche de la fuerza, pero aún no tienen ni la más remota idea de lo que es la fuerza, de qué está hecha, de cuáles son las debilidades de la fuerza. Pues la fuerza también tiene una parte de peligro terrible para quien la posee. El desgraciado de Stalin dijo una vez que la religión es el opio del pueblo, ¿no? Así pues, escúchame: yo te digo que la fuerza es el opio de los poderosos. Y no sólo de los poderosos. La fuerza es el opio de toda la humanidad. La fuerza es la tentación del diablo, me atrevería a decir, si creyese en la existencia del diablo. Y de hecho creo un poco. Así pues, ¿dónde estábamos? (Efraim y algunos de sus compañeros procedentes de Galitzia pronunciaban con un acento especial «así pues»), sí, estábamos en la historia de Begin y tu gran risotada. Tú, mi joven amigo, te reíste ese día en aquella reunión revisionista por una razón equivocada. Te reíste porque usó un verbo que puede significar dos cosas bien distintas. Bueno. Y qué. ¿Sabes de qué tendrías que haberte reído? ¿Hasta que temblara el suelo? Te voy a decir de qué. No te tenías que haber reído de ese «joder» que dijo sino de que Menahem Begin al parecer piensa realmente que si él fuera el primer ministro de inmediato todos, el mundo entero, dejarían de apoyar a los árabes e irían corriendo a ponerse de nuestro lado. ¿Por qué? ¿Por qué iban a hacer eso? ¿Por sus bonitos ojos? ¿Por su brillante locuacidad? ¿Por la memoria de Jabotinsky tal vez? Realmente tendrías que haberte reído allí a carcajadas porque justo esa misma política hacían los ociosos en nuestros *shtetl*. Tras la estufa de la escuela talmúdica se pasaban todo el día haciendo ese tipo de política. Moviendo el pulgar la hacían: «Lo primero de todo será mandar una delegación al zar Nicolás, una delegación importante que le hable bien y prometa al zar solucionarle lo que Rusia más desea, una salida al Mediterráneo. Después le pediremos al zar que, a cambio, le hable bien de nosotros a su amigo el káiser Wilhelm, que influya en el káiser para que ordene a su buen amigo, el sultán de Turquía, que de inmediato entregue a los judíos sin *taynes* ni *maynes* (quejas ni réplicas) toda Palestina, desde el Éufrates hasta el Nilo. Sólo después, cuando nos hayamos asegurado de una vez por todas la redención completa, podremos

decidir como queramos si el Ponia (así llamábamos al zar Nicolás) se merece que cumplamos nuestra promesa y le concedamos una salida al Mediterráneo o no». Si ya has terminado ahí, vamos a vaciar los sacos al contenedor y pasemos al siguiente árbol. Y de paso comprobaremos si Alek o Alioshka se han acordado de traer una jarra de agua o si también nosotros tendremos que ir a reclamar al zar Nicolás.

Un año o dos más tarde, los alumnos de décimo curso ya participaban en la vigilancia nocturna del kibbutz: en el curso de instrucción militar aprendimos a usar un arma. Eran las noches de fedayines y de represalias anteriores a la campaña del Sinaí de 1956. Casi cada noche los fedayines atacaban una colonia agrícola, un kibbutz o los suburbios de alguna ciudad, dinamitaban casas con sus habitantes dentro, disparaban o arrojaban granadas de mano por las ventanas de los bloques de viviendas y a su paso dejaban todo sembrado de minas.

Cada diez días me tocaba hacer el turno de guardia a lo largo de la valla del kibbutz, que estaba a unos cincuenta kilómetros de la línea de alto el fuego israelí-jordana de Latrun. Cada hora me escabullía durante unos instantes, contraviniendo las órdenes, para ir al desierto barracón del centro cívico y oír las noticias. La retórica santurrón y heroica de una sociedad asediada dominaba aquellas transmisiones, del mismo modo que dominaba nuestra educación kibbutziana: «Rodeamos con una guirnalda la hoz y la espada», «Se entonará una canción en honor a los soldados desconocidos», «Han tomado las montañas de Efraim/ una joven víctima más», «El filo de la espada enemiga espera a las puertas». Nadie utilizaba entonces la palabra «palestinos»: se les llamaba «terroristas», «fedayines», «enemigos» o «refugiados árabes sedientos de venganza».

Una noche de invierno tuve que hacer guardia con Efraim Avneri. Con botas, abrigados con viejos anoraks y gorros de lana que picaban, caminábamos por el barro a lo largo de la valla, por detrás de los almacenes y el establo. Un fuerte olor a cáscaras de naranja fermentadas, que se usaban para el ensilado, se mezclaba con otros olores campestres, estiércol de vaca, paja mojada, vapor caliente del corral, polvo de plumas del gallinero. Le pregunté a Efraim si, en la guerra de la Independencia o en los sucesos de los años treinta, había tenido ocasión de disparar y matar a alguno de esos asesinos.

No podía ver la cara de Efraim en la oscuridad, pero cierta ironía rebelde, cierta tristeza sarcástica y extraña había en su voz cuando me contestó, tras un breve silencio reflexivo:

—¿Asesinos? ¿Pero qué esperas de ellos? Desde su punto de vista, nosotros somos extraterrestres que hemos aterrizado aquí y hemos invadido su tierra, poco a poco hemos ido apoderándonos de ella y, mientras les asegurábamos que habíamos venido para ayudarles, para curarles la tiña y el tracoma, para liberarles del atraso y la ignorancia y del yugo de la opresión feudal, con artimañas nos íbamos quedando con su tierra pedazo a pedazo. Así pues, ¿qué pensabas? ¿Que nos iban a agradecer nuestra bondad? ¿Que iban a salir a recibirnos con tambores y máquinas fotográficas? ¿Que nos iban a entregar respetuosamente las llaves de todo el país sólo porque nuestros antepasados estuvieron aquí alguna vez? ¿Qué tiene de raro que se hayan alzado en armas contra nosotros? Y ahora que les hemos causado una derrota aplastante y cientos de miles viven en campos de refugiados, ¿qué quieres?, ¿esperas tal vez que compartan nuestra alegría y nos deseen lo mejor?

Me quedé atónito. A pesar de que ya me había alejado mucho de la retórica del Jerut y de la

familia Klausner, aún no era más que un dócil producto de la realidad sionista. Las palabras nocturnas de Efraim me espantaron e incluso me hicieron enfadar: por aquellos días un pensamiento de ese tipo se consideraba una traición. Estaba tan asombrado y asustado que repliqué a Efraim Avneri con una queja mordaz:

–Si es así, ¿por qué vas por aquí con un arma? ¿Por qué no te vas del país? ¿O coges el arma y te pasas a luchar a su bando?

En la oscuridad oí su risa triste:

–¿A su bando? Pero en su bando no me quieren. En ninguna parte del mundo me quieren. Nadie en el mundo me quiere. Ésa es la cuestión. Parece que en todos los países hay demasiados como yo. Sólo por eso estoy aquí. Sólo por eso llevo un arma, para que no me echen también de aquí. Pero no usaré la palabra «asesinos» para hablar de los árabes que han perdido sus pueblos. De ninguna manera, no usaré a la ligera esa palabra para referirme a ellos. Con respecto a los nazis, sí. Con respecto a Stalin, también. Y con respecto a todos los saqueadores de tierras ajenas.

–¿Pero no se deduce de tus palabras que nosotros aquí también somos saqueadores de tierras ajenas? ¿Qué pasa?, ¿es que no estábamos aquí hace dos mil años? ¿No nos expulsaron de aquí a la fuerza?

–Es muy sencillo –dijo Efraim–: si no es aquí, ¿dónde está la tierra del pueblo judío? ¿Debajo del mar? ¿En la luna? ¿O es que sólo el pueblo judío, entre todos los pueblos del mundo, no se merece una pequeña patria?

–¿Y qué pasa porque se la hayamos quitado a ellos?

–Tal vez hayas olvidado que, casualmente, ellos intentaron matarnos a todos en el 48. En el 48 hubo una guerra terrible y ellos mismos fueron quienes plantearon la cuestión en términos de o ellos o nosotros, y nosotros vencimos y les quitamos las tierras. ¡No hay que enorgullecerse de ello! Pero si ellos nos hubiesen vencido en el 48, habría que enorgullecerse mucho menos: ellos no habrían dejado con vida ni a un solo judío. Y realmente en todo su territorio no vive hoy día ni un solo judío. Pero ésta es la cuestión: como les quitamos lo que les quitamos en el 48, ahora ya tenemos. Y como ahora ya tenemos, no debemos quitarles más. Se acabó. Ésta es toda la diferencia entre tu señor Begin y yo: si algún día les quitamos más, ahora que ya tenemos, sería un grave pecado.

–¿Y si dentro de un momento aparecen aquí los fedayines?

–Si aparecen –suspiró Efraim–, tendremos que tirarnos aquí mismo al suelo, en el barro, y disparar. Y nos esforzaremos mucho en disparar mejor que ellos y más deprisa que ellos. Pero no les dispararemos porque sean un pueblo de asesinos, sino por la sencilla razón de que también nosotros tenemos derecho a vivir, y por la sencilla razón de que también nosotros tenemos derecho a tener un país. No sólo ellos. Y ahora, por tu culpa, me siento como Ben Gurión. Si me perdonas, me voy a ir un rato al establo a fumarme un cigarro en silencio y, mientras tanto, vigila bien. Vigila por los dos.

Pocos años después de esa conversación nocturna, ocho o nueve años después de la mañana en que Menahem Begin y su tropa me perdieron en el cine Edison, conocí a David Ben Gurión. Por aquella época era primer ministro y ministro de Defensa, pero sobre todo era considerado por muchos «el primero de su generación», el fundador del Estado, el gran vencedor en la guerra de la Independencia y en la campaña del Sinaí. Sus adversarios le tenían un odio feroz y se burlaban del culto a la personalidad que lo rodeaba, mientras que sus admiradores veían en él al «padre de la nación»: una especie de combinación prodigiosa entre el rey David y Judas macabeo, George Washington, Garibaldi, un Churchill judío e incluso un mesías del Dios omnipotente.

El propio Ben Gurión se veía a sí mismo no sólo como un político sino también –y quizás sobre todo– como un pensador y un guía espiritual: estudió de forma autodidacta griego clásico para poder leer las obras de Platón en el idioma original, ojeó a Hegel y a Marx, se interesó por el budismo y por las filosofías orientales, procuró profundizar en Spinoza e incluso se consideraba un spinoziano convencido. (El filósofo Isaías Berlin, un hombre con una mente afilada como una cuchilla a quien Ben Gurión reclutaba, siendo ya primer ministro de Israel, para que le acompañase cada vez que salía a buscar libros de filosofía en las grandes librerías de Oxford, me dijo una vez: «Ben Gurión perdió la cabeza por lo mucho que deseaba ser considerado un intelectual. Ese deseo provenía de dos errores: el primero, que Ben Gurión creía, erróneamente, que Hayyim Weizmann era un intelectual. El segundo, que también se confundía al considerar a Jabotinsky un intelectual». Así, sin piedad, Isaías Berlin mató a tres respetables pájaros de un tiro).

De vez en cuando el primer ministro Ben Gurión se tomaba la molestia de llenar los suplementos semanales de *Davar* de largos ensayos sobre cuestiones filosóficas. Un día, en enero del 61, publicó un artículo donde sostenía que la igualdad entre los hombres es imposible, aunque puede haber entre ellos cierta solidaridad.

Yo, que ya me consideraba un defensor de los valores del kibbutz, escribí y envié a *Davar* una breve réplica donde sostenía, con educación y respeto, que el compañero Ben Gurión no tenía razón^[26]. Cuando apareció el artículo hubo una gran conmoción en el kibbutz Hulda. Los compañeros estaban indignados por mi desfachatez: «¿Cómo te atreves a contradecir a Ben Gurión?».

Tan sólo cuatro días más tarde se me abrieron las puertas del cielo: el padre de la nación bajó por un momento de las alturas y se dignó a publicar en *Davar* un largo y amable ensayo como respuesta a mi artículo, un texto que ocupaba varias columnas y que estaba destinado a defender la

opinión del «primero de su generación» ante las objeciones de la insignificante brizna de hierba^[27].

Los mismos compañeros de Hulda que el día anterior querían mandarme a un reformatorio por mi insolencia estaban ahora radiantes de felicidad y se apresuraron a felicitarme con apretones de mano y palmaditas en el hombro: «¡Ya estás preparado! ¡Ya has pasado a la posteridad! ¡Tu nombre aparecerá algún día en el índice de las obras completas de Ben Gurión! ¡Y también el nombre del kibbutz Hulda estará allí, gracias a ti!».

Pero la era de los milagros no había hecho más que empezar con la publicación de aquel artículo.

Un día o dos más tarde llegó un aviso telefónico.

No me llegó a mí –nosotros aún no teníamos teléfono en nuestras pequeñas habitaciones–, sino a la oficina de la secretaría del kibbutz. Bella P., una veterana que estaba en ese momento en la oficina, llegó corriendo, alterada y pálida como una hoja de papel, atónita como si acabase de ver los carros de los dioses envueltos en una columna de fuego, y me informó con labios exangües de que la secretaria del primer-ministro-y-ministro-de-defensa me pedía que estuviese mañana temprano, a las seis treinta en punto, en el despacho del ministro de Defensa, en Tel Aviv, para un encuentro privado con el primer-ministro-y-ministro-de-defensa, era una invitación personal de Ben Gurión. Las palabras «primer-ministro-y-ministro-de-defensa» las pronunciaba Bella P. como si dijese Diosbendito.

Me llegó el turno de palidecer: en primer lugar, aún llevaba uniforme, era un soldado en activo, sargento mayor del ejército, y temía haber transgredido algún reglamento o alguna ley por haber iniciado una disputa ideológica en las páginas del periódico con el jefe del Estado Mayor. En segundo lugar, aparte de las pesadas y rígidas botas militares no tenía otros zapatos. ¿Cómo me iba a presentar ante el primer-ministro-y-ministro-de-defensa? ¿En sandalias? En tercer lugar, no tenía forma alguna de llegar a Tel Aviv a las seis y media de la mañana: el primer autobús desde el kibbutz Hulda a Tel Aviv salía a las siete y como muy pronto llegaba a las ocho y media a la estación.

Por tanto, me pasé toda la noche rezando en silencio para que ocurriese alguna tragedia: una guerra, un terremoto, un ataque al corazón, a él o a mí, daba igual.

Y a las cuatro y media volví a sacar brillo, por tercera vez, a mis rígidas botas militares, me las puse y me las ajusté bien. Me vestí con unos pantalones caqui de paisano bien planchados, una camisa blanca, un jersey y una cazadora y salí a la carretera. De milagro conseguí llegar haciendo autostop al despacho, que no estaba en el monstruoso edificio cubierto de antenas del ministerio de Defensa, sino en el patio trasero del mismo, dentro de una pequeña casa de estilo bávaro, una casa de campo agradable e idílica de dos modestas plantas y tejas rojas, cubierta por completo por una enredadera verde, construida en el siglo XIX por laboriosos alemanes de la orden de los Templarios, que fundaron una tranquila colonia agrícola en las arenas del norte de Yafó y acabaron siendo expulsados por los británicos al estallar la Segunda Guerra Mundial.

El amable secretario no se dio cuenta de mis temblores ni de mi nudo en la garganta, y se preocupó de instruirme con una calidez casi íntima, como entablando relación conmigo a espaldas

de la divinidad que estaba en la habitación contigua:

—El viejo —empezó a decir utilizando el cariñoso apodo popular puesto a Ben Gurión cuando aún tenía cincuenta años—, el viejo, comprendes, él, cómo decirlo, tiende en los últimos tiempos a dejarse arrastrar por las largas conversaciones filosóficas. Pero su tiempo, seguro que puedes imaginártelo, es máspreciado que el oro. Aún dirige personalmente casi todos los asuntos de Estado, empezando por los preparativos para la guerra y las relaciones con las grandes potencias, y terminando por la huelga de carteros. Tú, por supuesto, tendrás el tacto de retirarte amablemente pasados unos veinte minutos para que podamos salvar como sea su agenda del día.

No había nada en el mundo que quisiese más que «retirarme amablemente», y no pasados veinte minutos sino ya. De inmediato. En ese instante. El hecho de pensar que el omnipotente en persona estaba ahí, en carne y hueso, él y no un ángel, él y no un mensajero, justo detrás de esa puerta gris y que pronto caería en sus manos, casi hizo que me desmayara de miedo y veneración.

Hasta tal punto que al secretario no le quedó más remedio que empujarme por detrás, con las dos manos, hacia dentro, hacia el sanctasanctorum.

La puerta se cerró detrás de mí, desde fuera, y yo me quedé allí como paralizado, apoyado en la puerta por la que me habían metido en la habitación y temblándome las rodillas. La oficina del rey David no era más que una habitación normal, asombrosamente austera, no mucho más grande que las humildes habitaciones del kibbutz. Enfrente de mí había una ventana cubierta por una cortina rústica que añadía algo de luz natural a la luz de una lámpara corriente. Dos armarios de oficina metálicos estaban dispuestos a ambos lados de la ventana. Y un amplio escritorio presidía el centro de la habitación ocupando casi un cuarto del espacio: estaba cubierto por un cristal y encima había tres o cuatro pilas de libros, cuadernos, periódicos, revistas, papeles y clasificadores, algunos abiertos y otros cerrados. Dos sillas metálicas de estilo burocrático estaban colocadas a ambos lados del escritorio, unas sillas grisáceas como las que se podían ver en aquella época en cualquier oficina gubernamental o militar, y que siempre llevaban grabado por la parte de dentro el sello: «Propiedad del Estado de Israel». No había otras sillas excepto esas dos. Ocupando toda la pared, desde el techo al suelo y desde un ángulo a otro, había un mapa gigantesco de todo el Mediterráneo y Oriente Próximo, desde el estrecho de Gibraltar hasta el golfo Pérsico. Israel, pequeña como un sello, estaba marcada con una gruesa línea en aquel mapa de vastas dimensiones. Y tres estantes atestados de libros se extendían a lo largo de otra pared, como si alguien pudiese tener de repente una urgente avidez de lectura imposible de aplazar.

Entre las paredes de ese despacho, sencillo hasta rozar el ascetismo, iba y venía con pasos cortos y rápidos, las manos cruzadas a la espalda, la mirada hacia el suelo, la cabeza grande inclinada y dirigida hacia delante como para embestir, un hombre que era idéntico a Ben Gurión pero que de ninguna manera podía ser Ben Gurión: todos los niños del país, incluso los de las guarderías, sabían en aquella época, y hasta dormidos, cómo era Ben Gurión. Pero como aún no había televisión, para mí era evidente que el padre de la nación era un gigante que llegaba hasta las nubes. Mientras que ese farsante era un hombre rechoncho, bajo y regordete, con cuerpo de mujer embarazada, que medía menos de un metro sesenta.

Me quedé atónito. Casi me sentí ofendido.

Y a pesar de todo, durante el silencio imperturbable que reinó en la habitación durante dos o tres minutos eternos, mientras yo seguía pegado a la puerta con temor, devoré con los ojos la extraña e hipnótica presencia de ese hombre pequeño, potente y agarrotado, medio abuelo rústico

y robusto medio enano fuerte y vetusto, que caminaba de pared a pared con paso tenaz, inquieto, con las manos a la espalda, la cabeza hacia delante como para derribar muros de piedra invisibles, inmerso en sus pensamientos, distante, sin molestarse en hacer el más mínimo gesto que indicase que se había percatado de que alguien, algo, una mota de polvo flotando en el aire, una pálida y temblorosa brizna de hierba, había sido arrojado a su despacho. Unos setenta y cinco años tenía entonces David Ben Gurión, y yo, algo más de veinte.

Tenía una plateada crin profética de pelo blanco que le rodeaba la calva como un anfiteatro. En la base de su gran frente se alargaban dos pobladas cejas canosas, muy juntas, bajo las cuales traspasaban el aire unos ojos pequeños de mirada afilada como una navaja, unos ojos azul grisáceo penetrantes. Tenía una nariz grande, ancha, grosera, impúdica, pornográfica, como las narices de los judíos de las caricaturas antisemitas. Por el contrario, sus labios eran finos como hilos, metidos hacia dentro, pero su mandíbula me pareció desafiante como un puño, una mandíbula de viejo marinero. Su cutis era rojo y granuloso, como si no fuera piel sino carne viva. Debajo de su cuello corto se extendían sus hombros, anchos y fuertes. Su pecho era sólido. La camisa con el cuello abierto dejaba ver un palmo de pecho peludo. Su vientre era muy prominente, salía sin pudor como la giba de una ballena, me parecía macizo, compacto, como hecho de cemento y no de grasa. Pero, sorprendentemente, todo esa majestad terminaba en unas piernas de enano, unas piernas que, si no fuese por temor a blasfemar, se podría decir que eran casi irrisorias.

Me esforcé por respirar lo menos posible. Tal vez en ese momento envidiara a Gregor Samsa, del relato de Kafka, que consiguió empequeñecer y convertirse en un insecto. La sangre huyó de todos los suburbios de mi cuerpo y se ocultó en el hígado.

Las primeras palabras que rompieron el silencio de la habitación llegaron con una voz metálica, aguda y penetrante, una voz que oíamos casi a diario en la radio por aquellos años. Hasta en sueños la oíamos. El omnipotente me lanzó una mirada furiosa y dijo:

—¡Bueno! ¡Por qué no te sientas! ¡Siéntate de una vez!

En un abrir y cerrar de ojos me senté en la silla que estaba delante del escritorio. Erguido como un palo me senté. Pero sólo en el borde de la silla. Apoyarse en el respaldo era simplemente inconcebible.

Silencio. El padre de la nación continuó yendo y viniendo por la habitación, con pasos cortos pero rápidos y vigorosos, como un león enjaulado, o como si hubiese tomado la determinación de no retrasarse. Al cabo de media eternidad dijo de repente:

—¡Spinoza!

Y se calló. Se alejó de mí en dirección a la ventana, se volvió impetuosamente y sentenció:

—¿Has leído a Spinoza? Lo has leído. Pero puede que no lo hayas entendido. Pocos entienden a Spinoza. Muy pocos.

Y así, sin dejar de ir y venir entre la ventana y la puerta, empezó a darme una conferencia matutina bastante larga sobre las enseñanzas de Spinoza.

En medio de la conferencia se abrió una tímida rendija en la puerta: el secretario, humilde, más pequeño que una brizna de hierba, introdujo la cabeza, sonrió, intentó murmurar algo, pero el rugido de un león herido se lanzó contra él:

—¡Vete de aquí! ¡Vete! ¡No molestes! ¿No ves que estoy manteniendo una de las conversaciones más interesantes que he tenido hace mucho tiempo? ¡Pues vete de una vez!

El pobre desapareció al instante.

Y yo no había pronunciado hasta entonces ni una palabra. Ni una sílaba.

Pero a Ben Gurión, evidentemente, le gustaba disertar sobre Spinoza antes de las siete de la mañana. Y continuó con ello un rato más sin ser molestado.

De pronto, en mitad de la frase, se calló. Se detuvo justo detrás de mí. Casi pude sentir su aliento en mi nuca gélida de terror. Pero no me atreví a darme la vuelta. Permanecí sentado, rígido, petrificado, con las rodillas en ángulo recto chocando entre sí y los muslos en ángulo recto con respecto a mi tensa espalda. Sin ningún signo de interrogación en la voz, Ben Gurión me lanzó estas palabras:

—¡No has desayunado!

No esperó a que contestara. No dije ni una palabra.

De repente Ben Gurión desapareció detrás de su escritorio. Se hundió como una gran piedra en el mar. Ni siquiera su crin plateada se divisaba ya.

Y al cabo de unos minutos emergió de nuevo con dos vasos de cristal en una mano y una botella de zumo Pas (una especie de agua coloreada barata) en la otra. Se puso de pie y se sirvió con ímpetu un vaso de zumo hasta arriba. Después también me sirvió a mí y decretó:

—¡Bébetelo!

Me lo bebí todo. Al instante. De un trago y sin respirar. Hasta la última gota.

Él, por su parte, dio dos o tres tragos profundos y ruidosos, tragos propios de un campesino sediento, y retomó su conferencia sobre Spinoza:

—Como spinoziano te digo sin ninguna sombra de duda que la esencia de las enseñanzas de Spinoza, Spinoza en dos palabras, se puede resumir en esto: ¡El hombre siempre tiene que conservar la calma! ¡Nunca hay que perder la serenidad! El resto sólo son interpretaciones, argumentaciones y paráfrasis. ¡Ecuanimidad! ¡Tranquilidad en cualquier situación! Todo lo demás, ¡baratijas! (Ben Gurión tenía una inflexión peculiar que casi se convertía en un pequeño grito al llegar a la última sílaba de cada palabra).

En ese punto ya no pude renunciar a defender la dignidad de Spinoza. Era imposible callarse sin traicionar a mi querido filósofo. Por tanto me armé de valor, pestañee un poco y, milagrosamente, me atreví a abrir la boca en presencia del señor del universo y a murmurar con la boca pequeña:

—La calma y la serenidad efectivamente se encuentran en Spinoza, pero tal vez no sea demasiado exacto decir que sean el fundamento de las enseñanzas de Spinoza. En él también hay...

En ese momento se vertieron sobre mí fuego, azufre y ríos de lava incandescente directamente desde la boca ardiente del volcán:

—¡Llevo toda la vida siendo spinoziano! ¡Desde joven soy spinoziano! ¡La calma! ¡La serenidad! ¡Eso es la esencia de todas las ideas de Spinoza! ¡El corazón de su filosofía! ¡Tranquilidad! ¡En lo bueno y en lo malo, en la desgracia y en la victoria, nunca hay que perder la calma! ¡Jamás!

Sus dos fuertes puños, unos puños de viejo leñador, cayeron de pronto con furia estruendosa sobre el cristal de su escritorio, con tal rudeza que nuestros vasos empezaron a temblar y a

castañetear de miedo:

–El hombre nunca debe perder el control –me soltó, como si fuese la tormenta del día del juicio final–. ¡Jamás! ¡Y si no ves eso, no eres digno de ser llamado spinoziano!

Entonces se calmó de golpe la tempestad. Se despejó.

Se sentó en su silla, enfrente de mí, y extendió los brazos a lo largo del escritorio, como pretendiendo abrazar contra su pecho todo lo que había sobre la superficie de cristal que lo cubría. Una luz agradable, una luz conmovedora irradió de él cuando sonrió de pronto con alegría y candidez: no sólo su rostro y sus ojos sonreían, era como si todo su cuerpo cerrado como un puño se hubiera abierto y sonriera con él, y toda la habitación sonriera, incluso el propio Spinoza. Los ojos de Ben Gurión, que en ese momento habían pasado del gris nuboso al azul claro, empezaron a examinarme de arriba abajo sin ningún recato, como si me estuviese palpando con los dedos. Había en él algo similar al mercurio, algo demente, inquietante. Sus argumentaciones parecían puñetazos. Sin embargo, cuando de repente se iluminó sin previo aviso, el dios vengativo y rencoroso se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en un abuelo vigoroso, radiante de salud y buen humor. En ese momento salió de él una seductora calidez, y por un instante borboteó su carácter cordial, el carácter de un niño alegre, sanguíneo, de un niño despabilado lleno de incansable curiosidad:

–¿Y tú? Tú escribes poemas, ¿no?

Entonces me guiñó el ojo con picardía. Como si hubiese conseguido tenderme una pequeña y simpática trampa. Como si hubiese ganado la partida.

Volví a quedarme atónito: hasta ese momento sólo había publicado dos o tres poemas malos en revistas desconocidas del movimiento kibbutziano (ojalá ya se hayan convertido en polvo junto con mis lastimosos versos).

Pero al parecer Ben Gurión había visto alguna vez esos poemas: decían que solía hojear todo lo que se publicaba: revistas de huertos y jardines. Fascículos de aficionados al ajedrez y amantes de la naturaleza. Estudios de agronomía. Boletines de estadística. Era un curioso insaciable.

Y al parecer también tenía una memoria absoluta: lo que veía una vez, no lo olvidaba nunca.

Balbucí algo.

Pero el primer ministro y ministro de Defensa no se detuvo a escuchar. Su espíritu inquieto estaba ya en otra cosa. Después de haber explicado de una vez por todas, con un golpe aplastante, todo lo que aún no había sido esclarecido de las enseñanzas de Spinoza, pasó a sermonearme con gran fervor sobre otros temas: el descenso del fervor pionero en nuestra juventud. La nueva poesía hebrea, que se dedicaba a extraños experimentos de todo tipo en vez de abrir los ojos y cantar sobre los prodigios que se producían cada día ante nuestros ojos: ¡El renacer del pueblo! ¡El renacer de nuestra lengua! ¡El renacer del desierto del Néguev!

Y de repente, otra vez sin previo aviso, en mitad de su fluido monólogo, casi a mitad de una frase, se cansó.

Por tanto, se levantó de su silla de un salto, como un cañonazo, y me hizo levantar también a mí, y mientras me empujaba hacia la puerta –realmente me empujó con sus dos fuertes manos, igual que había tenido que hacer su secretario unos tres cuartos de hora antes para hacerme

entrar–, Ben Gurión dijo con gran cordialidad:

–Es bueno charlar. Muy bueno. ¿Y qué has leído últimamente? ¿Qué lee ahora la juventud? Por favor, ven a verme siempre que estés en la ciudad. ¡De verdad, ven, no temas!

Y mientras me empujaba hacia la puerta, con mis rígidas botas militares y mi camisa blanca de fiesta, siguió exclamando en tono alegre:

–¡Ven a verme! ¡Ven a verme! ¡Mi puerta está abierta para ti!

Más de cuarenta años han pasado desde aquella mañana spinoziana en el austero despacho de Ben Gurión. Desde entonces he tenido ocasión de conocer a distintas personalidades, entre ellas a dirigentes políticos y a personajes fascinantes e incluso mágicos. Pero nadie me ha causado una impresión tan fuerte por su presencia física y su determinación electrizante. Ben Gurión tenía, al menos aquella mañana, una energía hipnotizadora.

Tenía razón Isaías Berlin en su cruel diagnóstico: Ben Gurión, a pesar de Platón y de Spinoza, no era un intelectual. Estaba muy lejos de serlo. Creo que era una especie de campesino visionario. Había algo ancestral en él. Algo que no pertenecía a esta era. Una espontaneidad casi bíblica. Una determinación similar al latigazo de un rayo láser. Ya en su triste infancia en el *shtetl* de Plonsk, al este de Polonia, Ben Gurión tenía al parecer dos ideas elementales: que los judíos debían volver a fundar su Estado en Eretz Israel y que él era la persona apropiada para dirigirles. Durante toda su vida no se apartó nunca de esas dos decisiones de la infancia. Para él todo estaba supeditado a eso.

Era una persona directa y cruel y, como todos los visionarios, no se detenía a evaluar los costes. O quizás se detenía un instante y de inmediato respondía: cueste lo que cueste.

Durante toda mi infancia entre los Klausner y el resto de los adversarios de la izquierda que vivían en el barrio de Kerem Abraham, no dejaron de repetirme que todos los males del pueblo procedían de Ben Gurión. En el entorno en el que crecí él era «el hombre malo». La encarnación de todas las plagas del gobierno de la izquierda.

Siendo adulto, sin embargo, me opuse a él desde la dirección contraria, desde la izquierda. Como muchos ilustrados israelíes de mi generación, yo consideraba a Ben Gurión –aun en los días del caso de Lavón– una personalidad casi despótica, y me repugnaba su mano dura con los árabes durante la guerra de la Independencia y en la época de los actos de represalia. Sólo en los últimos años he empezado a leer sobre él y a dudar: tal vez yo no llevaba razón.

Todo tiene una doble cara.

Y de pronto, mientras escribo las palabras «su mano dura», vuelvo a ver con absoluta claridad, casi palpablemente, la mano velluda de Ben Gurión cogiendo el vaso de zumo barato del que se sirvió a sí mismo antes de servirme a mí. El vaso también era barato, de cristal grueso. Gruesos y cortos eran sus fuertes dedos, que agarraban el vaso como si fuese una granada de mano. Yo estaba aterrado: en aquel momento temía que si cometía el error de decir una palabra que le pusiese furioso, Ben Gurión levantaría al instante el brazo y me arrojaría todo el contenido del vaso a la cara. O estamparía el vaso contra la pared. O apretaría los dedos y lo haría pedazos. Tal era su terrible forma de coger aquel vaso. Hasta que se calmó y me reveló que conocía mis intentos de escribir poesía, entonces sonrió, estaba disfrutando al ver mi estupefacción, y por un instante me pareció casi un bufón contento por el éxito de su pequeña travesura que ya estaba

pensando en lo que iría a continuación.

54

En otoño, a finales del año 1951, empeoró de nuevo el estado de mi madre. Las migrañas volvieron, y con ellas también el insomnio. Otra vez se pasaba los días en la silla junto a la ventana contando los pájaros o las nubes. También por las noches seguía sentada en aquella silla con los ojos abiertos.

Mi padre y yo nos repartíamos las tareas de la casa. Yo pelaba hortalizas y él hacía la ensalada. Él cortaba el pan y yo untaba margarina y queso o margarina y mermelada. Yo barría, fregaba el suelo y limpiaba el polvo con un paño, y mi padre tiraba la basura y traía cada dos o tres días un tercio de bloque de hielo para el congelador. Yo iba a comprar a la tienda de ultramarinos y a la frutería, y mi padre se responsabilizaba de ir a la carnicería y a la farmacia. Cada uno, de su puño y letra, añadía lo que se necesitaba a la lista de la compra, que se hacía en una de las fichas del escritorio de mi padre, una ficha que colgábamos de un pequeño clavo sobre la encimera de la cocina y en la que íbamos tachando lo que ya habíamos comprado. Todas las semanas, al final de Shabbat, poníamos una ficha nueva con la lista de la compra:

Tomates. Pepinos. Cebollas. Patatas. Rábanos.
Pan. Huevos. Queso. Mermelada. Azúcar.
Comprobar si ya hay clementinas y cuándo empiezan las naranjas.
Cerillas. Aceite. Velas para cuando se vaya la luz.
Detergente para fregar. Detergente para la colada. Dentífrico Shenhav. Queroseno.
Una bombilla de 40 vatios. Arreglar la plancha. Pílas.
Una goma nueva para el grifo del lavabo. Y vigilar ese grifo porque no cierra bien.
Yógur. Margarina. Aceitunas.
Comprarle a mamá unos leotardos de lana.

Por aquellos días mi letra se fue volviendo cada vez más parecida a la de mi padre, hasta tal punto que no se podía distinguir cuál de los dos había anotado «queroseno» y quién había añadido a la lista «urge una bayeta nueva para el suelo». Hasta hoy mi letra recuerda a la de mi padre, una letra enérgica, no siempre legible pero siempre decidida y puntiaguda, que testimonia un fuerte trazo: muy alejada de las letras tranquilas y redondas como perlas de mi madre, ligeramente inclinadas hacia atrás, precisas y agradables a la vista, escritas con mano suave, disciplinada, unas letras perfectas y armónicas como sus dientes.

Estábamos muy unidos en aquella época, mi padre y yo: como dos camilleros que transportan juntos por una empinada cuesta a su paciente herida. Le llevábamos un vaso de agua y vigilábamos

que se tomase a su hora los calmantes que le habían recetado dos médicos distintos: también para eso teníamos una ficha de papá en la que anotábamos los nombres de las medicinas y las horas para cada una de ellas, y marcábamos una pequeña uve junto a la medicina que tomaba, y una equis junto a la que mi madre se había negado a tragar o que se había tomado pero la había vomitado. Normalmente obedecía y se las tomaba aunque le dieran arcadas. A veces se esforzaba por regalarnos una ligera sonrisa, que era más dolorosa aún que su palidez y que las medialunas oscuras en torno a sus ojos, pues era una sonrisa vacía. Como si se produjera sin ella. Y en ocasiones nos indicaba que inclinásemos la cabeza y nos acariciaba a los dos en un mismo movimiento, circular. Durante mucho rato nos acariciaba. Hasta que mi padre le cogía la mano con dulzura y se la dejaba sobre el pecho. Yo hacía lo mismo.

Cada noche, a la hora de cenar, mi padre y yo hacíamos en la cocina una especie de reunión diaria del estado mayor, resumíamos los acontecimientos del día y programábamos los del día siguiente. Yo le contaba brevemente cómo había ido el colegio y él me contaba algo de su trabajo en la Biblioteca Nacional, o me esbozaba un nuevo artículo que intentaba terminar a tiempo para el siguiente número de *Tarbitz* o de *Metzudá*.

Charlábamos de política, del asesinato del rey Abdallah, de Begin y de Ben Gurión. Charlábamos de igual a igual. Mi corazón estaba lleno de amor por aquel hombre cansado que acababa diciendo con seriedad:

—Entre nosotros hay aún considerables diferencias de opinión. Por tanto, por ahora cada uno debe quedarse con la suya.

Después discutíamos un poco sobre las cosas de la casa, anotábamos en una de las fichas de papá lo que aún nos quedaba por hacer y tachábamos lo ya hecho. Hasta sobre los gastos me consultaba mi padre a veces: Quedan dos semanas para cobrar y ya hemos gastado mucho. Cada tarde me preguntaba cómo llevaba los deberes y yo le mostraba, para que comparara y criticara, la lista de tareas de clase y mis cuadernos con todas esas tareas ya hechas. A veces echaba un vistazo y hacía alguna observación acertada, pues en casi todos los temas sus conocimientos eran mucho más amplios y profundos que los de mis profesores, incluso más amplios y profundos que los de los autores de los libros de texto. Pero por lo general decía:

—No hay necesidad alguna de controlarte. Confío absolutamente en ti.

Un tácito orgullo mezclado con gratitud me inundaba al oír esas palabras. Y a veces también crecía en mí una repentina y gran compasión.

Por él. No por mi madre. De ella no me compadecía por aquella época: sólo era una larga lista de obligaciones e imposiciones cotidianas. Y turbación, vergüenza y tristeza: porque había que explicar de alguna manera a los compañeros por qué nunca podían venir a mi casa y había que contestar a los vecinos en la tienda de ultramarinos que me interrogaban amablemente para saber por qué no se la veía nunca, qué le pasaba. Ni siquiera a los tíos y a las tías, ni siquiera al abuelo y a la abuela les habíamos dicho mi padre y yo toda la verdad: la habíamos suavizado. Aducíamos una fuerte gripe incluso cuando ya no tenía gripe. Decíamos: migrañas, y también decíamos: una especial sensibilidad a la luz del día. Y a veces decíamos: está muy cansada. Mi padre y yo procurábamos decir la verdad, pero no toda la verdad.

Toda la verdad no la sabíamos. Pero sabíamos, sin necesidad de hablar ni de cotejar nuestras

versiones, que no le decíamos a nadie todo lo que sabíamos, sino que le revelábamos al mundo exterior sólo un dato o dos. Nunca hablábamos entre nosotros, mi padre y yo, del estado de mi madre. Hablábamos sólo de las tareas para el día siguiente, del reparto de labores para el mantenimiento de la cotidianidad y de la economía doméstica. Ni una sola vez hablamos de lo que le pasaba, excepto el constante y repetido suspiro de mi padre cuando decía «esos médicos no saben nada. Nada de nada». Tampoco tras su muerte hablamos de eso. Desde el día de la muerte de mi madre hasta el día de la muerte de mi padre, casi veinte años después, no hablamos de ella ni una sola vez. Ni una palabra. Como si no hubiera existido. Como si su vida hubiese sido sólo una página censurada arrancada de una enciclopedia soviética. O como si yo, igual que Atenea, hubiese nacido directamente de la cabeza de Zeus. Era una especie de Jesús al revés: un hombre virgen me había parido engendrado por un fantasma diáfano. Y cada mañana, con las primeras luces, me despertaba al oír a un pájaro entre las ramas del granado del patio. Ese pájaro recibía la luz del día con las cinco primeras notas de *Para Elisa* de Beethoven: «¡Ti-da-di-da-di!», y una vez más, con más entusiasmo: «¡...da-di-da-da!». Para mí ese pájaro se llamaba Elisa.

Sentía pena por mi padre en aquella época. Como si fuese la víctima inocente de un tormento prolongado. Como si mi madre actuase cruelmente con él. Estaba muy cansado, y triste, aunque como siempre se esforzase a cada instante en mostrar una infatigable alegría parlanchina. Durante toda su vida odió los silencios y se sentía culpable de cada uno de ellos. Alrededor de sus ojos, como en los de mi madre, aparecieron medialunas negras.

En más de una ocasión dejó su trabajo en la Biblioteca Nacional a mitad de jornada para llevarla a hacerse pruebas. Durante aquellos meses le hicieron pruebas de todo: corazón y pulmón, encefalogramas, estómago y hormonas, nervios, enfermedades femeninas y circulación sanguínea. En vano. Mi padre no escatimó en gastos, llamó a distintos médicos, la llevó a especialistas privados, tal vez hasta tuvo que pedir prestado dinero a sus padres aunque detestaba las deudas, y sobre todo detestaba las grandes ansias de su madre, la abuela Shlomit, «de entrar en escena» y arreglarle su vida matrimonial.

Cada mañana mi padre se levantaba antes del amanecer para ordenar la cocina, clasificar la colada, hacer zumo de fruta y servirnoslo templado a mi madre y a mí, para que nos fortaleciésemos un poco, y sacar un poco de tiempo antes de irse a trabajar para contestar apresuradamente a tres o cuatro cartas de editores e investigadores. Después se iba corriendo al autobús, con una bolsa de la compra vacía doblada dentro de su vieja cartera, para llegar a tiempo al edificio Terra Sancta, a donde se había trasladado la hemeroteca de la Biblioteca Nacional cuando el campus de Har Hatzofim quedó aislado del resto de la ciudad durante la guerra de la Independencia.

A las cinco de la tarde volvía, no sin antes haberse entretenido por el camino en la tienda de ultramarinos, en la ferretería o en la farmacia, e iba directamente a ver cómo estaba mi madre, esperando que hubiese dormido un poco durante su ausencia. Con una cucharilla intentaba darle un puré de patata o arroz blanco, que él y yo habíamos aprendido de alguna forma a preparar. Después cerraba su puerta por dentro y la ayudaba a cambiarse de ropa e intentaba charlar con ella. Tal vez hasta se esforzaba por entretenerla un poco con chistes que había leído en el periódico o que había traído de la biblioteca, y que él llamaba bromas o sátiras. Y antes de que

anocheciera se iba corriendo a comprar, a organizar esto o aquello, no descansaba, se interesaba por los prospectos que acompañaban a las nuevas medicinas e intentaba arrastrar a mi madre a una conversación sobre el futuro de los Balcanes.

Después venía a mi habitación a ayudarme a cambiar las sábanas o a poner naftalina en el armario de cara al invierno, y mientras tanto canturreaba con unos gorgoritos criminales una canción sentimental. O me arrastraba a una discusión sobre la cuestión de los Balcanes.

Al atardecer, a veces venía la tía Lilienka, la tía Lilia, la tía Lea Kalish Bar Samka, una buena amiga de mi madre, su conciudadana y compañera de clase en la época del instituto Tarbut en Rovno. La que escribió dos libros sobre psicología infantil.

La tía Lilia traía algunas frutas o un pastel de ciruela. Mi padre preparaba té y pastas y sacaba también su tarta de ciruela, y yo ponía delante de las dos las frutas que ella había traído, lavadas, con platos y cuchillos de postre. Y nos íbamos para dejarlas solas. La tía Lilia se pasaba una o dos horas encerrada con mi madre en la habitación, y cuando salía tenía los ojos rojos. Mientras que mi madre parecía tan tranquila y serena como siempre. Mi padre refrenaba la ligera aversión que le provocaba esa mujer e invitaba a la tía Lilia cortésmente a quedarse a cenar con nosotros. ¿Por qué no? Danos la oportunidad de mimarte un poco. Y Fania seguro que también se alegra. Pero ella siempre se disculpaba llena de confusión, como si le estuvieran proponiendo tomar parte en un asunto algo indecente: de ninguna manera quería molestar y, además, la estaban esperando en casa y seguro que enseguida empezarían a preocuparse.

A veces venían el abuelo y la abuela, vestidos y engalanados como para una fiesta. La abuela, con zapatos de tacón, un vestido de terciopelo negro y un collar blanco, hacía una ronda por la cocina antes de sentarse. Cuando se sentaba junto a mi madre, repasaba las cajas de medicinas, inspeccionaba el contenido de los frascos, arrastraba hacia ella a mi padre y le miraba la parte interior del cuello de la camisa, hacía una mueca de asco después de comprobar el estado de mis uñas. Y comentaba con pena que la ciencia ya sabía que la mayoría de las enfermedades, casi todas, se producían por culpa de la mente y no del cuerpo. El abuelo Alexander, sin embargo, simpático y agradable como siempre e imparable como un cachorro jovial, besaba la mano de mi madre y alababa su belleza «hasta en la enfermedad, y con mayor razón cuando te pongas bien del todo, mañana mismo, si no esta misma tarde. ¡Bueno!, *shto!* ¡Ya estás floreciendo! ¡Eres encantadora! *Krasavitza!*».

Por las noches mi padre seguía bien atento a que la luz de mi habitación se apagara exactamente a las nueve. Luego entraba de puntillas en la otra habitación, que era biblioteca, salón, despacho y dormitorio, cubría con un chal de lana los hombros de mi madre, pues el otoño ya estaba a las puertas y las noches empezaban a ser frescas, se sentaba a su lado, le cogía la mano fría con su mano siempre caliente e intentaba despertarla para charlar al menos un rato. Como el príncipe azul de los cuentos intentaba mi cansado padre despertar a la bella durmiente. Pero aunque la besara no conseguía despertarla: el hechizo de la manzana no desaparecía. O el beso no era verdadero. O ella, en sus sueños, no esperaba a un charlatán con gafas de intelectual bromeando sin descanso y preocupado por el futuro de los Balcanes, sino a un príncipe completamente distinto.

Se sentaba a su lado a oscuras, porque por aquellos días ella no podía soportar la luz. Cada mañana, cuando él se iba a trabajar y yo al colegio, teníamos que bajar las persianas y correr las cortinas, como si mi madre se hubiese convertido en la desdichada mujer encerrada en el desván de la novela inglesa *Jane Eyre*. A oscuras y en silencio se sentaba mi padre y cogía sin moverse la mano de mi madre. O tal vez le cogía las dos manos entre las suyas.

Pero era incapaz de permanecer sin moverse más de tres o cuatro minutos, ni al lado de mi madre enferma ni en ningún otro sitio salvo junto a su escritorio y sus fichas: era un hombre nervioso y activo, todo movimiento, sentimiento, obligaciones y aluviones de palabras.

Cuando ya no podía soportar más la oscuridad y el silencio, mi padre se iba con sus libros y sus montones de fichas a la cocina, se hacía un hueco sobre el hule de la mesa, se sentaba en un taburete y trabajaba un rato. Enseguida la tiznada celda de la cocina le debilitaba la mano. Por tanto, una o dos veces por semana se levantaba, suspiraba, se cambiaba de ropa, se peinaba, se lavaba bien los dientes, se perfumaba un poco con su loción de afeitar y echaba una ojeada a mi habitación para comprobar si ya había conciliado el sueño (por él me hacía siempre el dormido). Después iba a ver a mi madre, le decía lo que fuese, le prometía lo que fuese, ella seguro que no le detenía, al contrario, le pasaba la mano por la cabeza y le decía: Vete, Arie, vete a jugar un rato a la calle, no todas están gélidas como yo.

Al salir, con traje, sombrero a lo Humphrey Bogart y balanceando en el brazo un paraguas por si acaso, mi padre pasaba por el patio delante de mi ventana canturreando con unos gorgoritos terroríficos y con un evidente acento askenazí: «...y sea tu regazo refugio de mi cabeza/ nido de mis plegarias remotas», o: «tus ojos como dos palomas/ y el soniido de tu voz campaaanas».

No sabía adónde iba y a pesar de todo lo sabía sin saberlo y a pesar de todo no quería saberlo y a pesar de todo perdonaba a mi padre. Esperaba que le fuese bien allí. No quería bajo ningún concepto imaginar lo que había allí, en aquel «allí» suyo, pero lo que no quería bajo ningún concepto imaginar me asaltaba por las noches y me confundía y no me dejaba dormir. Tenía doce años. El cuerpo ya empezaba a ser un enemigo despiadado.

A veces pensaba que mi madre, cuando la casa se quedaba vacía por las mañanas, se metía bajo la manta y dormía durante el día. Y a veces se levantaba y paseaba un rato por la casa, siempre descalza, sin que sirviesen para nada las súplicas de mi padre ni las zapatillas que le tendía: iba de un lado a otro por el pasillo que durante la guerra usamos como refugio y que ahora estaba atestado de libros, por el pasillo que, con los grandes mapas en la pared, nos servía a mi padre y a mí de sala de operaciones desde donde dirigíamos la seguridad del país y la defensa del mundo libre.

También durante el día reinaba en ese pasillo una total oscuridad, a menos que se encendiera la luz. En esa oscuridad vagaba mi madre descalza de un lado a otro, con monotonía, una media hora o una hora entera, igual que suelen hacer los presos entre los muros del patio de la cárcel. Y a veces empezaba a cantar, compitiendo con mi padre, pero con muchos menos gorgoritos. Su voz al cantar era oscura y cálida, como el sabor del vino caliente en una noche de invierno. No cantaba en hebreo sino en un ruso agradable al oído. O en un polaco de ensueño. Una vez o dos cantó una canción en yiddish como conteniendo las lágrimas.

Las noches en que mi padre salía, volvía siempre, tal y como había prometido, algo antes de la

medianoche. Yo podía oírle desnudarse y, en ropa interior, prepararse un té, sentarse en un taburete de la cocina y canturrear en voz baja mientras mojaba una galleta en su té azucarado. Luego se duchaba con agua fría (pues para el agua caliente había que calentar la caldera tres cuartos de hora antes con troncos rociados con un poco de queroseno). Después de ducharse se colaba de puntillas en mi cuarto para comprobar si estaba dormido y taparme bien con la manta. Luego entraba con mucho cuidado en su habitación. A veces les oía hablar en voz baja, a mi madre y a él, hasta que por fin me dormía. Y a veces había allí un silencio sepulcral, como si no hubiese ni un alma.

Mi padre empezó a sospechar que su presencia en la cama de matrimonio podía ser la causa del insomnio de mi madre. Algunas veces insistía en que se acostase en el sofá que por las noches se convertía en cama y él dormiría en la silla de mi madre (cuando yo era pequeño llamábamos a ese sofá «el sofá ladrador», porque al abrirlo parecía las fauces de un perro rabioso). Mi padre le rogaba y le explicaba que así sería mejor para todos, él en la silla y ella en la cama, pues él dormía como un tronco en cualquier sitio, «hasta en una sartén al rojo vivo». Además, dormir en la silla, sabiendo que ella había conciliado el sueño en la cama, sería mil veces más dulce que dormir en la cama sabiendo que ella se pasaba horas y horas despierta en la silla.

Y una vez, poco antes de medianoche, se abrió despacio la puerta de mi habitación y la silueta de mi padre se inclinó sobre mí en la oscuridad. Como siempre, me apresuré a hacerme el dormido. En lugar de taparme bien con la manta, la levantó y se acostó a mi lado. Como entonces. Como había hecho aquella noche del 29 de noviembre tras la votación sobre la creación del Estado, cuando mi mano vio sus lágrimas. Me asusté, y rápidamente apreté las piernas dobladas contra mi vientre para que no se percatase de ninguna manera de lo que me impedía dormir: si se percataba me moriría en ese mismo instante. Me quedé tan petrificado cuando mi padre se metió de repente bajo mi manta, sentí tanto pánico de ser pillado en una falta, que pasó un buen rato hasta que de alguna forma me di cuenta, como en una pesadilla, de que la silueta que se había metido en mi cama no era la silueta de mi padre.

Ella nos tapó a los dos por completo, hasta la cabeza, me abrazó por detrás y me susurró: No te despiertes.

Por la mañana ya no estaba. Al día siguiente volvió a dormir en mi habitación, pero en esa ocasión trajo a rastras uno de los dos colchones del «sofá ladrador» y durmió en el suelo a mis pies. La siguiente noche me empeciné, imitando lo mejor que pude las formas autoritarias y racionales de mi padre, y no cedí, me empeñé en que ella durmiese en la cama y yo en el colchón, a sus pies.

Parecía que los tres estábamos jugando al juego de las sillas. Era como si hubiésemos perfeccionado el juego y nos hubiésemos inventado el juego de las camas. La primera escena, normal: mis padres en la cama de matrimonio y yo en mi cama. Después, en la siguiente escena, mi madre en su silla, mi padre en el sofá y yo como siempre en mi cama. En la tercera escena, mi madre y yo en la cama individual, y mi padre solo en la cama de matrimonio. En la cuarta escena mi padre como siempre, yo otra vez solo en mi cama y mi madre en el colchón a mis pies. Después, el cambio de papeles entre ella y yo, ella sube y yo bajo, y mi padre como siempre.

Pero aún no habíamos terminado.

Pues al cabo de unas cuantas noches, mientras dormía en el colchón a los pies de mi madre, me sobresaltaron unos sonidos entrecortados que sólo vagamente recordaban a la tos. Después se calló y se durmió. Y de nuevo, una o dos noches más tarde, me volví a despertar al oír sus toses que no eran toses. Me levanté con los ojos pegados, me tapé con la manta, crucé como sonámbulo el pasillo, me acosté y me dormí al instante al lado de mi padre, en la cama de matrimonio. Y lo mismo hice durante las noches siguientes.

Casi hasta sus últimos días durmió mi madre en mi habitación y en mi cama, y yo dormí con mi padre. Al cabo de dos o tres días fueron trasladados a su nuevo sitio todas las cajas de medicinas, los frascos de los medicamentos, los calmantes, los somníferos y las píldoras contra las migrañas.

No dijimos ni una palabra sobre el nuevo orden. Ni ella, ni yo ni él. Como si hubiese ocurrido así sin más.

Y así fue. Sin ninguna decisión familiar. Sin una palabra.

La semana anterior a la última, mi madre dejó de dormir en mi cama y regresó a su silla frente a la ventana, sólo que esa silla fue trasladada de nuestra habitación, mía y de mi padre, a mi habitación, que se había convertido en la suya.

Cuando todo pasó no quería volver a esa habitación. Quería quedarme con mi padre. Y cuando por fin volví a la habitación que había sido la mía, era incapaz de conciliar el sueño: parecía que ella aún estaba allí. Sonriendo sin sonreír. Tosiendo sin toser. O que me había dejado en herencia el insomnio que la había perseguido hasta el final y que desde entonces me perseguiría a mí. Fue tan terrorífica la noche que volví a dormir en mi cama que, durante las noches siguientes, mi padre tuvo que coger uno de los colchones del «sofá ladrador» y venir a dormir conmigo. Durante una semana, tal vez dos, estuvo durmiendo mi padre a mis pies cada noche. Después volvió a su sitio y también ella, o su insomnio, le siguió.

Era como si un gran maremoto nos arrastrara a los tres, golpeándonos por todas parte, acercándonos y alejándonos, alzándonos y haciéndonos girar, hasta dejarnos al final a cada uno en una playa desconocida. Y de puro cansancio cada uno se conformó en silencio con el cambio. Estábamos muy cansados. No sólo en la cara de mi madre y de mi padre, también debajo de mis ojos vi en el espejo durante aquellas semanas medialunas oscuras.

Durante aquel otoño estuvimos tan unidos y tan cerca como tres condenados en una misma celda. Y a pesar de todo, cada uno estaba a lo suyo: ¿qué podían saber ellos de mis sórdidas noches? ¿De la cruel indecencia del cuerpo? Cómo podían saber mis padres que me advertía a mí mismo una y otra vez, con los dientes apretados de vergüenza: si no dejas eso, si tampoco esta noche paras, te juro que me tomo todas las pastillas de mamá y así acabaremos con esto.

Mis padres no se imaginaban nada. Mil años luz nos separaban. No años luz. Mil años oscuridad.

¿Pero qué sabía yo de sus sufrimientos?

¿Y ellos? ¿Ellos dos? ¿El uno del otro? ¿Qué sabía mi padre de la tragedia de mi madre? ¿Qué sabía mi madre del sufrimiento de mi padre?

Había mil años oscuridad entre unos y otros. Incluso entre los tres condenados en una misma celda. E incluso entonces, en Tel Arza, aquella mañana de sábado, cuando mi madre se sentó apoyada en un árbol y mi padre y yo pusimos la cabeza sobre sus piernas, una cabeza en cada pierna, y mi madre nos acarició a los dos, incluso en aquel momento, el más querido de toda mi infancia, mil años oscuridad nos separaban.

En el volumen de poesía de las obras de Zeev Jabotinsky, después de «Con sangre y sudor se alzaré nuestra estirpe», después de «Las dos riberas del Jordán» y «Desde el día en que fui llamado al prodigio/ de Beitar, Sión y el Sinaí», aparecen también sus melodiosas traducciones de poesía extranjera, entre ellas «El cuervo» y «Annabel Lee» de Edgar Allan Poe, «La princesa lejana» de Edmond Rostand y el sobrecogedor «Canción de otoño» de Paul Verlaine.

Enseguida me lo aprendí todo de memoria e iba todo el día como embriagado por la potencia de los sublimes tormentos románticos y los abismos de macabro sufrimiento que envolvían aquellas obras.

Junto a los combativos poemas patrióticos que escribía en un elegante cuaderno negro, regalo del tío Yosef, empecé a escribir también poemas del *Weltschmerz*, el dolor universal, repletos de tormentas, bosques y mares. Y también algunos poemas amorosos, antes de saber lo que era el amor. O, más que antes de saber, mientras intentaba en vano conciliar las películas del oeste, donde al final una bella chica era el premio para quien había matado más indios, con los votos bañados en lágrimas de Annabel Lee y su compañero, y su amor más allá de la tumba. Era difícil tomar partido, pero era mucho más difícil conciliar todo eso con el laberinto de trompas, vaginas y óvulos de la enfermera del colegio Tajkemoní. Y con la indecencia nocturna que me atormentaba sin piedad hasta hacerme desear morir. O volver a ser como era antes de caer en manos de una banda nocturna de brujas burlonas: cada noche tomaba la decisión de matarlas de una vez por todas, y cada noche esas maléficas hechiceras descubrían ante mis ojos estupefactos tramas tan disolutas que me pasaba el día entero esperando impacientemente mi cama. A veces no podía esperar y me encerraba en el pestilente retrete del patio del Tajkemoní o en nuestro cuarto de baño y salía de allí dos o tres minutos después con el rabo entre las piernas, avergonzado, lastimoso como un guiñapo.

El amor por las chicas y todo lo que conllevaba me parecía una tragedia, una trampa terrorífica de donde nadie volvía jamás: al principio uno era atraído en un vuelo onírico hacia un palacio de cristal encantado y al final se despertaba inmerso en una repugnante fosa séptica.

Escapaba a la carrera hacia la lúcida fortaleza de los libros de suspense, de aventuras y de guerra: Julio Verne, Karl May, Fenimore Cooper, Mein Rid, Sherlock Holmes, *Los tres mosqueteros*, *Las aventuras del capitán Hatteras*, *Hacia los cráteres de la luna*, *La hija de Moctezuma*, *El prisionero de Zenda*, *A fuego y espada*, *Corazón*, de Edmundo de Amicis, *La isla del tesoro*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *En el desierto y en la estepa*, *El oro de Kajamalka*, *La isla misteriosa*, *El conde de Montecristo*, *El último mohicano*, *Los hijos del*

capitán Grant, las profundidades del África negra, granaderos e indios, villanos y caballeros, saqueadores de ganado, ladrones, *cowboys*, piratas, las islas del archipiélago, grupos de indígenas sanguinarios con plumas en la cabeza y pinturas de guerra, gritos de combate que hielan la sangre, magos, caballeros-dragones y caballeros-sarracenos con sables, monstruos, brujos, emperadores, impostores, espectros incansables, malvados truhanes y sobre todo muchachos pálidos destinados a realizar grandes hazañas tras conseguir dominar su ignominia. Quería ser como ellos y quería saber escribir como los que los habían escrito. Tal vez aún no distinguía entre escribir y vencer.

Miguel Strogoff, de Julio Verne, dejó algo en mí que me ha acompañado hasta el día de hoy. El zar ruso envió a Strogoff en una misión secreta a llevar un despacho crucial a las fuerzas rusas asediadas en los confines de Siberia. El correo debía atravesar las tierras que estaban bajo dominio de los tártaros. Miguel Strogoff fue capturado por la guardia tártara y conducido ante su líder, el Gran Khan, quien ordenó cegarle acercando una espada al rojo vivo a sus ojos para que no pudiera proseguir su viaje a Siberia. Strogoff se había aprendido el crucial despacho de memoria, ¿pero cómo podía llegar a Siberia sin vista? Incluso después de que el hierro candente quemara sus ojos, el fiel correo continuó a ciegas su camino hacia el este, hasta que, en el momento decisivo de la trama, el lector descubre que no ha perdido la vista: ¡la espada al rojo vivo que le habían acercado a los ojos se había enfriado con las lágrimas! Porque en aquel difícil momento Miguel Strogoff había pensado en su querida familia, a la que ya nunca volvería a ver, y con ese pensamiento sus ojos se llenaron de lágrimas, y esas lágrimas enfriaron la brasa y le salvaron la vista, así su trascendental misión fue llevada a término con éxito y determinó la victoria de su patria sobre todos sus enemigos.

Las lágrimas fueron por tanto las que salvaron a Strogoff y a toda Rusia. ¡Pero en casa las lágrimas estaban prohibidas a los hombres! ¡Eran una deshonra! El llanto era propio única y exclusivamente de las mujeres y los niños. Con cinco años ya me avergonzaba llorar y con ocho o nueve aprendí a ahogar el llanto para poder ser admitido en la orden de los hombres. Por eso me impresioné tanto la noche del 29 de noviembre cuando mi mano izquierda tropezó en la oscuridad con la mejilla húmeda de mi padre. Y por eso no hablé de ello nunca, ni con mi padre ni con ninguna otra persona. Y resulta que Miguel Strogoff, un héroe impertérrito, un hombre de hierro capaz de superar cualquier adversidad y tormento, cuando de pronto piensa en el amor, no se contiene: llora. No de miedo ni de dolor, Miguel Strogoff llora por la fuerza de sus sentimientos.

Y más aún: el llanto de Strogoff no lo rebaja al nivel de un infeliz ni al de una mujer o un trasto viejo, sino que es un llanto aceptado tanto por el autor, Julio Verne, como por el lector. Y como si no bastase con que el llanto de un hombre sea aceptado, ese llanto de pronto salva al que lo derrama e incluso a toda Rusia. Y así, ese hombre, el más viril de los hombres, venció a todos sus enemigos gracias al «lado femenino» que surgió de lo más profundo de su alma en el momento decisivo, y ese «lado femenino» no anuló ni debilitó el «lado masculino» (algo con lo que en aquella época nos lavaban el cerebro) sino todo lo contrario, lo completó y se reconcilió con él. Tal vez fuera ésa una salida digna, una liberación no deshonrosa a la alternativa que por aquellos días me atormentaba, la alternativa entre sentimiento y virilidad. (Una decena de años más tarde Jana, en *Mi querido Mijael*, se enamoró del personaje de Miguel Strogoff).

Y estaba también el capitán Nemo de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, ese hindú

orgullosos y valientes que aborrecían la crueldad de los regímenes explotadores y detestaban la opresión de pueblos e individuos por parte de los poderosos desalmados y las potencias egoístas. El capitán Nemo en *Veinte mil leguas de viaje submarino* sentía una especie de aversión al estilo de Edward Said, si no un odio a lo Franz Fanon hacia la arrogante soberbia del mundo noroccidental. Por tanto decidió alejarse de todo y crearse un pequeño mundo utópico bajo el océano.

Al parecer esto provocó en mí, entre otras cosas, una pulsión de aceptación sionista: el mundo nos había perseguido sin tregua y había sido siempre injusto con nosotros. Por tanto nos apartamos de él para crear una pequeña burbuja independiente y vivir en ella una vida pura y libre, lejos de la crueldad de nuestros perseguidores. Pero, al igual que el capitán Nemo, nosotros no seguiríamos siendo víctimas sin salvación, sino que, con nuestro genio creativo, equiparíamos nuestro *Nautilus* con sofisticados rayos mortales. Nadie se volvería a atrever jamás a intentar conspirar contra nosotros. Nuestro largo brazo llegaría, si fuera necesario, hasta el fin del mundo.

En *La isla misteriosa* un puñado de náufragos consiguieron crear de la nada una pequeña civilización en una isla desierta y árida. Esos náufragos eran todos europeos, todos hombres, todos magníficos pensadores, magnánimos, todos tecnócratas, todos intrépidos y hábiles: justamente así, a su imagen y semejanza, quería el siglo XIX vislumbrar el futuro, moderado, iluminado y viril, capaz de resolver todos los problemas por medio de la fuerza de la razón y las normas de la religión del progreso (al parecer la crueldad, los instintos y el mal se desterraron más tarde a otra isla: la isla de los jóvenes de William Golding en su libro *El señor de las moscas*).

Gracias a su determinación, gracias a su inteligencia y sentido común, y gracias a su fervoroso entusiasmo colonizador, los náufragos consiguieron sobrevivir e incluso construir, únicamente con sus manos, los fundamentos de una próspera colonia en la árida isla. Y así conquistaron mi corazón, que estaba repleto del sistema de valores sionista-colonizador heredado de mi padre, un sistema de valores laico, ilustrado y apasionado, racional, idealista, militante, optimista y progresista.

Pero en los momentos en que se cernía sobre los colonos de la isla misteriosa una catástrofe irremediable provocada por las fuerzas de la naturaleza, en los momentos en que estaban entre la espada y la pared y su ingenio no podía ya salvarles, en esos momentos decisivos siempre intervenía en el curso de los acontecimientos una misteriosa mano superior, una prodigiosa providencia omnipotente que, justo en el último instante, les salvaba de la destrucción total: «Si hay justicia, que aparezca de inmediato», escribió Bialik. En *La isla misteriosa* había justicia y apareció de inmediato, rápida como un rayo, en el momento en que se había perdido toda esperanza.

En el fondo era otro sistema de valores, opuesto de principio a fin al racionalismo de mi padre: era la lógica de las historias nocturnas de mi madre, las historias sobre demonios y milagros, la historia del venerable anciano que daba asilo en su cabaña a un hombre mucho más anciano que él, el misterio, el mal y la bondad, la caja de Pandora, donde, tras todas las desgracias, aún había esperanza en el fondo de la desesperación. Así era también la lógica milagrosa de los cuentos hasídicos que la Maestrazelda me dio a conocer y que el profesor

Mordejai Mijaeli del Tajkemoní, un pozo de leyendas, retomó en el lugar donde ella lo había dejado.

Era como si ahí, en *La isla misteriosa*, hubiese tenido lugar por fin la reconciliación entre las dos primeras ventanas, opuestas entre sí, a través de las cuales se me mostró el mundo al comienzo de mi vida: la ventana de mi padre, racional y optimista, y la ventana de mi madre, por la que se veían paisajes melancólicos y extrañas fuerzas sobrenaturales, las fuerzas del mal pero también de la compasión y la bondad.

Sin embargo, al final de *La isla misteriosa* se pone de manifiesto que esa mano providencial superior que intervenía y salvaba siempre la «empresa sionista» de los náufragos cuando un peligro de exterminio se cernía sobre ella era la mano oculta del capitán Nemo, el mismo capitán de mirada furiosa del libro *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Pero eso no consiguió arruinar la sensación de reconciliación que me proporcionó ese libro, fue el fin de la constante contradicción entre el entusiasmo sionista infantil y el entusiasmo gótico, no menos infantil.

Como si mi madre y mi padre se hubiesen reconciliado y por fin vivieran en perfecta armonía. No en Jerusalén sino en alguna isla desierta, es cierto. Pero pese a todo pudieran hacer las paces.

El buen señor Marcus, que tenía una librería de libros nuevos y usados y también una biblioteca de préstamo en la calle Jonás, casi en la esquina con la calle Gueulá, por fin accedió a dejarme sacar un libro al día. Y a veces incluso dos al día. Al principio no se creía que lo leyese entero y, cada vez que le devolvía un libro unas horas después de haberlo sacado prestado, me examinaba haciéndome todo tipo de preguntas inteligentes y astutas sobre su contenido. Poco a poco sus sospechas se convirtieron en estupor y su estupor en devoción: pensaba que con una memoria tan asombrosa y una capacidad de lectura tan rápida, y, sobre todo, si me aplicaba también en el estudio de lenguas extranjeras fundamentales, algún día podría convertirme en el secretario personal ideal de alguno de nuestros grandes líderes: quién sabe, tal vez con los años sería elegido secretario de Ben Gurión, o de Moshé Sharett. Por tanto, el señor Marcus decidió que le convenía hacer en mí una inversión a largo plazo, como dice el Eclesiastés: echa tu pan al agua, que al cabo de mucho tiempo lo encontrarás. Quién sabe si algún día necesitaría una licencia, o un enchufe, o poner en marcha los engranajes de un negocio editorial en el que se dispusiera a entrar, y entonces la relación de amistad con el secretario personal de algún pez gordo valdría más que el oro.

A veces el señor Marcus enseñaba con especial orgullo mi carné de biblioteca repleto a algunos de sus clientes, como jactándose de los frutos de su inversión: ¡Mirad lo que tenemos aquí! ¡Una rata de biblioteca! ¡Un fenómeno! ¡Un niño que no devora libros, sino estanterías enteras cada mes!

Así recibí del señor Marcus el permiso especial de sentirme en su biblioteca casi como en casa: sacar cuatro libros a la vez para no sentir hambre durante los dos días de fiesta. U hojear – ¡con cuidado!– los libros recién salidos de la imprenta, destinados a la venta y no al préstamo. Y también echar un vistazo a novelas que no eran apropiadas para mi edad, como los libros de Somerset Maugham, O. Henry, Stefan Zweig e incluso el escabroso Maupassant.

En invierno iba corriendo en la oscuridad, bajo la lluvia punzante y los latigazos del viento, para llegar a tiempo a la biblioteca del señor Marcus antes de las seis de la tarde, la hora de

cierre. Hacía mucho frío en Jerusalén por aquellos días, un frío penetrante que escocía, osos polares hambrientos llegaban de Siberia y vagaban por Kerem Abraham durante las noches de finales de diciembre. Y, como yo iba corriendo sin abrigo, mi jersey se empapaba y desprendía toda la tarde un olor deprimente, un olor picante a lana mojada.

En más de una ocasión ocurría que me encontraba sin una migaja que leer durante esos largos y vacíos sábados en los que, ya a las diez de la mañana, había terminado todas las provisiones que había sacado de la biblioteca Marcus. Llevado por la bulimia cogía de las estanterías de mi padre todo lo que cayera en mis manos: *Till Eulenspiegel*, en la traducción de Shlonsky, *Las mil y una noches*, en la traducción de Rivlin, libros de Israel Zarhi, de Mendele, de Shalom Alehem, de Kafka, de Berdichevsky, poemas de Rahel, Balzac, Hamsun, Yigal Mosenson, Fayerberg, Natán Shaham, Gnessin, Brenner y Hazaz, e incluso los libros del señor Agnón. No entendía casi nada, excepto tal vez lo que había visto a través de las lentes de mi padre, es decir, que el *shtetl* judío de la diáspora era lastimoso, despreciable y ridículo. Mi necio corazón no se asombraba del todo de su amargo final.

Mi padre había adquirido la mayor parte de las obras clásicas de la literatura universal en su lengua original, por tanto yo no podía ni echarles un vistazo. Casi todo lo que había allí en hebreo, ya lo había leído o al menos lo había hojeado. No dejé piedra sin remover.

Por supuesto, también leí los suplementos infantiles de *Davar* y los libros infantiles que formaban parte del repertorio común: los poemas de Leah Goldberg y de Fania Bergstein, *La isla de los niños*, de Mira Lobe, y todos los cuentos de Nahum Guttman: el África de *Lobengulu* y el París de *Beatrice*, así como la Tel Aviv rodeada de arena, huertos y mar, todos esos lugares fueron las metas de los primeros viajes voluptuosos de mi vida. La diferencia entre Jerusalén y la Tel-Aviv-unida-al-resto-del-mundo era para mí como la diferencia entre nuestra vida aquí, una vida invernal en blanco y negro, y una vida en color, veraniega y luminosa.

Cautivaba especialmente mi fantasía *Sobre las ruinas*, el libro de Zvi Liebermann-Livne que había leído tantas veces: érase una vez un remoto pueblo judío en la época del Segundo Templo, un pueblo tranquilo oculto entre montañas, colinas y viñedos. Un día llegaron los soldados de la legión romana, asesinaron a todos los habitantes del pueblo, hombres, mujeres y ancianos, lo saquearon todo, quemaron las casas y siguieron su camino. Pero antes de la matanza las gentes del pueblo lograron esconder a sus hijos pequeños, los que aún no habían cumplido los doce años y no podían participar en la defensa del pueblo, en una cueva en las montañas.

Tras la masacre los niños salieron de la cueva, vieron la ruina causada y, en vez de desesperarse, decidieron, en un debate parecido a la asamblea general de un kibbutz, que la vida debía continuar y que había que levantar el pueblo de las ruinas. Por tanto, eligieron un comité donde también participaban las chicas, pues esos niños no sólo eran valientes y decididos sino también increíblemente progresistas e ilustrados. Poco a poco, con la tenacidad de una hormiga, consiguieron reunir lo que quedaba de las vacas y ovejas, repararon el corral y el establo, reconstruyeron las casas quemadas, reanudaron los trabajos agrícolas y fundaron una comunidad de niños ejemplares, una especie de kibbutz ideal: un grupo compuesto de muchos Robinson Crusoe sin ningún Viernes.

Ninguna sombra oscurecía la vida de fraternidad e igualdad de esos niños de ensueño: ni

luchas por el poder, ni rivalidades, ni envidias, ni indecencias sexuales, ni los fantasmas de los padres muertos. Era el reverso positivo de lo que les sucedía a los niños de William Golding en *El señor de las moscas*. Zvi Livne pretendió regalar a los niños de Israel una excitante alegoría sionista: la generación del desierto ha muerto y en su lugar se ha alzado la generación de la tierra, una generación osada y heroica, «el hierro de los grilletes será apartado de ella», una generación que se ha elevado por sí misma «del holocausto al heroísmo», de la oscuridad a la luz. En mi versión jerosolimitana, en el segundo tomo de *Sobre las ruinas* escrito en mi imaginación, los niños no se conformaban con ordeñar, coger olivas y vendimiar: descubrieron un arsenal de armas, o mejor aún, inventaron la forma de hacer por sí mismos ametralladoras, morteros y carros blindados. O quizá fue el Palmaj quien consiguió pasar de contrabando esas armas, retrocediendo cien generaciones en el tiempo, directamente a las manos tendidas de los niños de *Sobre las ruinas*. Equipados con todo eso, los niños de Zvi Livne y míos lograron llegar justo en el último momento a los pies de Masada: abriendo fuego por sorpresa desde la retaguardia, con largas y precisas ráfagas y con fuego de mortero letal, sorprendieron a las legiones romanas, las mismas legiones que habían asesinado a sus padres, las mismas legiones que ya estaban empezando a subir a Masada por un terraplén. Y así, justo cuando Eliezer Ben Yair iba a finalizar su memorable discurso de despedida, justo cuando los últimos defensores de Masada estaban a punto de caer sobre sus propias espadas para no ser hechos prisioneros de los romanos, mis jóvenes y yo abrimos brecha, llegamos a la cima de la montaña y les salvamos de la muerte, y salvamos a nuestro pueblo de la humillación de la derrota.

Después llevamos la guerra al territorio enemigo: instalamos nuestros morteros en la cima de las siete colinas de Roma, hicimos pedazos el arco de Tito y pusimos al emperador de rodillas.

Tal vez se oculte en esta historia un placer inconfesable y enfermizo en el que, por supuesto, Zvi Livne no pensó cuando escribió este libro tan didáctico y edificante: un placer edípico. Un placer oscuro. Pues los niños enterraron a sus padres. A todos. No quedó en todo el pueblo ni un solo adulto. Ni un progenitor, ni un maestro, ni un vecino, ni un tío, ni un abuelo, ni una abuela. Ni el señor Krohmal, ni el tío Yosef, ni Mala y Stashek Rodnitzky, ni los Abramsky, ni los Bar Yitzhar, ni la tía Lilia, ni Begin, ni Ben Gurión. Se cumplía así, de forma milagrosa, el deseo censurado del sistema de valores sionista y también del niño que era yo: que se muriesen de una vez. Porque eran diaspóricos. Angustiosos. Porque eran la generación del desierto. Siempre llenos de protestas y órdenes, siempre sin dejar respirar. Sólo cuando muriesen podríamos por fin demostrarles que lo podíamos hacer absolutamente todo solos: todo lo que ellos querían que hiciésemos, todo lo que esperaban de nosotros, lo realizaríamos a la perfección –arar, segar, construir, luchar y vencer– pero sin ellos: porque el nuevo pueblo judío debía separarse de ellos. Porque todo se había aquí creado con la intención de que fuese sólo joven, sano y fuerte, y ellos eran viejos y estaban cansados, y en ellos todo era complicado, un poco repelente y más que un poco ridículo.

Toda la generación del desierto por tanto se volatilizó en *Sobre las ruinas* y dejó tras ella huérfanos felices, raudos y libres como una bandada de pájaros en el cielo azul. No quedaba nadie que estuviera todo el día fastidiando con acento diaspórico, con gorgoritos retóricos, imponiendo modales mohosos y enturbiando la vida con depresiones, humillaciones, órdenes y ambiciones.

Ninguno había sobrevivido para imponernos todo el día su moral, esto se puede, esto no se puede, esto es feo. Sólo nosotros. Solos en el mundo.

La muerte de todos los adultos aludía a una secreta y poderosa fascinación. Y así, a los catorce años y medio, unos dos años después de la muerte de mi madre, maté a mi padre y maté a toda Jerusalén, me cambié el apellido y me fui solo al kibbutz Hulda para vivir allí sobre las ruinas.

56

Lo maté sobre todo cambiándome el apellido. Durante muchos años la vida de mi padre estuvo oscurecida por la gran sombra del erudito tío con «nombre internacional» (un concepto que mi padre pronunciaba bajando religiosamente el tono de voz). Durante muchos años Yehuda Arie Klausner soñó con seguir los pasos del profesor Yosef Gedalia Klausner, el autor de *Jesús de Nazaret*, *De Jesús a Pablo*, *Historia del Segundo Templo*, *Historia de la literatura hebrea* y *Cuando un pueblo lucha por su libertad*. En el fondo de su corazón, tal vez mi padre también soñara con meterse algún día en los zapatos del profesor sin hijos y heredar su puesto. Por eso mi padre aprendió a leer no menos idiomas de los que sabía su tío. Por eso se inclinaba sobre su escritorio por las noches con montones y montones de fichas a su alrededor. Y, cuando empezó a perder la esperanza de llegar también algún día a ser un famoso profesor, tal vez empezó a rogar en lo más profundo de su corazón que la antorcha pasara a mis manos, y que él lo pudiese ver.

A modo de broma, mi padre se comparaba a veces con el insignificante Mendelssohn, el banquero Abraham Mendelssohn, a quien el destino había designado para ser hijo del famoso filósofo Mosés Mendelssohn y padre del gran compositor Felix Mendelssohn-Bartholdy («Primero fui hijo de mi padre y después padre de mi hijo», bromeó en una ocasión Abraham Mendelssohn sobre sí mismo).

Como bromeando, como burlándose de mí llevado por un afecto contenido, mi padre se empeñaba en llamarme desde muy pequeño Su Excelencia. Su Alteza. Su Majestad. Sólo al cabo de muchos años, la noche siguiente a la mañana de su muerte, comprendí de pronto que tras su sarcasmo invariable, irritante y algo molesto, se ocultaban tal vez sus propios sueños de grandeza frustrados, la pena de tener que resignarse a su mediocridad y el oculto deseo de asignarme a mí la tarea de conquistar en su nombre, algún día, las metas que él no había podido alcanzar.

En su soledad y depresión, mi madre me contaba en la cocina historias sobre prodigios, horrores y fantasmas, semejantes tal vez a los cuentos que la viuda Aase le contaba al pequeño Peer Gynt en su cabaña las noches de invierno. Mientras que mi padre, a su manera, era Jon Gynt, el padre de Peer, en la misma medida en que mi madre era Aase:

¡Peer, has nacido para cosas grandes!

¡Peer, serás un gran hombre^[28]!

–El kibbutz –decía mi padre con tristeza– tal vez sea un fenómeno significativo, pero necesita a personas fuertes que realicen trabajos físicos y con un coeficiente intelectual mediocre. Y tú

sabes que en absoluto eres mediocre. No pretendo menospreciar el kibbutz, los miembros de los kibbutzim tienen evidentes méritos en la vida del país, pero tú no podrás desarrollarte allí. Por tanto, sintiéndolo mucho, no puedo estar de acuerdo con eso. De ninguna manera. Y punto. Aquí se acaba la discusión.

Desde la muerte de mi madre, y desde el nuevo matrimonio de mi padre un año después, él y yo hablábamos sólo de cuestiones urgentes relacionadas con la vida cotidiana. O de política. De los nuevos descubrimientos científicos y de los valores y los ideales universales (vivíamos ya en un piso nuevo, en la avenida Ben Maimón 28 en Rehavia, el barrio al que mi padre había aspirado toda su vida). Sobre los tormentos de mi adolescencia, su nuevo matrimonio, sus sentimientos, mis sentimientos, los últimos días de vida de mi madre, su muerte y su ausencia, sobre todo eso no intercambiábamos ni una palabra. Nunca. Muy a menudo teníamos acaloradas discusiones, con cierta hostilidad recíproca, cortés pero muy tensa, sobre Bialik, Napoleón, el socialismo, que empezaba a fascinarme mientras que mi padre lo consideraba «una epidemia roja», y una vez tuvimos una fuerte pelea por Kafka. Casi siempre nos comportábamos como dos inquilinos que comparten un pequeño piso: El baño ya está libre. Falta margarina y papel higiénico. ¿No está empezando a hacer un poco de frío? ¿No te importa que encienda la estufa?

Cuando empecé a ir a pasar los Shabbat y las fiestas a Tel Aviv, a casa de Haya y de Sonia, las hermanas de mi madre, o a Kiriath Motzkin, a casa del «abuelo Papá», mi padre me daba dinero para el viaje y unas cuantas liras más «para que no tengas que pedirle a alguien allí dinero». «Y no olvides decirle a alguien allí que durante unos días no puedes comer nada frito». O decía: «Por favor, acuérdate de preguntarle a alguien allí si ellos allí tienen interés en que la próxima vez les mande contigo un sobre con cosas de su cajón».

La palabra «su», o «ella», cubría el recuerdo de mi madre como una lápida sin nombre. Las expresiones «alguien allí» o «ellos allí» mostraban el enfriamiento de la relación entre él y toda la familia de mi madre, una relación que no se retomó nunca más: ellos le consideraban culpable. Sus relaciones con otras mujeres, sospechaban las hermanas de mi madre de Tel Aviv, enturbiaron la vida de su hermana. Y también todas esas noches sentado a su escritorio, dándole la espalda y entregado a sus investigaciones y a sus fichas. A mi padre le conmocionó esa acusación y le hirió hasta lo más profundo de su alma. Consideraba mis viajes a Tel Aviv y a Haifa más o menos como consideraban los países árabes por aquellos años, años de boicot y rechazo, la visita de personas neutrales al territorio del Estado de Israel: no está en nuestras manos detenerte, ve a donde quieras, pero, por favor, en nuestra presencia no menciones el nombre de ese lugar y, al volver, no nos cuentes nada sobre ellos. Ni bueno ni malo. Ni tampoco a ellos sobre nosotros. Porque no queremos escuchar nada ni nos interesa saber nada. Y debes tener mucho cuidado de que no estampen en tu pasaporte ningún sello indeseable.

Unos tres meses después del suicidio de mi madre llegó el día de mi *bar mitzvá*: no hubo fiesta. Subí al púlpito de la sinagoga Tajkemoní el sábado por la mañana y balbucí el texto de la semana, eso fue todo. Vino la familia Mussman al completo, desde Tel Aviv y también desde Kiriath Motzkin, pero se buscaron un rincón en la sinagoga lo más alejado posible de los Klausner. Los dos bandos no intercambiaron ni una palabra. Sólo Zvi y Buma, los maridos de mis tías, se obsequiaron con un ligero movimiento de cabeza casi imperceptible. Yo me pasé todo el rato corriendo como un cachorro enloquecido de un territorio a otro, esforzándome por poner cara de niño contento y alegre, hablando sin parar aquí y allá: imitando a mi padre, que odiaba los

silencios, que siempre se sentía culpable de cualquier silencio y tenía que romperlo como fuera.

Sólo el abuelo Alexander cruzó sin dudarle el telón de hierro y besó a mi abuela de Haifa y a las dos hermanas de mi madre en la mejilla, tres besos, izquierda, derecha, izquierda, según la costumbre rusa, luego me colocó a su lado y dijo con resplandeciente entusiasmo: «Bueno, *shto?* Un niño magnífico, ¿no? ¡Un niño *molodyetz!* ¡Y tiene mucho talento! ¡Muchísimo talento! ¡Muchísimo!».

Algún tiempo después de que mi padre se volviera a casar empecé a ir tan mal en los estudios que incluso temía que me echaran del colegio (al año de morir mi madre me cambiaron del Tajkemoní al instituto Rehavia). Mi padre estaba ofendido y consternado, y me castigaba. Poco a poco empezó a sospechar que aquella guerra de guerrillas mía no acabaría hasta forzarle a aceptar que me fuera al kibbutz. Pero también él respondió con una guerra: cada vez que yo entraba en la cocina, mi padre se levantaba y se iba sin decir ni una palabra. Sin embargo, un viernes salió de detrás de su muro defensivo y me acompañó a la vieja estación de autobuses de la compañía Egued, que estaba a mitad de la calle Yafo. Antes de subir al autobús hacia Tel Aviv, de pronto dijo:

–Si te parece bien, haz el favor de preguntarles a ellos allí lo que opinan de tus planes de ir al kibbutz. Por supuesto su opinión allí no nos compromete a nada y no nos interesa demasiado, pero esta vez no me opondré a oír cómo ven ellos allí esa posibilidad.

Ya antes de la tragedia, desde que comenzó la enfermedad de mi madre y puede que incluso antes, mis tías de Tel Aviv consideraban a mi padre un hombre egocéntrico y un poco déspota: creían que desde la muerte de mi madre yo me asfixiaba bajo su yugo de opresión, y que desde su matrimonio –eso creían– también me maltrataba la madrastra. Como para fastidiar a mis tías, yo me esforzaba siempre en decirles cosas maravillosas de mi padre y de su mujer, que se preocupaban por mí con abnegación y hacían todo lo que podían para que no me faltase de nada. Pero las tías no querían oír ni una palabra: se enfadaban conmigo, se ponían furiosas, se sentían ofendidas, como si estuviese intentando alabar en su presencia el régimen de Nasser o defender las acciones de los fedayines. Las dos me hacían callar en el mismo instante en que empezaba el discurso en alabanza de mi padre. La tía Haya decía:

–Basta. Déjalo ya. Me haces sufrir con eso. Es evidente que te están haciendo allí un lavado de cerebro.

La tía Sonia, por su parte, no me reñía cada vez que intentaba decir en su casa algo bueno sobre mi padre o su mujer, pero al instante empezaba a llorar a lágrima viva.

Para sus ojos escudriñadores la realidad hablaba por sí misma: me veían delgado y tísico como un hilo, pálido, nervioso y no tan limpio como debería. Evidentemente me descuidaban allí, por no decir algo mucho peor. ¿Y esa herida en la mejilla? ¿No te han llevado al médico? ¿Este ajado jersey es el único que tienes? ¿Y cuándo fue la última vez que te compraron ropa interior? ¿Y dinero para el autobús de vuelta? Seguro que se han olvidado de dártelo, ¿no? ¿Por qué insistes? ¿Por qué no nos dejas meterte en el bolsillo unas liras, por seguridad?

De la bolsa que había preparado para el viaje a Tel Aviv, las tías sacaban nada más llegar las camisetas, el pijama, los calcetines y los calzoncillos, y hasta el pañuelo de reserva, chasqueaban la lengua sin hablar y lo condenaban todo de inmediato a lavar, a hervir o a dos horas aireándose

en la cuerda de la terraza, y a un potente planchado, a veces incluso a la destrucción sin concesiones: como para acabar con un peligro de epidemia o imponer en mi ropa y mis pertenencias una reforma educativa. En cuanto a mí, lo primero que hacían era mandarme a la ducha y, lo segundo, estar media hora al sol en la terraza: Estás blanco como la pared, ¿quieres un racimo de uvas? ¿O una naranja? ¿Y una zanahoria cruda? Después iremos a comprarte ropa interior nueva. O una camisa decente. O calcetines. Las dos intentaban cebarme con higaditos de pollo, aceite de bacalao, zumos de fruta y un buen surtido de hortalizas frescas. Como si acabara de llegar directamente del gueto.

A la pregunta sobre qué opinaban de que me fuera al kibbutz, la tía Haya sentenció al instante:

–Por supuesto que sí. Conviene que te alejes un poco de ellos. En el kibbutz crecerás, te harás fuerte y, poco a poco, también te recuperarás.

Mientras que la tía Sonia propuso con tristeza, con el brazo sobre mis hombros:

–Prueba a vivir en el kibbutz, sí, y si por desgracia también allí te sientes tan desdichado, simplemente te vienes con nosotras, ¿vale?

A finales de noveno, quinto en el instituto Rehavia, abandoné de repente los Scouts y casi dejé de ir al colegio. Me pasaba todo el día solo, tumbado en la habitación, en camiseta y calzoncillos, devorando un libro tras otro mientras acababa también con montones de golosinas, prácticamente lo único que comía por aquellos días. Hasta ese punto estaba enamorado, enamorado desesperadamente y sin la menor sombra de posibilidad, de una de las reinas de la clase: no era un amor de juventud con sabor agrídulce como los de los libros que había leído, donde se describía cómo el alma sufre de amor pero también se eleva y reverdece. No era así, era como si me hubiesen golpeado con una barra de hierro en la cabeza. Y por si eso fuera poco, precisamente por aquellos días, tampoco el cuerpo dejaba de atormentarme noche y día con sus insaciables indecencias. Quería sentirme libre, librarme de una vez por todas de esos dos enemigos, el cuerpo y el alma. Quería ser una nube. Ser una piedra en la superficie de la luna.

Cada tarde salía de mi guarida y vagaba dos o tres horas por las calles o por los campos vacíos de las afueras. A veces llegaba hasta las alambradas de espino o hasta los campos de minas que dividían la ciudad, y en una ocasión, en la oscuridad, debí de entrar en tierra de nadie y pisé por error una lata vacía que sonó como un alud de piedras; al instante se oyeron muy cerca dos disparos en la oscuridad y huí corriendo de allí. A pesar de todo volví al día siguiente y en días sucesivos a los límites de la tierra de nadie, como si todo me hastiase. También bajaba a los wadis más recónditos, a los lugares desde los cuales ya no podía ver ni una sola luz de las casas de Jerusalén, sólo las sombras de las montañas, un baño de estrellas, el olor de las higueras y los olivos, y un olor a tierra de verano sedienta. Volvía a casa a las diez, a las once, a medianoche, me negaba a decir dónde había estado, hacía caso omiso de la hora en que se apagaban las luces en casa, aunque mi padre ya se había dignado a atrasarla de las nueve a las diez, hacía caso omiso de todas sus reprimendas, no reaccionaba a sus tímidos esfuerzos de tender un puente sobre el silencio que reinaba entre nosotros con ayuda de sus trilladas bromas:

–¿Y dónde, si es que podemos preguntarlo, dónde se ha dignado a estar Su Alteza hasta casi medianoche? ¿Tal vez ha tenido un *rendez-vous*? ¿Con alguna hermosa joven? ¿O quizás Su Majestad ha sido invitado a una orgía en el palacio de la reina de Saba?

Mi silencio le aterraba más aún que los cardos pegados a mi ropa y más que el hecho de haber dejado de estudiar. Cuando mi padre se dio cuenta de que su furia y sus castigos no servían de nada, sustituyó la rabia por un mezquino sarcasmo y murmuraba moviendo la cabeza:

—¿Su Excelencia quiere eso? Que así sea —o decía—: Yo, a tu edad, ya casi había terminado el instituto. ¡No un instituto de reposo como el vuestro! ¡Un instituto clásico! ¡Con una férrea disciplina militar! ¡Con clases de griego clásico y latín! ¡Ya había leído a Eurípides, a Ovidio y a Séneca en su lengua original! ¿Y tú qué? ¿Tumbado durante doce horas seguidas leyendo banalidades y basura? ¿El semanario *Haolam Haze*? ¿Fascículos de todo tipo llenos de porquería? ¿Qué vergüenza! ¡Revistas pornográficas como *Gamad* y *Stalag*! ¡Una repugnancia destinada sólo a los despojos humanos! ¿El sobrino nieto del profesor Klausner va a acabar como un frívolo? ¿Como un vándalo?

Al final su sarcasmo se convirtió en tristeza. Junto a la mesa del desayuno, mi padre me miraba con sus ojos de perro marrones y apenados, pero al instante su mirada huía de la mía y se parapetaba tras el periódico. Como si fuese él quien se hubiera apeado del carro y debiera avergonzarse. Como si fuese él quien viviera en pecado.

Por fin, apesadumbrado, mi padre me ofreció un trato: unos amigos del kibbutz Huliote, el actual Sde Nehemia, en la Alta Galilea oriental, estaban dispuestos a hospedarme durante los meses de verano para que pudiese participar durante un tiempo en los trabajos agrícolas y, en compañía de mis coetáneos en el dormitorio comunitario, experimentar cómo se vivía allí: si me gustaba la idea o no. Si descubría que esa experiencia de verano me había bastado, debía comprometerme a volver al final del verano al instituto y reemprender mis estudios con la seriedad que se merecían. Si al final de las vacaciones aún no me había desilusionado, volveríamos a sentarnos los dos, él y yo, tendríamos una charla de hombre a hombre e intentaríamos encontrar una solución aceptable para ambos.

El tío Yosef en persona, el viejo profesor al que el movimiento Jerut había presentado como candidato a presidente del Estado de Israel frente al candidato de centro-izquierda, el profesor Hayyim Weizmann, se enteró de mi insensato propósito y se escandalizó: consideraba los kibbutzim una amenaza para el espíritu nacional, si no una prolongación de Stalin. Por tanto, el tío Yosef me invitó a ir a su casa para tener una importante conversación privada, cara a cara, desmarcada de las peregrinaciones de los sábados, una conversación que, por primera vez en mi vida, se desarrollaría en un día de diario. Me preparé a conciencia para la ocasión y hasta anoté tres o cuatro puntos fundamentales en un papel. Tenía la intención de recordarle al tío Yosef lo que él mismo ponía siempre como estandarte: ir contracorriente. Una postura individual decidida y concienzuda, aunque hubiese que enfrentarse a un potente viento, en defensa de lo que para uno es máspreciado. Pero, en el último momento, el tío Yosef tuvo que cancelar su invitación debido a un asunto imprevisto que no podía posponerse.

Y así, sin ninguna bendición, el día que empezaron las vacaciones de verano, me levanté a las cinco de la mañana para ir a la estación de autobuses de la calle Yafo. Mi padre se levantó una media hora antes que yo: cuando sonó mi despertador él ya me había preparado para el viaje, bien envueltos en papel de caña, dos gruesos bocadillos de queso y tomate y otros dos de tomate y huevo duro, y también pepinos pelados, una manzana, embutido y una botella de agua bien cerrada para que no gotease por el camino. Al cortar el pan para hacer los bocadillos, se le fue la mano y se cortó el dedo con el cuchillo afilado y, como seguía sangrando, antes de despedirnos le curé la

herida. En la puerta me dio un abrazo tímido y luego otro, enérgico, inclinó la cabeza y dijo:

–Si de alguna forma últimamente te he herido, te pido perdón. Tampoco es fácil para mí.

Y de repente cambió de idea, se puso rápidamente una corbata y una chaqueta, y vino a acompañarme a la estación. Durante todo el camino, por las calles vacías de Jerusalén antes del alba, llevamos juntos, él y yo, el petate que contenía todas mis pertenencias. Mi padre se pasó todo el trayecto repitiendo sus bromas, sus viejos chistes y sus juegos de palabras. Señaló el origen hasídico del término «kibbutz» y la interesante afinidad entre el ideal kibbutziano y la idea de la *koinonía*, comunidad, un concepto que tiene su origen en el griego clásico y cuya raíz está en *koinós*, que significa común, público. Y por cierto, de ahí, de *koinonía*, nos ha llegado al hebreo el concepto *kenunia*, connivencia, y quizás también canon. Cuando subí al autobús de Haifa, mi padre subió detrás, discutió conmigo sobre dónde debía sentarme, volvió a despedirse y, por puro despiste, olvidó que ése no era un viaje de fin de semana a casa de una de mis tías en Tel Aviv y me deseó un buen fin de semana a pesar de que era lunes. Antes de bajar del autobús bromeó un rato con el conductor y le rogó que tuviese un especial cuidado conduciendo, pues en esa ocasión le había tocado llevar un gran tesoro. Después se fue corriendo a comprar el periódico, se quedó en el andén, me buscó con los ojos y le dijo adiós con tristeza al autobús equivocado.

A finales de ese verano me cambié el apellido y me fui con mi petate desde Sde Nehemia hasta el kibbutz Hulda, primero como estudiante externo, en régimen de internado, del instituto local (que se llama, por pura modestia, «clases de continuación»). Al terminar mis estudios en el instituto, el día antes de comenzar el servicio militar, me convertí en miembro del kibbutz. Hulda fue mi casa desde el año 54 hasta el año 85.

Mi padre, por su parte, se casó por segunda vez un año después de la muerte de mi madre y, transcurrido otro año después de que me fuese a vivir al kibbutz, se trasladó con su mujer a Londres. Estuvo unos cinco años en Londres: allí nacieron mi hermana Margarita y mi hermano David, allí mi padre aprendió por fin –con enormes dificultades– a conducir, y allí, en la Universidad de Londres, terminó y presentó su tesis doctoral sobre *Un manuscrito inédito de Y. L. Peretz*. De vez en cuando nos enviábamos postales. De vez en cuando mi padre me mandaba separatas de sus artículos. A veces me mandaba libros y también pequeños objetos destinados a recordarme con sutileza cuál era mi verdadero destino: plumas y portaplumas, hermosos cuadernos o un abrecartas decorativo.

Cada verano venía él solo a hacer una visita, a comprobar cómo estaba yo realmente y si la vida del kibbutz me gustaba, y, de paso, a supervisar también el estado del piso y a ver cómo estaba su biblioteca. En una carta detallada, a comienzos del verano de 1956, unos dos años después de separarnos, mi padre me comunicaba que

el miércoles de la semana que viene, si no te molesta, tengo pensado ir a visitarte a Hulda. Me he cerciorado de que hay un autobús que sale todos los días a las doce de la mañana de la estación central de Tel Aviv y llega a Hulda sobre la una y veinte. Éstas son mis preguntas: 1. Por favor, ¿puedes venir a buscarme a la estación de autobuses?, (pero si te resulta difícil, si estás ocupado o lo que sea, puedo preguntar dónde estás y llegar por mi cuenta). 2. ¿Es mejor que coma algo en Tel Aviv antes de subir al autobús, o podemos comer juntos cuando llegue al kibbutz? Sólo con la condición, por supuesto, de que eso no te cause ningún trastorno. 3. He comprobado que por la tarde hay un único autobús que sale de vuelta a Rehovot, desde donde puedo llegar en otro autobús a Tel Aviv y volver en un tercer autobús a Jerusalén. Pero en tal caso sólo contaremos con dos horas y media. ¿Será suficiente? 4. Si no, ¿podría quedarme a pasar la noche y ponerme en camino al día siguiente en el autobús que sale de Hulda a las siete de la mañana? En ese caso, con tres condiciones, a) que no te resulte difícil encontrarme un sitio para dormir (una cama sencilla. Y hasta un colchón me bastaría), b) que en el kibbutz no lo vean mal, y c) que tú te sientas cómodo con una visita tan relativamente larga. Por favor, házmelo saber cuanto antes. 5. ¿Qué tengo que llevar además de mis objetos personales?, (¿toalla? ¿Ropa de cama? ¡Nunca me he hospedado aún en un kibbutz!). Por supuesto, las noticias (nada relevantes) te las contaré cuando nos veamos. Y también mis proyectos, si quieres oírlos. Y tú, si quieres, me podrás contar algunos de los tuyos. Espero que te encuentres bien de salud y que tu estado de ánimo también sea bueno. (¡Entre esas dos cosas hay una evidente relación!). En cuanto al resto, muy pronto, de viva voz.

Con cariño, tuyo, papá.

Ese miércoles terminamos las clases a la una y pedí permiso para faltar a las dos horas de trabajo a las que estábamos obligados al mediodía, después de clase (entonces trabajaba en el gallinero). A pesar de eso, me fui corriendo directamente desde clase a ponerme la ropa de faena polvorienta y las botas de trabajo, me dirigí al garaje, encontré las llaves del Massey Ferguson escondidas debajo del asiento, arranqué rápidamente el tractor y con una nube de polvo llegué a la carrera a la estación dos minutos más tarde que el autobús de Tel Aviv. Mi padre, al que no veía desde hacía más de un año, ya estaba allí esperando, protegiéndose los ojos del sol con la mano y alerta para ver de dónde llegaba su ayuda. Iba vestido –algo que me dejó completamente estupefacto– con unos pantalones caqui, una camisa azul de manga corta y una gorra, sin vestigio alguno de chaqueta y corbata. De lejos casi se parecía a uno de nuestros «viejos». Seguramente se había vestido así después de darle muchas vueltas, en señal de respeto hacia una civilización por la que, aunque no se regía de acuerdo a su espíritu ni a sus principios, aún sentía aprecio. En una mano llevaba su ajada cartera y en la otra tenía un pañuelo con el que se estaba secando la frente. Avancé con el tractor hacia él, frené casi delante de sus narices, me incliné hacia él con mi polvorienta ropa de faena azul oscuro y, desde mi asiento, con una mano en el volante y la otra apoyada con señorío sobre el tractor, dije: Hola. Él levanto los ojos hacia mí, aumentados por sus gafas como los de un niño asustado, y se apresuró a responder al saludo, aunque aún no me había reconocido del todo. O me había reconocido y estaba desconcertado.

Un momento después dijo:

–¿Eres tú?

Y un poco después:

–Cuánto has crecido. Se te ve más sano.

Y al final, cuando volvió en sí:

–Me permites que te diga que ha sido un poco imprudente por tu parte esta embestida. Podrías haberme atropellado.

Le pedí que esperara allí, a la sombra, no al sol, devolví el Massey Ferguson al cobertizo, ya que su pequeño papel en la función había concluido, y llevé a mi padre al comedor, entonces nos dimos cuenta de que casi era tan alto como él y nos quedamos algo desconcertados, mi padre dijo alguna gracia al respecto. Tocó con curiosidad mis músculos, como sopesando si merecía la pena comprarme, y también bromeó sobre mi bronceado al lado de la blancura de su piel:

–¡Un negro zambo! ¡Un auténtico yemení!

En el comedor ya habían recogido casi todas las mesas, quedaba sólo una preparada, le llevé a mi padre pollo con zanahoria hervida y patatas, y sopa de pollo con picatostes. Comió cuidando al máximo las normas de educación y haciendo caso omiso de mi forma de comer, campesina y ruidosa a propósito. Cuando terminamos el té en tazas de plástico, mi padre inició una afable conversación con Zvi Butnik, uno de los veteranos de Hulda, que estaba con nosotros en la mesa. Mi padre se preocupó de no tocar ningún tema que pudiera suscitar controversias ideológicas; se interesó por saber de dónde era originario su interlocutor, y cuando Zvi contestó que procedía de Rumanía, la cara de mi padre se iluminó y empezó a hablar en un rumano que, tal y como salía de su boca, a Zvi le resultaba difícil de entender. Después pasó a hablar del paisaje de la llanura de Judea, de la profetisa Hulda y de las puertas de Hulda que estaban en el Templo, temas que

consideraba fuera de cualquier controversia. Pero, antes de despedirnos de Zvi, mi padre no pudo reprimirse y preguntó si estaban contentos con su hijo. Si había conseguido aclimatarse. Zvi Butnik, que no tenía ni idea de si me había aclimatado a Hulda ni de cómo lo había hecho, dijo:

—¡Qué pregunta! Perfectamente.

Y mi padre añadió.

—Y por eso de verdad os doy las gracias a todos.

Cuando salimos del comedor no se apiadó de mí y siguió comentándole a Zvi, como alguien que va a recoger a su perro a una guardería canina:

—Lo dejé en vuestras manos algo decaído desde varios puntos de vista, y ahora me parece que no está en malas condiciones.

Me lo llevé a dar una vuelta por todo el kibbutz. No me molesté en preguntarle si prefería descansar. No me molesté en ofrecerle una ducha fría o ir al servicio. Como el sargento mayor de una base de reclutas, hice correr a mi pobre padre, con la cara roja, jadeando, secándose continuamente el sudor con su pañuelo, del corral al gallinero y al establo, y de allí a la carpintería, a la cerrajería, al almacén de olivas, que estaba en la cima de la colina, y me pasé todo el rato explicándole sin parar los principios del kibbutz la economía agrícola las ventajas del socialismo y la contribución del kibbutz a las victorias militares de Israel. No le ahorré ningún detalle. Estaba dominado por un fuego didáctico y vengativo más fuerte que yo. No le dejé decir ni una palabra. Frustré sus intentos de plantear alguna pregunta: yo hablaba y hablaba y hablaba.

Desde las casas de los niños lo arrastré, con las pocas fuerzas que le quedaban, a ver la zona de los veteranos, el ambulatorio y las aulas del colegio, hasta que, por fin, llegamos al centro cultural y a la biblioteca, donde nos encontramos con Sheftel, el bibliotecario, el padre de Nilli, la que se convertiría en mi mujer unos años más tarde. El bueno y sonriente de Sheftel estaba sentado, vestido con ropa de faena azul, tarareando alguna canción hasídica y escribiendo algo a máquina con dos dedos, en una hoja sobre papel carbón. Como un pez agonizante al que en el último momento devuelven milagrosamente al agua, mi padre, desfallecido de tanto calor y polvo, prácticamente exánime a causa de todo aquel olor a estiércol y a forraje, se despertó: la visión de los libros y del bibliotecario le devolvió en un instante a la vida y enseguida empezó a hablar y a opinar.

Unos diez minutos estuvieron charlando los dos, los futuros consuegros, de lo que suelen hablar los bibliotecarios entre ellos. Luego, cuando a Sheftel le venció la timidez, mi padre le dejó y fue a echar un vistazo a la disposición de la biblioteca y sus fondos, como un avispado estratega que observa con atención las maniobras de un ejército extranjero.

Después mi padre y yo seguimos paseando un rato más. Nos invitaron a café y bizcocho en casa de Hanka y Ozer Huldai, quienes se prestaron a ser mi familia durante mi juventud en el kibbutz. Allí exhibió mi padre sus profundos conocimientos de literatura polaca y, tras examinar por un instante su estantería de libros, inició con ellos una animada conversación en polaco, él citó a Julian Tuwin y Hanka le respondió citando a Slovatzky, él mencionó a Mickiewicz y ellos le respondieron con Iwaszkiewicz, recordó el nombre de Reymont y le respondieron con Vispiansky. Como caminando de puntillas hablaba mi padre con la gente del kibbutz: como cuidándose mucho de que no se le escapara por error algo terrible y espantoso de consecuencias irreparables. Les

hablaba con delicadeza, como si considerara su socialismo una enfermedad incurable cuya gravedad los desafortunados afectados no podían imaginar, y él, el huésped que lo sabía, debía cuidarse muy mucho de no decir por error alguna palabra que les abriera los ojos y les hiciera ver la dimensión de su tragedia.

Por tanto procuró mostrar en presencia de los miembros del kibbutz Hulda un remarcado entusiasmo por lo que veía, demostró un respetuoso interés, hizo preguntas («¿Cuál es la situación de vuestras cosechas? ¿Cómo va la explotación ganadera?») y volvió a mostrar entusiasmo. No vertió sobre ellos sus ríos de erudición y apenas hizo juegos de palabras. Se contuvo. Tal vez temía perjudicarme.

Pero al atardecer le invadió cierta melancolía. Era como si de pronto se hubieran agotado sus bromas y la fuente de sus anécdotas se hubiese secado. Me pidió que nos sentásemos un rato en un banco a la sombra detrás del centro cultural y esperásemos juntos la puesta de sol. Con el ocaso se calló y permanecimos sentados el uno al lado del otro en silencio. Mi brazo bronceado, que ya tenía vello rubio, descansaba sobre el respaldo del banco cerca del brazo pálido de mi padre cubierto de pelo negro. En esa ocasión mi padre no me llamó Su Excelencia ni Su Alteza y tampoco se comportó como si recayera sobre sus hombros la urgente obligación de acabar con cualquier silencio. Mi padre me parecía tan desconcertado y triste que estuve a punto de tocarle la espalda. Pero no lo hice. Pensé que intentaba decirme algo, algo importante e incluso urgente, y no conseguía arrancar. Por primera vez en mi vida me pareció que mi padre se cohibía delante de mí. Quise ayudarle, tal vez romper el hielo, pero me reprimí como él. Al final, de pronto dijo:

–Aquí estamos.

Y yo repetí lo mismo:

–Aquí estamos.

Y nos llamamos de nuevo. De pronto me acordé del huerto que él y yo intentamos cultivar en la tierra de cemento de nuestro patio en Kerem Abraham. Recordé el abrecartas y el martillo que utilizó como utensilios agrícolas. Los esquejes que trajo de la Casa de las Pioneras o de la Finca de las trabajadoras y que plantó por la noche a mis espaldas para consolarme por el fracaso de nuestros bancales.

Mi padre me trajo de regalo dos de sus libros: en la primera página de *La novela en la literatura hebrea* me había escrito la dedicatoria: «A un hijo avicultor, de un padre bibliotecario (en el pasado)», mientras que la *Historia de la literatura universal* me la dedicó con unas palabras en las que posiblemente había un oculto reproche y cierta desilusión: «Para mi hijo Amós, con la esperanza de que ocupe un lugar en nuestra literatura».

Aquella noche dormimos, mi padre y yo, en una habitación para los niños que estaba libre y en la que había dos camas individuales y un armario con una cortina para la ropa. Nos desnudamos a oscuras y, también a oscuras, hablamos unos diez minutos: de la OTAN. De la guerra fría. Después nos deseamos buenas noches y nos dimos la espalda, y tal vez también a mi padre, como a mí, le costase conciliar el sueño. Hacía varios años que él y yo no dormíamos en la misma habitación. Su respiración era forzada, como si le faltase el aire o respirase por la boca con los dientes apretados. Desde la muerte de mi madre no habíamos dormido juntos: desde esos últimos días en que ella se trasladó a mi habitación y yo huí de ella y me fui a dormir con él a la cama de

matrimonio. Y desde las primeras noches tras su muerte, aquellas noches en que mi padre tuvo que venir a dormir sobre un colchón a mi cuarto porque yo estaba aterrado.

También en esa ocasión hubo un momento aterrador: a las dos o las tres me desperté sobresaltado, a la luz de la luna me pareció de pronto que la cama de mi padre estaba vacía, que en silencio había cogido una silla y que llevaba toda la noche en esa silla junto a la ventana sin moverse, con los ojos abiertos, mirando la luna fijamente o contando las nubes que pasaban. La sangre se me heló en la venas.

Pero mi padre estaba durmiendo profunda y placenteramente en la cama que le había preparado, y aquello que me parecía que estaba sentado en la silla frente a la luna, con los ojos abiertos y en silencio, no era mi padre ni un fantasma, era tan sólo su ropa, los pantalones caqui y la sencilla camisa azul que había elegido a conciencia para no parecerles un presumido a los miembros del kibbutz. Para no herir sus sentimientos.

A comienzos de los años sesenta, mi padre volvió con su mujer y sus hijos de Londres a Jerusalén. Se instalaron en el barrio de Bet Hakerem. Mi padre reanudó su trabajo en la Biblioteca Nacional, ya no en la hemeroteca sino en el centro bibliográfico que se inauguró por aquella época. Ahora que por fin tenía un doctorado de la Universidad de Londres y una bonita y discreta tarjeta de visita que así lo atestiguaba, volvió a intentar conseguir un puesto de profesor, si no en la Universidad Hebrea de Jerusalén, la fortaleza de su difunto tío, tal vez al menos en una de las nuevas universidades. Tel Aviv. Haifa. Beer Sheva. Probó suerte incluso en la universidad religiosa de Bar Ilán, a pesar de que se consideraba un anticlerical convencido.

En vano.

Tenía más de cincuenta años, era demasiado mayor para convertirse en ayudante o contratado y poco apreciado por los círculos de investigadores como para conseguir una alta posición académica. No le querían en ningún sitio. Por aquella época también decayó sorprendentemente el prestigio del profesor Yosef Klausner. Todos los famosos estudios del tío Yosef sobre literatura hebrea se consideraban en los años sesenta anticuados e incluso algo ingenuos. En el relato *Por siempre*, escribió Agnón:

Veinte años pasó Adiel Amzeh dedicado al estudio de los misterios de Gumlidata, una gran ciudad, orgullo de poderosos pueblos, hasta que cayeron sobre ella las hordas de los bárbaros y la redujeron a polvo y a su población a la esclavitud...

Durante los años que se había dedicado a su trabajo no se había dejado ver ante los eruditos de las universidades, ni ante sus mujeres e hijas, y cuando fue a pedirles un favor, de los ojos de esos doctores salió una fría ira que hizo brillar sus lentes. Y le dijeron algo así: Señor, ¿quién es usted?, no le conocemos. Se encogió de hombros y se fue decepcionado. Sin embargo lo ocurrido no fue en vano, pues aprendió que si uno quiere que le conozcan tiene que acercarse a los demás. Pero no sabía cómo acercarse^[29]....

Mi padre tampoco aprendió nunca «cómo acercarse», a pesar de que durante toda su vida intentó hacerlo con todas sus fuerzas: con bromas y palabras mordaces, con su disposición a ayudar en cualquier tarea sin echar nada en cara, con la exhibición de sus conocimientos y con juegos de palabras. Nunca supo adular ni unirse a los grupos de poder o a las cortes académicas de devotos, no fue el escudero de nadie y no escribió elogios ni alabanzas salvo a los muertos.

Al final al parecer aceptó su destino. Unos diez años más continuó por tanto yendo cada día, con el ánimo decaído, al cuartucho sin ventanas del instituto bibliográfico del nuevo edificio de la

Biblioteca Nacional en Guivat Ram y recopilando notas al pie. Cuando volvía de trabajar se instalaba en su escritorio y escribía distintas entradas para la Enciclopedia Judaica que se estaba realizando por entonces, donde se ocupó de lo concerniente a la literatura polaca y lituana. Poco a poco empezó a transformar los capítulos de su tesis doctoral sobre Y. L. Peretz en artículos que fue publicando en *Yad Lakore* y *Kiriat Sefer*, y una o dos veces consiguió que sus textos se publicasen en francés en *Revue des Études Slaves*, que se editaba en París. Entre las separatas que guardo aquí en casa, en Arad, encontré algunos artículos sobre Saúl Tchernijovsky («El poeta en su patria»), sobre Emanuel Romano, sobre *Dafnis y Cloe* de Longo, y también un artículo titulado «Capítulos de Mendele», que mi padre dedicó

A la memoria de mi mujer, delicada y exquisita, que me dejó el ocho de tevet de 5712.

En el año 60, unos días antes de nuestro matrimonio, de Nilli y mío, mi padre tuvo su primer ataque al corazón. Por tanto no pudo asistir a la boda, que se celebró en Hulda bajo un palio sostenido por las púas de cuatro horcas. (En Hulda existía la tradición de apoyar el palio en dos fusiles y dos horcas, para simbolizar la unión entre trabajo, defensa y kibbutz. Nilli y yo armamos un gran escándalo al negarnos a casarnos a la sombra de los fusiles. En la asamblea del kibbutz, Zalman P. me llamó «alma bella», mientras que Zvi K. me preguntó con ironía si también en la unidad donde había hecho el servicio militar me permitían salir a patrullar y a inspeccionar armado con una horca, o con una escoba).

Dos o tres semanas después de la boda mi padre se recuperó del ataque, pero ya no parecía el mismo: estaba gris y cansado. Desde mediados de los años sesenta su alegría se fue apagando poco a poco. Aún se levantaba temprano cada mañana con energía y con ganas de trabajar, pero por la tarde la cabeza se le caía sobre el pecho de cansancio y al anochecer se echaba a descansar. Después toda su energía desaparecía ya al mediodía. Al final sólo le quedaban las dos o tres primeras horas de la mañana, tras las cuales se ponía gris y se apagaba.

Aún le gustaban los calambures y los juegos de palabras, aún le gustaba explicar que *berez*, grifo, procedía probablemente de la palabra griega *vrisi*, que significa fuente, y que nuestro *majsan*, almacén, así como *magazine*, vienen de la palabra árabe *majzan*, el lugar donde se amontonan diversos objetos, mientras que el arquetipo de esa palabra es la raíz semítica j.s.n., es decir, *jason*, fuerte. Por lo que respecta a *balagan*, desorden, una palabra que consideramos por error evidentemente rusa, lo cierto es que su origen no es ruso sino persa, y procede de la palabra *balaqan*, la terraza trasera descuidada donde se arrojan en desorden todo tipo de trapos inútiles, y de ahí procede también la palabra balcón, utilizada en la mayoría de las lenguas europeas.

Se repetía cada vez más: a pesar de su buena memoria a veces contaba la misma «broma» dos veces en la misma conversación, o volvía a explicar lo que ya había explicado antes una o dos veces. Estaba cansado y encogido, y le costaba concentrarse. En 1968, cuando se publicó mi libro *Mi querido Mijael*, lo leyó en unos días y después me telefoneó a Hulda para decirme: «Hay algunas descripciones bastantes convincentes, pero falta una chispa de inspiración, falta una idea central». Y cuando le mandé la separata de mi relato *Amor tardío*, me escribió una carta donde expresaba su alegría

...porque vuestras hijas valgan tanto, y sobre todo, porque pronto nos veremos... En cuanto al relato: no está mal. Lo cierto es que, excepto el protagonista, todos los personajes, en mi modesta opinión, son caricaturas, pero el protagonista, con toda la repulsión y la guasa que inspira, está vivo. Algunas observaciones: 1. Pág. 3: «todos los ríos de las galaxias». Galaxia, del griego *gala* (=leche), y de ahí, «vía

láctea». ¡Es mejor en singular! En mi modesta opinión, no hay fundamento alguno para usar el plural. 2. Pág. 3 (y ss.): Liuba Kagnovska es la forma *polaca*. ¡En ruso debe ser Kagnovskia! 3. En la pág. 7 pone: Viazhma. Debe ser: Viazma (¡sin h!).

Y así toda la carta hasta la observación número 23, tras la cual no le quedó más que medio centímetro en un ángulo del folio donde sólo pudo concluir con «un saludo de parte de todos. Papá».

Pero al cabo de unos años, Hayim Toren me reveló: «Tu padre corría por las salas de la Biblioteca Nacional, exultante, enseñándonos a todos discretamente lo que había escrito Gershon Shaked sobre *Las tierras del chacal* y cómo había elogiado Abraham Shaanan *Otro lugar*, y una vez me explicó furioso lo ciego que había estado el profesor Kurzweil al criticar *Mi querido Mijael*. Creo que hasta telefoneó especialmente a Agnón para quejarse del artículo de Kurzweil. Tu padre estaba orgulloso de ti a su manera, aunque le resultaba embarazoso decírtelo, y tal vez también le preocupara que te vanagloriases».

En su último año de vida se encorvó. Tenía turbulentos ataques de ira, gritaba a diestro y siniestro, lanzaba reproches y acusaciones y se encerraba dando un portazo en su estudio. Pero al cabo de cinco o diez minutos salía, se disculpaba por su comportamiento, que achacaba a su deteriorada salud, al cansancio, a los nervios, y pedía humildemente que le perdonasen por lo que había dicho llevado por la furia, de un modo tan poco justo y tan poco razonable.

Las palabras «justo y razonable» eran tan habituales en él como las palabras «evidente», «efectivamente», «sin duda», «por supuesto» y «desde varios puntos de vista».

Por aquella época, la época de la enfermedad de mi padre, el abuelo Alexander, con noventa años, en pleno esplendor físico y en pleno florecimiento romántico, sonrosado como un recién nacido, fresco como un joven esposo, se pasaba el día yendo y viniendo, y vociferando: «¡Bueno!, *shto!*» o: «*Paskudniakin! Yulikum!* ¡Granujas!». O: «¡Bueno!, *davai! Jarosho!* ¡Ya basta!». Las mujeres le acosaban. Con frecuencia, incluso por la mañana, se tomaba un «coñacito», y al instante su cara sonrosada se ponía roja como un tomate. Cuando mi abuelo y mi padre estaban hablando en el patio, o paseando por la acera delante de la casa y discutiendo, a juzgar por sus gestos, el abuelo Alexander parecía mucho más joven que su hijo. Vivió unos cuarenta años más que su primogénito, David, y que su primer nieto, Daniel Klausner, que fue asesinado en Vilna por los alemanes, unos veinte años más que su mujer y otros siete más que su hijo pequeño.

Un día, el 11 de octubre de 1970, unas cuatro semanas después de haber cumplido sesenta años, mi padre se levantó temprano como de costumbre, mucho antes que el resto de la familia, se afeitó, se perfumó, se humedeció un poco el pelo antes de peinárselo hacia atrás, se comió un panecillo con mantequilla, se tomó dos vasos de té, leyó el periódico, suspiró varias veces, echó un vistazo a la agenda, que estaba siempre abierta en su escritorio para poder tachar con una raya todo lo que ya estaba hecho, se puso una corbata y una chaqueta, hizo una pequeña lista de la compra y se fue en coche hacia la plaza de Dinamarca, en el cruce de la avenida Herzl y la calle Bet Hakerem, para comprar material de escritorio en una pequeña tienda donde solía adquirir todo lo que necesitaba. Aparcó y cerró el coche, bajó cinco o seis escalones, esperó su turno, incluso

le cedió amablemente el paso a una señora, compró todo lo que llevaba escrito en la nota, bromeó con la dueña de la tienda diciéndole que la palabra *mehadeq* era tanto un sustantivo, que significa «clip», como un verbo, que significa «sujetar»; también le comentó algo sobre la negligencia del ayuntamiento, pagó, esperó el cambio, lo contó bien, cogió la bolsa con las compras, le dio las gracias a la señora, le pidió que no olvidara saludar de su parte a su querido marido, se despidió, le deseó que pasara un buen día, les dijo adiós también a dos desconocidos que estaban esperando detrás de él, se dio la vuelta, caminó hasta la puerta, cayó y murió allí mismo de un ataque al corazón. Mi padre dejó dicho que su cuerpo se donara a la ciencia y su escritorio me lo dejó a mí. En él se están escribiendo estas páginas, y sin una sola lágrima, pues mi padre se oponía radicalmente a las lágrimas, y ante todo, a las lágrimas de los hombres.

En su agenda, en la fecha de su muerte, encontré escrito lo siguiente: «Material de escritorio: 1. Papel de cartas. 2. Un cuaderno con espiral. 3. Sobres. 4. Clips. 5. Preguntar por carpetas de cartón». Todo eso, incluidas las carpetas de cartón, estaba en la bolsa que sus dedos no habían soltado. Cuando llegué a la casa de mi padre en Jerusalén, al cabo de una hora u hora y media, cogí su lapicero y tracé dos cruces sobre esa lista, como solía hacer mi padre para tachar de inmediato de la agenda todo lo que ya estaba hecho.

Cuando me fui de casa para vivir en el kibbutz, a los quince años más o menos, escribí en un papel algunas decisiones irrevocables que me impuse como un examen en el que no podía fallar: si de verdad estaba dispuesto a iniciar una vida completamente nueva, debía empezar por conseguir broncearme en dos semanas para ser como ellos, dejar de una vez por todas de soñar despierto, cambiarme el apellido, ducharme con agua fría dos o tres veces al día, controlarme y acabar definitivamente y sin concesiones con esas indecencias nocturnas, no escribir más poemas, dejar de parlotear todo el día y de contarle historias a todo el mundo, y mostrarme en el nuevo lugar como una persona muy callada.

Después destruí la nota. Durante los cuatro o cinco primeros días conseguí evitar las indecencias y el parloteo: cuando me preguntaban, por ejemplo, si me bastaba con una manta o si estaba a gusto en clase sentado en la esquina junto a la ventana, respondía moviendo la cabeza, sin pronunciar ni una sílaba. A la pregunta de si me interesaba algo la política y si quería participar en el grupo de lectura de periódicos, contesté: ejem. Si se interesaban por mi vida anterior en Jerusalén, respondía con menos de diez palabras, que retenía a propósito durante unos segundos, como si estuviera inmerso en mis pensamientos, antes de contestar: que supiesen que era una persona cerrada, reservada, y que tenía un mundo interior propio. También en la cuestión de las duchas frías triunfé, aunque tan sólo haciendo un esfuerzo heroico era capaz de desnudarme en la ducha común de los chicos. También de la escritura, durante las primeras semanas, logré aparentemente liberarme.

Pero no de la lectura.

Después del trabajo y de las clases, los chicos del kibbutz iban cada día a pasar un rato con sus padres. Los externos se entretenían en el centro cívico o en la cancha de baloncesto. Cada tarde había distintas actividades: baile, por ejemplo, o lecturas de poemas, que yo evitaba para no hacer el ridículo. Cuando todos desaparecían, me tumbaba solo en la hierba delante de nuestro edificio, medio desnudo, me bronceaba y leía un libro hasta que se hacía de noche (me mantenía a gran distancia de la habitación vacía y de la cama, pues allí me acechaba la indecencia y amenazaba con lanzarme todo su harén de Sherezades).

Al atardecer, una o dos veces por semana, al ponerme la camisa, examinaba frente al espejo el progreso del bronceado, me armaba de valor y me iba a la zona de los veteranos a tomar un vaso de zumo y un pedazo de bizcocho en casa de Hanka y Ozer Huldai, que se ofrecieron a ser mi

familia adoptiva en el kibbutz. Esa pareja de maestros, procedente de Lodz en Polonia, cargaron durante todos esos años con el peso de la vida educativa y cultural de Hulda. Hanka, que enseñaba en la escuela elemental, era una mujer firme y energética, tensa como un muelle, siempre rodeada por una gran aureola de abnegación y de humo de tabaco. Llevaba sobre sus espaldas todo el peso de la organización de las fiestas y celebraciones, de las bodas y banquetes, así como de las representaciones teatrales y de la formación de una tradición local rural y proletaria. Esa tradición, tal y como la veía Hanka Huldai, debía fundir el aroma del Cantar de los Cantares y el carácter hebreo de oliva y algarrobo de los bíblicos trabajadores de la tierra, y mezclarlos con las melodías del *shtetl* hasídico y los modales rústicos aunque amables de los sencillos campesinos polacos y el resto de los hijos de la naturaleza, que mamaban su ingenuidad, su pureza y su mística alegría de vivir directamente de la bendición de la tierra, al estilo de Knut Hamsun, que tenían bajo sus pies descalzos.

En cuanto a Ozer Huldai, Oizer, el director de las «clases de continuación» de secundaria, era un hombre cristalino, sólido, con la cara surcada por arrugas judías de dolor e ingenio irónico. A veces, durante un instante, pasaba entre sus atormentadas arrugas un destello pícaro y libertino, un destello de anárquica rebeldía. Era una persona flaca, afilada, de baja estatura, pero con un par de ojos de acero fascinantes y una presencia hipnótica. Estaba dotado de una arrebatadora facilidad de palabra y de un sarcasmo radioactivo. Irradiaba un afecto capaz de derretir a quien era expuesto a él, pero también tenía unos ataques de ira volcánica que sus víctimas no podían olvidar jamás, eran presas del terror del día del juicio final que Oizer sabía provocar a su alrededor.

Era agudo y competente como un profesor lituano, aunque también extático y ditirámico como un predicador hasídico, capaz de cerrar de repente los ojos con fuerza, agitarse y dejarse arrastrar como un loco por alguna canción de baile llena de un fervor que llevaba a la transfiguración: *Yavoooneh–biiis–hamiq–dosh!*, o: «¡Volveremos a encender! ¡La tieerra! ¡Con una llaaama verde!». En otro tiempo o en otro lugar, Oizer Huldai tal vez se hubiese convertido en un venerado «rabí» hasídico, en un «taumaturgo» cubierto de misterio y carisma, y rodeado de una estrecha corte de devotos atraídos por su hechizo. Podría haber llegado muy lejos si hubiese elegido ser político, era un tribuno popular que, al pasar, dejaba tras de sí una estela luminosa de admiración instintiva y de similar animadversión. Pero Oizer Huldai eligió vivir como un educador de kibbutz, una persona estricta, de principios sólidos, compleja y, a veces, también tirana y despótica. Con una dosis similar de erudición y de entusiasmo casi erótico, como uno de esos «predicadores» que pululaban por los *shtetl*, nos enseñaba Biblia y biología, música del Barroco y arte del Renacimiento, la tradición rabínica y los fundamentos del pensamiento socialista, ornitología y horticultura, flauta y «la posición de Napoleón en la historia y su huella en la literatura y el arte europeos del siglo XIX».

Con el corazón palpitante entraba en el bungaló con un pequeño porche del bloque septentrional al final de la zona de los veteranos, frente a la avenida de los cipreses: reproducciones de Modigliani y Paul Klee, así como un preciso dibujo, casi japonés, de una rama de almendro en flor, decoraban las paredes. Una pequeña mesa baja se escondía entre dos sencillos sillones, y sobre ella había un esbelto jarrón que contenía casi siempre una exquisita mezcla de ramas frescas en lugar de flores. Las ventanas estaban cubiertas por unas rústicas cortinas claras, bordadas a

mano con un motivo que tenía cierto aire oriental, pero una orientalidad discreta y trabajada, como las canciones populares creadas aquí por compositores procedentes de Alemania, que anhelaban tocar el espíritu del Oriente árabe bíblico y mezclarlo con el de sus creaciones.

Cuando no estaba yendo y viniendo con paso acelerado delante de la casa, con las manos cruzadas a la espalda y el mentón levantado cortando el aire, Oizer Huldai estaba sentado en su rincón, fumando, tarareando y leyendo. O arreglando el marco de un cuadro. O balanceándose ante una página del Talmud. U observando una flor con su lupa y hojeando al mismo tiempo una guía botánica, mientras Hanka cruzaba con enérgico paso marcial la habitación, colocaba una servilleta, vaciaba y fregaba un cenicero con decisión y los labios apretados, ordenaba la esquina donde estaba la cama o recortaba hojas de colores con formas decorativas. Dolly me recibía con dos o tres ladridos antes de que Oizer la hiciese callar dándole unas voces que retumbaban: «¡Qué vergüenza, Dolly! ¡Qué vergüenza! ¿A quién ladras? ¿A quién te atreves a alzar la voz?», o a veces también: «¡De verdad! ¡Dolly! ¡Estoy pasmado! ¡Me dejas pasmado! ¡Cómo has podido! ¡Cómo no te tiembla la voz! ¡Te avergüenzas a ti misma con un comportamiento tan bochornoso!».

La perra se encogió al oír esas acusaciones coléricas, se vaciaba como un perro hinchable que ha perdido el aire y, con las pocas fuerzas que le quedaban, se dirigía a donde la conducía su humillación y se metía debajo de la cama.

Hanka, por su parte, se alegraba de verme y se dirigía a un público invisible: «¡Mirad! ¡Mirad quién ha venido! ¿Un vaso de café? ¿Y bizcocho? ¿O una fruta?». Y mientras esas opciones aún flotaban sobre sus labios, como por el toque de una varita mágica, el café, el bizcocho y la cestilla de frutas ya estaban sobre la mesa. Con humildad, pero también con una discreta y cálida alegría, me tomaba educadamente el vaso de café, probaba una fruta o dos, sin exagerar, y discutía alrededor de un cuarto de hora con Hanka y Oizer acerca de temas urgentes que no podían demorarse como la pena de muerte, o si el instinto humano era bueno por naturaleza y sólo el entorno y la sociedad lo corrompían, o si, por el contrario, los instintos eran fundamentalmente malos y oscuros desde el nacimiento y sólo la educación podía en determinadas condiciones refinarlos. Las palabras «corrupción», «refinamiento», «carácter», «valores», «mejora» y «elevación» llenaban con frecuencia el espacio de aquella acogedora habitación, con sus blancas estanterías, tan diferentes a las de la casa de mis padres en Jerusalén, ya que aquí entre los libros había cuadros y figurillas, colecciones de fósiles y de flores secas, plantas cuidadas y un gramófono con un montón de discos.

A veces las conversaciones sobre el refinamiento y la corrupción, los valores, la liberación y la opresión estaban acompañadas del lamento de un violín o del débil gemido de una flauta: Shay, el niño de pelo rizado, se ponía de espaldas a nosotros en silencio y tocaba. O Ron hacía sonar su violín, el delgado Roni, a quien su madre siempre llamaba «el pequeño» y con quien era mejor no intentar hablar, ni siquiera preguntarle «qué tal», porque estaba siempre atrincherado en lo más profundo de su sonriente timidez y sólo algunas veces dejaba escapar una frase corta como «bien», o una frase más larga, como «sin problemas». Casi como la perra Dolly, que se refugiaba debajo de la cama, a cubierto de los gritos de su amo, hasta que pasase la tormenta.

A veces iba allí y me encontraba a todos los chicos Huldai, a Oizer, Shay y Roni, sentados sobre la hierba o en las escaleras del porche, como si fueran una banda de pueblo, estremeciendo el aire de la tarde con prolongadas y desgarradoras notas de flauta que me producían una placentera sensación mezclada con tristeza por mi nulidad, por mi sentimiento de extrañeza,

porque ningún bronceado del mundo podría nunca convertirme de verdad en uno de ellos: siempre sería tan sólo un mendigo pegado a su mesa. Un externo. Una vulgar imitación jerosolimitana, si no un simple y mísero impostor (trasladé algo de ese exceso de sensibilidad a Aza - rías Gitlin en el libro *Un descanso verdadero*).

Al anochecer me iba con mi libro al centro cultural, la Casa Herzl, que estaba a las afueras del kibbutz. En la Casa Herzl había una sala de periódicos donde cada tarde podías encontrar a algunos de los viejos solterones del kibbutz, sentados y royendo por orden las páginas de los periódicos y los semanarios, y despedazándose unos a otros en acaloradas discusiones políticas que recordaban bastante las del barrio de Kerem Abraham, las de Stashek Rodnitzky, el señor Abramsky, el señor Krohmal, el señor Bar Yitzhar y el señor Lemberg («los viejos solterones» del kibbutz tenían, cuando yo llegué a Hulda, unos cuarenta o cuarenta y cinco años).

Detrás de la sala de los periódicos había otra habitación casi desierta, llamada «sala de consulta», que a veces se utilizaba para las reuniones de la asamblea del kibbutz o para celebraciones, pero normalmente, por la tarde, no había allí ni un alma. Polvorientas y desoladas tras los cristales de la vitrina había ahí filas y filas cansadas de volúmenes de *Hapoel Hatzair*, *Devar Hapoelet*, *Hasadeh*, *Orloguin* y *Davar*.

Ahí me iba cada día a leer un libro casi hasta la medianoche, hasta que se me cerraban los ojos. Y ahí también volví a escribir sin que nadie me viera, por vergüenza, por una turbia sensación de bajeza y de desprecio hacia mí mismo: me había ido de Jerusalén y había venido al kibbutz no para escribir poemas y relatos, sino para nacer de nuevo, para dejar atrás los montones de palabras, para broncearme hasta los huesos y convertirme en un agricultor, en un trabajador de la tierra.

Pero enseguida me di cuenta de que en Hulda hasta los agricultores más agricultores leían libros por las noches y discutían sobre ellos durante todo el día: cogían olivas y mientras debatían encarnizadamente sobre Tolstói, Plekhanov y Bakunin, sobre la revolución permanente en contraposición a la revolución territorial, sobre la socialdemocracia de Gustav Landauer y sobre la eterna tensión entre igualdad y libertad, y entre éstas y la cuestión de la fraternidad. Clasificaban huevos en el gallinero y discutían sobre la restauración del carácter rural de las antiguas fiestas de Israel. Podaban los viñedos e intercambiaban opiniones sobre arte moderno.

Algunos de ellos incluso escribían de vez en cuando relatos cortos modestos, sin que ello supusiera ninguna contradicción con su entrega a la agricultura ni con su absoluta dedicación al trabajo físico. Normalmente escribían sobre los mismos temas de los que discutían durante todo el día, aunque en sus escritos, publicados cada dos semanas en el boletín local, se permitían a menudo algunas licencias poéticas entre un argumento incontestable y otro doblemente irrefutable.

Exactamente igual que en casa.

Yo quería darle la espalda de una vez por todas al mundo de la erudición y de las discusiones del que procedía, y resulta que iba de mal en peor: «como cuando uno huye de un león y se encuentra con un oso». Es cierto que en el kibbutz las discusiones eran mucho más bronceadas que alrededor de la mesa del tío Yosef y la tía Tzipora, discusiones con visera, ropa corriente y pesadas botas. Y no se hablaba un hebreo solemne con acento ruso, sino un hebreo jocosos

impregnado de los fuertes aromas del yiddish galitziano o bessarábico.

Al igual que el señor Marcus, el dueño de la librería de la calle Jonás, que era a su vez la biblioteca de préstamo, también Sheftel, el bibliotecario, se compadecía de mi insaciable sed de libros. Me dejaba sacar sin límite, mucho más de lo que estipulaban las normas de la biblioteca que él mismo había redactado y mecanografiado con letras bien visibles en la máquina de escribir del kibbutz, y colgado en varios lugares destacados de sus dominios, un lugar cuyo olor turbio y polvoriento, un olor a cola vieja y algas marinas, me atraía como la miel a las moscas.

Leí de todo en Hulda durante aquellos años: Kafka y Yigal Mosenson, Camus, Tolstói y Moshé Shamir, Chéjov y Natán Shaham, Brenner y Faulkner, Pablo Neruda, Hayyim Guri, Alterman, Amir Gilboa, Lea Goldberg, Shlonsky y E. Hilel, Yizhar y Turguenev, Thomas Mann, Jacob Wassermann y Hemingway, *Yo Claudio*, todos los volúmenes de las memorias de Winston Churchill, Bernard Lewis sobre los árabes y el islam, Isaac Deutscher sobre la Unión Soviética, Pearl S. Buck, los procesos de Nuremberg, la vida de Trotsky, Stefan Zweig, la historia del asentamiento judío en Eretz Israel y los orígenes de la saga escandinava, Mark Twain, Knut Hamsun, mitología griega, *Memorias de Adriano* y Uri Avneri. Todo. Excepto los libros que Sheftel no me permitía leer por mucho que le suplicase: *Los desnudos y los muertos*, por ejemplo (creo que, incluso después de casarme, Sheftel dudaba de si no era peligroso dejarme leer a Norman Mailer y a Henry Miller).

Arco de triunfo, la novela pacifista escrita por Erich Maria Remarque sobre la Primera Guerra Mundial, comienza con la descripción de una mujer sola apoyada en la barandilla de un puente desierto en la oscuridad y dudando por un instante si saltar al río para poner fin a su vida. Pero, justo en el último momento, un desconocido pasa por allí, se detiene, habla un rato con ella, la agarra del brazo con fuerza, le salva la vida y obtiene una apasionada noche de amor. Ésa era mi fantasía: exactamente así encontraría también yo el amor. Ella estaría triste junto a la barandilla de un puente abandonado y melancólico una noche de tormenta y, en el último instante, yo la salvaría de sí misma, mataría por ella a un dragón que ya no era un dragón de carne y hueso, como tantos que degollé durante mi infancia, sino un dragón interior que no era otra cosa que la propia desesperación.

Yo mataría por mi amada a ese dragón interior y recibiría de ella mi recompensa, y entonces esa fantasía tomaba una dirección más dulce y terrible de lo que yo podía soportar. Aún no me imaginaba que la mujer desesperada que estaba junto a la barandilla del puente no era otra que mi madre muerta, siempre ella. Ella y su desesperación. Ella y su dragón.

O *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway: cuatro o cinco veces leí durante aquellos años esa novela poblada por mujeres fatales y hombres taciturnos, de aspecto duro, que tras su severa apariencia ocultaban un alma de poeta. Soñaba con ser algún día parecido a ellos, un hombre melancólico y lleno de fuerza, con un cuerpo de torero y un rostro cargado de desdén y tristeza: tal vez como el Hemingway de la foto. Y si no conseguía algún día ser como ellos, quizá lograra al menos escribir alguna vez sobre hombres así: hombres osados capaces de ridiculizar y desdeñar, o darle si es necesario un buen puñetazo en la mandíbula a algún fanfarrón, que saben exactamente qué hay que pedir en un bar y qué hay que decirle a una mujer, a un rival o a un compañero de armas, que saben manejar un revólver y ser unos maravillosos amantes. Y también sobre mujeres sublimes, mujeres seductoras y delicadas, pero inaccesibles, mujeres enigmáticas y

misteriosas, celosas de sus secretos, que regalan sus favores con generosidad y sin inhibición alguna, pero única y exclusivamente a hombres selectos capaces de ridiculizar y despreciar, beber whisky y dar puñetazos.

También las películas que se proyectaban cada miércoles en la sala de la Casa Herzl o sobre una tela blanca, en el césped, delante del comedor, eran un testimonio inequívoco de que el mundo estaba poblado mayoritariamente por hombres y mujeres al estilo de Hemingway. O al estilo de Knut Hamsun. Y así se describían también en las historias de los boinas rojas del kibbutz, los soldados que llegaban directamente de las acciones de represalia de la unidad 101 con permiso de fin de semana, fuertes, engalanados con sus uniformes de paracaidista, armados con las UZI, custodios de quién sabe qué secretos, con bagaje, pesadas botas y chorreando juventud hebrea.

Prácticamente desistí de escribir: para escribir como Remarque o como Hemingway tenía que irme al mundo verdadero, a lugares donde los hombres eran viriles como puños y las mujeres femeninas como la noche y como puentes tendidos sobre grandes ríos, y donde por la tarde centelleaban las luces de las tabernas, en donde de verdad estaba la vida verdadera. Quien no experimentara aquella vida no podía obtener ni un permiso temporal para escribir relatos y novelas. El lugar de un auténtico escritor no estaba aquí sino allí, en el gran mundo. Si no me iba a vivir a un lugar verdadero, sencillamente no tenía ninguna posibilidad de disponer de algo sobre lo que escribir.

Un lugar verdadero: París. Madrid. Nueva York. Montecarlo. Las sabanas de África o los bosques de Escandinavia. Tal vez se pudiera escribir incluso sobre una pintoresca ciudad provinciana de Rusia o sobre un *shtetl* judío de Galitzia. ¿Pero en el kibbutz? ¿Qué había en el kibbutz? ¿Un gallinero y un establo? ¿Dormitorios para niños? ¿Comités, turnos y un almacén para unas escasas provisiones? ¿Hombres y mujeres agotados que se levantaban al amanecer para ir a trabajar, discutían, se duchaban, tomaban té, leían un poco en la cama y se dormían muertos de cansancio antes de las diez? Tampoco en Kerem Abraham, de donde me fui, me parecía nada digno de ser escrito: ¿qué había allí, excepto personas descoloridas con una vida gris y algo ajada? Más o menos como en Hulda. Me había perdido hasta la guerra de la Independencia: nací demasiado tarde y no me dejaron de ella salvo unas miserables migajas, llenar sacos de arena, recoger botellas vacías y llevar notas corriendo desde el cuartel de la guardia nacional hasta el puesto de vigilancia que estaba en la azotea de la familia Slonimsky, y volver.

La verdad es que en la biblioteca del kibbutz descubrí también a dos o tres escritores viriles que habían conseguido escribir relatos casi hemingwayianos sobre la vida del kibbutz: Natán Shaham. Yigal Mosenson. Moshé Shamir. Pero ellos pertenecían a la generación que logró pasar clandestinamente inmigrantes y armas, que puso bombas en las comandancias británicas y repelió a los ejércitos árabes: las obras de estos escritores me parecían cubiertas de efluvios de coñac y tabaco, de olor a tierra quemada. Y todos vivían en Tel Aviv, que ya por entonces estaba más o menos ligada al mundo verdadero, una ciudad con cafés llenos de jóvenes artistas que charlaban mientras tomaban un vaso de vino, una ciudad con cabaret, escándalos, teatro y una vida bohemia llena de amores prohibidos empaquetados de desesperada pasión. No como Jerusalén y Hulda.

¿Quién había visto coñac en todo Hulda? ¿Quién había oído hablar alguna vez en el kibbutz de mujeres atrevidas y de amores sublimes?

Para escribir como aquellos escritores viriles primero tenía que ir a Londres o a Milán. Pero ¿cómo? Los agricultores sencillos de los kibbutzim no se iban de repente a pasar temporadas en Londres o Milán para empaparse de inspiración creativa. Para tener la oportunidad de llegar a París o Roma primero debía ser famoso, es decir, debía escribir un libro célebre como los de esos escritores. Pero para escribir el libro célebre primero tenía que vivir en Londres o en Nueva York: un círculo vicioso.

Sherwood Anderson fue quien me sacó de ese círculo vicioso. Él «liberó mi mano». Toda mi vida le estaré agradecido por eso.

En septiembre de 1959 apareció en la colección Sifriah Laam de la editorial Am Oved el libro de Anderson *Winesburg, Ohio*, traducido por Aharón Amir. Antes de leer ese libro no sabía que existía Winesburg y no había oído el nombre de Ohio. Puede que recordara Ohai vagamente por *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*. Y resultó que ese modesto libro me conmovió profundamente: una noche de verano entera, hasta las tres y media de la madrugada, estuve dando vueltas por los caminos del kibbutz, presa de una febril emoción, ebrio, hablando solo en voz alta, temblando como un enamorado, cantando y saltando, sollozando de miedo, de alegría y de exaltación: ¡Ahí está!

Al final de aquella noche, a las tres y media de la madrugada, me puse la ropa de faena y las botas de trabajo y corrí al cobertizo de donde sacábamos el tractor para ir a un terreno llamado Mansura a desbrozar los campos de algodón, cogí una azada del montón y estuve hasta el mediodía andando a lo largo de las hileras, adelantando a todos los grupos de desbrozadores como si me hubiesen salido alas: estaba feliz, corría, escardaba y bramaba, corría, escardaba y me hablaba a mí mismo y a las colinas y al viento, escardaba y hacía promesas, corría entusiasmado y llorando.

Todo el libro *Winesburg, Ohio* es una serie de relatos y episodios que surgen unos de otros y están relacionados entre sí, principalmente porque todos se desarrollan en un pueblo perdido, mísero y olvidado de Dios: personas pequeñas llenan el libro, un viejo carpintero, un joven aturdido, el dueño de una pensión y una sirvienta. Los distintos relatos están relacionados también por el hecho de que los personajes pasan de una historia a otra: los protagonistas de un relato vuelven a aparecer como personajes secundarios en otros.

Los acontecimientos sobre los que gira *Winesburg, Ohio* son todos insignificantes y cotidianos, configurados a partir de cotilleos locales o de pequeños sueños que no llegan a materializarse: un viejo carpintero y un viejo escritor charlan sobre la altura de una cama y un joven soñador llamado George Willard, que trabaja de reportero en prácticas en el periódico local, escucha la conversación y saca sus conclusiones. Hay también un viejo excéntrico llamado Bidlebaum y apodado «Bidlebaum Ala». Y una muchacha alta y morena que, quién sabe por qué, se casó con un tal doctor Rifi pero murió al cabo de un año. Y Abner Groff, el panadero, y también el señor Percival, «un hombre grande y con la boca caída, coronada por un bigote rubio, que siempre llevaba un chaleco blanco sucio en cuyos bolsillos despuntaban varios cigarrillos negros, finos y baratos», y otros personajes similares, tipos de los que, hasta esa noche, jamás hubiera pensado que tenían un puesto en la literatura salvo, tal vez, como personajes secundarios que, a lo sumo, provocan en el lector medio minuto de guasa mezclada con compasión. Y resulta

que en el centro de cada uno de los relatos de *Winesburg, Ohio* había pobres y personas que en mi opinión estaban muy por debajo de la dignidad literaria; por debajo del mínimo aceptable. Las mujeres de Sherwood Anderson no eran atrevidas en absoluto ni tampoco misteriosas y seductoras. Los hombres no eran valientes ni pensadores taciturnos, y tampoco estaban rodeados de humo y viril melancolía.

Los relatos de Sherwood Anderson me devolvieron así lo que había dejado a mis espaldas cuando me fui de Jerusalén, o no lo que había dejado a mis espaldas, sino mejor dicho la tierra por la que habían caminado mis pies durante toda mi infancia y que ni una sola vez me había molestado en inclinarme y tocar: el deterioro que rodeaba la vida de mis padres. El ligero olor a engrudo y a arenques que acompañaba siempre al matrimonio Krohmal, los que arreglaban juguetes y pegaban muñecas. El piso oscuro y lúgubre de la Maestrazelda con el aparador de formica descascarillado. La casa del señor Zarhi, el escritor enfermo del corazón cuya mujer, Ester, siempre sufría de migrañas. La cocina ennegrecida de Tzarta Abramsky y los dos pájaros que Stashek y Mala Rodnitzky criaban en una jaula en su habitación, el anciano pájaro desplumado y el pájaro hecho con una piña. La bandada de gatos domésticos de la Maestraisabelnajlieli, y Getzel, el marido de la Maestraisabel, el cajero boquiabierto de la tienda de ultramarinos. Y también Stach, el viejo y apenado perro de trapo de la abuela Shlomit, ese perro con ojos de botones melancólicos al que metía bolas de naftalina por miedo a las polillas y a quien golpeaban con crueldad para quitarle el polvo, hasta que un día se hartaron de él, lo envolvieron en un viejo papel de periódico y lo tiraron a la basura.

Entendí de dónde venía: de una madeja recelosa de tristeza y fingimiento, de nostalgia, burla, ofensa e importancia provinciana, de educación sentimental, ideales anacrónicos, miedos ahogados, resignación y desilusión. Una desilusión agria, casera, de lugares donde pequeños embusteros se hacían pasar por peligrosos terroristas, por héroes que luchaban por la libertad, desdichados encuadernadores que susurraban fórmulas de redención universal, dentistas que hablaban en secreto a todos los vecinos sobre su correspondencia personal y continuada con Stalin, profesoras de piano, niñeras y amas de casa que por las noches se revolvían con lágrimas en sus lechos ansiando una vida artística llena de sentimiento, escritores compulsivos que mandaban continuamente cartas estremecedoras al director de *Davar*, panaderos envejecidos que veían en sueños a Maimónides o a Baal Shem Tov, dirigentes sindicales cerrados y virtuosos que lanzaban miradas laboristas al resto de los vecinos del barrio, tenderos o taquilleros de cine que noche tras noche escribían poemas y relatos.

También en el kibbutz Hulda vivía un establero experto en la historia del movimiento anarquista de Rusia, y teníamos un profesor que una vez había ocupado el octogésimo cuarto puesto de la lista de candidatos del Mapai para la segunda legislatura, y una hermosa modista, amante de la música clásica, que cada tarde dibujaba los paisajes del pueblo de su infancia en Bessarabia tal y como los recordaba antes de que el pueblo fuera destruido. Y había también un solterón a quien le gustaba sentarse solo por la tarde en el banco a tomar el aire y mirar a las niñas pequeñas, y había un conductor de camionetas, con una agradable voz de tenor, que soñaba con una vida de cantante de ópera, y dos ideólogos entusiastas que llevaban veinticinco años burlándose y mofándose el uno del otro, por escrito y de palabra, y una mujer que de joven fue la

reina de la clase en Polonia y una vez incluso fue captada por las cámaras del cinematógrafo, y que ahora se pasaba el día sentada con un delantal grasiento en un tosco taburete detrás del almacén de aprovisionamiento, gorda, con la piel enrojecida, descuidada, limpiando inmensos montones de verduras y secándose de vez en cuando la cara con un pico del delantal: una lágrima o sudor, o ambas cosas.

El libro *Winesburg, Ohio* me hizo descubrir de pronto el mundo visto por Chéjov, aun antes de tener la ocasión de descubrir al propio Chéjov: se acabó el mundo visto por Dostoievski, Kafka y Knut Hamsun, y también por Hemingway y Yigal Mosenson. Se acabaron las mujeres misteriosas sobre los puentes y los hombres con las solapas levantadas envueltos en el humo de las tabernas.

Ese modesto libro fue para mí como la revolución de Copérnico al revés: Copérnico descubrió que nuestro mundo no era el centro del universo, como se había pensado hasta entonces, sino tan sólo un planeta más del sistema solar. Mientras que Sherwood Anderson me abrió los ojos para escribir lo que tenía a mi alrededor. Gracias a él comprendí de pronto que el mundo escrito no depende de Milán ni de Londres, sino que gira siempre alrededor de la mano que escribe en el lugar en el que escribe: donde tú estás, está el centro del universo.

En Hulda había una sala de consulta desierta detrás de la sala de los periódicos, en la planta baja del centro cultural a las afueras del kibbutz. En esa sala de consulta abandonada elegí una mesa en un rincón. Allí abría cada tarde el cuaderno marrón del colegio donde ponía «Para todo» y «Cuarenta hojas». Junto al cuaderno ponía un bolígrafo Globus, un lapicero con una goma en el extremo y una taza de plástico de color beige llena de agua tibia del grifo.

Ése era el centro del mundo.

En la sala de los periódicos, al otro lado de la fina pared, Moishe Kalker, Alioshka y Alek discutían acaloradamente sobre el discurso de Moshé Dayán, un discurso con el que había «tirado una piedra a la ventana del quinto piso»: tres hombres no muy guapos y no muy jóvenes que debatían sin parar con la letanía casuística de los estudiantes de las escuelas rabínicas. Alek, un hombre decidido y enérgico, intentaba siempre interpretar el papel de «la persona sociable que habla con sinceridad y sin ningún complejo». Estaba casado con una mujer enfermiza llamada Zushka, pero se pasaba la mayoría de las tardes con los solteros. En vano intentaba insertar entre Alioshka y Moishe Kalker la frase: «Un momento, ninguno de los dos lleva del todo razón», o: «Por favor, por favor, dejadme sólo que os diga algo que acabe con esta discusión».

Ni Alioshka ni Moishe Kalker tenían familia y en casi ningún tema estaban de acuerdo, pero a pesar de ello apenas se separaban en toda la tarde: comían juntos en el comedor, paseaban juntos e iban juntos a la sala de los periódicos. Alioshka era tímido como un niño, tenía la cara redonda, era sonriente, humilde, bondadoso, sólo sus ojos desconcertados estaban siempre dirigidos hacia el suelo, como si su propia vida fuera algo vergonzoso y deshonesto. Pero, a la hora de discutir, Alioshka se acaloraba de repente, se llenaba de ira y empezaba a echar chispas con los ojos casi fuera de las órbitas. Su rostro infantil y compasivo adquiría durante las discusiones una expresión no de ira sino de pánico y ofensa, como si sus propias opiniones le hicieran sentirse humillado.

En cambio Moishe Kalker, el electricista, era un hombre sutil y mordaz, colérico, a la hora de discutir te hacía muecas y guiños casi transgresores, con arrogante malicia, te sonreía y volvía a

guiñarte el ojo disfrutando con maldad mefistofélica, como si durante toda su vida hubiese estado buscando, y por fin lo hubiese encontrado, el lugar donde se ocultaba en ti un muladar pernicioso que hasta entonces habías conseguido ocultarles a todos pero que no podías ocultarle a él, pues sus ojos traspasaban tu máscara y gozaban del lodazal pantanoso que había aparecido en tu interior: todos te consideran una persona honesta y decente, pero tú y yo conocemos bien la detestable verdad, aunque casi siempre logres esconderla tras cientos de velos. Lo veo todo, amigo, todo, hasta tu más íntima naturaleza, que provoca escalofríos, todo está ante mis ojos y todo eso sólo me causa placer.

Alek intentaba calmar con un lenguaje moderado las discusiones entre Alioshka y Moishe Kalker, pero los dos rivales se unían al instante contra él y le reprochaban que, según ellos, él, Alek, ni siquiera comprendía cuál era el tema de discusión.

Alioshka decía:

–Perdona, Alek, pero es evidente que no hablamos el mismo idioma.

Moishe Kalker decía:

–Tú, Alek, cuando todos estamos comiendo de la adafina, te pones a cantar el himno nacional, y cuando llega la fiesta de Tishá Beav, para ti sigue siendo Purim.

Alek se ofendía y se disponía a irse, pero los dos solteros, como de costumbre, se empeñaban en acompañarle hasta su casa y en seguir discutiendo un rato más, y él, como siempre, les invitaba a pasar: Por qué no, Zushka se pondrá muy contenta y tomaremos un té caliente, pero ellos rehusaban dándole las gracias. Siempre rehusaban. Llevaba años y años invitándoles a un vaso de té en su casa después de la sala de los periódicos: Pasad, pasad un rato, nos tomaremos un vaso de té, por qué no, Zushka se pondrá muy contenta, y durante todos esos años rehusaron siempre dándole las gracias. Hasta que una vez...

Así escribiría las historias.

Y como ya era de noche y muy cerca de la valla aullaban chacales hambrientos, los introduciría en la historia. Por qué no. Que lloraran un poco bajo las ventanas. Y también al vigilante nocturno, que había perdido a su hijo en una de las acciones de represalia. Y también a la viuda chismosa, a quien a sus espaldas llamábamos la viuda negra. Y los perros ladrando y el movimiento de los cipreses, que se agitaban ligeramente con el viento en la oscuridad y que, con ese movimiento, me parecían por un instante una fila de gente rezando en voz baja.

Ése fue el tesoro que recibí de manos de Sherwood Anderson. Y una vez tuve la oportunidad de devolverle un céntimo o dos de mi deuda: allí, en Estados Unidos, el extraordinario Sherwood Anderson, coetáneo de William Faulkner, casi había caído en el olvido. Sus libros solamente pululaban por algunos departamentos de inglés. Y resulta que, hace unos años, recibí una carta de la editorial Norton: tenían intención de reeditar una colección de relatos de Sherwood Anderson titulada *Muerte en los bosques y otros relatos*, y habían oído el rumor de que yo me contaba entre sus admiradores, por tanto tal vez haría el favor de escribir dos o tres líneas promocionales para la cubierta del libro.

Era como si, supongamos, a un violinista ambulante de repente le pidieran permiso para utilizar su nombre con el fin de divulgar la música de Bach.

Y había en el kibbutz Hulda una cuidadora, o una educadora de primer curso, la llamaré Orna, una maestra contratada de unos treinta y cinco años que vivía en la última habitación de uno de los viejos pabellones. Todos los jueves se iba a ver a su marido y volvía al trabajo en Hulda los domingos por la mañana temprano. Una vez nos invitó, a mí y a dos chicas de mi clase, a ir a su casa por la tarde para hablar sobre los poemas del libro *Las estrellas están fuera* y escuchar con ella el concierto para violín y orquesta de Mendelssohn y la octava de Schubert. El gramófono estaba sobre un taburete de mimbre en un rincón de la habitación, donde también había una cama, una mesa, dos sillas, una cafetera eléctrica, un armario cubierto con una cortina de flores y la carcasa de un proyectil, que hacía las veces de jarrón, con un ramo de cardos color violeta.

Orna había colgado en las paredes de la habitación dos reproducciones de Gauguin, unas mujeres tahitianas gruesas y adormiladas, medio desnudas, así como algunos bocetos a lápiz hechos por ella misma y que había enmarcado con sus propias manos. Quizás por influencia de las pinturas de Gauguin, Orna también había dibujado figuras femeninas desnudas, rellenas, tumbadas o de espaldas. Todas esas mujeres, las mujeres de Gauguin y las mujeres de Orna, parecían satisfechas y relajadas, como después del placer. Y a pesar de todo, por su postura, parecían dispuestas a seguir dando placer a quien aún no estuviese satisfecho.

En la estantería de los libros, a la cabecera de la cama de Orna, encontré las *Rubaiyat* de Omar Khayyan y *La peste* de Camus, y al lado estaban *Peer Gynt*, Hemingway y Kafka, así como los poemas de Alterman, Rahel, Shlonsky, Lea Goldberg, Hayyim Guri, Natán Yonatan y Zerubavel Gilead, los relatos de Yizhar, *La senda de un hombre* de Yigal Mosinson, *Poemas de cada mañana* de Amir Gilboa, *Tierra del mediodía* de E. Hilel y *La luna nueva* y *Regalo de amor* de Rabindranath Tagore (y unas semanas más tarde, con mi mísero dinero de bolsillo, le compré a Orna *Luciérnagas* y le escribí una afectuosa dedicatoria donde aparecía también la palabra «conmovido»).

Orna tenía los ojos verdes, el cuello fino, una voz melodiosa acariciante, unas manos pequeñas y unos dedos delicados, pero unos pechos llenos y turgentes y unas caderas robustas. Normalmente tenía la cara seria y tensa, pero esa expresión cambiaba de golpe cuando se reía: su sonrisa era cautivadora, casi insolente, similar al ligero guiño de un ojo, como si te entendiera, viera todos tus secretos y te perdonase. Llevaba las axilas rasuradas, pero no de modo uniforme, parecía que había sombreado una de ellas con su carboncillo. Cuando estaba de pie, Orna solía apoyar todo su peso en la pierna izquierda, y así, sin darse cuenta, arqueaba la cadera derecha. Le gustaba opinar sobre el arte y la inspiración y encontró en mí un devoto oyente.

Unos días más tarde saqué fuerzas de flaqueza, me armé con el volumen de los poemas *Hojas de hierba* de Walt Whitman, en la traducción de Halkin (del que le había hablado a Orna la primera tarde), y volví a llamar a su puerta, en esta ocasión solo. Unos diez años antes iba corriendo así a la calle Sofonías, a casa de la Maestrazelda. Orna llevaba un vestido largo abrochado delante con una larga fila de botones. El vestido era de color crema pero la luz eléctrica, a través de la pantalla de rafia naranja, le daba un tono rojizo. Cuando Orna se ponía entre la lámpara y yo, la silueta de sus caderas y la línea de sus bragas se transparentaban. En esa ocasión puso en el gramófono *Peer Gynt* de Grieg. Se sentó a mi lado encima de la cama, cubierta por una colcha oriental, y me explicó cuáles eran los sentimientos que cada pieza evocaba. Yo, por mi parte, le leí poemas de *Hojas de hierba* y conjeturé sobre la influencia de Walt Whitman en la poesía de E. Hilel. Orna me peló unas mandarinas, me dio un vaso de agua fría de una jarra de barro con tapa y me puso la mano encima de la pierna, indicándome así que dejara de hablar un momento; entonces me leyó un sombrío poema de Uri Zvi Greenberg, pero no del libro *Las calles del río*, del que a mi padre le gustaba recitar con ímpetu, sino de un libro que no conocía y que tenía un extraño nombre: *Anacreonte al borde de la aflicción*. Después me pidió que le hablara un poco de mí y yo no supe qué decir, farfullé un puñado de ideas confusas sobre la belleza, hasta que Orna volvió a ponerme la mano en la nuca y dijo: Basta, quedémonos un rato en silencio. A las diez y media me levanté, me despedí y me fui a dar una vuelta bajo la luz de las estrellas entre los almacenes y los gallineros, feliz porque Orna me había invitado a volver, alguna tarde, pasado mañana, o incluso mañana mismo.

Al cabo de una semana o dos ya corría el rumor por el kibbutz y algunos me llamaban «el nuevo novillo de Orna». Tenía varios pretendientes, o contertulios, pero ninguno de ellos tenía apenas dieciséis años y ninguno de ellos sabía recitar de memoria, como yo, los poemas de *La alegría de los pobres* y *Rayo de la mañana*. A veces alguno de sus pretendientes esperaba en la oscuridad entre los eucaliptos delante del pabellón: esperaba a que yo saliera de su habitación. Y yo, con una punzada de celos, me quedaba a la sombra del seto y podía verlo entrar en la habitación donde Orna acababa de prepararme un café bien cargado y de decirme que era «extraordinario», y también me había dejado fumar con ella un cigarro a pesar de que aún era un joven parlanchín de undécimo curso. Me quedaba allí cerca de un cuarto de hora, una sombra entre las sombras, hasta que apagaban la luz.

Una vez, ese mismo otoño, fui a las ocho de la tarde a la habitación de Orna y no estaba, pero, como la luz de la lámpara se filtraba, naranja opaco, a través de las cortinas echadas y la puerta no estaba cerrada con llave, entré y me tumbé en la alfombra a esperarla. Estuve esperando un buen rato, hasta que las voces de los hombres y las mujeres en las terrazas se fueron reemplazando por los sonidos de la noche, el llanto del chacal, el ladrido de los perros, el mugido de las vacas a lo lejos, el chapoteo de la lluvia y los coros de ranas y grillos. Dos polillas se escondieron entre la bombilla y la pantalla naranja rojiza de la lámpara. Los cardos del florero-proyectil dibujaban una especie de sombra fragmentada sobre las baldosas y la alfombra. Las mujeres de Gauguin que estaban en la pared, y los bocetos desnudos que Orna había dibujado a carboncillo, hicieron que de repente me pusiera a conjeturar sobre cómo sería su cuerpo sin ropa en la ducha y ahí, sobre la

cama por las noches, cuando yo me iba y no se quedaba sola, sino tal vez con Yoav, o con Mandi, a pesar de que en alguna parte tenía un marido oficial de carrera en el ejército.

Sin levantarme de la alfombra, recorrí la cortina que cubría su armario y vi ropa interior, ropa de distintos colores y un camisón de nailon, casi transparente, de color melocotón. Tumbado en la alfombra como estaba, mis dedos tocaron ese melocotón y mi otra mano se vio obligada a acercarse a la colina de mis pantalones mientras mis ojos se cerraban, sabía que debía parar debía parar pero no al instante sólo un poco más. Al final, justo en el último momento, me detuve y, sin apartar los dedos del melocotón ni la mano de la colina, abrí los ojos y vi que Orna había entrado sin que yo me percatara y estaba descalza mirándome en un extremo de la alfombra, con todo el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda, la cadera derecha un poco elevada, una mano sobre esa cadera y la otra acariciándose el hombro bajo el pelo suelto. Se quedó mirándome con su sonrisa cálida y traviesa en los labios, y sus ojos verdes se reían como diciendo: ya lo sé, ya sé que ahora lo que más deseas es morirme aquí mismo, y sé que estarías menos aterrado si ahora en mi lugar estuviese aquí un asesino apuntándote con una ametralladora, y sé que ahora por mi culpa eres la persona más desgraciada del mundo, ¿pero por qué ser tan desgraciado? Mírame, yo no estoy aterrada por lo que he visto al entrar en la habitación y tú, deja ya de ser tan desgraciado.

Estaba tan aterrado y desesperado que cerré los ojos y me hice el dormido, así tal vez Orna me creería, pensaría que no había pasado nada, que sólo había ocurrido en sueños y, si había sido soñando, yo era culpable y detestable, pero mucho menos detestable que si lo hubiese hecho despierto.

Orna dijo: Te he interrumpido. Y en vez de reírse añadió: Perdón, lo siento, y de repente, como en broma, empezó a mover las caderas con un complicado paso de baile y dijo que no, que de hecho no lo sentía realmente, que en el fondo le había gustado verme pues en mi cara en esos momentos había una mezcla de dolor y de luz. Y sin decir nada más empezó a desabrocharse los botones, del primero al último, y se quedó delante de mí para que la mirara y continuase. Pero cómo iba a hacerlo. Cerré los ojos con fuerza y luego parpadeé y luego la miré, su alegre sonrisa me rogaba que no tuviera miedo, qué pasa, no está prohibido, y su pecho turgente también parecía rogarme, y luego se puso de rodillas sobre la alfombra a mi derecha y apartó mi mano de la colina de mis pantalones y puso la suya y luego abrió y liberó y una estela de chispas punzantes como una densa lluvia de meteoritos recorrió todo mi cuerpo y volví a cerrar los ojos pero no antes de ver cómo se tumbaba de lado y luego se puso encima de mí y dirigió mis manos, aquí y aquí, y sus labios me tocaron la frente y me tocaron los ojos cerrados y luego cogió con la mano y me hundió por completo y al instante sentí en lo más profundo del cuerpo como truenos mórbidos e inmediatamente después un rayo que me partió y como las paredes de la casa eran muy finas Orna tuvo que taparme con fuerza la boca y cuando pensó que ya estaba y levantó la mano para dejarme respirar tuvo que apresurarse a sellarme de nuevo los labios porque aún no estaba. Y luego se rió y me acarició como a un niño y volvió a besarme en la frente y cubrió mi cabeza con su cabello y yo con lágrimas en los ojos empecé a devolverle tímidos besos de gratitud en la cara y en el pelo y en la mano y me hubiera gustado decir algo pero ella no me dejó y volvió a taparme la boca con la mano hasta que renuncié a hablar.

Al cabo de una o dos horas me despertó, mi cuerpo quería más y yo estaba lleno de vergüenza, pero ella no me retuvo sino que murmuró, como sonriendo ven, toma y murmuró mirad qué pequeño salvaje y sus piernas tenían un bronceado dorado y en los muslos tenía un vello rubio

casi imperceptible, y después de volver a ahogar con la mano la fuente de mis gritos me levantó y me ayudó a ponerme la ropa y me sirvió agua fría de su jarra de barro cubierta por una tapa blanca y me acarició la cabeza, me acercó a su pecho y me besó por última vez en la punta de la nariz y me envió al frío del denso silencio de las tres de la madrugada de una noche de otoño. Pero cuando fui al día siguiente a pedirle perdón, o a rogar que se repitiera el milagro, dijo: Mirad, está pálido como la pared, qué te ha pasado, tómame un vaso de agua. Me hizo sentar en una silla y dijo algo así: Mira, no ha ocurrido ninguna tragedia pero desde ahora quiero que todo vuelva a ser como era hasta ayer, ¿de acuerdo?

Me resultaba difícil cumplir su deseo, y seguro que Orna también lo notó, por tanto nuestras tardes de poesía con la música de Schubert, Grieg y Brahms en el gramófono se volvieron grises, y después de una o dos veces más se interrumpieron, y su sonrisa sólo se posaba en mí de lejos, cuando nos cruzábamos por casualidad, una sonrisa llena de alegría, orgullo y afecto: no como una benefactora satisfecha de su buena acción sino como una pintora que mira el cuadro que ha pintado y, aunque ya se está dedicando a otros cuadros, aún está feliz por lo que han hecho sus manos y aún está orgullosa de recordarlo y contenta de poder contemplarlo de lejos.

Desde entonces me siento bien entre las mujeres. Como mi abuelo Alexander. Y aunque con el paso de los años he aprendido algo más y a veces he salido escaldado, sigo creyendo –como aquella tarde en la habitación de Orna– que en las manos de las mujeres se encuentran siempre las llaves del placer. La expresión «le ha otorgado sus favores» me parece justa y más acertada que otras. Los favores de las mujeres me provocan, aparte de deseo y exaltación, una ola de gratitud infantil y un deseo de postrarme ante ellas: quién soy yo para ser digno de tales maravillas. Te daría las gracias con asombro y admiración por una sola gota de agua, y ni que decir tiene por un mar entero. Y siempre como un mendigo en la puerta: la mujer es siempre más grande que yo y sólo está en su mano decidir si dar o no dar.

Tal vez sienta cierta envidia de la sexualidad femenina, que es mucho más rica, delicada y compleja, como un violín con respecto a un tambor. O quizá se trate del eco de un recuerdo primigenio de los comienzos de mi vida: un pecho frente a un cuchillo. Nada más venir al mundo me esperaba en la entrada una mujer a la que acababa de producir un gran dolor, y ella me recompensó con un tierno amor, devolviéndome bien por mal, y me ofreció un pecho. El sexo masculino, por el contrario, me estaba acechando a la entrada con el cuchillo de circuncidar en la mano.

Orna tenía unos treinta y cinco años, más del doble que yo aquella noche. Y fue como ofrecer un río de púrpura, carmesí y celeste, y perlas a un cochinillo que no sabe qué hacer con todo ello y por tanto sólo coge y traga sin masticar y casi se ahoga de tanta abundancia. Al cabo de unos meses dejó su trabajo en el kibbutz. No supe adónde había ido. Años más tarde me enteré de que se había divorciado y casado de nuevo, y de que durante algún tiempo tuvo una columna fija en una revista femenina. Y no hace mucho, en Estados Unidos, después de una conferencia y antes de una recepción, entre un círculo abarrotado de gente que preguntaba y discutía, de pronto se me apareció Orna, con los ojos verdes, radiante, sólo algo mayor de lo que era en mi juventud, con un vestido claro abotonado, sus ojos brillaban con esa sonrisa que conoce los secretos, esa sonrisa

seductora, compasiva y tierna, la sonrisa de aquella noche, y yo, como hechizado, me detuve en medio de una frase, me abrí paso hacia ella, empujé a los que se interponían en mi camino, aparté a la anciana aturdida que Orna llevaba en una silla de ruedas, la agarré, la abracé, pronuncié dos veces su nombre y la besé apasionadamente en la boca. Ella me apartó con delicadeza y, sin dejar de otorgarme el favor de su sonrisa, que me hizo enrojecer como un chaval, señaló la silla de ruedas y dijo en inglés: es Orna. Yo sólo soy su hija. Desgraciadamente mi madre ya no habla. Y casi tampoco reconoce.

Una semana antes de su muerte, mi madre mejoró de improviso. Las nuevas pastillas para dormir que le recetó el nuevo médico hicieron maravillas en una noche. Al atardecer, mi madre se tomó dos de esas pastillas y a las siete y media de la tarde se durmió vestida en mi cama, que había pasado a ser la suya, y estuvo durmiendo casi un día entero, hasta las cinco de la tarde del día siguiente, entonces se levantó, se duchó, bebió algo y quizá volvió a tomarse al atardecer una o dos pastillas más, porque de nuevo se quedó dormida a las siete y media de la tarde y estuvo durmiendo hasta por la mañana, y por la mañana, cuando mi padre se levantó para afeitarse, exprimir dos vasos de zumo de naranja y calentarlos un poco, para que estuviesen templados, también se levantó mi madre, se puso una bata y un delantal, se peinó y nos preparó un desayuno de verdad, como antes de caer enferma, huevos fritos, ensalada, yogures y una cestilla con rebanadas de pan que mi madre sabía cortar muy finas, mucho más finas que las de mi padre, a las que ella llamaba cariñosamente «tarugos de madera».

De nuevo volvimos a sentarnos los tres a las siete de la mañana en tres taburetes de enea alrededor de la mesa de la cocina cubierta por un hule de flores, y mi madre empezó a hablarnos de un rico comerciante de pieles de su ciudad, Rovno, un perspicaz judío que trataba incluso con viajeros de París y Roma debido a una clase excepcional de piel, una piel llamada zorro de plata que brillaba como la escarcha en una noche de luna.

Un día el comerciante se volvió un vegetariano convencido. Dejó en manos de su suegro y socio el próspero negocio de pieles. Al cabo de un tiempo se construyó una pequeña cabaña en el bosque, se fue de su casa y se instaló en la cabaña, pues estaba apesadumbrado por los miles de zorros que los cazadores mandados por él habían matado para fabricar pieles. Al final, el hombre desapareció. Y cuando mis hermanas y yo queríamos asustarnos unas a otras, nos tumbábamos en la alfombra a oscuras y empezábamos a imaginar, por turnos, cómo ese hombre que una vez fue un rico comerciante de pieles ahora vagaba desnudo por los bosques, tal vez enfermo de rabia, lanzando desde la espesura aullidos de zorro que ponían los pelos de punta, y a todo aquél a quien la fatalidad le hacía toparse en el bosque con el hombre zorro, al instante, a causa del terror, se le ponía el cabello blanco.

Mi padre, a quien no le gustaban nada esas historias, hizo una mueca y preguntó: Perdona, ¿qué es eso? ¿Una alegoría? ¿Una superstición? ¿O simplemente un cuento de niños? Pero, como estaba muy contento por la mejoría de mi madre, hizo con la mano un gesto de renuncia y dijo:

–Está bien.

Mi madre nos apremió para que no llegásemos tarde, él al trabajo y yo al colegio. Junto a la

puerta de la calle, mientras mi padre se ponía las botas de goma encima de los zapatos y yo luchaba con los guantes, me salió un aullido de zorro tan largo y escalofriante que mi padre se estremeció y se asustó, luego se recuperó y alzó la mano para darme una bofetada. Pero mi madre se interpuso entre los dos, me apretó contra su pecho, me tranquilizó a mí y también a él, sonrió y nos dijo:

–Es todo por mi culpa. Perdonadme.

Ése fue su último abrazo.

Nos fuimos en torno a las siete y media, mi padre y yo, sin cruzar ni una palabra, pues mi padre estaba enfadado conmigo por aquel alarido rabioso. Junto a la puerta del patio, él se dirigió hacia la izquierda, en dirección al edificio Terra Sancta, y yo me fui hacia la derecha, al colegio Tajkemoní.

Cuando volví ese día del colegio, encontré a mi madre vestida con su falda clara de dos filas de botones y un chaleco de lana azul marino. Me pareció bella y juvenil. Tenía buena cara, como si todos sus días de enfermedad se hubiesen borrado de su rostro en una noche. Me dijo que dejara la cartera del colegio y no me quitara el abrigo, ella también se puso el abrigo, tenía una sorpresa para mí:

–Hoy no vamos a comer en casa. Hoy he decidido invitar a los dos hombres de mi vida a comer en un restaurante. Pero tu padre aún no sabe nada. ¿Le damos una sorpresa? Vamos a dar un pequeño paseo los dos por la ciudad y luego iremos al Terra Sancta, lo sacaremos de allí a la fuerza, como se saca a una polilla de su tumba de libros, y los tres iremos a comer a un lugar que tampoco te voy a decir a ti: quiero que también tú estés un poco intrigado.

No reconocía a mi madre: su voz no era la de siempre, era festiva y fuerte, como si estuviese declamando un papel en una representación del colegio, una voz llena de luz y calor al decir «vamos a dar un pequeño paseo los dos», pero algo temblorosa al pronunciar las palabras «polilla» y «tumba de libros», una voz que me produjo, sólo por un instante, un cierto temor. Pero enseguida el temor dejó paso a la alegría por la sorpresa, por el regocijo de mi madre, por su feliz vuelta a nosotros.

Mis padres casi nunca comían en restaurantes, aunque con bastante frecuencia nos encontrábamos con sus amigos en los cafés de la calle Yafo o de la calle King George.

Una vez, en el año 50 o 51, cuando fuimos los tres a ver a las tías de Tel Aviv, mi padre tiró la casa por la ventana y el último día de nuestra visita, justo antes de volver a Jerusalén, se proclamó a sí mismo «barón Rothschild por un día» y nos invitó a todos, a las dos hermanas de mi madre, a sus maridos y al único hijo de cada una, a comer en el restaurante Hamozeg de la calle Ben Yehuda esquina Bugrashov. Nos prepararon una mesa para nueve. Mi padre se sentó a la cabecera, entre sus dos cuñadas, y consideró adecuado sentarnos a todos de tal forma que ninguna de las hermanas estuviera al lado de sus maridos y ninguno de nosotros, los niños, estuviera entre sus padres: como si en esa ocasión hubiese decidido barajar todas las cartas. El tío Zvi y el tío Buma, algo desconfiado, no comprendieron del todo al anfitrión, y por supuesto no quisieron probar con mi padre un vaso de cerveza, porque no estaban acostumbrados y se sentían algo incómodos. Por tanto renunciaron al derecho de hablar y decidieron cederle todo el protagonismo a mi padre,

quien, por su parte, al parecer consideró que los manuscritos del Mar Muerto, que se habían descubierto en el desierto de Judea, eran sin duda el tema más importante y emocionante para todos los comensales. Por tanto, empezó a dar una detallada conferencia, que se prolongó durante la sopa y el segundo plato, sobre el significado de los manuscritos hallados en una cueva de Qumrán y sobre la posibilidad de que otros tesoros inestimables estuviesen esperando a ser descubiertos en algún lugar entre las grutas del desierto. Hasta que mi madre, que estaba sentada entre el tío Zvi y el tío Buma, observó amablemente:

–Arie, ya basta por hoy, ¿no?

Mi padre comprendió y cedió, y desde ese momento hasta el final de la comida, la conversación se escindió en varias conversaciones puntuales. Mi primo mayor, Yigal, pidió permiso para llevar a mi primo pequeño, Efraim, a la playa cercana. Al cabo de un rato, también yo renuncié a la compañía de los adultos y salí del restaurante Hamozeg en busca de la playa.

¿Pero quién habría imaginado que precisamente mi madre planeara ir a un restaurante? Mi madre, a quien nos habíamos acostumbrado a ver sentada casi día y noche en su silla mirando fijamente la ventana sin moverse. Mi madre, a quien hacía sólo unos días yo había dejado mi habitación para huir de su silencio a dormir con mi padre en el sofá cama de matrimonio. Estaba tan guapa y de tan buen humor aquella mañana en Jerusalén, con el chaleco azul marino, su falda clara, las medias de nailon con costura y los zapatos de tacón, que cuando íbamos por la calle los hombres volvían la cabeza para mirarla. Llevaba el abrigo doblado en un brazo y el otro agarrado al mío:

–Hoy serás mi *chevalier*.

Y, como adoptando también el papel de mi padre, añadió:

–*Chevalier* quiere decir caballero: *cheval* significa caballo en francés, y *chevalier*, caballero.

Después dijo:

–Hay bastantes mujeres que se sienten atraídas por hombres déspotas. Como las mariposas por el fuego. Y hay mujeres que lo que más necesitan no es un héroe, ni siquiera un amante apasionado, sino sobre todo un amigo. Recuérdalo cuando crezcas: aléjate de las mujeres a quienes les gustan los déspotas, y entre las que buscan un hombre-amigo intenta encontrar, no a las que necesitan un amigo porque están algo vacías, sino a las que también desean llenarte. Y recuerda que la amistad entre un hombre y una mujer es algo mucho más valioso y extraordinario que el amor: de hecho el amor es algo bastante rudo e incluso grosero comparado con la amistad. La amistad incluye también una parte de delicadeza, de aceptación y generosidad, y un refinado sentido de la medida.

–Vale –dije. Pues quería que dejara de hablar de cosas que no me incumbían y que cambiáramos de tema. Hacía varias semanas que no hablábamos, y me daba pena desperdiciar esos momentos que eran sólo suyos y míos. Cuando nos acercábamos al centro de la ciudad, volvió a cogerme del brazo, se rió y preguntó de repente:

–¿Qué te parecería tener un hermano pequeño? ¿O una hermana?

Y, sin esperar mi respuesta, añadió con tristeza sarcástica, o más que sarcástica envuelta en una sonrisa que no vi, pero que oí en su voz al decirme:

–Algún día, cuando te cases y tengas familia, te pido por favor que no tomes como ejemplo la vida matrimonial de tu padre y mía.

Estas palabras no las estoy reproduciendo ahora por lo que recuerdo, como he reproducido hace veinte líneas sus palabras sobre el amor y la amistad. Pues esa petición suya, que no tomara como ejemplo el matrimonio de mis padres, la recuerdo tal y como me fue dicha: literalmente. Y su voz sonriente también la recuerdo ahora con exactitud. Íbamos por la calle King George, mi madre y yo, pasando cogidos del brazo por delante de un monumento llamado Talita Kumi de camino al Terra Sancta para sacar a mi padre del trabajo. Era la una y media del mediodía. Un viento frío mezclado con afiladas gotas de lluvia soplaba del oeste. Por culpa de ese viento los transeúntes cerraron los paraguas, para que no se doblasen. Nosotros ni siquiera intentamos abrir el nuestro. Cogidos del brazo caminábamos mi madre y yo bajo la lluvia, pasamos ante el Talita Kumi y ante el edificio Frumin, que era la sede temporal de la Keneset, y después a los pies del Bet Hamaalot. Fue a comienzos de la primera semana del mes de enero de 1952. Cuatro o cinco días antes de su muerte.

Cuando la lluvia arreció, mi madre propuso aún con un tono de voz casi divertido:

—¿Vamos un rato a un café? Nuestro padre no se va a escapar.

Estuvimos una media hora en un café de ambiente centroeuropeo a la entrada del barrio de Rehavia, en la calle Kerem Kayemet, frente a la Agencia Judía, donde entonces estaba también el despacho del primer ministro. Hasta que cesó la lluvia. Entre tanto, mi madre sacó del bolso una polvera con un pequeño espejo redondo y un peine, y se arregló el cabello y las mejillas. En mí se produjo una mezcla de sentimientos, orgullo por su belleza, alegría por su restablecimiento y la responsabilidad de protegerla con todas mis fuerzas de una sombra cuya existencia tal vez sólo intuía. O más que intuir, percibía vagamente como una especie de sutil y extraña incomodidad en la piel. Igual que un niño a veces percibe cosas que están fuera de su capacidad de comprensión, y las siente y tiene miedo sin saber de qué se trata:

—¿Estás bien, mamá?

Pidió para ella una taza de café solo y para mí un café con leche, a pesar de que nunca me dejaban, el café no es para los niños, y también un helado de chocolate, a pesar de que en casa era bien sabido que los helados son malos para la garganta, y más en un frío día de invierno. Y antes de comer. Por responsabilidad, sentí la obligación de conformarme sólo con dos o tres cucharadas del helado y también de preguntarle a mi madre de vez en cuando si no tenía frío sentada ahí, si no estaba cansada, si no estaba mareada. Acabas de recuperarte. Mamá, ten mucho cuidado, porque a la entrada de los servicios está oscuro y hay dos escalones. El orgullo, la seriedad y el temor llenaban mi corazón. Como si, mientras estuviésemos sólo ella y yo en el café Rosh Rehavia, ella interpretase el papel de niña indefensa necesitada de un amigo generoso y yo fuera su *chevalier*. O tal vez su padre:

—¿Estás bien, mamá?

Cuando llegamos al edificio Terra Sancta, la sede de varios departamentos de la Universidad Hebrea desde que, durante la guerra de la Independencia, fue bloqueado el camino al campus de Har Hatzofim, preguntamos dónde estaba la hemeroteca y subimos por las escaleras al tercer piso. Un día de invierno como ése estaba Jana, de *Mi querido Mijael*, en esas mismas escaleras y puede que se torciese el tobillo, y el estudiante Mijael Gonen la agarrase por el codo y le dijese

de pronto que la palabra «tobillo» le parecía bonita. Puede que mi madre y yo pasásemos delante de Mijael y de Jana por aquellas escaleras y no nos diésemos cuenta. Trece años separaban ese día invernal de mi madre y mío en el Terra Sancta del invierno en que empecé a escribir el libro *Mi querido Mijael*.

Al entrar en la hemeroteca vimos de frente al director, el distinguido y bondadoso señor Feferman, que alzó la vista de un montón de papeles, nos sonrió y con las dos manos nos indicó que pasásemos: Venid, por favor, entrad. También vimos a mi padre. De espaldas. Durante un buen rato no le reconocimos, porque estaba envuelto en una bata gris de bibliotecario para proteger su ropa del polvo de los libros. Estaba en el último peldaño de una pequeña escalera, de espaldas a nosotros y con toda su atención puesta en los grandes archivadores de cartón que estaba sacando uno por uno de una estantería, miraba y hojeaba y volvía a dejar en su sitio, y sacaba otro archivador y otro más, pues al parecer no conseguía encontrar lo que estaba buscando.

Durante todo ese rato, el bueno del señor Feferman no abrió la boca, se acomodó en su silla detrás de un gran escritorio y su afable sonrisa se agrandó, como si se estuviese divirtiendo, y también otros dos o tres trabajadores de la hemeroteca dejaron su trabajo, se rieron, nos miraron a nosotros, miraron la espalda de mi padre y no dijeron nada, como uniéndose al juego del señor Feferman y esperando con burlona curiosidad a ver cuándo ese hombre notaba por fin la presencia de sus huéspedes, que estaban a la entrada mirando pacientemente su espalda, la mano de la hermosa mujer sobre el hombro del niño.

Desde el último peldaño de la escalera, mi padre se volvió hacia el director de la hemeroteca y le dijo: «Perdóneme un momento, señor Feferman, a mi parecer hay aquí...», y de pronto vio la amplia sonrisa del director y puede que se asustase un poco, pues no comprendía qué le hacía tanta gracia; entonces los ojos del señor Feferman condujeron la mirada con gafas de mi padre desde el escritorio hacia la puerta, y, cuando nos vio, creo que se puso pálido. Colocó de nuevo en su sitio el gran archivador de cartón que tenía entre las manos, bajó con cuidado de la escalera, miró a un lado y a otro, vio que todos los trabajadores sonreían y, como si no le quedase más remedio, también él se acordó de sonreír y nos dijo: «¡Qué sorpresa! ¡Qué gran sorpresa!», y en voz más baja preguntó si todo iba bien, si había pasado algo.

Su cara estaba tensa y preocupada como la de un niño que, justo cuando está jugando a las prendas y a los besos con los compañeros de clase, alza la vista y descubre de pronto a sus padres muy serios en la puerta, y cuánto tiempo llevarían así mirando en silencio y cuánto habrían visto.

Al principio, llevado por el desconcierto, mi padre intentó sin darse cuenta empujarnos con mucha delicadeza, con las dos manos, hacia fuera, hacia el pasillo, miró hacia atrás y le dijo a toda la hemeroteca, y sobre todo al señor Feferman: «¿Me disculpan un momento?».

Pero luego se arrepintió: dejó de empujarnos hacia fuera, nos llevó hacia dentro, hacia el escritorio del director, y nos presentó, entonces cayó en la cuenta y dijo: «Señor Feferman, usted ya conoce a mi mujer y a mi hijo, ¿no?». Luego nos hizo dar la vuelta y nos presentó formalmente al resto de los trabajadores de la hemeroteca, con estas palabras: «Permitidme que os presente a mi mujer, Fania, y a mi hijo, Amós. Estudiante. De doce años y medio».

Cuando salimos los tres al pasillo, mi padre preguntó sobresaltado y un poco enfadado:

—¿Qué ha pasado? ¿Mis padres están bien? ¿Y los tuyos? ¿Están todos bien?

Mi madre le tranquilizó. Pero la idea del restaurante le provocó un cierto recelo: no era el cumpleaños de nadie. Dudó, empezó a decir algo, se arrepintió y, al cabo de un rato, dijo:

—Por supuesto. Por supuesto. Por qué no. Iremos a celebrar tu recuperación, Fania, o en cualquier caso la evidente mejoría que has experimentado en una noche. Sí. Por supuesto que lo celebraremos.

Pero al decir eso su rostro no tenía una expresión festiva sino preocupada.

Después mi padre se repuso de pronto, se llenó de un alegre entusiasmo, nos rodeó a los dos por los hombros, le pidió permiso al señor Feferman para acabar antes la jornada de trabajo, se despidió de los empleados de la hemeroteca, se quitó la bata gris de bibliotecario, nos dio una vuelta rápida por algunas de las estanterías de la biblioteca, que estaba en el sótano, y por el archivo de manuscritos raros, nos enseñó también la nueva fotocopidora, explicándonos bien todo mientras nos presentaba con orgullo a todo aquel que encontrábamos por el camino, excitado como un joven que presenta a sus respetables padres a la dirección del colegio.

Era un restaurante agradable y casi vacío en una callejuela entre la calle Ben Yehuda y la calle Shamai o Hillel. Empezó a llover de nuevo justo cuando entrábamos, y mi padre dijo que aquello era una buena señal, como si la lluvia se hubiese detenido sólo por nosotros. Como si desde el cielo se mostrasen favorables a nosotros.

Pero enseguida se corrigió:

—Es decir, diría eso si creyera en las señales y si creyera que el cielo se interesa por nosotros. Pero el cielo es indiferente. Excepto el *Homo sapiens*, el universo entero es indiferente. Y de hecho la mayoría de las personas también son indiferentes. Desde mi punto de vista, la indiferencia es la señal distintiva más evidente de toda la realidad.

Y volvió a corregirse:

—¿Cómo he podido decir del cielo que se muestra favorable cuando, de hecho, está gris y oscuro y nos lanza una lluvia evidentemente torrencial?

Mi madre dijo:

—No. Pedid vosotros primero porque hoy soy yo la anfitriona. Y me alegraría mucho que esta vez pidieseis los platos más caros de la carta.

Pero la carta era modesta, en consonancia con aquellos años de escasez y restricción. Mi padre y yo pedimos sopa de verduras y albóndigas de pollo con puré de patata. Como si fuese cómplice de una conspiración secreta, evité contarle a mi padre que, de camino al Terra Sancta, me habían dejado por primera vez en mi vida probar el café. Y me habían dejado tomar helado de chocolate antes de comer, y a pesar de ser invierno.

Mi madre estuvo mirando fijamente la carta durante un buen rato, la dejó boca abajo sobre la mesa, y sólo cuando mi padre volvió a recordárselo, accedió a pedir tan sólo un plato de arroz blanco. Mi padre se disculpó gentilmente y le explicó a la camarera que esto y aquello, y que ella, mi madre, aún no estaba restablecida del todo. Mientras mi padre y yo acabábamos con apetito nuestros platos, mi madre probó el arroz haciendo un gran esfuerzo: picó un poco, lo dejó y pidió una taza de café solo.

—¿Estás bien, mamá?

La camarera volvió con una taza de café para mi madre y un vaso de té para mi padre, y delante de mí dejó de postre un platito de gelatina amarilla temblorosa. En ese momento mi impaciente padre sacó su cartera del bolsillo interior de la chaqueta. Pero mi madre se empeñó:

Guárdate eso, por favor. Hoy vosotros dos sois mis invitados. Y mi padre la obedeció, no sin antes hacer una broma forzada sobre los pozos de petróleo que al parecer ella había heredado en secreto, y que eran el origen de su nueva fortuna y su despilfarro. Esperamos a que dejara de llover. Mi padre y yo estábamos sentados de cara a la cocina y enfrente teníamos la cara de mi madre, mirando entre nuestros hombros la persistente lluvia a través de la ventana que daba a la calle. No recuerdo de lo que hablamos, pero es de suponer que mi padre se apresuraría a acabar con cualquier silencio. Tal vez nos hablara mientras tanto de las relaciones de la Iglesia católica con el pueblo judío, o nos repasara la historia de la acalorada disputa, a mediados del siglo XIX, entre el rabino Yaakov Emden, llamado también rabino Yaavatz, y los seguidores de Shabbetay Zvi, y sobre todo entre el rabino Emden y el rabino Yonatán Aivshitz, sospechoso de ser seguidor del shabbetaísmo.

Además de nosotros, a esa hora lluviosa del mediodía, había en el restaurante dos mujeres mayores que hablaban en alemán con especial delicadeza y en un respetuoso tono de voz. Se parecían la una a la otra, en el pelo gris ferroso y en los rasgos aquilinos, resaltados en ambas por una gran prominencia en el cuello: la más vieja de las dos parecía tener más de ochenta años y, mirándola con mayor atención, supuse que podía ser la madre de la anciana que tenía sentada enfrente. Decidí que madre e hija eran viudas y que vivían juntas porque no tenían a nadie más en el mundo. Las llamé señora Gertrud y señora Magda e intenté imaginarme mentalmente su pequeña e impoluta casa, quizás por los alrededores, más o menos delante del hotel Eden.

De pronto una de ellas, la señora Magda, la menos mayor, alzó la voz y le lanzó a la anciana que tenía sentada enfrente una palabra en alemán. Lo hizo gritando con rabia venenosa e hiriente, como un ave de rapiña lanzándose contra su presa, luego cogió su taza y la estampó contra la pared.

Por los surcos de las mejillas de la mujer más anciana, a la que había llamado Gertrud, empezaron a correr lágrimas. Lloraba en silencio y sin ningún gesto de llanto. Lloraba con la cara íntegra. La camarera se agachó en silencio para recoger del suelo los pedazos de la taza: recogió, terminó y se alejó. Ni una palabra se dijo después de aquel grito. Las dos mujeres continuaron sentadas la una frente a la otra sin abrir la boca, las dos muy delgadas, las dos con un pelo cano ondulado y ferroso que empezaba muy arriba en la frente, como les pasa a los hombres con una incipiente calvicie. La anciana viuda siguió derramando en silencio y sin gesto alguno lágrimas mudas que descendían hacia su afilada barbilla, y, como en las cuevas húmedas, sus lágrimas caían una a una en su pecho. Ni siquiera intentó contener el llanto o secarse los ojos, a pesar de que su hija, en silencio, con gesto triste, le ofreció un pañuelo blanco planchado. Si es que ésa era su hija. La anciana, Gertrud, no aceptó la mano tendida ante ella sobre la mesa con el pañuelo planchado. Durante un largo rato se congeló toda la escena, como si las dos, madre e hija, sólo fueran una vieja fotografía en sepia, algo descolorida, en un álbum polvoriento. Y de repente pregunté:

—¿Estás bien, mamá?

Porque mi madre, olvidándose por completo de las normas de educación, giró un poco la silla y no apartaba la vista de las dos mujeres. En ese momento me pareció que su cara volvía a estar tan pálida y blanca como durante su enfermedad. Al cabo de un rato se disculpó, se sentía algo

cansada y quería volver a casa a echarse un rato. Mi padre asintió con la cabeza, se levantó de inmediato, le consultó a la camarera dónde había un teléfono cerca y se fue a llamar a un taxi. Al salir del restaurante, mi madre tuvo que apoyarse en el brazo y el hombro de mi padre, yo les sujeté la puerta y avisé de que había un escalón, y también les abrí la puerta del taxi. Cuando sentamos a mi madre en el asiento de atrás, mi padre volvió al restaurante a pagar la cuenta. Ella se sentó muy erguida en el taxi y sus ojos marrones estaban abiertos de par en par, quizá demasiado abiertos.

Por la tarde llamamos al nuevo médico y, cuando se fue, mi padre llamó también al viejo. No hubo diferencia de opiniones entre ellos: los dos médicos recomendaron reposo absoluto. Mi padre le preparó mi cama, que había pasado a ser la suya, le sirvió un vaso de leche templada con miel, le rogó que se tomara al menos tres o cuatro sorbos con sus nuevos somníferos y le preguntó cuánta luz quería que dejara. Al cabo de un cuarto de hora me mandó a mirar por la rendija de la puerta y vi que mi madre estaba dormida. Estuvo durmiendo hasta el día siguiente por la mañana, volvió a despertarse temprano y a levantarse para ayudarnos un poco a mi padre y a mí en las tareas matinales. Volvió a hacernos huevos fritos mientras yo ponía la mesa y mi padre cortaba distintas hortalizas para la ensalada. Cuando llegó la hora de irnos, mi padre al edificio Terra Sancta y yo al colegio Tajkemoní, mi madre decidió de pronto salir también y acompañarme al colegio, porque cerca del Tajkemoní vivía su buena amiga Lilienka, Lilia Bar Samka.

Después supimos que Lilienka no estaba en casa y, por tanto, mi madre fue a casa de otra amiga, Fania Weissman, que también había estudiado en el instituto Tarbut de Rovno. Desde la casa de Fania, un poco antes del mediodía, mi madre se fue a la estación de autobuses de la calle Yafo y se subió a uno que iba a Tel Aviv para visitar a sus hermanas, o tal vez sólo pretendía cambiar de autobús en Tel Aviv y continuar hasta Haifa y Kiriat Motzkin, hasta el barracón de sus padres. Pero, cuando mi madre llegó a la estación de Tel Aviv, debió de cambiar de idea, se tomó un café solo en un cafetería y volvió al atardecer a Jerusalén.

Al llegar a casa se quejó de que estaba muy cansada. Y volvió a tomarse dos o tres de sus nuevas pastillas para dormir. O tal vez en esa ocasión volvió a probar con las antiguas. Pero esa noche no consiguió dormir, las migrañas la atormentaban de nuevo, y se pasó toda la noche vestida en la silla junto a la ventana. A las dos de la madrugada decidió ponerse a planchar. Encendió la luz de mi habitación, que había pasado a ser la suya, puso la tabla de la plancha, preparó una botella de agua para rociar la ropa y se pasó planchando varias horas, hasta que amaneció. Cuando se le acabó la ropa, sacó del armario la ropa de cama y la volvió a planchar toda. Y, cuando se terminó también ésa, se puso a planchar la tela que hacía de colcha en la cama de mi habitación, pero debido al cansancio o a la debilidad se le chamuscó, entonces mi padre se despertó por el olor a quemado y me despertó a mí también. Nos quedamos atónitos al ver que mi madre había planchado cada calcetín, cada pañuelo, cada servilleta y mantel de la casa. Nos apresuramos a mojar la tela chamuscada en el cuarto de baño, sentamos a mi madre en su silla, nos arrodillamos mi padre y yo y le quitamos los zapatos, uno mi padre y otro yo. Luego mi padre me pidió que saliera un momento de la habitación y que fuera tan amable de cerrar la puerta. Cerré la puerta, pero en esa ocasión, como estaba preocupado por ella, me quedé pegado a la puerta cerrada. Quería oír. Estuvieron una media hora hablando en ruso. Después mi padre me pidió que

cuidara de mi madre durante unos minutos, se fue a la farmacia y compró una medicina, tal vez un jarabe, telefoneó desde la farmacia a la oficina del tío Zvi, que trabajaba en el hospital Tzahalón de Yafo y también telefoneó al trabajo del tío Buma en el ambulatorio Zamenhof de Tel Aviv. Tras esas llamadas, mi padre y mi madre acordaron que esa misma mañana, el jueves, se fuera a Tel Aviv a casa de una de sus hermanas para descansar y cambiar un poco de aires. Podía quedarse cuanto quisiera, hasta el domingo o incluso hasta el lunes por la mañana, porque el lunes al mediodía, Lilia Bar Samka había conseguido hora para una revisión en el hospital Hadassah, en la calle Haneviim, una revisión para la que, si no hubiese sido por los buenos contactos de la tía Lilienka, habríamos tenido que esperar varios meses.

Como mi madre estaba débil y se quejaba de mareos, mi padre se empeñó en que, en esa ocasión, no iría sola a Tel Aviv sino que él la acompañaría hasta la casa de la tía Haya y del tío Zvi, e incluso podría quedarse a pasar allí la noche y al día siguiente por la mañana, el viernes, volvería a Jerusalén en el primer autobús y le daría tiempo a ir al menos unas horas a trabajar. No hizo caso de las protestas de mi madre, que opinaba que no era necesario que la acompañase y perdiese un día de trabajo, ella aún era capaz de ir sola a Tel Aviv y encontrar la casa de su hermana. No se iba a perder.

Pero mi padre no quiso escuchar. En esa ocasión se mostró sombrío, testarudo y firme en su decisión. Yo le prometí que después del colegio iría directamente, sin entretenerme en ningún sitio, a casa de la abuela Shlomit y el abuelo Alexander, que estaba en la calle Praga, les explicaría lo que había pasado y me quedaría con ellos hasta el día siguiente, hasta que volviera mi padre. Y no ser bajo ningún concepto una carga para el abuelo y la abuela, y ayudarles, quitar la mesa después de comer y ofrecerme a tirar la basura. Y hacer allí todos mis deberes: no dejar nada para el sábado. Me llamó: hijo sensato. Y puede que hasta me llamase muchacho. Y desde fuera se nos unió en ese momento el pájaro Elisa, que entonó tres o cuatro veces, con diáfana y radiante alegría, su canto beethoveniano de la mañana, «Ti-da-di-da-di...», con una especial turbación, respeto, gratitud e inspiración, como si hasta ese momento siempre hubiese sido de noche. Como si esa mañana fuera la primera mañana del universo y su luz fuese una luz maravillosa, sin parangón, capaz de atravesar las tinieblas.

Tenía unos quince años cuando llegué a Hulda, unos dos años después de la muerte de mi madre: un pálido entre bronceados, un escuálido entre jóvenes corpulentos, un parlanchín incansable entre parcos en palabras, un versificador entre campesinos hijos de viñadores y entre estableros hijos de tractoristas. Todos, todos los chicos y chicas de mi nueva clase en las «clases de continuación» de Hulda, eran mentes sanas en cuerpos sanos; sólo yo era una mente soñadora en un cuerpo casi transparente. Peor que eso: dos o tres veces me pillaron sentado en un rincón perdido del kibbutz con un bloc y acuarelas intentando pintar. O escondido en la sala de consulta oculta tras la de los periódicos, en la planta baja de la Casa Herzl, escribiendo y tachando. Pronto se difundió por Hulda el rumor maccarthiano de que yo tenía alguna relación con el Jerut, que había crecido en una familia revisionista. De alguna forma me volví sospechoso de mantener turbias relaciones con el detestable demagogo Menahem Begin, el líder de los adversarios del movimiento laborista. En resumen: tanto una educación distorsionada como unos genes irreparablemente defectuosos.

No me sirvió de nada el hecho de haber llegado a Hulda llevado por una radical rebelión contra el mundo de mi padre y de su familia. No jugó a mi favor el ser un «tránsfuga» del partido Jerut, ni me sumaron puntos por mi salvaje risotada durante el discurso de Menahem Begin en la sala del Edison: el niño valiente del cuento del traje nuevo del emperador, precisamente él era sospechoso ahí, en Hulda, de ser un dudoso agente de los sastres impostores.

En vano intentaba destacar en el trabajo del campo y flojear en los estudios. En vano me abrasaba como un filete esforzándome en ponerme tan moreno como ellos. En vano me mostraba en las discusiones sobre la actualidad como el socialista más socialista de Hulda, si no de toda la clase obrera. De nada me sirvió: para ellos yo era una especie de extraterrestre, extraño y raro, y por eso mis compañeros de clase no dejaban de zandearme sin piedad para que renunciase por fin a mi extrañeza y fuera una persona normal. Una vez me enviaron corriendo al establo sin linterna, en mitad de la noche, para comprobar e informar de si por casualidad había alguna vaca en celo que necesitase con urgencia los favores de un toro. Otra vez me apuntaron para trabajar en el sector de limpieza de sanitarios. Y en otra ocasión me mandaron al patio del pabellón de los niños a separar a los machos de las hembras en el corral de patos: para que no olvidara nunca de dónde procedía y no tuviera la menor duda de adónde había llegado.

Yo lo aceptaba todo con humildad, porque sabía que el proceso de extirpación de mi carácter jerosolimitano, los dolores de mi nuevo nacimiento, sería inevitablemente penoso. Me resigné a

las torturas y las vejaciones, no porque tuviese complejo de inferioridad, sino porque era inferior: ellos, los chicos robustos, abrasados por el polvo y el sol, y las chicas esbeltas con cola de caballo y chaleco, ellos eran la música de la tierra. La sal de la tierra. Los señores de toda la tierra. Bellos como ángeles, bellas como las noches de Canaán, construiremos nuestra tierra patria, seremos todos pioneros y pioneras.

Todos, excepto yo.

Mientras no me broncease, nadie iba a negar eso: todos sabían bien –y también yo lo sabía– que incluso cuando mi piel se broncease y por fin se pusiera oscura, por dentro seguiría pálido. Por más que me martiricé hasta que aprendí a tender tubos de riego por los campos de forraje, a conducir un tractor, a disparar sin fallar con un viejo fusil checo en los campos de tiro de los batallones juveniles, no conseguí liberarme debajo de mi piel: a través de todas las redes de camuflaje que tendí sobre mí mismo aparecía ese niño de ciudad enclenque, delicado, sensible, charlatán incansable, fantasioso e inventor de extrañas historias inverosímiles que ahí no le interesaban a nadie.

En cambio ellos, todos ellos, me parecían sublimes: esos chicos fortachones, capaces de marcar un gol hasta con la pierna izquierda desde una distancia de veinte metros, de retorcer el pescuezo de un polluelo sin pestañear, de entrar por las noches en el almacén de provisiones y robar manjares para hacer una fiesta alrededor de una hoguera. Y esas chicas valientes, que podían caminar treinta kilómetros al día llevando a la espalda una mochila de treinta kilos y aún les quedaba energía suficiente para bailar hasta altas horas de la noche, con sus faldas azules al viento, como si la propia fuerza de gravedad no se atreviera a afectarlas, y, después de todos esos bailes, aún se sentaban con nosotros en círculo hasta el amanecer y nos cantaban bajo el cielo estrellado canciones entusiastas y estremecedoras, canciones nostálgicas a dos y tres voces, apoyadas espalda contra espalda, cantaban e irradiaban un halo sensual, inocente y arrebatador, arrebatador precisamente por ser tan inocente y celestial como un coro de ángeles.

Por supuesto yo sabía cuál era mi lugar. No presumir. No ser arrogante. No lanzarse a por lo que está destinado a otros mejores. Ciertamente todas las personas han nacido iguales, ése era el principio fundamental en el que se basaba la vida del kibbutz. Pero el terreno del amor pertenece a las fuerzas de la naturaleza y no a los comités por la igualdad. Y, como es bien sabido, en el terreno del amor la llama es sólo para los cedros, no para el musgo de la pared.

Sin embargo, como es bien sabido, hasta un gato tiene derecho a mirar al rey. Así pues, me pasaba todo el día mirándolos y tampoco al acostarme por la noche, después de cerrar los ojos, dejaba de mirar la belleza de sus cabellos y sus rostros. Y sobre todo miraba a las chicas. Qué digo mirar. Les clavaba una mirada ardiente. Hasta durmiendo las miraba con ojos de carnero ávidos y desesperados. Aunque sin hacerme ilusiones: sabía que ellas no eran para mí. Ellos, los chicos, eran el ciervo de Israel y yo, el gusano de Jacob. Ellas, las chicas, eran las gacelas salvajes y yo, el chacal solitario que aullaba tras la verja. Y entre ellas –la guinda de la tarta– estaba Nilli.

Todas eran bellas como el sol. Todas. Pero Nilli... A su alrededor vibraba siempre un círculo de alegría. Nilli iba cantando por el sendero, por el prado, por el monte, entre los bancales, iba cantándose a sí misma. E incluso cuando no cantaba, me parecía que cantaba. ¿Qué le pasa?, me

preguntaba a veces a mí mismo desde las penalidades de mis dieciséis años, ¿por qué canta sin parar? ¿Qué hay tan bueno en este mundo? Con los tormentos de un cruel destino/ con las angustias de una vida famélica/ de un ayer incognoscible/ y un mañana inimaginable... ¿es posible mostrar tal alegría de vivir? ¿Tal resplandeciente jovialidad? ¿Una irradiación de gozo como la suya? ¿Acaso aún no ha oído que las montañas de Efraim han recibido/ una nueva víctima joven/ ...así vivimos/ sacrificándonos por el pueblo...? ¿Es que Nilli no sabe nada de eso? ¿No tiene ni idea de que hemos perdido todo lo que era preciado/ y no volverá nunca más?

Es sorprendente. Es casi irritante, pero también me fascina: como una luciérnaga.

Alrededor del kibbutz Hulda reinaba una profunda oscuridad. Cada noche un abismo negro comenzaba a extenderse a dos metros del círculo de luces amarillentas de las farolas de la verja y continuaba hasta el extremo de la noche, hasta las lejanas estrellas del cielo. Al otro lado de la alambrada había campos vacíos, campos de árboles frutales desiertos en medio de la oscuridad, colinas sin un alma, huertos abandonados al viento nocturno, ruinas de pueblos árabes –no como hoy día, que desde Hulda se ven un montón de luces apelotonadas por todas partes–. En los años cincuenta todo estaba aún completamente vacío alrededor. Y por ese gran vacío se infiltraban en plena noche los fedayines. Y en ese gran vacío estaban también el monte, el olivar y las plantaciones, por donde vagaban babeando en la oscuridad los chacales, cuyo aullido enloquecedor, un sonido que ponía los pelos de punta, cortaba nuestro sueño y helaba la sangre al amanecer (eran los chacales a los que años más tarde contraté, a los que recluté para los relatos de *Las tierras del chacal*, aunque desde entonces hasta ahora los chacales se han callado. Han dejado de aullar. Durante mucho tiempo los chacales desaparecieron de la llanura costera y sólo últimamente han vuelto a aparecer).

Ni siquiera por las calles del vallado y vigilado kibbutz había por las noches mucha luz: bajo una cansada farola se derramaba algún tenue charco de luz, pero volvía a reinar una densa oscuridad hasta la siguiente farola. Los centinelas nocturnos, tapados de arriba abajo, patrullaban entre los gallineros y los establos, y cada media hora o cada hora la guardia dejaba la vigilancia del pabellón de los recién nacidos y hacía una ronda de reconocimiento desde la guardería hasta el pabellón de los niños.

Cada tarde teníamos que armar jaleo para no caer en manos del vacío y la tristeza. Cada tarde nos reuníamos y hacíamos juntos algo ruidoso, casi desenfrenado, hasta la medianoche, o pasada la medianoche, para que la oscuridad no penetrase en las habitaciones y en los huesos y nos consumiese. Cantábamos y gritábamos, comíamos sin tino, discutíamos, decíamos obscenidades, cotilleábamos, bromeábamos, todo para repeler la oscuridad, el silencio y el aullido de los chacales. En aquella época no había televisión, ni vídeo, ni estéreo, ni Internet, ni juegos de ordenador, ni discotecas, ni *pubs* ni música discotequera: proyectaban una película en la Casa Herzl o fuera, en la explanada, sólo una vez a la semana, los miércoles.

Cada tarde teníamos que reunirnos, movilizarnos y empezar a crear luz y alegría.

Entre los adultos del kibbutz, éstos a los que nosotros llamábamos «los viejos», aunque la mayoría apenas pasaba de los cuarenta, había bastantes a quienes se les había apagado ya la luz interior de tantas obligaciones, deberes, desilusiones, trabajo agotador, reuniones, comités, recolecciones, discusiones, turnos, estudio y desbrozo, de tanta actividad cultural y tanta rutina

agotadora. Muchos de ellos eran ya personas apagadas. A las nueve y media o diez menos cuarto, las débiles luces iban desapareciendo una tras otra de las ventanas de los pequeños pisos del pabellón de los veteranos: al día siguiente había que levantarse otra vez a las cuatro y media de la madrugada a recolectar, ordeñar, labrar o trabajar en la cocina comunitaria. Durante aquellas noches la luz era un producto raro y precioso en Hulda.

Y Nilli era una luciérnaga. Qué digo una luciérnaga. Un generador. Una central eléctrica completa.

Nilli propagaba a su alrededor una especie de pródiga e incontenible alegría de vivir, una alegría sin causa ni motivo, sin fundamento, sin motor, no tenía que ocurrir nada especial para provocarle un desbordamiento de júbilo. Es cierto que en más de una ocasión la vi triste por un momento, llorando abiertamente porque le habían hecho o creía que le habían hecho algo ofensivo o injusto. O gemía sin vergüenza alguna en una película triste y derramaba lágrimas sobre una página desgarradora de una novela. Pero su tristeza estaba siempre bien encerrada tras un par de potentes rejas de una alegría de vivir tan constante y fuerte como el flujo de las aguas termales, con las que jamás podrán la nieve ni el hielo pues su calor procede directamente del corazón de la tierra.

A lo mejor le venía de familia. De sus padres: Riva, por ejemplo, la madre de Nilli, era capaz de oír música en su cabeza cuando no había ni podía haber ninguna música a su alrededor. Mientras que Sheftel, el bibliotecario, se iba con la camiseta gris de trabajo a las afueras del kibbutz y cantaba, trabajaba en el huerto y cantaba, se cargaba a la espalda pesados sacos y cantaba, y cuando te decía «todo se arreglará», lo creía de verdad, lo creía absolutamente, sin ninguna duda y sin ninguna reserva: No te preocupes. Todo se arreglará. Pronto.

Un chico externo como yo, de quince, dieciséis años, miraba la alegría que irradiaba Nilli como se mira la luna llena: lejana y desconocida pero cautivadora y fascinante.

Por supuesto, sólo de lejos. Yo era insignificante. Luces brillantes como ésas, yo y los de mi condición tan sólo podíamos mirarlas. Durante los dos últimos años de colegio y después, durante el servicio militar, tuve una novia que no era de Hulda, mientras que Nilli tenía un resplandeciente cortejo de principescos pretendientes y, alrededor de ese cortejo, tenía un segundo círculo de hechizados desfallecidos y seducidos, y un tercer círculo de pobres y humildes admiradores, y un cuarto círculo de oyentes a distancia, y en el quinto o sexto círculo estaba también yo, el musgo de la pared que ella había tocado alguna vez de forma espontánea y generosa sin imaginarse lo que ese fugaz contacto había provocado en él.

Cuando me sorprendieron garabateando poemas en la habitación trasera abandonada del centro cultural de Hulda, todos tuvieron claro que de mí no saldría nada bueno. Sin embargo, como sacando algo bueno de lo malo, decidieron encargarme que escribiera versos adecuados a todo tipo de ocasiones: fiestas, bodas y celebraciones, y, por si acaso, también elegías y necrológicas. Los poemas íntimos los conseguí ocultar (dentro de un viejo colchón de paja), pero a veces no podía dominarme y le enseñaba alguno a Nilli.

¿Por qué precisamente a ella?

Tal vez tenía necesidad de comprobar cuáles de mis poemas de oscuridad se desharían en el instante en que fueran expuestos a los rayos del sol, y cuáles pese a todo conseguirían sobrevivir. Hasta hoy día, Nilli es mi primera lectora. Cuando encuentra en un borrador algo incorrecto, me

dice: Esto no funciona. Bórralo. Vuelve a escribirlo. O: Basta. Ya lo hemos oído. Esto ya lo has escrito. No hay que repetirlo. Pero cuando algo le gusta, Nilli alza la vista de las páginas hacia mí y me mira de tal forma que la habitación se ensancha. Y cuando me sale algo triste dice: Este párrafo me ha hecho llorar. Y cuando me sale algo gracioso no dice nada, simplemente se empieza a reír sin mesura. Después lo leen mis hijas y mi hijo, los tres tienen buen ojo y oído fino. Al cabo de un tiempo lo leerán también algunos amigos, después los lectores y después los expertos en literatura, los estudiosos, los críticos y los escuadrones de la muerte. Pero entonces yo ya no estoy allí.

Por aquellos años Nilli salía con la flor y nata, y yo no tenía grandes pretensiones: si la princesa pasa rodeada por su grupo de pretendientes ante la choza de un vasallo, él como mucho alzará la vista hacia ella un instante, se cegará y celebrará su suerte. Por tanto el golpe fue sonado en Hulda, e incluso en otros lugares vecinos, cuando un día se descubrió que la luz del sol había inundado de pronto la cara oscura de la luna. Ese día en Hulda las vacas pusieron huevos, de las ubres de las ovejas salió vino y de los eucaliptos fluyeron leche y miel. Detrás del corral aparecieron osos polares, se vio al emperador de Japón junto a la lavandería declamando cartas de A. D. Gordon, los montes destilaron mosto y las colinas se derritieron. Setenta y siete horas seguidas estuvo el sol sobre las copas de los cipreses sin querer ocultarse. Y yo fui al pabellón vacío de los chicos, cerré bien la puerta, me puse frente al espejo y pregunté en voz alta: Espejito, espejito, dime, ¿cómo ha ocurrido esto? ¿Cómo he sido merecedor de esto?

Unos treinta y ocho años tenía mi madre cuando murió. Ahora yo podría ser su padre.

Después de su entierro, mi padre y yo nos quedamos varios días en casa. Él no fue a trabajar y yo no fui al Tajkemoní. La puerta de casa permanecía todo el día abierta. Desde por la mañana no dejaban de venir a vernos vecinos, conocidos y parientes. Algunas buenas vecinas se encargaban de ofrecer refrescos a los visitantes, así como café, pastas y té. De vez en cuando me invitaban a ir un rato a sus casas a comer algo caliente. Allí probaba educadamente una cucharada de sopa, masticaba media albóndiga y volvía corriendo junto a mi padre. No quería dejarlo solo. A pesar de que no estaba solo: desde por la mañana hasta las diez o diez y media nuestra casa estaba llena de personas que venían a presentar sus condolencias. Las vecinas reunieron sillas y las dispusieron en círculo a lo largo de las paredes de la biblioteca. En la cama de mis padres había todo el día montones de abrigos extraños.

El abuelo y la abuela se exiliaban durante casi todo el día a la otra habitación por deseo de mi padre, pues su presencia le agobiaba: el abuelo Alexander estallaba de vez en cuando en un ruidoso llanto ruso, un llanto hiposo, mientras que la abuela Shlomit no dejaba de correr entre los huéspedes y la cocina, les quitaba de las manos casi a la fuerza las tazas y los platos del bizcocho, enjabonaba cada taza con detergente, la fregaba bien, la secaba, la volvía a poner en el armario y regresaba a la habitación. Cada cucharilla que no se limpiaba de inmediato le parecía a la abuela Shlo mit un malvado agente de las fuerzas causantes de la tragedia.

Allí, en la otra habitación, mi abuelo y mi abuela permanecían con algunos de los que ya nos habían dado el pésame a mi padre y a mí pero consideraban apropiado quedarse un rato más. El abuelo Alexander, que quería mucho a su nuera y a quien siempre le había inquietado su tristeza, no dejaba de ir y venir por la habitación, moviendo la cabeza de arriba abajo como llevado por una ironía furibunda, y de pronto dejaba escapar un profundo lamento:

—¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo? ¡Bella! ¡Joven! ¡Con tantas cualidades! ¡Tan afortunada! ¿Cómo ha podido pasar? ¿Me lo podéis explicar?

Y se quedaba en un rincón de espaldas a todos, gimiendo como si tuviera hipo, con los hombros agitándose violentamente.

La abuela le reprendía:

—Zisia. Por favor, déjalo. Ya basta. Lonia y el niño no pueden soportar que te comportes así. ¡Déjalo ya! ¡Contrólate! ¡Por favor! ¡Toma ejemplo de Lonia y del niño! ¡Mira cómo se comportan! ¡Por favor!

El abuelo la obedecía al instante, se sentaba y se tapaba la cara con las dos manos. Pero un

cuarto de hora más tarde le volvía a salir del corazón un llanto desesperado:

—¡Tan joven! ¡Y bella! ¡Bella como un ángel! ¡Joven! ¡Con tantas cualidades! ¿Cómo ha podido pasar? ¿Me lo podéis explicar?

Vinieron las amigas de mi madre, Lilia Bar Samka, Rohele Engel, Esterika Weiner, Fania Weissman y una o dos mujeres más, compañeras suyas de la época del instituto Tarbut. Tomaron té y hablaron de los días del instituto. Recordaron la juventud de mi madre, al fascinante director Isacar Rais, del que todas las chicas estaban enamoradas en secreto y cuyo matrimonio no era del todo feliz. También hablaron de otros profesores. Entonces la tía Lilienka se dio cuenta y le preguntó a mi padre con delicadeza si esa charla, esos recuerdos, esas anécdotas le hacían sufrir. Si no prefería que cambiasen de tema de conversación.

Pero mi padre, que, cansado y sin afeitarse, estaba todo el día sentado en la silla donde mi madre pasaba las noches de insomnio, sólo movió la cabeza con indiferencia y con un gesto de la mano indicó: seguid.

La tía Lilia, la doctora Lea Bar Samka, insistió en que ella y yo teníamos que hablar cara a cara, a pesar de que intenté escabullirme educadamente. Como en la otra habitación estaban la abuela y el abuelo, y otros familiares de mi padre, y la cocina estaba tomada por las vecinas y también la abuela Shlomit entraba y salía de allí sin cesar para frotar cada plato y cucharilla, la tía Lilia me cogió de la mano, me llevó al cuarto de baño y cerró la puerta con llave. Me resultaba extraño e incluso repulsivo estar encerrado con aquella mujer en el cuarto de baño. Sólo en las fantasías más turbias había tenido experiencias así. Pero la tía Lilia me sonrió amablemente, se sentó encima de la taza del váter y a mí me hizo sentar enfrente, en el borde de la bañera. Me miró durante unos segundos en silencio, con gran compasión, con los ojos llenos de lágrimas, y después empezó a hablar durante unos minutos no sobre mi madre ni sobre el instituto de Rovno, sino sobre la gran fuerza del arte y la relación entre el arte y la vida interior del alma. Se me encogió un poco el ombligo ante esas palabras.

Después la tía Lilia cambió el tono de voz y me habló sobre mi nueva y adulta responsabilidad: desde ese momento debía ocuparme de mi padre, dar algo de luz a la oscuridad de su vida y concederle al menos cierto descanso, por ejemplo, destacando en los estudios. Luego pasó a hablar de mí y de mis sentimientos: necesitaba saber qué había pensado cuando me enteré de la tragedia, qué había sentido en ese momento y que sentía ahora. Y, para ayudarme, la tía Lilia empezó a enumerar una serie de sentimientos, como instándome a elegir algunos o pidiéndome que tachara lo superfluo: ¿Tristeza? ¿Miedo? ¿Preocupación? ¿Nostalgia? ¿Tal vez algo de rabia? ¿Estupor? ¿Culpabilidad? Porque habrás oído o leído que en situaciones así también aparecen algunas veces sentimientos de culpa, ¿no? ¿Y qué me dices del sentimiento de incredulidad? ¿De dolor? ¿O del rechazo a reconocer la nueva realidad?

Pedí disculpas y me dispuse a irme. Por un momento temí que, al cerrar la puerta, la tía Lilienka se hubiese guardado la llave del baño en el bolsillo y no me dejase salir hasta que le contestase a cada una de sus preguntas. Pero la llave estaba en su sitio, en la cerradura. Al salir aún pude oír a mis espaldas su voz preocupada:

—Puede que realmente todavía sea un poco pronto para mantener esta conversación. Sólo quiero que, en el momento en que te sientas preparado, no dudes ni un instante en venir a hablar

conmigo. Estoy segura de que a Fania, tu pobre madre, le gustaría mucho que entre tú y yo continuara habiendo una profunda relación.

Huí.

En el salón había tres o cuatro dirigentes del partido Jerut de Jerusalén, hombres conocidos en la ciudad. Ellos y sus compañeras habían quedado en un café y, juntos, como una pequeña delegación, habían venido a mostrarnos sus condolencias. Habían decidido de antemano intentar distraer a mi padre hablando de política: por aquellos días la Knesset estaba debatiendo el acuerdo de reparación que el primer ministro Ben Gurión había firmado con el canciller de la Alemania occidental, Adenauer, un acuerdo que el partido Jerut consideraba una afrenta y un ultraje, un insulto al recuerdo de las víctimas de los nazis y una mancha imborrable sobre la conciencia del joven Estado. Varios de ellos estaban convencidos de que nuestra obligación era impedir ese acuerdo a cualquier precio, aunque hubiese derramamiento de sangre.

Mi padre apenas participó en la conversación y se limitó a asentir dos o tres veces, pero yo me encendí y me atreví a decir algunas frases delante de los poderosos de Jerusalén, y así me liberé un poco de la opresión de la conversación del baño: como el chirrido de una tiza en la pizarra habían sido para mí las palabras de la tía Lilia. Durante varios años mi cara se contraía de pronto en una mueca involuntaria cada vez que recordaba aquella conversación en el baño. Y aún hoy cada evocación de ella me parece un mordisco en una fruta podrida.

Los dirigentes regionales del Jerut, ayudados por la indignación que les causaba el acuerdo de reparación, pasaron después a la otra habitación a mostrar también sus condolencias al abuelo Alexander. Yo me fui con ellos, pues quería seguir participando en la discusión sobre los planes de golpe de Estado, cuya finalidad consistía en impedir ese acuerdo ultrajante con nuestros asesinos y también en derrocar por fin al gobierno rojo de Ben Gurión. Y también me fui con ellos a la otra habitación porque la tía Lilia había salido del cuarto de baño y le estaba pidiendo a mi padre que se tomase un estupendo tranquilizante que había traído y que enseguida le haría sentirse mucho mejor. Pero mi padre hizo una mueca y lo rechazó. Y en esa ocasión incluso olvidó darle las gracias.

Vinieron el matrimonio Toren, los Lemberg, los Rosendorf, los Bar Yitzhar, vinieron Getzel e Isabel Najlieli de La Patria del Niño y otros conocidos y vecinos de Kerem Abraham, y vino el tío Dudek, el comisario de policía, con Tosia, su agradable mujer, y el señor Feferman con los trabajadores de la hemeroteca, y vinieron otros bibliotecarios de todos los departamentos de la Biblioteca Nacional. Vinieron Stashek y Mala Rodnitzky, y algunos intelectuales y librerías, y el señor Yehoshua Czezik, el editor de mi padre en Tel Aviv. También apareció el tío Yosef, el profesor Klausner, una tarde entró en casa agitado y espantado, vertió en el hombro de mi padre unas silenciosas lágrimas de anciano y murmuró: «Una pérdida irreparable». Vinieron nuestros conocidos de los cafés y los escritores de Jerusalén, Yehuda Yaari, Shraga Kadari, Dov Kimhi y Yitzhak Shenhar, y vino el profesor Halkin y su compañera, y también el profesor Benett, el experto en historia del islam, y el profesor Yitzhak Fritz Bear, el experto en historia de los judíos en la España cristiana. Y con ellos vinieron tres o cuatro profesores jóvenes y ayudantes cuya estrella empezaba a dominar en el firmamento universitario. Vinieron también dos de mis

profesores del colegio Tajkemoní, y varios de mis compañeros, y los Krohmal, Toshia y Gustav Krohmal, de la fábrica de reparación de juguetes y curación de muñecas heridas, que ahora se llamaba Hospital de Muñecas. Vinieron Tzarta y Yacob-David Abramsky, cuyo primogénito, Yonatán, murió al final de la guerra de la Independencia cuando un francotirador jordano le disparó desde una ventana de la academia de policía que estaba al otro lado del frente. Doce años tenía Yoni cuando murió. La bala del francotirador le dio en la frente mientras jugaba en el patio de su casa un sábado por la mañana. Justo a la hora de su muerte, sus padres estaban en nuestra casa tomando té y bizcocho, y cuando pasó la ambulancia con la sirena encendida por nuestra calle para recoger a Yoni y unos minutos más tarde volvió a pasar camino del hospital, mi madre dijo al oír el lamento de la sirena que nos pasamos el día haciendo todo tipo de planes y resulta que hay quien se ríe en la oscuridad de nosotros y de todos nuestros planes. Y Tzarta Abramsky dijo que era verdad, que así era la vida, pero que a pesar de todo la gente seguiría siempre haciendo planes, porque si no reinaría la desesperación. Diez minutos después llegó un vecino y llamó delicadamente a los Abramsky y salió con ellos al patio y les contó parte de la verdad y ellos salieron corriendo tras él tan deprisa que la tía Tzarta se dejó el bolso con la cartera y la documentación. Al día siguiente, cuando fuimos a mostrarles nuestras condolencias, mi padre le devolvió en silencio el bolso, después de abrazarla a ella y también al señor Abramsky. Ahora eran ellos quienes con lágrimas en los ojos nos abrazaban a mi padre y a mí, pero no traían ningún bolso.

Mi padre contuvo las lágrimas. En mi presencia no lloraba nunca. Estaba convencido de que las lágrimas eran buenas para las mujeres pero no para los hombres. Se pasaba todo el día sentado en la silla que había sido la de mi madre, poco a poco la barba en señal de luto iba oscureciéndole la cara, recibía a los huéspedes con un movimiento de cabeza, y con un movimiento de cabeza los despedía cuando se iban. Casi no hablaba por aquellos días, parecía que, con la muerte de mi madre, hubiese abandonado de pronto su costumbre de romper cualquier silencio. Ahora se pasaba días enteros sentado, sin decir nada y dejando hablar a los demás, de mi madre, de literatura y de libros, de los cambios en la situación política. Yo intentaba buscar un sitio enfrente de él: apenas apartaba la vista de él durante todo el día. Y él, cuando yo pasaba junto a su silla, me daba una palmadita o dos en el brazo o en la espalda. Aparte de esa palmadita, no hablábamos entre nosotros.

Los padres y las hermanas de mi madre no vinieron a Jerusalén durante los días de duelo, ni los días siguientes: ellos guardaron luto por separado, en casa de la tía Haya en Tel Aviv, ya que le echaban a mi padre la culpa de la tragedia y no podían soportar verlo más. Incluso durante el funeral, eso me contaron, mi padre fue con sus padres y las hermanas de mi madre con los suyos, y durante toda la ceremonia y el entierro los dos frentes no cruzaron ni una palabra.

Yo no estuve en el funeral de mi madre: la tía Lilia, Lea Kalish Bar Samka, a quien en casa se consideraba una experta en sentimientos y particularmente en educación infantil, temía el duro impacto del entierro en la mente del niño. Desde entonces ningún miembro de la familia Mussman pisó nuestra casa de Jerusalén, mientras que mi padre no iba a verlos ni intentaba establecer relación alguna, pues estaba muy dolido por las duras sospechas que recaían sobre él. Durante años tuve que saltar de un frente a otro. Durante las primeras semanas llevé mensajes indirectos

respecto a los objetos personales de mi madre y, dos o tres veces, llevé los objetos mismos. Durante los años siguientes, mis tías me interrogaban prudentemente sobre la vida cotidiana en casa, sobre la salud de mi padre y del abuelo y la abuela, sobre la nueva mujer de mi padre e incluso sobre la situación económica, pero estaban muy atentas a interrumpir mis respuestas con palabras como: No me interesa saberlo. O: Basta. Ya hemos oído lo suficiente.

También mi padre a veces quería saber a través de mí algo sobre lo que hacían las tías, cómo estaban sus familias y cómo se encontraban el abuelo y la abuela de Kiriat Motzkin. Pero dos minutos después de empezar a contestarle, su rostro se ponía lívido de dolor y hacía con la mano un gesto de rechazo pidiéndome que lo dejase. Que no entrara en más detalles. Cuando murió mi abuela Shlomit, en el año 58, mis tías y mis abuelos maternos me pidieron que le transmitiese sus condolencias al abuelo Alexander, quien, a los ojos de los Mussman, era el único Klausner que tenía buen corazón. Y quince años más tarde, cuando le hablé al abuelo Alexander de la muerte de mi otro abuelo, mi abuelo batió las manos, se las llevó a los orejas, alzó la voz y dijo, con rabia, no con pena: «*Boje moy!* ¡Aún era joven! ¡Una persona sencilla, pero interesante! ¡Profunda! ¡Diles a todos que mi corazón llora por él! Diles exactamente estas palabras, por favor: ¡El corazón de Alexander Klausner llora por la muerte prematura del querido señor Hertz Mussman!».

Incluso cuando pasaron los días de luto, cuando por fin se vació la casa y mi padre y yo cerramos la puerta y nos quedamos solos, casi no hablábamos. Aparte de las cosas imprescindibles: la puerta de la cocina se atasca. Hoy no ha llegado correo. El baño está libre pero falta papel higiénico. También evitábamos que nuestras miradas se encontrasen: como si nos avergonzásemos de algo, algo causado por nosotros y que no deberíamos haber causado, por lo que, al menos, era mejor avergonzarse en silencio y sin un compañero que supiese de ti todo lo que tú sabías de él.

De mi madre no hablábamos nunca. Ni una sola palabra. Ni tampoco de nosotros. Ni de temas que dejasen al descubierto alguna emoción. Hablábamos de la guerra fría. Hablábamos del asesinato del rey Abdallah y de los peligros de la segunda vuelta. Mi padre se esforzaba en explicarme la diferencia entre símbolo, metáfora y alegoría, y entre saga y leyenda. También las diferencias entre liberalismo y socialdemocracia me explicaba con claridad y precisión. Y todas las mañanas, incluso aquellas mañanas de enero, grises, brumosas y lloviznantes, con las primeras luces llegaba siempre de fuera, de entre las ramas desnudas y mojadas, el cálido canto del pájaro helado Elisa: «Ti-da-di-da-di...», pero durante ese crudo invierno no lo repetía dos, tres o cuatro veces, como hacía en verano, sino que lo hacía sólo una vez. Y se callaba. De mi madre no he hablado casi nunca en toda mi vida hasta ahora, hasta escribir estas páginas. Ni con mi padre, ni con mi mujer, ni con mis hijos ni con nadie. Tras la muerte de mi padre, tampoco hablé apenas de él. Como si hubiese sido un niño expósito.

Durante las primeras semanas después de la tragedia, la casa se deterioró mucho. Ni mi padre ni yo quitábamos las sobras de la comida del hule de la cocina, no tocábamos los cacharros que metíamos en el agua turbia del fregadero, hasta que no quedaba ninguno y había que pescar de aquella inmundicia dos platos, dos tenedores y dos cuchillos y fregarlos debajo del grifo, usarlos y devolverlos a la pila de cacharros que ya olía mal. También el cubo de la basura estaba hasta los topes y apestaba, pues ninguno de los dos quería ir a vaciarlo. La ropa la tirábamos sobre cualquier silla de la casa y, si necesitábamos la silla, sencillamente tirábamos al suelo todo lo que

había encima. Papeles, libros, cáscaras, pedazos de papel, pañuelos usados y pilas de periódicos amarillentos cubrían el suelo. Pelusas grises revoloteaban por toda la casa. Cuando la taza del váter se empezaba a atascar tampoco movíamos un dedo. Montones de ropa sucia se deslizaban desde el baño hasta el pasillo, donde los estaban esperando pilas de botellas vacías, cartones, sobres inservibles y viejos envases de productos alimenticios (así, más o menos, describí la casa de Fima en el libro *La tercera condición*).

A pesar de todo, en medio de aquel caos, reinaba en nuestra silenciosa casa un profundo respeto mutuo: mi padre renunció por fin a dictarme la hora de apagar las luces y dejó en mis manos esa decisión. Yo, por mi parte, al volver del colegio al piso vacío y descuidado, me preparaba una sencilla comida: un huevo duro, queso, pan, alguna hortaliza y unas sardinas o atún en conserva. Y también le preparaba a mi padre dos rebanadas de pan con tomate y huevo duro, aunque casi siempre mi padre comía algo antes, en la cafetería del edificio Terra Sancta.

Pese al silencio y la vergüenza, mi padre y yo estábamos unidos en aquella época, unidos como en el invierno anterior, un año y un mes antes de la tragedia, cuando empeoró la situación de mi madre y él y yo éramos como dos camilleros llevando juntos a su enferma por una escarpada pendiente.

Ahora nos llevábamos el uno al otro.

Durante aquellas semanas de invierno no abrimos nunca la ventana. Como si temiéramos acabar con la pestilencia de la casa. Como si cada uno se encontrase cómodo con el olor corporal del otro, incluso cuando los olores se concentraban y se hacían insoportables. Bajo los ojos de mi padre aparecieron medialunas oscuras como las que tenía mi madre en sus días de insomnio. Me despertaba sobresaltado por las noches e iba a hurtadillas, descalzo, a echar un vistazo a su habitación para ver si no estaba sentado en la silla como ella, despierto y mirando fijamente con tristeza a la ventana. Mi padre no se sentaba por las noches en la silla frente a la ventana ni miraba fijamente las nubes o la luna. Él se compró un pequeño aparato de radio con un ojo verde, de la marca Philips, y lo puso en la cabecera de su cama, se tumbaba a oscuras y lo escuchaba todo: a medianoche, cuando terminaban los programas de Kol Israel y empezaba a sonar una prolongada y abatida sirena, mi padre se incorporaba y alargaba el brazo para buscar en el dial los programas de la BBC de Londres.

Un día, al atardecer, llegó de improviso la abuela Shlomit con dos platos llenos de comida que había cocinado para nosotros. Nada más abrirle la puerta se estremeció por el espectáculo que vieron sus ojos o por el hedor que le llegó a la nariz. Casi sin decir palabra se dio la vuelta y escapó. Pero al día siguiente, a las siete de la mañana, volvió a aparecer, en esa ocasión armada con dos asistentes y un completo arsenal de productos de limpieza y desinfección. Estableció su cuartel general en un banco del patio frente a la puerta y, desde allí, dirigió una operación que duró unos tres días.

Así retornó el orden a la casa, y mi padre y yo no volvimos a descuidar las tareas domésticas. Una de las asistentes fue contratada para venir a casa dos veces por semana. La casa estaba ventilada y limpia, y dos o tres meses más tarde, también decidimos llamar a un pintor.

Pero, desde aquellas semanas de caos, no me he liberado de una obsesión por el orden que

hasta hoy día amarga la vida de mi familia: cada pedazo de papel que no está en su sitio, cada periódico sin doblar o cada taza sin fregar amenaza mi serenidad, si no mi lucidez. Como un policía del KGB, como el monstruo de Frankenstein, y puede que también con la locura por la limpieza y el orden de mi abuela Shlomit, hasta hoy día peino la casa cada varias horas, aparto y escondo con crueldad en las profundidades de Siberia los desventurados objetos que tengan la mala suerte de cruzarse en mi camino, hago perderse en algún cajón olvidado de Dios cualquier carta o aviso abierto que alguien ha dejado un instante sobre la mesa para atender el teléfono, vierto en el fregadero, lavo y dejo boca abajo en el escurrer platos una taza de café que alguna de mis víctimas ha dejado sobre la mesa para que el café se enfriase un poco, quito sin piedad de toda superficie visible llaves, gafas, notas, medicinas, un pastel en un plato cuyo dueño, ingenuamente, le ha dado la espalda por un instante: todo cae de inmediato en las fauces del monstruo que tritura y hace desaparecer todo para que haya por fin algo de orden en esta casa que está patas arriba. Para que esta casa no recuerde en lo más mínimo cómo estaba la casa de mi padre y mía los días en que acordamos en silencio absoluto que era mejor sentarse en el polvo y frotarse con un cascote, dar muestras visibles de nuestro duelo, sólo para que ella lo supiera.

Después, mi padre se levantó un día y con rabia incontenible se lanzó contra los cajones de mi madre y contra su parte del armario: sólo se salvaron de su ira algunos objetos que las hermanas y los padres de mi madre querían de recuerdo, de eso me encargué yo, y una de las veces que fui a Tel Aviv se los llevé en una caja de libros atada con gruesas cuerdas. El resto, vestidos, faldas, zapatos, ropa interior, cuadernos, medias, pañuelos de la cabeza y del cuello y hasta sobres llenos de fotografías de la infancia, todo lo metió mi padre en unos sacos tupidos que había traído de la Biblioteca Nacional. Y yo le seguí como un perrillo de habitación en habitación mirando la tempestad de sus actos, sin ayudarlo y sin molestarle. Sin abrir la boca, miré a mi padre cuando sacó con rabia el cajón de la mesilla de noche de mi madre, donde había dos o tres joyas sencillas, cuadernos, cajas de pastillas, un libro, un pañuelo, un antifaz y algunas monedas pequeñas, le dio la vuelta y lo vació dentro de uno de sus sacos. No dije ni una palabra. Y la polvera y el cepillo de mi madre y sus cosas de aseo y el cepillo de dientes. Todo. Mudo y aterrado, permanecí apoyado en la jamba de la puerta mirando cómo mi padre, produciendo un estridente desgarramiento, arrancaba su bata azul de la percha del baño y la estrujaba y apretaba sin piedad en uno de los sacos. Tal vez igual de mudos permanecieron los vecinos cristianos, apoyados en la jamba de la puerta, aterrados, con la mirada fija y confusos debido a los sentimientos contradictorios, cuando fueron a sacar por la fuerza a sus vecinos judíos y los estrujaron a todos en los vagones de mercancías. Adónde llevó mi padre aquellos sacos, si lo donó todo a los pobres de los campos de tránsito y a los damnificados de las inundaciones del invierno, sobre eso jamás me dijo ni una palabra. Al atardecer no quedaba ni un recuerdo de ella. Sólo un año después, cuando la nueva mujer de mi padre se instaló en casa, apareció una caja con seis horquillas que de alguna forma había conseguido salvarse y había estado escondida un año entero en el oculto espacio entre la mesilla y el borde del armario. Mi padre hizo una mueca con la boca y también la tiró a la basura.

Unas semanas después de que llegara la asistenta y se purificara la casa, poco a poco mi padre y

yo volvimos a tener en la cocina una especie de reunión diaria al atardecer: yo le contaba brevemente lo que había pasado en el colegio. Él me hablaba de una interesante conversación que había mantenido ese día, de pie entre las estanterías de la biblioteca, con el profesor Goitein o con el señor Rotenstreich. Intercambiábamos opiniones sobre la situación política, sobre Begin, Ben Gurión y la revuelta de los jóvenes oficiales de Muhammad Naguib en Egipto. Volvimos a colgar en la cocina una ficha donde anotábamos de nuestro puño y letra, con caligrafías que ya se parecían menos entre sí, lo que teníamos que comprar en la tienda de ultramarinos y en la frutería, y también que teníamos que ir juntos a la peluquería el lunes por la tarde o comprarle un detalle a la tía Lilienka Bar Samka por su nuevo diploma, o a la abuela Shlomit por su cumpleaños, aunque los años que cumplía se mantenían siempre en secreto.

Al cabo de varios meses mi padre retomó la costumbre de sacarle brillo a los zapatos hasta que relucían cuando les daba la luz, afeitarse a las siete de la tarde, ponerse una camisa almidonada y una de sus corbatas de seda, mojarse un poco su cabello negro y peinárselo hacia atrás, echarse loción de afeitado y salir «a discutir un rato con los amigos» o «a consultar algún asunto de trabajo».

Yo me quedaba solo en casa, leyendo, soñando, escribiendo, tachando y volviendo a escribir. O me iba a dar una vuelta por los wadis y a comprobar de cerca, en la oscuridad, el estado de las alambradas en tierra de nadie y los campos minados a lo largo de la línea de alto el fuego que dividía Jerusalén entre Israel y el Reino de Jordania. Caminaba en la oscuridad tarareando con la boca cerrada, Ti-da-di-da-di. Ya no deseaba «morir o conquistar la montaña». Quería que todo terminase. O al menos quería abandonar para siempre la casa y Jerusalén e ir a vivir a un kibbutz: dejar detrás de mí todos los libros y todos los sentimientos y vivir una vida sencilla, una vida campestre, una vida de fraternidad y esfuerzo físico.

Mi madre puso fin a su vida en la casa de su hermana, en la calle Ben Yehuda de Tel Aviv, la noche, entre el sábado y el domingo, del 6 de enero de 1952, el 8 de tevet del año 5712. En Israel había entonces una discusión cargada de histeria sobre si el Estado debía o no reclamar y aceptar de Alemania indemnizaciones por la pérdida de los bienes de los judíos asesinados en la época de Hitler. Algunos estaban de acuerdo con David Ben Gurión en que no se podía permitir que los asesinos fuesen además herederos, y consideraban justo que los bienes judíos usurpados por los alemanes volvieran íntegramente al Estado de Israel y se permitiera acoger a los supervivientes del exterminio. Por el contrario otros, con Menahem Begin, el líder de la oposición, a la cabeza, opinaban con dolor y rabia que era un crimen moral y una profanación a la memoria de los asesinados que el país de las víctimas fuera a vender a los alemanes un cómodo perdón a cambio de un beneficio económico impuro.

Aquel invierno, el invierno entre 1951 y 1952, hubo en todo el país lluvias torrenciales casi de forma ininterrumpida. El río Ayalón, es decir el wadi Musrara, se desbordó e inundó el barrio de Montefiore de Tel Aviv y amenazaba con anegar también otros barrios. Las grandes inundaciones causaron estragos en los campos de tránsito levantados con tiendas de campaña, barracas de uralita, barracones y carpas donde se hacinaban por aquella época cientos de miles de refugiados judíos que habían escapado sin nada de los países árabes, así como decenas de miles de supervivientes de Hitler del este de Europa y de los Balcanes. En algunos lugares las aguas de las inundaciones dejaron tan aislados los campos de tránsito que volvió a acechar el fantasma del hambre y las epidemias. El Estado de Israel tenía menos de cuatro años y por aquel tiempo contaba con algo más de un millón de habitantes: casi un tercio eran refugiados pobres e indigentes. A causa de los ingentes gastos en el ejército y en la acogida de emigrantes, así como por culpa de un funcionariado excesivo y una torpe administración, las arcas del Estado estaban vacías y los servicios de educación, sanidad y asistencia social estaban al borde de la bancarrota. A comienzos de esa semana, David Horowitz, secretario del Tesoro, realizó una visita de urgencia a Estados Unidos con la esperanza de obtener en un día o dos un crédito a corto plazo por una suma de diez millones de dólares para evitar la quiebra. Sobre todo eso hablamos mi padre y yo cuando volvió de Tel Aviv: el jueves llevó a mi madre a casa de la tía Haya y el tío Zvi y se quedó allí a pasar la noche con ella, y cuando volvió el viernes, la abuela Shlomit y el abuelo Alexander le dijeron que posiblemente me había resfriado un poco pero que, a pesar de todo, me había empeñado en ir al colegio. La abuela propuso que mi padre y yo nos quedáramos a celebrar el Shabbat con ellos: le parecía que los dos estábamos incubando algún virus. Pero nosotros

preferimos ir a casa. De camino desde la casa del abuelo y la abuela, en la calle Praga, a la nuestra, mi padre creyó oportuno informarme con seriedad, hablando de hombre a hombre, de que en casa de la tía Haya el ánimo de mi madre había mejorado al instante: el jueves por la tarde salieron los cuatro, Zvi, Haya, mi madre y mi padre, a pasar un rato en un pequeño café, a dos pasos de la casa de Haya y de Zvi, en Diezengoff esquina Jabotinsky. Al final resultó que se quedaron allí hasta que cerraron y estuvieron hablando de personas y de libros. Zvi contó todo tipo de curiosidades sobre la vida en el hospital, mi madre tenía buena cara y participó en la conversación; luego durmió durante un buen rato, pero a altas horas de la noche parece que se despertó y fue a sentarse en la cocina para no molestar a los que dormían. Por la mañana temprano, cuando mi padre se despidió de ella para volver a Jerusalén y poder trabajar unas horas en la hemeroteca, mi madre se despidió de él asegurando que no había por qué preocuparse por ella, que lo peor había pasado y que, por favor, cuidase bien del niño: cuando salieron hacia Tel Aviv le había parecido que el niño tenía un incipiente resfriado.

Mi padre dijo:

–Tu madre tenía razón en lo del resfriado, espero que también tenga razón en lo de que lo peor ya ha pasado.

Yo dije:

–Sólo me quedan unos pocos deberes: cuando los termine, ¿tendrás tiempo para pegar conmigo los sellos nuevos en el álbum?

Casi todo aquel sábado estuvo lloviendo. Llovía y llovía sin parar. Mi padre y yo pasamos varias horas inclinados sobre nuestra colección de sellos. Mi cabeza a veces rozaba por casualidad la suya. Comparamos cada sello nuevo con su modelo en el grueso catálogo británico, y mi padre encontró el lugar correcto en el álbum para cada sello, en una serie ya formada o en una página nueva. El sábado al mediodía nos echamos los dos a descansar, él en su sitio y yo otra vez en mi habitación, en la cama que en los últimos tiempos se había convertido en el lecho de dolor de mi madre. Después de descansar, mi padre y yo de nuevo estábamos invitados a ir a casa del abuelo y la abuela, a comer pescado relleno bañado en una salsa dorada y rodeado por todas partes de una batería de rodajas de zanahoria cocida. Pero como nos goteaba la nariz, tosíamos y nos lagrimeaban los ojos, y como llovía a cántaros y las nubes bajas se precipitaban hacia los edificios de piedra, mi padre y yo decidimos que era mejor quedarnos en casa. Por culpa del cielo encapotado tuvimos que encender la luz a las cuatro. Mi padre estuvo un rato en su escritorio trabajando dos o tres horas en un artículo que ya había pospuesto dos veces, con las gafas caídas casi hasta la punta de la nariz, inclinado sobre sus libros y sus pequeñas fichas. Durante ese tiempo yo me eché a sus pies sobre la alfombra y leí un libro. Al atardecer jugamos a las damas, una vez me ganó mi padre, otra gané yo y la tercera vez acabamos el juego en tablas. Es difícil saber si mi padre hizo eso a propósito o de casualidad salió así. Comimos algo ligero, tomamos un té caliente y buscamos entre las cajas de medicinas de mi madre dos pastillas de Palgin o de APC para combatir el resfriado. Después nos fuimos a dormir y los dos nos despertamos a las seis, y a las siete de la mañana vino Tzipi, la hija del farmacéutico, a decirnos que habían telefonado de Tel Aviv y que en diez minutos volverían a llamar, que por favor el señor Klausner fuera de inmediato a la farmacia y que su padre le había dicho que le comunicara que era bastante urgente.

La tía Haya me contó que el tío Zvi, que trabajaba de jefe administrativo en el hospital Tzahalón, llamó el viernes a un especialista del hospital, el cual se prestó a ir a su casa después del trabajo. El especialista examinó bien a mi madre, sin prisas, estuvo charlando con ella y volvió a examinarla, y al final diagnosticó que estaba cansada, tensa y algo decaída. Aparte del insomnio no encontró ningún problema especial. Muchas veces la mente es el peor enemigo del cuerpo: no deja vivir al cuerpo, no le permite disfrutar cuando quiere disfrutar y no le permite descansar cuando suplica descansar. Si pudiésemos extirpar la mente con una pequeña operación, como se extirpan las amígdalas de la garganta o el apéndice, podríamos vivir mil años con salud y placer. La cita que tenía para el lunes siguiente en el hospital Hadassah de Jerusalén le parecía a ese especialista casi innecesaria, aunque mal no le iba a hacer. Él recomendaba reposo absoluto y evitar las emociones fuertes. Consideraba especialmente importante que la enferma saliera de casa y diera un paseo de al menos una hora o dos al día, podía incluso abrigarse bien, coger un paraguas y dar una vuelta por las calles mirando escaparates, o a los chicos jóvenes y guapos, daba igual, lo fundamental era que tomase al aire. Además, el médico le recetó unos nuevos somníferos muy fuertes que, al parecer, eran aún más nuevos y más fuertes que las nuevas pastillas que le había recetado el nuevo médico de Jerusalén. El tío Zvi fue corriendo a comprarle esas pastillas a la farmacia de guardia de la calle Bugrashov, pues ya era viernes por la tarde y todas las demás farmacias estaban cerradas por el Shabbat.

El viernes por la noche fueron a la casa la tía Sonia y el tío Buma, llevaron una tartera metálica con asa que contenía sopa para todos y compota para el postre. Las tres hermanas se apiñaron durante hora u hora y media en la pequeña cocina de Haya y prepararon la cena. La tía Sonia propuso que mi madre se hospedase en su casa, en la calle Wiesel, para aliviar un poco a Haya. Pero la tía Haya no pensaba ceder y hasta regañó a su hermana pequeña por esa extraña idea. La tía Sonia se sintió algo herida por la reprimenda, pero no dijo una palabra. Durante la cena de Shabbat el ambiente fue un poco turbio debido al enfado de Sonia. Imagino que mi madre adoptó el papel que normalmente correspondía a mi padre y se esforzó por mantener una conversación fluida hasta el final de la velada. Al final de la velada mi madre dijo que estaba cansada y se disculpó con Zvi y Haya por no tener fuerzas en esa ocasión para ayudarles a recoger la mesa y fregar. Se tomó las nuevas pastillas que le había recetado el especialista de Tel Aviv y, tal vez para mayor seguridad, se tomó también las nuevas píldoras que le había recetado el especialista de Jerusalén. A las diez se durmió profundamente, pero a las dos horas se despertó, fue a la cocina, se preparó un café solo muy cargado y se quedó sentada hasta el amanecer en un taburete de la cocina. Justo antes de la guerra de la Independencia, en la habitación donde estaba hospedada mi madre vivía de alquiler el oficial de Inteligencia de la Haganá Yigal Yadin, quien con la creación del Estado se convirtió en el general Yigal Yadin, jefe del Estado Mayor y responsable de las operaciones militares, pero a pesar de todo siguió viviendo en la misma habitación. La cocina en la que mi madre pasó toda aquella noche y también la noche anterior era por tanto una cocina histórica, pues durante la guerra hubo allí deliberaciones cruciales que decidieron el curso del conflicto. No hay forma de saber si mi madre dedicó un instante a pensar en eso durante aquella noche, entre una taza de café y otra. Y si pensó en ello, quién sabe si le resultaría interesante.

El sábado por la mañana les dijo a Haya y a Zvi que había decidido seguir el consejo del especialista, salir a dar un paseo de una hora por las calles y, como había ordenado el médico, mirar a los chicos jóvenes y guapos. Le pidió prestado a su hermana un paraguas y un par de botas forradas y salió a caminar bajo la lluvia. Evidentemente no había muchos viandantes en el norte de Tel Aviv aquella mañana de sábado lluviosa y azotada por vientos húmedos. Esa mañana, el 5 de enero de 1952, se registró en Tel Aviv una temperatura de cinco o seis grados. A las ocho o las ocho y media salió mi madre de la casa de su hermana en la calle Ben Yehuda 175. Quizás cruzó Ben Yehuda y torció a la izquierda, hacia el norte, hacia la avenida Nordau. Apenas había escaparates por el camino, sólo la lóbrega vitrina de la lechería Tnuva, en cuyo interior habían pegado con cuatro tiras de cinta adhesiva un anuncio verdoso en el que aparecía una pequeña campesina feliz sobre un fondo de verdes pastos y praderas, y encima de su cabeza, en el límpido cielo azul, destacaba la alegre frase: «Leche por la mañana y leche por la tarde cada día es la alegría de la vida». En aquel invierno aún había entre los edificios de la calle Ben Yehuda muchos descampados, restos de dunas entre una casa y otra cubiertas de ortigas y escilas muertas con miles de caracoles blancos pegados encima, y también de chatarra y basura mojada por la lluvia. Mi madre vio las filas de casas blancas en las que, tres o cuatro años después de ser construidas, ya se notaban las garras del deterioro: pintura desconchada, yeso devorado por el musgo, verdoso, descascarillado y podrido, barandillas de hierro oxidadas a causa de la brisa salada del mar, balcones cerrados con tablones de contrachapado como en un campo de deportados, carteles sueltos, árboles agonizando en los patios por falta de agua que los quisiera, almacenes temblorosos construidos entre un edificio y otro con tablas viejas, uralita y lonas. Caravanas de cubos de basura, algunos volcados por los gatos callejeros, que habían desparramado todo su contenido por el suelo de cemento gris. Tendaderos desde un balcón hasta el de enfrente. A veces por la fuerza del aire se arremolinaba y se enredaba entre los tendaderos ropa blanca y de color empapada por la lluvia. Mi madre estaba muy cansada aquella mañana, seguro que tenía la cabeza embotada por falta de sueño, hambre y tanto café solo y pastillas, por eso su paso era lento como el de una sonámbula que camina dormida. Quizás desde la calle Ben Yehuda, antes de llegar a la avenida Nordau, mi madre torció a la derecha, hacia la calle Bellavista, donde no había ninguna vista bella sino tan sólo casas de yeso bajas, bloques y barandillas de hierro oxidadas, y esa calle la condujo hacia la avenida Motzkin, que no era una avenida sino una calle vacía, corta y ancha, a medio construir y con una parte aún sin asfaltar y sin pavimentar, y desde Motzkin sus pies cansados la llevaron a Tahon y desde Tahon a la calle Diezengoff y allí empezó a llover con fuerza, pero ella no se acordó del paraguas que llevaba colgado del brazo y continuó caminando con la cabeza descubierta bajo la lluvia, con su bonito bolso colgado de la hombrera del abrigo, y cruzó la calle Diezengoff hacia donde la conducían sus pies, quizás hacia la calle Zangwill y de allí al callejón Zangwill y ahora estaba realmente perdida, no tenía ni la menor idea de cómo volver a casa de su hermana y tampoco sabía por qué tenía que volver y no sabía por qué se había ido si no era para cumplir la orden del especialista que le había recomendado andar por las calles de Tel Aviv para mirar a los chicos jóvenes y guapos. Pero no había chicos jóvenes y guapos aquella mañana lluviosa de sábado, ni en la calle Zangwill, ni en el callejón Zangwill, ni en la calle Sokolov, desde donde llegó a la calle Basel, ni en Basel, ni en ninguna parte. Tal vez en ese momento pensó en el gran campo de árboles frutales que estaba detrás de la casa de sus padres en

Rovno. O en Ira Steletzkaia, la mujer del ingeniero de Rovno que se quemó viva en la cabaña abandonada de Antón, el hijo de Philip, el carretero. Y tal vez en el instituto Tarbut y en el paisaje del río y del bosque. O en las callejuelas de la ciudad vieja de Praga y en su época en la universidad, y también en alguien de quien mi madre nunca nos habló a nosotros, ni a sus hermanas, ni a su buena amiga Lilienka. De vez en cuando pasó corriendo delante de ella alguien que se apresuraba a escapar de la lluvia. De vez en cuando se cruzó en su camino un gato al que tal vez mi madre llamó, quería preguntarle algo, intercambiar opiniones con él, o sentimientos, pedirle un sencillo consejo gatuno, pero cada gato al que se dirigía, huía asustado de ella, como si pudiera oler de lejos la sentencia a la que estaba condenada.

Al mediodía volvió a casa de su hermana y se asustaron al verla, pues estaba helada y empapada y se quejaba como bromeando de que en las calles de Tel Aviv no había hombres jóvenes y guapos: si se hubiese encontrado con algunos es posible que hubiese intentado seducirlos; los hombres siempre la habían mirado con deseo y pronto, muy pronto, ya no quedaría nada que desear. Su hermana Haya se apresuró a llenar la bañera de agua caliente y mi madre se bañó, se negó a probar nada de comer porque la comida le producía náuseas, durmió dos o tres horas y al atardecer volvió a vestirse, se puso el abrigo aún húmedo, se calzó las botas, que aún estaban empapadas por el paseo de la mañana, y volvió a salir como había ordenado el especialista a buscar por las calles de Tel Aviv chicos jóvenes y guapos. Y esa vez, al atardecer, como la lluvia se había calmado un poco, las calles no estaban tan vacías y mi madre no dio vueltas en vano, sino que encontró el camino a Diezengoff esquina avenida Kerem Kayemet y de allí a Diezengoff-Gordon y Diezengoff-Frischmann con su bonito bolso negro colgado de la hombrera del abrigo, y vio los bonitos escaparates y los cafés, y contempló lo que Tel Aviv consideraba una vida bohemia, pero todo le pareció usado, ajado y triste como la imitación de una imitación de algo que ya en el original era mísero y pobre. Todo le pareció necesitado y digno de compasión, pero su compasión se había acabado. Al ponerse el sol volvió a casa, también en esa ocasión rechazó la comida, se tomó un vaso de café solo y luego otro, se sentó a ojear un libro que cayó boca abajo a sus pies cuando sus ojos se cerraron y, durante diez minutos, al tío Zvi y a la tía Haya les pareció oír unos ligeros ronquidos arrítmicos procedentes de su silla. Luego se despertó y dijo que debía descansar, que tenía la sensación de que el especialista que le había recomendado caminar cada día unas horas por las calles de la ciudad llevaba razón, y tenía la sensación de que esa noche se acostaría temprano y por fin conseguiría dormir profundamente. A las ocho y media su hermana le preparó de nuevo la cama, le cambió las sábanas y metió una botella de agua caliente debajo del edredón, pues las noches eran muy frías y justo a esa hora empezaba otra vez a llover y la lluvia golpeaba con fuerza las persianas. Mi madre decidió dormir esa noche vestida y, para asegurarse de que no volvería a despertarse y a pasar otra noche de tormento en la cocina, se sirvió un té del termo que le había dejado su hermana a la cabecera de la cama, esperó a que se enfriase un poco y, cuando se enfrió, se tomó con el té sus pastillas para dormir. Si hubiera estado allí a su lado, en aquella habitación que daba al patio trasero en la casa de Haya y Zvi, en ese momento, a las ocho y media o nueve menos cuarto de aquel sábado, habría intentado con todas mis fuerzas explicarle por qué no debía. Y si no hubiera conseguido explicárselo, habría hecho cualquier cosa por inspirarle compasión, para que se apiadase de su único hijo. Habría llorado y habría suplicado sin

ninguna vergüenza y habría abrazado sus piernas y tal vez hasta habría fingido un desmayo o me habría pegado y arañado hasta hacerme sangre como la había visto hacer a ella en momentos de desesperación. O me habría lanzado sobre ella como un asesino, sin dudarlo le habría dado un puñetazo en la cabeza. O la habría golpeado con la plancha, que estaba en una repisa en un rincón de la habitación. O habría aprovechado su debilidad para echarme sobre ella, atarle las manos a la espalda y arrebatarle todas sus píldoras cápsulas pastillas soluciones sustancias y jarabes. Pero no me dejaron estar allí. Ni siquiera me dejaron ir al funeral. Mi madre se durmió sin ninguna pesadilla y sin ningún insomnio y al amanecer vomitó y volvió a dormirse vestida y, como Zvi y Haya empezaron a sospechar algo, un poco antes de la puesta de sol llamaron a una ambulancia y dos camilleros la levantaron con delicadeza para no perturbar su sueño, pero tampoco en el hospital quiso obedecerles y, a pesar de que intentaron por todos los medios perturbar su placentero sueño, ella no hizo caso a nadie, tampoco al especialista del que había aprendido que la mente es el peor enemigo del cuerpo, y no se despertó por la mañana, tampoco cuando clareó el día y entre las ramas del ficus del jardín del hospital el pájaro Elisa la llamó sorprendido y la llamó de nuevo y la llamó en vano y pese a todo lo intentó una y otra vez y aún sigue intentándolo a veces.

Arad, diciembre de 2001



AMOS OZ (Jerusalén, Israel, 4 de Mayo de 1939). Amos Oz es el escritor, novelista, periodista e intelectual israelí más importante de la actualidad además de ser un firme activista por la paz en su país. Ha sido publicado en 42 idiomas, en 43 países.

Se licenció en filosofía y literatura en la Hebrew University de su ciudad natal. Durante 25 años vivió en el kibbutz Hulda, donde era profesor de instituto. No fue hasta 1986 que se trasladó a Arad, ciudad situada en el desierto del Néguev. Desde 1987 es profesor de literatura hebrea en la Ben-Gurion University of the Negev, en Beersheba, universidad de la cual se convirtió en catedrático de literatura hebrea moderna en 1993. Por otro lado, ha sido profesor y escritor invitado por varias universidades en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, y desde 1991 es miembro de la Academia de la Lengua Hebrea.

Ha publicado un gran número de novelas, entre las que destacan: *Mi querido Mijael* (1968), *Tocar el agua, tocar el viento* (1973), *Un descanso verdadero* (1982), *La caja negra* (1987), *La tercera condición* (1991), *No digas noche* (1994), *El mismo mar* (1998) y *Una historia de amor y oscuridad* (2002), su novela más autobiográfica. Su talento literario lo ha hecho merecedor de numerosos premios internacionales, como el Goethe (2005), el reputado Premio Israelí de Literatura (1998) o el Príncipe de Asturias de las Letras (2007).

Además de la novela, Amos Oz ha cultivado la escritura periodística y ensayística. Desde 1967 ha publicado numerosos artículos sobre el conflicto árabe-israelí, promulgando su compromiso basado en el reconocimiento mutuo y la coexistencia entre Israel y Palestina en Gaza y Cisjordania. Entre los ensayos más conocidos, cabe destacar *Under This Blazing Light* (1978), *In the Land of Israel* (1983), *The Slopes of Lebanon* (1987), *Israel, Palestine, and Peace* (1994), *All Our Hopes* (1998) y *But These are Two Different Wars* (2002). Es uno de los líderes del

movimiento Peace Now, y por ello le han sido otorgadas prestigiosas condecoraciones: Premio de la paz de los libreros (1992, Alemania), Caballero de la Cruz de la Legión de Honor (1997, Francia), Premio Libertad de Expresión (2002, Noruega) y Medalla Internacional de la Tolerancia (2002, Polonia).

Notas

[1] Herencia de nombres: mi hija mayor se llama Fania, como mi madre. Mi hijo se llama Daniel Yehuda Arie, como Daniel Klausner, mi primo, que nació un año antes que yo y fue asesinado junto con sus padres, David y Malka, por los alemanes en Vilna cuando tenía unos tres años, y como mi padre, Yehuda Arie Klausner, que se llamaba así por su abuelo, Yehuda Leib Klausner, del pueblo de Olkeniki en Lituania, hijo de rabí Yehezkel, hijo de rabí Kaddish, hijo de rabí Gedalia Klausner-Olkeniki, descendiente de rabí Abraham Klausner, autor de *El libro de las costumbres*, que vivía en Viena a finales del siglo XIV. Mi abuelo paterno era Alexander Ziskind Klausner, que se llamaba así por su abuelo materno, Alexander Ziskind Braz, que también se llamaba como su abuelo, rabí Alexander Ziskind de Horodno, autor de *Fundamento y raíz del trabajo*. Mi hermano David se llama como el tío David, el hermano de mi padre, a quien los alemanes asesinaron en Vilna. Tres de mis nietos tienen el mismo nombre que el abuelo (Macabi Salzberger) o que la abuela (Lota Salzberger y Riva Zuckerman). <<

[2] La hija de Daria, Evita Radovskaia, una mujer de más de ochenta años, se sigue carteadando conmigo. La tía Evita, la prima de mi padre, se fue de Petersburgo algún tiempo después de la caída de la Unión Soviética y se instaló en Cleveland, Ohio. Su única hija, Marina, que tenía más o menos mi misma edad, murió en Petersburgo en la flor de la vida. Nikita, el único hijo de Marina, coetáneo de mis hijos, se fue con su abuela a Estados Unidos pero al poco tiempo volvió a Rusia, o a Ucrania, allí se casó y trabaja de veterinario rural, y allí está criando a sus hijos, que son de la generación de mis nietos. <<

[3] Esta historia, y algunas otras referentes a la familia de mi padre, la encontré en la autobiografía del tío Yosef –el profesor Yosef Klausner– *Mi camino hacia la resurrección y la redención*, Masada, Jerusalén / Tel Aviv 1946. <<

[4] Hitler, en Hermann Rauschning, *Conversaciones con Hitler*, traducido al hebreo por M. Z. Walpovsky, Sifriat Rimon / Masada, Tel Aviv 1941, y en Joachim C. Fest, *Hitler*, Jerusalén, Keter 1973, págs. 45-46, 216-217, 558-559, y el testamento de Hitler, *ibidem*, pág. 778. <<

[5] Según *Arquitectura de Jerusalén: la construcción europeo-cristiana fuera de los muros, 1855-1918*, Jerusalén, Keter / Instituto Jerosolimitano para el Estudio de Israel 1987, págs. 419-421. <<

[6] Los libros de mi padre estaban repletos de notas a pie de página. En cuanto a mí, sólo en el libro *El silencio del cielo: Agnón y el temor de Dios* (Keter, 1993) utilicé, igual que él, muchas notas a pie. Y en la nota número 92, que aparece en la página 192, introduje a mi padre. Es decir, remití al lector al libro de mi padre *La novela en la literatura hebrea*. Al introducir esa nota, unos veinte años después de su muerte, esperaba causarle alegría, pero temía que no se alegrase sino que me señalara con un dedo increpante y amenazador. <<

[7] Esto, y otras cosas que contaré a continuación, se lo oí de niño a mi madre y un poco también a mi abuelo, a mi abuela y a los primos de mi madre, Shimshon y Mijael Mussman. En 1979 escribí algunos recuerdos infantiles de la tía Haya, y entre 1997 y 2001 escribí algunas de las muchas cosas que me contó la tía Sonia. Me ayudé también del libro *Huir del miedo*, del primo de mi madre, Shimshon Mussman. El libro apareció en la editorial Hakibbutz Hameuchad, Tel Aviv 1996. <<

[8] Hertz hijo de Efraim. <<

[9] En polaco: Rowne, y en ruso: Pobho. <<

[10] Menahem Gelerter, *El instituto hebreo Tarbut en Rovno*, Comité de Antiguos Alumnos, Jerusalén 1973. <<

[11] Coronel. <<

[12] He cambiado algunos nombres, por diversos motivos. <<

[13] Aproximadamente el número de habitantes de Arad. Y más que el número de judíos muertos durante los cientos de años de guerra con los árabes. <<

[14] Trepliov y la hija de la gaviota son personajes de *La gaviota* de Chéjov (1896). <<

[15] Mi querido Mijael, Am Oved, Tel Aviv 1968, Keter, Jerusalén 1990, pág. 9<<

[16] S. Y. Agnón, *Una historia sencilla*, en *Sobre los picaportes*, el tercer volumen de las obras completas de Shmuel Yosef Agnón, Schoken, Jerusalén y Tel Aviv 1960, pág. 71. <<

[17] Dou Yosef, *Una ciudad fiel*, Schocken, Jerusalén y Tel Aviv 1960, pág. 32. <<

[18] Natán Alterman, «Las noches de Canaán», en *La séptima columna*, vol. I, Am Oved, Tel Aviv 1950, pág. 364. <<

[19] David Ben Gurión, *Diario de la guerra del 48-49*, G. Rivlin y E. Oren (eds.), vol. I, Ministerio de Defensa, 1983, pág. 359. <<

[20] Jorge García-Granados, *Así nació el Estado de Israel*, Ajiasaf, Jerusalén 1951, págs. 272-273

.<<

[21] Sus experiencias en la guerra de la Independencia de Jerusalén las escribió Ariel Elitzedek, primo de mi padre, en su libro *Espada sedienta*, Ajiasaf, Jerusalén 1950. <<

[22] Tzarta Abramsky, «Del diario de una mujer durante el asedio de Jerusalén en 1948» (1948), incluido en el libro *Cartas de Yacob David Abramsky*, reedición y notas de Shula Abramsky, Sifrial Poalim, Tel Aviv 1991, págs. 288-289. <<

[23] Véase Dov Yosef, *Una ciudad fiel*, Schocken, Jerusalén y Tel Aviv 1960, págs. 81-82. <<

[24] Tzarta Abramsky, «Del diario de una mujer durante el asedio de Jerusalén en 1948» (1948), incluido en el libro *Cartas de Yacob David Abramsky*, reedición y notas de Shula Abramsky, Sifriat Poalim, Tel Aviv 1991, págs. 310-311. <<

[25] Henrik Ibsen, *Peer Gynt*, traducción al hebreo de Lea Goldberg, Devir Laam, Tel Aviv 1953, acto II, escena II, pág. 52. <<

[26] David Ben Gurión, «Reflexiones», *Davar*, 27 de enero de 1961; Amos Oz, «La solidaridad no es un sucedáneo de la igualdad», *Davar*, 20 de febrero de 1961. <<

[27] David Ben Gurión, «Reflexiones ulteriores», *Davar*, 24 de febrero de 1961. <<

[28] Henrik Ibsen, *Peer Gynt*, traducción al hebreo de Lea Goldberg, Devir Laam, Tel Aviv 1953, acto II, escena IV, pág. 61. <<

[29] S. Y. Agnón, *Para siempre*, en *El fuego y los árboles, Obras completas de S. Y. Agnón*, vol. VIII, Schocken, Jerusalén y Tel Aviv 1962, págs. 315-334. <<